

Magdalena Lasala

Maquiavelo: el complot

© Magdalena Lasala 2005
© Ediciones Tema de Hoy Sa. A. (T.H.), 2005
Pº de Recoletos, 4, 28001 Madrid
Primera edición: octubre de 2005
ISBN: 84-8460-491-8
Depósito Legal: M. 36.608-2005
Impreso en España

A mi hermano Ángel y su espíritu irreductible

PARTE PRIMERA

*En sueños, pareciome ver suspensa
águila sobre mí que el azul velo
iba a rasgar con láurea pluma extensa*

*Y creí que tras vuelo circulares,
como rayo bajaba, y me cogía
y subía del fuego a los hogares;*

*y que ardíamos ambos parecía,
y aquel soñado ardor tal me quemaba,
que mi sueño rompí, tornando el día*

Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Canto IX

CAPÍTULO 1

Amigo mío, cread un sentimiento único que se eleve por encima de todos los otros...

Florenzia estallaba de primavera aquel 8 de junio de 1504 entre el júbilo de todos sus ciudadanos emocionados, que veían ya culminada la estatua del gigante más bello nunca antes intuido, emblema del espíritu indomable, grandioso, libre, que era el corazón mismo de Florenzia. No podía ser de otra forma: sólo la primavera era capaz de hacerse eco de la alegría de la ciudad entera, Florenzia, la única, la hermosa, la independiente, «la que florece». Corría en boca de todos el nombre del bellissimo coloso, *David*, desafiante y sereno, la soledad del que no tiene otra cosa más que fe como única arma para luchar contra el gigante que le acecha. La muchedumbre se apelotonaba detrás de las vallas que habían protegido durante varios días el paso lento y acompasado del armazón que transportaba la estatua hasta su lugar destinado, en el estrado frente al palazzo de La Signoría, la Ringheria, desde donde los oradores se dirigían a los ciudadanos congregados con ocasión de los acontecimientos ciudadanos. A mitad de mayo había comenzado el traslado del gigante, amarrado con sogas sobre un armazón de madera que dejaba ver su cuerpo perfecto, tallado como si hubiera sido un amante que se deja amar, con esa indolencia que se desprende de la belleza más sublime. Para avanzar desde el recinto empalizado de la ópera de Santa María del Fiore, donde su joven creador había dado forma al bloque de mármol esculpiendo el alma misma de lo genial durante dos años, se había colocado la estructura hecha con maderas sobre una base de troncos que iban desplazándose uno a uno, metro a metro, para conseguir moverlo en la dirección deseada, durante dos días, tirado sin descanso por cuarenta hombres al unísono. Finalmente, habían conseguido izarlo sobre su pedestal con un ocurrente juego de poleas, cuerdas, sobresaltos y suspiros, a la vista de todos los florentinos. Un pequeño andamio preparado a su lado había permitido a Michelangelo Buonarroti, el artista de veintinueve años autor de la soberbia talla, darle los últimos retoques, raspando, limando, corrigiendo el más mínimo pliegue, ante la admiración contenida del pueblo que, cada día de los que duró el último cincelado, se había congregado a su alrededor en silencio, esta vez sí, sepulcral, asistiendo a ese repujado de detalles en los que el artista busca la consumación de la majestuosidad de su obra. Michelangelo había logrado la perfección más rotunda y por fin había dado por concluido el colosal símbolo que Florenzia entendería como espejo del íntimo sentimiento que embargaba a sus ciudadanos como uno solo, la firmeza y la fe en sí mismos. Vigor de mente y de acción, entereza, voluntad, serenidad, la valentía de la confianza en la propia determinación, la fuerza y la decisión de actuar, desafiando incluso las proporciones dictadas por los maestros clásicos: la cabeza, centro del pensamiento, y la mano derecha, centro de los actos, resaltadas al ojo que las mira, expresando en su tamaño, más grande que el resto de sus armónicos detalles, que David no renunciará a sí mismo, que no dudará en medirse con su enemigo Goliat, que él posee la certeza de su victoria porque cree en sí mismo. Y ése era el espíritu de Florenzia, cuidando con mimo la flor de su todavía reciente República.

El joven Casio di Fiore había servido como modelo al escultor Buonarroti, quien no le había permitido asistir a la ceremonia final de los

retoques ni del descubrimiento de la estatua al pueblo, porque quería evitar que los ciudadanos vieran en su David a un hombre. El David era un símbolo, el símbolo del nuevo tiempo de Florencia, y su corporeidad sólo un soporte que el ojo humano necesitaba para ponerle forma a su idea. Casio di Fiore accedió a la imposición del artista sin objetar ni una palabra; su belleza le impedía dejar de sonreír, incluso cuando como en esta ocasión el maestro Buonarroti le ordenaba permanecer a la sombra para que sólo brillara él. Contaba poco más de veinte años, sabía de música y de teatro; había compuesto también sus propios versos y parecía que su hermosura fuera de otro mundo. No se le conocía familia aparte de un hermano mayor que él que residía en Roma. A pesar de su origen sencillo, la ambición de Casio era ejercer como abogado en los tribunales de La Signoría y discretamente se costeaba una formación en Leyes con mucho esfuerzo, gracias a los ingresos que obtenía como modelo de los artistas de Florencia, atento a sus oportunidades. Lo había descubierto el maestro Antonio Pollaiolo, que lo utilizó como arquetipo para algunas de sus pinturas sobre el Hércules joven. Messer Pollaiolo, ya un anciano de sesenta y siete años, se extasiaba contemplando a un jovencísimo Casio de apenas quince años de edad con el cuerpo intemporal de la belleza griega, y el muchacho se dejaba admirar como si esa belleza no fuese suya, aprendiendo a entender como natural y a aceptar el embeleso que despertaba en los otros desde su más temprana infancia. Igual que el maestro Lucca Signorelli, cuando llegó de Urbino, también el pintor Francesco Francia lo había llamado a su taller para estudiar en su cuerpo la juventud florentina. Aunque había acordado con Michelangelo Buonarroti que mantendría en secreto que lo había contratado como modelo y él respetaría a ultranza su compromiso, a nadie podía pasar desapercibido que en el mármol tallado al uso de las esculturas de la antigüedad, tal como se descubrían en las excavaciones innumerables de Roma, se ocultaba la carnalidad más espléndida de Casio. El joven Di Fiore había obtenido ya un beneficio adelantado gracias al *David*, desde que Buonarroti lo eligiera para tomar sus proporciones y su rostro para el mármol. A cambio de un primer año de trabajo diario con el escultor, había recibido sustanciosos emolumentos sufragados sin que nada le fuese escatimado por parte del gobierno de La Signoría, y suficientes para dar un vuelco a su vida: había terminado sus estudios en Leyes y el magistrado Soderini le había dado la oportunidad de iniciarse en el tribunal popular. Después, incluso, había viajado, al mando de Nicolás Maquiavelo, en la delegación de Florencia a Urbino para entrevistarse con César Borgia, acompañando a monseñor Soderini, el hermano de su protector, y posteriormente lo había incluido también en el séquito administrativo que lo había seguido a Roma. Aunque todos los ciudadanos de Florencia lo relacionasen para siempre con el fastuoso David, lo que de verdad le importaba a Casio es que nadie recordaba ya que había nacido de la vergüenza de una joven del pueblo pobre, deshonrada por un desconocido; ya ni siquiera necesitaba seguir inventando que tenía un hermano en la corte de Roma.

De entre todos los ciudadanos, Piero Soderini, *gonfaloniere* vitalicio de la República, estaba especialmente satisfecho sintiéndose «el otro autor» de la estatua que todos los ciudadanos vitoreaban al caer la tarde, después de los discursos de exaltación política, y dando comienzo los festejos previstos de celebración hasta la madrugada. Había sido su primera gran decisión, recién

nombrado alcalde de Florencia, dos años atrás. Necesitaba un golpe de fortuna, una señal del destino quizá, que elevase la moral maltrecha de los florentinos después de las vicisitudes de los últimos años. Sin duda, el *David* recompensaba con creces el riesgo que había corrido con su determinación, que sólo había consultado con una asamblea de artistas, según su intuición al aceptar el consejo de su amigo el secretario Machiavelli. Tuvo que explicarlo, además, ante los airados miembros del Gran Consejo y ante el Consejo de los Ochenta, los dos órganos regentes de la República florentina, pero ahora lo daba por bien empleado. Florencia despertaba de la gran pesadilla vivida durante diez años, y la imagen del David había de ser como el ángel que anuncia por fin el triunfo del paraíso.

Después de la muerte de Lorenzo de Médicis, en 1492, le había sucedido como cabeza de familia en las responsabilidades con la ciudad su hijo Pedro, llamado el Desafortunado, que creyó que la inteligencia puede sustituirse con prepotencia. El pueblo florentino, obediente con los generosos y orgulloso con los déspotas, no le perdonó el error de su insolencia. Pedro fracasó estrepitosamente en la gestión política con el rey de Francia Carlos VIII, que había entrado en territorio italiano y amenazaba Florencia, y negoció en secreto con él, consintiendo con la humillación de entregarle las ciudades de Pisa y Livorno, además de varias importantes fortalezas. La pérdida de Pisa, perteneciente al territorio de Florencia desde 1406, supuso un golpe durísimo que obligaría a Florencia a invertir enormes esfuerzos en recuperarla; Pisa era la salida al mar de Florencia, indispensable recurso de los negocios comerciales florentinos.

La ciudad al completo había reaccionado acusando a Pedro de traidor y llamándolo renegado. Nunca se le disculparía que hubiera encadenado a Florencia al capricho de un extranjero, por mera estulticia, y que además no hubiera luchado, no hubiera sabido dar su vida por ella, como habría hecho su padre. En 1494, dando fin así a las numerosas revueltas internas y peleas entre partidos rivales que se habían desencadenado en Florencia por tal motivo, el pueblo decidió que Pedro fuera expulsado junto con el resto de su familia Médicis, mientras la ciudad tenía que hacer frente a las tropas francesas, que ya habían entrado en sus murallas. Los ciudadanos estaban dispuestos para el combate, enfurecidos contra Pedro y contra los franceses, pero Carlos VIII tenía otros intereses y no quería desgastar sus ejércitos en una pelea imprevista, ya que había pensado que la conquista de Florencia sería un paseo triunfal por sus calles. Con su objetivo puesto en Nápoles, había abandonado la ciudad a cambio de recibir ciento veinte mil ducados, un tributo que dejó esquilmas las arcas estatales de Florencia.

Aunque había pagado la independencia de sus ciudadanos, Florencia tendría que afrontar la recuperación de Pisa, urgente para sus intereses financieros. Mientras tanto, también debía organizar su gobierno interno. La ciudadanía se sentía abandonada a su suerte y rabiosa a un tiempo, vulnerable y asustada por un futuro demasiado inmediato y demasiado incierto, y ello hizo que la personalidad de Girolamo Savonarola, un monje dominico que encendía los ánimos del pueblo criticando la corrupción del gobierno y de la Iglesia, calara hasta lo hondo en los florentinos, que necesitaban reforzar su confianza agrupándose en torno a una fantasía que desterrara la incertidumbre que sentían en sus almas. El monje, que odiaba a Lorenzo el Magnífico y arengaba

hasta el paroxismo contra el arte, que consideraba demoníaco por su culto a la belleza, y contra cualquier clase de placer, origen de la perdición de los hombres, había conseguido imponer una tiranía personal que duró cuatro años, nefasto influjo del que los florentinos habían salido dolidos y más divididos todavía.

Florenia arrastraba desde más de dos siglos atrás las endémicas luchas internas entre las familias más poderosas disputándose el poder. Todavía se percibían secuelas de aquella guerra civil que había estallado en 1300, entre dos facciones de los güelfos, los *neri* (negros) y los *bianchi* (blancos). A raíz de la misma, el literato Dante Alighieri, uno de los *bianchi* derrotados, se había exiliado de Florenia en 1302 y no había regresado jamás. A pesar de sus problemas interiores, la ciudad había prosperado enormemente gracias al comercio, en constante expansión, al cual se habían asociado el gran auge de la industria, especialmente la confección de prendas de lana, y la banca, por la que muchos florentinos acumularon impresionantes fortunas. Los mercaderes y los artesanos se organizaron en potentes gremios que consiguieron otorgar a la ciudadanía una estabilidad preciosa para sus intereses, representados en los órganos de gobierno de la ciudad; pero mientras los banqueros y los grandes comerciantes se interesaban por los altos cargos de la política florentina, en la ciudad se multiplicaban los enfrentamientos de las clases populares, las gentes sin propiedades que se sentían explotadas por las clases poderosas. Cuando las luchas entre partidos de nobles que ambicionaban ocupar los órganos de poder habían minado las estructuras comunales, había surgido la figura de Cosme Médicis, llamado Il Vecchio, perteneciente a una familia de antiguos agricultores toscanos sin abolengo, pero que había amasado una ingente fortuna. Él había logrado por un lado pacificar la ciudad, aliándose con las clases menos favorecidas, y por otro, con dinero y astucia, a base de conceder préstamos que hacían depender de él los grandes intereses y negocios de la ciudad, había conseguido hacerse con el mando político, convirtiéndose en un gobernador en la práctica, en el que todos confiaban, aunque nominalmente fuera sólo un ciudadano más.

Pedro el Desafortunado era el biznieto de Cosme. El pueblo florentino no le perdonaría las humillantes concesiones a Carlos VIII de Francia, por lo que las graves protestas populares contra Pedro tuvieron que solucionarse con la expulsión de los Médicis de Florenia. Empero, sus partidarios, otras familias poderosas, clientes y socios, viendo peligrar sus propios intereses financieros y políticos, saltaron igualmente en nuevas revueltas ciudadanas. Así pues, aunque Florenia se había librado del rey francés en aquel 1494, su situación interna empeoraba cada día con los enfrentamientos continuos entre los del bando pro-mediceo, partidarios de la reconstrucción del régimen de los Médicis a través de un gobierno oligárquico de la élite social y política de Florenia, y los republicanos, que defendían la consolidación de la institución de la República, el gobierno que siempre había existido en Florenia aunque sólo nominalmente al mando de la familia Médicis, y al que ahora tenían la oportunidad de dotar de verdadera estructura popular. Las clases productivas, conscientes ya de su importancia en el desarrollo social, reclamaban representación política también exigiendo su intervención en los sorteos de nombres y cargos que disponían las estructuras gubernamentales, a lo cual se

negaban sistemáticamente los apellidos notables y la aristocracia de la ciudad, encastillados en la obligación de un linaje previo para tener derechos políticos.

Habla sido el monje Girolamo Savonarola quien, desde su púlpito como prior del convento de San Marcos y luego desde la catedral, dirigiendo muchas de las protestas populares contra Pedro, había arribado al poder convenciendo a Florencia para proclamar la República. Savonarola arengaba encendidamente a los ciudadanos contra la lujuria observada en la corte de Lorenzo de Médicis, contra los vicios que se sabían instalados en la corte papal de Roma y que avergonzaban el verdadero sentimiento cristiano, y simbolizaba en la República el alzamiento de los nuevos valores de la cristiandad, prometiendo al pueblo la restauración de todos sus derechos. Savonarola consiguió concentrar alrededor de su imponente fuerza personal la mayor parte de los ánimos de la ciudad. El pueblo necesitaba sentir la seguridad de una voz firme, la potencia de unas palabras plenas de decisión, la convicción en un gesto de que la duda, la incertidumbre, la vacilación, habían quedado desterradas de su presente. Y Savonarola les daba la fantasía de todo eso. Aunque el verdadero motivo de sus arengas no fuese la República, sino su odio contra los vicios que veía encarnados en la nueva búsqueda que simbolizaba el arte, en el nuevo permiso de belleza que se respiraba en toda Florencia, en la corrupción moral que para él suponía el gusto por las fiestas y el gusto por la cultura y la poesía, su fiera y ominosa elocuencia fascinó a los florentinos, profetizando que muy pronto la Iglesia pagaría por sus innumerables pecados de abuso y corrupción, pero que también pagarían todos aquellos degenerados que buscaban sólo su provecho a costa del débil. Ardiente sueño libertador del pueblo pobre, que también compartían muchos artistas e intelectuales de la capital que llegaron a ver en el monje a un auténtico salvador frente a la corrupción conocida que Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, famoso por su vida licenciosa y depravada, practicaba en la corte de Roma. Ambicioso hasta lo indecible, Rodrigo Borgia había sido elegido a la muerte de Inocencio VIII, utilizando el soborno para asegurarse los votos necesarios, pero cardenales y obispos callaron y consintieron. Alejandro VI no había abandonado sus placeres mundanos y seguía acumulando riquezas y aumentando las fortunas de sus cuatro hijos a través de vergonzosos nombramientos eclesiásticos y políticos y conviniendo pactos y matrimonios beneficiosos, para todo lo cual, tanto la traición como el asesinato eran métodos válidos.

Además de alzarse como aglutinador de las denuncias y reacciones contra la corrupción de Roma, Savonarola se erigió también como mediador de las facciones en que los florentinos dirimían sus diferencias políticas. Las revueltas cesaron, sofocados los discursos bajo su mano de hierro; estableció la reforma radical de las leyes de la ciudad contra la disolución moral, e instauró las «quemadas de vanidades» como limpieza obligada para sus seguidores. Aclamado por el entusiasmo de la multitud, había proclamado rey de Florencia a Jesucristo, y él, como su primer ministro, era heredero de su poder, organizando las instituciones gubernamentales.

Estableció el Consejo Mayor, Gran Consejo o Consejo Grande, que podía tener hasta mil miembros, y que sería renovado cada seis meses. En realidad, Savonarola se aseguraba con este órgano, demasiado impreciso, demasiado amplio, la potestad de tomar decisiones que ponía en práctica con su sola orden. Al Gran Consejo le correspondía elegir un Consejo más reducido para los asuntos corrientes, el Consejo de los ochenta, formado por partidarios

acérrimos del fraile, y por fin quedaba el gobierno de la República, llamado Signoría, formado por los representantes, en número de nueve, de las *arti maggiori* o asociación de los sectores económicos más poderosos de la ciudad, junto con el magistrado supremo. Pero en realidad Girolamo Savonarola se había instituido como dictador y regente no sólo de las instituciones políticas del gobierno de Florencia sino también de las almas y las mentes de sus ciudadanos, llamando demoníacas y clamando rabiosamente contra las nuevas tendencias del arte, que veían en el desnudo del cuerpo humano la representación más rotunda del nuevo tiempo. Con sus impresionantes dotes persuasivas y proféticas, logró imponer el más implacable control sobre los ciudadanos, el dominio de sus voluntades conseguido a través del miedo al infierno y el terror al castigo divino, y la ciudad que otrora había rezumado alegría y gozo de vivir estaba subyugada ahora bajo la obsesión del pecado, abrumada con sus culpas inconmensurables de hermosura, amarrada a la eterna penitencia de sus vicios y maldades. Bellezas como la célebre cortesana Paola di Lucca, por la que suspiraban señores y artistas, o la joven noble Semiramide Appiani, objeto de los versos de muchos trovadores, eran juzgadas desde el púlpito del monje como instrumentos del demonio, por lo que se les prohibió salir de sus casas. Jóvenes florentinos de proverbial hermosura como Salvatore el Bello, delicado tocador del laúd que siempre era invitado a las fiestas por su dulzura en la música y en el trato, o el agraciadísimo Casio di Fiore, tan sólo un adolescente entonces que prestaba su hermosura natural como un regalo divino para que los pintores inmortalizasen su perfección en lienzos, fueron obligados a salir a la calle cubiertos con largos mantos que no dejaran adivinar ni su talle ni sus piernas, y tocados con capuchón para que sus rasgos no perturbaran a los que por casualidad pudieran mirarlos.

El infierno de Florencia alcanzó su cenit en 1497 cuando, habiendo sustituido las fiestas del Carnaval por la «celebración de la Penitencia», en la piazza de La Signoría se alzó lo que Savonarola llamó «la hoguera de las vanidades», a cuyas llamas, los ciudadanos, presas del fanatismo colectivo por la culpa de sus faltas, arrojaron trajes, joyas, imágenes de desnudos humanos, todos cuantos objetos representaban en sí los vicios profanos según el fraile, instrumentos musicales, espejos y perfumes, lápices de labios, naipes y dados, dibujos, obras de arte, libros únicos, tablas exquisitas, retratos antiguos de las damas más bellas, como Simonetta Vespucci o Vittoria Ferrara, lienzos con pinturas sobre Casio di Fiore, incluso los libros de Boccaccio y Petrarca por su contenido «impúdico» y otras herencias incalculables de belleza artística que indefectiblemente se relacionaban con el pecado según la doctrina del monje, que decía hablar en nombre de Dios y porque Dios así se lo ordenaba.

La fogata inmensa había durado todo el día y toda la noche. Al cabo de tres jornadas, extinguidas ya las brasas y entre los restos carbonizados de las maravillas malogradas para siempre, se hallaron varios cadáveres irreconocibles, retorcidos y carbonizados, y un cuerpo que no pudo llegar a consumirse del todo y que se había descubierto fundido con restos de candelabros y jarrones esmaltados; era el dulce Salvatore el Bello, el tocador de laúd, al que su propio amante, horrorizado por saberse en pecado, había matado a puñaladas primero, arrojándolo al fuego después, metido en un saco junto con objetos que habían sido testigos de su amor depravado. La hermosura de Salvatore era tan auténtica, y su amor tan puro, que ni el fuego

había podido acabar con él, como susurraban entre sí los poetas inconformes con la moral impuesta por el monje fanático.

Entre los muchos intelectuales florentinos que habían escuchado a Savonarola buscando, observando, analizando los cambios que convertían a Florencia en esa crisálida llamada a romperse para florecer, se encontraba Nicolás Maquiavelo, lector de rostros y de almas, que antes que muchos otros entendía ya al ser humano como ese centro del universo del que las nuevas obras de arte empezaban a hablar; el hombre como creador de su destino, rompiendo las cadenas del viejo pensamiento anterior que lo consideraba sometido a las reglas estrictas del nacimiento. Él estudiaba con avidez todas las referencias posibles para comprender ese nuevo mundo de ideas que convertía a Florencia en la nueva Atenas soñada por sus artistas: Platón se recuperaba a través de Marsilio Ficino para la filosofía y para el cristianismo, Virgilio tenía voz en Agnolo Poliziano, Venus daba su rostro para las telas de Messer Sandro Botticelli, los templos griegos eran la inspiración para la ruptura de estructuras en la arquitectura de Brunelleschi.

Como observador y estudioso del momento, sin un destino definido todavía para su vida, Nicolás Maquiavelo teorizaba sobre la situación de su patria, en aquellos años de confusión:

-Florencia es un alma adolescente que busca su propia identidad entre los flecos de la herencia anterior y los deseos de cambios que las mentes emprendedoras e independientes de sus hijos albergan sin remedio.

Los foros de Maquiavelo eran sus amigos poetas, inquietos y vitales como él, compañeros de estudios rezagados, las tabernas donde su juventud se bebía las noches y las ansias de placer:

-¡Se han de buscar referencias entre los clásicos y a la vez ha de tomarse el futuro a manos llenas para modelarlo con nuevas claves, con nuevos recursos, con la nueva idea de ver en el ser humano el centro de la creación! ¡El cuerpo del hombre debe estudiarse hasta el mínimo detalle como se observa el cielo, intentando aprehender la cosmogonía de sus misterios, y su mente ha de entenderse como su verdadero poder!

Nicolás Maquiavelo tenía porte distinguido, unos rizos oscuros que se apartaba con frecuencia del óvalo del rostro y ojos muy expresivos, que sin duda sabía utilizar en su provecho con las varias amantes que se le conocían en la zona del Ponte delle Grazie, algunas de ellas muy hermosas. Había nacido el 3 de mayo de 1469, en la misma ciudad de Florencia que había albergado hasta siete generaciones atrás de su familia, de viejo apellido toscano sin abolengo. Era el tercero de los cuatro hijos habidos de un matrimonio que no podía permitirse legarles herencia material alguna; había cursado estudios de Letras y de Leyes, según le había inducido su padre, Bernardo di Niccoló dei Machiavelli, jurisconsulto sin fortuna amante de los libros, y al que le debía su infancia leyendo a Tito Livio, a Aristóteles y a Cicerón. De su madre, Bartolommea dei Nelli, instruida y muy bella y que componía versos, habla heredado la facilidad para la poesía y el gusto por el gran Francesco Petrarca. Como otros de los intelectuales jóvenes de aquella Florencia del Quattrocento, Nicolás Maquiavelo admiraba a Dante Alighieri y a Giovanni Boccaccio, había estudiado en las mismas fuentes que ellos citaban y había tomado en los viejos poetas griegos y romanos de la antigüedad la pauta de un pensamiento que soñaban para su Florencia del alma. Nicolás

Maquiavelo era directo, sin recovecos, devoraba el saber de los libros igual que devoraba el saber de la vida, aunque nunca se propuso su utilidad; su tendencia natural a saborear el presente de cada día sólo le había llevado a conseguir una vastísima cultura, pero sin títulos.

Poeta como Dante, observador de su patria, enemigo de la hipocresía, amador a ultranza de su Florencia natal, arengador de tabernas (según la ocupación más extendida de los jóvenes florentinos intelectuales), Maquiavelo había criticado al monje poderosísimo acusándolo de organizar un partido político sobre una idea moral que sólo podía interpretar a la humanidad fragmentada en dos bandos: un bando militante con Dios, que era el suyo, y el otro bando que militaría con el Diablo, sus opositores.

-Dejemos atrás la vieja idea de Dios como caudillo de los mundos. Es preciso analizar la política del mismo modo en que los científicos estudian sus ciencias. ¡Estudiemos la relación entre el hombre y el poder!

Maquiavelo observaba los desmanes consentidos a los secuaces y admiradores de Savonarola, que formaban el partido de los *Piagnoni*, «los llorones», y observaba actitudes de intelectuales y artistas que escuchaban al fraile buscando una orientación religiosa, los límites de la religión, hasta dónde fe, hasta dónde Dios o hasta dónde filosofía de Platón; había muchos que veían doctrinas platónicas hermanadas con un cristianismo alejado de la política, y algunos incluso habían decidido retirarse de la vida mundana para entregarse al fervor religioso vistiendo hábitos o creando obras de arte de exaltación de la fe religiosa. Nicolás Maquiavelo no sentía interés por el Dios cristiano, pero escrutaba en ese monje que se decía su mensajero el misterio de su gran poder de convicción; lo buscaba a él como personaje, al febril conductor de masas que envolvía con sus palabras a esos fieles avergonzados de su condición humana después de escucharlo; examinaba hasta el más mínimo gesto del fraile exacerbado, sus dotes convincentes, su personalidad sugestiva, sus descuidos, sus despropósitos, uno a uno sus tonos de voz, todo, para entender qué errores no debe cometer aquel cuya vida y dominio dependen de persuadir a otros. Pues pronto comprendió que Savonarola era dueño de un efímero triunfo, al que el fanático monje estaba apegado, hasta el punto de pagarlo con el martirio.

Y en efecto, igual que consiguió encendidos seguidores de sus profecías y de su innegable elocuencia defendiendo la severidad de costumbres, Savonarola levantó también las más encendidas críticas de los que llamándolo dictador se agruparon en su contra, pugnando por liberar a Florencia de su yugo. El papa Borgia, Alejandro VI, cansado de las arremetidas de Savonarola contra el poder papal de Roma denunciando el libertinaje reinante en las costumbres pontificias, envió a Florencia una orden de arresto contra el monje, lo que aprovecharon rápidamente los opositores al monje, apresurándose a ejecutarla y atizando el entusiasmo de las masas para apoyar su derrocamiento. En mayo de 1498, Girolamo Savonarola fue ahorcado y quemado en el mismo lugar donde él había levantado el gran fuego del castigo de los vicios, dos años atrás. Florencia siempre había vivido de una forma especial su primavera; siempre ocurrían en primavera los acontecimientos más inmortales para su historia.

La caída de Savonarola trajo cambios administrativos y muchos de los savonarolianos perdieron sus puestos, por lo que Nicolás Maquiavelo pudo aprovechar una oportunidad irrepetible. Anteriormente y a lo largo del breve

gobierno del monje, Maquiavelo había intentado alcanzar un puesto administrativo en la Primera Cancillería de la República, pretendiendo una ocupación acorde con sus inquietudes a favor de Florencia. Bartolomeo Scala, primer canciller entre 1494 y 1497, y amigo de su padre Bernardo Maquiavelo, se había fijado en las cualidades de Nicolás y le había animado a presentarse a las pruebas de capacitación prometiéndole que él le ayudaría desde dentro; pero Maquiavelo ya había criticado públicamente al ministro Savonarola por creerse un elegido de Dios, y había denunciado, en algunos de los poemas que solía entregar a cómicos irreverentes con los que entablaba amistad en las tabernas, su horrenda manipulación de las mentes con la vergüenza sobre las naturales ansias del placer, que él entendía como la gran fuente de libertad del ser humano. Aunque el buen Bartolomeo Scala intentó explicar que sólo eran versos de un joven inexperto, el gobierno savonaroliano lo vetó negándole el derecho a un examen de ingreso que probara su aptitud para el trabajo.

Tuvo que esperar a la destitución de Savonarola y sus adeptos para recabar la influencia del nombrado nuevo magistrado secretario, Virgilio Adriani, el cual había sido alumno de su padre, Messer Bernardo, en las clases que éste impartía para ayudarse en la manutención de su familia, y que conocía muy bien la inteligencia y la vasta formación que se respiraba en casa de los Machiavelli. Por recomendación de Adriani, el Consejo de los Ochenta propuso a Nicolás como secretario de la Segunda Cancillería, donde se gestionaba la política exterior de Florencia, y el nombramiento fue ratificado por el Consejo Mayor.

El nuevo desconcierto de la ciudad, sumida en las renovadas luchas entre las facciones políticas, había permitido sin duda que la elección de Maquiavelo no fuera puesta en cuestión, a pesar de lo insólito de la designación. Aunque Nicolás Maquiavelo había aportado el informe en su favor de Messer Adriani, lo cierto era que no contaba con experiencia política, ni poseía título alguno de Leyes, ni pertenecía a la nobleza, exigencia esta habitual para cargos en La Signoría. Se confesaba amante de Dante, compañero de Boccaccio, leal a Petrarca, íntimo de Virgilio; su formación había consistido en la lectura de las obras de Aristóteles, Cicerón, Tito Livio, Lucrecio y Ovidio y en el estudio del latín, la gramática, el álgebra y la retórica, y había competido en la escritura de versos y comedias con otros literatos jóvenes en algunas veladas literarias de Florencia. En nada había destacado especialmente hasta el momento, pero los miembros del Consejo que habían examinado su capacidad de elocuencia, de retórica y de palabra, según sería necesaria para el puesto, comprobaron también que su presencia despedía otro conocimiento, un saber extraño, un despegue de la vida y del mundo que lo mostraba libre desde lo más profundo de su ser, insobornable e íntegro. Por otra parte, las convicciones políticas de Maquiavelo eran independientes de la filiación a partido alguno manifestándose defensor en exclusiva de los intereses de Florencia, lo cual le confería un valor añadido a sus capacidades demostradas. Maquiavelo desprendía firmeza y potencia, virtudes en ese momento necesarias para representar a la República en el exterior de Florencia; hablaba cuando tenía que hablar, sabía escuchar, y sus ojos, más que mirar, parecían poder alcanzar el alma de quien lo miraba a él.

Consiguiendo ya el respeto de muchos del Consejo que escucharon sus discursos en las sesiones de aptitud que tuvieron lugar en sus primeras jornadas de trabajo, Nicolás Maquiavelo supo explicar convenientemente las

causas de la ascensión rápida de Girolamo Savonarola, cuando así le fue requerido para el estudio de la política reciente de Florencia, dando un buen ejemplo de análisis político:

-Un pueblo acostumbrado a vivir bajo la dirección de un señor tiene dificultad en conservar luego la libertad, si por alguna ventura la conquista. Eso así nos lo muestra la propia historia de Roma, cuando logró su libertad después de la expulsión de los Tarquinos. Tal dificultad es razonable, pues el pueblo es como un animal que, aunque de naturaleza feroz y libre, se ha alimentado siempre en prisión y servidumbre, por lo que cuando luego es dejado a su suerte, en el campo y a su albedrío, sin costumbre de procurarse alimento ni sabiendo dónde protegerse, es presa fácil para el primero que quiera ponerle de nuevo las cadenas.

Supo exponer también, proporcionando valiosos argumentos frente a algunos ánimos que se mantenían alerta sobre el futuro de su gobierno dudando quizá si la ejecución de Savonarola había sido un acierto o un error, por qué Savonarola no era el que le convenía a Florencia, indicando los graves errores cometidos por el monje que, poseído por la ambición y la tiranía, se había alejado irremediamente de la idea de hacer el bien a la ciudad con la cual había convencido tiempo atrás a la ciudadanía, y único objeto del gobierno de un Estado:

-Los fines políticos son inseparables del bien común. La política debe analizar la realidad, y la realidad es la persona. El gobierno de una ciudad no puede permitirse un jefe que no entienda y que no ame a sus ciudadanos. Los ciudadanos deben esperar que su gobernador busque el bien de todos, en el porcentaje más alto que pueda conseguirse. El pueblo sólo quiere vivir en paz y trabajar en el día a día en paz, y por ello mismo, será más leal al gobierno que entienda que está velando por esa paz cotidiana que le permite trabajar y cuidar a su familia. El gobierno de una ciudad, por tanto, aun albergando distintos partidos o múltiples diferencias internas, debe saber unirse para satisfacer ese bien común para sus ciudadanos, que es esa vida en paz.

A nadie extrañó que Niccoló dejase su oficio de pasante en un despacho de cambistas y se incorporara de inmediato a la Cancillería, como si conociese desde siempre su cometido. Al poco tiempo, se había ganado la confianza del Consejo *Dei Dieci*, o de los Diez, y le fueron entregadas misiones importantes con potestad de embajador en relaciones exteriores para la libertad y la paz.

Tenía treinta años cumplidos en 1499, cuando el gobierno de la República decidió crear la figura del «confaloniero», un alcalde de la ciudad que tendría la misión de arbitrar y resolver las luchas intestinas, instaladas en la sociedad florentina desde antiguo y que seguían debatiéndose, agudizadas, entre los seguidores del nuevo gobierno de la República, los opositores partidarios de reponer el régimen de mando de los Médicis clamando por su regreso a Florencia, y ahora también incorporados a las tensiones, los partidarios llorosos de Savonarola, radicales del cristianismo empeñados en recuperar su forma de gobierno. La investidura recayó en Piero Soderini, un hombre honesto, reflexivo y prudente que pretendía la buena voluntad como arma política. Siguiendo el modelo de Venecia, el cargo de confaloniero se instauraría como vitalicio poco tiempo después para emular la figura del *dux* veneciano, aunque sin sus mismos tintes aristocráticos.

El gobierno de la República había comprendido la necesidad que tenía el pueblo de Florencia de sentirse identificado en la figura de un líder, un *pater patriae* que calmase la soledad creciente de sus corazones, un príncipe. La figura sólida y soberbia de Lorenzo de Médicis el Magnífico latía todavía en las mentes de los florentinos; aunque hubieran pagado el precio de saber que, en el fondo, Lorenzo controlaba el poder de la República a través de sus amigos y clientes colocados en los altos cargos, lo habían hecho con placer, pues su mano y su juicio, su amor a las artes y su visión certera en lo político había conducido el destino de Florencia por el camino de la gloria, y los ciudadanos se habían sentido seguros y amados, y sus vidas protegidas, y su destino caminando hacia la gloria. Añorando eso mismo, Pedro el Desafortunado había sido un estúpido y Girolamo Savonarola había sido un error; por tanto, hacía falta alguien que se aproximara mejor al modelo de Lorenzo, alguien que encarnara de nuevo esa solidez y esa confianza ansiadas, afianzando además esta vez una estructura política verdaderamente republicana. Piero Soderini intentaría el reto de ocupar en el ánimo de los florentinos ese vacío irreparable que había dejado la muerte del Magnífico.

Ya Nicolás Maquiavelo había comprendido la gran carencia que latía en el espíritu a medio hacer de esa Florencia independiente, y también lo había expuesto en las reuniones previas a la elección de ese alcalde, el que debería intentar colmar esa ilusión de un jefe en las mentes de los ciudadanos:

-El príncipe de un pueblo ha de mostrar que es clemente, leal, íntegro y humano, y luego habrá de mostrar que es firme al tomar una decisión, ya que el pueblo creerá, confiará y respaldará esa seguridad que ve en su jefe antes que la propia decisión tomada, lo cual ayudará sin duda al buen resultado de la misma.

Poco a poco, Nicolás Maquiavelo se revelaba como un audaz orador, elocuente y agudo analista de los acontecimientos, pero, sobre todo, como un observador atinado, penetrante como nadie en los secretos que guardan las almas:

-No se han sofocado los sentimientos de soledad que embargan a Florencia; tan sólo hace cinco años los florentinos vibraban de emoción todavía con las profecías de Savonarola, y aunque hoy entienden que él no les convenía, sin embargo mantienen ese inmenso caudal de emociones dispuesto a volcarlo de nuevo en una idea, en un símbolo, en otro paladín.

Piero Soderini tenía sólo unos pocos años más de edad que Maquiavelo y, aunque su familia poseía cierto componente noble en sus apellidos y su propio hermano menor Francesco ostentaba un cargo en la carrera eclesiástica de Florencia, lo cierto es que siempre se había destacado por favorecer el acercamiento hacia las clases populares, hablando de las transformaciones del nuevo pensamiento y la necesidad de encontrar puntos de unión en la política ciudadana, lo cual le había granjeado la simpatía de las clases sociales emergentes ansiosas de una voz para sus intereses. Se llamaba amigo de Maquiavelo porque juntos habían compartido, con otros intelectuales inquietos, veladas de juerga y poesía en compañía de cortesanas de cierta formación que duplicaban con su conversación culta el placer buscado por los jóvenes eruditos de la nueva Florencia. Soderini había sido elegido por su carácter conciliador y porque ninguno de los partidos divergentes que bullían enemistados entre sí se sentía especialmente amenazado o agredido por él,

pues Soderini se conducía de la misma forma, con las mismas palabras, con la misma prudencia, con todos por igual.

Ya nombrado, Piero Soderini se había aplicado con su ahínco, su buena fe y su intención limpia a la tarea, y había escuchado los consejos con los que su amigo Niccoló lo instruía en su cometido:

-Debéis tocar el corazón de los florentinos, llamar a la puerta de su estima y su ánimo, calmar sus ansias demostrándoles que podéis ser un buen padre mientras se consuma el final de su crecimiento como pueblo.

Poco tiempo había transcurrido desde el traumático dominio de Savonarola, y el magistrado Soderini compartía la conveniencia de crear para Florencia un símbolo que reagrupase las ansias de los ciudadanos y que no fuese tan peligroso como el monje fanático del castigo divino.

-Amigo mío, cread un sentimiento único que se eleve por encima de todos los otros -le había dicho el secretario Maquiavelo, con esa naturalidad con la que él hablaba de las grandes empresas-; haced que todos los ciudadanos se miren en un mismo espejo de ilusión renovada por su patria y os amarán a vos también, como artífice de su nueva esperanza, como ese príncipe que unifica sus deseos.

Pero ¿qué podía haber tan fuerte como para elevarse por encima de las continuas disputas en que los enfrentamientos políticos mantenían sumida a la ciudad?

-¡Es preciso conseguir un símbolo en el que toda Florencia vea reflejado su corazón, su emoción; sólo el arte, surgido de la creación apasionada de un alma que busca la belleza, puede trascender cualquier barrera impuesta por los intereses políticos! -había insistido, entusiasmado él mismo con la idea, Niccoló Machiavelli, ese apasionado amante del divino Dante.

Michelangelo Buonarroti tenía veinticinco años cumplidos y había llegado a Florencia después de pasar algún tiempo en Venecia y en Bolonia. Había nacido en Caprece, cerca de Arezzo, en 1475, de una familia humilde, y a los catorce años de edad había sido introducido en la corte de Lorenzo de Médicis por sus dotes de creador nato. En el palazzo Médicis de la Vía Larga había tenido contacto con los filósofos más importantes del momento, entre los que se imbuyó de la doctrina de Platón y del cristianismo ortodoxo, y con los artistas que vivían libremente en la corte de Lorenzo el Magnífico a expensas de su enorme amor al arte. Había llorado la muerte de su mecenas y había seguido a Pedro el Desafortunado hasta su exilio en Roma, pero Pedro le había decepcionado, lamentablemente, pues sólo encontró en él a un ser enfermo de rabia y obsesionado con terribles deseos de venganza contra esa ciudad que lo rechazaba. Con su desatino, Pedro hacía honor a la misma estulticia que le había llevado a presumir ante Carlos VIII de Francia como dueño de Florencia, pues se empeñaba en planear su entrada en la capital armado con las tropas francesas, e infligir un grandioso castigo que sometiese a los ciudadanos a su poder incuestionable. Buonarroti comprendió que en nada tenía que ver el hijo con el padre, y, en parte por añoranza de su propia familia que le reclamaba para que volviera a Florencia, y en parte porque ya no tenía dinero para seguir pagándose su estancia en Roma y alentaba la intención de conseguir algún nuevo trabajo en su ciudad, había regresado justo a tiempo de asistir a los últimos meses del poder de Savonarola, otro iluso borracho de poder, y a su ejecución. Michelangelo creía en un Dios libre que

otorgaba libertad a las almas, hermanando su idea del ser humano con la idea de Platón sobre la vida, y al que él buscaba en esas obras que salían de sus manos. Ahora, en aquel verano de 1500, retornado a la casa de su padre enfermo, con un encargo que en efecto había conseguido, pero que no le gustaba y que le obligaba a un trabajo en el que no podía plasmar su pasión, intentaba adaptarse al nuevo aire que se respiraba en Florencia, huérfana del gran jefe que había sido Lorenzo y al mismo tiempo ansiosa de tomar las riendas de su propia emancipación.

-No os puede servir cualquiera para ese proyecto -le había dicho Nicolás Maquiavelo al confaloniero Soderini-; sólo cabe que encontréis a un ser puro, un verdadero artista, un alma nacida para crear...

Piero Soderini lo miró, mientras caminaban dirigiéndose al palazzo, donde La Signoría se reunía para su sesión diaria. Para Nicolás era bastante aquella mirada del confaloniero para entender que su amigo necesitaba que siguiera hablando.

-Podrías llamar a Michelangelo Buonarroti, por ejemplo -le sugirió el secretario-; está de nuevo en Florencia, embarcado en un encargo que no logra sacar de él su entusiasmo..., llamadlo y exponedle vuestro propósito.

-Es demasiado joven... -dudó Soderini.

-¡Igual que el corazón de Florencia! -se apresuró a contestar Maquiavelo-; además Buonarroti ya tiene fama como artista y él desea quedarse en nuestra ciudad, sabéis que han salido de sus manos obras prodigiosas, él consigue que emerja de la piedra el alma que guarda, ¡pedidle que esculpa una talla donde toda Florencia vea su propia alma!

-Amigo Niccoló, pero sería una osadía por mi parte, pues sin duda el maestro Leonardo da Vinci se ofendería. También él ha regresado a Florencia, y todavía es mayor su fama que la de Buonarroti, pues las cortes del mundo entero alaban las obras de su mano y de su ingenio.

Razón no le faltaba a Piero Soderini, pues el artista Leonardo da Vinci, florentino igual que Michelangelo, le doblaba a éste en edad y en prestigio, y su celebridad era indiscutible.

Leonardo da Vinci había adquirido fama también en la corte de Lorenzo de Médicis y ya había realizado trabajos espléndidos para él. Había marchado a la corte de Milán en 1482, cuando tenía unos treinta años, para mostrar al señor Ludovico Sforza un laúd de plata que semejava la cabeza de un caballo que había fabricado. Lorenzo de Médicis se lo había pedido, comisionándole con este regalo para organizar la alianza política entre Florencia y Milán, pues esperaba que este singular presente satisfaría al duque Sforza (igual que él mismo, un alma culta y de gustos educados en la exquisitez).

Leonardo había aceptado el encargo sin dudar. En el fondo, el artista no compartía la interpretación de la doctrina de Platón que había regido en la corte de Lorenzo de Médicis, pues, según su parecer, era evasiva y cómodamente ajena a la verdadera realidad, y recibió con agrado la idea de viajar a Milán, donde podría tomar contacto con la arquitectura, las ingenierías terrestres y acuáticas, la cartografía, las disciplinas de estudio de los astros y otras teorías que examinaban la forma de la tierra, para volcar sus proyectos insólitos atrayendo al futuro. En aquel momento el duque Ludovico Sforza estaba en guerra con Venecia, y una vez en su corte, Leonardo da Vinci le habla presentado sus muchos ingenios militares, como puentes móviles, catapultas, un carro cubierto, morteros y otros elementos que lograron fascinarle. Da Vinci

había permanecido en Milán casi veinte años, hasta la muerte de Ludovico Sforza. Había regresado a Florencia porque añoraba su ciudad; esperaba encontrar en la nueva República la evolución hacia las ideas empíricas y realistas que él consideraba necesarias para crecer, y había rechazado por ello una oferta del duque Valentino, César Borgia, para trabajar a sus órdenes.

Maquiavelo conocía al artista Leonardo da Vinci porque había escuchado, en su infancia, hablar de él a su padre Bernardo Machiavelli. Leonardo había nacido en abril de 1452 en el pueblo toscano de Vinci, próximo a Florencia. Era hijo bastardo de un rico notario florentino, inteligente y culto, pero sobre todo muy amante del placer y por ello amigo de otros amantes de la vida como el padre de Bernardo Machiavelli, abuelo de Nicolás. Leonardo y su madre, una campesina, se habían instalado en Florencia en 1460 porque el viejo notario quería mantener cercano también a su hijo bastardo, que ya había dado muestras de unas tendencias muy especiales hacia la música y las matemáticas. Cumplidos los catorce años, Leonardo había acudido a formarse al taller de Andrea del Verrocchio, el más importante de los maestros pintores y escultores de aquel momento, completando su formación en el resto de los campos artísticos con una educación exquisita y libre de las presiones del apellido del padre. El abuelo Machiavelli hablaba del muchacho Leonardo con admiración, describiéndolo como elegante, seductor y extraordinariamente dotado para la creación. A través de su padre, Nicolás Maquiavelo conoció algunos detalles de la amistad que Da Vinci había mantenido en su juventud con Julián, el bello Médicis hermano de Lorenzo el Magnífico, con el que compartía aficiones y maestros, y cuya muerte en la terrible conjura de los Pazzi, cuando ambos tenían veinticinco años, supuso un duro golpe para el artista, que lloró con gran sentimiento por él. Cuando el viejo notario murió se descubrió en su testamento una mención especial al abuelo de Nicolás Maquiavelo, «su amigo de correrías y alegrías que se llevaba a la otra vida», y Leonardo da Vinci había sentido curiosidad por conocer a esos Machiavelli cultos y amantes de los libros que nunca habían reclamado derecho alguno sobre las muchas promesas que el viejo notario le hiciera a su amigo. Así fue como Leonardo da Vinci había conocido a Bernardo, el hijo de ese amigo que ya había muerto sin saberlo su padre casquivano, y a Niccoló, el muchacho que entonces tenía doce años y que era capaz de conversar con él, en la plenitud de sus veintinueve, en un perfecto latín, y rememorar con entonación precisa las estrofas y los versos clamorosos de Dante en los cantos de su divina obra: «Amor que prende rauda en pecho hermoso, a éste abrasó por la gentil persona que perdí, y aun me ofende el modo odioso. Amor, que a amantes con amor corona, por éste me cogió placer tan fuerte, que aun aquí, como ves, no me abandona...»

Pero sus caminos seguirían derroteros dispares. Antes de un año, Leonardo da Vinci partiría hacia Milán, dejando Florencia y esas ansias neoplatónicas que a él se le habían quedado ya muy limitadas, mientras Niccoló continuaría en Florencia una formación apasionada y autodidacta a trompicones, asumiendo trabajos esporádicos y rivalizando con profesores y literatos sobre su conocimiento de Boccaccio, Dante y Petrarca.

Por un instante y en una ráfaga, pasó por la mente de Maquiavelo la memoria de aquellas jornadas compartidas con Leonardo da Vinci joven. Ahora

le faltaría sólo un año o dos para cumplir los cincuenta; sin embargo, Maquiavelo estaba seguro de poder afirmar que el aplomo de Leonardo seguiría inmune y que aquella serenidad ante la propia vida que él había apreciado con admiración, sin duda seguiría intacta en él.

Florenia no le hacía falta a Leonardo da Vinci, en cambio, sí que le era vital al joven Buonarroto; por eso tenía clara la recomendación que debía hacerle a Soderini:

-Aceptad el reto de elegir al más joven, al que tiene que demostrar todavía lo que lleva dentro de sí; el pueblo entenderá vuestro riesgo y se sentirá alentado en su propia aventura, recordad que nuestra República es todavía una aventura, todavía un riesgo que los ciudadanos necesitan valorar como realizable. Encargadle al joven Buonarroto una estatua que sea emblema de esta República nuestra que es joven, que es valiente, que tiene que ser firme y tiene que salir victoriosa, y consultad con Messer Da Vinci dónde colocarla una vez acabada.

Soderini respondió a su mirada con sus ojos destellantes. Maquiavelo lograba entusiasmar con su pasión; el confaloniero ya podía ver al pueblo de Florenia aclamando con fervor su nombre, el nombre de su alcalde paternal, el que había insuflado la fuerza que necesitaba su proyecto de independencia. Por un momento, Piero Soderini estuvo a punto de lanzarse a tomar la decisión con el mismo ahínco con que segundos después, empero, habla frenado su impulso, trocando su expresión resuelta en timorata, dejándose atrapar por las sombras de la duda, del temor al riesgo, de la vacilación:

-Pero ¿y si es un error? ¿Y si nos equivocamos, Messer Niccoló? ¿Si Michelangelo Buonarroto no es capaz, o si su obra no es del gusto de Florenia?

-Hablad primero con él -resolvió Maquiavelo-; escuchad lo que él tiene que decir sobre vuestra idea, y entenderéis si es capaz o no de dar forma a lo que Florenia precisa.

-¿Por qué estáis tan seguro... de todo? -exclamó Soderini, expresando en realidad la envidia recóndita que su clarividencia en algunos asuntos le producía, más que una verdadera pregunta.

Pero la seguridad de Niccoló sólo era pasión, que entregaba con su fe al proyecto del que era cabeza visible Soderini. Quizá el confaloniero fuera en exceso timorato: esto es lo que parecía transmitir Maquiavelo con su entusiasmo, pero él le entregaría su decisión incuestionable, su instinto, su fuerza. Maquiavelo tomó por el brazo al confaloniero, como si pudiera con su contacto traspasarle su fe, y continuó hablando de ese joven artista que resumaba esa misma pasión por todos sus poros:

-Buonarroto pasea todos los días por la zona de obras en el entorno del Duomo; hay muchos que lo han visto, mirando y tocando extasiado los inmensos trozos de mármol que yacen, desechados o esperando ser embastados -le explicó Maquiavelo-. Hay un enorme bloque de mármol abandonado detrás del Duomo, que hace años el maestro Agostino dejó por imposible...

-¡Ya sé cuál es: esa pieza magnífica se le ha prometido al maestro Leonardo! -exclamó con susto Piero Soderini.

-Da Vinci es un viejo zorro que se ríe de todo; sin duda que se verá compensado con el simple deseo de que su joven rival fracase en su empresa -dijo con guiño Maquiavelo. Pero al mirar de refilón al confaloniero, comprendió

que éste no había captado la ironía-: ¡No podéis negarle al maestro Da Vinci su derecho a competir para que nadie sea tan grande como él! Entregadle el mármol a Michelangelo Buonarroti y dejad entonces que el duelo sea entre ellos: Da Vinci esperando que no lo logre, y Buonarroti esforzándose en demostrar que sí lo va a lograr.

Piero Soderini se rascó la barbilla, pulcramente rasurada, que no le picaba en absoluto. Era señal de que empezaba a estar convencido. Todavía caminó un rato cabizbajo, en silencio, mirando sus propios pasos sobre el empedrado.

-Convocaré al Gran Consejo...

-No os lo recomiendo -atajó Maquiavelo.

-Entonces al Consejo de los Ochenta -resolvió Soderini.

-No, no...

-Pero ¿entonces?

-Pensad en vuestros ciudadanos -comentó Maquiavelo, bajando levemente el tono de su voz. Soderini aguzó el oído-: El pueblo necesita comprender desde el principio que el símbolo que busca Florencia ha de estar por encima de la política, que es un símbolo de su espíritu total, de su corazón único. Si convocáis a los políticos para que decidan sobre lo que debe representarse como el corazón de Florencia, los ciudadanos estimarán que sólo es una más de las decisiones tomadas en virtud de los intereses de los políticos del Consejo.

-Pero...

-Cread una asamblea de artistas y ciudadanos voluntarios que amen el arte. Que sean ellos los que decidan en vuestro nombre si aceptan el proyecto de Buonarroti, y que Da Vinci aconseje dónde colocarlo. Así, toda Florencia sentirá que la elección de su imagen tiene que ver con su verdad más auténtica, y nadie os podrá acusar de favorecer unos intereses políticos sobre otros.

Si por algo se había distinguido Nicolás Maquiavelo en sus años de juventud, había sido por sus ganas de juerga y de poesía. ¿Cómo podía un poeta empeñado en que sus amigos de juerga amasen como él los sonetos de Petrarca y los análisis históricos de Plutarco tener la clarividencia del cálculo más afinado en el juego de la política, la seguridad del movimiento de la pieza en el tablero como quien ejecuta una partida de ajedrez que ya conoce? Soderini sonrió sutilmente perdido por un momento en esta íntima admiración que le producía el ingenio de su amigo Maquiavelo, pero también porque esa sonrisa era la muestra de que su ánimo estaba persuadido y conforme con la idea. Sí, quería pensar en su pueblo y quería que Florencia así lo entendiera para la posteridad.

Michelangelo Buonarroti no parecía capaz de belleza alguna, a juzgar por el aspecto desaliñado de su atuendo y su tosquedad natural. Tenía las piernas arqueadas y no habla crecido mucho; sus manos, tan grandes como su rostro, parecían pertenecer a otro; su pelo negro y revuelto y la barba crespa y abundante le terminaban de sellar la impresión de ser un huraño metido en sí mismo. Pero apenas Soderini había comenzado a exponerle el proyecto, una expresión destellante e infinita en los ojos de Buonarroti navegando por otra realidad, le habían dado a entender que él parecía estar ya viendo esa imagen buscada. Soderini comprendió que no podía ser otra su apuesta.

CAPÍTULO 2

...y que la verdad se demuestre por sí sola. Yo sólo tengo que rendirle cuentas a Florencia.

Pedro el Desafortunado había muerto pero hubiera bramado de furia de haber contemplado la euforia que el *David* de Michelangelo Buonarroti había devuelto a Florencia. La aclamación popular hacia el alcalde Soderini lo hubiera hecho enrojecer de rabia, contemplando cómo toda la ciudadanía alababa el emblema de la pasión de Florencia y a sus dos autores, Buonarroti y Soderini.

Había querido el destino que Pedro muriera sin gloria y sin honor, en un accidente fluvial que un año atrás, en 1503, y trasladando un carro de guerra a las órdenes del rey francés, con quien planeaba entrar en Florencia por la fuerza, había tenido lugar en la desembocadura del Garigliano, cuando su nave naufragó y él desapareció entre las aguas, ahogándose. Dejaba un hijo de apenas once años de edad, Lorenzaccio, nacido en 1492 al tiempo de la muerte de su abuelo el gran Lorenzo el Magnífico, y una hija, Clarisa, de diez. El exilio de Pedro el Desafortunado, como cabeza de la familia Médicis, era compartido con sus hermanos Juan, ya cardenal en Roma, y Giuliano, el último hijo de Lorenzo el Magnífico, un adolescente en el momento del exilio. Se unía a ellos su primo bastardo Julio, hijo natural de Julián de Médicis, el hermano de Lorenzo apuñalado por los Pazzi en la conjura urdida contra ellos en 1478. Después de un periplo que les habla llevado por Alemania, Flandes y Francia, habían regresado primero a Urbino y luego a Roma, donde Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, los había acogido finalmente.

Juan, que ahora se convertía en jefe de los Médicis (como cabeza de familia), y su primo bastardo Julio tenían sus miras puestas en Roma, y habían ya comenzado su carrera en el tablero pontificio, pero no por ello descuidarían sus intereses en Florencia, pues, a poco que pudieran, anexionarían su mando político al papado, aumentando así su poder. La verdadera ambición trascendía ya la acumulación de propiedades y la dirección de los múltiples negocios bancarios de la familia Médicis, la más importante de la Toscana, y trascendía también la ambición de títulos nobiliarios, culminada con la política de matrimonios aristocráticos de los Médicis; sobre todo Julio entendía que el verdadero poder estaba en Roma, en el título de *pater* de la cristiandad, y no cejaría en su intento. A pesar del exilio, que algún día, inexorablemente, se tendría que acabar, no podían descuidar sus intereses, y por ello los Médicis nombraron a algunos comisionados que en su nombre seguirían administrando rentas y posesiones para evitar que cayeran en otras manos más avispadas que las suyas. Uno de estos administradores era Cesare Sadoletto, un hombre adusto y poderoso, frustrado en su deseo más íntimo, haber tenido un hijo varón, pues su esposa, ya muerta, seguramente de angustia o de terror por pensar en vivir junto a él hasta la vejez, únicamente le había dejado una hija de la que se sabía que profesaba votos perpetuos en un convento de la campiña de Florencia. Durante un tiempo se dijo que la muchacha había escapado del padre, algunos aseguraban que había muerto, y otros que estaba enferma y varias cosas más, todas tan difíciles de asegurar como la primera. Lo verdadero era que nadie había vuelto a ver a la muchacha Luciana Sadoletto.

Ahora, al viejo Sadoletto se le veía acompañado a veces de una niña muy pequeña, al parecer hija natural, y su nodriza, las cuales nadie sabía de dónde habían surgido. Cesare Sadoletto, de casi cincuenta años de edad, se

ocupaba, junto con otros abogados habilitados, de las recaudaciones que seguían cobrando los Médicis, pagadas por sus innumerables deudores, arrendados, empleados y vendedores en toda Florencia, además de mantener especialmente informado a julio, el poderoso Médicis bastardo.

Desde que Piero Soderini hiciese el encargo formal a Michelangelo Buonarroti hasta que su glorioso gigante se vio alzado junto al palazzo de La Signoría, casi tres años después, Nicolás Maquiavelo sólo había pasado pequeñas temporadas en Florencia, pues la precaria situación de su República, amenazada constantemente por las guerras entre grandes potencias como Francia y España, le forzaban a sus continuas misiones diplomáticas, buscando siempre el modo de que Florencia mantuviera la imparcialidad que prefería Soderini y que necesitaba su República. Aunque tradicionalmente las instituciones habían favorecido a los más acomodados, integrantes del *popolo grasso*, y el Consejo de los Ochenta representaba los intereses de la banca, el gran comercio y la industria, cada vez tenían más presencia en las decisiones los representantes del pequeño comercio y de los artesanos, asumiendo unos cambios sociales inexorables que Nicolás Maquiavelo veía, sin duda, significados en la propia figura de Soderini, que quería tener en cuenta al resto de ciudadanos que no eran burgueses. Crecía el número de aquellos que no podían pertenecer a una de las corporaciones con derecho a representación institucional, las *arti maggiori* y *arti minori*, como campesinos, obreros, pequeños artesanos y algunos profesionales libres, pero reclamaban participar en el pago de impuestos para poder tener también derechos sociales, y Nicolás Maquiavelo estaba dispuesto más que muchos a tenerlos en cuenta, pues él mismo sabía muy bien lo que era una vida sin recursos. Seguramente, de haber existido otras posibilidades en su familia, su inmensa formación se vería homologada por titulaciones que callarían la boca a muchos que despreciaban su apellido sin nobleza y que además sólo poseían esos títulos porque los habían comprado o heredado sin ganárselos.

El gobierno de Florencia se llamaba República desde el siglo XIII, y estaba organizado por familias nobles poderosas que habían controlado el comercio y la banca a favor de mantener sus privilegios frente al *popolo minuto*, el pueblo llano, desheredados que no pagaban impuestos Y no tenían, por tanto, derechos. El modelo político que Florencia quería seguir era la República de Venecia, de larga andadura ya, crisol innato de artes, negocios y comercio, que se regía con un gobierno de asamblea política, cuyos miembros se elegían por sorteo.

Cosme Médicis II Vecchio había emergido de su propio origen sencillo como la figura más relevante de Florencia, casi doscientos años atrás, cambiando estructuras mentales y políticas con su voluntad y perseverancia. Sin linaje previo, sin herencia de títulos nobiliarios, Cosme II Vecchio desafiaba los cimientos de una sociedad que sólo concebía el poder en manos de los ya poderosos, y reorganizó las antiguas estructuras comunales para permitir la ascensión a los cargos de una nueva aristocracia, basada en el dinero y en la astucia. A él no le importaba el apellido de origen, pero sí el interés de cada cual, que él vigilaría para evitar desmanes: tuvo la suficiente habilidad y sagacidad como para asegurar que la dirección de las instituciones quedase en poder de su familia y de los afines a él. El sorteo de los cargos que tenían que integrar los órganos del Consejo era organizado por la familia Médicis,

poniendo en las bolsas sólo los nombres de familias y personas partidarios de ellos. Aun así, su sucesor Lorenzo el Magnífico había conseguido el respeto de la ciudadanía, porque él controlaba muy de cerca y muy acertadamente a sus colaboradores, sin permitir los abusos; así había logrado parar los enfrentamientos entre oligarcas ambiciosos que minaban el desarrollo de la ciudad, potenciando además la competencia entre los gremios representados como *arti minori*, cuya actividad atraía verdaderamente la prosperidad de los negocios que le interesaba a toda Florencia.

Los Médicis de las nuevas generaciones después de Lorenzo el Magnífico habían eliminado el respeto que habían guardado sus antecesores por las formas populares republicanas y habían empezado a dirigirse con tendencias absolutistas, olvidando sin duda que aunque el pueblo no ostenta el poder, sí que lo puede otorgar o quitar. Lorenzo había conducido el destino de Florencia con una lucidez y una diplomacia ejemplares; había conseguido, gracias a una inteligente política exterior, convertir a Florencia en una ciudad-Estado de gran peso decisorio en medio del complejo juego de fuerzas de los Estados italianos. El comercio de Florencia se había extendido por todo el mundo conocido y el florín, la moneda de oro de la ciudad, había adquirido valor de referencia en todo el comercio de Europa. El pueblo había aceptado su dominio porque sentía que se lo había ganado, con un esfuerzo que a los ciudadanos les devolvía el ciento por ciento de lo que ellos le entregaban a él.

Pero su hijo Pedro se había equivocado al sentirse lo que no era: cabeza de una dinastía real. Florencia aceptaba señores, pero no quería reyes. La expulsión de los Médicis de la capital había sido el grito de orgullo de los florentinos, el deseo irrefrenable de una mayoría de edad que se plasmaría en una forma de gobierno que estuviera de verdad en manos del pueblo, de los productores, de los artesanos, de los comerciantes, de los campesinos, un sueño de libertad que Nicolás Maquiavelo argumentaba con la espléndida teoría aprendida de los clásicos, creyendo en un proyecto de República que rescatara las enseñanzas valiosísimas que el gran político que fue Lorenzo había aportado, aunándolas con las nuevas necesidades surgidas del nuevo tiempo, proclamando que Florencia podía llegar a ser poderosa y magnífica por sí misma.

Ante todo, analizaba Maquiavelo cuando tomó posesión de su cargo, había que partir de la situación real de Florencia, en ese momento cercano al inicio de 1500, centro del fuego cruzado entre los intereses de las potencias extranjeras. Florencia había logrado incluir en su territorio ciertas ciudades y plazas fuertes de importancia, como Pisa, Livorno, Arezzo y Pistoia, que le procuraban recursos y prestigio de cara a los demás Estados del territorio italiano, componentes con ella de un mosaico de regiones que se miraban con recelo: el reino de Nápoles, el territorio papal con su capital Roma, el ducado de Milán, el ducado de Módena y las repúblicas de Génova y Venecia. Los pequeños Estados italianos estaban endémicamente enfrentados entre sí, mientras en Europa ya se había logrado la unidad económica y política de los principados fragmentados que en un tiempo anterior se administraban individualmente, llevando a cabo la idea de Estado-nación que Maquiavelo comprendía, igual que ya antes había intuido Dante, como la necesidad urgente que debía satisfacer su patria, esa centralización del poder que permitiría a las nuevas clases sociales surgidas el crecimiento económico de que eran capaces. España y Francia, convertidas en ambiciosos imperios en

expansión y aprovechando las discrepancias entre los territorios itálicos, se disputaban su dominio, planeando sobre la preciada Florencia y jugando con las alianzas o discordias con Roma y su pontificado. Pero los italianos padecían la imposibilidad crónica de aunar sus territorios bajo una dirección común, agarrados a sus viejas individualidades territoriales, vulnerables sin ejércitos potentes, indefensos sin un verdadero destino político. Nicolás Maquiavelo lo comprendía muy bien, y parte de su misión como secretario de la Segunda Cancillería en el Consejo de los Diez para asuntos de la Paz, sería inducir a los gobernantes de La Signoría a comprender la necesidad de unificación de la península itálica en un solo Estado. Pero antes existían otras prioridades; Florencia tenía que defenderse manteniéndose además en paz, danzando en un complicado juego de equilibrios internos y externos, relaciones difíciles con los otros Estados italianos y con las potencias extranjeras, oscilar entre una cierta amistad tradicional con Francia y el incuestionable respeto al poderío español, siempre aliado de Roma, además de soportar la propia realidad de sí misma: el egoísmo reconocido de sus ciudadanos y la creciente desilusión por los asuntos de la política, convertida a sus ojos en un juego de intereses donde los cargos institucionales, sin ningún espíritu de servicio a la ciudadanía, sólo pretendían el poder fácil y un enriquecimiento rápido, tal como había sucedido en estos últimos años desde la muerte del Magnífico.

Los Diez habían recibido de La Signoría las potestades para las Relaciones Exteriores, la Gobernación y la Defensa, y Maquiavelo había encontrado en el puesto de secretario de su Consejo el trabajo a la medida de sus convicciones, de su amor a la patria y de su gusto por la libertad. Su tarea era la representación diplomática de la República, como emblema de los intereses de Florencia, claramente centrados en su comercio y su industria, para mantener y aumentar su crecimiento. Tal como Maquiavelo indicaba, para preservar el desarrollo de las ciudades nunca se habría pretendido la guerra, y por tanto su misión primordial había de ser mantener la paz para Florencia, convicción arraigada en el espíritu de Maquiavelo, que comprendía a Florencia como el bien común al que todos sus políticos y ciudadanos tenían que aspirar. Mientras la ciudad asumía el verdadero papel que podría querer desempeñar en el futuro como impulsora del gran objetivo de la unidad italiana, tendría que esforzarse por preservar primero su independencia, convenciendo hábilmente a los codiciosos que la pretendían para sí de que su independencia era también lo mejor para ellos. Ése era el trabajo de Maquiavelo, libre y auténtico, preservar la libertad y la autenticidad de Florencia mientras rehacía su historia, mientras recomponía su delicada situación esa República que tantos esfuerzos estaba costando, ya que, como al joven David, un enorme Goliat la acechaba. Como David, Florencia tenía que transmutar su vulnerabilidad en firmeza, prepararse para actuar y confiar rabiosamente en su victoria.

Sus continuos desplazamientos le obligaban a largas cabalgadas, muchas horas de viaje a lomos de un caballo, con escueto equipaje, algunos papeles y su mente al viento dejando que las ideas surgiesen, se agolpasen, hablasen con voz propia, girasen, se extendiesen, le inundasen de voces internas, le acompañasen como lo hacía la mujer más hermosa a sus sentidos. La vida cotidiana de la política florentina no le interesaba hasta el punto de amarrarse a las obligaciones y compromisos in situ que exigiría la ambición de un alto cargo, y en cambio su observación de aquellos con los que tenía que departir y a los que debía persuadir de que su propia conveniencia era dejar en

paz a Florencia, le apasionaba. Tomaba notas, investigaba en su historia personal, entendía su entorno, se interesaba por lo que comían, por lo que sentían, por las personas que formaban parte de su círculo íntimo, cómo eran sus hijos, sus consejeros más cercanos, dónde habían nacido, dónde deseaban morir... Los ministerios que el Consejo de los Diez ponía a su cargo no eran sencillos, pero eran los que Nicolás Maquiavelo estaba preparado para ejecutar, pues tenían más que ver con el alma humana que con la política del mundo: cómo negarse a algo pareciendo que se acepta, cómo convencer al otro de que aquello que no quería le interesa, cómo compensar un resentimiento con sólo palabras, cómo utilizar las expresiones justas, la sonrisa adecuada, que parezca humildad la tenacidad más consciente para salirse con la suya; todo ello desde la convicción de que, por fin, quien decide la política que determinará tal o cual situación, es una persona, con sus pasiones, sus miserias, su carácter y sus necesidades personales. Él analizaba cómo se comportaba aquel a quien se tenía que dirigir y luego actuaba en consecuencia, adaptando su lenguaje y sus formas a la comunicación que su interlocutor necesitaba recibir, haciendo así más fácil y más directo el mensaje, y más eficaz su misión.

Su primer encargo por cuenta de los Diez de Libertad había sido una misión ante el señor de Piombino, aliado de Florencia en la guerra para recuperar Pisa. Su trabajo era decirle que no a su petición de dinero, sin que se ofendiera ni molestara ni retirara su alianza, con la excusa de contratar nuevas tropas para el asedio a Pisa. Maquiavelo había logrado exitosamente su cometido y aquello lo había envalentonado, por lo que viajó sin ningún miedo al fracaso a Forlì, donde tenía que encontrarse con la condesa Caterina Sforza Riario, y decirle igualmente que no a su petición, parecida a la de Piombino.

Madonna Caterina era una bellísima mujer de treinta y seis años, experta en la vida y adiestrada para la política, viuda tres veces, la última de ellas de Giovanni II Popolano, uno de los Médicis de la rama segunda, los cuales no ostentaban cargos políticos en Florencia. Madonna Caterina estaba encastillada en su fortaleza de Forlì junto con su hijo Juan, de tan sólo dos años de edad, jugando sus bazas como aliada de Florencia también en los preparativos para reconquistar Pisa. La preocupación de la condesa se fundaba en que César Borgia, apodado el Valentino, había puesto sus ojos terribles sobre su pequeño Estado, y además de necesitar todas sus tropas para proteger Forlì, precisaba también el apoyo pecuniario de Florencia.

El poder papal de Alejandro VI llevaba a cabo sus ansias expansionistas representadas en la figura de su hijo César Borgia, que quería imponer el dominio de su familia en todo el territorio italiano central, y había empezado por atacar dominios de Florencia.

Caterina Sforza pretendía que el gobierno florentino se comprometiera a protegerla en un momento muy delicado, pues no podía contar, como en otras ocasiones, con la ayuda de Milán. Su tío el duque Ludovico Sforza, llamado el Moro, temía la amenaza del nuevo rey de Francia, Luis XII, que estaba planeando abalanzarse sobre su territorio. Pero tampoco Florencia podía prestarle ayuda, pues estaba pendiente de recuperar Pisa con la asistencia que había pactado con Milán, por un lado, aunque alerta ante ese ataque de Francia sobre el ducado milanés, lo cual daría al traste con las posibilidades de recuperar Pisa, y además atada de pies y manos porque no podía enfrentarse a Luis XII, quien tenía en su potestad influir en la devolución de la ciudad. Ni

siquiera podía pagar un ejército que auxiliase a la condesa frente a la amenaza Borgia.

-Sabéis que los Borgia, por su origen español, tienen la amistad de España y también la aquiescencia de Francia, pues Luis XII les deja hacer mientras no penetren en sus territorios... Florencia ahora también es vulnerable, *signora*, y debe permanecer prudente...

-César Borgia es implacable -había argumentado Caterina-. Se crece ante los enemigos poderosos y se divierte con los adversarios débiles. Está claro que si Florencia no defiende Forlì yo entregaré mi vida por ella, y aunque ello no sea gran botín para ese joven Borgia ansioso, sí que será una gran pérdida para Florencia, pues la conquista de Forlì le habrá despejado el camino a su ambición. Pero también os digo más: ese Luis XII no es de fiar y no se conformará con mirar a otro lado mientras César Borgia invade la Toscana; yo os aseguro que ayudará con tropas a los Borgia, y entonces sí que estaréis en grave peligro, porque, de aliada a la fuerza, Florencia pasará a ser una conquista francesa.

El secretario Maquiavelo no estaba preparado para cumplir con una misión en la que su corazón se negaba a justificar las causas que su cabeza se sabía de memoria, porque eran las órdenes que debía acatar. Para que sus argumentos resultasen creíbles al otro, primero tenían que ser aceptables para él mismo, para sus propias creencias, y en este caso, Niccoló se sentía más cercano a Caterina Sforza que a sus jefes.

-¿Qué edad tenéis, Messer Machiavelli? -le había preguntado Caterina, en una de las jornadas de deliberaciones entre ellos.

-Me hallo próximo a los treinta y dos, *madonna*.

-Yo tengo treinta y seis -le había contestado, con ironía-. Ya veis, en un hombre la treintena es casi plenitud, y en una mujer es casi decrepitud.

-Puede que sea en otros como decís, pero en este caso, soy yo el viejo mortal, admirado de la belleza de una diosa inmortal como la que vos mostráis, *signora*.

La condesa había sonreído complacida.

-¡Ah, siempre me gustaron las palabras de Florencia! Esa ciudad tiene habilidad para elegir a sus emisarios, encantadores como el atardecer sobre sus colinas..., pero tengo ya muchas conchas, Messer Niccoló, y no me conformaré con el buen sabor de boca que me dejáis con vuestras palabras. Quiero salvar mi Estado, mi honra y mi familia, y aunque hubiera preferido a otro emisario de Florencia con el que me fuera más fácil expresar mis exigencias como jefe de mi Estado y madre y condesa de principios, igual os las expresaré a vos, secretario, aunque disfrute como mujer de todo cuanto se ponga a mi alcance en vuestra compañía...

El secretario Maquiavelo había enviado cartas a La Signoría de Florencia pidiendo que se reconsiderase la decisión sobre la encomienda de la condesa de Forlì, proponiendo alguna estratagema para que la condesa ganase tiempo, con una ayuda de Florencia en la sombra, pero sus explicaciones no habían dado resultado.

El secretario florentino admiraba verdaderamente a aquella mujer, en la que veía dispensados los atributos inconfundibles de un gran líder. Si algo le podía permitir su cometido en las cortes extranjeras, era estudiar a los gobernantes que concentraban en sus manos el poder sobre un Estado, observar sus cualidades, sus acciones y sus resultados. Inestimable

aprendizaje de los gobiernos ajenos que podría utilizar para crear las fórmulas que podrían enseñar a Florencia a llegar a ser, en ese futuro que él proyectaba con esperanza, ese motor de la unidad de los territorios italianos para crear una nación fuerte, tal como ya se conocían los ejemplos europeos; pero también, y sobre todo, para seleccionar las virtudes y recopilar esas cualidades para el ejercicio del poder que necesitarla el príncipe que pudiese llevar a su Florencia amada a ese alto fin, y mientras tanto, iba perfeccionando su teoría de la política basada en las evidencias, que los objetivos tienen mucho que ver con los valores y que su ejercicio depende de algo tan variable y débil como las personas.

Tomó notas, reflexionó, lamentó que no pudiera ser otra la realidad. Caterina Sforza era negada por unos como jefe por ser mujer (viuda, además, que no había renunciado a su feminidad), y era ambicionada por otros por lo mismo, considerándola presa fácil de conquista por estar sola y porque se presuponía que no sabría dirigir sus ejércitos.

Pero a pesar de los escritos a La Signoría dándole la razón a la condesa y solicitando que los Diez accedieran a su petición de ayuda, Maquiavelo no tuvo más remedio que corroborar que Florencia la abandonaba a su suerte, incapaz en esos momentos de hacer otra cosa que intentar cuidarse a sí misma:

-*Signora* -le dijo Maquiavelo al despedirse-, habéis sido la mejor maestra de coraje y de honor que podía haber soñado. Tenéis más agallas que muchos que he conocido con las cosas más fáciles que las tenéis vos, y creo firmemente que educaréis a vuestro hijo Juan en la misma gallardía que a vos os hace grande a mis ojos.

Le besó la mano largamente, con intensidad.

-Si yo pudiera, *madonna*...

-No es vuestro deber poder -le interrumpió la condesa, sonriendo cortésmente-, sino convencer. Valoro vuestro esfuerzo aunque no hayáis logrado convencerme a mí, pero más aprecio vuestra amistad, fuera de los requisitos de la política. Id ahora en busca de esos a los que sí podréis conformar con las palabras de Florencia...

Había regresado a Florencia, donde los amigos ya le reprochaban su larga ausencia. Los compañeros de juerga y poesía de Maquiavelo echaban de menos sus veladas de juerga hasta el amanecer, enamorando, con sus poemas o los de Petrarca, que al cabo sonaban lo mismo en sus oídos, a muchachas de la noche haciéndolas creer con sus maneras dulces que eran señoras, o diosas clásicas. Filippo de Nerli, Agostino Vespucci, Biagio Buonaccorsi, Giampaolo, Sandro, Giovanni y algunos otros, que lloraban con los versos del divino Dante, que escuchaban emocionados a Virgilio en la voz de Niccoló, cuando, abandonado al presente más rotundo en los placeres de la amistad, olvidaba sus misiones y la ausencia a la que su trabajo le obligaba.

Antes de volver a una nueva cabalgada que en aquella ocasión le llevaría a Francia, había consolado a un amigo suyo, Gianni, otro poeta, que amaba a una muchacha «como aman los dedos la pluma que dibuja los versos», le había dicho, y ésta se hallaba recluida por el disgusto del padre, encerrada en su palacio como si hubiera muerto para la vida. El amigo enamorado había caído en la desesperación. El padre de la muchacha era el poderoso Cesare Sadoletto, el comisario de los Médicis, al que nadie respetaba por sus modales agresivos e insultantes con los humildes, pero al que todos

temían. El comisario ejercía la más férrea vigilancia sobre su familia, primero sobre su infortunada esposa y ahora sobre su hija. De nada habla servido intentar convencerlo de que su amor era imposible, ya que jamás el repulsivo Sadoletto consentiría que su hija se desposara con un plebeyo como era Gianni. La muchacha Luciana Sadoletto, una de las «guapas» de Florencia, era celosamente guardada por el padre para alguno de los banqueros de prosapia que a sus cincuenta años, podridos de dinero, enviudaban a tiempo de conseguir a una belleza joven y virgen con la que coronar su fortuna. Gianni juraba soñar con ella cada día, estar dispuesto a morir perdido de amor como los trovadores de antaño, melancólico como Dante amando a su Beatrice, arrebatado como Petrarca por su amada Laura. Pero en Florencia era habitual conocer a algún poeta surgido desde el pueblo desheredado cuyo espíritu especialmente sensible, imbuido de mitos griegos y leyendas paganas de amores imposibles, miraba a la superación de su vida encarnada en la belleza maravillosa de una doncella de alta cuna, a la que soñaba poseer e incluso desposar, o sobre la que se conformaba, en muchos casos, con glosar su hermosura, promesa de paraísos inalcanzables. Esas muchachas eran casadas con potentados en la mayor parte de los casos, y sus bellezas se marchitaban sin llegar a florecer del todo, inmortalizadas en los versos y en las telas de artistas embelesados que las seguían adorando más allá de sus días. Seguramente, Gianni era uno de esos bardos de otra época, último vestigio de un tiempo que creía en el destino y la fatalidad. Sus amigos lo aceptaban, como a un loco inofensivo. Además, Gianni comía muy poco. Pero ya muchos de ellos preferían pensar que el destino lo hace el hombre, que no viene impuesto por el cielo, y las famosas apologías de Gianni sobre el sino inexorable de los seres sólo eran justificaciones para ese empeño suyo en amar un imposible, en mentir sobre ese imposible, en no hacer nada más que vagar.

Su amigo Niccoló lo había metido en su casa para cuidarlo de cerca, y que comiera todos los días, y que descansara, y que olvidase su obsesión por esa Luciana a la que nadie había visto desde hacía mucho. Tenía sitio de sobra, ya que se había quedado solo con su hermano menor, Totto. En poco tiempo, Maquiavelo había perdido a su padre, Messer Bernardo, y a su hermana Primavera, con la que estaba muy unido. Su otra hermana, Margherita, ya se había desposado tiempo atrás, y la madre faltaba desde hacía cuatro años. Totto, seis años menor que Niccoló, era un espíritu sensible que buscaba la pureza, amigo de infancia de Michelangelo Buonarroti, con el que había compartido escapadas adolescentes al cementerio de Florencia, intentando ver entre las tumbas y los ángeles de piedra alguna imagen del alma de los muertos.

Totto había creído sentir inclinación hacia la pintura, impulsado por su amigo Michelangelo, al que había contemplado realizar bocetos con la misma entrega con la que él cultivaba la tierra del pequeño huerto de la casa, como si entendiera que sólo estaba ayudando a que brotara el fruto de la semilla que ya existía desde antes. No obstante, buscando la expresión de la belleza que sentía dentro de sí, siguió por un tiempo el consejo de Michelangelo y asistió al taller de Antonio Pollaiolo. Allí había conocido a Casio di Fiore, el más hermoso de Florencia. Había realizado estudios de dibujo con él, y había entablado esa amistad que se da entre corazones puros, bellos en sí mismos, nacidos para el amor al mundo. Fue Totto quien había mostrado a Buonarroti la maravilla

viviente que era Casio, siete años más joven que ellos, siete años más puro. Pero sólo era Michelangelo el destinado a inmortalizarlo, pues Totto había comprendido que su sensibilidad innata le llevaba a intentar remediar la vida más que a pintarla, y había empezado a pensar en ingresar como cura en algún convento de Florencia:

-¡Seguro que ha de buscar el convento dedicado al santo que más inquina me tenga! -bromeaba Maquiavelo sobre la tendencia religiosa de su querido hermano Totto, sin disimular el poco aprecio que profesaba por lo religioso.

Aunque la irreligiosidad de Nicolás Maquiavelo respondía a sus principios filosóficos sobre el ser humano, a quien consideraba responsable sólo ante los otros humanos de sus propios actos, no eran pocos, no obstante, los que en Florencia despreciaban la hipocresía del cristianismo practicado en Roma, a manos de los prelados ambiciosos de poder terrenal y, sobre todo, entregados a los vicios más inmorales. El papa Borgia había llevado hasta los límites más insospechados la sucia utilización de su cargo como representante de Dios en la tierra, provocando por un lado la vergüenza de muchos cristianos convencidos y, por otro, la radicalización de ciertos fanatismos religiosos que veían como pecado cualquier expresión del arte. Sin embargo, eran los nobles y ricos prohombres de Florencia los que más fácilmente consentían con las formas de justificación religiosa del Papa, mirando para otro lado cuando éste se exhibía con sus cortesanas y concubinas en los actos públicos, consintiendo en los favores recibidos a cambio de oscuras negociaciones con lo carnal, o aparentando santidad en las celebraciones religiosas en la catedral de Santa María mientras acababan de cerrar pactos vergonzosos que explotaban a desfavorecidos o acordaban una fiesta secreta con muchachas violentadas.

Florencia era bella y misteriosa, y albergaba un lado oscuro de difícil penetración, guardado en el silencio de muchos que se golpeaban el pecho para proclamación de su culpa, y que se intentaba compensar con acciones de caridad para redimir los propios pecados. La acomodada sociedad florentina intentaba lavar su conciencia con las limosnas y dádivas caritativas; las ganas de placer y el gusto por el dinero, dos características propias de los florentinos, dotados de una naturaleza exuberante y complaciente, eran también sin embargo el látigo fustigador que provocaba esa continua sensación de culpa en sus corazones, y que tan acertadamente había sabido aprovechar Savonarola desde su púlpito. Las prontas y fáciles fortunas amasadas por comerciantes y mercaderes, haciendo gala de las cualidades innatas para el negocio, llenaban de remordimientos unas conciencias no siempre tranquilas con los métodos utilizados para conseguir sus fines, pero que confortaban a los prelados y a los curas, negociantes en nombre de Dios y sin pudor con esa necesidad de lavar los pecados y conseguir la absolución de las faltas.

Totto Machiavelli había recuperado su amistad con Buonarroti cuando éste había regresado a Florencia, y lo visitó alguna vez mientras trabajaba afanosamente en la escultura de su *David*, compartiendo con él y con Casio momentos de cariño como «hermanos de vida». El artista había ordenado la construcción de un vallado cercando un recinto junto a la trasera de Santa María del Fiore, para evitar las miradas de los curiosos, que le desagradaban enormemente, pero también para proteger su trabajo de algunos desaprensivos que habían intentado apedrearlo para que no lo acabase. Las visitas de su

amigo Totto le permitían descansar y distanciarse un poco de esa pieza a la que le estaba entregando sus días y sus noches, la savia de su espíritu, su sangre, su delirio. Michelangelo había esculpido su alter ego, sin duda ese otro yo oculto en sí mismo, y había volcado en ello toda su pasión, intuyendo que ya para siempre todos podrían recordarle a través de su *David*, y que dejaría de tener importancia que él fuese, precisamente, todo lo contrario.

Por su parte, Nicolás Maquiavelo había cedido a Piero Soderini toda la gloria en la inspiración del *David* al gran Buonarroti, como ya se le llamó en Florencia apenas los ciudadanos contemplaron alzado al gigante hermosísimo. El *David* era la *rinascita* que había acuñado por primera vez el gran Francesco Petrarca para expresar la resurrección de la gloria que los florentinos vieron siempre simbolizada en la cultura de la antigüedad clásica. La belleza del *David* era la belleza del Hombre como idea, y sería la belleza de esa República que quería ser emblema del hombre nuevo de Florencia. A tanto había llegado la euforia del confaloniero, que decidió nombrar a Casio di Fiore, el bello que había servido de modelo a la piedra, el mensajero de Florencia para el mundo, para que lo acompañara a él en las recepciones de embajadores extranjeros; como si de un *David* viviente se tratara, el joven Di Fiore tenía que sentarse junto a Soderini mirando a los invitados.

-Que aquellos que vengan a La Signoría para hablar con Florencia, oigan mi voz y vean tu rostro -le había dicho-, pues en mi palabra encontrarán la voluntad de Florencia y en tu rostro conocerán su alma.

No habían faltado quienes habían criticado la decisión, pero nadie se había atrevido a echar para atrás la voluntad de Soderini, que argumentaba con los conceptos estéticos griegos las necesidades que tenía La Signoría de cuidar su aspecto exterior y lo que mostraba a los ojos externos.

El bello Casio di Fiore era ambicionado por muchas jóvenes florentinas de buena familia, no sólo ya por su belleza manifiesta, sino también porque ahora se había convertido en un alto funcionario de importancia capital para La Signoría, y algún que otro nuevo rico y alto financiero, de esos que se habían comprado títulos de nobleza, no se hubiera opuesto a entregarle a su hija, pero Casio no demostraba interés por ninguna de las muchachas que en los actos públicos de la alta sociedad de Florencia le hacían muestra de su inclinación.

No se conocía apenas nada de su vida, no se sabía que Casio di Fiore tuviera amantes; no se conocían circunstancias sospechosas sobre él, ni se le había descubierto secreto alguno, pero sin duda que los tendría. No podía ser que la belleza de Casio quedase inmaculada o que no fuese disfrutada por nadie; aparentemente, en los círculos de la nueva aristocracia que ahora frecuentaba Casio, se le admitía y se le saludaba con deferencia, pero a sus espaldas todos murmuraban sobre su ascenso, sobre su origen desconocido, sobre su vida personal escondida. Lo más probable sería que Casio di Fiore tuviese amoríos con algún noble de importancia que estuviese velando desde la sombra por él, como pretendían algunos despechados. En Florencia eran sabidas muchas relaciones inmorales entre varones que cubrían sus apariencias como esposos y cabezas de apellidos rimbombantes. Los amores y placeres entre personas del mismo sexo estaban penados y castigados por la Iglesia, inconsecuentemente con la propia ostentación de vicios de muchos de sus prelados, pero por eso tenían que mantenerse ocultos. Sin embargo eran muy frecuentes y continuas las noticias que se corrían de boca en boca descubriendo los vicios y las relaciones pecaminosas de potentados y

formalísimos padres de familia, con muchachos jóvenes, en sórdidos ambientes de perdición. Aunque la sensación general sobre Casio era distinta, y trascendía la propia morbosidad del pecado; Casio podría haber sido amado por cualquiera, hombre o mujer, y él parecía también capaz de poder amar a cualquiera, hombre o mujer, tal era el deseo que despertaba.

Por sus continuos viajes diplomáticos, Niccoló Machiavelli no estuvo presente en los actos de exaltación al gobierno de la República, cuando su confaloniero Soderini, rodeado por los representantes del Consejo de los Ochenta, y exhibiendo la compañía del bello Casio di Fiore a su izquierda, recibían los vítores del pueblo, que estaba entusiasmado con el coloso. Soderini ya había olvidado los esfuerzos que tuvo que hacer para justificar ante el Consejo su arbitraria decisión del encargo, y los otros ya habían perdonado su osadía, apuntándose ahora, más que otra cosa, al éxito de la empresa. En aquel junio de 1504, Maquiavelo se encontraba en Roma, entregando su energía a otro de los proyectos que consideraba indispensables para su Florencia amada. Si ya el pueblo habla encontrado el nombre de su alma y la imagen de su único corazón en el *David*, y los ciudadanos habían identificado su unidad emocionada en su inconmensurable belleza, ahora era el momento de plasmar esa unidad y ese único sentimiento de amor a su libertad en organizar una milicia popular que permitiese a Florencia defender su independencia, librándola de las tropas mercenarias que esquilaban las arcas de los Estados y no eran fiables, pues sólo el amor es lo verdaderamente leal, como acostumbraba a decir Nicolás Maquiavelo.

Sería su hermano Totto quien le habría de contar, con todos sus detalles, cómo el pueblo congregado había entonado himnos de gloria a la República, ante los gestos airados de unos pocos partidarios de los Médicis, alentados en la sombra por el primo bastardo Julio, que maniobraba desde Roma velando sin cesar por los intereses de la familia.

Entre ellos se hallaba Cesare Sadoletto, que increpaba ásperamente a cuantos mostraban su entusiasmo al pie del balcón donde se hallaba apostado, rodeado de varios guardaespaldas y con una niña muy pequeña sentada a su lado. Le contó también cómo su amigo Gianni se había enfrentado a él pidiendo a gritos que le dijera dónde estaba su amada Luciana, esa hija de Sadoletto de la que nadie había vuelto a saber nada. Llegó incluso a gritar que la tenía oculta porque la ambicionaba para sí, lo acusó de sacrilego pervertido y lo amenazó con la garra del destino cayendo sobre él, pero había sido Gianni el caído pues se habían abalanzado sobre su espalda los guardias del terrible comisario mediceo y se lo habían llevado a un callejón apartado. Lo habían encontrado al otro día, maltrecho de una paliza que había recibido y empapado de vino, aunque él juraba que no había bebido una gota. Desde luego que sus amigos de la «peña» le habían creído todos, pero no prosperó la denuncia que interpuso, ya que no podía probar nada.

-Gianni ha perdido el apego por la vida -le escribió Totto a su hermano Niccoló-. La desesperación le ha sorbido el seso y busca lo que no me atrevo a nombrar, hermano; temo por él. Lo que veo en Gianni me alarma y creo que tendrás que hablar con él a tu vuelta, para que rehaga su vida y olvide a esa Luciana a la que ya no se ha vuelto a ver en Florencia. Se dice que esa niña que el comisario lleva a veces consigo es su hija natural, habida quizá de una relación inconfesable con la propia Luciana, y nadie está dispuesto a remover

la cuestión, ni a investigar, y ya no preguntan por la joven. También debería hacer lo mismo tu amigo Gianni, y así quizá salvaría su vida, y su cordura.

Gianni se sentía desahuciado de la vida y no quería pensar en otra cosa que en morir si no podía ver a su Luciana. Vagabundeaba la mayor parte del tiempo, asistido por los amigos en lo imprescindible, pero cada vez más aislado de todos, más huraño, más perturbado. Poco a poco, en las cartas que le enviaba semanalmente, Totto dejó de referirle a su hermano Niccoló novedades de Gianni, puesto que había otras muchas cuestiones que Totto consideraba que habían de ser prioritarias para él, ya que, alejado de Florencia como estaba la mayor parte del tiempo, los asuntos en el interior de La Signoría podían dar un vuelco y tomarlo desprevenido. Florencia misma podía sorprender en cualquier momento; los enemigos de la República no cejaban en su empeño de batallar en su contra, se habían organizado y captaban a comerciantes y trabajadores del pueblo llano inconformes porque los precios habían subido mucho, o convencían a intelectuales y pequeños empresarios que criticaban el aumento de puestos oficiales a costa de sus impuestos. El *David* de Buonarroti se había convertido en símbolo de integridad ciudadana, pero también en una provocación para los contrarios a la República, e igual que había muchos que se acercaban a mirarlo de cerca como si orasen a sus pies, otros habían atentado contra él y le habían lanzado piedras con intención de derribarlo. Ahora lo presidían dos guardias que lo custodiaban, dispuestos a arrestar a quien intentase cualquier felonía. El mismo Casio di Fiore había sufrido una agresión que milagrosamente no había resultado fatal, pues un grupo de encapuchados lo habían comenzado a apalear como si así pretendiesen destrozarse el *David*, queriendo derribar el símbolo del cambio de Florencia. Quiso la suerte que pudiera escapar indemne; por una casualidad, dos vigilantes nocturnos que hacían ronda por allí lo auxiliaron a tiempo. Casio había vuelto a cubrir su belleza desde entonces con una túnica de capucha cuando atravesaba lugares solitarios, y procuraba hacerse acompañar cuando se ponía el sol.

Parecía ahondarse la grieta que dividía en dos a la sociedad florentina. En esos momentos en los que Florencia era sumamente vulnerable, situada en el centro del ojo de mira de las ambiciones de Francia, de España y de Roma, los florentinos cedían a sus enemistades internas, hurgando viejas heridas latentes en la historia de Florencia desde siglos atrás, definitivamente escindida en una perpetua división civil, siempre al borde de una guerra, siempre al borde del mutuo aniquilamiento. Que aun así Florencia hubiera albergado las mentes más prodigiosas para el estudio y los espíritus más altos para la creación, era un misterio, según se admiraban los poetas en sus loas.

Eufórico con el *David*, Piero Soderini había cobijado un nuevo y magnífico proyecto: había llamado a Leonardo da Vinci y a Michelangelo Buonarroti para que cada uno pintara al fresco una batalla en las paredes del salón del Consejo Grande, en el palazzo de La Signoría. Las paredes se miraban, enfrente una de la otra; los genios se enfrentaban uno con otro, la juventud y la experiencia, la pasión y el genio, el corazón y la mente, quizá toda una alegoría de la situación de Florencia dividida, y quizá una alegoría de la propia solución de buena voluntad en la que Soderini creía a pies juntillas, que las diferencias podían mirarse de frente, aceptarse y caminar juntas.

Nicolás Maquiavelo iba conociendo estos y otros detalles en las misivas que recibía de manos de los correos a los que él entregaba sus despachos casi

diarios para servir a sus jefes del Consejo de los Diez. En el intervalo en que el joven Buonarroti había construido su *David*, habían ocurrido algunos acontecimientos determinantes para Florencia, aunque también había habido cambios en su vida personal, apartada del resto de su existencia, silenciosa como es silencioso lo pequeño y lo recóndito, y que él compaginaba con su otra vida, con el transcurso de sus pasiones, de su libertad incuestionable. Se había casado en 1502 con Marietta Corsini, de veintiún años de edad y procedente de la campiña del entorno de la ciudad, a la que conocía desde niña. Siguiendo la norma de lo habitual de la sociedad florentina, las dos familias pertenecían al mismo entorno social, y sus parientes se conocían mutuamente desde generaciones atrás. Las diferencias de clases suponían una barrera muy pocas veces transgredida por los florentinos. Era cierto que, a pesar de ello, Nicolás Maquiavelo tenía grandes amigos entre nobles y altos magnates de la aristocracia, pero sólo porque Nicolás nunca hizo alarde de ello, ni aprovechó su amistad para pedir favores, ni fue prepotente o jactancioso, ni, sobre todo, llegó a creerse uno de ellos. Maquiavelo era demasiado inteligente para caer en esos errores que le hubieran costado muy caros, y conocía demasiado el alma humana y la mente de los hombres como para dejarse atrapar en la fantasía que a otros les hubiera deslumbrado: él no pertenecía a la aristocracia florentina, simplemente se relacionaba con sus miembros porque su talento era como un reclamo para beber de él. Ello le permitía mantenerse dentro de sus fronteras, en contacto con muros infranqueables para el común de los mortales que eran para él sólo un juego seductor de equilibrios y habilidades y que trascendía naturalmente, porque era su forma de encontrarse con la vida, ser inaccesible a aquello a lo que él no podía acceder. Pero también se movía con soltura entre los desheredados y tenía amigos entre los sencillos; Maquiavelo se entregaba sinceramente a la amistad porque su necesidad de disfrutar del momento era más fuerte que todo lo demás; su gran poder consistía en hacer suyo ese disfrute, y que su placer no dependiera de lo que otros fueran o le hicieran. Con Marietta mantenía una relación cerebral en la que Niccoló siempre tuvo en cuenta sus límites y que cuidaba para conservar el orden que permitiría criar unos hijos dejando a un lado su auténtico ser, pues para sentirse verdaderamente libre Maquiavelo tenía que regresar a lo desconocido, a la observación de los otros desde la protección que otorga el no pertenecer a ese lugar.

Un año más tarde, en 1503, había nacido su primer hijo, al que llamó Bernardo en memoria de su padre. En ese mismo año había muerto el papa Alejandro VI, se dijo que envenenado, y luego el Desafortunado Pedro, agudizándose la crispación de sus partidarios florentinos.

-Seré un buen padre, pues recuerdo en mi corazón cómo lo hizo mi propio padre -dijo el secretario, como declaración de principios, cuando conoció a su pequeño Bernardo varios meses después de que hubiera nacido.

-Se parece a vos, y es bueno por las noches -le había escrito Monna Marietta cuando le envió noticias a Roma.

-¿Qué habrá sido de Florencia cuando tú seas un hombre? -murmuro quedamente Maquiavelo, mirando al niño-. ¿Cuánto tiempo logrará sobrevivir esta República?

¿Cómo sería su patria cuando su pequeño hijo recién nacido cumpliera, por ejemplo, veintinueve años, la edad de la plenitud de un hombre, la edad en que Buonarroti había esculpido su *David*, la edad en que él mismo había

encontrado su destino en La Signoría, la edad que tenía Da Vinci cuando lo conoció? Hizo un cálculo rápido, sería el año 1532, ¿habría sobrevivido Florencia tal como se amaba a sí misma, independiente, y sin dueños? Maquiavelo suspiró, ¿cuántos años tendría él mismo? Sacudió la cabeza sin más, le esperaban otros asuntos más cercanos, más reconfortantes. Se había retirado a un pequeño cuarto donde sus libros más amados y una pequeña mesa le servían de referencia para plasmar las conclusiones de lo vivido en pliegos innumerables. Como si tuviera que vaciarse de sus propias ideas y vivencias, Maquiavelo se entregaba a escribir las referencias tomadas de los reyes, cortesanos, diplomáticos y militares que había conocido en su reciente viaje, cuajando sus impresiones y extrayendo consecuencias, resultados y deducciones. No eran los relatos que previamente había enviado a sus jefes en La Signoría, no eran los informes a los que se veía obligado diariamente a redactar para consultar nuevas instrucciones o comunicar gestiones; lo que Maquiavelo volcaba en la soledad de su despacho personal tenía más que ver con lo que su espíritu ávido de experiencia vital aprendía sobre la condición humana. Relataba sus viajes, sus percepciones de los lugares, escribía una historia de los acontecimientos que iban sucediendo en el presente de su amada Florencia junto con las impresiones recibidas de los mandatarios con los que tenía que entrar en contacto, de los que estudiaba los efectos irremediables que sobre sus decisiones políticas ejercían sus caprichos, sus caracteres, sus talentos personales.

Enseguida había partido para cumplir la delegación con los franceses. Se enteró por una carta de su hermano Totto de la desgracia de Gianni, el descarriado poeta indigente en que se había convertido el amigo de Niccoló. Gianni había atentado contra Messer Sadoletto en presencia de todos, interrumpiendo el acto religioso que congregaba a toda Florencia en la catedral de Santa María del Fiore después de la procesión del día de Viernes Santo. Gritando como un loco, había invadido la zona acordonada reservada a la nobleza con un salto inesperado; empuñaba un machete de hoja corta que, según vociferaba, quería hundir en el corazón de Cesare Sadoletto, igual que él había hundido en el suyo el cuchillo de la desventura, impidiéndole ver a Luciana. Los guardias de Sadoletto no le dieron ni opción a tirar el arma; uno de ellos lo derribó de un balazo rápido del arcabuz que guardaba en el interior del manto, esparciendo su sangre y su muerte inútil por el mármol ante los gritos de la gente, que huía despavorida. Su cadáver fue quemado, para vergüenza de su familia, en el lugar reservado para los excomulgados y criminales, extramuros de la ciudad. A pesar del odio que despertaba Sadoletto entre los ciudadanos, todos justificaron la muerte absurda de Gianni, a la que parecía buscar, sin atreverse a vivir los cambios a los que estaba destinada Florencia y el tiempo nuevo. Su memoria no pudo ser llorada ni se elevaron preces ni sacrificios en su honor, pues su profanación de un recinto sagrado como la catedral merecía el castigo peor, pero por un tiempo el acontecimiento fue excusa para que se especulara entre las gentes, preguntándose en voz baja dónde estaría la joven Luciana, si sería verdad lo que se decía, que la joven había puesto final a su vida arrojándose al vacío en una noche, y haciendo conjeturas sobre de quién sería hija la niña que vivía en la residencia sombría de Cesare Sadoletto, junto a la piazza di Pesce.

Nicolás Maquiavelo había recibido con pesadumbre la noticia. Su distancia de Florencia le permitía contemplar los acontecimientos en la relación

que se estaba entablando con su propio futuro. Cualquier pretexto sería bueno, según había seguido leyendo, para que la guerra interna soterrada y sorda que mantenía separada a la sociedad florentina se manifestara en destellos amenazantes, chispas que podían encender la hoguera final. Cesare Sadoletto había aprovechado la fatal circunstancia para denunciar públicamente al infeliz Gianni como uno de los que habían apoyado el nuevo gobierno de la República, llamándolo acólito de Soderini, asesino a sueldo, enemigo del gran benefactor Julio Médicis, espía de Niccoló Machiavelli, ese consejero en la sombra de todas las acciones del confaloniero contra Roma. Los ánimos, exaltados, habían traído nuevas revueltas a las calles, algaradas nocturnas que enfrentaban a partidarios de Soderini contra los de Cesare Sadoletto, envalentonado. Cuando ya había encendido muchos odios contra el confaloniero acusándole de favorecer sólo a sus amigos, arremetió contra el secretario Nicolás Maquiavelo, su asesor, llamándole intelectual pobretón que sólo quería ver el final de la aristocracia, porque no era uno de ellos.

Totto se mostraba inquieto en su carta.

-No te preocupes en exceso, hermano -le había contestado Niccoló-, y cuídate de que Monna Marietta no conozca de esos insultos que pueden causarle disgusto, lo cual no le convendría tampoco a mi hijo. Sadoletto espera que perdamos los estribos y eso le daría el triunfo; por ello hay que evitar caer en sus provocaciones, y dejar que las cosas sigan su curso y que la verdad se demuestre por sí sola. Yo sólo tengo que rendirle cuentas a Florencia.

CAPÍTULO 3

Al fin, el vanidoso que se cree omnipotente es el más estúpido de todos porque está en manos de sus aduladores...

Carlos VIII de Francia había muerto en 1498, sin descendencia. Le había sucedido su primo Luis XII, intrigante y ansioso de la corona durante muchos años. Quería demostrar la incompetencia de su primo, que había intentado invadir el territorio florentino y había emprendido su propia campaña militar de dominio sobre otros Estados italianos. Florencia le debía a Carlos VIII el desatino imperdonable de Pedro el Desafortunado, que había perdido Pisa, y no tenía motivos para esperar que Luis XII hiciera algo por devolverla.

Envidiosa desde antaño de Florencia, Pisa había visto en el error de Pedro su oportunidad para rebelarse contra el dominio florentino, y cuando hubo de negociar con Carlos VIII para que la abandonara, los ciudadanos de Pisa habían preferido entregarse a Francia antes que seguir dependiendo de Florencia. El resto del avance por el territorio italiano que había intentado el rey francés no le había salido bien, porque Fernando de Aragón lo había expulsado de Nápoles en una sonada derrota militar, pero lo cierto era que con Pisa los franceses habían conseguido una socia excelente. Florencia necesitaba recuperar Pisa y así la situación, tendría que hacerlo por la fuerza de las armas. Pero Florencia no podía afrontar sola una guerra contra Pisa, por lo que había buscado la alianza de Milán y de su duque Ludovico Sforza. Sin embargo e inopinadamente, apenas Luis XII había ocupado el trono francés, había llevado sus tropas contra Milán, venciendo al duque y ocupando el milanés. Derrotados los milaneses, Florencia tuvo que retirarse del ataque contra Pisa, por lo que la plaza volvió a considerarse perdida, mientras Francia consolidaba ahora claramente su dominio sobre la capital portuaria.

La condesa de Forlì tenía razón, Luis XII era traicionero, y si el anterior monarca francés no se había inmiscuido en el asunto de Pisa, en cambio Luis XII no estaba dispuesto a dejársela arrebatarse, aunque fingiera hipócritamente cualquier otra cosa.

También para esta delegación había sido comisionado Nicolás Maquiavelo por el Consejo de los Diez. En esta ocasión le acompañaba Francesco della Casa, y juntos analizaban las acciones de Luis XII hasta ese momento. Comparando la fuerza de Francia con respecto a la división interna de los territorios italianos, nuevamente veía el secretario que éstos sólo eran un botín a repartirse por las ansias conquistadoras de los nuevos monarcas que surgían, como Luis XII:

-Es preciso que empecemos a comprender la necesidad de nuestra unificación. En el resto de países europeos, la idea de un Estado con el poder reunido está ya obteniendo sus frutos, creando naciones e imperios fuertes, mientras que la tierra italiana es sólo un campo de batalla para ellos -incidía Maquiavelo en su análisis.

-Sabéis que los territorios italianos son malos amigos entre sí, y vecinos recelosos... -le comentó Della Casa.

-Está claro, y no es el único país dividido por sus propias diferencias. Pero mirad el caso de España, reunificada con el matrimonio de los reyes de Castilla y de Aragón, por ejemplo. La expansión de los negocios y de la potencia comercial requiere otro tipo de organización de la que se ha conocido durante los siglos pasados, y donde antes se veía a Europa como un sinfín de

principados de economía feudal, fragmentados y enemigos entre ellos, hoy han brotado las nuevas clases sociales de mercaderes, financieros e industriales que necesitan un solo poder que aglutine los Estados para hacerlos fuertes. ¡Una nación italiana podría defenderse de las constantes arremetidas de extranjeros que buscan hacerse con un pedazo de su riqueza natural!

-Bueno, Messer Maquiavelo..., ¡ahora bastante tenemos con salvar Florencia!...

No le faltaba razón a Francesco della Casa, pero la figura de César Borgia poco a poco crecía en el horizonte florentino como un águila que extendiese sus alas preparándose al asalto, y Maquiavelo ya lo había detectado. El joven bastardo del papa Borgia no conocía límites a su ambición, respaldada por su padre desde Roma, y claramente pretendía conquistar todo el suelo italiano bajo su mando, no con la idea o el diseño político de unidad que alentaba a Maquiavelo, sino por ambición personal, con la mera intención de servir a sus deseos de poder.

En la conquista del ducado de Milán, Luis XII habla sido apoyado por el papa Borgia, Alejandro VI, a cambio de que las tropas francesas ayudasen a su hijo natural a conquistar Imola y Forlì. Al poco tiempo de su misión con Caterina Sforza, Maquiavelo supo que Forlì había sido tomada por César Borgia y la condesa llevada presa junto con su hijo Juan. Tal como había indicado la condesa, la toma de Forlì suponía una grave amenaza contra Florencia que los florentinos no parecían apreciar. Por ello, la vulnerabilidad de su patria era una preocupación constante en el pensamiento del secretario; Florencia tenía que reconocer la amenaza francesa y además se cernía sobre ella la apetencia de los Borgia, avanzando territorios por el este. Su principal y obsesivo objetivo, recuperar Pisa, se complicaba con tales premisas y la misión de Nicolás Maquiavelo era por ello muy delicada: Florencia tenía que recobrar Pisa, pero no era potente en lo militar; necesitaba por ello ayuda, pero quería mantener su independencia; estaba dispuesta a pagar a cambio los impuestos que sus enemigos sabían que podían demandar, pues los negocios florentinos eran los más boyantes, pero había que evitar que fueran en exceso cuantiosos, pues los ricos comerciantes de Florencia no aceptarían una hipoteca tan dolosa de sus intereses.

Luis XII era impaciente y egoísta, insidioso, poco brillante pero ambicioso, y no aceptaba los límites a sus pretensiones más que por la fuerza. No era de fiar que consintiese en ayudar a los florentinos o que al menos los ignorase dejándolos en paz para buscar otro apoyo, pues miraba con avaricia al reino de Nápoles, bajo el dominio de Fernando de Aragón, y lo más probable era que se las arreglara para obligar a Florencia a ayudarle a él.

-Sin duda, Luis XII constituye ya una incuestionable provocación, para Florencia -había sentenciado el colaborador Francesco della Casa, analizando junto a Maquiavelo estos datos-. Mala cosa temo que salga de esta entrevista, Messer secretario... ¡cuando sea que os la conceda.

Ya se habían instalado en la corte francesa de Lyon, y esperaban que el monarca les dispensara audiencia, cosa que se retrasaba sólo por su capricho de demostrarles su poder.

-Florencia no es más que una pequeña República presentándose ante un rey autoritario que se sabe en condiciones de imponer sus criterios

-reflexionó Niccoló, consciente de su situación-. Luis XII es prepotente y sabe que es más grande, pero lo peor de todo es que no está dispuesto a escuchar.

-O sea -dictaminó Della Casa, desmoralizado-: Podemos ser aplastados como dos moscas, de un manotazo.

-Seguramente no haya sido éste el momento más oportuno para haber pedido una audiencia con él -reconoció el secretario-, pues Luis XII se ha enfrentado hace poco tiempo a su propia minoría cuando se entrevistó con Fernando de Aragón, verdaderamente más poderoso que él, y ahora necesitará resarcirse.

-Veremos, pues, Messer secretario, si no se arrepiente La Signoría de habernos enviado...

Luis XII había recibido a la delegación florentina con desprecios y gritos. Nicolás Maquiavelo había expuesto brillantemente cómo Pisa, arrebatada de las fronteras de su República por error, según constaba en los informes firmados, era necesaria a toda costa para los florentinos con el fin de salvaguardar su integridad política. Según un pacto ya aceptado por su antecesor, Francia permitiría que la República de Florencia recobrarla Pisa, y por eso necesitaban que Luis XII corroborase su pacto, o bien ayudándoles, o bien dejándoles hacer.

Pero el monarca habla contestado de malos modos reclamándoles pagos inexistentes a cuenta de ese pacto, burdo pretexto para ocultar que no tenía ninguna intención de soltar Pisa, y despachándoles de repente porque tenía otros asuntos más urgentes que atender. Que pidieran nueva audiencia y que ya volverían a hablar.

-En la corte de Lyon la República de Florencia no tiene forma de hacerse respetar, ni por las armas ni por el dinero, escribidlo así en el informe para La Signoría -le dijo a Francesco della Casa-, y decid también que el rey francés sólo entiende el lenguaje del más fuerte o del que más ducados le ofrece.

Mientras esperaba las concesiones de nuevas audiencias del soberano, o la respuesta de La Signoría a sus mensajes, o la resolución de los más variopintos asuntos burocráticos, Nicolás Maquiavelo observaba las otras reglas de la diplomacia, esas que no dependían de la razón, ni de la elocuencia, ni de la reflexión sobre las consecuencias. La corte de Luis XII era un hormiguero de intrigantes al mejor postor que se repartían regalos y prebendas según les permitía su proximidad con el rey. Los consejeros más cercanos al monarca ponían precio a su influencia, sin pudor, en un hipócrita engranaje de relaciones aceptado por el resto de embajadores y políticos.

-En el juego del poder son necesarios los amigos influyentes, esos que están cerca del rey y que en su consejo al señor se inclinan a favor del que mejor les ha remunerado -consideraba el secretario Maquiavelo, en las desquiciantes jornadas de espera junto a Della Casa, que aprovechaba para observar los detalles del entorno-. Al fin, el vanidoso que se cree omnipotente es el más estúpido de todos porque está en manos de sus aduladores; pero, sabéis, Francesco, la política, por fin, está en manos de esos aduladores que se llaman consejeros, y a éstos son a los que a su vez hay que mantener contentos y afines, no con piropos ni palabras, sino con regalos materiales y con privilegios.

-Pues sí me dan ganas, sí, Messer Maquiavelo, de pensar qué regalos les haría yo a estos señores empingorotados que nos miran por encima del hombro... -Francesco della Casa llevaba con disgusto el maltrato de Luis XII.

No tenía la misma capacidad que veía en su colega el secretario para convertir en una lección de inestimable valía cualquier circunstancia que estuviera viviendo, por adversa que ésta fuera.

Nicolás Maquiavelo había recomendado a sus jefes de La Signoría que enviaran fondos para conseguir un protector entre los cercanos a Luis XII que, a cambio de ciertos sobornos, dispondrían la voluntad del rey, y así se conseguiría que entrase en razón con los intereses de Florencia. Pero el gobierno de la República se hallaba sometido a sus tensiones internas; algunos de los miembros del Consejo defendían a ultranza la tradicional amistad de Florencia con Francia y habían interpretado la recomendación de Maquiavelo como una perversa incitación a la traición de esa amistad. La Signoría resolvió por fin acatar las exigencias de Luis XII, pagándole un elevadísimo importe a cambio de nada en realidad, como era la fatua promesa de una alianza que socorriera a Florencia de las ansias expansionistas de las otras potencias, para lo cual podría contar, si era posible, con su ejército de mercenarios.

-¿Y quién protegerá a Florencia de los mercenarios franceses? -se preguntó a sí mismo Maquiavelo. También en su amada Florencia las cosas se decidían atendiendo a razones muchas veces alejadas del análisis y el raciocinio, pensó con cierta desazón. No habían obtenido ayuda con el tema de Pisa y a la postre tenían que pagar igual.

A su regreso a Florencia, Nicolás Maquiavelo criticó en la sesión del Consejo la decisión tomada por su gobierno, argumentando el error de envergadura que era no ponerse de acuerdo en la prioridad de los intereses de Florencia, y demostrando cómo, en otros ejemplos de la historia, se sabía que ello llevaba a los gobiernos a perder su territorio.

Pero aunque el secretario no podía evitar regalar su clarividencia en extensos estudios políticos que argumentaban sus consideraciones como observador político y diplomático, la mayor parte de las veces las respuestas del gobierno de La Signoría le habían devuelto a su realidad más rotunda: que él sólo era un comisionado de las decisiones que se tomaban en las reuniones a las que no asistía; que sólo querían que transmitiese las palabras y las disposiciones que se le ordenaban.

En poco o nada se iban a valorar sus juicios políticos y sus observaciones y sus consejos sobre lo que mejor le convenía a Florencia, mientras la política interior de su República estuviese sin resolver. El partido que formaban las grandes familias de Florencia había apoyado en un principio la expulsión de los Médicis de la ciudad, pero sólo porque ambicionaban ocupar su puesto y repartirse el poder que habían detentado. Ahora, descubrían sus cartas y se enfrentaban abiertamente al partido de los comerciantes y representantes de los Arti, que sí habían tomado en serio su intento de gobierno de mayorías, con Soderini al frente. Se temía Maquiavelo que, no tardando mucho, esas grandes familias cambiarían las tornas, y al no ver sus planes conseguidos, seguro que pasarían a preferir la vuelta de los Médicis, para recolocarse a su sombra.

En su ánimo de contemporizarlo todo, tampoco Soderini era un buen director del gobierno, pues procuraba complacer todas las opiniones, y en el momento en que éstas se radicalizaban en sus extremos, el confaloniero intentaba no tener que tomar una decisión. En esta ocasión, fue un alivio explicarle a Niccoló que no podía atender profundamente su insistencia sobre

el tema francés, que el secretario le instaba cada día a resolver, porque tenía que poner en sus manos otro delicado asunto.

César Borgia, arrogante capitán ávido de victorias, tenía veintisiete años cuando ayudó a los españoles en Nápoles. El lugarteniente de Fernando de Aragón, Gonzalo Fernández de Córdoba, había demostrado la eficacia de las nuevas tácticas militares a base de grupos fijos de infantes armados de picas y espadas, apoyados por arcabuceros, caballería ligera y artillería, y habían derrotado sin paliativos a los ejércitos franceses que pretendían apoderarse de Nápoles en las batallas de Ceriñola y Garellano, donde había aprendido de sus nuevas técnicas militares. A continuación, adaptando dichos métodos para sus propios soldados y cobrándose la ayuda prestada, el joven Borgia había iniciado la conquista de los territorios italianos de la Romaña, con el auxilio de tropas españolas.

César Borgia acariciaba el propósito de constituir así su propio Estado, con ansias expansionistas por el resto de Estados italianos hasta lograr reunir sus territorios bajo su mando, confirmándose las primeras sospechas del secretario. Su mismo padre, el papa Alejandro VI, lo había nombrado duque de Romaña, ratificando así sus intenciones. Esto había empezado a preocupar enormemente al gobierno de La Signoría, pues su proximidad con la Toscana convertía a Florencia en primer objetivo de su expansión.

César era el más joven de los hijos naturales de Rodrigo Borgia, cuya familia, procedente de la localidad española de Xátiva, en Valencia, tenía intereses también en Nápoles. Rodrigo había sido elegido papa Alejandro VI en 1492. Esencialmente, el papa Borgia había dedicado su pontificado a favorecer los intereses de su familia y a conquistar nuevos territorios para sus cuatro hijos. Nombró a César obispo de Pamplona primero y luego arzobispo de Valencia, hasta que lo elevó a la púrpura cardenalicia, como camarlengo, a la edad de dieciocho años. Ya célebre por sus vicios y costumbres licenciosas y su temperamento violento, César había abandonado después el estado eclesiástico para ponerse al frente de las tropas pontificias, conquistando una ciudad tras otra del centro peninsular italiano para aumentar los territorios de la Iglesia. Para estabilizar el poder papal y a pesar de su tradicional oposición a los franceses, César Borgia había logrado que el rey Luis XII de Francia, sucesor de Carlos VIII, fuese su aliado y amigo, y en virtud de ese acuerdo había tomado por esposa a Carlota d'Albret, hermana del rey de Navarra, territorio francés. Hábil stratagema que le había valido a César que el mismo Luis XII le entregara el ducado de Valentinois, en el sur de Francia, motivo por el cual se le conocía desde entonces como el duque Valentino.

Nicolás Maquiavelo había sido delegado esta vez para entrevistarse con el duque. César Borgia ya había conquistado Urbino, en cuyo ducado había establecido su corte y adonde tenía que viajar el secretario Maquiavelo. Borgia avanzaba ahora sobre el principado de Piombino; la misión del secretario era hacerlo desistir de entrar en Florencia. A un día de su partida, lo seguiría monseñor Soderini, hermano del alcalde, al frente de una delegación de La Signoría de Florencia, con varios destacados portando obras de arte y productos de la campaña toscana como presentes para el duque, a fin de predisponer su ánimo, ya que era de todos conocido el cultivadísimo gusto de César Borgia. En esta delegación viajaba el letrado Casio di Fiore, por expresa indicación de Piero Soderini, como uno de los secretarios del obispo. Pensaba

el confaloniero que, mostrándolo como esa alma del David de Buonarroti esculpido para la eternidad, el Valentino apreciaría toda la belleza y toda la grandeza que debía preservarse de Florencia. Muchos en la embajada opinaban que, lejos de respetar a su República a través del bello Casio, César Borgia alimentaría deseos perversos sobre él y por ende sobre Florencia, pues también se conocían las costumbres depravadas del duque, que incluían a su hermana Lucrezia y a cuantas bellezas tuviera a su alcance, sin miedo al castigo divino, sin culpa, sin límites para sus transgresiones morales.

Antes de partir, el confaloniero había citado a solas a Maquiavelo en su despacho de la Cancillería:

-Os deberéis encontrar con otro florentino -le había informado-, el *signore* Leonardo da Vinci...

Maquiavelo miró a Piero Soderini; intuía por su tono demasiado bajo que se trataba de alguna información complementaria a su misión.

-César Borgia -siguió Soderini- insistió en contratar a Messer Da Vinci como ingeniero, trabajo que en principio el maestro no quería...

El secretario sabía que, habiendo regresado de Milán después de la caída de Ludovico Sforza, Da Vinci pretendía permanecer en Florencia, donde el nuevo gobierno republicano le sugería la sensación de cambios apetecibles en la ciudad, pero de pronto se había marchado a la corte del joven Borgia, y muchos, como él incluso, lo achacaron a que se había tomado con disgusto que el encargo del David recayese sobre Michelangelo Buonarroti.

-Habéis de saber, amigo Niccoló, que a Messer Leonardo no le importó que se contratara a Buonarroti para esculpir aquel mármol -le aclaró el confaloniero, como si hubiera adivinado el pensamiento de Maquiavelo, y recordando su consejo de aquella ocasión-; en eso teníais razón, cuando me dijisteis que él tomaría de buen grado el reto de permitir que Buonarroti demostrara lo que podía hacer.

-¿Por qué aceptó el trabajo como ingeniero de César Borgia?

-Él no aceptó el trabajo, sino la petición de La Signoría... -Piero Soderini ni siquiera miró al rostro de su amigo, seguro de que encontraría una rotunda expresión de no comprender nada, y no quería agobiarse-. Se sabe hace tiempo que César Borgia es egoísta, insistente, irritable... -comenzó a excusarse el confaloniero-; su simple ambición es una gran amenaza para Florencia, ¡pensad por tanto el peligro terrible que puede ser su enfado! Comprended, amigo Niccoló, el Valentino había despachado a La Signoría un recado para que enviara a Messer Leonardo, pero el maestro le reprochaba la caída de su mecenas Ludovico Sforza, y decía que él no era un mercenario y que no trabajaría para el Valentino.

-Así que convencisteis a Da Vinci...

-En realidad, La Signoría era quien le contrataba para un trabajo, que era dejarse contratar por César Borgia. Los emolumentos que recibiría Da Vinci por cuenta de César Borgia eran muy importantes, además de libertad de experimentación con nuevos ingenios y aparatos..., y finalmente convino en aceptar nuestro encargo: tenía que intentar que el Valentino olvidase a Florencia.

-Muchos creyeron que Da Vinci iba con el Valentino sólo por dinero...

Era fácil pensarlo, no obstante, pues el comercio de artistas era habitual entre los señores que querían dotar a sus cortes de un prestigio o una

resonancia especial entre sus nobles, y dispendiaban enormes sumas de dinero para ello. Las labores diplomáticas de los artistas, sin embargo, aunque menos evidentes, eran muchas veces todavía más importantes que las estéticas.

-El Valentino planeaba como un ave de presa sobre Florencia y la Toscana, a la espera del momento oportuno -se justificó Soderini-. ¡La Signoría necesitaba predisponer su ánimo poderoso en favor de nuestra República, había que intentar disuadirle de sus pretensiones!

-Mas, al parecer, ello no resultó, pues César Borgia no ha abandonado su idea de hacerse con Florencia, y por eso me enviáis ahora a mí...

El confaloniero no contestó de inmediato. Seguía sin mirar directamente a su secretario. Titubeó un poco antes de terminar toda la información que debía conocer Niccoló:

-No sólo es eso, amigo Machiavelli... Ahora, ese insaciable Borgia no deja que el maestro Da Vinci se marche de su lado. Ha amenazado a Florencia si reclama a su artista, y mucho me temo que eso sólo sea una excusa para arremeter contra nuestra ciudad cuando le venga en gana.

Maquiavelo no dijo nada, pero había acudido a su mente como un relámpago la figura de Casio di Fiore, el bello florentino que sin duda atraería la curiosidad del duque Valentino. Le aterró adivinar que su amigo Soderini pudiera albergar la perversa idea de que a César Borgia le apeteciera cambiar una compañía por la otra. Había tenido ocasión de conocer algo más de cerca al joven Casio di Fiore, aprovechando algunos de los preparativos del viaje y las reuniones habidas entre los delegados florentinos, ya en Urbino. El bello Casio era un hombre inteligente y rápido de reflejos que había realizado, en todas las ocasiones compartidas, comentarios acertados sobre la situación política que se estaba viviendo en Florencia. Niccoló encontró enseguida en Casio ese reconocimiento que se produce entre las almas que hablan un idioma similar, y se había entablado entre ellos una camaradería natural y fácil. Casio era muy culto y gran conversador, como Maquiavelo, pero además muy prudente y respetuoso, lo cual admiraba al secretario, porque él no siempre era todo lo cauto que le hubiera convenido ser. El hechizo misterioso que manaba de la presencia del joven no sólo era por esa hermosura suya tan indiscutible, pensó Maquiavelo, sino también -y sobre todo- porque su esencia interior era sin duda igual de bella y de sólida que su apariencia, y trascendía al exterior. Seguramente Casio di Fiore guardaría secretos, tal como se empeñaban muchos en afirmar, pero no cabía duda de que esos secretos serían igual de hermosos que él. Conociendo pues a Casio di Fiore, Maquiavelo llegó a la conclusión de que él sabía los riesgos a los que se exponía viajando a la corte de César Borgia, y que, por tanto, asumía sus consecuencias; estaba, sin lugar a dudas, ante un verdadero delegado político en la sombra.

César Borgia habla impuesto un gobierno severo para pacificar los territorios conquistados de la Romaña. Había acabado así con los desórdenes y las guerras internas que se sucedían entre los señores de aquellos territorios, pero la población padecía el gobierno a mano de hierro del duque. Para congraciarse con el vulgo y lavar su imagen, acusó de tirano al juez que él mismo había designado para ejercer dictatorialmente el mando en su nombre y ordenó la muerte pública y ejemplar del déspota. Quizá sería un golpe de efecto, como él explicaría más tarde, para mostrar su apoyo al pueblo, pero lo

cierto es que todos sin excepción comprendieron su incuestionable poder y la conveniencia de no protestar más.

Contando ya con la obediencia de Piombino, el Valentino seguía avanzando posiciones en la Toscana: la ciudad de Pisa se había puesto bajo su protección, entendiéndose, sin duda, que el joven Borgia tenía la potencia de carácter y de ejércitos suficiente, además del apoyo incondicional del Papa, para erigirse como señor de todo el territorio italiano. Lucca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos y después por miedo al duque. Si eso ocurría así, Florencia no tendría nada que hacer.

El Valentino era un hombre de expresión firme y brillante, de presencia impactante, que decía mirar de frente a sus amigos para saber conocer a los enemigos; había sido educado concienzudamente, dominaba el griego, el latín, el español, el francés y el dialecto de la tierra de origen de su padre. Había recibido con gran agasajo a Nicolás Maquiavelo en su corte de Urbino, donde el otoño dorado de aquel mes de octubre y su cielo rabiosamente azul le habían recordado las pinturas de Messer Sandro Botticelli, en esta última etapa en la que retrataba ángeles en fondos celestes y *madonnas* jovencísimas con adolescentes rubios, en una suerte de reminiscencia estética de su juventud, con sus pinturas dedicadas a la belleza pagana.

Maquiavelo aguardó la llegada de monseñor Francesco Soderini. El obispo de Florencia también estaba al tanto de lo quebradizo de la situación, que era ésta una misión de estricta confianza y que había aspectos que tenían que tratarse dentro de la confidencia y de las sugerencias. El prelado no había tardado en mostrar su repulsión hacia el Valentino:

-Este duque es un perro poderoso -dijo, sin disimular su rabia, cuando estuvieron a solas él y Maquiavelo-; no tiene escrúpulos, es astuto, actúa por cuenta del Papa y en su nombre y no le duelen prendas en demostrarlo con insolencia.

-Sin embargo, monseñor Francesco -le contestó el secretario-, debemos estudiarlo desde la razón y no con las vísceras, pues yo creo que tiene la lucidez suficiente como para haber comprendido la necesidad que tienen los italianos de unificarse bajo un mismo mando que los prevenga de futuras conquistas.

-El único problema es que es él quien desea ser su príncipe.

-Es cierto, pero observad cómo actúa: es rápido de reflejos y tiene claros sus motivos y sus intereses; por ello tiene ya mucho logro conseguido, pues emplea toda su industria en concentrar el poder en sus manos. Además, monseñor, está acostumbrado a vencer, no le asusta estar solo en su empresa, pues conoce su protección, y le asiste la buena suerte.

-¡Y la manipulación, y el escándalo! -exclamó el prelado-; ¿olvidáis que se dice que fue él quien ordenó el asesinato de su hermano mayor para conseguir su mando?

-No lo olvido, *monsignore*, pero la política es el arte de lo posible, y sólo se basa en realidades; por tanto, es nuestra obligación comprender que la realidad de César Borgia es la auténtica posibilidad de victoria. Es muy probable desde la razón que el Valentino pueda lograr sus propósitos, y es lo que debemos considerar en relación a nuestra Florencia...

Francesco Soderini no tardó, en efecto, en comprender la fuerza que desprendía aquel joven feroz que gustaba de convocar sus entrevistas por la noche, a la luz de las antorchas, resaltando así su aspecto temible, de un

atractivo extraño. Los había citado en un salón fastuoso de planta en cruz, coronado por una cúpula vidriada hacia donde la luz de las antorchas se elevaba procurando un efecto mágico de destellos sobre los esmaltes dorados y fantásticos. Su trono se hallaba en un ábside frontal que se abría al norte de la estancia, en lo alto de un estrado con escaleras a lo largo de las que un séquito de cortesanas hermosísimas con los pechos descubiertos se repartían simulando una cascada; los efectos mezclados del brillo de sus ropas y sus joyas y los destellos del vino dorado en las copas constituía una impresionante puesta en escena. A ambos lados del frontal del trono y detrás de arcos elevadísimos de medio punto, se abrían, otrora, los ábsides laterales de la iglesia profanada por el Valentino, dos espacios con vidrieras y estatuas de divinidades griegas, donde acólitos y cortesanos bebían y se divertían, servidos por muchachos desnudos de belleza adolescente.

El duque reparó enseguida en el joven Casio di Fiore, al que invitó a unirse a la fiesta con su corte, y que empezaba a adquirir tonos elevados. El obispo Soderini estaba malhumorado, mostrando una ofensa que a Borgia le provocaba hilaridad. Se lo llevó a él y a Niccoló a un apartado al sur de la iglesia, donde como todo asiento había enormes cojines y alfombras orientales. Los delegados florentinos se vieron en la obligación de acomodarse en ellos. Había recibido los obsequios con displicencia; sólo apreció con una sonrisa una de las pinturas, que reconoció enseguida de la mejor época del maestro Botticelli, un desnudo de la diosa Flora que mostraba la exuberancia perdida en los temas del pintor, concentrado ahora en sus obsesiones religiosas.

Las saluciones de rigor habían cansado sobremanera al monseñor, de modo que Maquiavelo temió que algunos de sus desprecios a la hospitalidad del duque pudiesen ser contraproducentes para Florencia. El joven Borgia era un hombre culto que al principio quiso conversar con Maquiavelo en latín, y luego sobre sus autores favoritos, Catulo y Terencio, y Ovidio también, y a todo ello accedió el secretario sin dar muestra de humillación ni ofensa, hasta que había llegado el momento de exponer el verdadero motivo del encuentro. Pero César Borgia lo había concluido de un plumazo:

-Decidle a vuestro gobierno que el duque Valentino quiere ser amigo de Florencia pero sólo si esa ciudad obedece sus exigencias, puesto que no se fía de La Signoría y no quiere esperar a comprobar si la República puede serle fiel. Añadiréis, pues, que César Borgia reclama el pago de treinta y seis mil ducados que le demuestren la amistad de Florencia, o tendrá que considerarse vuestro enemigo.

Dando por zanjada la cuestión, invitó a los delegados a unirse con él al resto de la fiesta. El obispo se marchó, aplacado en su enfado por pura desolación de ver la imperturbabilidad del duque al exponer sus condiciones, y Maquiavelo consintió en aceptar el convite para no desairar al Borgia brutal, y porque además no quería perder de vista a Casio, indudable pieza de cambio en la que iba a ser una dura negociación.

Había sido el propio obispo quien había escrito a La Signoría sobre las exigencias del duque:

-Os recomiendo que accedáis a la amistad con el Valentino, pues tengo la seguridad de que no hablaba en falso cuando amenazaba con su enemistad.

El prelado había enviado la misiva a su hermano el confaloniero, diciéndole además que él ya no tenía nada que hacer en la corte de Borgia.

La Signoría florentina había rehusado la recomendación en una táctica premeditada para ganar tiempo con ello, por lo que el obispo Soderini, una vez recibida la contestación del hermano, marchó a Roma con la excusa de representar a Florencia ante Alejandro VI, el padre del duque Valentino, e intentar convencerlo de lo que le interesaba a Florencia. En realidad, Soderini tenía ambiciones en la corte pontifical, y sabía que podía venderle algún favor que otro a Alejandro VI, que ejercía el poder indiscutible que ansiaban los primos Médicis, o a alguno de éstos.

En la corte del papado, desde luego, se movían hilos invisibles de una ambición por el poder terrenal que en nada tenía que ver con lo espiritual, y las conspiraciones trenzaban un entramado de relaciones insólitas e inconfesables exentas de cualquier prejuicio moral. Juan Médicis y el bastardo Julio maniobraban en la sombra esperando su oportunidad para volver a Florencia sin abandonar Roma; desde luego, no consentirían que el apellido Borgia consumase su proyecto totalizador. El obispo Soderini jugaba con la certeza de que su hermano, afable por naturaleza y al que protegía como hermano menor, no se indispondría con él si conseguía ser cardenal en Roma, convencido de que ello en algo serviría al interés de Florencia, aunque su verdadera motivación fuera personal.

El secretario Maquiavelo no había terminado su cometido con César Borgia, y debía continuar viéndolo, para escuchar las demás propuestas que tenía el Valentino para Florencia. El joven Borgia le había tomado especial consideración al bello Casio di Fiore y lo había entregado a sus artistas para que esculpieran diversas figuras en mármol y crearan el grupo escultórico que él había ideado, inspirado en la mitología olímpica.

Pero aunque el tiempo parecía detenido entre los placeres que rodeaban al duque en su corte, no era cierto que los días pasaran en balde, y todas las inquietudes que el Valentino había provocado con su ambición desmedida habían fraguado en un proyecto abanderado por sus adversarios que se volvía ahora contra él, y que a Maquiavelo le recordó esa máxima de que «quien siembra vientos recoge tempestades»: sus enemigos aliados, gobernadores destronados de los territorios conquistados, traidorzuelos de los que se había servido para alzarse con el poder, capitanes de tropas mercenarias que ahora pretendían una parcela del poder para sí, le habían hecho llegar al duque, de un día para otro, su declaración de guerra. Se habían reunido junto al lago Trasimeno y se rebelaban contra él.

César Borgia había jugado con la táctica del primer impacto del miedo, urgiendo a Florencia a una definición rápida para sacar ventaja del impulso, pero no le había salido según lo previsto. Florencia era lenta para la urgencia, y ya sabía, por su dilatada experiencia en mantenerse independiente sobreviviendo con su barco de pequeña carga en medio de la tormenta de grandes naves, que la resistencia en los envites era una forma de victoria, y que a veces dar largas a los asuntos era, más que ganar tiempo, hacer desfallecer a los que la urgían.

Ahora la actitud del duque había cambiado sutilmente. Después de su primer intento fallido de que Florencia se doblegase sin rechistar sometiéndose a su propósito, había utilizado en la siguiente entrevista con el secretario un tono amigable y seductor:

-Nada complacería a mi corazón de igual modo que la amistad con Florencia, Messer Machiavelli, por interés mutuo -le había dicho, exhibiendo una generosa sonrisa.

El secretario ya conocía la declaración de guerra que le habían hecho llegar sus enemigos reunidos, pero aun así, el Valentino quería presentarse ante Maquiavelo como una clara amenaza para Florencia, por lo que le proponía, por interés para Florencia, una alianza con su gobierno republicano, en contra de esos adversarios incautos, a cambio de ser, con él, partícipe del triunfo.

-Considerad, amigo secretario -le había comentado sobre sus enemigos-, que hablamos sólo de un grupo de fracasados... El rey de Francia es mi aliado y tiene sus tropas en territorio italiano, mientras que mi padre el papa Alejandro VI me asistirá con sus ejércitos, pues compartimos el mismo interés. Sé que sabréis apreciar mi oferta, y que así la transmitiréis a vuestro gobierno.

Puesto que su misión ya no era convencer a La Signoría, pues la respuesta de Florencia había de ser la misma continuando con la estrategia de dar largas, Nicolás Maquiavelo se entregó a observar los movimientos políticos del duque, sus cualidades, sus errores, sus actitudes. El Valentino se movía con afán de impresionar a quien tuviera delante, con esa apariencia de vencedor antes de entrar en contienda que sin duda rezumaba seguridad, pareciendo decir: «Es vuestro interés aliaros conmigo.» Y el secretario así indicó que se había dejado impresionar, recomendando en su informe a La Signoría que Florencia debería tomar clara opción por aliarse con quien tenía todas las posibilidades de vencer. El Valentino comprobó, para su satisfacción, que el delegado florentino estaba de su lado cuando interceptó los correos que éste había enviado a Florencia; Maquiavelo esperaba a la segunda parte del plan, pues debía contar con la confianza de César Borgia para que le permitiera seguir en su corte. Así, entre tanto, fue recibida la respuesta de La Signoría aplazando nuevamente con muy buenas maneras tomar una decisión sobre la propuesta de su secretario. Le indicaba además que le transmitiese al *signore* duque Valentino que el proceso era lento, que tenían que calibrar muchas opiniones, que no decían que no ni que sí a la alianza, y que por favor, que permaneciese todavía en la corte de Urbino junto al *signore* César Borgia, observando más de cerca nuevos argumentos que él les haría llegar para ayudarles a encontrar su postura.

En el fondo de la cuestión subyacía además otro análisis, no obstante, que Maquiavelo también conocía, pues, aunque la decisión de mantenerse independiente salvaguardando su soberanía ya había sido tomada por el gobierno republicano de Florencia, la delegación de Maquiavelo cumplía los deberes de apariencia que exigía el juego político de los partidos representados en La Signoría, ya que los partidarios de aliarse con César Borgia eran los aristócratas y miembros del partido de los Grandes, que no cejaban en su empeño de socavar en lo que podían la unidad interna del gobierno. Con la artimaña de tener junto a César Borgia a un delegado que además emitía informes favorables, los republicanos de La Signoría ganaban tiempo con sus enemigos internos haciéndoles creer que era posible la alianza, y con los externos, pues también el Valentino quedaba sosegado de momento.

«Fuerza de ánimo, anhelo de hacer cosas grandes, rapidez y perspicacia en las decisiones, capacidad militar.» Con estas palabras había

anotado Maquiavelo las cualidades del duque Valentino en contrapunto con lo que había observado en el inepto Luis XII, tal como llevaba sus asuntos de equivocación en equivocación. En el fondo de sí mismo, Nicolás Maquiavelo observaba a César Borgia no sin cierta admiración por la certeza de la que el joven bastardo hacía gala de haber nacido para la eternidad. El secretario florentino ya había adivinado que, a través de los apuntes que acostumbraba a tomar, entresacados de sus actividades diarias, iba pergeñando el retrato de una obsesión latente: describir las cualidades que debería ostentar un príncipe unificador y organizador de una nación italiana, un gobernante capaz de alcanzar el poder y mantenerlo.

Pero, a pesar de las cualidades innegables del duque, Niccoló no tardó en entrever sus fallos. ¿Qué sería del duque si no contase con el apoyo de su padre? El Valentino parecía no tener en cuenta los cambios de la fortuna. No temblaba su mano para deshacerse de los hombres según su voluntad, no dudaba en fingir amistad con el que iba a traicionar mañana; era maestro en ofrecer la apariencia que pretendía, pero a pesar de su evidente sagacidad, imprescindible para la política, a pesar del talento que demostraba en la dirección de sus empresas militares, y a pesar de que no se resentía por la soledad inconmensurable de su alma, no era prudente y se había abandonado al exceso de confianza en sus capacidades naturales y en su buena estrella.

-Nunca un ambicioso debería confiarse a la fantasía de omnipotencia que tiende a embargar su ánimo por propia naturaleza. La inteligencia debe ser rasgo del verdadero poder, y por eso el ambicioso no siempre llega a poderoso, porque requiere de inteligencia; no sólo sagacidad, no sólo talento en lo concreto, sino también, y sobre todo, inteligencia para penetrar en el alma de los hombres, mirarse a sí mismo en las propias miserias para comprender las de los otros y poder así adelantarse, contrarrestar sus efectos, controlarlas.

-Tenéis razón, amigo secretario -le había contestado el maestro Da Vinci-. Quizá eso mismo le ha llevado a permitir este encuentro nuestro, Messer Machiavelli.

En efecto, el secretario florentino había recibido por fin la petición del duque Valentino para que lo acompañara en su expedición hasta Imola, la pequeña ciudad situada entre Bolonia y Rímini que tenía que ser fortificada. Allí le esperaba su asesor arquitecto e ingeniero general, el maestro Leonardo da Vinci, al que, con buenos modos y agasajándolo con regalos y con lujos, lo tenía sujeto con vigilancia constante, en una jaula de oro, como éste solía decir, porque ya sabía demasiado. El artista florentino tenía entonces cincuenta años y una vitalidad prodigiosa. Había trazado un minucioso mapa de Imola, que el Valentino utilizaba para calcular los puntos fuertes de la muralla.

-Observad mi fortuna -les había dicho de pronto, con esa sonrisa que lo hacía infinitamente peligroso-: Tengo conmigo a las dos armas más poderosas de Florencia, a Leonardo da Vinci y a Niccoló Machiavelli, a Aristóteles y a Cicerón, ¿cómo podría negarse Florencia a ser amiga mía?

Habían salido para efectuar una revisión de las ingenierías que el maestro Da Vinci había establecido a lo largo de la fortificación, con diferentes fines. El día era espléndido; un enorme séquito de cortesanos, damas, músicos y sirvientes, con la correspondiente parafernalia de tiendas, carros entoldados, bestias de carga y tropas de defensa, les acompañaban, moviéndose con ellos y haciendo las paradas que placían al duque.

César Borgia disfrutaba enormemente del instante, en la conversación fascinante con los dos cerebros más potentes de Florencia, tal como insistía en llamarlos.

-El maestro Da Vinci es el artista creador, y el secretario Machiavelli es el artista político...

Sin embargo, Niccoló entendía que su entusiasmo no era por la oportunidad de observación que le permitía el momento, sino por la oportunidad de envanecimiento, y sabía que tal debilidad tarde o temprano se volvería en su contra. Recordaba muy bien a Savonarola; su maestro Plutarco exponía otros muchos casos parecidos.

El tiempo se agotaba, había que buscar la ocasión para ejecutar el verdadero cometido de Maquiavelo, que era sacar a Da Vinci de la corte del duque, pues los acontecimientos podrían dar un giro imprevisto en cualquier momento. El duque Valentino había organizado un suntuoso festín en su nuevo palacio de Imola, abandonándose a los placeres a los que no puede resistirse el que cree que es invencible, desdeñando las señales que podían aventurarle lo contrario. Había cometido por fin el error imperdonable de permitir que su asesor Da Vinci tuviera oportunidad de estar a solas con su invitado el secretario Maquiavelo. A pesar de eso no disponían de mucho tiempo, sólo un rato de demora prudente regresando de las pérgolas adornadas en el jardín donde habían asistido a una función de fuegos de artificio de gran espectacularidad.

-Estoy seguro de que sospecha de nosotros... -comentó Maquiavelo al maestro Da Vinci.

-¡Oh, ya me ocupé en su momento de criticaros ante él! -exclamó con socarronería el artista-. Le conté que habíais sido vos, Messer Machiavelli, quien había recomendado entregar el trabajo del *David* al escultor Buonarroti.

-Supongo que sabéis que tenía razón... -contestó sonriente Niccoló.

-Sí que la teníais, Messer secretario -atajó con soltura el gran maestro-. Si puede, que lo haga; no hay más en el arte, ni en la vida, la verdad. Yo no le doy tanta importancia a la virtud..., ni a las piedras; sólo me dedico a divertirme con las cosas que se me ocurren, lo mío no es arte: es magia, y por tanto no compito con otros artistas. Como hoy día no hay magos, no tengo que preocuparme de más.

-Lo celebro entonces, Messer Leonardo; ahora sólo espero que haya sido creíble para el Valentino...

El viejo Da Vinci sonrió quedamente.

-En absoluto, secretario -contestó resueltamente-; él nos permite esta cita, pues seguramente ya os considera a vos otro prisionero más, conmigo.

-Entiendo... y si sospecha más de la cuenta no dudará en...

-Así es, amigo Niccoló; el crimen no es obstáculo para él. Nuestra baza es ese *David* viviente que trajisteis con vos, nuestro Casio di Fiore que, según lo previsto, ha colmado las ansias estéticas del duque.

-¿Según lo previsto?

-Así es, amigo Niccoló.

La fiesta exhibía los lujos y los vicios más de moda por escandalosos y atrevidos, tal como tenían lugar en la corte papal de Alejandro VI, buscando el desenfreno que sólo se encuentra en la certeza de la brevedad de la vida, en contraste con la idea de esa vida eterna que presidían las homilías cristianas. Ya en el interior del salón, los adornos más espectaculares querían mostrar el

poder del anfitrión. Las cortinas ordinarias eran de terciopelo magenta y seda blanca, y el salón estaba decorado con tapices riquísimos. Los utensilios y elementos para los manjares eran de plata, y bellísimos adolescentes desnudos de ambos sexos, tocados con adornos muy bellos sobre la cabeza simulando el plumaje de aves exóticas, se afanaban en repartir entre el gentío licores y bandejitas con pavesas y afeites de diversa índole.

-¿Habéis recibido todos mis informes? -le preguntó Da Vinci tras una pausa prudente.

-Todos -contestó el secretario.

-Bien, pues ahora tengo que salir de aquí. La aventura del duque Valentino ya ha concluido para mí. Las cosas se precipitan en Roma, y llegarán hasta aquí.

-¿Cuándo hará efecto el bebedizo?

-En este mismo amanecer.

Una pócima preparada convenientemente con efectos tóxicos habla sido volcada en uno de los inmensos cuencos de bebidas de la fiesta. La dosis diluida en la gran cantidad de líquido sería inofensiva para los que la tomaran, pero suficiente para mostrar en algunos invitados los síntomas que justificarían la enfermedad de Messer Leonardo. Él había ingerido una dosis superior, y los efectos saldrían a la luz por la mañana. Da Vinci, sintiéndose enfermo, reclamaría a sus médicos de Florencia.

Nicolás Maquiavelo había de encargarse de conseguir el consentimiento del duque para llevar al artista de regreso a Florencia, ofreciéndole a cambio la conformidad del gobierno de La Signoría para su alianza contra los conjurados que le amenazaban desde el Trasimeno. César Borgia necesitaba esa promesa, aunque no quisiera dar muestra de ello. Aun así, el riesgo era incuestionable. Casio di Fiore se quedaba en la corte de César Borgia, como rehén de todos los compromisos. Compromisos que Florencia sabía que no iba a cumplir.

Fingieron todavía departir con otros, seguir bebiendo, aplaudir las recitaciones de los poetas que glosaban la figura del duque; observaron la actuación de Casio di Fiore, convertido en el dios Apolo por capricho de César Borgia, cantando y tocando un arpa maravillosamente, en la visión más hermosa del bello joven florentino.

Transcurrió el plan según lo previsto, y César Borgia no se opuso a que Da Vinci, enfermo de veras, reclamase sus cuidados en Florencia. El mismo Valentino escribió a La Signoría con la propuesta, dejar partir al artista a cambio de la promesa de alianza de Florencia, y ésta envió al propio Iacopo Saliatti, quien tenía la potestad de firma que Maquiavelo no poseía, para relevarlo y ultimar el trámite con el Valentino como garantía de interés en el pacto. En el último acto protocolario con el Valentino, el embajador Saliatti entregó sin rechistar el documento firmado, en una actitud que levantó sospechas del secretario, pues era la primera vez que veía a La Signoría tan decidida a algo, aunque fuera una farsa. El maestro Da Vinci lo valía, estaba seguro de eso, pero intuía que había algo más.

Como si hubiera sido una coacción de última hora que él no hubiera premeditado, César Borgia exigió que el bello Casio di Fiore permaneciese en su corte, «para asegurarse de la buena fe de la firma» y, como si no hubiera estado preparado para ello de antemano, Iacopo Saliatti dudó, discutió un poco, fingió que se resistía, y al final accedió.

-Casio di Fiore es ahora un verdadero rehén -comentó Maquiavelo en el viaje de vuelta con su superior Saliatti-; ¿qué gana Florencia con ello?

-No hay ganancia, Messer Machiavelli... -le contestó secamente Iacopo Saliatti-. Florencia está igualmente amenazada antes que después de la entrevista con el Valentino; no cambiará nuestra situación, contemplando lo que ya tenemos, pues el Valentino si puede nos engañará, igual que ha engañado a cualquiera que se ha puesto por delante, sea amigo o enemigo. Con él sólo cuenta la posibilidad de engañarle primero. Las cosas se dan prisa en Roma... Dentro de poco, estaremos otra vez como al principio.

Saliatti era un hombre adusto al que le gustaba sobremanera lanzar mensajes enigmáticos para demostrar un poder superior al de su interlocutor. En verdad que a Maquiavelo le agudizaba esa sensación sobre su trabajo que muchas veces le asaltaba, que su puesto de secretario del Consejo de los Diez para los asuntos de la Paz era sólo una careta con la que cubrir los verdaderos propósitos de la República de Florencia, pero en esta ocasión, Maquiavelo ya había intuido que alguna negociación secreta se habla urdido en torno al Valentino. La cuestión sería que, en el mejor de los casos, su resolución no supondría ventaja para Florencia, sino eliminación de algún riesgo añadido, pero no comprendía qué relación podría tener Roma en esa trama, ni hasta dónde llegaría el papel de Casio di Fiore. Entre algunos republicanos de Florencia se murmuraba que Casio tenía relaciones secretas con Julio Médicis, y que por ello no era de fiar, pero Maquiavelo no podía imaginar qué extraño lazo era capaz de relacionar a dos seres tan distintos y tan distantes, y tampoco iba a preguntárselo a un hombre tan aficionado a las medias tintas y las medias verdades. Ciertamente, Saliatti era buen representante del carácter italiano, muy dado a mantener secretos y a alimentar los equívocos sin desvelar el fondo de las cosas, formas de ser que hacían más difícil esa unificación de los territorios, desmembrados y enfrentados entre sí. Las respectivas alianzas con Francia y España mantenían a los Estados italianos en un constante riesgo de guerra interna, sometidos por igual a su orgullo y al capricho expansionista de estas enormes potencias.

Nicolás Maquiavelo había llegado a considerar seriamente que César Borgia podía ser ese príncipe capaz de lograr la unificación italiana, pero estaba equivocado; sus errores eran incuestionables, tanto más graves y enormes por cuanto que el duque no los quería tener en cuenta.

Llevaban mucho camino en silencio. En un alto para repostar, Maquiavelo empezó a comentar sus consideraciones:

-Analizando las palabras de César Borgia, su decisión precipitada no dará lugar a que Florencia tenga que demostrar que no piensa acudir en su ayuda...

-Yo no tengo paciencia para las palabras -atajó Saliatti con desdén-, ni para las personas. Vos le ponéis palabra hasta al alma humana, Messer secretario, yo, en cambio, creo que ni una ni otra sirven para nada...

El resto del viaje lo continuaron, pues, sin hablar. La conversación con su embajador no era prioritaria para Maquiavelo; no obstante la coyuntura era perfecta para que en su mente se acabara de trazar la idea que había ido tomando cuerpo en su juicio de las cosas: Florencia necesitaba una milicia propia, un ejército de ciudadanos voluntarios formados en la disciplina castrense, para garantizar una defensa que cada día se hacía más importante, más imprescindible. Maquiavelo redactaría sus informes para La Signoría,

daría explicaciones más detalladas a los señores del Consejo de los Diez, y redactaría los comunicados para la ciudadanía, pero, sobre todo, prepararía un cumplido estudio que convenciera a la República de que la vulnerabilidad incuestionable de Florencia sólo podía paliarse con un ejército propio.

A su regreso a Florencia, Maquiavelo aprovecharía las varias reuniones que los Consejos de La Signoría requerían para sus informes, para explicar algunas cuestiones que él consideraba imprescindibles para el crecimiento sano de su República. Habla materias importantes que debían abordarse urgentemente, como los impuestos, la declaración de objetivos y el establecimiento de una milicia popular. Sobre todo, una milicia popular. A partir de ahí, podría empezarse a hablar de independencia.

-¡Defiendo la soberanía de Florencia a ultranza, pero me temo que nuestro gobierno intenta eludir su realidad patente, en aras de una neutralidad que le puede costar retrocesos fatales y la pérdida funesta de su prestigio político! El gran objetivo de nuestra Florencia es mantenerse replegada, pasar de puntillas por los asuntos de la política, intentando taparse los oídos para no escuchar y los ojos para no ver, mientras la existencia transcurre, dándole arremetidas unas veces, ignorándola otras, pero inexorable siempre. Yo tengo que entenderme a mí mismo como un observador, no como el artífice de la política de nuestra amada patria; observador, analizador, contador de lo que veo, pero nada más. ¡Y veo que nuestra República es débil y le acecha un peligro mayor que el Valentino o que Luis XII, y es su propio riesgo interior de ruina moral, económica y militar! El mismo problema de nuestra Florencia es el de los otros territorios italianos: falta un príncipe para crear una nación italiana; sería preciso una figura emblema de inteligencia, voluntad y habilidad política para la paz y el progreso, que aglutinara ánimos, esfuerzos y sueños, y que supiese anteponer los intereses del Estado y el bien común a consideraciones particulares y de moralidad hipócrita. ¡Si no existe otro modo de salir del desorden y la servidumbre política más que organizar la centralización del poder en un principado, hagamos que ese principado sea el objetivo de todos nuestros territorios unidos, digámosle a ese príncipe cómo necesitamos que sea, y velemos desde las instituciones para que no se aparte del gran objeto de su existencia, liberar a nuestra patria de las fuerzas extranjeras y velar por el bien común!

Maquiavelo hablaba con una pasión que enardecía a los políticos que le escuchaban en el despacho de la Cancillería en el palazzo de La Signoría. Les había explicado los modos de combinar la iniciativa con la prudencia, evitar la ruina de los Estados, combinar las armas y la sensatez... Aunque después del primer momento de entusiasmo, siempre había uno u otro que achacaba al carácter de los florentinos la obligación de ir despacio, o la imposibilidad de considerar un impuesto especial para la creación de un ejército, o surgía alguno de los sarcásticos adversarios dispuestos siempre a echarle en cara su trabajo: ¿para qué estaba él, como diplomático, si no era para conseguir que Florencia fuera protegida por sus aliados externos y no tener que plantearse un ejército propio? Argumentaba sus disquisiciones con las enseñanzas sacadas de la observación de la historia real, aprovechaba todo lo que en sus misiones le habían enseñado la forma de gobierno de los otros, tomaba ejemplos del estudio de la historia de Roma, de las enseñanzas de Tito Livio, o de la caída de Constantinopla a manos de los turcos sólo cincuenta años atrás, pero

Florenxia se movía a un ritmo más lento que la pasión de Maquiavelo y de algunos pocos que como él querían empujar el tiempo.

Esa época había reunido los mismos elementos que él había visto estudiados en sus días de lectura con el padre, e igual que soñaba a Florenxia como una nueva Atenas, soñaba que él mismo era ese Plutarco que en el relato de las vidas de los grandes hombres de la historia política de la antigüedad había establecido la magna teoría de los caracteres, las conductas y las consecuencias que debían aprenderse de ellos para el futuro.

El proyecto pronto tuvo sus defensores y sus detractores. Inducido por el entusiasmo y las argumentaciones de Maquiavelo, Piero Soderini había empezado a mencionar y a razonar la creación de un ejército popular en público con ocasión de algunos actos del pueblo que requerían la participación ciudadana, y eso molestó enormemente a algunos de los miembros de La Signoría, sensibles a la sutil influencia que el secretario Machiavelli ejercía sobre el confaloniero. Pero igual que le había escrito a su amigo Soderini otros discursos, éste también le pidió una disertación sobre el proyecto de la milicia ciudadana para elevarlo al Gran Consejo, lo cual terminó de crispar los ánimos del partido aristócrata.

CAPÍTULO 4

Florenzia no es aduadora, pero depende de aquellos que quieren ser aduados.

Había transcurrido un corto lapso de tiempo, el suficiente para que Nicolás Maquiavelo viera a su hijo recién nacido y comprobara que su esposa Marietta lo echaba de menos, se ocupara de unos cuantos asuntos de familia y visitara a su amante Alfonsina, a la que él sí que había echado de menos.

En efecto, las cosas en Roma habían dado un giro inesperado. El obispo Soderini ya no había regresado a Florenzia, pues le había sorprendido en la corte papal el acontecimiento que muchos, al parecer, estaban esperando, oportuno pretexto para quedarse y tomar posiciones. Alejandro VI había sido envenenado y se hallaba al borde de la muerte, con lo que todas las fuerzas políticas de su entorno se habían empezado a mover reorganizando las cosas.

El poder de los Borgia había llegado al cenit de su amenaza, y se habló de un complot secreto que había unido intereses ocultos en contra de la poderosa familia valenciana. Nicolás Maquiavelo creyó atar cabos cuando presintió que César Borgia pronto palparía su final, y no se equivocó. Había caído enfermo también: los dos Borgia habían bebido del mismo vino envenenado, en una invitación amañada por un cardenal conspirador. El Valentino había acudido a la cita con sus cortesanos y artistas, entre los que, indefectiblemente, se incluía ya a Casio di Fiore, el florentino a cuya presencia se habla acostumbrado el duque. Entre el séquito del papa Borgia se hallaba el propio Francesco Soderini, situado en la corte pontifical en un buen puesto de consejero que había logrado la confianza del pontífice. Había sido el mismo Casio di Fiore quien había servido el vino especialísimo, criado para la ocasión en honor de los dos Borgia, vertiéndolo en copas magníficas que primero tendió a su señor Valentino.

-¡Esperad! -había dicho de pronto Casio, cuando vio que el Valentino miraba el vino-. No está vuestro servidor aquí para probar el vino, y yo mismo entonces lo haré, mi señor...

El Valentino había sonreído acariciando el rostro de Casio.

-Eres un vicioso... -le había contestado en tono de intimidad inconfesable-. ¿No querrás hacerme creer que no lo has catado a escondidas, antes de traerlo aquí? ¡No te daré ese gusto, tú bebe de las otras cubas, como los demás!

Mientras el veneno dio resultado fulminante en el papa Alejandro VI, que después de todo era un viejo de setenta y dos años, César había caldo enfermo de gravedad y luchaba por recuperarse, consciente sin duda de los momentos críticos por los que atravesaba su mando. Se dijo que padre e hijo habían sido atacados por unas fiebres malignas, y por otro lado, el médico del Papa había firmado un documento atribuyendo su enfermedad a la apoplejía, pero en el fondo nadie se engañaba. ¿Qué fuerzas se habían dirimido en la sombra para cercenar el poder creciente del apellido Borgia? ¿De qué habían tratado las entrevistas entre el obispo de Florenzia, Francesco Soderini, y los primos Médicis, Juan y Julio? ¿Qué méritos eran los que habían hecho a Soderini nuevo cardenal, a la vez que se certificaba la muerte del papa Alejandro VI? Maquiavelo estaba ahora más seguro que nunca de que la estancia de Messer Da Vinci en la corte del duque Valentino había sido un error que había cometido el duque, ciego de prepotencia y de vanidad. Aunque

también podía entonces adivinar que no iba a ser el último. Lo que no atinaba a contestarse todavía era: ¿qué tenía que ver en esta trama su amigo Casio di Fiore?

Alejandro VI había muerto convertido en una masa hinchada y negra que daba repugnancia contemplar, después de una desagradable lucha con la ponzoña que había absorbido. Al parecer, durante los días que duró su gravedad el Papa deliraba constantemente, aunque muchos habían asegurado que hablaba con el diablo y que éste le reclamaba el alma que le hubo vendido a cambio de llegar al pontificado.

Tras el fin del papa Borgia, la prioridad de las delegaciones se había trastocado; el secretario Maquiavelo había sido enviado de nuevo a Roma, en donde no le costaba esfuerzo imaginar a los Médicis exiliados maquinando para ejercer su influencia, en favor de una variación del juego político que les permitiese su vuelta a Florencia.

César Borgia se debatía enfermo, entre la vida y la muerte. Curiosamente, había previsto sus movimientos en la corte pontificia para el momento en que falleciese su padre, en buena lógica algún día no lejano, y tenía que tener las cosas arregladas en su beneficio, pero no había previsto estar enfermo y no había podido intervenir en la elección del nuevo Papa como hubiera sido su intención.

Fue designado para el cargo Pío III, a pesar de que entre los cardenales se sabía que su estado de salud era precario. Todavía sorprendió más la rapidez de su muerte, sobrevenida tan sólo diez días después de su elección. Tuvo que comenzarse de nuevo todo el proceso de las deliberaciones y de una nueva elección, lo cual pareció confortar a César Borgia, pues, ya recuperado, se desplazó a Roma para asistir al desarrollo del cónclave junto con el resto de embajadas de territorios aliados y enemigos. Después de pasar varios días postrado en su lecho, el Valentino había hecho gala de su naturaleza rebelde venciendo al veneno y recobrando la salud y el brío suficiente para intervenir con alevosía en el nuevo cónclave. Muy pocos creyeron que Pío III muriese verdaderamente de un ataque de gota, pero tampoco se podía demostrar lo que muchos murmuraban, que el Valentino habría instigado a sus cómplices para adelantar su final, pues tenía otros planes para el trono pontificio.

Ocurrido todo ello a finales de 1503, la estancia de Nicolás Maquiavelo se había demorado en Roma sin embargo hasta el verano siguiente. Cuando había regresado, la visión del *David* gigantesco de Michelangelo Buonarroti integrado al conjunto de la piazza de La Signoría en el estrado de la Ringheria le había dejado sin habla. Había acudido a su mente el propio duque Valentino, al que en su encuentro anterior había visto pleno de vigor y clarividencia política, y cuyo declive había contemplado en esta segunda ocasión de Roma.

La elección del nuevo pontífice se había visto envuelta en el entramado de un complejo juego político, en el que César Borgia, rebelde a su decadencia, había maniobrado hasta el límite de la desvirtuación de sus propios objetivos, para el asombro del secretario florentino. Los dos se habían encontrado de nuevo, en un ambiente de cordialidad, y habían tenido oportunidades varias de compartir conversaciones en las que el Valentino se mostró llenó de una seguridad ficticia que al único que no podía engañar era a Niccoló. Sus adversarios lo tenían acorralado y ya había perdido muchas de las ciudades importantes de su Estado, y, sobre todo, había perdido a su padre, el

gran adalid al que debía la impunidad con que había conducido todos sus actos.

También lo había abandonado Casio di Fiore, que había logrado escapar de las redes del duque. El nuevo papa Julio della Rovere lo había reclamado como modelo para los artistas de su corte. Era el pretexto que había utilizado La Signoría para enviar carta a César Borgia, exhortándolo para que permitiese el traslado de Casio, en el momento en que éste no tenía fuerza para negarse, pues además guardaba agradecimiento al bello Casio, que se había ofrecido a caer envenenado con él, y por ello no puso reparo para su partida. Aunque Casio deseaba fervientemente su regreso a Florencia, el traslado a la corte papal de Roma sólo sería una etapa intermedia que él podía muy bien superar, si ya antes había superado el riesgo a morir con el veneno del vino que se había ofrecido a probar para que el Valentino no sospechase de él.

-El duque tenía talento -le había escrito Niccoló a su amiga Alfonsina en una larga epístola en la que, además de pensamientos, le incluía versos para hacerla sonreír-; a pesar de que adquirió su Estado con la fortuna del padre, lo cierto es que César Borgia empleó todos los medios a su alcance para conservarlo y ampliarlo, y, tal como yo creo, también hizo lo que un hombre hábil debe hacer para merecer la posesión de aquello que ha obtenido con el apoyo ajeno. Mas, aunque supo echar en un tiempo las semillas para su futura grandeza, no supo cultivar la tierra adecuadamente y por eso hoy ya no es grande; empero, lo más grave para él es que sigue sin tener algo muy importante en cuenta, como son los imprevistos, pues está tan confiado en sus fuerzas, ahora irreales, que no se protege de ellos, y todos sabemos que la suerte es caprichosa, y dueña y señora de sus decisiones al fin, como una mujer a la que se creía segura y que de pronto te demuestra que te habías equivocado.

El duque Valentino no se iba a conformar con lo que él pretendía una simple mala racha, aunque en el fondo su poderío político estuviese en total declive. Controlaba todavía muchas de las relaciones entre los cardenales españoles y, en la elección del nuevo Papa, que él por fin sí que pudo organizar a su antojo, los había obligado a todos ellos al voto a favor del candidato Julio della Rovere, uno de los eclesiásticos que más le temían a él, sometido como había estado además a su padre Alejandro VI, y al que César Borgia creyó que seguiría dominando como hasta entonces.

El Valentino supuso que eso era una inversión: planeaba que su protegido le pagaría con creces el favor de haber sido elegido Papa por su designio, pues los votos españoles habían sido decisivos y de otro modo jamás habría obtenido el trono pontifical; el joven Borgia necesitaba recuperar su mando, y estaba seguro de que Julio sería un títere al que manipular para sus intereses.

La maniobra del duque había dado en principio el resultado apetecido, y el nuevo papa Julio II della Rovere tuvo inmediata constancia de todos los manejos del duque y, sobre todo, de la correspondencia que ahora le pedía como pago a cambio. Pero Julio II, que antes había temblado frente a la mirada terrible del duque Valentino y se había tragado los vicios, el despotismo y la corrupción de su padre, se había envalentonado ahora con su cargo y ya no tenía miedo; ahora se encontraba con la posibilidad de descargar todo su rencor contra él, y su cuerpo le pedía venganza.

-Aquel que piense que los favores presentes harán olvidar ofensas pasadas se engaña a sí mismo -ponderó Maquiavelo con Biagio Buonaccorsi, uno de sus amigos, camarada también en la delegación florentina, refiriéndose a la reacción del papa Julio II della Rovere.

-Sin embargo, Messer secretario, todos han podido comprender el error de cálculo y sus consecuencias irreparables, mucho antes que el propio Valentino. ¿Qué pudo hacerle creer que una vez en el poder su cómplice vasallo de antes le seguiría siendo obediente ahora? -contestó Biagio.

-Cuando el final está cerca, la lucidez se nubla y se toman determinaciones dictadas por la desesperación, que sólo hacen más rápido ese final. Así le ha pasado al duque; lo que antaño era el desafío siempre victorioso caminando sobre el filo de la navaja, hoy es un patético deambular del moribundo ensangrentado -Maquiavelo sintió que lamentaba verdaderamente los errores de César Borgia aferrándose a la ilusión de su poder perpetuo. Sacudió su cabeza:- Pero es más urgente para nosotros analizar la situación en la que ha quedado nuestra Florencia después del cambio de Papa -resolvió seguir estudiando con Buonaccorsi-, pues como aliada a la fuerza de los franceses, nuestra República se convierte decididamente en uno de los enemigos internos del pontífice.

-Y además, ya todos han observado que este Papa es más dado a la armadura que al hábito... -observó Biagio.

En efecto, Julio II había decidido armar sus tropas para conquistar nuevos territorios para la Iglesia, y él quería ir a la cabeza.

-César Borgia es ya simplemente un adversario que sólo requiere una puñalada final -analizó Maquiavelo-, pues ni Francia ni Florencia lo apoyan, y mucho menos el Papa; Julio II no descansará hasta verlo en la ruina... Así las cosas, el Valentino no tiene otro remedio que mirar hacia Venecia e intentar su alianza.

Julio II no tardó en reclamar a César Borgia que cediese las fortalezas que todavía le quedaban en la Romaña, a lo que él se negó. Utilizando ese pretexto, el papa Della Rovere ordenó de inmediato que César Borgia fuese encarcelado, cortando así el acercamiento que había iniciado hacia los venecianos, que no se habrían negado a un caudillo como él.

En aquellas jornadas pasadas en la decisión del cónclave y en los días posteriores, entre el hervidero de embajadores, delegados, diplomáticos, jefes de Estado y secretarios innumerables que no abandonarían Roma hasta concluir los nuevos juegos de alianzas y pactos, Nicolás Maquiavelo también se encontró con Julio Médicis y con su primo, el cardenal Juan, dispuestos a tomar los frutos de su siembra. Juan era amigo de antes del nuevo Papa y empezaba ahora un estudiado plan para convencerlo de que su interés indudable sería que los Médicis regresasen a Florencia. Sabiendo que Julio II gustaba sobre todo del campo de batalla, era incuestionable para Maquiavelo que, desde luego, ahora sí que Florencia estaba ciertamente en peligro. Juan Médicis, el segundo hijo varón de Lorenzo el Magnífico, había adoptado, según le correspondía desde la muerte de su hermano mayor Pedro, el mando de la familia Médicis y de los asuntos que su apellido mantenía en Florencia a través de sus abogados y espías. Conociéndose muy pronto la magnífica relación que existía entre él y el nuevo Papa, muchos de los que antes habían demostrado hostilidad hacia los Médicis ahora se declaraban afectuosos a sus intereses y les mostraban apoyo y simpatía, para obtener también así la aquiescencia del

papa Della Rovere. Las correlaciones de fuerzas se habían modificado en cuestión de días. Además, permanecía la amenaza constante de Venecia, cuyo gobierno estaba mucho más experimentado que el de Florencia en las artimañas políticas y además tenía un ejército enormemente poderoso. El secretario florentino, calibrando que no debía quedarse parado, se aplicó en moverse con cautelosa rapidez solicitando de inmediato una audiencia al Papa en nombre de Florencia, y preparado a esperar pacientemente a que lo recibiera. Pero se había demorado sobremanera la confirmación de su cita, y eso era señal de que no era prioritario para Julio II della Rovere atender al representante de un territorio que había exiliado a sus amigos Médicis y que se empeñaba en mantenerse fiel a su identidad, a pesar de que sus artistas eran los mejores del momento, y a pesar de que ya le tenía echado el ojo a ese Michelangelo Buonarroti, del que se decía que había esculpido un modelo de belleza que superaba al de los griegos. Bien, llamaría a ese escultor, y él vendría a Roma a obedecer sus caprichos estéticos como habían hecho antes que él otros creadores, que se formaban en Florencia, bebían de su espíritu, aprendían de sus mejores maestros, y luego marchaban a Roma, donde ya estaba el verdadero poder, donde se erigía ya el arte más opulento.

-Veremos esa beldad de la que hablan mis emisarios -decía el papa Della Rovere refiriéndose a la escultura de Buonarroti, cuya confección secreta no había escapado a ojos de espías-, y decidiré si debe ser para Florencia o para Roma. Si ya tenemos aquí a su inspirador, el destacado Casio di Fiore, ha de ser más fácil todavía traer la otra pieza... El metal resulta siempre, al fin, el poder más convincente.

Acompañaba sus palabras con un guiño y unos golpecitos que daba con su mano derecha sobre la zona donde habitualmente descansaba la bolsa de monedas que portaban los mercaderes, aunque era el mismo sitio donde también los soldados llevaban un puñal sujeto al cinto, acentuando así la sutileza de su comentario.

-Así son los artistas -concluía ufano-: Siempre hambrientos de divinidad, se venden al mejor postor que satisfaga su hambre como mortales.

Niccoló tenía que aguantar en Roma, con los escasos fondos que llegaban desde La Signoría, cuyas arcas le racaneaban los gastos más esenciales. Pero en la corte papal se exhibían los lujos sin pudor y, a cambio de hacerse de rogar en sus audiencias, el papa Julio II no escatimaba en demostrar su poder y consideraba como invitados a los delegados, convocándolos a fiestas y conmemoraciones multitudinarias, aunque tuviera preparado para ellos el anuncio de su enemistad.

En la celebración del Año Nuevo, el trono papal organizó una de las ceremonias más grandiosas que la cristiandad de Roma recordaba. Recién nombrado Julio II en el mes de noviembre, la entrada del año 1504 había de ser la verdadera inauguración de su -más que pontificado- imperio. Se hallaban los Médicis al completo, incluidos los hijos de Pedro el Desafortunado: Clarisa, que tenía entonces catorce años, y Lorenzaccio, que había cumplido los doce, y Giuliano, último hijo varón de Lorenzo el Magnífico, el hermano menor de Juan.

Giuliano di Lorenzo dei Medici, como se hacía llamar, era un joven de particular belleza próximo a cumplir los veinticinco años de edad, con un parecido extraordinario con su tío Julián el Bello, que había muerto, de

diecinueve puñaladas, en la terrible conjura de los Pazzi. Había nacido pocos meses después de su muerte, y Lorenzo el Magnífico le había puesto el mismo nombre que el hermano llorado, en su honor. Al parecer, y por lo que Maquiavelo conocía de él, era cierto que Giuliano hacía honor a su nombre, pues había heredado de aquél no sólo la gracia de sus facciones sino también la especial disposición para hacerse amar por las gentes (rasgo que había caracterizado también a su malogrado tío). Iluminaba su rostro una sonrisa casi permanente, que al secretario le trajo a la mente al propio Casio di Fiore; también él podía ser el bello de aquellos viejos versos griegos: «Cree el hermoso que la vida es hermosa...» Giuliano tenía consideración de hombre generoso, simpático y conciliador, que se distinguía de su hermano Juan y de su primo bastardo Julio en que no mostraba interés alguno en la política ni ambición por los títulos.

Los Médicis se movían con naturalidad en el entorno del papa Della Rovere y ocupaban los puestos de honor en la recepción general que siguió a la celebración de la santa misa por el Año Nuevo. Nicolás Maquiavelo ocupaba uno de los puestos del estrado reservado a los representantes de las delegaciones extranjeras, donde se hacinaban, literalmente, los embajadores de segundo rango. Tuvieron que pasar varias horas de pie, por lo que muchos de los diplomáticos, cansados y viendo inútil seguir en la ceremonia más tiempo del obligado, abandonaron el lugar, desahogando el espacio para que Maquiavelo se encontrase más cómodo para seguir observando el resto de los actos protocolarios y, sobre todo, intentar descifrar en gestos, actitudes, disimulos o confidencias algún indicio de los acuerdos secretos que en esos días se estaban consumando. Lucía la capa forrada con seda de color verde oscuro que había conseguido terminar de pagar, lo cual le hacía sentirse con una cierta seguridad, disimulando su habitual atuendo discreto de camisa larga de paño bermejo e interior blanco, ya que no podía permitirse los brocados y los medallones que otros delegados o abogados lucían, confiriendo dignidad y respeto a su apariencia. Pero contempló con sorpresa que Giuliano di Lorenzo no exhibía adorno alguno sobre su túnica oscura, cubriéndose con un manto de cuello, de piel elegante pero sobrio, indumentaria que resultaba más acorde con la solemnidad religiosa del momento que la propia vestimenta del Papa, enjoyado y envuelto en brocados riquísimos.

Julio della Rovere era de temperamento caliente, impulsivo y autocomplaciente. El poder pontificio le había hecho aflorar una seguridad en sí mismo que no se le conocía antes, y parecía como si todos los sentimientos que antaño había reprimido por miedo a todos aquellos a los que necesitaba contentar para que le auparan en sus pretensiones, se hubieran liberado de pronto, estallando en reacciones imprevistas que sus consejeros más íntimos se apresuraban a calmar o satisfacer. En nombre de la gracia divina, la obediencia a Dios y la grandeza de la Santa Madre Iglesia, sentenciaba como norma cualquiera de sus antojos. Sólo otra clase de corrupción, sin duda, reflexionaba Maquiavelo sobre la transformación que en brazos de su poder terrenal había obrado en Julio II, pues la utilización del nombre de Dios para justificar cualquier ansia material, perversión o complejo humano, le parecían una traición al sentimiento religioso sincero de muchos cristianos que necesitaban confiar en su figura. Su observación sobre la mentalidad de los príncipes que ejercen el poder se vería complementada con agudos análisis

sobre la impunidad que otorga la representación de lo divino sobre las justificaciones humanas. Pero con el paso de los días, Maquiavelo empezó a sospechar que había perdido el tiempo: mientras él escrutaba las características con las que retrataba al Papa en sus apuntes comparando sus decisiones políticas en relación a sus manías personales, otros representantes y cortesanos se habían despabilado en adaptarse a ellas sin más, y lo adulaban expresándose en los términos que a él le gustaba escuchar, y fingían ser aquello que no eran, sólo para complacerlo y sacarle compromisos ventajosos para sus intereses, Apenas Maquiavelo lo observó, sintió que cierta desazón lo atosigaba, pero no podía desfallecer.

Florenia nunca había sido lisonjera, como Venecia, ni hipócrita, como Milán, ni sumisa, como Nápoles. Florenia rezumaba orgullo por todos sus costados, y aunque en su libertad ofrecía también su grandeza y su genialidad únicas, lo cierto era que no inspiraba reverencia al adversario, sino un oscuro y extraño sentimiento de recelo, o revancha, que se tornaba muy peligroso para ella. Nicolás Maquiavelo lo comprendía muy bien, porque él mismo era así.

El cardenal Francesco Soderini, hermano del confaloniero de Florenia, acompañaba en su espera al secretario, dispuesto aparentemente a intermediar en su condición de prelado, aunque sin resultados visibles.

-Florenia no es adúladora, pero depende de aquellos que quieren ser adulados -comentaba Maquiavelo, observando las circunstancias con el cardenal Soderini.

-No sabéis todavía cómo reaccionará nuestro señor el Papa ante el saludo de Florenia... -le tranquilizó el cardenal.

-Yo creo que sí lo sé, si tengo en cuenta la espera prolongada a la que nos somete a sus representantes -replicó el secretario.

-A veces las cosas no son lo que parecen; no desesperéis.

El secretario asintió, con ironía:

-En eso sí opino como vos, sólo que «no a veces», porque en esta corte, es así siempre.

-Julio II es de fácil enardecimiento, Messer Machiavelli, porque todo lo mira como si fuera por Dios y considera que todo es una batalla por él, igual el campo abierto que el salón papal, de modo que en nombre de Dios entiende que sólo le está permitido vencer a sus enemigos; lo que intentan muchos de sus consejeros es, precisamente, intentar desterrar de su corazón semejante idea, y deberíais agradecerlo, pues, conociendo la poca estima en que vos tenéis a Dios, no es de extrañar que se demore en recibidos, pues quizá necesite algo de más convencimiento para no veros como un diablo...

El secretario Maquiavelo cabeceó, pensando que quizá incluso en eso demostraba la República de Florenia su osadía y su orgullo, al enviar como delegación al Papa a un irreverente de lo divino como él.

-... Y, claro -siguió diciendo el cardenal-, bien que son prontamente recibidos los que muestran sumisión con las órdenes de la Iglesia y los que son proclives a su religión..., como los venecianos, pongo por ejemplo, que alaban a Dios y por eso Julio II no les tiene precaución, ni recelo.

-En la política, cardenal, inciden sobremanera las apreciaciones y las propensiones personales, y los temples particulares y las manías, y las naturalezas y aun otras condiciones del cuerpo, pero lo más importante es cómo han de utilizarse unas y otras cosas, valiéndose de las palabras adecuadas y aplicando las zalamerías. Veo yo que la política es más el arte de

seducir al que tiene que conceder el favor que el arte de razonar la conveniencia de hacerlo. Y veo además que Florencia no sabe seducir, porque está plena de razones, mientras que Venecia disimula con persuasión las razones que no tiene.

-¿De qué sería cuestión esa seducción de la que habláis, secretario?

-De ambición, cardenal -respondió Niccoló vaciando sus pulmones de aire-, de ambición, y Florencia tampoco es ambiciosa, porque la naturaleza fue generosa con ella y la hizo hermosa... Mientras se complace en lo que es e intenta simplemente conservar lo que por ello ya tiene y poder seguir disfrutándolo, hay quienes necesitan de la ambición para superar sus carencias y entienden que ella les ha de conducir a logros todavía mayores que los que en un principio les pareció imposible ni soñar.

El cardenal Soderini participaba de la calma que había invadido los ánimos de los prelados en Roma desde la muerte de Alejandro VI. Él mismo se hallaba acomodado en un cargo de cardenal que había explicado a los florentinos como un beneficio para ellos, aunque en realidad supusiese la culminación de sus ansias y una cercanía con los primos Médicis muy particular.

-Así pues, creéis que la actitud humilde que muestran los venecianos es una farsa? -preguntó con fingida inocencia el cardenal.

-Creo que son estupendos figurantes de la comedia política, y que su interés más inmediato es apoderarse de los territorios en la Romaña, que ahora están abandonados por su jefe el Valentino.

-¡Ah! -exclamó con seguridad Francesco Soderini-, ¡pero estad seguro de que en eso Julio II hace también su propia comedia y sólo les permite que crean que van a poder convencerle!

Pero la inquietud de Maquiavelo no iba a sosegarse, aunque fuera cierta la posibilidad de que el Papa no quisiera dejar avanzar en su interés a Venecia, tal como era opinión del cardenal. Florencia estaba desprovista de un ejército competente, a pesar de que mantenía con abundantes emolumentos una previsión de mercenarios. No sólo tenía que defenderse de la ambición de Venecia, sino también, y no tardando mucho, de la expansión de Roma, de la rivalidad de España contra Francia... Su idea estaba cada vez más clara: había que organizar una milicia popular en Florencia, un ejército de voluntarios, tropas de fieles a la República, ciudadanos que habrían recibido instrucción militar y que pudiesen ser llamados a defender su patria en cualquier urgencia. Ya había adelantado comentarios al respecto en algunos de los despachos enviados al Consejo de los Diez, y pergeñaba su propuesta cada vez con mayor claridad; era la mejor manera de asegurarse que Florencia sería capaz de afrontar cualquier sorpresa que pudiese ocurrir en un futuro no muy lejano.

-Para un Estado, pero sobre todo para un gobierno de república, no es bueno confiarse a un ejército de pago -disertaba Nicolás Maquiavelo, a la menor ocasión que tenía delante de un auditorio, aunque éste fuera de alegres bebedores nocturnos-. Los soldados de ventura no pueden garantizar fidelidad, pues no es ésa su natura, ya que si otro les paga más no dudan en cambiar de bando. Sólo el amor a la patria que tiene en su corazón un soldado ciudadano capacita para defenderla de verdad.

Pero no siempre sus juicios sobre el Estado y los gobiernos eran bien recibidos entre aquellos que conocían en Maquiavelo otras capacidades que ayudaban mejor a embriagarse con la noche, y enseguida le pedían que dijera,

en esa pronunciación tan hermosa que conocía, alguno de esos versos que sabía de memoria:

*Voy midiendo -abstraído, el paso tardo-
los campos más desiertos, lentamente;
por si he de huir, mi vista es diligente:
que ante una huella humana me acobardo.
No sé hallar más defensa ni resguardo
del claro darse cuenta de la gente,
porque en el comportarme tristemente
desde fuera se ve que por dentro ardo...*

Los compañeros de taberna con los que Maquiavelo había ya hecho buenas migas después de tanto tiempo de frecuentarlas en Roma, aplaudieron y vitorearon los versos de Petrarca, que en la voz del secretario florentino parecían propios. Y asimismo hubieran quedado sin tiempo para más explicaciones por el vino, si una voz al otro lado de la estancia, protegida desde la oscuridad de un reservado, no hubiera contestado en recitación por igual atinada y bella:

*...Tanto, que creo ya que monte y río,
ribera y selva saben el talante
de mi vida, pues no hay otro testigo.
Mas, camino tan áspero y bravío
no hallo en que Amor no sea mi acompañante:
yo con él razonando..., y él conmigo.*

Nicolás Maquiavelo se giró completamente en la dirección de la voz, justo a tiempo de ver emerger desde la penumbra la figura de Giuliano di Lorenzo dei Medici, que, aproximándose hasta la zona iluminada con los candiles, lo miraba sonriente, al tiempo que se inclinaba para una reverencia cortés, que el secretario no hubiera esperado en absoluto. La expresión de Niccoló debió de ser reflejo indiscutible de su aturdimiento, porque Giuliano, jovialmente, le dijo con naturalidad:

-Os conozco, Messer Machiavelli, vos me robasteis el primer premio en los juegos florales de Florencia en la primavera de 1496 porque escribisteis un poema mejor que el mío, pero os juro que desde entonces me he esmerado mucho, y seguramente hoy ya no lo conseguiríais.

Tenían razón los que hablaban de Giuliano di Lorenzo como un ser dotado de un atractivo especial que fluía de su ser naturalmente. Su privilegiado apellido le permitía vivir ociosamente, o eso creía en principio Niccoló, ya que a lo largo de la noche, sin prisa para ambos, Giuliano demostró que su tiempo lo había ocupado en la investigación más apasionada de los poetas y filósofos de la antigüedad, y en la observación de la historia política de los gobiernos, como él mismo, pensó Maquiavelo en su turbación. Había estudiado con Marsilio Ficino, que había vivido en la corte de su padre Lorenzo el Magnífico, al cual había honrado también la República, costeando unos impresionantes funerales en su honor, cuando había muerto en 1499. El preceptor directo de Giuliano había sido Agnolo Poliziano, el gran poeta laureado que había muerto tempranamente en 1494, muchos dijeron que de

tristeza por verse abocado a dividir su corazón entre el amor a sus mecenas Médicis, a los que hubiera tenido que acompañar al exilio, y entre el amor a Florencia, a la que no quería bajo ningún pretexto abandonar. Luigi Pulci, otro poeta de los grandes, y el teólogo Matteo Franco eran los otros directores de la formación que había recibido en sus primeros años Giuliano, junto a sus hermanos Pedro y Juan. Él tenía quince años cuando se produjo la expulsión de su familia y, desde entonces, había recorrido varias cortes, como las de Alemania, Flandes y Francia, hasta que en 1499 se había establecido en Roma junto a su hermano Juan, su primo bastardo Julio, y sus sobrinos, los hijos del desafortunado Pedro.

Todo el resto de la noche compartieron mesa, vino de la Toscana (que el tabernero les hizo servir sabiendo que lo cobraría a buen precio) y versos, rivalizando ora en quién ejecutaba el soneto en el mejor estilo clásico, ora en pronunciar las citas de Dante en el latín más pulcro mostrándose cada uno a cuál más diestro en ingenio y en memoria, y pareciendo al mundo que hubieran sido viejos amigos que acababan de encontrarse o de reconocerse. No obstante a la mucha familiaridad en que les había armonizado el vino, el secretario no cedió a la tentación de pensar en Giuliano como un amigo o un igual, ni lo consideró como una relación provechosa para sí, porque de sobra sabía que lo que de noche es de una forma cambia sin explicaciones cuando se hace de día, y él nunca había pasado por la humillación de recordarle a otro que en la juerga y en el verso se habían hermanado sin diferencias de rango; Niccoló sabía muy bien que sí las había. Pero, pasados dos días, Nicolás Maquiavelo recibió en su aposento de la Vía Santo Pancrazio un oficio sellado por el propio papa Julio della Rovere, citándolo, en día y hora, para antes de cinco jornadas, indicándose en una postdata al pie que la entrevista se concedía por intermediación del signore Giuliano di Lorenzo dei Medici, que le había asegurado que el secretario de Florencia traía una propuesta para el Santo Pontífice. Se apresuró, lo primero, a escribir una misiva para informar a su gobierno del vuelco que había dado su espera, y pagó el doble por el servicio de correo, como urgente, pues aprovechaba la ocasión de un emisario que iba a partir en menos de una hora hacia Florencia con asuntos ya contratados, coste excesivo que ni siquiera discutió a pesar de la villanía, porque, aunque tuviera que racionar su comida y rechazar alguna invitación por no tener medios con qué obsequiar correspondiendo, lo desembolsó entusiasmado, pensando en la alegría que se viviría con su noticia en La Signoría.

En la misiva explicaba que el menor de los hijos de Lorenzo de Médicis había intermediado en su ayuda, que lo supiera Florencia, y que el Consejo de los Diez informara al Consejo de los Ochenta y éste al Gran Consejo, de que, a juzgar por el regalo, no todos los miembros de la familia Médicis respiraban en el mismo viento, pues el odio declarado de Pedro el Desafortunado por su ciudad nada tenía en común con la dulzura mostrada por los ojos de Giuliano cuando éste la recordaba.

Maquiavelo guardaba memoria viva de los dos primeros años después de que los Médicis abandonasen Florencia, dejando sus posesiones del palazzo de la Vía Larga como pasto de saqueadores. Testigo de los actos que había protagonizado la plebe enfurecida contra Pedro el Desafortunado, Niccoló había lamentado profundamente que se perdiesen, a manos del desaforado deseo de venganza que había embargado al pueblo, muchos de los

enormes y maravillosos tesoros que había reunido el Magnífico a lo largo de su vida, además de muchas bellezas que poseía la estructura del propio palacio en las decoraciones, en las telas, en las vidrieras y azulejos y lámparas y arcadas hacia el patio. Savonarola había alentado la indignación de las gentes, atacando con fanatismo por igual a la jerarquía eclesiástica corrompida, enfatizando sus ideales de pobreza y desposeimiento para los más pobres, y amenazando con sus visiones del fin del mundo, y había apuntado hacia un símbolo único que representaba toda la inmoralidad, el libertinaje y la impiedad de esa época: Lorenzo de Médicis y su gusto lujurioso por la vida.

El secretario florentino recordaba aquel momento con inevitable tristeza. Dos cosas, según su parecer, habían sumido en el luto eterno a su patria: la muerte de Lorenzo el Magnífico y la destrucción de la memoria verdadera de la identidad cultural de Florencia, consumida en aquella hoguera que se había llevado obras de arte de todo tipo, irremediablemente perdidas para siempre. Se dijo después, intentando lavar el arrepentimiento de muchos que al principio alabaron al monje exaltado y después vieron su error, que Savonarola rivalizaba por celos contra el Magnífico, el *Signore* de Florencia, pero en realidad Savonarola había proyectado ser su descendiente en el mando, el heredero de su fama y de su poder, y así lo había conseguido. En aquella Florencia del Quattrocento, donde las mentes más sagaces y atrevidas eran las que habían llevado a la ciudad al esplendor comercial y financiero más boyante, gracias al ímpetu de los nuevos tiempos, muchos aspiraban a tomar el poder imitando a algunos privilegiados que lo habían conquistado ya, fueran inteligentes o no, capaces o no, honrados o no. La ambición era el motor principal de un ansia que parecía danzar con la nueva idea de culto al hombre como luz, rechazando la sombra en la que había estado sumido en los siglos anteriores. Igual mercaderes avisados que aventureros mercenarios o hidalguillos venidos a menos en busca de fortuna fácil, habían llegado a convertirse en gobernadores o señores de ciudades, llamándose reyes. Savonarola también había sentido ese deseo de mando, de que su persona fuese el centro de un universo llamado gobierno, política, poder, pero no tenía ejército para imponerse por la fuerza, ni peculio para sobornar a los que podrían auparlo, como hicieron otros. Él tenía ansia, capacidad y palabra. Sus armas serían más brutales que los cuchillos, sus lanzas serían la profecía y el pánico, pues los pueblos aterrorizados son dominables con más facilidad que si son libres, y las gentes que sienten miedo son obedientes, y los hombres amordazados por la culpa de su pecado original son los que más admiten el control sobre sus vidas y los más fanáticos defensores de aquel que los somete. Savonarola había usado como ejemplo a algunos profetas de pasajes bíblicos y por un tiempo le dio resultado, un tiempo corto, sí, aunque Florencia en ese tiempo había iniciado un declive lento y lamentable. En aquellos momentos de búsqueda de modelos y de caminos para llegar a ese centro ansiado del universo que muchos equivocaban con el poder efímero de lo humano, ascensiones como la de Savonarola constituían un prototipo de inmortalidad que resultaba apetitoso para algunos, soñando que podrían escapar del terrible final del monje. Pero las barreras tenían que caer. El hombre emergía reconociéndose a sí mismo dueño de su destino, y la esclavitud de los rangos sociales, determinando su existencia desde el nacimiento de una persona, tenía que destruirse, tenía que poder superarse. Maquiavelo nunca se había planteado una transgresión de estructuras, que

simplemente tendrían que caer con el paso del tiempo. Mientras los conceptos de Dios también se trastocaban, reinterpretándose según el propio interés de cada cual, Maquiavelo había adoptado su propia convicción sobre la nueva consideración del hombre, y ante lo efímero de una existencia en la que ya la muerte no era esa gran igualadora que permitía la esperanza del tiempo anterior, había comprendido como prioritario su enorme deseo de disfrutar del momento, el presente como el centro del universo, el presente como la total representación del ser humano, un presente que no estaba dispuesto a sacrificar a cambio de un poder ficticio: la realidad en Florencia seguía siendo que las verdaderas oportunidades de enriquecimiento y poderío estaban en manos de los apellidos nobles y las gentes con mayores recursos, y que éstos se resistían con uñas y dientes a permitir que advenedizos sin linaje usurparan sus puestos.

Siempre había creído que el disfrute de la existencia era una elevadísima ciencia de gran importancia para el ser humano, pero no había muchos con quienes Maquiavelo se hubiese encontrado en tal afinidad. Uno de ellos, en cambio, sí que había sido Giuliano di Lorenzo, lo cual pudo corroborar en la visita que el secretario le solicitó para agradecerle su intermediación, y que tuvo lugar el día antes de la audiencia con el Papa.

-No merezco vuestro agradecimiento -le dijo Giuliano, esgrimiendo su sonrisa encantadora-; yo deseo que Roma contemple con amistad a Florencia, ya que algún día, espero no muy lejano, podré regresar a ella.

-Sabéis, *signore*, que Florencia ama sobre todo su independencia... -le contestó Maquiavelo, atajando suavemente la mínima insinuación que hubiera podido hacer Giuliano sobre su aspiración a un mando que, ahora, los florentinos no estaban dispuestos a aceptar.

Pero Giuliano supo comprender muy bien el reparo del secretario.

-Y yo amo a Florencia -indicó, sin perder su calidez-; Florencia es mi casa, pertenezco a su tierra, a sus colores, a su vino... No ansío mandar sobre ella, sino disfrutar de ella. Es cierto que mi hermano Pedro cometió un error de imprudencia que como florentino no puedo justificar, pues nosotros no somos de fácil conformar, pero mi familia tiene todavía mucho que ofrecer a Florencia.

-Vivimos tiempos complicados; las potencias más grandes nos miran ambicionando nuestro territorio para anexionarlo o para devastarlo, y Florencia se resiste a ello, y se resistirá, porque es mucho su orgullo como para perder lo que más aprecia, su nombre propio, su personalidad. La independencia de esta tierra se simboliza ahora en un gobierno del pueblo que llamamos República, y se negará a aceptar que cualquier apellido instaure una dinastía con tintes monárquicos, porque ha comprendido que en cualquier gobierno absolutista está su perdición.

-Supongo que Florencia ha aprendido la lección que le ofreció el tirano Savonarola -replicó Giuliano lúcidamente-, pero sabéis como yo, Messer secretario, que vuestra República es un gobierno de las clases pudientes de Florencia, al que pocos miembros del *popolo minuto* van nunca a acceder.

-Por algo se empieza, *signore* -le contestó Niccoló-. Tenéis ante vos al que nunca se apartará del ideal que anima la verdadera República; que se oiga la voz del pueblo y que se le escuche en lo que tiene que decir para que su gobierno sepa cómo ha de hacer para regir sus destinos con honradez y con gloria. La República puede reunir las virtudes afloradas de un príncipe que además no esté sometido a debilidades humanas. Si Florencia se mantiene

firme en estas convicciones, podrá ella misma inspirar al resto de los Estados italianos para unirse y configurarse como una sola nación.

-Florenzia es genio, Messer Machiavelli, y necesita un gobierno genial -bromeó Giuliano, que tenía el don de lograr que la conversación más seria transcurriese como una distendida y cómoda tertulia-, y sin duda que ello sería posible reuniendo para su gobierno los genios de dos poetas como vos y como yo...

-¡Los poetas! -exclamó Maquiavelo, correspondiendo al tono alegre del momento-. ¡Platón los expulsó de su República! ¿Cómo podríamos dos poetas llevar los asuntos de la materia, tan dados como somos a manejarlos tan a gusto por los asuntos del espíritu?

-Por eso mismo, sin duda: igual es en el cielo que en la tierra -respondió ágilmente Giuliano, saltando de Platón a Hermes con maestría-. Florenzia es madre de artistas, que construyen la belleza, de filósofos, que enseñan las lecciones del pasado, y de magos, que convierten lo que tocan en fortuna, y por ellos es nuestra ciudad gloriosa, y puede mirar al mundo con orgullo y con grandeza: sólo alguien de su misma envergadura puede conducirla, sólo alguien con su misma genialidad puede ser el príncipe de su destino.

Vino al pensamiento de Maquiavelo la figura de Lorenzo de Médicis; seguramente, Giuliano también pensaba en él, pero ninguno de los dos lo nombró por fin, ya pertenecía al pasado.

-Mi experiencia en la vida y mi estudio del poder hasta hoy me muestra, sin embargo, cómo su ejercicio consigue aflorar en los gobernantes los más recónditos vicios y las más impensables mezquindades que guardan como hombres -comentó el secretario-. Sólo me atrae de él su observación y la de aquellos que necesitan ejercerlo.

-Tampoco estoy interesado en ese poder -le confesó Giuliano-; tengo la fortuna de no necesitarlo, pero también me fascina, como a vos, el ansia del ser humano por conquistarlo, y veo que los que luchan por los gobiernos ahora son igual que fueron los que lucharon antes. Seguro que vos, Messer secretario, también aprendisteis con Herodoto, y Plutarco, y Tito Livio estas parecidas conclusiones...

Niccoló asintió con un leve gesto del rostro. Presintió que Giuliano era, de los tres hermanos, el que verdaderamente sí había heredado la inteligencia de su padre Lorenzo, pero también la sensibilidad y la gracia de aquel al que le debía el nombre, su tío Julián el Bello, de quien se decía que todo en su tiempo y en su entorno le había amado.

El cardenal Soderini habla convencido al papa Della Rovere de que ya Casio di Fiore había alcanzado una madurez que no convenía a la pureza de las representaciones artísticas y que, en cambio, había otros jóvenes florentinos que posarían encantados para sus artistas romanos, más niños y más bellos, pues la tierra de Florenzia renovaba cada primavera sus mejores frutos. Así fue como Casio di Fiore pudo volver a su patria, justo en aquella primavera de 1504, cuando Florenzia contemplaba por primera vez a su *David* erguido como estandarte de su República.

PARTE SEGUNDA

*Porque así como aquellos que dibujan un paisaje
se colocan en el llano para apreciar mejor
los montes y los lugares altos,
y para apreciar mejor el llano escalan los montes,
así para conocer bien la naturaleza de los pueblos
hay que ser príncipe,
y para conocer la de los príncipes
hay que pertenecer al pueblo.*

NICCOLÓ MACHIAVELLI,
Carta a Lorenzo Duca d'Urbino, llamado Lorenzaccio Médicis

CAPÍTULO 5

La historia la escriben los vencedores; ¡escribamos la historia para vencer!

-Julio II della Rovere está empeñado en retornar a la Iglesia los territorios que le fueron sustraídos antaño, y no le dolerán prendas de enfundarse la cota de malla para encabezar su propio ejército -inició su análisis Nicolás Maquiavelo, en la primera sesión informativa de su delegación en Roma ante el Consejo de los Diez, tan sólo unas pocas horas después de haber llegado a Florencia.

Su esposa Marietta lo había recibido con malas caras y regañinas hasta que, desahogada de la mayor parte de sus reproches y viendo que Niccoló iba a marcharse de nuevo de la casa, convocado a dar cuenta de su trabajo ante los consejeros, pasó a rogarle que no tardase mucho en volver, que lo esperaría con una cena de su gusto, y le contaría las otras cosas que habían pasado en Florencia durante su ausencia.

Aspiró hasta la boca de su corazón el intenso aroma a especias, frutas frescas y perfumes dulzones que se elevaba sobre las calles concurridas de puestos de comerciantes mientras llegaba a la piazza de La Signoría, donde se estremeció con la gallardía del *David*, erguido junto a la entrada principal, cuya visión turbaba de asombro, conmovía y enardecía por igual, embargando el alma de una irresistible emoción de potencia, de que nada en la vida era imposible. Fue recibido por el Consejo de los Diez en pleno, junto con el secretario de la Primera Cancillería, los representantes del Consejo de los Ochenta, y el confaloniero Soderini:

-Julio II es un político guerrero que entiende su pontificado como entiende un emperador su trono -siguió con sus explicaciones-, y va a gobernar como cualquier monarca de este mundo lo haría desde el suyo. Planea hacer de la Iglesia de Roma el más poderoso de los Estados italianos, y sueña que bajo su cetro aglutinará a cuantos territorios pueda, regidos por él. Si fue capaz de engañar a su peor enemigo, César Borgia, al que hizo creer que le sería fiel sólo porque su padre había sido el Papa anterior perdonándole sus humillaciones, Julio della Rovere no tendrá inconveniente en utilizar cualquier estrategia que le lleve a conseguir sus deseos. Me dijo con muy pocas palabras lo que esencialmente necesitábamos saber: que Roma está con España y que, en su consideración, Florencia está con Francia, pues la neutralidad no existe.

Maquiavelo dejó que el murmullo de voces y exclamaciones que se había levantado por sus palabras entre los consejeros se apagase por sí mismo.

-Venecia planea sobre los territorios de la Romaña, desmembrada su unidad ahora con la caída de César Borgia, y puesto que con su encarcelamiento desaparece la amenaza de un gobierno imperial por parte de la dinastía Borgia, estoy seguro de que al papa Julio al no le importaría ser él quien consumara ese anhelo. Los ánimos de Francia están muy exaltados contra España, después de su terrible derrota en Nápoles, donde ya no pueden volver, y buscará sin duda resarcirse, pretendiendo algo más que la amistad resignada de Florencia...

-Tenemos de seguro, amigo Machiavelli -le interrumpió el confaloniero Soderini-, que Florencia no quiere pertenecer a ningún dueño, y que deberá resistir, pues yo sí creo que la neutralidad existe.

-Florencia ha de armarse, Messer confaloniere -resolvió con firmeza Maquiavelo-, para defender esa neutralidad y su nombre. Es preciso crear una milicia ciudadana que nos evite depender de las armas mercenarias y auxiliares, que esquilmán nuestras arcas y son fácilmente sobornables e inseguras.

-¡Pero los florentinos son artesanos, comerciantes y banqueros! -protestó uno del Consejo de los Diez-; ¡no entenderán que tienen que empuñar un arma!

-¡Dos siglos atrás ya se organizó en Florencia una milicia propia, pero hoy los florentinos han olvidado ya las artes militares, no tienen ningún espíritu marcial, ni son dados de natura a la disciplina excesiva!... -alegó otro de los consejeros.

-El pueblo criticará a La Signoría, señores, no podemos...

Las voces, esta vez claramente, se habían alzado de nuevo; los presentes en la sesión informativa habían estallado en un acalorado debate entre los que apoyaban la idea, como Piero Soderini, convencido con los argumentos de Niccoló, y los que no estaban dispuestos a arriesgarse. La discusión entre las dos opiniones enfrentadas sólo era espejo de otras disensiones que, instaladas en la sociedad florentina, se agudizaban día a día en sus diferencias.

Piero Soderini albergaba la ilusión de que los dos geniales artistas a quienes había encargado las pinturas para las dos paredes largas de la sala del Consejo Grande, Leonardo da Vinci y Michelangelo Buonarroti, serían capaces de mostrar a los florentinos que era posible la concordia de los polos opuestos, la armonización de las cosas distintas. Ellos eran la representación misma de los contrarios: Leonardo vestía impecablemente, era elegante, agradable de trato, bello de natura, sabio en su vejez de cincuenta y dos años; Michelangelo era estafalario y despreocupado en su atuendo, irremediablemente feo, huraño en sus relaciones, brusco en su juventud de veintinueve años. Leonardo condescendía con el talento de Michelangelo, tranquilizado en la fama innegable que ya había inmortalizado su obra, y Buonarroti entendía en sus obras una provocación al maestro, un desafío al que no podía evitar envidiar porque ya tenía todo lo que él ansiaba. Ambos artistas habían accedido a la petición sin hacerse de rogar, estimulados sin duda por la contienda de las dos bellezas. Da Vinci eligió pintar la batalla de Anghiari, imaginando una pelea de caballeros en torno a un estandarte, y Buonarroti quería pintar la de Cascina, representando una pausa en el combate, con soldados que reposaban en las aguas del Arno y se veían sorprendidos por la llegada del enemigo. Los cartones preparados por uno y otro artista eran soberbios, sin opción a poder decidir si uno era mejor o más grandioso que otro. Florencia disfrutaba la preparación de las obras magnas que se mirarían de frente para toda la eternidad, respetándose, cada una mostrando su identidad única y contemplándose en el espejo de la otra, quizá vigilándose, quizá admirándose.

Los dos principales partidos de Florencia también se miraban, recelando el uno del otro, acechándose, criticándose. El partido republicano reunía, en torno al confaloniero Soderini, a los que se mantenían fieles a la idea de autonomía política de potencias y noblezas extranjeras, dispuestos a perseverar en los esfuerzos cada día mayores que exigían de la población sacrificios económicos importantes, pues el gobierno de la República, sin el

apoyo de las grandes familias, sólo tenía para subsistir sus propios medios. Habían cesado las construcciones de ricos edificios, que tanto habían proliferado en tiempos de los Médicis, y los artistas abandonaban Florencia, pues las grandes fortunas estaban recelosas de seguir invirtiendo en obras de arte para la ciudad. Ahora, Piero Soderini se hacía acompañar por Casio di Fiore incluso en las reuniones del Consejo Grande, como si su presencia afianzara la validez política de su partido. Poco a poco le había ido introduciendo también en las decisiones, y aunque nunca el bello Casio intervino en el debate, muchos habían observado que Soderini lo miraba antes de emitir su opinión definitiva, y según era su mirada, Soderini confirmaba su opción.

El partido rival, llamado de los Grandes, estaba formado por los aristócratas y los apellidos nobles de Florencia, que pretendían un gobierno oligárquico de representación de la aristocracia junto a los altos comerciantes, banqueros e industriales; reclamaban aliarse con el Papa y la vuelta de los Médicis, amenazando con retirar sus negocios de la ciudad y dejar a su gobierno sin el pago de los impuestos que todavía aportaban, lo cual podría llevarlo a la ruina. Las familias Pitti, Salviati, Pucci, Strozzi, Tornabuoni, rechazaban sobre todo la idea de la milicia del pueblo, que les restaba sin duda poder, pues en la medida que La Signoría les convocaba para solicitar fondos extras con que hacer frente a las empresas militares, sus representantes podían imponer condiciones que, de otra forma, con un ejército de ciudadanos, no les serían consentidas. Pero, además, podía ocurrir que un ejército popular se volviese algún día en su contra y acabara con ellos.

Mientras tanto, la ciudadanía necesitaba resultados, pues ya próximo a finalizar el año 1504, y aunque el *popolo minuto* suplía con esperanza las carencias reales a las que estaba sometida su vida, lo cierto es que empezaba a agotarse la paciencia, que nunca había sido una característica de su temperamento. Pero la fe de Maquiavelo era inquebrantable, y decidió que Florencia tenía que mirar en perspectiva, esa perspectiva de la que hablaba el maestro Leonardo en sus teorías sobre el dibujo, aplicada también a la historia más inmediata de su ciudad.

Había tenido ocasión de encontrarse de nuevo con Da Vinci en Florencia con motivo del debate que sobre el eterno problema de Pisa dividía las opiniones de los miembros de La Signoría. Da Vinci había asistido a la sesión del Consejo de Exteriores como ingeniero constructor y maestro de aguas, ya que, en un nuevo intento de reconquista, Maquiavelo había propuesto bloquear el cauce del río Amo para aislar a aquella ciudad imposible y celosa, a la cual sin embargo Florencia necesitaba para su seguridad. En el Consejo se estaba considerando la idea y habían de evaluarse todos los riesgos y todos los aspectos, como siempre, lentamente, como siempre, con enormes dudas.

No habían sido muchas las nuevas ocasiones para que ambos maestros coincidieran, después del episodio del duque Valentino. Nicolás Maquiavelo supo que Leonardo da Vinci se había recuperado con rapidez; luego, su estancia en Roma y los cambios vertiginosos consecuencia del cambio de Papa no habían dado oportunidad de más. Con el paso del tiempo y cada vez que recordaba al ilustre ingeniero, Maquiavelo sentía crecer dentro de su mente la certeza de que Messer Da Vinci había ayudado de alguna forma a la caída de César Borgia. Pero Florencia y también La Signoría callaban secretos que siempre negarían.

Leonardo da Vinci se movía con el aplomo de aquel al que todo le sobra, recibiendo las reverencias y saludos de los potentados como quien esparce los pétalos de un cuenco de rosas deshojadas, regalando el privilegio de su consideración por un instante brevísimo. Apenas el artista comenzó a exponer su técnica demostrando realizable la idea del secretario, Maquiavelo corroboró en él la misma imaginación portentosa, la misma rapidez de visión, la misma lucidez en la resolución de asuntos que en sí mismo sabía y sentía, aunque tuviera que disimularlas. Da Vinci contaba cincuenta y dos años, y él treinta y cinco, pero sus pensamientos se hallaban en perfecta sintonía. Maquiavelo había expuesto sus arriesgadas ideas sobre la guerra contra Pisa, insistiendo en que sólo verse privada de su bien máspreciado, las aguas del Arno, la harían someterse de nuevo a Florencia, y Da Vinci secundaba sus opiniones, dispuesto a darles forma en estructuras terrestres. El resto de los políticos de la sesión, unos timoratos o anclados en viejas pautas, otros con intereses ocultos, se negaban a llevar a cabo el proyecto, quizá demasiado arriesgado sólo porque había ensamblado peligrosamente las potencias de dos mentes visionarias.

Mientras la sesión transcurría con los habituales choques entre los miembros, Maquiavelo pensó un momento en las diferencias que mantenía con respecto al maestro ingeniero: Leonardo da Vinci no tenía esposa, ni hijos, y vivía cómodamente instalado en una villa suntuosa, en Santa María Novella; Nicolás Maquiavelo tenía obligaciones familiares y vivía sencillamente en una casa de laboro familiar. Había reflexionado sobre esto; Niccoló sabía que nunca llegaría a poseer los recursos del genial artista, pues Leonardo estaba marcado por el signo del fuego, el que atrae, y él era regido por el signo de la tierra, el que se esfuerza... Sin embargo, todo habla que verlo en perspectiva, concluyó con palabras del mismo Da Vinci; encajando en la teoría que poco a poco iba esgrimiendo sobre las cualidades que debería poseer ese jefe capaz de elevar a los territorios italianos al rango de nación, contemplaba a Leonardo da Vinci como ese príncipe de la existencia que, aunque sobrevolaba los asuntos políticos como lo hacen los que condescienden con los mortales, sí que le mostraba un modo de conducta y de dirección de lo humano que él necesitaba observar para relacionarlo con la otra política de la vida: el gobierno de las acciones del espíritu.

El *David* alzado frente a la Ringheria habla mostrado que el alma de Florencia era bella, y su derecho, legítimo, y su esperanza, realizable, pero reclamaba a gritos, en la voz de cada uno de sus ciudadanos, que su República tenía que honrarla y velarla, como el enamorado cuida el jardín del que recogerá las flores para su amada. La ciudadanía se impacientaba, se desanimaba, protestaba, necesitaba afianzarse y saber que su gobierno era un acierto, una apuesta segura al éxito. Observando algunos hechos acontecidos, Maquiavelo decidió hablar con Soderini esa misma noche, al regreso de sus obligaciones en La Signoría, para exponerle un modo de levantar la moral de la ciudadanía:

-Las gentes, para su demérito, recuerdan con mayor facilidad las penas que los provechos -empezó a decir-, y por ello es preciso, en este momento, que conozcan los logros que en estos años se han conseguido, y que sientan compensados sus esfuerzos. ¡Nuestra República tiene que mostrar aquello que su pueblo necesita comprender, los frutos, los resultados, para valorar en su

justa medida lo que tienen en relación a lo que tenían y en función de lo que pueden tener!

-Sí... las protestas se multiplican, pero ¿qué puede haber que cumpla esas expectativas que decís? -preguntó el alcalde, aprisionado muchas veces entre las ganas de hacer algo y la ausencia de ideas.

-¡La historia! -exclamó Maquiavelo-. Nuestra República cumple diez años, amigo Soderini, y puede ya mirarse en su idea. La historia la escriben los vencedores; ¡escribamos la historia para vencer!

-Si tuvieseis razón, sólo vos podríais concebir el modo... ¿Qué habéis pensado, Niccoló?

-Voy a redactar el relato de los últimos diez años de Florencia, que son los diez años de vida de nuestra República. Desde 1494 hasta 1504, de noviembre a noviembre. Haced que el Gran Consejo apruebe su publicación para que toda Florencia entienda que su República ya tiene memoria, ya tiene una historia que contar.

El propio confaloniero vitalicio, elegido para arbitrar entre las diferencias sociales de Florencia, sucumbía a veces a sus propios conflictos interiores:

-¿Cómo vais a explicar tanta mala fortuna venida de repente?

-Las fatigas de Florencia son las propias que traen los cambios, necesarios para alcanzar el futuro que se ha construido. Hay cosas que sólo puede esperarse a que pasen, porque comportan una enseñanza que sólo se adquiere viviendo el momento que toca vivir, y eso es lo que le ha sucedido a nuestra amada Florencia. De ser los meros receptores de un destino que venía dirigido por otras manos, ahora los florentinos han pasado a ser responsables de su presente y de su historia; tienen que darse cuenta de la lección aprendida y ponerla en práctica: ahora toca colaborar con la lucidez suficiente para afrontar el compromiso con nuestra patria.

-Habláis de la milicia del pueblo... -corroboró Soderini, comprendiendo el argumento esgrimido por Maquiavelo-. Pero sabéis que no soy yo el reticente en este asunto del ejército de voluntarios. El Consejo Grande no ha querido tratar todavía el tema...

-No acudáis enseguida al Consejo -atajó el amigo-; esperad a que yo pueda demostrar que es posible mi idea, sólo necesito eso de vos, Piero. Florencia como nación tripartita requiere una actuación por fases; no olvidemos que la capital, la jurisdicción de ciudades ganadas y el condado que componen nuestro Estado tienen fisonomías y peculiaridades distintas. Para ver realizado el objetivo grande, es preciso empezar por la parte que sea más fácil, hay que empezar por lo pequeño para tener más seguridad de acierto, y luego ir avanzando en el logro. Y ésa es mi estrategia: comenzar por establecer la frontera. Ya lo hicieron otros, como César, por ejemplo, y otros que nos enseñan Jenofonte y Tucídides...

El confaloniero no dijo nada; siguió escuchando los ejemplos que le relataba Niccoló, cabeceó levemente mirando sus propios pasos acercándose al Ponte Vecchio, desnudo sin el griterío habitual de los vendedores de pescado que durante el día lo inundaba. El penetrante olor de los puestos persistía, a pesar de estar cerrados a esas horas de la noche, pero empezaba ya a elevarse palpable, como la niebla que lo cubría, el perfume natural que expelía noviembre sobre el Arno. Soderini envidiaba en su amigo la portentosa rapidez mental para encontrar las ideas, los recursos, las soluciones, que a él le faltaban; envidiaba su vastísima cultura, su trato de tú a tú con todos esos

clásicos innombrables que le habían entregado a él la misión de abanderar su recuerdo y hacer renacer su legado en ese tiempo. Su fortuna era que Maquiavelo creía tan ciegamente en el maravilloso proyecto de su República que lo ponía todo a su servicio, como representante de ese proyecto. ¿Cabía mejor combinación»

-Será un ejército eficiente, fuerte y con muchos soldados, disciplinado, sobre todo, y fiel a nuestra República, hasta la muerte, y conector y cumplidor a ultranza de sus leyes -Nicolás Maquiavelo conocía las reacciones del confaloniero. Sabía que cuando callaba, replegándose sobre sí mismo, estaba concediendo. Era cuestión de seguir explicándole, para que integrara definitivamente todos sus detalles en sí mismo, en sus oídos y en su emoción-. Las tropas han de tener una misma insignia, la del Marzocco, y enseñar a sus soldados que la amen, que la entiendan como parte de ellos, que represente su sangre, su patria, que sean sus más ardientes protectores.

Una ráfaga de viento, de esas que en el mes de noviembre siempre cogían por sorpresa, agitó la capa de los políticos, que recogieron el pliegue: Maquiavelo de su manto corto; Soderini, de su capa forrada de bermellón, y se abrigaron cruzándolo por el pecho. Ya habían sobrepasado el Ponte Vecchio y en ese momento rebasó la calzada a la misma altura que ellos un jinete, que en un requebro intencionado casi obligó al caballo a lanzarse sobre el alcalde. Era Cesare Sadoletto, el comisario Médicis que obedecía las indicaciones directas del bastardo Julio, en nombre de su primo el cardenal Juan en Roma. El escalofrío que recorrió la espalda de Soderini podría deberse al frío repentino del ambiente, pero casi podía asegurar que había sido por la sensación que siempre le asaltaba con Sadoletto; su gesto adusto y malcarado, su actitud bruta, siempre le llevaban a intuir que no era un simple comisionado, que guardaba secretos inconfesables e intenciones peligrosas.

Se decía de él que, una vez muerta la esposa, había cohabitado con su hija, todavía adolescente, buscando un heredero varón; pero la muchacha había dado a luz a otra niña, una criatura con la misma belleza, cosa imposible de entender en alguien nacido de la estirpe de Sadoletto, al que la maldad convertía en un hombre esencialmente feo. La hija del comisario había desaparecido definitivamente; unos decían que había muerto en el parto, otros, que estaba recluida de por vida en un convento, otros que, habiendo enfermado, vivía oculta en la leprosería de la ciudad, a un día de camino en dirección a Arezzo.

De vez en cuando se veía al malcarado Sadoletto con una niña de unos cuatro años, junto a su nodriza, sin duda esperando a que creciera para hacerla tan desgraciada como a su madre.

Había desaparecido sobre su montura, dejando un eco sordo de rabia en cada uno de los golpes de su cabalgada contra las losas del suelo. Percibieron una estela de inquietud: Sadoletto iba persiguiendo a alguien, se sentía en el ambiente la tensión inconfundible de una persecución, y miraron en derredor, intuyendo que entre las sombras se escondería alguno de sus espías, alguno de los vagabundos que empleaba para sus asuntos turbios, alguien que no le habría dado el servicio que esperaba y que, ante las amenazas del jinete, había huido.

El confaloniero quiso quitar de su mente las ideas tenebrosas que le asaltaban al pensar en el comisario, y pretendió recuperar la sensación que

hasta ese momento le había entusiasmado el ánimo; para ello tenía que volver a incitar las palabras de Maquiavelo:

-¿Cuándo estaría compuesta esa historia de los diez años de nuestra República? -preguntó.

Niccoló hizo como que calculaba, aunque no confesó que ya llevaba redactada una buena parte, y que ya tenía pensado, hacía tiempo, cuánto iba a tardar en completarla.

-Dadme hasta el día de la Epifanía, el 6 de enero próximo -dijo, al fin. Soderini iba a asentir, satisfecho, pero Maquiavelo tenía algo más que decir:- Deberéis presentarla a la ciudad en las celebraciones del Carnaval.

-Pero...

-Que se distribuyan ejemplares en la fiesta del Carnaval que organizaréis para los ciudadanos en la plaza de Florencia, con toda la ciudadanía congregada en torno al *David* y La Signoría.

-Pero, Niccoló, el gobierno no tiene fondos, ¿cómo vamos a poder hacer eso que decís?

-El pueblo ha visto reducidos sus momentos de esparcimiento -observó nuevamente, en el tono de voz que acostumbraba a utilizar cuando iba a convencerle-; el gobierno debería restituir alguna de las celebraciones públicas a las que estaba acostumbrado por regalo de Lorenzo el Magnífico.

-Lo sé, lo sé, pero no hay dinero, Niccoló, apenas pueden nuestras arcas mantener las prioridades -contestó Soderini, lamentándose. Bien lo sabía el secretario además, pues él mismo veía habitualmente retrasados sus pagos en la Cancillería.

Acostumbrado a las privaciones cotidianas desde su infancia, pues nunca se había contado con grandes comodidades en su casa familiar, había reproducido el mismo ambiente de sencillez en la suya matrimonial, de manera que la base de su alimentación diaria la tenía resuelta en el pequeño huerto que la misma Marietta, criada en el campo, cuidaba y cultivaba, administrando sus emolumentos para el resto de necesidades, según los recibía. La casa de Niccoló y su esposa estaba a las afueras de Florencia, en el Oltrarno, lindando con los alrededores de la parroquia de Santa María del Carmine. Marietta se hallaba de nuevo encinta, consolándose, con la esperanza de que su vientre albergara una hija, del abandono cotidiano al que el espíritu ingobernable de su esposo el secretario Machiavelli la tenía acostumbrada. En la misma casa vivían la madre de Marietta y su hermana menor, con las que se entretenía en el día a día, criando mientras tanto al pequeño Bernardo y saboreando, en realidad, una vida tranquila, sin la presión constante de un marido posesivo. Maquiavelo no le diría a su esposa que el trabajo de escritura en el que invertía sus noches de los dos últimos meses era un proyecto del que no cobraría emolumento alguno, porque sólo lo estaba realizando por convencimiento propio de que así era necesario, por amor a lo que tenía que contar, por amor a todo menos al dinero y al interés egoísta.

De pronto, les salió al encuentro Casio di Fiore, que pasaba entre los arcos de un pasaje poco transitado, surgiendo de las sombras, pálido como el ángel aparecido de la *Anunciación* que había pintado el maestro Da Vinci en su juventud, perfecto como cualquiera de los efebos angélicos que rodeaban a la Virgen de la Granada que Messer Botticelli en su vejez había plasmado en un tondo de la sala de audiencias del palazzo de La Signoría. Era inevitable sobrecogerse con la hermosura de Casio, que parecía haberse eternizado en

su semblante sin que pasara el tiempo para ajar su piel, como si fuera la misma escultura del *David*, imperturbable a las lacras de la mortalidad. El joven descubrió su pecho para hacer una reverencia cortés ante los dos amigos, aprovechando el juego de la capa alrededor de su brazo.

-¡Casio! -le reconoció al instante Soderini, saludándolo con sus brazos abiertos-. ¡Qué encuentro insólito y agradable! ¿No es muy tarde para que rondéis esta zona?

-Me dirigía a Orsanmichele... -se excusó dulcemente Casio. Niccoló prefirió callar, pues hubiera jurado que la dirección que traía Casio no correspondía con su respuesta. Más bien parecía que viniese de allí. La iglesia de Orsanmichele se hallaba junto a un cementerio muy antiguo que en la ciudad había caído en desuso, pero que mantenía tumbas y lápidas muy hermosas, y conjuntos funerarios con ángeles y columnas y pórticos que más parecían el paisaje fantástico de otro mundo que un pequeño reino de muertos. Allí solían reunirse los amantes clandestinos, amándose con la urgencia pasional de quien comprende lo efímero de la vida; Niccoló lo sabía muy bien, pues había mantenido alguna aventura con mujeres que sólo podían amarle en la oscuridad de lo prohibido, a espaldas de sus esposos, y por ello interpretó la turbación de Casio, su respiración agitada, su discreción al responder a las preguntas desatinadas de Soderini con monosílabos y frases evasivas, como la propia de un enamorado descubierto. Casio era humano, después de todo, y no ese ser mármoleo ajeno a las pasiones que muchos en Florencia pretendían que fuera, al no poder adivinar a quién amaba, o al no poder descubrir cómo amaba. Seguramente Casio di Fiore se veía a escondidas con alguien, una bella mujer, quizá, y él debía mantenerlo en secreto; por eso Maquiavelo intervino al cabo de unos instantes, interrumpiendo a Soderini, que estaba empeñado en atar cabos sobre la casualidad de haberse encontrado con él.

-¡Vais a ayudarnos, Casio! -concluyó así el secretario, cambiando de tercio y rodeándolo con su brazo por los hombros-. Venid con nosotros a organizar un acto que regocijará a toda Florencia.

-¿Una fiesta? -preguntó Casio, agradeciendo el gesto hábil de Maquiavelo.

-¡Exactamente! -respondió, jovial, Niccoló-. ¡Un Carnaval inolvidable!

El Carnaval y el Torneo eran las fiestas que el pueblo de Florencia esperaba con más ansia. Desde los días del padre de Lorenzo el Magnífico y con motivo del Carnaval se celebraba un desfile de carretas engalanadas en las que se lucían las muchachas nobles más hermosas de Florencia, además de la gran noche del martes, con un grandioso baile de máscaras y disfraces que la aristocracia gozaba en el gran salón de La Signoría y el resto del pueblo celebraba en la plaza. El *gioco del calcio* era un torneo de caballeros que se realizaba en la noche de la entrada del verano, el 21 de junio, en la piazza de la Santa Croce, como prelude de las celebraciones del día de San Giovanni, en cuya noche se encendían hogueras por toda Florencia. Todavía se recordaba el gran Torneo que, auspiciado por Julián el Bello, había constituido el despliegue más hermoso de arte caballeresco, en el que el propio Julián había participado demostrando su belleza, su habilidad en el juego y su destreza sobre el caballo. Lucía en su lanza lazos de varios colores y emblemas, pues eran muchas las damas que se disputaban su consideración. Aunque todos lo creían

enamorado de Simonetta Vespucci, la dama cuya belleza era la más nombrada en la Florencia de su tiempo, lo cierto es que Julián tenía una amante, a la que nadie conocía, y con la que había engendrado un hijo al que nunca llegaría a ver nacer, Julio, que parecía haber heredado toda la amargura de su destino frustrado, pues nunca había podido desprenderse de la íntima sensación que desde la infancia le atormentaba: que la muerte de Julián el Bello había truncado, en realidad, sus verdaderas posibilidades de llegar a ser el jefe de la familia Médicis, un legítimo Médicis que habría sabido anteponerse a los propios herederos de Lorenzo. De esta forma, su condición de bastardo le imponía formas y actitudes que debía mantener, al menos, en apariencia.

Tanto el Carnaval como la noche más corta del año se celebraban en todas las ciudades de su territorio, pero en la capital de Florencia tenían un sabor especial, pues cada barrio florentino engalanaba sus calles y balcones con los pendones propios de los colores que habían adoptado sus nativos, orgullosos de su parroquia. El magnífico Lorenzo había instaurado la moda de divertir al pueblo con «juegos de pelota» con motivo de su cumpleaños, y después de morir aquél se habían continuado celebrando, de modo que cada año los pagaba una familia pudiente, a la que el pueblo vitoreaba con cada triunfo de su equipo.

El pueblo de Florencia amaba las fiestas, expresión de su gusto por la vida, liberación de su espíritu y su cuerpo, pero sobre todo amaba la celebración del Carnaval, ya que, todavía reciente en la memoria cuando Savonarola había prohibido su celebración por considerarla manifestación del pecado y del vicio, la comprendía como un derecho incuestionable, donde el verdadero yo de las gentes salía a la luz con voz propia, como si por una noche Florencia fuese el paraíso, prometido por los poderosos y la Iglesia, pero conseguido y celebrado por el pueblo.

Unos días antes de la Epifanía, Nicolás Maquiavelo mostró a su amigo Piero Soderini el trabajo titulado *Primera Decenal de la República de Florencia y sus acontecimientos desde 1494 hasta 1504*, crónica de los turbulentos y más recientes años de su amada ciudad, escrita a lo largo de quinientos versos de gran belleza y cordura, con gran regocijo del confaloniero. Él había cumplido también su parte, y había conseguido que el Consejo de los Ochenta permitiese la publicación de ciento cincuenta copias de la obra, encargada a uno de los talleres de copistas que, desde la invención de las máquinas especiales para la impresión del papel, se habían instalado en Florencia, en el entorno de la Vía di Roma. De esa manera, para la gran celebración del Carnaval de aquel 12 de febrero, en una suntuosa fiesta que La Signoría concedió en organizar conmemorando el aniversario de la República, se anunció la obra escrita, que simbolizaba la consolidación formal de un gobierno que nadie debía reconocer ya como precario ni frágil.

La calle entera bullía de entusiasmo y de noche, imaginando por unas horas que el día y la realidad no llegarían nunca. En el salón grande del palazzo de La Signoría se habían reunido los políticos, artistas, comerciantes de altos vuelos, jefes de familias de renombre y otros personajes de la vida pública de Florencia que, después de varios discursos de exaltación del gobierno y de la disertación que el propio Maquiavelo realizó sobre los diez años de la República recogidos en su *Primera Decenal*, se habían entregado, igual que el pueblo, a soñar que la fiesta no acabaría. A pesar de que muchas

familias nobles habían protestado porque el gobierno se permitía celebrar algo y encima les pedían préstamos para costear un acto de propio encumbramiento, lo cierto es que ninguno de los representantes de las mismas había faltado a la convocatoria, aportando sus galas más ostentosas y sus disfraces más repulidos. No faltaban el maestro Da Vinci y Messer Buonarroti, que no se habían saludado todavía cuando el secretario, libre ya de sus compromisos oficiales con el alcalde y los miembros del Consejo de los Diez que habían glosado y elogiado públicamente sus versos, buscó a alguno de sus amigos de Cancillería para divertirse un rato; seguro que el bueno de Biagio Buonaccorsi tendría alguna humorada que contarle. Recorría con la vista los disfraces y algunas de las caras descubiertas, cuando sus ojos se quedaron engarzados literalmente sobre una de las hermosas mujeres que, rodeadas de una veintena de admiradores, se exhibían sobre una de las plataformas decoradas con columnas y flores. Lucrezia Ricciardi se refrescaba con indolencia del calor concentrado por los afanes y los trajes y las conveniencias, con un aparatoso abanico de plumas cosidas con pedrería que sacudían su pecho con golpecitos seductores, provocando una leve brisilla que le agitaba los rizos pelirrojos que se esparcían aquí y allá, sobre su frente, detrás del cuello, sobre un hombro. Niccoló creyó que veía a la criatura más deliciosa con la que el cielo le premiaba la fantástica idea de aquella noche, de aquella celebración, de su *Decenal* en honor de Florencia, que ella era la viva imagen de una Florencia radiante, vital, hermosa, irresistible, plena.

Lucrezia Ricciardi ya no era una niña, tenía aproximadamente veintitrés o veinticuatro años, pero por eso mismo su belleza era más sólida, más intrigante, más seductora. Era una cortesana conocida en Florencia por dejarse ver en la compañía de varios de los nobles encumbrados y financieros más famosos del momento. Era llamada la Riccia, haciendo un juego entre su apellido y la alusión a sus rizos emblemáticos. Maquiavelo comprendió que, hasta ese mismo momento, no había descubierto lo que es perder la cabeza por una mujer. Olvidó al punto a las amantes que había frecuentado en la zona del Ponte delle Grazie, a Alfonsina, la que añoró un tiempo, a Leda, que sólo había conocido una noche, y a Gianna, la joven que había amado durante su estancia en Roma; miraba a la espléndida cortesana con la devoción de quien ha encontrado la piedra filosofal de su existencia. Su sentimiento nada tenía que ver con la frivolidad de un momento de algazara, ni con lo habitual de las costumbres masculinas y sociales del momento, que suponían el matrimonio como la perpetuación del apellido y de la familia, dispersando la emoción afectiva en amoríos propios en un hombre, consentidos por las esposas y mujeres de buena familia. Maquiavelo sintió que con la Riccia quería pasar el resto de su vida, y que si hubiera podido cambiar las cosas, habría empeñado en ese deseo todas sus energías.

-«Hallándome yo desprevenido, vuestros ojos, señora, me prendieron, y los míos no entendieron defenderse de Amor, que me halló del todo desarmado y abierto el corazón, encontrando el paso hacia la gloria... en el vuestro» -parafraseando a Petrarca, Maquiavelo irrumpió en la escena, presentándose ante Lucrezia Ricciardi con una reverencia galante.

La Riccia avivó los golpecitos del abanico sobre su bellísimo y generoso escote mientras sonreía, para extender su brazo a continuación, tendiendo su mano al secretario para que la besara.

-¡Laureado poeta! -exclamó alegre la cortesana, reconociéndolo-. Deseo leer cuanto antes vuestro relato de estos diez años... ¡Empezaré con trece y acabaré con casi veinticuatro!

-Dice Platón que la contemplación del arte y de las cosas bellas hace que la memoria despierte y que nos permita recordar que una vez conocimos el paraíso... -dijo Niccoló, sin importarle que sus amigos Casavecchia y Buonaccorsi, que participaban en el círculo galante con otros cancilleres y otras hermosas de moda, se diesen codazos el uno al otro, mirándolo extrañados-; esto me ha pasado con vos, *signora*, que ahora ya sé que es cierto que existe el cielo, porque vos me lo habéis mostrado.

-Pero no es Platón el griego que vos más buscáis, Messer secretario -bromeó con atrevimiento la hermosa-; según creo, son Cicerón y Sócrates con quienes preferís mejor medir vuestra... espada.

-Sólo hasta que vos me otorguéis el privilegio de medirla con vuestros besos -replicó, y certeramente por cierto, pues la Riccia sonrió ampliamente y le señaló un espacio a su lado para que se sentara con ella.

Maquiavelo se había topado con la musa que había desencadenado en su cabeza y en su corazón los versos y las emociones que no sabía que albergaba, a sus treinta y cinco años. Sus amigos de trabajo y de taberna habían descubierto en Niccoló una expresión que desconocían.

En el otro extremo de la estancia, Piero Soderini resplandecía de orgullo, recibiendo los elogios y felicitaciones de los congregados en la fiesta, donde lo que menos interesaba era la música y las máscaras y las cortesanas exhibidas por los más poderosos, porque en verdad era en los detalles más simples, de gestos entre los grandes, de saludos políticos, de conversaciones en voz baja, donde se estaba dirimiendo el futuro de la República, y Soderini quería entender, juraría entender, que todas las señales apuntaban a confirmar que el gobierno de La Signoría había conseguido afianzarse en la misma idea estrambótica que todos le criticaban, que las diferencias podrían solucionarse, que la buena voluntad era un arma política eficaz y certera, que la neutralidad era posible, que Florencia era capaz de reencontrarse a sí misma. Compartían la fiesta igual nobles que nuevos ciudadanos de título como el propio Pierfrancesco Médicis, casado con María Soderini, prima del confaloniero; Pierfrancesco pertenecía a la segunda rama de los Médicis, llamada de *los Popolano*, muchos de ellos hostiles acérrimos del poder que habían adquirido sus primos los sucesores de Cosme II Vecchio, al fin y al cabo, hermano del propio antecesor de ellos.

Los dos artistas más geniales y opuestos del momento, Michelangelo Buonarroti y Leonardo da Vinci, compartían también conversación en un círculo de intelectuales y aristócratas, en torno a la herencia del divino Dante. El alcalde Soderini, con ese gesto satisfecho ya confiado al éxito de la velada, miró en la dirección del grupo y levantó los ojos hacia los dos impresionantes murales ya bocetados del salón, que pronto estarían cubiertos totalmente, luciendo las pinturas inmortales de Leonardo y Michelangelo. De pronto y todavía con sus ojos alzados hacia las paredes, un golpe seco hizo que su mirada se desplomara sobre la copa que Michelangelo Buonarroti había arrojado contra el suelo, haciéndose añicos, ante el gesto impasible de Da Vinci. El pecho de Soderini quedó atravesado por el pánico: el que hasta ese momento había sido su sueño se había estrellado contra el suelo igual que el

cristal astillado. La música de la pequeña orquesta cesó, la alegre charla de los presentes, los coqueteos, las risas, la estabilidad del gobierno, cesaron, calló todo de golpe para escuchar el trueno de la voz de Buonarroti, que vociferó contra Messer Leonardo; dijo dos o tres frases airadas y abandonó la estancia con zancadas que hubieran sido imposibles en él en otro momento, con tanta rapidez que parecía que aquello no hubiera ocurrido. Se dijo que Buonarroti había bebido más de la cuenta, y que el maestro Leonardo lo había provocado; otros aseguraban que el impetuoso joven había malinterpretado unas palabras del glorificado Da Vinci; otros, que el sagaz genio, cínico y socarrón, había jugado con los complejos de Buonarroti; otros, que habían bromeado en principio sobre las batallas elegidas para su contienda en las pinturas y que las guasas habían acabado en veras... Lo cierto es que no importaba que hubiera pasado, porque el confaloniero Soderini sintió que el horrible presagio del final se había posado en el futuro de Florencia, como un inmenso pájaro negro. Desolado por su intuición, buscaba dónde posar sus ojos de nuevo cuando vislumbró repentinamente, entre el grupo de los que habían rodeado a los artistas en el momento de la bronca, un rostro sombrío que conocía perfectamente: era Cesare Sadoletto, que lo miraba también, con frialdad.

-Convocadlos mañana mismo, a los dos, y hablad con ellos, calmadamente; seguro que podréis limar asperezas y volverán a quedarse tranquilos -corrió a aconsejar a Soderini el secretario Maquiavelo, más para sosegar la angustia que se había apoderado de su amigo, que porque creyese de verdad que el proyecto de los murales se iba a pique.

-¡Esto es el fin, Niccoló! -exclamó el confaloniero, haciéndose eco de la consternación general.

-¡Claro que no! -negó el secretario, haciendo su voz audible también para muchos que en su entorno necesitaban alguna interpretación que les tranquilizara-. Seguramente sólo será la pelea de dos rivales celosos el uno del otro, dos artistas que compiten en su talento, lo cual va a permitirles que se superen a sí mismos en esa genialidad. Hablad con ellos, *signore* confaloniero... España y Francia acaban de firmar una tregua, cómo no va a ser posible que Leonardo y Michelangelo firmen su propia tregua?

Soderini apenas captó la ironía de Maquiavelo, sumergido como estaba en el hundimiento de un proyecto al que le había dado el poder de simbolizar, más que una esperanza, un ambicioso reto político. Quizá ése había sido su error.

-Vos estáis más cerca del maestro Da Vinci -le pidió Soderini a su secretario-. Hablad vos con Da Vinci... Yo puedo entenderme mejor con Buonarroti porque a mí no me tiene miedo, Y además sé aguantar con paciencia sus arremetidas...

En eso tenía razón el confaloniero. Soderini era un auténtico maestro en el arte de soportar las embestidas de unos y otros sin descomponer su gesto. Por otra parte, Maquiavelo y Da Vinci se compenetraban mentalmente como dos aves cuyo vuelo alzado sobre el resto les permitía encontrarse y reconocerse.

Después de pasar veinte años en Milán, el artista Da Vinci había regresado a Florencia buscando una racionalidad que confesaba haber encontrado en las ideas fruto de la experiencia y en los textos que había leído de Nicolás Maquiavelo. Regresados de su misión ante el Valentino, el ingeniero genial había acudido a escuchar al secretario Maquiavelo a varias de las

sesiones en el Consejo de los Ochenta, discutiendo sobre la guerra de Pisa y sus ideas de desviar el río Arno. Da Vinci había observado a Maquiavelo, volcado con todo su ahínco, referir el reclutamiento de hombres en las tierras del Mughello y el Casentino para la milicia de Florencia, teorizando apasionadamente sobre el renacimiento militar de los territorios italianos. También Da Vinci había tenido la impresión de que sólo él y unos pocos más habían entendido los discursos que tan afanosamente dispensaba el secretario sobre la forma de gobierno que habría de constituir un Estado moderno; en verdad, nadie estaba apreciando los análisis que se empeñaba en prodigar sobre los cambios políticos que debían afrontar los gobiernos en un mundo que había cambiado, y muy pocos se mostraban capaces de comprender las virtudes y comportamientos que deberían adornar al príncipe capaz de llevar a los complicados Estados italianos a su constitución como Estado-nación.

Había llegado a los oídos de Maquiavelo que Da Vinci también se había interesado por ciertos estudios en torno a Aristóteles de los que él, en su afán por instruir a sus amigos de juerga, hablaba en las tabernas... «Bueno», decidió el secretario, «aprovecharía todo ello para intentar convencer al viejo lince de que acabara su proyecto», que en realidad era el proyecto de Soderini. Pero no lo consideró urgente; antes tenía que volver a ver a la Riccia.

Los acontecimientos iban a sucederse por sí solos. Michelangelo Buonarroti no quiso acudir a la cita que le planteó el confaloniero; ambos artistas dejaron pasar los días sin volver a los andamios, ya recolocados en las paredes del gran salón, con diferentes excusas. A pesar de eso, Nicolás Maquiavelo insistía en pensar que se les pasaría, y así tranquilizaba al confaloniero. Todavía no había convocado a Messer Leonardo, ocupado en sus menesteres más imperiosos; Niccoló tenía nublado su pensamiento, invadido por la presencia de la Riccia que lo llenaba todo. La había visto de nuevo, en algunas reuniones de salón, con más amigos y otros artistas, y por fin había conseguido compartir con ella un par de veladas en privado, gozando de su magia de hembra, de su encanto inigualable y su inteligencia portentosa. Aunque Maquiavelo aspirara a más, sabía que la llave de sus favores sólo la tenía ella, y sumisamente se plegó a que la consideración de la Riccia le hiciese saber cuándo estaba dispuesta a consentir amorosamente a su deseo. Mientras tanto, sabía que podía esperar, pues ninguna otra mujer le podía llenar como ella, y sólo su piel y su aliento ambicionaba, con un delirio que no recordaba haber sentido antes. Cumplidor de sus obligaciones maritales y familiares, Niccoló había conseguido que La Signoría le reconociese un aumento de soldada con motivo del nacimiento de un nuevo retoño, esta vez una hembra, que había llenado de alegría a su esposa Marietta y a las otras mujeres de su casa. Le gustaba saber feliz a Marietta, porque él conocía el beneficio saludable que la sensación de felicidad opera sobre el ánimo y sobre la relación con los demás; él mismo había cambiado su percepción sobre el mundo desde que se había enamorado perdidamente de Lucrezia Ricciardi, su Florencia, tal como la llamaba.

Cuando por fin tuvo tiempo y ganas de dirigirse al maestro Da Vinci, ya había llegado a Florencia la carta de Julio II, que reclamaba a Michelangelo Buonarroti para que se trasladara a Roma. La República de Florencia no podía negarse a autorizar la partida de Buonarroti, pues hubiera sido indisponer al Papa todavía más en su contra, y tampoco podía competir con los encargos y

los emolumentos que a cambio le prometía el poderoso Papa guerrero al pintor. Además, Michelangelo estaba deseando marcharse; lo habría hecho igual.

CAPÍTULO 6

...y por ello no deberíamos permitir que la diversidad de opinión entre las fuerzas políticas sea un impedimento para lograr el bien del pueblo.

Los esfuerzos de Florencia por recuperar Pisa habían sido constantes e infructuosos en los últimos años. Los problemas para los comerciantes florentinos se habían agudizado, pues Pisa cortaba el libre uso del río Arno para sus negocios, y por ello la necesidad de recobrar esa ciudad y su puerto era ya una obsesión para el gobierno de La Signoría, que había comisionado en varias ocasiones a Maquiavelo para intentar negociar con palabras la sumisión del gobierno pisano. Siendo imposible su reconquista con retórica ni buenas razones, Florencia había pactado con el ejército mercenario francés que tomaría Pisa para su República florentina a cambio de un pago de cuatro mil ducados anuales durante tres años. Los franceses los habían estafado miserablemente en mitad de la primera campaña sin entrar en contienda y reclamando más dinero si esperaban que continuaran el avance, por lo que Florencia vio truncado su nuevo intento de recobrar la ciudad portuaria, al tener que desistir de seguir con el acuerdo.

Los resultados de las conversaciones de Maquiavelo sobre Pisa los había relatado en un documento que el maestro Leonardo da Vinci conocía muy bien: *El discurso de la guerra pisana*.

Uno de los argumentos empleados por Messer Machiavelli para justificar la creación de su milicia ciudadana había sido el propio fracaso del acuerdo francés respecto a Pisa y, por tanto, la ya ineludible necesidad de tomarla por la fuerza a cargo de un ejército propio, desconfiando para siempre de esos favores que los mercenarios prometen y que, una vez cobrados, se olvidan de cumplir. Da Vinci había seguido con interés todos estos discursos, pues de algún modo sabía que uno de sus más ambiciosos proyectos podría tener relación con la visión política de Nicolás Maquiavelo, ese político osado, visionario de las mentes humanas y obsesionado con escribir todo lo que su propia mente podía imaginar... ¡Corno si eso fuera posible! Ya él lo había intentado, y sabía muy bien que no puede contenerse en algo limitado aquello que es ilimitado..., pero Maquiavelo era una generación más joven que él y todavía tenía la fantasía de que era posible intentarlo.

No era de eso de lo que Messer Da Vinci quería hablar con él, y breve el tiempo que quería dedicarle a la rabieta de Michelangelo Buonarroti.

Había recibido a Nicolás Maquiavelo en su taller íntimo, como así llamaba a una dependencia luminosa y magnífica que se abría a un jardín enorme ceñido al fondo por una verdadera muralla escoltada por estatuas. El día era tan luminoso y espectacular que el secretario tuvo por un momento la impresión de que su luz podría desvanecerse en cuanto cruzase la muralla de la residencia y entrara de nuevo al mundo real de la calle. Varios sirvientes de Messer Leonardo se afanaban silenciosos en mantener el entorno pulcramente en orden, hasta que el maestro hizo una señal y desaparecieron. Tablas, lienzos, máquinas imposibles, tallas inacabadas, formaban el paisaje indescriptible de la expresión de un hombre que amaba el placer. ¿Un hombre? Nicolás Maquiavelo tenía la certeza de que la naturaleza de Leonardo da Vinci era otra: su naturaleza misma era el saber, el fuego creador.

-Messer Buonarroti es un gran artista -empezó reconociendo Leonardo da Vinci; luego, sonrió, sin que Maquiavelo llegase a adivinar si era porque le

complacía el vino rojo que saboreaba, o porque le habían hecho gracia sus propias palabras-, aunque ya no tiene la juventud que puede justificar en un artista los despropósitos que provoca su singularidad, y más bien creo que la edad se le echa encima sólo como experiencia de taller, pero no como saber de vida...

Nicolás Maquiavelo estaba allí actuando casi como embajador del confaloniero Soderini, intentando disculpar la rabieta de Michelangelo, que le habla llevado a insultar públicamente a Da Vinci. No tenía prisa; su trabajo eran las palabras, las buenas razones; era un trabajador del convencimiento y de la diplomacia, y él ya esperaba que Da Vinci rechazaría de pleno seguir trabajando con él. Pero no esperaba la evidencia con la que se había encontrado: que Leonardo da Vinci había efectuado un análisis de la situación más certero que el suyo.

-Él ya tenía la intención de abandonar el trabajo antes de ahora -explicó Da Vinci-; sólo necesitaba un pretexto.

-Sin embargo, le fascinaba medirse con vos en el arte, y se mostraba muy contento de poder comparar las dos ciencias, la de él, inspirada por su fervor religioso, y la vuestra, según decís, fruto de la magia...

-Michelangelo Buonarroti está tan asombrado de lo que surge a través de él que no puede creer que eso sea obra suya -opinó el artista-. Él arrastra el trastorno de su propia miseria como hombre y no puede aceptarse más que a través de sus obras... Sufre constantemente, y a eso le llama pasión y arrebató.

-Pero es inteligente, Messer Da Vinci -observó Maquiavelo, intentando compensar el juicio-. Es capaz de raciocinio y de entender a los otros, y de preparar su voluntad para el cambio que le conviene efectuar.

-¿Vos lo creéis de verdad, Messer Secretario? -preguntó con sonrisa irónica el artista-. Él no siente que sea capaz de cambiar nada en sí mismo, y eso le tiene consternado. Aprendió de los nuevos profetas de Platón que el cuerpo es sólo transcurso de la energía divina y que debía despreciarlo y aun descuidarlo, y aprendió también que la inteligencia es sólo fantasía y falsedad..., y aun así, ha necesitado estudiar el cuerpo en sus dibujos y en sus pinturas, y en sus esculturas, y ha creado en sus obras los estudios corpóreos más obsesivos haciéndose eco de la gran necesidad de este tiempo nuestro de hoy, que es entender la realidad desde la mente, aprehenderla a través del estudio de lo único visible del ser humano, el cuerpo, diseccionarla tal como hacen los nuevos médicos en las facultades, intentar cambiarla, tal como se sabe que cambia el cuerpo con la edad... ¡Messer Maquiavelo, el artista Buonarroti vive todavía atrapado en dos ideas cuya lucha no puede solventar!

-¿Y no creéis que crear belleza es la máxima aspiración suya como artista?

-Él se sabe feo y necesita crear belleza para salvarse de esa fealdad que lo asusta y lo malhumora.

-Ya se habla del divino Michelangelo... -se aventuró a decir Maquiavelo.

-¡Y del genial Da Vinci! -exclamó su anfitrión-. ¿Y qué? Esos títulos son sólo expresiones. Ahora bien, expresiones, en efecto, de la concepción que cada cual tiene. Yo, Messer Machiavelli, creo en la mente, en la razón, en el genio, en la pasión como caudal guiado por la inteligencia, y disfruto de lo que veo, pues me proyecta a mí como un espejo en el que puedo mirarme, y entonces sonrío, por complacencia, porque no necesito de aquello que he creado. En cambio, Buonarroti necesita sus obras.

-¿En qué sentido?

-Sólo acepta que sean sus obras las que le devuelvan la imagen de lo que él no puede ser. Mientras sólo quiere entender al hombre como corazón y espíritu, cosas que él no teme y que son intangibles, desprecia la mente y el cuerpo en sí mismo y sólo se permite plasmarlos en sus pinturas y en sus esculturas.

Maquiavelo no podía argumentar en contra de las ideas que él mismo tenía tan claras. Había criticado la excesiva complacencia de la intelectualidad florentina de la primera mitad del Quattrocento en la filosofía neoplatónica, que aunque había dado frutos excelsos, habla caído en su mayor parte presa de ese cristianismo fanatizado justificado por el hermanamiento con Platón. Tal como había descrito en alguna ocasión, la nueva filosofía, emergida como interpretación del Platón griego por los maestros de cincuenta años atrás, respondía en realidad al deseo de satisfacer las ansias de ver unido el orden religioso y moral de las buenas costumbres permitidas por los pontífices eclesiásticos, con el pensamiento pagano anterior al cristianismo, símbolo de placer y de encuentro con la vida que había seducido la estética de los nuevos buscadores de la belleza, y someter así su tentación de libertad.

Como si el maestro Leonardo hubiese escuchado los pensamientos de Niccoló, que como en una ráfaga habían cruzado su mente, siguió él mismo con lo que su pensamiento estaba a punto de decirle:

-Aristóteles introduce en nuestra comprensión los elementos del nuevo hombre: la razón, la potencia del hombre a través de la mente, la crítica, el cálculo, la no complacencia con la estética fácil y, en cambio, sí el riesgo, sí la aventura del desafío, sí la burla, seguramente, de que toda esta vida es una farsa... Pero, al fin, ¿a quién le importa?

Maquiavelo suspiró, asintiendo con su cabeza, con la misma sonrisa que el maestro Leonardo.

-Vos y yo somos iguales, Messer secretario... Sabemos que el verdadero mundo es el hombre, y nos servimos de la mente para una observación más allá de lo humano.

Aunque sentía que realmente carecía de relevancia, Maquiavelo le observó:

-No vais a continuar con el proyecto del mural de Soderini, ¿no es así?

-*Chi lo sá...?* -respondió el artista, ampliando su sonrisa-. ¿Al fin, a quién le importa? -repitió, como si canturreara-. Buonarroti no se puede perdonar a sí mismo y necesita la aclamación de otros para seguir intentando hacerse perdonar; pues bien, ahora tiene su oportunidad: el papa Julio II della Rovere lo ha llamado a Roma..., ¡inigualable ocasión! -rió irónicamente Da Vinci-. Tengo noticia de que ya ha dado contestación y que partirá de inmediato. En cuanto a mí, Messer Machiavelli, tengo otra cosa más importante entre manos y que excita mi ingenio mucho más, la cual necesito comentar con vos.

Antes de entrar en materia, le hizo acceder a un pequeño pabellón dispuesto en el jardín, cuya idea parecía sacada de un sueño, pues estaba construido en cristal sobre un estanque artificial, viéndose a través del suelo transparente el fondo mismo de las aguas atravesadas por multitud de peces, y las columnas sujetando el templete, que se sumergían entre las algas y los nenúfares del fondo. La orientación de la luz estaba realizada calculando el movimiento del sol, de manera que ya a mediodía caía perpendicularmente sobre las ramas de magnolios bellísimos y sauces gigantes que descansaban

sobre el techo acristalado, procurando sombra encantadora a la estancia mientras unos destellos, más de magia que de los rayos del sol, cruzaban chispeando de un lado para otro, descomponiéndose en todos los matices del arco iris por el efecto de algunas gotas de agua que, envidiosas por querer mirar en el interior del pabellón, se salpicaban ellas mismas contra el aire. Maquiavelo pensó, sin darse cuenta, en Lucrezia Ricciardi; la belleza siempre le conducía hacia ella. Lucrezia, la personificación de Florencia (tal como le decía), y ella se regocijaba sabiéndose amada, entonces sí, por Niccoló, pues el secretario no podía amar otra cosa ni a otra persona que no fuera Florencia, tal como había comprendido ya. Pasada la ráfaga en torno a la Riccia, su pensamiento volvió al instante, pero su leve huida le permitió caer en la cuenta de otra cosa: Leonardo da Vinci no había dispersado su genio en amoríos improductivos, sólo útiles para el momento inmediato de un beso o un anhelo. Maquiavelo, en cambio, era capaz de abandonar cualquier proyecto sobre una idea por la mera posibilidad de ver pasar a una muchacha hermosa si salía en ese momento a la calle, entregándose a escribirle algún que otro verso, por el mero placer de ver brotar las palabras. No. Da Vinci había concentrado todo su deseo y todo su potencial en inventar formas para el disfrute de los sentidos de la mente, como él llamaba a la inteligencia, y no en desgastarlo con formas de sufrimiento, como podía ser sentirse abandonado por el amor y la pasión.

Lo invitó a sentarse en una mesa preparada. Con una seña, Da Vinci hizo que los servidores les acercaran los platos preparados según los refinamientos que él prefería, seleccionados de las diferentes cortes que conocía. Naranjas mondadas, doradas y en confitura, jabalí asado troceado, pastas con azafrán, vino rojo toscano y agua de rosas para el lavamanos.

-Hubiera elegido unos pasajes de la historia de Susana y los viejos para que un lector amenizara el rato de la comida -se disculpó Messer Leonardo ante su invitado-, pero entonces no habiéramos podido aprovechar este encuentro para hablar, y yo quiero que hablemos.

Da Vinci recordó al secretario florentino que conocía los esfuerzos que Florencia seguía invirtiendo por recuperar Pisa, y que compartía con él la idea de que un asedio desde el río podría ser factible; que, en efecto, bloquear sus aguas, tal como Maquiavelo había propuesto, sería eficaz, pero no suficiente: el verdadero éxito se conseguiría si se desviaba el cauce del río Arno. Leonardo da Vinci ya había estudiado un plan para la canalización del río Adda, al norte de Milán, aunque no se había llevado a cabo todavía, que le había permitido comprender mejor las posibilidades que ahora se presentaban con el Arno.

-Los mismos diez años que lleváis vos, Messer secretario -le explicó el artista-, planeando una estrategia militar contra Pisa, que la aislaría de víveres y comunicaciones externas hasta que se rindiera a Florencia, son los que yo llevo invertidos en el estudio del plan de modificación del cauce del Arno. ¡Quiero demostrar que el río Arno puede volver a ser navegable, igual que en tiempos de los primeros romanos! Ello y su nuevo rumbo, desviando su curso por el norte hacia Pistoia, dotaría a Florencia de un puerto con salida al mar, e irrigaría todo el valle en torno a la ciudad.

-En efecto, pues, conocéis mi clara idea de que para vencer a Pisa es primordial privarle de las aguas del Arno, pero igual sabéis que La Signoría lleva esos mismos diez años deliberando sobre su conveniencia -contestó sencillamente Maquiavelo.

-Mi idea va más allá, Messer secretario, pero mi intención es unir los dos intereses y defender juntos el plan.

No en vano, el maestro Leonardo se dirigía a Nicolás Maquiavelo para proponerle un proyecto común, pues ya habían trabajado juntos en la corte de César Borgia y Da Vinci conocía sobradamente la capacidad dialéctica del secretario y su discreción. Aunque en un principio el artista había rechazado una oferta del duque Valentino para trabajar con él como ingeniero y asesor, luego había aceptado ser comisionado por Florencia, con el encargo secreto de espiar sus movimientos para poderse adelantar a ellos, misión que había comprendido Nicolás Maquiavelo en los acontecimientos posteriores. No iban a hablar de aquello, pues ambos habían colaborado en un enorme secreto que libraba a Florencia de un terrible enemigo, pero ese mismo silencio compartido sobre tan espinoso tema les daba la medida de todo lo que todavía podían callar.

Da Vinci contaba cuarenta años cuando Cristóbal Colón encontró un mundo nuevo; el astrónomo Paolo del Pozzo Toscanelli, cuyo mapa indicando la alternativa de una ruta occidental a la India había guiado aquel primer viaje del aventurero financiado por la corte española, era amigo suyo, y él mismo había trabajado un mapa de la tierra con la forma de una bola, explicando así algunas teorías sobre los océanos. Leonardo da Vinci proyectaba embarcarse en alguna de esas naves que habían proliferado desde que el florentino Américo Vespucci realizase su primera propia expedición, proclamando la existencia de un nuevo continente, lo que Colón no había llegado a comprender. Las perspectivas de fortuna que se abrían para los comerciantes eran inmensas, exploradas ya y aseguradas las rutas de comercio con Oriente; las leyendas sobre el oro de las nuevas tierras allende los mares y las cosas inimaginables excitaban en unos la ambición de poder y en otros, como Messer Leonardo, la ambición de más saber. Da Vinci no había parado de especular que las expediciones pudieran zarpar de la propia Florencia, en vez de hacerlo desde los puertos españoles o portugueses. Vespucci le había entregado un libro de geometría y Benedetto Aritmético le había enseñado sus secretos en ingeniería y mecánica, todo lo cual, aunque ya había ensayado en sus trabajos como arquitecto y maestro constructor, esperaba pacientemente en la base de sus investigaciones para construir un puerto en la misma Florencia, con salida directa al mar, haciendo navegable el Arno.

-Después de dos derrotas sucesivas, Messer Leonardo -le contestó Maquiavelo-, os aseguro que La Signoría busca desesperadamente un plan que consiga doblegar a Pisa, y que vuestra idea se verá respaldada por mí y por la propia milicia popular, en cuya formación ya sabéis que trabajo con ahínco, pues me parece que ambos proyectos son complementarios y tienen como objeto un esplendor todavía no conocido por Florencia. Presentaré vuestros planos y mis justificaciones, y estructuraré un método con fechas y con nombres de ingenieros que vos propongáis, para dirigirlos en su ejecución.

En ello se aplicaría el secretario con tesón incansable, consiguiendo demostrar finalmente al gobierno de la República que la estrategia científico-militar que proponía era la alternativa para conquistar Pisa. En efecto, La Signoría aprobó el plan de Da Vinci y dio por último conformidad a la dotación presupuestaria que Maquiavelo llevaba meses pidiendo para abastecer a sus milicianos reclutados de uniformes militares, distintivos y material castrense, como carros, morteros y otros enseres. Ello suponía hacer oficial por fin su

encomiable labor de creación del ejército popular, trabajo que había ejercido privadamente, como si fuera algo suyo, con el único consentimiento de Soderini y la pertinaz despreocupación del resto de los miembros del Consejo de los Diez que, simplemente, miraban hacia otro lado. Sin embargo, de la noche a la mañana y exaltados los ánimos con la nueva perspectiva de acabar con el problema de Pisa (mejorando grandemente los objetivos iniciales), el propio Consejo de los Diez abanderó el proyecto de la milicia ciudadana, convencido por los sucesivos discursos de Maquiavelo, y autorizó la publicación de diversos bandos de reclutamiento. Sus propios miembros utilizaban los argumentos del secretario en las arengas a los ciudadanos para el alistamiento de voluntarios. Se institucionalizaría así la milicia florentina, creándose una nueva magistratura, la Ordenanza de los Nueve Oficiales, a cargo del ejército, que dirigiría el secretario Maquiavelo como canciller. Sin embargo, a pesar de la euforia con que Florencia recibió el primer desfile de su ejército ciudadano, los aristócratas y miembros del partido de los Grandes seguían oponiéndose y conspiraban incansablemente contra la decisión de La Signoría. Ganaban, además, terreno en las instituciones y habían alcanzado nuevos puestos en La Signoría. Maquiavelo, sin embargo, incansable en su afán de inculcar a todo el gobierno la conveniencia de unir sus fuerzas por el bien de Florencia, aceptaba los envites de sus adversarios, protagonizando debates encendidos que traspasaban los propios muros de La Signoría.

-Es natural en política la diversidad de opiniones -explicaba ardientemente el secretario-, puesto que el propio ser humano es diverso, y muchas veces inestable y siempre cambiante. Pero por eso mismo la política es tan relevante, pues ha de ser el modo de estructurar esas relaciones conflictivas entre las diferencias, para que la sociedad logre avanzar. Siempre ha de existir por encima de los partidos políticos una misma idea de bien común, un proyecto de bien social a favor del Estado, y por ello no deberíamos permitir que la diversidad de opinión entre las fuerzas políticas sea un impedimento para lograr el bien del pueblo. ¡Colaboremos desde los partidos políticos para el bien de Florencia!

Cesare Sadoletto, comisario de Julio Médicis y miembro destacado del partido aristócrata, había conseguido entrar en el Consejo de los Ochenta. Su intención era claramente desestabilizadora y había emprendido una durísima campaña de desacreditación del confaloniero Soderini, ridiculizando su actitud conciliadora, llamándolo incompetente, blando, iluso, y criticándolo públicamente con otros epítetos despectivos. Sadoletto era peligroso, pues sabía imponer su poder sobre los comerciantes, intermediarios y ciudadanos a los que exigía cuentas, y complementaba su estrategia con Alamanno Salviati, uno de los más altos dignatarios del partido de los Grandes, que pertenecía al Consejo de los Diez, y que sistemáticamente polemizaba contra Nicolás Maquiavelo indisponiendo en su contra a alguno de los otros miembros. Las sesiones de los Diez acababan habitualmente con enfrentamientos durísimos, en los que Salviati reprochaba al gobierno de La Signoría favorecer especialmente a Maquiavelo por ser amigo del confaloniero, y alzaba grandes voces asegurando que Florencia estaba en manos de un iluso y un muerto de hambre. Se negaba en redondo a que el secretario adquiriera todavía mayor poder con el mando de la milicia ciudadana.

-¡Falso y fingido defensor de los intereses de Florencia! -arengaba ácidamente contra Maquiavelo-; ¡el secretario Machiavelli sólo sueña con el poder que no le corresponde porque no tiene el derecho que le otorgaría un apellido!, ¡sólo es una burla del destino el que pueda compartir un sitio en este Consejo con los que verdaderamente ostentamos tal potestad!

-¡Sus discursos son una provocación para nuestros aliados, sólo conseguirá que desde Roma sospechen de este gobierno, y pronto ocurrirá que los primos Médicis arremeterán contra Florencia entrando con sus propios ejércitos y los del Papa! -añadió algún otro miembro exaltado contra el secretario.

Entre los defensores de Maquiavelo se alzaron voces denunciando la verdad, a saber, que Salviati y otros próceres de familias nobles sólo ansiaban repartirse el poder de los Médicis exiliados, descubriendo así sus verdaderas intenciones:

-¡Por eso arremetéis contra Machiavelli, uno de los pocos que no representan intereses familiares, puesto que ni tiene fortuna ni tiene negocios que potenciar con los privilegios de ostentar un cargo; en cambio, vosotros apoyasteis el exilio de los Médicis sólo para tener el campo libre para vuestras propias maquinaciones y para ampliar vuestros provechos!

Pero esas voces habían ido callando poco a poco, misteriosamente. El secretario iba quedándose solo, con su fe sustentada en la verdadera Florencia, ese pueblo que, como él, creía en el sueño de un gobierno que se uniera en su favor y contara con sus esperanzas, un pueblo que, como él, amaba la vida y quería vivirla saliendo victorioso cada día de la propia miseria de su mortalidad. Asumiendo la endémica división social de Florencia, la única solución para avanzar era ponerse de acuerdo, en opinión de Maquiavelo, cosa que no había ocurrido en momentos anteriores de la historia de Florencia, pues siempre los partidos que ostentaron el poder habían excluido del mismo a sus oponentes y adversarios, ignorándolos a ellos y al propio crecimiento de la ciudad, y así sólo se conseguía que tarde o temprano los adversarios consiguieran derrocarlos y establecer su propio sistema de gobierno, repitiendo nuevamente los mismos esquemas de atender exclusivamente a sus propios intereses:

-Aprendamos de nuestra historia -recomendaba Nicolás Maquiavelo hasta ahogarse en su propia pasión-, aprendamos de errores pasados, ¡Florencia no tiene otro remedio que sentarse a hablar, aceptar sus diferencias y encontrar la forma de que caminen juntas! ¡Florencia debe afrontar la mayoría de edad que es hacerse cargo de su propio destino, que ella misma sea arbitrate de sus diversidades, que crezca gracias a ellas!

A pesar de sus arengas, Maquiavelo no podía tampoco negarse a la verdad que observaba: que poco a poco las posturas enfrentadas se radicalizaban, sobre todo en la ambición particular de aprovechar cuanto antes las oportunidades que pudieran surgir de una situación que se descomponía irremediabilmente.

El maestro Da Vinci había proyectado la fortaleza que se había construido en torno a Pisa, preparando ese asedio que el gobierno de Florencia había entendido como única posibilidad de vencer sobre aquélla, y fue comisionado junto con Maquiavelo para viajar de nuevo a la ciudad, misión que Niccoló apreció como una buena forma de quitarse de la vista de sus

enrabiados enemigos. Leonardo da Vinci firmaba sus documentos como «*maestro di acque*» y aprobó la contratación de un ingeniero hidráulico llamado Colombino, que al mando de dos mil obreros emprendió rápidamente el proyecto. Pero Maquiavelo no tardó en constatar que Colombino no estaba cumpliendo al pie de la letra las ordenanzas de su amigo Da Vinci, y ordenó detener las obras hasta que el maestro pudiera acudir a supervisarlas personalmente.

Dentro de la ejecución del plan, Da Vinci había diseñado diversas máquinas para remover la tierra, cavar zanjas o acequias y transportar materiales que harían más rápido el trabajo de los hombres, pero Colombino las había despreciado, porque, o no las había comprendido, o no pensó con seriedad en la utilidad de semejantes máquinas, conociendo la extravagancia de su creador. Lo cierto es que Colombino no estaba siguiendo las instrucciones recibidas y, además, había errado los cálculos que él por su cuenta se empeñó en efectuar.

Leonardo da Vinci acudió al encuentro con el secretario acompañado de un lienzo enrollado, protegido ligeramente por una tosca tela, que llevaba bajo el brazo.

-Aquí traigo la representación de cómo habría de quedar la obra -le explicó a Maquiavelo, cuando fue interpelado.

Messer Da Vinci desenrolló el lienzo. Se trataba del boceto de un retrato de mujer en el que el maestro llevaba trabajando un tiempo, y del que, al parecer, no se había desprendido en ninguno de sus más recientes viajes. Ese rostro era como un poema de Petrarca, sintió Nicolás Maquiavelo; su sonrisa, como el viaje descrito por Dante en su *Cercio primo*; la expresión lograda de sus ojos era una historia completa del amor sublime de Giovanni Boccaccio en su *Teseide*. Pero las palabras huían ante su contemplación, abrumadas por emociones indescriptibles.

Da Vinci interrumpió la intimidad que había atrapado a Maquiavelo en una extrañeza recóndita. Antes de que pudiese preguntar por su nombre, el artista le hizo comprender:

-No la miréis a ella, Messer secretario, pues aquí os vengo a mostrar otra cosa, y es ni más ni menos la visión de nuestra obra, tal como debería quedar, si los planos que entregué a Colombino hubieran sido seguidos. Observad el paisaje descrito detrás de ella. No os extrañéis de lo que estáis viendo, y pensad que lo veis como lo vería un pájaro, desde muy alto, mirad, ésta es la fortaleza en torno a Pisa que terminé hace un tiempo, éste es el nuevo rumbo del río Arno, y éstas son las montañas entre las que ahora tendría que discurrir el río...

Según dichos planos, para realizar el necesario canal del desvío se tenía que levantar primero un dique provisional que contuviera las aguas, y detrás de él, una zanja más honda que el propio río Arno, para que el agua, una vez liberada, se trasladase naturalmente por el nuevo cauce. La zanja que se había realizado bajo la supervisión de Colombino era menos profunda que el río, pero el ingeniero no consintió en reconocer su error. Una discusión violentísima enfrentó irremediablemente a Colombino con los hacedores del proyecto, a quienes acusaba de conspiradores, de alucinados, de estúpidos.

Piero Soderini y Biagio Buonaccorsi, comisionado por la Cancillería florentina para acompañar a su jefe el confaloniero, habían acudido también al

campamento desde donde se revisaban las obras. El gobierno estaba inquieto por los informes que llegaban.

-Sin duda está pasando algo -le confesó Biagio Buonaccorsi al secretario Maquiavelo-. Se ha extendido por la ciudad que el proyecto va a fracasar, y que vos estáis conspirando en contra de la República, porque no queréis en verdad recuperar la ciudad de Pisa.

-Pero ¿cómo es posible? -se escandalizó Maquiavelo.

-Los ánimos están muy exaltados, amigo Niccoló. Alamanno Salviati arenga a los ciudadanos echándoos barro encima. A toda costa, no quiere que la ciudad os vea como su jefe militar, no se fía de vos y ha emprendido una campaña concienzuda de desprestigio hacia vuestra persona, llamándoos pobretón, innoble y otras estupideces.

-Salviati tiene apellido y es noble; bien, ¿y qué? -se rebeló Maquiavelo-. Yo tengo inteligencia y amor por mi patria. Soy pobre y nací de apellido pobre, pero decente; nuestra ciudad ya está preparada para apreciar a las personas en función de los logros que le entregan, y os aseguro, Biagio, que Alamanno Salviati no tiene nada que ofrecer a Florencia.

-¡No tenéis que convencerme a mí! -contestó el bueno de Biagio-, pero por eso mismo, él sí que tiene mucho que ganar si la ciudad se vuelve contra vos, amigo mío, porque entonces podrá forzar a que su partido tome de nuevo las riendas.

-Sí, sí, está claro, y os juro que cuando vuelva a Florencia he de ocuparme de poner en su sitio a ese Salviati, iré prevenido... Pero ahora es preciso recomponer la situación aquí. No me fío de ese ingeniero Colombino.

-Yo tampoco -respondió Biagio, bajando la voz-. Hay un rumor, secretario, que debéis conocer...

-¿Cuál?

-Se dice en Florencia que Colombino aceptó soborno del comisario Sadoleto.

-¿Qué? -gritó Maquiavelo.

-¡Cuidado, por favor, Niccoló, guardad las formas, sería peligroso que alguien nos oyera! -advirtió Buonaccorsi atemorizado-. Cesare Sadoleto obedece órdenes, y maneja una fortuna extraordinaria..., maquina contra Soderini, parece como si fuera un trabajo, una misión ..., y en las sesiones del Consejo todo su papel consiste en criticar y denostar las acciones de Soderini para lograr que el gobierno apruebe sanciones en su contra y que el pueblo quiera echarlo...

-Pero ¿cómo habéis conocido que ha sobornado a Colombino?

-Por uno de los oficiales del ingeniero, que conocía muy bien el plan del maestro Da Vinci. Al parecer, el propio Colombino le ofreció una gran cantidad de ducados por consentir en obedecerle y callar que iba a cambiar las órdenes. «No os preocupéis, le dijo, Messer Sadoleto os llenará de ducados cada palada que dejéis de cavar en la zanja.»

Maquiavelo no llegó a tiempo. Colombino fingió que quería demostrar al confaloniero que sus cálculos estaban bien hechos y ordenó una prueba que dejaría tranquilo a Soderini. Messer Da Vinci, oportunamente, habla recibido una carta que le obligaba a regresar a Florencia momentáneamente; Maquiavelo se precipitó a una veloz carrera para llegar cuanto antes al puente, donde Soderini se preparaba para contemplar la ejecución del cauce nuevo. Gritó que se parase la orden, pero era ya imposible. El tope puesto al río

verdadero ya estaba concluido y la orden de abrir la compuerta del dique para soltar las aguas ya se habla iniciado. Tras un primer intento de que el caudal se ajustase al nuevo lecho, se produjo un inmenso desbordamiento y el agua no tardó en regresar a su cauce verdadero.

Colombino aparentó estar desolado, se golpeaba el pecho llorando hipócritamente mientras Piero Soderini, descompuesto, miraba a Maquiavelo, que vociferaba contra el ingeniero, llamándolo traidor, embustero, vendido... Como si el propio cielo hubiera cedido también a alguna promesa del pérfido Sadoletto, esa misma noche estalló una terrible tormenta que terminó de destrozar las obras. Aun así, Colombino juró que retomaría los trabajos, que había comprendido su error, que pedía perdón por haberse equivocado en el cálculo. Maquiavelo exigió detener las obras para acudir a Florencia y acusar formalmente al ingeniero de conspiración. Piero Soderini accedió. Pero, mientras tanto, alguien había avisado a la ciudad de Pisa; cuando sus ciudadanos estuvieron seguros de que sólo quedaban los guardias a cargo de la vigilancia de las obras, salieron de la ciudad, como si de una batalla en campo abierto se tratase, y destruyeron los diques, quemaron las tiendas, se llevaron la maquinaria, mataron a los guardias y rellenaron las zanjas, preparándose para entrar en contienda cuando fuera que los florentinos pudieran reaccionar, enviándoles, o bien obreros, o bien soldados.

Nicolás Maquiavelo estaba desconsolado; el desastre del intento había costado dinero y esperanzas, pero aún habla sido más terrible encontrarse a su vuelta a Florencia con el gobierno de La Signoría dividido, dubitante y debilitado. No pudo prosperar la denuncia contra Colombino, pues el ingeniero había aparecido muerto en su lecho en la primera noche de su llegada a Florencia, antes de que pudiera comparecer ante su República requerido por el secretario para rendir cuentas de su traición. Yacía a su lado la mujer que lo acompañaba, también cadáver. Esta vez, Piero Soderini no siguió a su amigo Maquiavelo en su solicitud para indagar sobre tales asesinatos, lo que hubiera llevado a nuevos problemas, según le explicó el confaloniero. Empezaba Soderini a desfallecer, quizá, o podría ser parte de su eterna estrategia de avenencia, de consentimiento, de mirar, cada vez más, hacia otro lado; Maquiavelo no lo supo con seguridad.

La guerra contra Pisa seguía inconclusa. El secretario no renunciaría a la conquista de esa ciudad impertinente, pero tanto él como su amigo Da Vinci debían renunciar al sueño de la salida al mar de Florencia.

-Messer Leonardo, sólo queda de ese afán vuestro lienzo... -le dijo a Da Vinci, refiriéndose al fondo que había pintado para el retrato que él conocía.

Da Vinci sonrió, con esa sabiduría que a veces se dibujaba en su rostro como si fuera amargura, y tardó unos instantes en contestar.

-El sueño no era imposible, amigo Niccoló, eso es lo que cuenta ...

-¿Ya habéis terminado el retrato? -preguntó Maquiavelo, saliendo del pabellón acristalado cuando la luz de la luna sobre el río despedía destellos como estrellas que invadiesen su interior.

-¿Puede terminarse alguna vez de pintar la propia alma, si la habéis visto en un espejo? -contestó.

Su esposa Marietta se hallaba encinta de su tercer embarazo. No iría a su casa; ella tenía lo que necesitaba de él, y él no podía enfrentarse a un nuevo reproche, aunque fuera la forma que ella tenía de intentar protegerlo.

El pecho de Nicolás Maquiavelo, atravesado por una terrible tristeza y una inquietante desesperanza, demandaba ver a sus amigos, respirar un hálito de renovada certeza de que su empeño no era vano. Se encaminó a la residencia Guiciardi, donde Antonio, Tommaso del Bene, Giuliano Brancacci, Filippo Casavecchia, Biagio Buonaccorsi, quizá también Donato del Corno, lo esperarían, como en otras ocasiones.

No sólo estaban ellos. Otros intelectuales del momento se habían dado cita en una de las veladas cultas que la familia Guiciardi acostumbraba a ofrecer en su palacio, sito en el entorno del Ponte de Santa Trinitá. La primavera era especialmente hermosa en Florencia, pensó Niccoló, y otorgaba a sus noches un misterio indescriptible, hecho añicos de pronto al llegar al palacio de sus nobles amigos: laudistas que imitaban a los efebos de los palacios griegos besándose entre las estatuas del jardín, recitantes chillones de Catulo y Ovidio confundiendo estrofas miserablemente, cortesanas que disimulaban su cansancio bajo afeites imitando a las hetairas de Safo, magnates desocupados que castigaban con la cárcel a sus empleados por la pérdida de un miserable florín de los antiguos, dilapidando monedas de oro en las copas de vino que les tendían los jóvenes servidores medio desnudos, componían un espectáculo absurdo que repelió a Maquiavelo.

-¡Niccoló! -oyó la voz de Antonio cuando ya había dado media vuelta para marcharse-. ¡Te esperábamos, bienvenido!

-Pero yo no tendría que estar aquí...

-¡Es Atenas! -insistió uno de sus amigos, llegado hasta él, extendiendo sus brazos para que Maquiavelo comprobara su atuendo, una túnica de seda del color del vino blanco.

-¡Esto es Atenas! -repitió otro de los amigos, mostrando su embriaguez.

-¡Hemos reconstruido Atenas para ti, secretario!

-Pero estamos construyendo Florencia -contestó Niccoló, decepcionado hasta el límite de que su corazón se ahogaba en la garganta.

No era aquello lo que Maquiavelo buscaba, ni lo que Florencia necesitaba. Junto a esas nuevas clases de comerciantes adinerados que se habían hecho un lugar en la política de las ciudades transformando las costumbres y las relaciones sociales, otros grupos crecían a su abrigo pervirtiendo el arte y el pensamiento, esos falsos intelectuales, parásitos del verdadero conocimiento, que podían trastocar la esencia para convertirla en una farsa, como la que estaba contemplando. Muchos de sus amigos, forjadores con él de un sueño, habían sucumbido a la fácil falsedad de confortar sus conciencias renunciando a seguir luchando por la verdad, acomodados en sus nuevos privilegios, justificándose con devaneos intelectuales que habían abandonado sus principios.

Maquiavelo se marchó de la fiesta, ante las protestas de muchos artistas, ilustrados y estudiosos amigos suyos y nuevos prohombres de Florencia que no entendieron los escrúpulos del secretario, tan dispuesto a gozar de la vida, tan dispuesto habitualmente a teorizar sobre el poder revolucionario del placer.

CAPÍTULO 7

No es táctica que deba prodigarse esa de acusar al rival si no se tienen pruebas bastantes, Biagio; no es bueno para nadie.

El Papa Julio della Rovere, como era habitualmente nombrado sin poder desprender su representación papal de su propio apellido mundano, había llamado a Michelangelo Buonarroti para hacer dos encargos, uno de ellos su tumba, planeada desde un primer momento como la más magnífica y grandiosa de toda la cristiandad. Pensada para ser emplazada en la nueva basílica de San Pedro que se empezaría a construir, Buonarroti había mostrado al Santo Padre su proyecto en un rollo que Julio II había examinado con fruición. Su monumento fúnebre tenía que ser el recuerdo indeleble de su paso por el trono pontifical, un mausoleo al modo de los emperadores de la antigüedad que incluía la talla de más de cuarenta figuras, presididas por un descomunal Moisés. El proyecto era extremadamente caro, pero Julio II tenía el apoyo de los aristócratas de Florencia; el propio Alamanno Salviati entregó a Michelangelo Buonarroti la suma inicial de mil ducados para que pudiera comprar en las canteras de Carrara el mármol que le hacía falta.

Mientras tanto, decidido a afianzar y extender la autoridad de Roma Julio II había encabezado las huestes militares del ejército pontificio, que habían anexionado Parma y Piacenza, y retomaba así la herencia que había dejado César Borgia, incluida la idea de un potente Estado centro-italiano, sólo que con el poder convergido en el trono pontificio de Roma. Así pues, el cardenal Soderini había tenido razón cuando, en las jornadas de espera a que el Papa recibiera al secretario florentino, le había desvelado la comedia que estaba representando con su afabilidad hacia los representantes de Venecia; Julio della Rovere no sólo no tenía ningún interés en que Venecia recuperara los territorios de la Romaña, sino que decididamente quería también conquistarla o destruirla. Ya siendo cardenal, había atizado los ánimos franceses contra Venecia, a cuya República consideraba una amenaza constante, y, elegido Papa, no había tardado en volver a diseñar un plan que le procurase la alianza de Estados suficientes para marchar contra ella. Ahora tenía puesto el ojo sobre Perugia y Bolonia, a las que quería recuperar para su Estado papal.

Julio II no parecía encontrar sosiego sino en el campo de batalla; exhibía una diferencia con los otros papas, como bandera, que justificaba su sed de sangre: a él no podía achacársele ninguna sensualidad viciosa, ningún escándalo, ningún pretexto de corrupción a favor de hijos bastardos o amantes ilícitos; a él sólo le animaba el obsesivo empeño de poder a costa de guerra.

De nuevo en su amada Florencia y a punto de nacer su tercer hijo, Maquiavelo quería permanecer algún tiempo en su ciudad y había alegado ante La Signoría que necesitaba tiempo para terminar de consolidar la estructura de la milicia de Florencia, pero el gobierno de su República no cedió a su petición, pues era urgente el encargo. Tenía que asistir a una nueva delegación en Roma, ante el Papa. Julio della Rovere pretendía que Florencia le cediese su ejército de mercenarios para continuar sus campañas de expansión territorial bajo el poder del pontificado de Roma. El Papa estaba decidido a declararle la guerra a Venecia, su proverbial obsesión de antaño, sin importarle que fuese también territorio italiano. El hecho de contar con el ejército de Florencia ya podría ser considerado como una sumisión de facto de la República florentina a

su Estado papal, cosa que Julio II sabía muy bien y por eso la ponía en el aprieto de decidirse, al tiempo que la dejaba indefensa ante la reacción enemiga, que así tendría un campo de batalla donde arremeter lejos de Roma.

-Sólo deseo librar de los tiranos a nuestra Iglesia, con la ayuda del rey de Francia... y de los florentinos -había dicho, solemne, ante el Consistorio, exhibiendo el mayor de los cinismos.

Florenia no podía prescindir de la única defensa que tenía mientras se concluía la organización de su milicia, pero tampoco le convenía airar al papa guerrero, pues sin duda que lo consideraba capaz de aliarse con Venecia, aunque fuese su peor enemigo, sólo para infligir a Florenia el castigo que hubiera creído merecido.

Maquiavelo había acudido a ver a su amante la Riccia, para despedirse, pues no sabía cuánto tiempo le retendría su nueva misión en Roma. Lucrezia Ricciardi estaba muy bella; él la miraba, deseando olvidarse de todo lo que no fuera ella. Ya hacía calor en Florenia y la noche se recibía con deseo.

-Te miro, señora mía, y veo la belleza que ha otorgado tanta fama a Florenia entre las ciudades del resto del mundo.

Lucrezia se hizo eco de su mirada de enamorado:

-Sólo miras lo que quieres mirar, Niccoló querido, y sólo ves en mí lo que de ti mismo brota... -le contestó Lucrezia, sin abandonar su gesto prometedor.

-Me gustaría dedicarme a escribirte versos por siempre, *signora* -dijo Niccoló entonces, abandonándose a su embelesamiento-. Querría poder estar tan cerca de ti que no tuviesen secretos para mí ninguno de los pliegues de tu piel y de tu alma.

-¡Cuidado! -exclamó la hermosa con gracia-. No debes pedir lo que podría volverse contra ti... Eres un poeta, querido mío, desde luego, pero, sobre todo, eres un escrutador de mentes, un estudioso de la anatomía invisible de los seres, y no podrías traicionar tu íntima condición..

-¿Cómo podría traicionarme aquello que deseo tanto?

-Consiguiéndolo, Niccoló. Si un día descubrieses todos los secretos que guardo, necesitarlas buscarlos en otro sitio.

-¿Qué te hace asegurarlo?

-De la misma manera que ahora cuentan los cirujanos todos los descubrimientos que hallan en los cadáveres y se afanan en abrir los cuerpos para verlos por dentro, e igual que los artistas se obsesionan con los cuerpos por fuera y analizan el mínimo pliegue de la piel sobre los músculos como si el ojo pudiera ser una mano que recorre tocando la escultura, tú, Niccoló, estás concentrado en el mismo estudio del ser humano, pero en aquello que no puede tocarse ni verse, pero que existe, la mente, el pensamiento, la emoción, el carácter..., ¿no lo ves, amor mío? Hablas de Plutarco y de Herodoto, de Tito Livio y de Tíbulo, como los escultores hablan de las estatuas que se encuentran en las ruinas de Roma, pensando que puedes engañar al mundo diciendo que estás recuperando su ciencia y su forma de hacer, pero no es cierto, Niccoló; deseas superarlos, los has ya trascendido, no estás sólo haciendo renacer sus principios y sus teorías, sino que los estás reinventando como si fuera una victoria, porque ya has inaugurado una nueva era. Yo no quiero que me estudies, Niccoló, porque entonces te perderé.

El poeta Machiavelli sonrió, admirando con una reverencia cortés el análisis tan atento de su amante la Riccia.

-Tu inteligencia es más seductora todavía que tu boca.

-¿La seducción es poder?

Niccoló pensó unos segundos sin dejar de mirarla. Esa misma pregunta se la hacía siempre que tenía que entrevistarse con los mandatarios con los que su República debía jugar sus piezas en el gran y complejo tablero de ajedrez que era la política de ese momento.

-Yo creo que sí -le contestó-, la seducción es poderosa, porque acerca, convence, tranquiliza, traduce lo que uno está diciendo en lo que el otro quiere escuchar...

-¿Es ése mi poder, entonces? -preguntó, con un beso preludeo del ritual amoroso.

-Sí que eres muy poderosa, pero por algo más todavía: tú penetras más allá de las apariencias y no te da miedo demostrarlo...

-Eso es cierto, querido Niccoló, pero también es cierto que yo no puedo dar miedo a los que hacen daño; por lo tanto, no tengo verdadero poder, y, en cambio, tú sí.

-¿Qué quieres decir?

-Tú mismo dices que el verdadero poder es el miedo, y tú no te estás dando cuenta, pero tu inteligencia atemoriza a los políticos. Tu estudio de las personas les hace sentirse vulnerables y desnudos ante ti.

-Es necesario que estudie los caracteres para poder aconsejar a nuestra República el modo de conducirse para conseguir sus objetivos...

-Tú conoces el pensamiento humano y sólo yo sé que eres sencillo de alma y de espíritu, y que tu sola intención es ayudar a Florencia -insistió la Riccia-, pero tu inteligencia te está poniendo en contra a envidiosos e hipócritas. Ten cuidado, por favor...

Claro que tendría cuidado, pero ahora estaba en sus brazos, y sólo quería amarla con su cuerpo, igual que su pensamiento y su espíritu enteros la amaban.

No sabía cuándo regresaría de su misión ante el papa Julio II. Florencia era más vulnerable que nunca. Julio II abusaba impunemente de su poder, igual que el anterior papa Borgia lo había hecho, aunque éste se considerara más digno a los ojos de su Dios; daba igual que aplicaran su despotismo en uno u otro objetivo personal, pues el resultado era el mismo: la total irresponsabilidad con el pueblo italiano y las necesidades de sus territorios.

Cuando Maquiavelo llegó a la corte papal, se encontró de bruces con la tormenta que había estallado entre Michelangelo Buonarroti y el papa Julio II. El artista había regresado a Roma con los bloques de mármol, trasladados en barcas desde Carrara, primero a Ostia y luego remontando el Tíber hasta Roma, y el Papa lo había recibido alborozado. Los bloques, ya con los primeros esbozos tallados, se acumulaban en el lugar destinado a las obras: una plaza a la vista de los transeúntes, para mayor gloria del Papa. Julio II había mandado construir un corredor que comunicara su residencia pontificia con el taller de Buonarroti, pues deseaba seguir directamente sus ideas sobre los trabajos. Pero tanto cariño del Papa por el artista y su obra despertó muchos recelos entre los cortesanos, unos temerosos de que Julio II arruinara las arcas estatales con los dispendios que estaba dispuesto a hacer para su tumba grandiosa, y otros porque al fin y al cabo Michelangelo era florentino, y aunque se decía que no quería saber nada de su República, no era de fiar, pues su

temperamento tornadizo e impulsivo lo podrían hacer cambiar de opinión en un momento.

En parte por influencia de estos consejeros interesados y en parte por el propio temperamento caprichoso y arbitrario a florado de Julio II, de un día para otro el Papa se negó a las visitas diarias que le hacía Buonarroti, y dejó de autorizar los pagos que se reclamaban desde las canteras de Carrara. El orgullo de Buonarroti estalló en una bronca descomunal contra el Papa y había decidido abandonar Roma y las obras del mausoleo de Julio II. Indudablemente, las malas lenguas y las influencias perniciosas sobre el Papa habían dado su fruto, pero quizá sin calcular los costes añadidos. Llegado a oídos del Papa que el escultor se quería marchar de Roma, se volvió contra aquellos que le habían infundido el mal, y no sólo no abandonó su idea de la magna construcción, sino que dio orden de que a partir de ese momento se duplicaran los presupuestos para que no le faltara de nada a Buonarroti. Sin embargo, Michelangelo estaba muy ofendido y ahora prefería ver al pontífice retorcido en su humillación e insistió en su idea de dejar la obra. El gobierno pontificio, entonces, le había enviado la orden taxativa de no abandonar Roma, so pena de caer en desgracia, orden que el artista estaba dispuesto a despreciar.

Así las cosas, la situación era muy delicada, pues aunque Julio II se hubiera dado cuenta de su error, no iba a dar su brazo a torcer pidiéndole disculpas a Buonarroti, y en cambio, lo que pretendía era que Buonarroti regresara y le pidiera disculpas a él por abandonarle. La cuestión era que, aparte del enfado de dos caracteres exaltados, Florencia volvía a estar en línea de fuego directo, sin tener nada que ver, agudizándose así la precaria situación que ya tenía con respecto a Roma, que le demandaba una colaboración política y militar que no podía dar.

Buonarroti llegó a marcharse y se presentó en Florencia, quizá en parte para vigilar también al joven Raffaello Sanzio que, justo en el momento en que él partía hacia Roma, se había personado en Florencia con la excusa de aprender del maestro Leonardo y contemplar el *David*. El pintor natural de Urbino, recién cumplidos sus veinticuatro años, pintaba desde niño, enseñado primero por su propio padre, el pintor Giovanni di Sante di Pietro, y después en los talleres de Timoteo Vitti y de Pietro Vannucci, llamado el Perugino. Tenía ya varios logros en su haber que le habían dado prestigio en las cortes de Urbino, Perugia y Venecia, y buscaba ahora entre los artistas florentinos el cenit de su formación. Michelangelo sabía que Raffaello había mostrado interés en conocer a Casio di Fiore, convencido de que el modelo del *David* poseía cualidades inspiradoras que él deseaba también percibir.

Julio II había dirigido varias misivas a Florencia exigiendo la sumisión de Buonarroti, y por ello el alcalde Soderini le rogaba que volviese junto al Papa; el escultor se negaba, descontento por el trato recibido de Roma en las últimas semanas y aconsejado por Alamanno Salviati, que así acentuaba el nerviosismo del Papa, que tarde o temprano arremetería contra Florencia y su República, sin querer diferenciar los problemas. El aristócrata Salviati, su patrono en varias ocasiones y abogado en algunas cuestiones que Michelangelo había tenido que dirimir con demandantes a los que no estaba dispuesto a satisfacer, lo había acogido con los brazos abiertos, tranquilizándole en sus inquietudes, pues le aseguró que él mismo velaría para que el bello Casio di Fiore rechazase cualquier oferta de trabajo de Raffaello

Sanzio, que estuviese tranquilo y que descansara plácidamente en su propia residencia, sin preocuparse de nada más, ni de Julio II, ni de su tumba, ni de nada.

A la postre, la terquedad de Buonarroti era tan peligrosa como la del Papa. Por ello, el confaloniero se apresuró a intentar complacerlo comprometiéndose con él, utilizando a Nicolás Maquiavelo, y así pudo convencerlo para que decidiera volver a la corte papal. Le juró que el secretario había elevado una protesta formal al Papa. En realidad, Nicolás Maquiavelo sólo había conseguido que el cardenal Soderini recabara una cita con Julio della Rovere, y su trabajo le costó que Michelangelo concediera en asistir a ella; sin embargo, una vez lograda la conformidad del escultor para acudir, tuvo la suficiente habilidad como para disculparse de no poder asistir a la misma por razones imprevistas, y muy acertadamente, por cierto: Julio II estaba deseoso de hacer las paces con el artista, pero necesitaría descargar sobre alguien las rabias que no había podido arrojar contra Michelangelo, porque éste no había resultado tan sumiso como él pretendía. Encontró su víctima en el cardenal Soderini, presente en el encuentro, reprochándole una culpa que no tenía. Pero el acomodado Soderini lo aguantaría gustoso, pues era sólo un pequeño precio por todo lo que estaba ganando.

-Ya me veis, amigo Biagio -comentó irónicamente Maquiavelo a su colaborador, trasladado con él a Roma-, parezco una vieja alcahueta templando cuerdas, para que ninguno de los dos se dé por ofendido del triunfo del otro... La lucidez no es moneda de cambio común en este tiempo.

-De todos modos, se habrá adelantado algo -le animó Buonaccorsi-, pues Julio II estará sin duda ya más tranquilo, con su artista trabajando nuevamente en su encumbramiento para la posteridad...

-Le ha pedido también una estatua de bronce -afirmó el secretario-, y Buonarroti ha requerido el precio inicial de mil ducados, que el Papa ha aceptado sin rechistar.

-¿Tomará quizá así de mejor grado la negativa a sus pretensiones que vos como secretario de La Signoría le tenéis que transmitir?

-Creo que no -negó sinceramente Maquiavelo-. Julio della Rovere sólo se siente feliz guerreando, y no entiende la paz, y si quiere el ejército de Florencia para su guerra, no descansará hasta lograrlo.

-No concibo qué puede esperar de un ejército débil como el de Florencia... ¡El Estado papal tiene *condottieros* más famosos y mercenarios más fieros que ningún otro!

-Yo sí veo lo que pretende en el fondo -indicó Maquiavelo-, pues no debe ignorarse que uno de los consejeros directos de Julio II es el cardenal Juan Médicis. Los primos Médicis sin duda tienen pretensiones y sabrán esperar; la estrategia quizá sea que Juan se haga imprescindible y amable a este Papa, ganándose la designación cuando muera, En mi opinión, esa idea de pedirle sus militares a Florencia es obra de Julio Médicis, que sabe que así descabeza los intentos de fortalecer nuestras defensas; él maniobra en la sombra, inspirando a su primo Juan lo que tiene que hacer y decirle al Papa. Gana por partida triple. Mira, Biagio: deja desamparada a Florencia doblegándola al mando de Roma, la expone a miradas codiciosas de potencias extranjeras y, por tanto, apta para someterse a la primera protección que se le ofrezca, y sobre todo facilita el trabajo a sus colaboradores del partido de aristócratas,

que no dudarán en criticar la decisión que tome La Signoría, sea cual sea ésta, indisponiendo al pueblo en su contra y acortando distancias con el golpe de Estado que ansían.

-¿Cómo le diréis al Papa que Florencia no accede?

-No se lo diré -contestó, irguiendo la espalda con un suspiro potente-. Con audacia, a menudo se obtiene lo que jamás se conseguiría por la vía ordinaria de la razón, eso lo he visto en Della Rovere, y actuaré con él tal como he comprendido que es. Sin duda que Julio II está asentando los verdaderos fundamentos del poder temporal de su Dios, y que para ello no le dolerán prendas para enfrentar a los Estados italianos entre sí y recabar una vez más ayuda de tropas extranjeras.

-¡Contradictorio cuando menos con sus principios de emancipar nuestros territorios del dominio de extraños! -exclamó Biagio-. ¿Qué habéis pensado hacer?

-Decidle a Soderini que parto con el Papa.

-¿Qué?

-Que me marchó con el Papa, Biagio; me agrego al ejército pontificio en calidad de diplomático florentino, para poder intervenir en cualquier momento, mientras finjo que espero la resolución de La Signoría.

-Pero Niccoló..., ¿cómo vais a entretener al Papa? ¡Es peligroso para vos!

-Igual de peligroso sería acceder a sus deseos, Biagio. Hay que resistir. Sobre todo, explicad al confaloniero que tiene que convencer al Consejo de los Diez para que aguante, que ahora es él quien tiene que ganar tiempo, que se demore en enviarme correos, que mande buenas palabras, pero sin decidir nada, pues yo ya no encuentro más fruto que cosechar aquí. Tened en cuenta que mis informes han de ser favorables, pues el Papa debe confiarse cuando los intercepten sus espías y crea que lo tiene todo ganado, ¿comprendéis, amigo? Mis palabras sólo serán fingimiento hasta que pase más tiempo.

Con un imponente séquito de soldados y cortesanos, Julio II della Rovere partió hacia Peruggia, convencido inexcusablemente de que su gobernador caería a sus pies.

Los oficiales levantaban el campamento desde donde el Papa encabezaría las tropas de avanzadilla hacia la ciudad, en la que esperaba entrevistarse con él Giampaolo Baglioni, señor de Peruggia. Mientras tanto, Julio II pidió ver a Maquiavelo, interesándose por las noticias de Florencia. Niccoló le dijo de buenos modos que todavía era pronto para saber algo, pero aprovechó para departir más largamente, intentando, en vez de darle, sacarle información; le inquietaban sobremanera las ansias de conquista desveladas en Julio II soñándose a sí mismo como el emperador de los Estados italianos. Julio II se había empeñado en dejar su nombre para la posteridad a cualquier precio; su obsesión por esa tumba impresionante que su artista preferido le estaba construyendo, para asegurar su inmortalidad, era la misma obsesión de convertir el territorio italiano en otra tumba, ésta para sus moradores, de horror y de miseria. Maquiavelo nunca se cansaría de teorizar sobre la verdadera unidad territorial que necesitaba un Estado para establecerse como nación. Julio II no era un estadista, ni el príncipe que necesitaba esa nación. Sólo era un pequeño dictador sanguinario.

Maquiavelo quería seguir de cerca sus decisiones, intentando influir en lo que le fuera posible a favor de Florencia. Le preocupaba sobremanera la actitud de Francia, y en ese dirección desvió la conversación con el Papa:

-La amistad francesa no siempre ha sido duradera -le expresó cuidadosamente-. Luis XII quizá sólo espera una excusa para entrar en territorio italiano con vuestro consentimiento, *signore*, pero sin comprometerse verdaderamente con vuestro interés.

-¡Estáis equivocado, Messer Machiavelli! -contestó con gesto ufano el Papa. Le tendió un pliego firmado por Luis XII, en donde ya le garantizaba su apoyo, animándole a lanzarse a la conquista de los territorios de la Romaña, mientras él llegaba con sus huestes-. ¡Sólo falta Florencia, con su proverbial lentitud, con su proverbial indecisión... Escribid a La Signoría, Messer secretario, y decidle que o Florencia está con Julio II o está contra él!

¿Dónde había quedado ese cardenal timorato que temblaba antaño ante la mirada de César Borgia, el hijo mimado de Alejandro VI, que por un tiempo había soñado con ser el rey de un territorio italiano sometido a su mando? Julio II habla trocado su miedo por prepotencia, su temperamento retraído por fiereza impensable, y así lo había demostrado ante Giampaolo Baglioni, al que había rendido sin entrar en contienda, ganándole con la extraña estrategia de demostrarle en su cara que era un cobarde, provocándole en un desafío cuerpo a cuerpo al que Baglioni no se decidió.

Maquiavelo comprendió a Julio II, salvaguardado por una protección especial que sentía que le otorgaba la religión sobre los ánimos de los individuos, de modo que, más que por méritos de su propio coraje, Julio II se aprovechaba de que sabía de antemano que los otros no se atreverían a intentar de verdad hacerle la guerra, pues su imagen de Papa guerrero era algo íntimamente en contradicción dentro de las mentes de los hombres, incluso en las de aquellos que eran sus enemigos.

La campaña de Bolonia fue también victoriosa, y Julio II le hizo saber al secretario florentino su deseo de ir a Florencia: él le acompañaría, pues quería conocer la organización de esa milicia ciudadana que tanto le interesaba. Maquiavelo podía imaginarse a su amigo el confaloniero echándose las manos a la cabeza, sin saber cómo librarse de la presión del Papa, cuando recibiera la noticia. Pidió ayuda al cardenal Soderini, pero éste le había puesto excusas, débiles razones para justificar el deseo de Julio II y quedarse al margen... Maquiavelo estaría alerta, la actitud del cardenal Soderini no era clara.

Entre tanto, en Florencia, el aristócrata Alamanno Salviati pretendía impugnar la confirmación de Niccoló Machiavelli como canciller de la nueva magistratura de la milicia florentina, en una trama ya organizada y estructurada con el objetivo concreto de desprestigiarlo ante una ciudadanía que había descubierto al poeta Machiavelli como hacedor del difícil equilibrio que Florencia tenía que mantener en el exterior, y al que muchos en la ciudad empezaban a llamar el gran benefactor de la República. El agresivo Salviati había pensado que podría aprovecharse de la llegada del Papa a la ciudad, preparando para la ocasión un sonado escándalo que mezclase a Maquiavelo en asuntos de corrupción moral; lo acusaría de prácticas vergonzosas con su amante la Riccia, traería testigos que describirían los vicios del secretario, o sus relaciones pervertidas con el bello y sospechoso Casio di Fiore, al que muchos acusaban de practicar vicios secretos, y seguro que el Papa, acérrimo

enemigo de las corrupciones del cuerpo, no tardaría en tomar cartas en el asunto...

Inopinadamente, sin embargo, Julio II decidió que regresaba a Roma. Ni siquiera iría a Florencia; tenía que marcharse urgentemente a Roma, pues Luis XII se había apoderado de Génova. Los franceses no habían tardado en avivar sus viejas y perpetuas ansias de conquista sobre el territorio italiano, y, con la excusa de que el Papa le pedía ayuda contra Venecia, Luis XII se había apresurado para entrar en Génova, asegurándose una nueva ocupación.

Alamanno Salviati tenía que buscar otra mentira con que atacar a Maquiavelo. Decidió buscarla en relación a César Borgia: «¿Qué tipo de amistad había entablado con él? -vociferaba-, ¿qué clase de acuerdos había tomado el secretario Machiavelli para que dejara partir a Da Vinci, cuando nadie lo había conseguido?» Las últimas informaciones sobre César Borgia reanudaban las sospechas de oscuras maniobras que siempre lo habían rodeado, y Salviati aprovechó la ocasión para acusar directamente a Maquiavelo de ayudarlo como espía, para que llegara a oídos del Papa. César Borgia había escapado de su prisión y nadie sabía cómo había podido ocurrir.

-El Valentino estaba preso en España y ha conseguido escapar. ¡Me atrevo a pensar que el duque se ha cobrado algún débito del secretario de Florencia! -proclamó Alamanno Salviati en uno de sus discursos en la Ringheria-. ¡Ahora el duque Borgia está libre en el territorio francés de Navarra, capitaneando su ejército, y presto a comenzar de nuevo su empresa!

Aunque las acusaciones no tenían fundamento alguno, los amigos de Niccoló le instaban a que respondiera al innoble Salviati, pero no lo hizo. No podía hacerlo sin arriesgarse a implicar a Da Vinci o a Casio di Fiore, y decidió que la mejor opción era exasperar al consejero rival sin que obtuviera la polémica que ansiaba.

No obstante, sí que le había movido a reflexión el hecho de que César Borgia hubiese escapado de la prisión donde Fernando de Aragón había ordenado su encierro. El rey español había regresado a la regencia del trono de Castilla, después de la muerte de su esposa Isabel, y quizá eso había propiciado un descuido..., pero no era bastante. Cruzó por la mente de Maquiavelo la posibilidad de que los primos Médicis, vigilantes desde el pontificado, al acecho de cualquier oportunidad para aprovechar la debilidad de Florencia, hubiesen organizado la fuga del duque Valentino, pero ¿para qué?

-¡Para inculparos a vos, Messer Niccoló! -exclamó Biagio Buonaccorsi, cuando Maquiavelo había compartido con él sus reflexiones.

-No tiene sentido..., no soy tan importante, Biagio -le contestó-. Tiene que haber otra finalidad.

-En cambio, yo creo que Alamanno Salviati lo habría organizado así; no tardaría en aliarse con los Médicis sólo por deshacerse de ti.

-No, por eso no... -le corrigió Maquiavelo-, pero sí estoy de acuerdo en creer que apoyaría la vuelta de los Médicis, pues sus planes han fallado. Él creía que a estas alturas ya estaría controlando los órganos de poder de La Signoría para colocar en ellos a sus familiares.

-¡Denúncialo, Niccoló!

-No es táctica que deba prodigarse esa de acusar al rival si no se tienen pruebas bastantes, Biagio; no es bueno para nadie.

Ya era bastante habitual que los del partido ganador excluyesen a los adversarios e intentasen aniquilarlos, descuidando los verdaderos objetivos de

gobierno y desgastando sus recursos, y viceversa, para que Maquiavelo apoyase también tan errónea táctica. Siempre habría de ser prioritario para él elevarse sobre las disensiones y buscar objetivos más dignos.

Julio della Rovere bramaba contra el rey francés, llamándolo tramposo y fante, pero tendría que moverse con rapidez. Era indudable que Francia no renunciaba a luchar por su cuota de dominio sobre alguna de las porciones del fragmentado territorio italiano. Ya no tenía opción sobre los dominios de Nápoles, que el rey Fernando de Aragón astutamente había conseguido quitar de sus manos, pero miraba hacia otro puerto.

Gracias a su actividad comercial, también Génova se había convertido en una República poderosa, eternamente enemiga de Venecia, a la que envidiaba sus grandes posesiones en el imperio bizantino y sus redes comerciales mucho más desarrolladas.

No le había hecho falta el ataque a Génova: en cuanto había conocido las ansias de Luis XII contra Venecia, el gobierno de Génova se había entregado al rey francés; en su mentalidad práctica de negociantes, Génova había comprendido que era más rentable una rendición sin luchar que una derrota luchando. Al fin y al cabo, los genoveses seguirían dedicándose a sus negocios. Ciertamente que, de momento, a Julio II no le molestaba en exceso que Luis XII tuviese bajo su mando a Génova, pues no le interfería en sus planes contra Venecia, pero tendría que vigilar de cerca al ambicioso monarca, tan necio como para desafiar a Fernando de Aragón, pero lo suficientemente intrigante como para que alguna de sus empresas le saliese bien alguna vez. Tendría que adelantar sus propósitos, apresurar las gestiones para esa Liga en la que pretendía involucrar a las potencias más poderosas con el fin de destrozar a los venecianos, y sin duda que entonces Florencia se sometería sin estorbar más, y que podría utilizar los escrúpulos neutralistas de esa República empeñada en resistir contra viento y marea para arrojárselos a la cara a su gobierno de ilusos.

De momento, haría caso a sus consejeros Médicis: se daría prisa en organizar el fin definitivo del duque Valentino, una vez consumada la primera parte del plan, para olvidarse ya de él.

El pequeño Guido había nacido un niño delicado y frágil. A diferencia de su primer hijo, Bernardo, que rezumaba potencia por todos los costados, y de la graciosa Primavera a la que su esposa Marietta adoraba, Guido había nacido algo enclenque, y Marietta Corsini culpaba a Niccoló, porque llevaba una vida disoluta y se cuidaba poco, y desde luego que le habría transmitido al niño esa debilidad ya inevitable por su edad. Pero Niccoló, a sus treinta y ocho años cumplidos en mayo, no podía sentirse más pleno de salud y más seguro de su potencia. La dejaba hablar, porque era su forma de quererlo; el reproche de una mujer siempre había sido una forma de cariño familiar, y le tranquilizaba escuchar a Marietta en el refunfuñar diario, mientras él, apenas con el último bocado de la cena en la boca, se levantaba para acudir a su despacho escueto, un espacio abarrotado de sus libros y de proyectos a medio escribir. Marietta parecía vivir ajena a los devenires políticos de Florencia, igual que la mayor parte del pueblo, no obstante. Poco a poco, se iba afianzando la certeza de que el poder del gobierno seguía detentado por las grandes familias de Florencia; la República no conseguía extender las fórmulas para una participación más amplia de las clases productoras de la sociedad. Piero Soderini tampoco había

logrado imponerse sobre los muchos instigadores que querían minar la credibilidad de la institución, y a veces ni siquiera lo había intentado.

El secretario florentino había regresado a su ciudad justo a tiempo de parar una de las conspiraciones que había puesto en marcha Alamanno Salviati contra el confaloniero, y tuvo que enfrentarse a varias sesiones muy violentas dentro del Consejo de los Ochenta, pues había prosperado la postura que exigía a Soderini un acercamiento a los Médicis de Roma para recabar una ayuda económica que le hacía falta a la República. Esa ayuda sería el pretexto deseado para que Juan y Julio Médicis pidieran compensaciones políticas que, a cambio, hipotecarían la República. Los ánimos estaban exaltados porque, además, achacaban a la organización de la milicia ciudadana la necesidad de impuestos extras sobre el comercio, y los mercaderes más ricos habían protestado violentamente. Los aristócratas seguían sin fiarse de que, en un futuro, ese ejército popular no se volviese contra ellos, y, exasperados por la imperturbabilidad de Soderini, habían pasado al ataque más feroz: calumnias, pruebas falsas, impugnaciones constantes, con la intención de desestabilizar la opinión pública y el interior de los Consejos de gobierno.

-¡Roma usurpa a Florencia sus artistas y sus recursos, porque la República no tiene fondos para mantenerlos ni sabe cómo conseguirlos, y ello es palpable prueba del fracaso de sus seguidores!-, insistía en criticar repetidamente Alamanno Salviati.

Aprovechaba así la reciente información que había llegado a Florencia: que una vez ya con él, el papa Julio II retenía a Michelangelo Buonarroti en Roma; le había ordenado que empezase a trabajar también en el segundo de sus encargos grandiosos, la decoración al fresco de la bóveda de la capilla que el papa Sixto IV había encargado construir, llamada habitualmente *Sixtina*, y que su pontificado había adquirido el compromiso de concluir.

Sin embargo, a pesar de desear la caída del confaloniero, Salviati no estaba tan interesado en él como en Maquiavelo; comprendía perfectamente que el verdadero cerebro a la sombra de los discursos y los argumentos y las decisiones de Soderini era el secretario. Por lo tanto, si lograba destruir al secretario, el final de Soderini sería inmediato, y el de la República que se empeñaba en afianzar, también.

-Va más allá del debate político, Niccoló -Soderini analizaba la situación en una reunión privada con varios acólitos muy cercanos; quería convencer a Maquiavelo de que debía ser más prudente-: El pueblo te aprecia porque, aun siendo un político, no te has encumbrado y no se te conocen malversaciones; sigues viviendo en la misma casa y tus costumbres son sencillas, no hay nada que se re pueda reprochar...

-Lo que no sabe la gente es que no podría hacerlo tampoco -ironizó Niccoló-, pues el gobierno de la República me paga tarde y mal.

-Tienes razón, pero quizá eso haya favorecido lo que te digo; no hay nada sucio que pueda airearse en tu contra y eso les pone nerviosos a los secuaces de Alamanno Salviati.

-Yo aseguro, además -puntualizó Biagio Buonaccorsi-, que se comentan con interés los comunicados que publicas mensualmente, Niccoló, y eso les ha restado bastante credibilidad a los alborotadores que aprovechan los días de mercado para extender bulos contra ti. Ahora ya no es fácil desprestigiarte

entre la gente y por eso también a mí me preocupa que los sicarios de Salviati maquinen alguna cosa más efectiva.

Buonaccorsi se refería a las hojas que, por propia iniciativa, Nicolás Maquiavelo hacía circular en las principales calles de Florencia, entre los artesanos, los comerciantes y transeúntes, ora explicando alguna de las gestiones del exterior, ora arengando al sentir popular a mantenerse confiados y contentos por pagar sus impuestos. Redactaba también una nueva entrega de la historia de los acontecimientos en Florencia, que recopilaría en una *Segunda Decenal*, cuando la República lograra celebrar su veinte aniversario. Nicolás Maquiavelo era muy célebre ya en Florencia, pues su agilidad de palabra era proverbial también en los debates públicos que se celebraban en la Ringheria, en los que sus argumentos salían vencedores sobre las críticas y los reproches de cualquier oponente. Amante del teatro y las artes escénicas de diferente índole, solía ser maestro de ceremonias en las representaciones que Lucrezia Ricciardi organizaba en su palacio reuniendo a poetas, con los que Maquiavelo se medía en versos y en recitaciones de Dante y Boccaccio, e invitando a actores que interpretaban escenas clásicas o comedias que eran invención del propio Niccoló.

La Riccia había hecho célebres sus fiestas en honor de Perséfone, a lo largo de los meses de primavera y verano, en las que ella, ataviada como la diosa Flora, representaba ser la propia ciudad de Florencia, amada por todos los artistas. Flora, sin embargo, sólo amaba a Niccoló, personificado en el dios alado Mercurio, y lo demostraba cantándole poemas de amantes antiguos, en alegoría inconfundible que glorificaba a su amante, llamándolo «el más famoso de Florencia», «el más envidiado por su fortuna», «el tocado por los dioses para reservarle un lugar entre ellos». Aunque Maquiavelo consentía en asistir a alguna de las sesiones por no desairar a su amante, observaba con inquietud los cambios que se operaban poco a poco en la vida de Florencia, pues mientras las actitudes de los adversarios políticos eran cada vez menos tolerantes, en las fiestas de artistas no se hacía verdadera cultura; simplemente se huía de una realidad que atemorizaba.

-Yo no estoy tan seguro de que la inquina de nuestros adversarios contra ti sea exclusivamente por tu defensa del gobierno de la República -apostilló Casavecchia, también presente, sinceramente intranquilo-, como de que inspiras razones personales de peor solución... Levantas las iras de nuestros enemigos, Niccoló, y temo...

-¡Lo que no saben es que aunque se mate al perro no terminarán con la rabia! -bromeó Maquiavelo.

-Siempre parece que te estás burlando de las cosas -se quejó Biagio.

-No ironices también con eso -le reprendió igualmente Soderini-. Comparto con Biagio y con Filippo la preocupación, pues Alamanno Salviati anda como loco buscando algo que pueda de verdad echarle barro encima, a los ojos de Florencia.

-Fortalezcamos entonces el carro de nuestra República y no tendrán necesidad de romper una de sus ruedas -resolvió firmemente el secretario.

-¿Has pensado en algo? -preguntó con rapidez el confaloniero, que conocía en Maquiavelo el tono de voz preciso que le indicaba que alguna idea pugnaba por salir de su cabeza.

-¡El carro de Tespis! -exclamó éste, remedando el origen griego del teatro-, ¡que ambos carros se unan en una fiesta!

-Ni hablar.

-Ya sabes que yo creo que son demasiado pocas las celebraciones que se autorizan -recordó Niccoló.

-¡Son jornadas que se quitan al trabajo, la República no puede permitírselo! -protestó el alcalde.

-Pero yo opino también como nuestro secretario -apostilló Casavecchia-; el esparcimiento relaja los ánimos, la gente sencilla alejada de los grandes intereses de la política se siente aliviada de su carga diaria pensando en la próxima fiesta, y en cómo entonces se olvidará de sus problemas.

-¡La fiesta de Pascua! -exclamó Niccoló-. Se acerca, Piero, no dejes que sean los campesinos quienes sufraguen la procesión hasta el Duomo. Que el gobierno haga un gasto extraordinario, y que traiga para esta ocasión los mejores fuegos de artificio que se puedan encontrar.

La fiesta de la paloma en el día de Pascua, llamada *Lo Scoppio del Carro*, congregaba al *popolo minuto* en procesión desde San Miniato hasta la catedral de Santa María del Fiore, con el carro del fuego santo que hacía alusión a la Primera Cruzada. En medio del sonido de todas las campanas al vuelo, una paloma se soltaba en el interior de la catedral y las gentes salían detrás de ella a la plaza, donde estallaban fuegos fatuos y se habían encendido otras hogueras y la gente bailaba a su alrededor.

-Los fuegos de artificio -añadió Buonaccorsi- son el símbolo de las cosechas, y cuanto más hermosos son éstos, con más ánimo se vuelven los campesinos a sus casas, seguros de que la cosecha será buena.

Lo cierto es que Nicolás Maquiavelo tenía razón, y Piero Soderini sabía que hasta la fecha no se había equivocado cuando había seguido sus consejos. Todavía transcurrió un rato entre comentarios, un cierto alboroto de ideas, alguna confidencia. Casavecchia aprovechó la ocasión para compartir una última observación:

-Temo que nuestros adversarios estén preparando alguna cosa violenta.

Los demás hicieron un gesto de evidencia. Eran frecuentes en Florencia las apariciones de cadáveres flotando en el Arno, pertenecientes a facciones rivales entre sí; ¡por supuesto que los enemigos estarían conspirando sin tregua!

-No, no, escuchadme -insistió Casavecchia, llamando la atención de sus displicentes compañeros-; no hablo sólo de una campaña de desprestigio, ni de críticas... Sé que Cesare Sadoletto tiene matones a sueldo que le suelen hacer «trabajos» fuera de Florencia, pero ha llegado a mis oídos que planea algo aquí mismo.

Se miraron unos a otros; la información no era suficiente, pero no se podía bajar la guardia:

-Sea -resolvió Soderini-, tengamos cuidado y abramos los ojos, señores.

A los pocos días había llegado la noticia de la muerte de César Borgia, de forma extraña (según se aseguraba, había sido traicionado). Después de fugarse marchándose a Navarra, había conseguido sitiar la ciudad de Viana, en Navarra, para anexionarla al territorio francés, en contra de Fernando de Aragón. Pero en el asedio a Viana había ocurrido alguna cosa fuera de lo normal, porque César Borgia había salido solo a un lugar habitual de combate, por la noche, sin compañía, o sin cerciorarse de que sus soldados lo acompañaran. Veinte emboscados lo esperaban y le habían dado muerte.

-Las redes de Julio II se extienden -opinaron en La Signoría-. Se deshace de los que le estorban, aunque les tenga que agradecer alguna cosa, como es el caso de César Borgia, al que le debía su ascenso.

-Parece cumplirse que, casi siempre, el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propia ruina. El que se ha vuelto grande suele recelar del poder que le ayudó -ponderó Maquiavelo en sus notas.

De alguna manera, y quizá porque así acallaban sus inquietudes, Soderini y sus cercanos consideraron que los movimientos extraños que presentían en torno a Cesare Sadoletto habían tenido que ver exclusivamente con la muerte de César Borgia. Conjeturaban que los socios de Sadoletto habrían estado alerta a las disposiciones de Roma. La muerte de César Borgia le interesaba sin duda al Papa, pero habría que haberse preguntado a quién más beneficiaba su desaparición. No podía ya ignorarse que en Roma los primos Médicis habían conseguido la confianza incondicional de Julio II y se hacían favores mutuamente; era fácil pensar que los Médicis habrían podido aportar los recursos para librarse de un competidor común como era el Valentino, enemigo de la estima personal de Julio II, y, sobre todo, enemigo de los intereses de los Médicis en Roma, o, quizá más concretamente, rival directo de Julio Médicis, hacedor en la sombra de toda la estrategia de regreso de su familia a Florencia, en la cual trabajaban mano a mano él y su primo el cardenal Juan. Julio Médicis veía por fin cumplida una vieja aspiración: quedar libre de César Borgia, al que conocía perfectamente porque habían sido amigos de juventud en aquella corte papal de los Borgia que había acogido a la familia Médicis en su exilio. Julio sabía que César hubiera renacido de sus cenizas, rápidamente, al frente de cualquier ejército de sanguinarios, y que hubiera vencido otra vez; no en vano, había tenido en él a un maestro, y ambos se habían retado al peligroso juego de vencer al otro o morir, juramentándose mutuamente. Julio Médicis no iba a permitirle recuperarse, igual que había aprendido que César Borgia no lo permitía con sus enemigos, e igual que no lo hubiera consentido con él. Si había fallado el anterior intento con el veneno, en esta ocasión Julio se había salido con la suya. La familia Borgia desaparecería; César ya no era su rival.

El confaloniero Soderini no dedicó más tiempo al análisis de esta cuestión, lo cual habría sido necesario al tratarse de un conspirador como Sadoletto, pero una nueva razón urgente se tenía que abordar desde La Signoría, dejando todo lo demás: Maximiliano de Habsburgo quería arrebatarse a los franceses sus posesiones de la Lombardía, para lo cual planeaba la conquista de los Estados italianos que le salieran al paso. Luego iría a Roma para recibir la corona de emperador de manos del Papa, dispuesto a aliarse con él, pues sabía que a éste no le importaba verdaderamente el destino de los italianos. Si se ratificaban los informes, Florencia quedaría enredada en otra guerra que no era suya, pero de consecuencias todavía más imprevisibles para su futuro.

La incertidumbre crecía irremediablemente. La ciudadanía estaba inquieta, pues el descontento se había instalado peligrosamente en Florencia. Los odios personales se habían agravado y las más horribles tropelías de unos sobre otros encontraban justificación en las divergencias políticas que empeoraban la herida endémica de Florencia. Una guerra sorda de unos contra

otros transcurría soterradamente, y Maquiavelo, curiosamente, parecía no querer percibirla. Seguía empeñado en teorizar que sus ideales eran posibles.

Aquella noche Marietta le había seguido hasta su particular reino, aquel habitáculo que odiaba porque lo apartaba de ella y de su vida. Su esposo Niccoló vivía en exceso confiado, sin protegerse adecuadamente de las maniobras de sus enemigos en la capital, y ella estaba preocupada.

-Has conseguido el respeto de muchos... y el odio de muchos más. No debes descuidarte; puede llegar el día que se vuelvan las tornas y entonces, todos juntos, te podrán.

-¿Por qué te preocupas, Monna Marietta mía?

-Porque quiero tener más hijos, y más florines también -renegó, zafándose de la caricia que Niccoló iba a hacerle-. ¡Tanta fama genera celos y resentimiento, y si no lo puedes evitar, al menos debes estar alerta!

-¿Hay algo más que te inquiete? -Niccoló intuyó que su esposa se preparaba para algo que tenía que decirle.

-Alguien envenenó el pienso de nuestras gallinas, Niccoló, tengo la sensación de que es como un aviso que quieren hacernos llegar, y vivo desde hace unos días inquieta, y no duermo bien por eso.

-Hablaré con Piero Soderini; podrá enviar un guardia que haga ronda por aquí, tranquilízate.

-Estuvo Biagio Buonaccorsi... -dijo de pronto, más asustada todavía que al relatarle el asunto de las gallinas.

-¿Aquí? ¿Qué quería?

-Me pidió que intente convencerte yo, esposo. Él dice que eres capaz de penetrar en las almas y en las mentes, pero que no usas tu lucidez para tus propios intereses, y que practicas un orgullo que no es del gusto de los jefes de La Signoría, que tendrías que escribir cartas... amables, cartas que hagan manifiesto a los nobles del Consejo todos los servicios que estás prestando y que les muestren que eres de temperamento dócil, y que eres digno de un aumento de sueldo y de un reconocimiento público.

-Pero es que no es cierto, Marietta -atajó Niccoló-. Ni soy dócil, ni voy a pedir aumento de sueldo. En cuanto al reconocimiento público, ocurre que no estoy dispuesto a pagar su precio. Mi inteligencia me da muestra ya de cómo me admiran algunos, y mi orgullo me da a entender cómo me odian otros, pero tampoco depende de mí, sino de ellos mismos. No escribiré cartas para congraciarme con mis jefes, Marietta. Lo que yo escribo para ellos son informes políticos.

-¡Informes espléndidos que dejan a todos turbados! -exclamó casi desesperada la esposa, entendiendo que no lo iba a convencer-, ¡Informes que en vez de agradecer, ellos envidian! Todo tu esfuerzo y todo tu talento no lo tendrán nunca en cuenta porque lo primordial es la cuna, Niccoló, y tú no perteneces a la aristocracia. Tú tienes grandeza de ánimo e inteligencia, querido mío, pero no tienes ni fortuna ni nobleza.

-En eso llevas razón, esposa, pero lo que no tengo tampoco es un espíritu sumiso.

Marietta rompió a llorar. A lo lejos se escuchaba el griterío que invadía la noche del solsticio de invierno de aquel 1507. De origen pagano perdido en el tiempo, los campesinos y pastores celebraban una fiesta con antorchas, canciones y comida a la que se sumaba el resto del pueblo, dispuesto a reírse incluso del frío. Siguiendo en extraña procesión a un carro lleno de tierra, heno,

frutas podridas y exvotos con figuras de animales, iban desde la iglesia del Santo Spirito hasta Santa Felicitá, y, por fin, congregados a la orilla del Arno, echaban semillas y puñados de flores a sus aguas. Muchos había que, animados por el vino, se arrojaban ellos mismos a la corriente, entre los vítores y los gritos de los otros que acudían a recogerlos a la orilla.

La reacción de Marietta cuando Niccoló quiso protegerla con su abrazo fue arrebujaarse en su chal, apartándose. Cada día se conocían casos nuevos de asesinatos extraños. Cada día aparecía alguien acribillado a cuchilladas en un callejón, porque se le sabía acérrimo de uno u otro partido. Se murmuraba por toda la ciudad que había asesinos a sueldo que ejecutaban trabajos especiales por cuenta de los enrabados aristócratas, que no estaban dispuestos a tolerar que su poder se disolviese. Muchos de los jefes de las familias poderosas, exiliados de Florencia por no acatar el gobierno popular, no se habían retirado a una espera ociosa en el campo o en cortes amigas, sino que conspiraban enviando venenos que arruinaban cosechas, o ladrones que sembraban la inquietud entre los aldeanos, o algún otro modo de extorsión que desanimaría poco a poco a los seguidores de la República.

-No quiero que te disgustes, Marietta -le dijo cariñosamente su esposo-; me gusta lo que hago porque veo la utilidad para Florencia, pero yo estoy hablando de cambios que tienen que venir a nuestro gobierno, y es natural que lo viejo se resista ante lo nuevo; sólo es eso, créeme.

Pero Marietta tenía una cosa más que decirle al secretario:

-Niccoló, me marcho con nuestra familia a la casa que te dejó tu padre en Sant'Andrea in Percussina.

-¿Para qué?

-En el campo estarán nuestros hijos más seguros, y yo más tranquila. Tengo miedo de lo que aquí pueda pasar.

-Pero tendrás un vigilante, Marietta...

-¿Y qué? Vuelves a marcharte en una nueva legación dentro de unos días, ¿de qué me sirve un vigilante? ¿Me asegura que volverás pronto, o que no voy a añorarte? ¿Me asegura que no lo van a matar y van a incendiar nuestra casa aprovechando tu ausencia? ¿No comprendes que Florencia no es ahora estable?

-Para eso trabajo, Marietta, para que Florencia recupere su bienestar, una nueva Florencia dueña de sí misma y de su riqueza.

-Las riquezas siempre serán de los ricos, Niccoló; el pueblo lo ha sabido siempre, y los ricos también. Tú pretendes cambiar las cosas de como han sido siempre y de como ellos quieren que sigan siendo, y no te van a dejar. Mira lo que ha pasado con esa embajada ante Maximiliano: ¡te envían para aconsejar al que ha ocupado tu puesto! Ya tenías mucho poder, Niccoló, ya sabías mucho y entonces ya no interesaba que fueras tú el representante, y eligieron a Vettori, que sí es noble, que sí es uno de ellos, uno de los grandes apellidos de Florencia..., ¡y como es inexperto y está cometiendo errores, ahora te envían a ti, para que le ayudes, para que él firme con su nombre tus cartas!...

Marietta tenía razón, y Niccoló había padecido su decepción este tiempo atrás, teniendo que aguantarse como víctima de una reciente maniobra política del partido de aristócratas contra la decisión de Soderini, excluyéndolo a él de la misión diplomática de mayor envergadura a la que se hubiera enfrentado, la misión que sin duda le hubiera catapultado definitivamente a puestos de todavía mayor responsabilidad, afianzando un paso más la estructura de la

República, con su claridad de principios y su gran inteligencia. No intentó replicarle, ni intentó justificarse; su esposa seguía llorando, como una despedida que no quería pronunciar, y que tampoco ya estaba dispuesta a aplazar.

-No soy aristócrata ni rico -le dijo al cabo del rato, como única conclusión que podía ocurrírsele en ese momento-, y eso no se perdona en Florencia, lo sé, Marietta. Pero sí que soy libre.

-Eso todavía se perdona menos, Niccoló.

CAPÍTULO 8

No tengo el apellido del gusto de La Signoría, pero sí tengo la inteligencia que necesita Florencia.

Francesco Vettori era un hombre afable de treinta y cuatro años, educado, según correspondía a un joven de familia noble florentina, en las disciplinas políticas propias de un puesto que ya poseían su padre y otros miembros de su apellido en el Consejo Mayor. Los adeptos del partido de los Grandes habían logrado imponer su nombre en la violenta discusión que tuvo lugar en la reunión del Consejo de los Diez con el confaloniero y su grupo de asesores, para que fuese él, como ciudadano importante, quien se entrevistase con el emperador Maximiliano para representar al gobierno de Florencia. Sostenían y se habían hecho fuertes en un argumento esgrimido desde mucho atrás: que Florencia debía llevar a sus embajadas con los príncipes extranjeros a representantes de la nobleza florentina, ciudadanos de derecho con apellidos ilustres que inspiraran respeto a los dignatarios extranjeros para conceder en su postura y que, a la vez, les hicieran ver que Florencia les mostraba alta consideración.

-Vieja fórmula que ha conseguido más derrotas que victorias -se lamentó Maquiavelo-. La política es una técnica, en la que hay que tener claros los objetivos y aplicar los recursos y los medios que se tengan para lograrlos, y requiere a veces de tan rápida decisión y de tan sutil flexibilidad, que entonces no hay apellido que valga, sino inteligencia y experiencia. No tengo el apellido del gusto de La Signoría, pero sí tengo la inteligencia que necesita Florencia.

Decididos a que Nicolás Maquiavelo no siguiese su ascensión a un poder que, de hecho, les resultaba amenazador, sus adversarios aristócratas no iban ya a cejar en su empeño de eliminar su influencia y poner coto a su mando.

No había servido de nada que Maquiavelo exhibiera resultados y pudiese demostrar una brillante hoja de servicios a Florencia, como observador y negociador en anteriores delegaciones: él no podía ser titular de las embajadas florentinas. Se le achacó que su padre, aunque era recordado como respetado jurista y profesor, no había cumplido con unos compromisos administrativos, y había dejado deudas que inhabilitarían a sus descendientes para ejercer cargos municipales. Piero Soderini tuvo que acceder a la elección de Vettori mientras se solucionaban esas cuestiones y se restauraba la habilitación de su secretario. Pero el inexperto Francesco Vettori no acertaba en los mensajes que enviaba al Consejo, desbordado con la situación que había encontrado en Alemania, y ello ayudó a que el confaloniero pudiera conseguir que el mismo Consejo aceptara al poco tiempo la subdelegación de Maquiavelo, alegando que los informes que enviaba Vettori no respondían a las necesidades de información que podían aportar una visión real de la situación al gobierno de Florencia.

A pesar de la aparente rivalidad política de la que partían sus respectivos nombramientos, la colaboración entre Nicolás Maquiavelo y Francesco Vettori se transformó en amistad en poco tiempo.

Vettori admiraba y respetaba al secretario por los casi ya diez años de excelente trabajo diplomático que había realizado para Florencia, experiencia que Maquiavelo había brindado generosamente en los escritos y las charlas que, por cuenta de la República, ofrecía a los estudiantes de diplomaturas

políticas, a jóvenes filósofos e historiadores y a ayudantes de las diferentes secretarías del gobierno. Él mismo había asistido a los diversos ciclos que había impartido acerca del «arte del Estado», como Maquiavelo llamaba a la experiencia de gobernar, y acerca de los modos del carácter y sus formas de gobierno, según las teorías que iba desarrollando sobre la observación minuciosa de sus experiencias como orador y sus muchos estudios de las obras clásicas. El secretario estaba próximo a cumplir treinta y nueve años de edad, y destilaba amabilidad y buen humor. Aunque conocía a Vettori muy superficialmente, en pocos días lo consideró suficiente para otorgarle su amistad, pues, en esa certeza del poder de lo inmediato que tienen los que no tienen nada, Nicolás Maquiavelo siempre necesitó disfrutar de lo cotidiano y se entregaba al trato con sus colaboradores con lo mejor de sí mismo, regalando la ciencia de su conocimiento, la amabilidad de sus maneras y la tolerancia de su naturaleza sin esperar nada. Maquiavelo era muy consciente de que a la vista de muchos él era un usurpador, pues, sin derecho a cargos nobles, como era el de secretario de la Segunda Cancillería, por no pertenecer a una familia aristócrata, su solo mérito del trabajo bien hecho y el amor a Florencia no le capacitaba a ojos de sus contrarios como tal merecedor. Podría ser cierto que Florencia iba por delante en una ruptura de estructuras mentales de la que otros Estados bebían, pero las viejas pautas del poder de los grandes acumulando cargos, negocios y recursos estaban muy arraigadas en su patria, y aunque él se las pudiera saltar, sabía que no las iba a cambiar pronto, que eso era tarea para mucho más tiempo.

Encontró en Vettori a un ser amable, que había asumido, como él, las imposiciones de las formas sociales en el lugar que por nacimiento le correspondía, pero dispuesto, también, a saltarse algunas de ellas, que resultaban absurdas incluso para él. Vettori sabía escucharle, y ésa era la única y gran contrapartida que compensaba a Maquiavelo de todo lo que era capaz de entregar.

A los pocos días de haber llegado a Alemania había recibido, igualmente, correo de su esposa Marietta diciéndole que iniciaban ella y sus hijos el traslado a la propiedad familiar de Sant'Andrea in Percussina, cerca de San Casciano, para instalarse antes del mes de mayo, cuando esperaba el nacimiento del cuarto de sus hijos. Aceptando la decisión de Marietta y confiando en el poder sanador del paso de los días, Niccoló se había dedicado más febrilmente si cabe a la delicada misión de no indisponer a Florencia con el emperador. Tenía que auxiliar a Vettori por el bien de Florencia, pero sin que éste creyera que le corregía o le superaba. La única posibilidad era enseñarle.

-La política la hacen los hombres, con su temperamento, con lo que aprendieron, con lo que desean y lo que temen. Puedo aseguraros, amigo Vettori, que de la observación de todos los príncipes que he conocido hasta ahora, saqué siempre la misma conclusión: que, según son sus valores personales y según son sus capacidades y sus debilidades, provocan distintos proceder y distintas consecuencias políticas. Lo mismo nos enseñaron los filósofos griegos, pues ya determinaron que los problemas de los Estados son los propios problemas de los hombres, y en este tiempo nuestro la premisa se cumple sin paliativos, pues igual que el hombre en esta nueva época se busca a sí mismo para comprenderse de otra forma, ocurre lo mismo con los Estados, que también están buscando las nuevas formas de gobierno que se ajusten a

las nuevas necesidades de sus territorios, que les son marcadas por los cambios de los tiempos.

Maximiliano I de Austria, llamado emperador del Sacro Imperio, era un afable gobernante de unos cincuenta años de edad que trataba a sus súbditos con justicia, aunque el hecho de que su imperio estuviese formado por pueblos de gran autonomía le obligaba a depender de condicionantes administrativos que retrasaban sus empresas. Quizá eso mismo había hecho que Maximiliano se hubiese acomodado en exceso a un ritmo de las cosas que él no intentaba ya cambiar. Estaba emparentado con Fernando de Aragón, en virtud de la política de alianzas matrimoniales que tan inteligentemente había establecido el español, y habla casado a su hija Margarita con el príncipe Juan, el heredero varón de la corona española. Aunque Juan había muerto en 1497, su hermana Juana había maridoado con Felipe de Austria, hijo también de Maximiliano, y de esta unión sí que habla nacido un heredero, el príncipe Carlos de Gante, en el que ambos abuelos habían puesto sus esperanzas de reunión de los dos imperios.

-No es Maximiliano el príncipe capaz de un gobierno con grandes posibilidades -aleccionó Maquiavelo a su amigo Vettori-; el Sacro Imperio es un antiguo ya amasijo político de territorios de compleja organización. No sería eso lo que convendría a los italianos, aunque no haya sido posible todavía crear una nación en esta tierra nuestra. En cambio, conocí a su consuegro Fernando, astuto como una zorra con los que necesita, fuerte como un león con los que están bajo su mando, inteligente en la paz y en la guerra, y, sobre todo, provisto del conocimiento del Estado moderno que requieren los nuevos tiempos.

-Cuál es ese conocimiento, Messer Machiavelli? -se interesó Vettori.

-Saber qué cosas son precisas para crear un imperio, engrandecerlo y conservarlo. La política es el arte de conquistar el poder y mantenerlo, y por cuanto observé en Fernando de Aragón en Nápoles y en cómo negoció en su propio rendimiento con el rey francés, puedo decir que antepone el orden del todo al interés particular, cosa esencial para el buen gobierno de un Estado. Pues el bien del Estado, amigo Vettori, que ha de ser el bien común de sus gobernados, nunca puede subordinarse al bien del individuo o de la persona que es el gobernante.

-Por qué os interesa tanto, Messer secretario, esta observación de los príncipes? -le preguntó Vettori-. ¿Acaso buscáis el modelo para un imposible? ¡Yo considero un imposible pensar en un solo gobierno para los Estados italianos!...

-Si los otros territorios de Europa han conseguido agruparse como naciones -contestó con gravedad Maquiavelo-, también los italianos deben acometer ese reto, y el reto ha de ser amparado en la figura de un soberano que, como absoluto, asuma la totalidad del poder, pero que ejerza ese poder en base al respeto de las repúblicas territoriales.

-Mas ¿creéis ese sueño posible para los territorios de esta península, permanentemente rivales entre sí?

-Debemos hacerlo posible, Messer Vettori, pues, de otro modo, nuestra patria será, todavía más, pasto de las fuerzas extranjeras.

A pesar del cuidado en el trato con el Sacro Imperio, la estancia de Maquiavelo en Innsbruck no habla servido para rubricar una relación diplomática con el emperador Maximiliano, de difícil definición, pues el papa Julio II ya había lanzado la propuesta que llevaba madurando un tiempo: planeaba una gran alianza contra Venecia, su eterna obsesión, entre las grandes potencias. La posición de Florencia volvería a estar supeditada a decisiones extranjeras, si eso llegaba a consumarse.

No obstante, de algo más importante le había servido a Maquiavelo tan incómodo viaje a la corte austriaca: tomó notas muy valiosas en relación a lo militar, pues la organización de las milicias alemanas y suizas era ejemplar. Aunque se apresuró en redactar el «Informe sobre los asuntos de Alemania» a su regreso a Florencia, habla urgido con prisa a Soderini y a La Signoría para una reunión de mayor importancia, según le hacía considerar al confaloniero, en la que solicitarla la definitiva conclusión de los asuntos pendientes de la milicia florentina. Las tropas alemanas y suizas tenían disposición de armamento y hábito militar con instrucción permanente, tal como él insistía en organizar el ejército popular de Florencia, y por diversos motivos todavía no había conseguido culminar el plan; en Florencia, el ritmo de las cosas importantes iba siempre lento. Alentado por lo que había observado en los territorios del emperador Maximiliano, creyó que había llegado el momento tan ansiado para demostrar la utilidad y la preparación de su milicia.

Escasamente había pasado un día en compañía de Marietta, instalada con sus hijos en el campo, en la casa heredada de Bernardo Machiavelli. Su esposa estaba más tranquila, y había recibido con mucho cariño a su esposo, sonriente y habladora; tenían una nueva hijita, llamada Bartolommea en memoria de la madre de Niccoló, a la que Marietta y sus pequeños hermanos apodaban cariñosamente Baccina.

Su esposa le había pedido que se cuidara, que regresara pronto y, sobre todo, que si creía que las cosas en Florencia podían irle mal, que no dudase en dejarlo todo y venirse a San Casciano, donde podría encontrar un trabajo de profesor, pues los muchachos de esa comarca estaban desasistidos de formación en Leyes y Filosofía. Se había marchado antes de que cayera la tarde, para que la cabalgada no tuviera que hacerla de noche, y con la luna ya alta había entrado en la capital. Ahora vivía en el hogar de su hermano Totto, una vieja casa de planta romana con un patio interior muy bello y dos pisos, cerca de la piazza de la Santa Croce y a poco trecho de la residencia que Buonarroti había construido para sus padres con un huerto muy hermoso. Totto ultimaba ya su preparación eclesiástica; estaba decidido a ingresar en uno de los conventos que la orden franciscana de Florencia tenía en la Toscana y pasaba poco tiempo en la casa, habitualmente ocupado en los ejercicios de ayuno y misiones con los pobres que los padres mayores imponían a los novicios externos. Nicolás Maquiavelo se volcaba hasta muy altas horas de la madrugada en sus libros y en sus planes sobre Pisa, esos planes que expondría a La Signoría en pocos días. Regresaba a una casa sola, para estar solo la mayor parte del tiempo. Pronto no tendría con el hermano ni los pocos momentos de amistad que compartían ahora, de vez en cuando, pues, ya antes de que acabara ese año de 1509, comprometería con la orden el resto de su vida y se trasladaría al convento, como un monje más.

El hermano de Niccoló tenía cumplidos los treinta y tres años y el aspecto beatífico de alguien que ha encontrado su verdad. Admiraba a su gran hermano, «el único Machiavelli que pasará a la eternidad», tal como le había vaticinado, bromeando.

-Yo me entrego a Dios como tú te entregas a tus principios... -le solía decir, en algunas de sus conversaciones sobre la idea de Dios.

-A mí sólo me interesa lo que puedo abarcar con mis sentidos y con mi pensamiento -había contestado Maquiavelo en una ocasión- La concepción de Dios surge por la necesidad de alimento espiritual que tiene el ser humano, pero el poder no es de origen divino, como pretenden algunos cristianos, ¡fantástico pretexto para que los papas quieran tener un poder mayor que el de los príncipes y gobernadores! Dios es una idea corrompida en las ansias de su poder terrenal, y base de la manipulación política de los Estados.

Como seguidor de Dante Alighieri, también Maquiavelo sostenía que los gobiernos son instituciones terrenales de invención humana, sin nada que ver con la divinidad, y también como él defendía la autoridad civil sobre la eclesiástica. Totto no estaba interesado en el poder terrenal; había decidido pasar el resto de su vida entregado a los desheredados y a la sanación de las almas, viviendo en las normas de pobreza de los franciscanos que en Florencia llevaban dos siglos predicando la pureza del espíritu. Pero había tenido que justificar a su hermano ante los frailes superiores que iban a concederle su consagración, pues Nicolás Maquiavelo nunca había ocultado en sus discursos la crítica contra los abusos y corrupciones del Estado eclesiástico.

-También mi hermano Niccoló es puro, lo conozco muy bien -había explicado-. No es irreverencia hacia Dios, sino vergüenza contra la ambición de sus representantes, y rebeldía ante la hipocresía de quienes en su Iglesia lo consienten...

Aunque las explicaciones de Totto sólo eran un trámite que debía pasar para lavar la imagen ante el tribunal que tenía que aceptarlo en su orden, era cierto sin embargo que Maquiavelo era observado cada vez con más recelo en los círculos religiosos de Florencia, sobre todo por expresar con demasiada claridad lo que todos sabían, aunque tenían la prevención de no reconocer, o no criticar, o no denunciar.

-La religión no debe estar mezclada en la cuestión del gobierno de los Estados. La Iglesia y el Estado son poderes distintos y han de ejercerse separadamente. El buen gobernante ha de tener como finalidad el bienestar de su Estado, por encima de las cuestiones religiosas y por encima de las ideas sobre Dios. Lo contrario sólo llevará a una de las dos cosas posibles: o la guerra entre los dos poderes, o la manipulación de uno sobre otro.

Los discursos de Nicolás Maquiavelo provocaban polémica de continuo. Su osadía era ya intolerable, según los jefes de familias potentes que empleaban a Dios como coartada de muchos de sus desmanes y que esperaban ver restituidos sus privilegios pronto, según los avances que se intuían desde Roma y el pontificado. Maquiavelo era un orador implacable al denunciar las maniobras eclesiásticas que él mismo observaba en sus misiones, justificando así despiadadamente la necesidad de entender el Estado como un poder ajeno a la religión, argumentando a favor de la necesaria intimidad de la práctica religiosa y sobre todo, condenando la hipocresía de los prelados y pontífices. Hipocresía igualmente ejercida por los potentados que lavaban sus pecados de codicia, de manipulación, de mentira, entregando

limosnas cuantiosas a los curas, y que Maquiavelo descubría en sus sátiras escritas en los boletines que toda la ciudad esperaba leer con fruición, redactados brillantemente como un espejo donde muchos políticos y opulentos notables de Florencia podían mirarse en sus faltas. La palabra era la espada que por fin empuñaba Maquiavelo para protegerse, a su manera, de los que deseaban causarle mal.

En la cada vez mayor urgencia de hacerle callar, sus enemigos lo acusaron de ser beneficiario de privilegios ocultos que su amistad con Soderini le procuraba, y le habían amenazado con hacer caer al propio confaloniero si se probaba la impunidad con que actuaba Maquiavelo en las muchas conjuras que los mantenían a los dos en el poder; el secretario había sido visto con un astrólogo, y se sabía que había preguntado por el momento oportuno, según las estrellas, para conquistar Pisa, y le habían llamado amigo del diablo y conspirador en una de las arengas que los secuaces de sus adversarios solían proferir en la Ringheria. La Inquisición extendía sus redes buscando brujos y prácticas de magia negra, y fácilmente su tribunal podría sentir la tentación de investigar a Maquiavelo, si empezaba a extenderse que su lengua era animada por un poder maléfico...

No estaría solo o, al menos, no más de lo habitual. El hijo de su hermana Margherita, llamado Giovanni Vernacci, un hombre joven de ya veinticuatro años, venía a Florencia y se alojaría un tiempo bajo el mismo techo; le agradaría verle, después de los varios años que había vivido en Venecia. Las cosas en Venecia se habían puesto difíciles para los florentinos, pues los venecianos se sabían amenazados por una coalición que poco a poco se confirmaba, auspiciada por el papa Julio della Rovere, y a la que ya Francia había concedido en aliarse. Aunque Florencia quisiera mantenerse al margen, no iba a poder, pues las tradicionales relaciones con Francia y las presiones del Papa la involucraban de antemano en la alianza, y Venecia, ya antes de tiempo, estaba tratando como enemigos a los florentinos, expulsándolos sin más aclaraciones.

Su amiga Lucrezia Ricciardi había enfermado y había prohibido a Maquiavelo que la visitara. Si la Riccia, por su orgullo de hembra, le cerraba su puerta y no le dejaba verla, era como si Florencia misma le negara esos secretos que él había conocido íntimamente, ese saber profundo sobre lo amado para conseguir complacerla, para conseguir aquello que es su bien y su deseo. Lucrezia sólo aceptaba las cartas que Niccoló le escribía, como si la tuviera delante en esa intimidad de dos espejos que se hablan mirándose el uno en el otro. La necesidad de hablar con ella sólo acrecentaba la obsesión de Maquiavelo por escribir desafortunadamente, agotando velones y aceites de las lámparas, despierto casi toda la noche, sólo confortado en volcar en pliegos los pensamientos que empezaban a no caber ya en su mente, y seguramente, tampoco en su corazón. El buen Biagio Buonaccorsi lo rescataba de vez en cuando del vacío de la preciosa casa de Totto, para lanzarse juntos a la noche y al recuerdo de las juergas de tiempo atrás; sólo la cháchara de su amigo había logrado apagar por momentos la insistente voz de Marietta en la última despedida, que retumbaba todavía en su oído: «No me preocupo por ti, esposo; yo sé que tú naciste para estar solo.»

Fue Biagio quien le había comentado que sus enemigos en La Signoría, capitaneados por Salviati, habían interpuesto nueva denuncia contra él, pretendiendo que los informes sobre Alemania eran incorrectos.

-Ha llegado ya a sus oídos que has recomendado a Soderini un nuevo asedio a Pisa a cargo de la milicia popular -le informó Biagio.

-No pueden invalidar algo que no conocen y que no pueden argumentar -contestó Maquiavelo, sin darle importancia.

-Pero lo intentarán -insistió su amigo-, y, mientras tanto, saben que retrasan así tus planes.

-¡Retrasan que Florencia recupere Pisa por fin! -se impacientó.

-Así es, pero más te perjudica a ti, amigo mío. Adelántate, Niccoló, envía sendos informes a los miembros del Consejo de los Diez, y que se congraden contigo, muéstrales el reconocimiento de una carta personal...

-Mi deber y mi única obligación es presentar el informe a Soderini -se negó Maquiavelo-; me citarán a la reunión del Consejo de los Diez, y allí expondré el plan para Pisa y responderé a cuantas preguntas tengan que hacer, pero nada más, Biagio.

-¿No comprendes que irán mediatizados por la mala influencia de Salviati?

-¿Y qué? Ellos tienen que comprender que es el bien de Florencia lo que está en juego, y no su gusto personal, ¡para eso están en el Consejo!

-Eso no es así, Niccoló, y lo sabes. Ellos están ahí para proteger los intereses de los grupos que representan sus familias, y precisamente te echan en cara que sólo entregas el informe al confaloniero Soderini, haciéndolos de menos a ellos. ¡Además, haces burlas y sátiras y críticas encendidas de ellos y de sus negocios en los panfletos mensuales! ¡Tendrías que ganártelos y en vez de eso aún los provocas más!

-Sé lo que me vas a pedir, Biagio, y no lo voy a hacer.

-¡Tu orgullo es proverbial! -estalló Biagio, preocupado por el amigo, menoscabado entre las malas lenguas de sus adversarios.

-Puede ser, porque no tengo nada que ocultar, y porque actúo siempre honradamente.

-Aunque eso esté claro, tienes que lisonjear un poco a tus jefes..., no eres nada hipócrita, Niccoló, ¡y en política eso es condición primordial!

-En política lo primordial es velar por el bien del Estado -replicó.

Buonaccorsi se dio por vencido y no quiso decir más.

-Venga, amigo Biagio -dijo Maquiavelo después de un momento de silencio-, no tienes que dar tanta importancia al pataleo de unos envidiosos.

-Envidiosos poderosos, Niccoló, contra ti, que eres la causa de su envidia y que no tienes con qué defenderte... ¡Crees que el amor a Florencia te salvará y no es así, poeta redomado; eres demasiado claro, esgrimes la verdad con osadía, y van a por ti!

Buonaccorsi sacó, por fin, con un gesto malhumorado, un papel doblado del jubón. Había sido interceptado por un «avisador» que Biagio se cuidaba de tener bien pagado dentro de La Signoría. A diferencia de Maquiavelo, Biagio Buonaccorsi, igual que muchos otros, se guardaban de las fuerzas internas con espías para sacar información. El secretario nunca lo había hecho, iba a pecho descubierto, confiado en que Soderini era su valedor, y enmudeció cuando leyó el documento con el sello de Alamanno Salviati con instrucciones para consumar un complot contra Maquiavelo. Un alto empleado del servicio de

Cesare Sadoletto, jefe en una de las delegaciones de cobro para los Médicis en varias localidades florentinas, estaba dispuesto a falsificar documentos probatorios de un soborno sobre Maquiavelo, por los cuales se podría demostrar que había cobrado doscientos ducados de oro por cuenta de los Médicis de Roma.

-¡Esto es una estupidez! -estalló Niccoló-. ¡Nadie podrá creer que estoy sobornado por unos Médicis que desean verme fuera de La Signoría en cuanto me descuide!

-Saben que lo he descubierto, y no tardarán en reaccionar, Niccoló, y aunque ahora quizá se pueda parar esta conjura, tienes que comprender que ya no estamos en el juego limpio de la política de principios, sino que esto se ha convertido en una guerra abierta contra ti.

-Tienes ahí la prueba de su conjura. Les denunciaré.

-Sí, pero no será bastante. Contestarán a la demanda con otras denuncias contra ti, hasta involucrarte en algún asunto turbio. Saben que, si te destruyen a ti, Piero Soderini no será capaz de seguir adelante.

-¿Y qué quieres que haga, Biagio? -resolvió al fin Maquiavelo- No tengo títulos de nobleza, ni fortuna, ni poder financiero que pueda perder... Sólo tengo mis ideas, mis convicciones y mi experiencia, y eso, aunque quisiera, no me va a abandonar. ¿Qué pueden arrebatarme esos enrabados hipócritas?

-Sólo la vida, Niccoló.

Aunque Maquiavelo quisiera tener en cuenta las palabras de Biagio, le suponía un desgaste de energías muy considerable pararse a pensar en cómo los celosos de su trabajo podrían hacerle algún daño; al fin y al cabo, sólo podían envidiarle sus teorías, su inteligencia, su amor a la historia y a su patria, mientras que lo importante de veras en Florencia eran los títulos de nobleza y la fortuna y él no poseía nada de eso, así que no tardarían en dejarle en paz cuando lo comprendieran. Era preciso ahora emplearse a fondo para consumir un logro que definitivamente rubricaría el proyecto de su República: conseguir Pisa. Su ejército miliciano ya estaba preparado para acometer su primera misión.

En la negociación previa con Luis XII, aprovechando que el ejército francés se hallaba ocupado en Génova y con la propuesta de alianza contra Venecia, el monarca no tuvo fuerza para oponerse a la solicitud que le planteaba por sorpresa Florencia: el cumplimiento de una vieja deuda, permitiéndole al gobierno florentino su intervención en Pisa. Maquiavelo había encontrado astutamente la oportunidad adecuada, y la había aprovechado. Como compensación para que el rey de Francia se retirase de Pisa, La Signoría había aceptado que el maestro Leonardo da Vinci se trasladara nuevamente a Milán, primero al servicio del mariscal de Amboise Carlos Chaumont, y después a la propia corte de Luis XII como su pintor oficial, contando con la inestimable colaboración del artista, que había accedido a su nuevo destino.

Maquiavelo había convencido al Consejo de los Diez para poner en práctica las tácticas militares aprendidas en Alemania, colocándose al frente de las tropas del ejército popular, ya por fin reunido y dispuesto para demostrar su valía en el momento más oportuno, y no sólo para conquistar Pisa, sino también de cara al futuro, pues las maniobras de Julio II della Rovere en Roma estaban dando resultados en su favor, y nadie podía prever hacia dónde dirigiría sus miras después de alcanzado su primer objetivo.

El Papa había convencido uno a uno a los grandes príncipes europeos, prometiéndoles a cada cual su propio anhelo. A Luis XII le hizo concebir la esperanza de desquitarse de la afrenta que le habla supuesto perder Nápoles, compensando su quebranto con Venecia, todavía más rica y con mejores comunicaciones que aquélla. Al emperador Maximiliano le recordó que Padua, Treviso y otras ciudades del Véneto habían sido durante mucho tiempo atrás germánicas y que, gracias a esta gran empresa común, podría recuperarlas. A Fernando de Aragón, aliado de Francia y de Alemania, le interesaba sobremanera un reparto de las vías con Oriente desde Venecia, con sus miras siempre puestas en la defensa de los intereses aragoneses en el Mediterráneo. El astuto Papa había logrado comprometer también a otros Estados, como Hungría, Saboya y Mantua.

Con tan imponente reunión de gobiernos, se había dado por constituida la Liga de Cambrai en diciembre de 1508, con el firme propósito de conquistar Venecia. La República de Venecia, limítrofe con el ducado de Milán, era un ejemplo a batir para el Papa, mientras que para Florencia era un modelo de supervivencia, lograda por la avenencia en los intereses de sus comerciantes desde varios siglos atrás. Pero su tremenda potencia y su prosperidad eran ambicionadas por los príncipes europeos; si no podía conseguirla, Julio II prefería destruirla.

Maquiavelo se había vuelto a ausentar de Florencia, en el agotador trabajo de reunir las tropas y coordinar las acciones militares contra Pisa. Le habla acompañado en esta ocasión Casio di Fiore, al que los miembros aristócratas del Consejo habían comisionado para asistir como ayudante de Niccoló, y como alumno.

La disposición del asedio había sido un éxito, la organización de las tropas a cargo de Maquiavelo resultó ejemplar y el ánimo de los soldados se crecía con los consejos y las reflexiones que el secretario les sabía comunicar en el momento adecuado. Pisa comenzaba a dar síntomas de que se planteaba capitular. Su propio sobrino Giovanni Vernacci había comprendido, como buen comerciante, la oportunidad que sería para él encontrarse en la primera fila de oficiales que entrasen vencedores en Pisa y se había enrolado por ello en el batallón de asedio de primera línea, a las órdenes de uno de los capitanes de confianza de Maquiavelo. El secretario no tenía mayor interés en estar más tiempo en la capital; sólo pasaría un día escaso por su ciudad para informar al Consejo, y al amanecer del día siguiente tendría que marchar de nuevo a proseguir el reclutamiento y conducir el pelotón hasta el campamento designado. Era necesario apresurarse. La Liga de Cambrai marchaba contra Venecia, y Florencia tenía que asegurarse definitivamente la posesión de Pisa, para adelantarse a las pretensiones de la Liga, que sin duda volverían rápidamente sus ojos hacia el rico puerto pisano. Cuando llegó al campamento principal con nuevas tropas reclutadas, le fue comunicado que Pisa había pedido conversaciones para una negociación.

La entrevista tuvo lugar en Piombino, en el mes de febrero de 1509, y el gobernador había recibido a Maquiavelo con insolencia, haciéndole saber que él esperaba a dos ciudadanos ilustres para negociar con la envergadura que merecía el caso, y no a un «secretario» sin apellido.

-Para hacerlos entender vuestra conveniencia no necesitáis nombres altisonantes, y ya os basta el mío. Florencia me comisiona para deciros que

quiere a Pisa en la mano, libre con todo el dominio. No tenéis más opción que someteros a Florencia, acatar su soberanía y su gobierno. De no ser así, yo mismo, con mi nombre y mi apellido completos (aunque no sean de vuestro gusto), daré la orden de atacar Pisa, y que no quede de ella más que el puerto, los palacios y vuestros bienes, que serán todos de La Signoría.

El gobernador se hallaba rodeado de su Consejo ciudadano. Todos escucharon las palabras de Maquiavelo, que les ofrecía media hora para tomar una decisión. El jefe de Pisa se revolvió contra Maquiavelo y contra Florencia, escupiendo por su boca insultos rabiosos, pero los miembros del Consejo pisano lo hicieron callar rápidamente anunciándole que ya no representaba a Pisa y con su resolución, ya tomada, para Maquiavelo:

-Embajador, Pisa quiere la paz -resolvieron sin más cuestión.

Maquiavelo regresó al campamento central de la campaña de asedio, acompañado de los representantes del Consejo pisano y su condado, los cuales repitieron las mismas palabras ante los capitanes del ejército florentino y los representantes de La Signoría. Un enorme júbilo embargó a todos los reunidos, y fueron enviados rápidamente correos suficientes a Florencia comunicando la rendición de Pisa. El primero en abrazar a Niccoló, su amigo y maestro, como lo llamaba, fue Casio di Fiore, orgulloso de su éxito, que era el éxito de la República de Florencia. Aunque la presencia de Casio en aquella misión había sido pedida por los miembros del partido aristócrata de La Signoría, seguramente el confaloniero Soderini habría accedido a ello sin problema y sin plantearse más, pensando que a él también le favorecía, pues Casio di Fiore le era incondicional. A Maquiavelo le había extrañado sobremanera la situación, pues eran constantes las críticas vertidas contra el bello Di Fiore como protegido del alcalde; sin duda obedecía a algún cambio en la estrategia de los Grandes.

Virgilio Adriani, primer secretario de La Signoría, se había trasladado en persona para firmar el documento por el cual Pisa pasaba a ser de nuevo territorio florentino: su salida al mar. El 8 de junio de 1509, exactamente cinco años después de que el *David* se alzara como un dios en el corazón de Florencia, la delegación de comisarios florentinos entraba en Pisa para restaurar las instituciones según el gobierno de La Signoría, y firmar el acta de sumisión de la rebelde ciudad pisana. Uno de los sueños de Florencia estaba cumplido y nadie podía dejar de atribuir al secretario Machiavelli su logro; nadie podía negar que había sido Maquiavelo el hacedor del triunfo de Florencia, aunque a unos les llenara de alegría y a otros les hirviera la sangre de rabia y de disgusto.

Maquiavelo acababa de cumplir cuarenta años y se sentía en la cúspide de su potencia. Había demostrado que las guerras se ganan con inteligencia. Había enviado un correo a su amigo el maestro Da Vinci, el primero de quien se había acordado en el glorioso momento de la firma de Pisa:

-Messer Da Vinci, amigo mío, dad por concluido vuestro lienzo de la *Gioconda*, aunque el Arno haya seguido su curso, pues Pisa está tomada y rendida, lo único que sin duda estaría esperando vuestro pincel para rubricarlo. Os dedico a vos este logro, en el deseo de que pronto establezcáis en este puerto magnífico la sede de una nueva escuela de artistas comandados por vos.

Nicolás Maquiavelo se refería a la fuga de artistas que inquietaba a Florencia últimamente, pues aunque el traslado de Da Vinci estuviera excusado

por la conveniencia política, no se había visto con buenos ojos en la capital; además, Messer Da Vinci era ya un venerable anciano de cincuenta y siete años, que podía estar sujeto a que cualquier enfermedad le obligara a no regresar a Florencia. Michelangelo Buonarroti seguía en Roma, enfrascado en el proyecto pictórico de la bóveda de la capilla Sixtina, a la que, según decían, le dedicaba todas las horas del día, pues incluso dormía de mala manera en el andamio, sin querer saber nada del resto del mundo. También el joven Rafaello Sanzio se había marchado de Florencia a la corte de eruditos que el magnífico Giuliano di Lorenzo dei Medici había establecido en Urbino, donde quería disfrutar de la vida mientras durase lo que tuviese que durar su exilio.

Las nuevas voces que se alzaban en Florencia rechazando el gobierno de Soderini lo hacían añorando el esplendor que los Médicis habían creado para Florencia. Aclamaban a los Médicis como si todos ellos fueran ese Lorenzo el Magnífico, personalísimo, genial, que había creado una Florencia como extensión de su palazzo de la Vía Larga, atrayendo otras fortunas a la ciudad, y más financieros, y comerciantes, que a su vez otorgaban mayor riqueza a sus ciudadanos, despreocupados del poder político. Ahora, el brillo artístico y financiero de Florencia se había opacado y el trabajo escaseaba para los menos afortunados. Aunque algunos, como Maquiavelo, tuviesen por seguro que era sólo una etapa de transición, que los logros vendrían, que Florencia volvería a ser espléndida y su brillo pertenecería a todos sus ciudadanos por igual y no solo a unos pocos, lo cierto era que el pueblo mostraba señales de impaciencia y profundo descontento, porque algunos avisados se habían encumbrado con desmanes y abusos aprovechando la complicada situación económica, y el gobierno interior de la ciudad se lo había permitido.

Pero ninguna sombra parecía que fuera capaz de empañar la nueva esperanza de Florencia en aquellos días del otoño de 1509, en los que la celebridad de Maquiavelo había alcanzado una consideración sin igual, centro de homenajes y celebraciones con fuegos de artificio en los barrios de la ciudad, pues todos los implicados en la conquista de Pisa sabían muy bien que la mayor parte del mérito le correspondía al secretario, un hombre del pueblo, y que la organización de la milicia ciudadana había sido la verdadera gran oportunidad de Florencia para demostrarse a sí misma que su proyecto de República independiente era posible.

-Ahora puede ser el momento -le indicó el buen Biagio- para congraciarte con los del partido aristócrata.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Niccoló, incrédulo ante lo que parecía querer insinuarle su amigo Buonaccorsi, en aquella noche en que la peña se había reunido al pleno para comer truchas y beber vino brindando por la victoria sobre Pisa.

-Sabes que eres el centro de los homenajes de unos y de las conspiraciones de otros... -se atrevió a contestar Biagio, levemente, pues la sola mirada de Niccoló cuando empezaban a tratar este tema lo sobrecogía, haciéndole temblar.

Por eso mismo, fue Filippo Casavecchia quien tomó las riendas del consejo que querían darle a su amigo:

-Niccoló, queremos que seas prudente, porque tus ideas gustan solamente a los sabios, y éstos son pocos, ya que son muy superiores en número los traidores, los intrigantes y los egoístas. Tu peña está preocupada

por ti, pues no refrenas tu lengua, que es ágil y brillante, pero peligrosa, y no te cuidas de los envidiosos y los mezquinos, que te acechan.

-Alguien como tú -reconoció Antonio Guiciardi-, que sirve al bien común y sólo mira los intereses de su patria con innegable integridad y voluntariosa dedicación, debería ser honrado y estimado por siempre, pero en este tiempo ocurre lo contrario, amigo mío, y cuanto más rectamente actúa una persona inteligente, con más desconfianza y odio y recelo es mirada y acechada, y no dudes que a más de unos cuantos les gustaría hacerte daño, e impedirte que prosigas con tu trabajo bien hecho.

-Escúchanos a nosotros, que somos tus amigos -siguió exhortándolo Giuliano Brancacci, otro de los miembros de la peña, perteneciente a una buena familia florentina y con recursos suficientes para soportar la poca dedicación al trabajo del hijo-; Niccoló, generas una hostilidad que tienes que comprender, pues hay muchos que te tienen una peligrosa ojeriza. Aquí, en Florencia, los méritos sólo pueden pertenecer a los de familias poderosas, mientras que tú eres un sencillo sin apellido ilustre, al que muchos arremeten ya diciendo que no puedes ejercer el oficio que estás ocupando...

-Escribes crónicas mordaces de personajes influyentes, frecuentas los burdeles, eres amante de la Riccia -apostilló Tommaso del Bene-, ¿no comprendes que tendrías que reformarte y agradar a los que pueden hacerte daño?

Maquiavelo había escuchado con paciencia.

-Los hombres no pueden cambiar su propia naturaleza -sentenció Maquiavelo al cabo de un momento-, y no seré yo quien acometa la inútil tarea de pretender cambiar la mía. No rogaré ni agradeceré aquello que me corresponde por derecho y por mérito, y mucho menos a aquellos envidiosos que sólo desearían ser lo que yo soy y no pueden. Pero tampoco cerraré mi boca para alivio de los hipócritas. Yo no sé servir a los poderosos, sino a mi patria, y si los honores están reservados para los aduladores, yo no quiero honores, porque es mi mejor victoria no haber cedido a la humillación de negar mi verdadero poder, que son mis méritos y mis logros -se levantó, con el plato a medio acabar y el vino recién servido, y alargó el brazo para coger su escueta capa negra envejecida-. Y ahora, amigos míos, os dejo, pues me espera el asunto de la guerra contra Venecia, y tengo que partir a Mantua y luego a Verona, donde sin duda me espera otro éxito para Florencia..., y, por cierto -añadió con tono displicente, volviéndose expresamente para mirarlos a todos-, sólo yo puedo decir que soy amante de la Riccia, pues hay muchos adoradores de su persona y hay muchos envidiosos que querrían robarme ese título mañana mismo, pero que, como la zorra, desprecian lo que no pueden obtener; pues bien, escuchadme, que yo tengo lo que ellos ansían y, además de gozar de ella, que sepan y se fastidien, que gozo también del inmenso despecho que intuyo en sus insultos.

Se había marchado por primera vez de la reunión de sus amigos; al fin, tampoco sabía si ellos mismos estaban también celosos, o se habían vuelto acomodaticios cediendo al miedo a perder su poder. Niccoló había dotado a Florencia de una milicia propia y había logrado recuperar Pisa; era suficiente para que su ánimo estuviese conforme consigo mismo, y no iba a preocuparse por las intrigas florentinas. Además, sabía que contaba con el apoyo incondicional del confaloniero Piero Soderini, y que él pararía cualquier denuncia que sus insistentes enemigos elevaran contra él, como ya lo había

hecho con varias acusaciones que intentaban desacreditarlo, y alguna que otra querrela que le habían interpuesto sin éxito.

Lucrezia Ricciardi volvía a recibirlo en su casa, y le habla enviado una nota llamándolo. Aunque no habían mantenido relación Intima, ella estaba más cariñosa y complaciente que nunca; sólo sus besos y el calor de su respiración recostada sobre el pecho de Niccoló le bastaban para reconciliarse con el mundo. No hacía falta el lecho para gozar de estar juntos, le había dicho ella, pero más tarde le revelaba que su enfermedad era irreversible y no podría ya cohabitar con él como amante, que el riesgo para su vida era grande; y aunque su primera frase estaba llena de amor, no había podido evitar derrumbarse. Se había dado cuenta a tiempo para no perjudicarlo; alguno de esos jóvenes amantes contratados como entretenimiento en las fiestas de los palacios de renombre entre bebedizos de lujuria y polvos estimulantes traídos de Venecia, alguno de aquellos enmascarados negros, un cuerpo de ébano joven y hermosísimo en la última celebración del solsticio, le había clavado el aguijón de una enfermedad venérea que le obligaba a continuos cuidados médicos durante todavía un tiempo.

-No debiste llamarme Florencia -le dijo, sollozando como una niña que ha perdido su inocencia-; ahora lloro por mí y por esa que tú amabas, tu Florencia...

Niccoló había abrazado tiernamente a la Riccia, hasta que se quedó por fin dormida; la observó un tiempo, antes de marcharse en plena noche, sin fuerzas para verla despertar. Su Lucrezia, su diosa Flora, no había cumplido todavía los treinta años; estaba aún muy hermosa, pero herida en su esencia, infecta de su propia voluptuosidad con un terrible riesgo de marchitarse para siempre. Niccoló aceptaba a Lucrezia en su esencia, igual que a Florencia, y sabía que él no poseía todos sus secretos. De ninguna de las dos. Pero Niccoló se conformaba con disfrutar amándolas, con gozar al entregarles su pasión; no era otra su intención, ni era otra su posibilidad. Pero no podía aceptar que fuese la muerte prematura el destino de su Florencia. Sacudió la cabeza; los médicos estaban consiguiendo avances extraordinarios: ya no se conformaban con las explicaciones sobrenaturales para las enfermedades, ahora experimentaban con remedios verdaderos, y la ciencia había hallado fórmulas para salvar de males que anteriormente conllevaban una muerte segura.

Regresó a la sombría casa de Totto, ya de noche, después de haber comido algo en una taberna, y sólo el tiempo preciso para dormir un poco. Pero no le había dado tiempo a desprenderse siquiera de la sobrecamisa, cuando oyó unos golpes en la puerta. Descorrió el cerrojo ya echado y abrió la portezuela baja, incrustada en el portón. A la luz del candil de aceite que Niccoló sostenía en su mano, el rostro de Casio di Fiore parecía esculpido en mármol blanco, como su gemelo el *David*. Nunca podrían ya desprenderse uno del otro, pensó Niccoló en una ráfaga de certeza, nunca podrían separar sus destinos: Casio di Fiore iba a ser ya para siempre ese *David* de Florencia sobre el que todos los florentinos habían depositado sus sueños, pero también la visión del *David* en la piazza de La Signoría llevaría irremediablemente al recuerdo de la belleza de Casio.

Una vez en el interior de la casa, Niccoló lo condujo hasta una sala donde se recopilaba, en estantes corridos, la pequeña biblioteca abandonada de Totto, con una mesa escueta, la que Niccoló empleaba para trabajar en sus

escritos, y alguna silla. Cuando Casio se liberó del capuchón, quedó al descubierto su palidez extrema y el temblor descontrolado de su mentón. Estaba aterido de frío; le instó para que se acercara a la chimenea, todavía con suficiente brasa. Se fijó en sus ropas, que estaban hechas jirones; sus manos sangraban y Maquiavelo, instintivamente, quiso tocarlas, pero él las retiró como un animal asustado. ¿Qué había llevado a aquella situación a Casio di Fiore, el joven más amado en Florencia, el emblema de la belleza florentina, su *David*?

-Casio, decidme qué necesitáis de mí -le dijo amablemente Niccoló.

-La va a matar... Es imposible callar por más tiempo, nadie sabe en verdad quién soy, nadie..., y ella puede morir -contestó Casio, ajeno al momento.

-¿Qué estáis diciendo?, tranquilizaos, amigo, os traigo un poco de vino...

Pero el joven no era consciente de su cuerpo, ni de su sed, sólo de un dolor infinito que se retorció en todo su ser.

-Y yo moriré también..., si no puedo verla más, yo moriré..., él la va a matar, pero sé que ella quiere morir, y yo moriré también.

-¿Quién es ella, Casio, amigo mío, quién es ella? ¿Cuál es su nombre?

-Luciana...

-¿Luciana Sadoletto? -preguntó, casi espantado, Niccoló.

Sólo porque podía intuir la desesperación de amor en el pecho de Casio, hermana con la suya misma sabiendo que añoraría ya para siempre el abrazo imposible de su amante, pudo encajar la terrible revelación de Casio hablando entrecortadamente, deshecho en lágrimas de amargura incontenible:

-Luciana Sadoletto y yo somos amantes. Nadie lo ha sabido nunca, no me importaba lo que se decía de mí..., nos amamos... Cesare Sadoletto nos descubrió, está cautiva en la casa, yo quise entrar, los perros..

Maquiavelo comprendió que Casio no podía ser forzado a hablar; sus palabras parecían inconexas, pero podía adivinar el terrible argumento de la maldad del viejo Sadoletto. No era el momento de atar más cabos. Sin más preguntas, Niccoló condujo suavemente al joven hasta el sobrio dormitorio que había utilizado su hermano Totto estos últimos tiempos, y le ayudó a tumbarse sobre el lecho. Le tendió una manta, pues a pesar de la tibieza de las noches del otoño en Florencia, le pareció que Casio estaba abrumado de frío, y dejó encendida la vela sobre la mesita al pie del camastro. Él se aclimató en una silla de brazos incómoda, como la mayor parte de los muebles de su hermano Totto, y se dispuso a velar su somnolencia. Los sollozos de Casio en el llanto pertinaz de su propio sueño lo despertaron al cabo de tres horas y se acercó para que recobrará el control.

-Quiero salvar a Luciana, Messer Niccoló -pricipió a decir Casio di Fiore, al cabo de un momento-. Nos amamos desde que éramos niños, no podemos vivir el uno sin el otro. Se han dicho muchas cosas de mí, pero nadie sabe... que la niña que vive con Sadoletto es hija mía y de Luciana.

Maquiavelo percibió que un leve mareo le envolvía, como el que embarga al que traspasa una puerta abierta de repente. La belleza de Casio también estaba en la ambigüedad que hacía posible cualquier secreto en él. Pero nunca hubiera parecido posible una revelación así en un ángel.

-¿Cómo os conocisteis, amigo Casio?

El bello florentino, que a sus veintiocho años mantenía el esplendor adolescente que lo había hecho inmortal, dudó un instante; calibraba, quizá, que una vez revelada su confidencia, quedaría al descubierto el mayor secreto

guardado de toda Florencia. Pero no podía soportar por más tiempo la desdicha de no poseer a la luz del mundo a su amada Luciana, y decidió descubrirlo por fin.

-Mi madre... era una mujer muy bella, y muy humilde..., y servía en el lecho a algunos hombres poderosos de Florencia; yo la acompañaba, esperaba en algún sitio... Yo tenía once años, pero a Cesare Sadoletto no le importó su muerte, pues ya se había fijado en mí, y ya la había sustituido conmigo para sus vicios...

Niccoló miró a Casio, que hablaba como si lamiese las heridas inconmensurables de su alma. La naturaleza de Casio era complacer, y la vida lo había hecho hermoso para cumplir con su sino... Seguramente Casio debía su supervivencia a su propia belleza, era quizá la explicación a que el tiempo pareciera detenido en sus facciones eternamente adolescentes, como una alegoría de Florencia; Casio había sido alzado como símbolo del espíritu florentino, ese *David* que encarnaba la libertad, emblema del ansia de independencia, el sueño posible de la fuerza de la verdad. Ansiado por todos, codiciado, adorado, sabía que sólo podían poseer de él su belleza; nada más, porque él era dueño de su auténtica verdad, pero ¿cuál era esa verdad? ¿Acaso había sido ésa la opción de Casio, o era sólo aceptación de una fortuna que no era posible cambiar? ¿Dónde quedaba entonces la potencia del hombre, tal como los nuevos artistas, tal como él mismo en sus discursos arengaba a considerar, ese nuevo hombre ensalzado como centro del universo? ¿Podía, al fin, el hombre ser dueño verdaderamente de sus actos?

-Cesare Sadoletto -Casio seguía hablando lentamente- me llamaba y yo acudía, porque era la forma de poder ver a Luciana; nunca supo que ella y yo nos amábamos, todo lo resistí por verla una vez más. ¡Habíamos nacido para encontrarnos y amarnos!

Casio sollozó de nuevo.

-Calmaos, amigo -le sosegó Niccoló-. No sigáis si no lo deseáis.

-Sí, Niccoló, debo hacerlo, debéis saber la verdad -se apresuró a contestar-. Cuando Luciana ya no pudo ocultar su preñez, el viejo Sadoletto cayó en la cuenta de todo y la llevó cautiva al convento del hospicio del Espíritu Santo. Yo podía hablar denunciando sus vicios y él lo sabía, pero él podía hacerle daño a Luciana y yo también lo sabía... Entonces llegamos a un acuerdo: yo trabajaría para él de otro modo, y los dos guardaríamos silencio.

El secretario se levantó a apagar la vela. Había amanecido completamente. Pensó que esa luz era más turbia y terrible que las tinieblas de la noche anterior. No sabía si quería seguir escuchando, pero Casio vomitaba a borbotones la verdad por su boca. Los secretos de Florencia a la luz, esa patria suya jugando en el difícil equilibrio de la verdad a medias de las apariencias, de la belleza deslumbrante que tiene que ocultar la sordidez de la auténtica verdad: que el esplendor es efímero, que la libertad plena no existe, que la belleza es pasajera, que la independencia es una ilusión.

-¿En qué consistía ese... trabajo?

-El viejo Sadoletto se quedó con la niña -siguió contando Casio atormentado, evitando la respuesta-, y la criaba como suya, pero nunca le perdí de vista... Yo he continuado viendo a Luciana, todo este tiempo, ocultándonos del mundo..., sobornaba a las monjas del convento, sí, grandes sumas de florines viejos para pagar su silencio..., pero alguien se lo dijo a Cesare Sadoletto.

Niccoló recordó la noche en que Piero Soderini y él se lo habían encontrado.

-Aquella noche en que dijisteis que veníais de Orsanmichele, os perseguía él, ¿verdad?

-Sí..., pero él no sabía todavía quién era yo... Cesare Sadoleto perseguía a una sombra.

-¿Y, ahora, por qué desveláis todo esto?

-Llevó a Luciana a su propia casa y pude verla en secreto unas pocas veces..., hasta que hoy ha soltado a los perros; él lo sabía todo por fin, mi confidente me había traicionado y él ha salido a mi encuentro cuando atravesaba la floresta..., ciego de furia, atizaba a los perros para que me matasen... ¡Luciana está enferma, Messer Machiavelli, él está matándola, no puedo callar por más tiempo esta angustia, la quiere para él, y si no puede tenerla prefiere saberla muerta!

-¿En qué consistían vuestros trabajos para Sadoleto? -insistió Niccoló.

-Le serví como espía..., creí que podría soportar esta vergüenza, pero me equivoqué. Sólo quiero que sepáis que mi único afán era estar cerca de Luciana, vivir para ella...

-Descansad, Casio -resolvió por fin el secretario-; podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis, no importa que yo no esté, quedaos cuanto necesitéis, y tened cuidado.

Maquiavelo iba a salir ya, pero Casio todavía guardaba algo más y lo soltó a bocajarro:

-Messer secretario..., hay un complot para derribar a vuestra República... -el sudor que había inundado la frente y los miembros de Casio había desaparecido; ahora su expresión volvía a ser la misma serena y perfecta formación de su rostro, tal como lo hablan pintado y esculpido los artistas, pero Maquiavelo creyó que estaba viendo sólo su espectro.

-¿Qué estáis diciendo?

-Julio Médicis..., lo conozco muy bien, creedme. Le serví como espía de César Borgia... fue por mi mano... aunque en el complot hubiera otros intereses, yo le obedecía a él, a cambio de sus falsas promesas, sin embargo..., porque me engañó.

Maquiavelo se sentó, más desvencijado su propio aliento que esa silla en la que se habla desplomado.

-¿Qué tenéis que ver vos con Julio Médicis?

-Una vieja historia, Messer Machiavelli, una vieja traición. Él sabe algo de mí que..., pero no importa, ahora ya no importa, escuchadme: Julio planea desde Roma el retorno de su familia como regente a Florencia, apoyado por las armas de una gran alianza militar. Tiene una enorme influencia sobre el papa Della Rovere, y nunca ha renunciado a su intención de expulsar a Soderini de Florencia, derribar su gobierno republicano y volver a ella, asentando a los Médicis como una dinastía de soberanos.

-No dudo que ésa haya sido siempre su intención... -Maquiavelo sentía una ácida presión en la boca del estómago y le dolía la cabeza. No podía imaginar qué terribles secretos guardaría todavía Casio. Él seguía hablando:

-Pero ya sabe cómo hacerlo, y es a través vuestro.

-¿Qué?

-Cuando os acompañé a Pisa, yo tenía que acabar con vuestra vida.

La confesión de Casio no provocó alteración alguna en Maquiavelo, no mayor impacto que las otras revelaciones anteriores; «aquí estoy, no obstante», parecía pensar, mientras miraba al joven David, intentando escrutar en su pensamiento.

-¿Por qué no lo hicisteis? -le preguntó, por fin.

Casio suspiró largamente, como si hubiera podido liberarse de su propia alma, pesándole en todo su ser.

-Sois la única persona honesta que pisa Florencia, Messer Machiavelli... -acertó a musitar Casio di Fiore-, sois el único corazón puro que conozco entre toda la maraña de políticos que quieren aprovecharse de esta ciudad. Ni siquiera por poseer a mi querida Luciana yo podía,.. ¡Perdonadme, os lo ruego!

-Estáis desesperado, amigo -le contestó Niccoló-; no es culpa vuestra. Mas ¿qué puede tener de peligroso, y para quién, un pobre desgraciado sin linaje como yo, un pobretón?

-Miradme a mí -respondió entonces Casio, serenándose-, miradme: he aceptado la traición para poder acceder a lo que mi condición me niega, y los poderosos me hacen pagar mi ambición y mi debilidad con la humillación de mi alma; en cambio vos, Messer Machiavelli, no necesitáis traicionar, no necesitáis humillaros, no necesitáis los favores que ellos os puedan conceder, ¿no lo veis? ¡Ellos no os hacen falta y lo saben, pero no os lo van a perdonar! No necesitáis ser hipócrita, no necesitáis vivir de apariencias, vos aceptáis lo que sois, pero sois por encima de ellos, y eso les incomoda...

-Pero no es bastante, Casio.

-Estáis demostrando al mundo que la verdadera valía está en la persona y no en el apellido -añadió Casio-; sois vos ese hombre nuevo, el que representa la nueva era que los profetas dicen llegada, y no quieren que cunda vuestro ejemplo, no quieren que otros como vos puedan cuestionar su poder, ¡intentarán deshacerse de vos, de un modo u otro!

Nicolás Maquiavelo sirvió un poco de agua y bebió calmadamente. Hasta dónde podía llegar la resistencia del tiempo viejo, pareció pensar para sí, pero no sentía miedo. Realmente, no tenía nada que perder, y ésa era su libertad y también su poder. Sintió lástima por Casio, el bello mancillado por las manazas de quienes odiaban lo que no podían poseer; en cierto modo, él era como Casio, sólo que había tenido más suerte. Simplemente porque se había dado cuenta a tiempo de que nunca sería uno de ellos, y en cambio Casio había albergado esa fantasía imposible. Aunque amara a Luciana Sadoleto, no podría desposarla, y eso mismo le pasaba a él con Florencia. Aunque amara así, patria, no podría ser su príncipe. Quería averiguar qué relación tenía con Julio Médicis, pero el joven se había tumbado de nuevo, y Maquiavelo estaba desconcertado; esperaba a preguntarle a su vuelta.

Cuando regresó al final del día, Casio di Fiore ya no estaba. Deseó que el atormentado joven no hubiera escuchado el rumor que se había extendido. Toda Florencia cuchicheaba y comentaba en voz muy baja, con la falsa confidencialidad de los grandes secretos, que un jardinero juraba haber cavado una fosa del tamaño de una persona en el jardín posterior de la residencia Sadoleto. Si la hija había desaparecido hacía años, ¿para quién era esa, sin duda, sepultura? Las conjeturas más inverosímiles se aventuraban: que si una amante secreta del viejo Sadoleto, que si un tesoro prohibido, que si la propia hija que, retornada después de mucho tiempo, había muerto de fiebres repentinas... En todos los lugares donde Maquiavelo había escuchado el

comadreo había acabado igual, reprochando con acritud a los que se hacían eco de murmuraciones y malas lenguas que derrochan tanto tiempo y energía, cuando había tanto que hacer por su patria..., que el tal agujero sería una zanja para el riego, que no habría tal agujero..., que se dejaran de criticar y se aplicasen en pensar en cómo defender mejor a su ciudad. De todos los sitios salía, por fin, malhumorado, y con un peso raro en la boca del estómago, ese estómago que empezaba a dolerle de vez en cuando, sin saber por qué.

Recibió noticias de su sobrino Giovanni Vernacci en los primeros días de 1510. Después de asegurar su negocio en Pisa, se había enrolado como capitán de fortuna en la Liga de Cambrai, pues planeaba hacer lo mismo en Venecia. Quería tener su propia flota de naves mercantes para comerciar con Oriente, y cuando por fin entraran las tropas de la Liga en el rico puerto veneciano, él se afianzaría en Venecia con una extensión de su negocio. Aunque los venecianos se defendían con coraje, y habían acuñado como insignia de su defensa una imagen del san Marcos patrono de su República, que, en vez del libro, empuñaba una espada. «Pienso, como vos diríais, tío, -le escribía en un aparte-, que esa reacción de los venecianos demuestra que para conservar un territorio la religión cuenta poco, y que son más útiles las armas que las oraciones. También ellos tienen un ejército de voluntarios fogosos que no se arredran, pero sabed que lo complementan con un cuerpo diplomático de embajadores con buenos modos que, además, saben hacer regalos.» Le enviaba, asimismo, saludos afectuosos para su tía Marietta, y le pedía que hiciese llegar ese paquete a su madre Margherita, que ahora, ya viuda, vivía junto a ella y los pequeños hijos de Niccoló en Sant'Andrea in Percussina, el Albergaccio.

Antes de partir hacia su siguiente legación para Mantua y Verona, que le mantendría de viaje hasta entrada la primavera, Maquiavelo fue a ver a su familia. Encontró a sus hijos cambiados: Bernardo, el mayor, tenía siete años; Guido ya caminaba sin ayuda, con poco más de dos; Primavera, de cinco años, era una niña preciosa, y la pequeña Baccina, que acababa de cumplir trece meses de edad, no se había separado de los brazos de su madre, llorando sin parar. Marietta estaba muy débil; este embarazo lo llevaba mal, sólo cumplía cuatro faltas pero sentía que éste no era como los otros embarazos, y le hizo saber a Niccoló sus inquietudes: que tenía un raro presentimiento, que estaba raramente cansada, que se temía que no llegara a buen término este niño. Maquiavelo hizo gestiones al respecto en el pueblo. Ahora le iban mejor las cosas Y podía pagar por adelantado los cuidados de un médico para que estuviese pendiente de Marietta y que fuese a visitarla una vez por semana. Luego se reunió con varios campesinos y granjeros del entorno, informándose sobre la posibilidad de instalar un pequeño criadero de pollos. Dejó previstas algunas gestiones hasta su nuevo regreso, y entonces tomaría una decisión definitiva.

Le había llevado el recado del sobrino a su hermana Margherita, todavía de luto, y se confirmó en la buena idea que había sido sorprender a su esposa Marietta con un regalo espléndido: una pieza entera de paño de muy buena calidad, que, aunque ella no le había pedido, sabía que le iba a alegrar el ánimo. Marietta no solía preguntar por las misiones de su esposo, pero en esta ocasión las noticias de la guerra contra Venecia llegaban también hasta San

Casciano y Sant'Andrea, porque escaseaban las especias y muchos de los productos que habitualmente se compraban al territorio vecino.

-¿Entrará en guerra también Florencia? -le preguntó con cierta inquietud.

-Mucho me temo que, tarde o temprano, sea inevitable -le había contestado Niccoló-, a no ser que se resuelva la cuestión con la renuncia de los venecianos; pero ellos van a resistir, pues son muy hábiles negociando. La Liga ya ha tenido alguna victoria, pero las desavenencias entre el emperador Maximiliano y el rey francés Luis XII no cesan, pues éste disputa por la posesión de los territorios prometidos a Alemania, y darán al traste con los primeros objetivos. Al final, saldrá fortalecida Venecia, porque sabrá aprovechar el tiempo de margen que le permite la ambición de Luis XII.

Marietta lo abrazó, con el cariño escueto que era capaz de entregarle, y le hizo alguna recomendación para su seguridad en el viaje: que comiese bien, que durmiera más, ahora que ya su edad no era la de un joven.

-¿Volverás a Florencia, Marietta?

-De momento, sigue viniendo tú a Sant'Andrea, Niccoló, es más fácil para todos.

PARTE TERCERA

*Dicen los prudentes, y no por casualidad ni sin sentido,
que quien desea ver lo que ha de ser,
considere aquello que ha sido:
porque todas las cosas del mundo en todo tiempo
tienen su propio igual en los tiempos antiguos.
Ello se debe a que, siendo obras de hombres,
que tienen y tuvieron siempre iguales pasiones,
ocurre necesariamente que produzcan efectos iguales.*

NICCOLÓ MACHIAVELLI,
Discursos sobre la Primera Década de Títo Livio, III, 43

CAPÍTULO 9

Florenzia es como esa mujer del retrato de vuestra alma, maestro Da Vinci...

La corriente del Arno arrastró el cadáver hasta encallarlo en su orilla, junto al Ponte Vecchio. Apenas había amanecido cuando las primeras voces alertaron a la ciudad, que en poco tiempo se vio inundada de ciudadanos que corrían a comprobar la verdad de la noticia. El cuerpo desnudo de Casio di Fiore yacía sin vida mecido débilmente por el agua en el cauce adelgazado del Arno, como una tétrica aparición. Su belleza inerte recibía el golpeteo de la corriente dócilmente, como había recibido Casio todo en su vida. La gente se agolpaba en los puentes; nadie se atrevía a descender para recoger el cuerpo, en la seguridad de que estaba muerto, o quizá lo observaban admirados por esa hermosura imposible de lo suprahumano, como si hubiera sido una de esas estatuas que cada día aparecían en Roma revueltas con la tierra entre columnas y restos de jardines abandonados, o como uno de esos colosos de mármol derribados en los palacios saqueados. Pero los ánimos estaban sobrecogidos porque en realidad creían estar viendo al propio *David* de La Signoría flotando en el río. El cuerpo de Casio di Fiore nunca había sido tan patentemente el *David* como en ese momento en que todos contemplaban su misma desnudez entre las aguas. La desolación se dibujaba en todos los rostros. El símbolo de Florenzia, la encarnación de su alma, su grito de independencia, el *David* viviente que había sido Casio, había sido asesinado y yacía a la vista de todos, su muerte como un presagio de negrura, su muerte como el peor castigo con que podía condenarse a Florenzia.

Muchos lloraban, sin disimular que sus lágrimas eran por algo más que el propio Casio, por algo que era de sí mismos, por algo inconmensurable y arcaico que habían visto vivo en Casio y que ahora veían acabado, ido, perdido para siempre. Los servidores municipales al cargo de la vigilancia de la ciudad lograron izar el cadáver en el preciso momento en que una tormenta abrió los cielos con el mismo grito que anegaba los corazones de los florentinos, lloviendo un llanto que duró hasta el mediodía. Se depositó al bello difunto en un armazón descubierto de madera, a la vista de todos, y fue llevado hasta La Signoría. Mujeres llorosas, expertas de los rituales de amortajamiento y honras fúnebres, adornaron el ataúd hasta lograr que pareciera un lecho donde Casio hubiera descansado después del trabajo de amor con el que muchos habían soñado, levemente envuelto hasta el torso con una preciosa cubierta, bordada según la costumbre antigua toscana de hilos mezclados en filigrana, como para un novio. El féretro fue colocado a los pies del *David*, donde cuatro guardias lo custodiaron todo el resto del día, mientras los habitantes de Florenzia pasaban uno a uno a rendir el último adiós a su inolvidable Casio di Fiore.

Al día siguiente se celebraría la fiesta de San Giovanni con la entrada del verano, y las familias pudientes obsequiaban al pueblo con un torneo de caballeros en la piazza de la Santa Croce que daría comienzo con la puesta del sol. Esa misma noche cundió la habladuría de boca en boca, inundándolo todo como una peste fulminante, extendida por las calles, por los palacios, por los jardines, como si se hubiese propagado por toda Florenzia uno de esos fuegos que se hablan prendido en las barriadas para quemar lo viejo y dejar paso a lo nuevo. Se dijo que el bello Casio di Fiore había sido muerto por un amante despechado, que mantenía relaciones indignas y escandalosas con pintores viejos, con un poetastro que había huido de la ciudad... Los murmullos fueron

apagándose entre los vítores dedicados a los caballeros, que iban ganando estandartes para regocijo de las masas, al tiempo que iba apagándose también la memoria de Casio. Había que olvidar cuanto antes a Casio y su decepción. Al final del torneo que dejaba paso a las fiestas (que seguirían a lo largo de toda la noche), se hizo saber al pueblo que Messer Cesare Sadoletto tenía el placer de costear el juego de pelota que se celebraría a media tarde del día siguiente, aumentando la dotación de los premios para los ganadores, y el gentío elevó sonoras aclamaciones a su nombre.

Nicolás Maquiavelo estaba en Roma, comprobando que era cierta la gran confianza de Julio Médicis con el Papa y que su primo, el ya cardenal Juan Médicis, era un claro candidato para su sucesión, en la que empezaban a pensar los prelados, pues Julio della Rovere contaba sesenta y siete años cumplidos. Se habla trasladado a Roma por mandato de Soderini porque Julio II quería transmitir un mensaje a Florencia, pero había recibido un correo urgente de última hora comunicándole que se habían conocido informes de espías que hablaban de maniobras y de traiciones dentro de la Liga de Cambrai, se temía seriamente por la situación de Florencia, y se le recomendaba que aguzase el oído, que intentase influir en el Papa para dejar a Florencia al margen de esa intriga. El empleado de La Signoría fue quien le comunicó de pasada la noticia: que se había hallado por la mañana el cuerpo sin vida de Casio di Fiore, flotando en el Arno.

No hizo caso de la recomendación del correo y cabalgó toda la noche de vuelta a Florencia, para despedir al infortunado Casio en su último paseo por la ciudad. No había vuelto a saber de él, por más que había buscado y había pagado a varios soldados de la guardia de Soderini para que se encargaran de encontrarlo. Pero él se había temido, casi estaba seguro, que llegaría el doloroso momento de conocer la muerte de Casio.

Un pequeño cortejo fúnebre de poetas anónimos, artistas, cantores, escultores, pintores y cortesanos afligidos acompañó el ataúd cerrado del bello Casio en su recorrido desde el Corso dei Tintori hasta la piazza de la Santa Croce, donde la multitud acudía al juego de pelota que pagaba Sadoletto. Vieron pasar, sobre un carro adornado con guirnaldas y tirado por un caballo, al viejo Sadoletto con la niña bastarda, que ya tenía nueve años y poseía la belleza intemporal de los frescos hallados en las ruinas de algunos palacios antiguos de Florencia. El malcarado Sadoletto había atizado el lomo del caballo cuando vio que la pequeña observaba atentamente la escena, llevándosela con prisa de allí. Ni siquiera el confaloniero Piero Soderini había querido honrar con su saludo a Casio, el que había sido su báculo para las presentaciones públicas, aquel a quien había otorgado cargo de consejero y al que había elogiado delante de todos.

Maquiavelo asistió a su entierro, reunido por la ocasión junto al resto de amigos de la peña, viendo cómo su cuerpo ya eterno de belleza se depositaba en la fosa común de los florentinos sin nombre y sin título. La inmensa losa circular se había cerrado de un golpe, resquebrajándose de un lado a otro, al tiempo que una nueva tormenta estallaba sobre el cielo de Florencia, que arruinó el juego de pelota y había durado todo el resto del día y toda la noche. Nadie le había podido contestar a Maquiavelo por qué Piero Soderini había creído con tanta facilidad a Cesare Sadoletto cuando le dijo que Casio di Fiore planeaba asesinarlo.

La ambición de Julio II no conocía límites, como si intuyera que podía quedarle ya poco de vida. Los venecianos resistían los envites de la Liga de Cambrai y jugaban hábilmente los pactos de sumisión a cambio de mantener sus derechos, pero una peste horrible instalada en Venecia estaba causando bajas irrecuperables, y avivaron el ingenio con otras tácticas políticas. Habían sabido atizar la brasa de un fuego que latía candente en el ánimo del Papa, la desconfianza hacia Luis XII, como la mejor estrategia para que la atención guerrera del pontífice se desviara de ellos. En efecto, había resurgido en Julio II della Rovere la obsesión por expulsar a los franceses del territorio italiano a toda costa, reprochando a Luis XII lo mismo que él le había prometido, que podía aspirar a extenderse más allá de Milán adueñándose de algún otro de sus Estados. España y Alemania permanecían a la expectativa, sin decidir todavía, en un conflicto que parecía más bien personal, entre dos temperamentos caprichosos sujetos a sus impulsos. Pero los Médicis del entorno papal alentaban la inquina, pues una victoria del poder de Roma sometería definitivamente a Florencia y podrían derribar ya sin problema el gobierno de su República. Juan Médicis había jugado hábilmente la política de simpatías de las familias aristócratas y los grandes comerciantes de Florencia, y había logrado, prodigando favores, ganarse la alianza de aquellos que incluso en su momento habían criticado a Pedro el Desafortunado colaborando para su expulsión; sabiendo que nuevos aires se intuían para Florencia, los intereses se reacomodaban a las conveniencias de lo que poco a poco se divisaba en un futuro cercano. A su vez, el bastardo Julio, verdadero poder en la sombra de la corte de Roma maquinando la ascensión al poder papal de su primo Juan, extendía su red de emisarios y espías, obsequiando igualmente con prebendas a todos cuantos pudieran serle útiles para sus planes.

El durísimo informe que Maquiavelo llevó ante el gobierno de la República sobre los esfuerzos infructuosos realizados en Roma para pacificar los ánimos de Julio II, sólo intentaba hacer despertar de su letargo a los miembros de La Signoría, que no querían enfrentarse a la realidad. Había coincidido su regreso con la triste noticia de su esposa Marietta, que en un parto complicado y doloroso había visto nacer a su hija asfixiada sin remedio con el cordón umbilical, pocos días después de que ocurriera la desgracia del bello Casio di Fiore. Esos astrólogos bizantinos que venían a refugiarse a Florencia huyendo de la guerra y la peste en Venecia y que él consultaba para conseguir oráculos de buena fortuna en sus empresas, no le habían vaticinado estos momentos oscuros. Estuvo unos días consolando a Marietta, llorando sin obligación de justificarse y sin que Marietta sospechase de su verdadero desconsuelo, que una extraña melancolía lo abatía sin explicación, que últimamente un sueño recurrente le hacía despertar sobresaltado en medio de la noche. Se veía a sí mismo en la gran explanada de la piazza de La Signoría, y de pronto el *David* volvía su rostro para mirarle. Niccoló también lo miraba y, de repente, lo veía transformándose en ese Goliat que había derribado antes. El terrible, indigno, perverso Goliat no había sido muerto, sino vivificado en el propio *David*. Espantado, Niccoló, quería correr, pero entonces la tierra se abría a sus pies y emergían del fondo de lo oscuro las más horribles inmundicias, las más espeluznantes miserias y negruras, los más atroces secretos como pavorosas garras que lo atrapaban para llevarlo al fondo..., y entonces despertaba gritando, anegado en sudor, sollozando por todo lo que su corazón no quería aceptar. Descansó un tiempo junto a su familia, en la dulce

monotonía de las cosas cotidianas, mientras su razón recomponía las piezas resquebrajadas de esa fe que creía inquebrantable.

El secretario había partido semanas después a la corte de Luis XII, con el que tampoco había conseguido culminar la labor de intermediación con el papa Della Rovere, a la que se ofreció, en nombre de Florencia, para evitar que estallara entre ambos soberanos una guerra de consecuencias imprevisibles. Ahora el Papa tenía como aliados a los venecianos, y con el paso de los meses también España había calculado y resuelto decidirse por ellos. Fernando de Aragón ejercía la regencia de Castilla nuevamente, después de que su hija, la heredera Juana, fuera declarada loca. En el mismo año 1509 había fallecido el pequeño Juan, ese hijo de Fernando que había nacido de su matrimonio con Germana de Foix, y, quizá intuyendo que la vida ya no le iba a otorgar ese heredero varón ansiado para su imperio, se dirigía con implacable energía en sus actos, y arremetió contra la nobleza levantisca de Navarra, territorio francés dentro de sus dominios españoles, que no cesaba de hostigar contra él. Decidido a castigar también al rey Luis XII por sus continuas ingerencias, le había otorgado su alianza al Papa de Roma con el doble interés de eliminar a los franceses de Navarra y aumentar sus posesiones en suelo italiano, pues sin duda que Fernando de Aragón sabría negociar con el Papa la cesión de nuevos territorios interesantes para él, manejando adecuadamente su vanidad.

Alemania, poco afín a Francia ya de antes, seguiría a España, y si esa alianza prosperaba, Florencia tendría que tomar una decisión, pues su amistad tradicional con Francia la convertiría claramente en enemiga del Papa y sus aliados, y, sobre todo, en un suculento botín de su guerra. Ante la situación nuevamente crítica para Florencia, la reunión del Consejo de los Diez había sido agria y violenta. Se había solicitado asamblea con el Consejo de los Ochenta para tomar una determinación y elevarla al Consejo Grande, que debería ratificarla, pero las posturas en la Cancillería para la Paz no le daban la razón a Maquiavelo, desesperado ante la lentitud de reflejos del confaloniero, cada día más distante, más huidizo.

-Florencia está en medio de un conflicto de caracteres -insistía en hacer entender a los miembros del Consejo de los Diez, después de varias horas de encendido debate-; el rey francés quiere seguir avanzando para conquistar nuevos Estados italianos, y al papa Julio en realidad no le importa destrozar esta tierra, aunque se le llene la boca hablando de su unidad en la luz de su Dios, pues sólo la quiere o bajo su mando o aniquilada.

-Hemos de mantenernos a la espera de los acontecimientos -contestó Soderini.

-¡Ahora ya no podemos! -exclamó Maquiavelo-. Julio II despachó con cajas destempladas a la delegación florentina, diciendo a gritos que no quería oír hablar de paz ni de amistad, que, o Florencia le da una alianza militar, o que se atenga a las consecuencias, y, por otra parte, Luis XII nos hace saber que no se fía de la neutralidad, y que este gobierno puede traicionarle dejándole paso al Papa igual que le dejáis a él y sus ejércitos, ¡así que también quiere que decidáis: o una declaración militar de alianza con él o la guerra contra él!

El monarca francés pretendía que Florencia enviase sus tropas reclutadas a Milán para hacer frente al movimiento del Papa, y Florencia no quería acceder, pero tampoco negarse abiertamente, por lo que Luis XII había estallado, furibundo, en su entrevista con los delegados de La Signoría.

-La política de imparcialidad nos ha permitido escapar de otras situaciones comprometidas hasta ahora -recalcó uno de los miembros del Consejo, acólito también de Soderini.

-Se ha instalado un embajador permanente en la corte de Luis XII, y el cardenal Soderini, hermano del confaloniero, está entre los cercanos al Papa... ¡Eso debería bastar a Florencia para no tener que pronunciarse! -indicó otro de los Ochenta.

-¡Luis XII es un botarate dispuesto a engañarnos cuando nos demos la vuelta! -vociferó uno de los miembros partidarios del Papa.

-¡Y el Papa es un inmoral que se sirve de vuestro Dios para acrecentar su poder y sus riquezas! -replicó Maquiavelo. Ofendidos murmullos se elevaron entre muchos de los partidarios del Papa, acérrimos seguidores de la fe cristiana-. ¡Quiere someter a Florencia sólo para entregarla en bandeja a los primos Médicis, que desharían lo que ha conseguido esta República!

-¿Y qué ha conseguido esta República vuestra, secretario? -escupió Alamanno Salviati, uno de los cabecillas del bando pro-mediceo, que se había organizado claramente pidiendo ya la restitución de los Médicis, lo que además contaría con la complicidad del Papa.

-Ha conseguido que Florencia sea de los florentinos -contestó con gravedad Niccoló.

-¡Illuso advenedizo! -exclamó Cesare Sadoletto-. ¿Qué florentinos? ¿Los desharrapados como vos? ¡Continuáis sin saber quién manda aquí!

-¡Aquí manda Florencia! -atajó el secretario-. El príncipe en Florencia es el Consejo Grande, un órgano consultivo y decisorio que guía el destino de los ciudadanos, y no cualquier tirano egoísta que se cree elegido por Dios para jugar con las vidas de sus gobernados.

Gritos, pataleos, aplausos, un vocerío inmenso se elevó sobre el gran salón de La Signoría ante las últimas palabras del secretario.

-¡La República vuestra está llevando a la ruina a Florencia! -gritó uno de los *palleschi*, impacientes por ver restaurados a los Médicis.

-¡Esta República lucha por la libertad de Florencia, y la libertad es un bien muy caro, señores, que cuesta mucho adquirir y cuesta mas conservar, pero todavía es más caro perder! -sentenció el secretario con voz firme.

-¡El gobierno debe dimitir! -empezaron a gritar algunos, a quienes contestaron los del bando opuesto, acabando entre ellos con insultos que hicieron crecer la tensión peligrosamente por unos instantes

-¡Silencio todos! -ordenó entonces Piero Soderini. Los soldados de la sala se desplegaron por ella indicando la potestad del confaloniero, que dispondría detenciones, si hacían falta-. No puedo consentir los descréditos personales, no es función de este Consejo sino analizar las posibilidades de Florencia de escapar de la embestida de uno y otro ejército... Es preciso terminar de escuchar a Niccoló Machiavelli, pues fue comisionado como observador de este Consejo -aunque los murmullos no cesaron, sí los gritos, y Soderini aprovechó para dirigirse a Niccoló-: Messer secretario, ¿qué opináis según lo que habéis visto?

-Si se declara la guerra, Florencia tendrá que resolverse a favor de una de las partes, dejando de lado la amistad que haya tenido con la otra -contestó éste-. No podéis esperar a que los acontecimientos decidan el destino de Florencia, tenéis por una vez que tomar una decisión, pues ahora mismo cada uno de los dos bandos odia a Florencia porque no le ha jurado fidelidad.

¡Florencia debe aliarse con un bando para conseguir al menos su protección, pues, si no, se verá atacada por ambos!

Otra vez el Consejo se rompió en una tormenta de opiniones discrepadas y acusaciones cruzadas y gritos, por lo que, cuando pudo calmarse de nuevo la situación a duras penas al cabo de un rato, Piero Soderini expuso que el Consejo no estaba preparado para tomar una decisión y que, por tanto, proponía que se esperase un poco más antes de convocar al Consejo Grande, mientras se recapacitaba por parte de todos los miembros sobre la resolución más conveniente. Mientras, él realizaría nuevas consultas y elevaría informes al Consejo de los Ochenta, para tener más elementos de decisión, e incluso intentaría preparar una entrevista personal con sus adversarios. Seguramente deseosos de liberarse de la angustia de enfrentarse a la realidad, la mayor parte de los miembros todavía presentes aceptaron la opción de esperar.

Maquiavelo envió a su esposa algunas cosas que en la casa desvencijada de Totto corrían peligro de estropearse: varios libros en latín de viejos poetas clásicos, un volumen de Dante que ya había pertenecido al padre, pliegos escritos con versos, algunos objetos de plata heredados de la veja casa de los Machiavelli, restos escuetos de un humilde origen, una familia donde había aprendido a hacerse amado a través de amar los libros y demostrar a sus padres, enamorados de los saberes, que él los conocía todos, que él los había devorado y leído y aprendido todos. Sintió que seguía teniendo que demostrar al mundo ese saber que él había heredado de aquellos autores antiguos a los que parecían despreciar estos hacedores de una República que, lamentablemente, no respondía a la ilusión primera. Al fin, no valía de nada el saber sin un apellido ilustre; no valía el esfuerzo, ni el trabajo bien hecho, ni el amor a la patria, sin unas relaciones adecuadas. Poco a poco, su República había ido decantándose hacia una añoranza del sistema de gobierno de las grandes fortunas, que eran capaces de sostener la pujanza de la economía florentina a cambio de ejercer el poder.

Le escribió a Marietta que no sabía cuándo podría ir a verla, que las cosas se iban a poner mal, que no se moviera de Sant'Andrea, que allí estaba segura con sus hijos y con las otras mujeres de su familia, que no se preocupase por esos negocios que había dejado sin terminar, en realidad sin empezar, pues ahora La Signoría volvía a pagarle tarde y mal, y no podía echar cuenta con los ingresos que él previó. Que partía a inspeccionar las fortalezas de Pisa, Arezzo y Poggio, pues seguramente las tropas del Papa se acercarían por allí a rodear Florencia, y tenía que organizar un nuevo encargo que le había sugerido a su amigo Soderini, el de formar una caballería ligera, imprescindible para asegurar completas las victorias de la infantería. Que velase muy bien por ese pequeño Guido, al que todavía presentía algo débil, más vulnerable que los otros, y que no se preocupase, pues pronto, sin duda, tendría la alegría de gozar de una nueva preñez cuando estuviese repuesta del todo.

La inquietud había extendido un manto áspero sobre Florencia, en un invierno pertinaz que se prolongaba más allá de la propia primavera aquel abril de 1511. Se habían desatado graves revueltas entre los florentinos. Se hablaba de la Liga Santa contra Francia, un ejército creado por el papa Julio II apoyado con tropas españolas, que se repartiría los Estados italianos. Ante la inminencia

que se presentía de nuevos cambios, en la capital de Florencia se habían pronunciado ya abiertamente dos bandos opuestos: unos, los *palleschi*, que defendían reintegrar a los Médicis a su palazzo de Vía Larga como forma de ganarse la simpatía del Papa, pues él ya era decididamente aliado de los Médicis y los ayudaría a regresar de su exilio; y otros, los republicanos, dispuestos a resistir con su milicia ciudadana, su ejército de voluntarios del pueblo, al que se habían sumado campesinos fervorosos seguidores de Soderini, dejando sus casas y sus tierras de labranza; pero el confaloniero no iba a estar a la altura de la situación.

-Por favor, Piero -le rogó Maquiavelo, en una cita a solas de las que últimamente ya no se prodigaban entre los dos amigos-, no lleves a Florencia hasta el límite de vuestra indecisión, y haz que el Consejo deshaga el pacto que mantiene a Florencia encadenada a una absurda amistad con Francia.

-Sólo quiero dejar las cosas como están, sólo quiero neutralidad -replicó el confaloniero.

-¡No hay tal neutralidad, Piero! El Papa habla de su Liga Santa con desaforada ambición, y pretende involucrar al rey de Inglaterra también, y te aseguro que todos juntos van a derrotar a Francia y entonces Florencia será un juguete en sus manos.

-Tenemos tu ejército miliciano...-contestó Soderini, con una expresión de vaguedad en sus ojos.

-Pero nuestra ciudad está dividida y la situación puede llegar a un enfrentamiento armado entre nuestros propios ciudadanos; estas discordias son lo peor que le puede pasar a nuestra República, Piero, lo peor; hay que mantener unido el espíritu de nuestra ciudad, que combatan pero todos en el mismo bando, ¿no lo ves, amigo?

-Lo que vi fueron tus pruebas, Niccoló... -dijo al fin Soderini.

-¿Pruebas de qué?

-Estabas conspirando para ocupar mi puesto.

-¡Pero, es una mentira, eso no es cierto, amigo, no es cierto!

-Tú habrías preparado el terreno para ser mi sucesor -continuó el confaloniero-, y luego Casio di Fiore me habría asesinado...

-Eso es imposible, Piero, yo no ansío tu puesto, ni podría alcanzarlo, pues ya me cuesta ejercer mi trabajo porque no me convalida un apellido -contestó Maquiavelo, con disgusto. No daba crédito a lo que estaba oyendo-. Si haces caso a los que quieren hundirte, ya oigo que las campanas de Florencia doblan al final de su República. ¿No comprendes la estrategia? Piero, date cuenta: Alamanno Salviati, Cesare Sadoletto y los otros nobles han cambiado la estrategia; antes te acusaban agriamente de no concederles suficiente consideración y de negarles el papel de primer plano en el gobierno que han estado empeñados en obtener todo este tiempo, y ahora te tratan amigablemente, te indisponen contra mí, te mienten y te muestran pruebas falsas que te hacen dudar sobre mi lealtad... ¡Piero, no puedes concederle esa victoria, hemos dado nuestra vida a este proyecto de nueva República, ya sabíamos que sería difícil, y que reaccionarían los envidiosos y los ambiciosos, y los que quieren que el poder no salga de sus manos, como ha estado siempre, ya lo sabíamos, y hemos resistido hasta ahora!

-Quizá esa ilusión no era posible, Niccoló.

-Yo creo firmemente en el poder soberano del pueblo, Piero -le contestó el secretario-, aunque sea un proceso largo, y aunque haya muchos escollos

en el camino, y éstos sean sólo los primeros... -Piero Soderini lo miró como un muchacho asustado.

Había encanecido su cabeza a un ritmo vertiginoso en estos últimos seis años, pero lejos de una apariencia señorial, el color ceniciento de su cabello bajo el elegante bonete de magistrado sólo le había procurado el aspecto de un hombre cansado. Maquiavelo, en cambio, mantenía el color original de su pelo oscuro, recibiendo ya las primeras canas en las sienes como un juego despreocupado. Había sustituido las ondas de aquella juventud por una forma de peinado más sobrio, estirado hacia atrás, pero rara vez se tocaba con birreta o bonete cuando se hallaba en Florencia, y eso le mantenía una presencia más cercana y agradable. Pero Soderini no había alcanzado la sabiduría que su pelo cano podría hacer entender, y junto a Maquiavelo volvía a ser el muchacho dubitante con cierta buena suerte que siempre había sido. Lo peligroso era que Soderini ya no distinguía con quién podía mostrarlo y con quién no debía, y también sus enemigos habían descubierto que necesitaba el consejo constante de alguien que le animara a sus acciones. Maquiavelo había presentido su fragilidad ya tiempo atrás, pero había confiado en que su amor a la idea que defendía le haría alcanzar la madurez que necesitaba para llevar a buen término su proyecto, y le había entregado su voz y su inteligencia para hacerle más fácil la tarea, y más pronta, pero quizá la empresa superaba sus posibilidades y la fortaleza de temperamento que hubiera hecho falta en Soderini no era algo que estuviese en su mano, sobre todo ahora, que era prioritario luchar por Florencia.

-No puedes perder la perspectiva -le insistió, animándole, el secretario;- los aristócratas que al principio apoyaron el exilio de los Médicis sólo lo hicieron porque planeaban una República con el poder del gobierno repartido entre sus apellidos nobles, pues en el fondo sólo han ansiado cada uno de ellos usurpar el papel de los Médicis..., pero no les ha salido bien, Piero, y ahora entienden que este proyecto es soberano y que se puede afianzar en unas instituciones que de verdad cuenten con el pueblo y con todas las clases productivas de Florencia. Por eso va no les interesa y prefieren que vuelvan los Médicis, pues, al menos, podrán ejercer sus privilegios a la sombra del mando absoluto de ellos contando con su favor. Piero, esa neutralidad que esgrimes es, en realidad, un apoyo soterrado a los tiranos...

Piero Soderini no lo miró, ni dijo nada. El confaloniero no podía engañar a Maquiavelo; una sospecha, una leve ráfaga de imágenes de su sueño terrible, una certeza que su mente quería borrar, la conjura, una excusa, una falsedad, un subterfugio. De pronto, Maquiavelo lo había comprendido ya:

-¿Cuánto hace que has abandonado a nuestra República? -preguntó con la voz ronca, anegado en la desazón que sentía.

Pero el confaloniero siguió callado.

Maquiavelo no sabía a ciencia cierta si su amigo había perdido la esperanza como daba a entender o si en realidad había cedido a promesas de aquellas voces regaladoras que últimamente lo rodeaban, pero no quería aceptar que el falso complot que le había reprochado Soderini habría sido el pretexto perfecto para justificar su muerte: Maquiavelo, traicionado por aquellos mismos que él había contratado, se hubiera dicho en Florencia... Casio, sin duda, sabría ya demasiado. ¿Cuál era la verdad que no le había contado Soderini?

La guerra entre el Papa y el rey de Francia había estallado. Muchos de los artistas de Luis XII, músicos, orfebres y poetas italianos que lo rodeaban, se habían marchado ya de su corte. También Leonardo da Vinci había dejado su trabajo de pintor oficial del rey francés y había abandonado Milán antes de que Luis XII cayera en la cuenta de retenerlo como rehén. Había regresado a Florencia para alegría de Nicolás Maquiavelo, que rápidamente acudió a su llamado, «como una de las pocas cosas buenas que últimamente me han sucedido en esta Florencia nuestra», según le dijo cuando se encontraron.

Los próximos años que cumpliera el maestro Da Vinci serían sesenta; una larga barba blanca y el pelo lacio hasta más abajo de los hombros, tocado con un bonete de lino claro, y ataviado con una túnica suelta sin más adornos que los ribetes anchos de festón dorado, le otorgaban una apariencia que tenía mucho que ver con la libertad. En Milán se había dedicado casi exclusivamente a continuar con los proyectos de ingeniería que había iniciado cuando estuvo años atrás con Ludovico Sforza, y había diseñado varios monumentos y estatuas que no llegaron a realizarse, aunque guardaba los cartones y los bocetos. Estaba feliz de haber regresado a Florencia, a pesar de las circunstancias; había visitado a sus hermanastros y sus familias, y ya su administrador le había pasado cuentas de los rendimientos de su patrimonio.

-Ya podría marcharme de nuevo -le bromeó a su amigo Maquiavelo.

-Pero ahora le hacéis falta a Florencia -contestó éste.

-¿Pretendéis enrolarme en vuestra nueva caballería ligera?

El secretario sonrió con el buen humor del sabio genial.

-Sin duda que seríais el *condottiero* experto que ahora me hace falta para conducir bien a los soldados -le siguió la guasa amable-, y que sabríais inspirar el ánimo que necesitan y administrar la conveniente disciplina.

-¿Entrará en contienda vuestro ejército?

-Sí, no me cabe duda, Messer Da Vinci... -contestó, con pesadumbre sincera-. Intenté sin éxito propiciar el acercamiento de posturas entre el rey francés y el Papa, pero ellos preferían la guerra, y estoy seguro de que las consecuencias no tardarán en llegar.

-Os siento preocupado, ¿dudáis de la eficacia de vuestras tropas milicianas?

-De haber tenido más tiempo, seguro que hubiéramos conseguido un ejército potente y bien organizado. Ahora veo que nuestras tropas, sin experiencia suficiente todavía, tendrán que enfrentarse a ejércitos poderosos de capitanes con larga experiencia en la contienda. Habéis de saber que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, y el emperador Maximiliano se han unido también a la Liga Santa de Julio II. Francia queda así aislada, pero Florencia está desprotegida y rodeada por enemigos más rabiosos contra ella por su actitud esquivada que si de verdad les hubiera declarado la guerra.

Abandonaron el taller íntimo, donde Messer Da Vinci se entretenía con múltiples bocetos, ideas empezadas, encargos que ya le habían pagado y tenía que cumplimentar. Allí estaba también el retrato de la mujer esposa del Giocondo, todavía sin librar. Estaba extendido sobre un bastidor de trabajo, pero el soporte conseguía que la pintura más pareciera un espejo que un proyecto sin acabar.

-¿Cuándo pensáis en entregarlo? -preguntó, refiriéndose al cuadro.

-Nunca, por supuesto -contestó con soltura el artista-. Al que lo encargó no le hace falta, y en cambio a mí, sí.

-¿Ya lo habéis concluido?

-Yo no puedo. Sólo mi muerte podrá hacerlo, amigo Niccoló.

-Siento que veo algo distinto a la otra vez... -comentó el secretario, sin apartar sus ojos del lienzo.

-Cambia en cada luz, ella es lo que mi alma me muestra de sí misma.

Salieron luego al jardín de la residencia del maestro; éste tenía que caminar todos los días un rato. Paseaban entre especies de árboles que Da Vinci había ido atesorando como maravillas, según decía, imposibles de superar por la mano del hombre, conversando sobre algunas de las cosas comunes que les habían convertido en amigos.

Maquiavelo le relató la última visita que le hizo Casio di Fiore, y el descrédito en el que había caído después de su muerte, razón por la cual no se habían indagado nunca los motivos de su asesinato.

-Vino a verme -le confió Da Vinci a continuación-. Sabía que lo buscaban, pero tenía miedo y se iba a marchar de Florencia.

-¿Dónde?

-No quiso decírmelo para no ponerme en peligro.

-Lo busqué sin descanso -recordó Maquiavelo-, contraté a varios guardias, para que lo protegieran en mi nombre..., conseguí que Soderini firmara como magistrado una búsqueda oficial, pero no dieron resultado las pesquisas.

-Estuvo en Urbino -le reveló Da Vinci.

-¿En Urbino? ¿Cómo lo sabéis? ¿Para qué?

-Es imposible que la belleza de Casio pasase desapercibida... Hay un pintor, Raffaello Sanzio, ¿lo conocéis? Estuvo un tiempo en Florencia, pero no encontró en vuestra República la comodidad que le ofrecían los grandes señores de las cortes de Europa y se marchó... -el viejo maestro había sonreído con elegante ironía al hacer este comentario-. Ahora está en Urbino, con Giuliano di Lorenzo dei Medici, quien ha conseguido crear en aquella corte, protegido por el duque Francesco Roverre, un entorno similar al que su padre Lorenzo el Magnífico erigió para Florencia, con artistas de toda índole, también acogiendo muchos de los que ahora se han marchado de Milán. Yo mismo recibí carta de su puño y letra invitándome a visitarle, pero ya tenía decidido volver a Florencia... El caso es que el pintor Raffaello Sanzio fue quien me trajo la misiva del joven Giuliano, y él quien me contó que había conocido al *David* de Florencia, al mármol viviente más perfecto que nunca antes había visto. No podía ser otro que Casio.

-¿Qué iría a hacer a Urbino? -se preguntó Maquiavelo.

-Quería ver a Giuliano di Lorenzo.

-¿Sabéis para qué?

El viejo Da Vinci pareció evitar la respuesta.

-Después de Urbino marchó a Roma, y fue en Roma donde lo mataron -le reveló, en cambio, al sorprendido secretario-. Un jinete cabalgó toda la noche desde allí para arrojar su cadáver al Arno.

-¿Qué?

-Hay muchas cosas que no son lo que parecen, amigo Niccoló.

El maestro miró con esa sonrisa suya, enigmática, como muchas de las cosas que hacía. Extendió su mano hacia Maquiavelo, haciéndole una seña para que lo siguiera, que a él le pareció un aviso de paciencia, de que todo llegaría a su debido tiempo.

Habían entrado al comedor acristalado sobre el agua donde el artista Da Vinci pasaba mucho tiempo observando las variaciones de los reflejos, según el movimiento de la luz. Basándose en esa observación, había desarrollado varias teorías en cuanto a la geometría, a la física y a la magia de sus efectos, que glosó un buen rato para su amigo Niccoló, integrando en los elementos emisores, como los llamaba, sus componentes racionales e irracionales, aunando en el desarrollo del proceso sus variaciones tangibles e intangibles, y demostrando por fin, en sus consecuencias, la unidad de sus resultados al ojo y al entendimiento, a los sentidos materiales y al alma, al entendimiento mortal y al que no era mortal.

A pesar de esa magnitud sobrehumana que inconfundiblemente emanaba del maestro Da Vinci, de vez en cuando el artista Leonardo quedaba atrapado por un tiempo en su otra dimensión, la material, y aparecía como un hombre del mundo que también añoraba, que también tenía un pasado y unos recuerdos, que a veces todavía recordaba haber sentido dolor en su infancia. Tomó un laúd que él mismo había construido y comenzó a tañerlo; era también un espléndido músico. Escuchando los primeros acordes, Nicolás Maquiavelo sintió que Leonardo da Vinci era el único ser que conocía que podría escaparse de la muerte.

-Lorenzo el Magnífico admiraba mucho mi música... -recordó-, pero los dos sabíamos que quien apreciaba de verdad el arte era Julián, y yo era amigo sobre todo de Julián, el Bello, su hermoso hermano. Lloré sentidamente mientras tañía la lira favorita de él, en su doloroso entierro. Teníamos veinticinco años..., mi querido Julián de Médicis, amado por todos, elegido por la vida para morir sin marchitarse, dejó honda huella también en Lorenzo, angustiado por no haber podido salvarlo, y quiso conservar junto a él todo aquello que amaba Julián, objetos, artistas, poesía, elevación... Todo el arte que pudiéramos crear, sólo era ése el precio que debíamos pagar a cambio de vivir como reyes de un mundo creado para ensalzar el arte, ¡dulce tiranía! Lorenzo era insaciable, porque todo el arte de la existencia no habría bastado para colmar la añoranza de su hermano.

-¿Os marchasteis a Milán por eso?

El viejo Leonardo sonrió:

-Yo también era insaciable... -hizo una pausa para que unos acordes volaran libres de cualquier freno-. ¡Florencia era insaciable, Messer secretario!

Parecía llegado el momento intuido por Niccoló. Una pequeña inflexión en las notas, un especial eco en la estancia.

-Yo conocía muy bien a Casio... -Da Vinci principió a narrar suavemente-: Podía ver la tristeza en su búsqueda de la belleza, porque era mi misma tristeza, la recóndita y arcaica sensación de pérdida que arrastra un ser privado de su origen... Él y yo habíamos nacido del amor ilícito de una pasión, del arrebató de un imposible, de una mezcla que no puede reunirse en su esencia, como el aceite y el agua... -Da Vinci suspiró un instante, encogiendo sus hombros, quizá deslizando su cabeza añosa hacia la memoria.

Seguía tañendo el laúd; aunque había hecho un silencio, Maquiavelo no dijo nada. Hubiera sido una osadía interrumpir el rayo de luz que en ese momento alcanzaba al artista.

-Casio era puro, a pesar de todo -le explicó, sabiendo que lo entendería desde lo más profundo de su ser-; la belleza o el saber es la forma de supervivencia para los que no tienen otra cosa, amigo Niccoló, y Casio no

poseía más que belleza, y aprendió a amarla, porque ella lo hacía ser amado por el mundo..., su vida no tenía más sentido que dejar que otros creasen belleza a través de él..., y, como su madre, aprendió a dejarse amar, aprendió a ser libre entregándose a amantes ansiosos de una pureza que sólo poseía él... Yo lo amaba, también, y él me amaba a mí, y nos reconocíamos libres, amigo mío, libres en esa adoración de la belleza que era moldear a su través el espíritu de lo divino, volcarse en mis dedos para que los ángeles brotasen del papel, de las notas...

-¿Qué fue lo que...? -empezó a preguntar el secretario.

-El amor -atajó el maestro-. El amor, que todo lo transforma, el amor, que es ambicioso y lo quiere todo para sí... El amor se enamoró de Casio y le lanzó su dardo..., el amor provocó el destino de Casio...

Leonardo da Vinci no quería hablar más deprisa, ni quería ser vulgarmente concreto. Niccoló sabría esperar; seguramente el ritmo que empleaba el viejo maestro para desvelarle una verdad que había permanecido oculta a sus ojos era el único ritmo que podría tolerar su propia inocencia. Los secretos de Florencia desvelados podían ser cuchillos que alcanzaran de lleno el costado, la piel entera de Maquiavelo, hiriéndole de muerte.

-Lorenzo el Magnífico amaba la belleza en cualquiera de sus formas, amigo Machiavelli -continuó diciendo el maestro-; y amó, en la muchacha humilde que era la madre de Casio, la belleza inconmensurable de sus formas, de su entrega, y amó su juventud, y amó lo que de Florencia exhalaba ella misma..., pero no reconoció como hijo a Casio, el fruto de su pasión vergonzosa con una mujer sin nombre, porque ella, humilde pero orgullosa y libre, podía tener otros amantes. La joven no quiso verlo más, y él, dándose cuenta de su error, le envió un medallón, la prueba de paternidad que Lorenzo sabía que ella no utilizaría jamás en su contra, una medalla grabada con sus nombres y una frase: «Al hijo del amor que sentí por su madre», el tesoro máspreciado de Casio, el secreto mejor guardado de Florencia...

-¡Casio sabía que era el hijo de Lorenzo el Magnífico!

-Sí, pero nunca le importó, amigo Machiavelli; él tenía bastante con su belleza, y con su libertad... Hasta que conoció a Luciana, y quiso acceder a ella. No podía presentarse ante Sadoletto pretendiendo desposar a su hija; Casio era uno de los jóvenes hermosos que el comisario buscaba viciosamente en secreto como un escorpión busca una presa hermosa para clavar su veneno. Cuando Casio di Fiore supo que no podría vivir sin Luciana, se enfrentó a su realidad, que no tenía apellido, que no tenía un linaje que le hiciera fuerte a ojos del comisario. Haberle demostrado que era hijo del Magnífico le hubiera callado la boca al perverso Sadoletto, y éste habría caído a sus pies, aterrorizado de lo que Casio pudiera hacer con él.

-¿Por eso viajó a Urbino?

-Sin duda. Quería hacer valer su nacimiento y su condición de bastardo Médicis.

-Pero ¿por qué ante Giuliano?

-Giuliano di Lorenzo dei Medici, como se hace llamar..., heredó el nombre y el espíritu de su tío Julián el Bello, mi amigo, y ahora en Urbino recrea lo que vivió en su infancia junto a su padre. Es poeta, como vos, Niccoló.

-Lo sé, Messer Da Vinci.... lo conocí una vez, en Roma, y fue amigable y magnánimo...

-Él era ese hermano del que hablaba Casio di Fiore cuando era un adolescente... Seguramente guardaba algún recuerdo vago de su niñez relegada en esa memoria que su madre le obligó a desterrar de su vida.

-Casio sería, por tanto, el último hijo de Lorenzo el Magnífico, tres años menor que Giuliano -reflexionó Niccoló-, lo cual no afectaría a la sucesión dinástica de los hijos de Lorenzo...

-Pero sí a la de Julio Médicis, que, como primo bastardo, perdería derechos en la familia si se pasaba a reconocer a otro miembro directo. Casio ya había intentado jugar su baza con él, cuando estuvo en Roma, y él lo rechazó violentamente, lo amenazó con encarcelarlo y arrojarlo a una mazmorra donde se pudriría el resto de sus días.

-¿Qué le dijo Giuliano? -preguntó Maquiavelo.

-No llegó a verlo. Julio Médicis nunca dejaría un cabo suelto, de saberlo, y había vigilado a Casio de cerca; ya lo utilizó contra César Borgia, a cambio de promesas que aplazó primero y que luego negó. Julio guardaba el secreto de Casio para seguir aprovechándose mientras le hiciera falta, pero cuando supo que iba a ver a Giuliano, lo interceptó, y su emisario convenció a Casio para que le acompañara a Roma bajo palabra de que el cardenal Juan Médicis lo quería conocer.

-Era mentira...

-Sí, por segunda vez Julio engañó a Casio, pero esta vez ya no regresó.

-¿Cómo supisteis todo esto, maestro Da Vinci?

-Yo también tengo mis informadores, Messer Machiavelli -respondió susurrante el artista-; cuando Florencia te ha engañado tantas veces, tienes que ser tú más hábil que ella para que no lo vuelva a conseguir.

El maestro Da Vinci había dejado de tocar. Se levantó para analizar de cerca unos destellos que parecían llamarle, y él acudió como si fuese a escuchar su voz.

-Casio realizaba trabajos para Cesare Sadoletto, y Sadoletto se sabe que sirve a los Médicis de Roma, sobre todo a Julio... -analizó Maquiavelo, intentando entender la relación entre ellos.

Pero Da Vinci atajó suavemente:

-Ah, Julio..., él sabe esperar, pues la vergüenza íntima que le produce su condición de ilegítimo le ha dotado de esa cualidad, yo lo sé muy bien, y se sirve de esbirros como Cesare Sadoletto, es cierto, aunque el comisario no es el único de sus confidentes.

-Casio me confesó que había recibido el encargo de matarme.

-¡Los secretos de Florencia! -exclamó Da Vinci-, ¡los secretos como cadenas de esta tierra que le niegan la completa luz!

Maquiavelo recordó nuevamente imágenes del sueño en que la tierra del centro de Florencia se abría a sus pies, y de lo profundo sombrío de su vientre surgían garras inmundas que intentaban atraparlo. Ése era el presentimiento que se hacía poco a poco más vivo en su mente, que la parte oscura de Florencia guardaba la verdad inaccesible y amenazadora para él. El secretario había quedado callado y taciturno. Una pesada carga invisible le doblaba la espalda un poco, con la vista perdida en el espacio lleno del espíritu de Da Vinci.

-Añorado Lorenzo... -suspiró, al cabo de un rato, el maestro, sacando a Niccoló de su ensimismamiento-. ¡Plácida sumisión que permitía la

inconsciencia de Florencia, indulgente dominio del Magnífico, que protegió de su independencia a Florencia!

-Pero se equivocan los que pretenden recuperar a aquel Lorenzo el Magnífico en los nuevos Médicis que hoy atizan sus espuelas para entrar en Florencia por la fuerza -replicó Maquiavelo, recuperando, quizá, el hilo de vuelta al mundo de la razón.

-Oh, desde luego... El gobierno de los Médicis no puede ser el mismo que era antes de su expulsión, porque en aquel tiempo ellos eran unos ciudadanos particulares, como el resto, riquísimos, sí, pero no ofendían, se dejaban aconsejar por los sabios para los asuntos públicos, y obsequiaban a la ciudad con su grandeza. Ahora, los descendientes de Lorenzo, inconscientes de la inteligencia y el esfuerzo de sus antecesores para lograr su fortuna, parecen haber heredado, en vez de lo mejor de su lucidez, lo peor de su ambición, y están deseando ejercer de aquello que más odia nuestra patria: de tiranos, justo aquello que no fue Lorenzo.

-Sin duda, alimentarán el sinsabor de su exilio con el recuerdo de todo lo que perdieron, pero los Médicis de Roma no han dado muestras de haber entendido todo lo que Florencia perdió también con el error de haberse creído sus dueños.

El genial artista miró en su derredor, de pronto, como si se despidiese del entorno, y Maquiavelo se incorporó de su asiento, dispuesto a seguirle. Caminaron un poco de regreso.

-¿Quién pensáis que podía albergar la intención de acabar con vuestra vida? -le preguntó Da Vinci.

-Creo que resulta demasiado evidente que fuera Cesare Sadoletto quien enviara a Casio a matarme -contestó Maquiavelo, pensando en todo lo que acababa de conocer- y que es demasiado fácil pensar que fuera él también quien ordenara la muerte de Casio para evitar que siguiera viendo a su hija...

-Así lo deduzco yo también, amigo secretario... Vuestra República no sólo tiene enemigos fuera de ella, pensadlo bien.

Caminaban muy despacio, al ritmo de la luz, desvaneciéndose en el horizonte.

-¿Qué ha sido del medallón que Lorenzo entregó a Casio cuando era niño?

-No lo sé, amigo Machiavelli; nunca me lo dijo Casio. Cuando me contó la historia de su origen, bajo el riguroso juramento de no desvelarlo, me indicó que su prueba, como él llamaba al medallón, estaba a buen recaudo... En cuanto a mi juramento, creo que ya no es posible mantenerlo, y que algún día Giuliano debería llegar a saberlo.

Entraron de nuevo al taller personal del maestro. Ya casi había anochecido, Maquiavelo debía regresar a su trabajo en su propia vivienda, tenía mucho que relatar todavía: varios pliegos para la crónica diaria de su República, según su función asumida para La Signoría.

Leonardo da Vinci suspiró quedamente, quizá diciendo adiós a un día más que no podría volver. Miró con cierta melancolía a Maquiavelo:

-¿Qué pasará con nuestra Florencia, amigo mío? -preguntó, sonriendo, a pesar de la pesadumbre.

El secretario se fijó de nuevo en el lienzo del retrato que nunca ya entregaría el maestro Da Vinci, el de esa mujer de sonrisa indescifrable y misteriosa como la suya, el único testigo de un sueño como había sido

doblegar a la naturaleza desviando el curso de un río, el retrato nunca acabado de su esencia.

-Florencia es como esa mujer del retrato de vuestra alma, maestro Da Vinci -le contestó Maquiavelo-. Siempre será un proyecto sin acabar en el que todas las almas del mundo podrán mirarse y ver sus propios sueños inconclusos.

CAPÍTULO 10

.. pero sabed quede mí sólo podréis recibirla verdad de las cosas y que no alabaré aquello que no sea digno de alabanza, aunque sea lo que vos esperéis encontrar..

Una última provocación de Luis XII desencadenó su derrota definitiva, pero también el desastre de la milicia de Florencia. La no-ruptura de la alianza francesa llevó a la guerra abierta de la Liga contra Florencia; el rey francés convocó a varios cardenales disidentes con el Papa a un concilio en Pisa, con objeto de elevar una reforma de la Iglesia como condena por la exhibición de vicios mundanos de Julio II, como la ambición, el gusto extremo por la guerra y el furor contra sus enemigos, lo cual terminó de enfurecer al pontífice y consiguió definitivamente la total implicación de sus aliados. Julio II respondió con la excomunión de los cardenales rebeldes, la excomunión de su enemigo Luis XII y la excomunión institucional a Florencia, concretada en la suspensión del poder de administración de sacramentos, porque su gobierno no se había negado al capricho del francés y había consentido en permitir la convocatoria sacrílega en su propio territorio.

Aunque el Concilio fue un fracaso, sirvió para que se produjese la última y definitiva batalla contra Francia. El 1 de abril de 1512, en Rávena, y aunque los franceses luchaban con ferocidad, auxiliados con mercenarios germanos, su más importante capitán, Gastón de Foix, perdió la vida, y las tropas francesas cayeron en la total derrota moral, batiéndose en retirada. Julio II della Rovere se proclamó vencedor absoluto de la contienda, y, en mayo de ese mismo año, celebró triunfalmente en Roma su propio Concilio, el quinto de Letrán, donde ceremonias incontables ensalzaron la figura del Papa y su Cruzada.

Obsesionado con castigar a Florencia por no haber roto a tiempo su tradicional amistad con Francia, convocó una reunión en Mantua para decidir junto con sus aliados cómo someterla ya para siempre. A dicha reunión acudieron también el cardenal Juan Médicis como legado directo del Papa y su consejero personal Julio Médicis, a quienes había regalado la potestad de decidir personalmente sobre Florencia, forma sutil de dar a entender a todos que ellos la tenían en sus manos.

Mientras tanto, las tropas aliadas del Papa que no habían ido a Rávena, por ser de reserva, se habían encaminado ya hacia Florencia con una orden tajante: demostrar a los florentinos, de parte del Papa, que pagarían cara su culpa si no accedían a las condiciones que les imponía la embajada de su Liga Santa, acordadas en la reunión de Mantua. Se apostaron a varios kilómetros de las murallas de Florencia e hicieron llegar a sus emisarios a La Signoría, comunicándoles su decisión: Florencia tendría que deponer a Soderini como confaloniero, disolver el gobierno de la República y acordar el regreso de los Médicis como jefes de la ciudad.

Nuevamente, las revueltas tomaron las calles; el caos retumbaba en Florencia, sumida en el pánico, y los florentinos se enfrentaban otra vez, divididos en sus opiniones: muchos de ellos de acuerdo con entregar a Soderini; otros, deseosos de la vuelta de los Médicis; unos, desconfiados del interés último del Papa, que aun con la rendición de Florencia no se conformaría y querría arrasarse la ciudad; otros, dispuestos a defender la ciudad de las tropas enemigas. La angustia era extraordinaria, y precisamente en esa

situación de suprema tensión era cuando Soderini se mostraba más incapacitado para tomar una decisión, pero nadie parecía reparar en que quizá podría haber tomado ya sus propias medidas.

Se alzaron varios defensores de la República asegurando a los miembros del Consejo Grande, convocado de urgencia para dar una contestación al enviado del ejército de asedio, que no se podía acceder a esas condiciones: una vez que la figura máxima representante del gobierno, que era el confaloniero, estuviese fuera del mismo, Florencia quedaría desamparada y sería presa fácil para las fauces de los Médicis, que no tardarían en disolver el Consejo y destruir sus órganos de apoyo. Maquiavelo aconsejó que la República tenía que negociar con el embajador de la Liga para que aceptara una sustanciosa retribución, que sin duda calmaría ánimos, y los dispondría para hablar del resto de las condiciones; que le hiciera saber a la Liga que Florencia quizá podría plantearse el regreso de los Médicis, pero como ciudadanos particulares, sujetos a las leyes del gobierno republicano.

-Florencia no puede aceptar la destitución de Soderini -concluyó en su alocución-. Mientras la figura del confaloniero vitalicio exista en Florencia, el resto de ciudadanos y grupos de presión política estarán sometidos a una obligación de negociación, pues el confaloniero garantizará siempre la institución de la República.

Era una propuesta que convenció a muchos, partidarios de uno y otro lado, pero que no decidió a Soderini a dar el último paso, contestando inexplicablemente al delegado de la Liga Santa, con el ejército a las puertas de Florencia, que necesitaba más tiempo para decidir. El confaloniero no acertó a dar más explicaciones a los suyos, que no podían entender la obstinación de Soderini en esperar empecinadamente. ¿Esperar a qué?, preguntaban ya los que, desesperados, intuían en la actitud esquiva de Soderini una negociación particular, inconfesable, a las espaldas del Consejo y de su gobierno. En efecto, muchos ya concedían en interpretar que, aunque Soderini se declarara neutral, estaba apoyando en la sombra al régimen de los Médicis y quizá forzando a una toma de la ciudad por las armas.

Mientras tanto, había ordenado a Maquiavelo que acudiera al frente de las tropas milicianas para impedir el paso al ejército de la Liga Santa. Maquiavelo se llevó las manos a la cabeza, y otros de la administración de los Diez también se enfrentaron a él, pero el confaloniero ya había empezado a actuar por su cuenta, organizando que parte de los caballeros con armamento pesado, los reclutados para la caballería ligera y tres mil infantes de la Ordenanza miliciana se concentrasen en Florencia para defenderla de un posible ataque. Como rúbrica a su estrategia incomprensible, decretó que se encarcelara a los representantes máximos de las familias partidarias de los Médicis. Quizá era una forma de fingir que no había malicia en su intención, preservando así su honra ante el depuesto gobierno cuando luego tuviera que negociar con los vencedores. Pero, de cualquier modo, no era eso lo que el Papa tenía previsto.

Furibundo como nunca, Julio II, con yelmo y alabarda en ristre, ordenó a su ejército que los florentinos recibieran una muestra ejemplar del castigo que les esperaba, y, en efecto, dieron una prueba terrible de su determinación, en un ataque sin piedad sobre la ciudad de Prato, a poca distancia de Florencia. Durante todo el día y su noche los soldados pasaron a cuchillo a casi cinco mil pratenses, bajo los ojos del legado pontificio; profanaron, violaron y saquearon,

para convertir después la ciudad en pasto del fuego más devastador. El ejército de Florencia trasladado al lugar fue destrozado. Maquiavelo, acampado en las proximidades de Prato con el destacamento principal de auxilio a caídos y víctimas del desastre, no podía creer lo que estaba sucediendo. Los primeros supervivientes de la matanza que pudieron llegar a la capital relataron el espanto de cuanto habían vivido y los ciudadanos cayeron en el pánico, acusando a Soderini como el causante de la catástrofe. Nunca olvidarían aquel aciago 30 de agosto de 1512.

Cuando regresó el secretario, mandado llamar de urgencia, halló a Soderini paralizado de miedo, acurrucado entre los pliegues de los cortinajes en su aposento de La Signoría.

Maquiavelo había cabalgado lo más rápidamente que pudo de vuelta a Florencia y llegó directamente a la Cancillería, en plena noche; no se había cambiado siquiera la vestimenta militar, estaba cubierto de polvo y cansado, con el alma hecha pedazos por las desgracias que había contemplado impotente.

-¡Sálvame! -exclamó Soderini al verlo llegar, echándose a sus brazos.

-Ni siquiera está ya en mi mano -contestó el secretario, tragándose el desprecio que en ese momento sentía hacia él-. Hace un tiempo, incluso tú podrías haberlo hecho.

El confaloniero rompió a llorar desesperadamente, pero no conmovió ya a Maquiavelo.

-Julio Médicis me había prometido que no habría muerte..., que no habría sangre... Encarcelar a sus acólitos sólo fue un golpe de efecto..., intentar salvar...

-¿Tu credibilidad? -atajó Niccoló, con desesperación.

-Yo no quería esto, te lo juro, no quería...

-Vendiste a nuestra República, ¿a cambio de qué?

-Tarde o temprano habría caído, ¡no iban a dejar que prosperase un gobierno que quería igualar los privilegios!, ¿no lo comprendes, Niccoló? Yo creí que podría conseguir que retornasen las grandes fortunas sin descalabro para nuestros cargos, ¡tu República era sólo una idea imposible!

-Y te sobraba cualquiera que pudiera hacerla posible, ¿no es cierto, Piero? -estalló Maquiavelo, con amargura-. ¿Qué te prometieron a cambio de deshacerte de mí, fingiendo justamente lo contrario?

-No, no... -sollozó Soderini-, no es eso, te lo ruego...

Entraron en la estancia Francesco Vettori y Biagio Buonaccorsi, sudorosos. Se escuchaba como un zumbido sordo el estruendo de la población en el exterior, agolpada en las calles, los insultos contra Soderini, los gritos jubilosos de los partidarios mediceos vitoreando a sus señores.

-Prometen respetar tu vida si te marchas de inmediato, Soderini -dijo angustiado Vettori-. Han entrado en Florencia las tropas de Juan y Julio Médicis, van a tomar el palazzo de La Signoría, quieren derribar el *David*...

El secretario se había marchado, velozmente. No tenía nada más que decir allí, no cabía más desolación en su pecho, pero tenía que convencer a los furibundos soldados pontificios para que respetasen el *David*; el *David* a cambio de Florencia. Esa misma noche del 31 Piero Soderini huyó de Florencia en dirección al mar. Niccoló no diría nunca que el que había sido su amigo había traicionado el gran sueño en el que habían creído juntos. Prefería explicar que el exceso de paciencia y bondad que había mostrado el

confaloniero fue lo que había hundido la República, que su error había sido la mucha inocencia al creer que podía esperar para derribar a sus enemigos, y eso le había conducido al final de su gobierno. Su reputación ya no se podía salvar; pero, al menos, Niccoló salvaría la posibilidad de un nuevo intento en los que todavía podían conservar la esperanza. Después, y cuando muchos de los propios soldados confesaron al secretario que no se podía derribar el *David* porque quizá lo quería para sí el papa Julio della Rovere, Maquiavelo se montó de nuevo en su caballo y cabalgó sin parar ni un momento hasta Sant'Andrea in Percussina, donde Marietta seguro que estaría preocupada por él.

Un grupo de destacados miembros del Consejo se presentaron ante la embajada de la Liga y los soldados pontificios, que esperaban en el gran salón de La Signoría, y reconocieron formalmente que se daba por cesado al gobierno de la República. Enviaron un correo al campamento donde esperaban los primos Médicis, y el 1 de septiembre, apenas clareaba el día, entraron en Florencia con gran boato y como vencedores Juan Médicis, el segundo hijo varón de Lorenzo el Magnífico, cardenal del Papa, y su primo Julio, el bastardo de Julián el Bello.

-¡La familia Médicis *ribenedetta!* -gritaban con algazara, por las calles, grupos de sus partidarios, que iban recorriendo toda la ciudad-. ¡Los Médicis rehabilitados! ¡Dieciocho años de espera, loado sea Dios!

Al palazzo de la Vía Larga se reintegraron también Alfonsina Orsini, la viuda de Pedro el Desafortunado, con su hijo Lorenzo, al que el pueblo llamaba Lorenzaccio, y Clarisa de Médicis, la otra hija de Pedro y Alfonsina, que ya estaba casada con Filippo Strozzi. Con ellos viajaba un niño pequeño, de unos tres años de edad, llamado Alessandro, que nadie sabía a ciencia cierta de quién era hijo. Se decía que había nacido de una relación ilegítima de Lorenzaccio, y otros decían que podría ser hilo de la propia Clarisa. Pero voces que se tapaban la boca con la mano aseguraban que era el hijo que Julio Médicis había tenido con una mujer del servicio medico, y en el que tenía puestas las ilusiones de sucesión de toda la dinastía Médicis. Si eso hubiera sido así, tendría sentido lo que se contaba del terrible Julio, que, habiendo descubierto la existencia de un hijo bastardo de su tío Lorenzo el Magnífico que podría reclamar derechos después de Giuliano, lo habría eliminado para que no fuera competencia para sus propios intereses y los de su hijo negado Alessandro. Pero toda la ciudad era un hervidero de rumores, de reajustes, de incertidumbres ante la nueva situación; cualquier murmuración tenía cabida en la inseguridad reinante.

A los pocos días había llegado también Giuliano di Lorenzo, sobre su caballo y sin escolta, con el semblante relajado y meciéndose sobre su montura, mirando extasiado a su ciudad otra vez.

Según el orden de su nacimiento y faltando el primogénito Pedro, le correspondía figurar de cabeza de familia a Juan, que con cierta incomodidad tuvo que aceptar la idea de dejar su cardenalato de Roma momentáneamente, mientras se organizaban las cosas en la ciudad. La idea hubiera sido que Julio se hiciera cargo del gobierno en Florencia y que Juan no se moviera de Roma, pero quizá eso habría levantado alguna sospecha del Papa.

Las primeras semanas se fueron en el acondicionamiento del palacio señorial, en recibir los reconocimientos de la nobleza de la ciudad, en pedir los informes y documentos y llaves de todo lo que había administrado La Signoría,

pero los ánimos en Florencia estaban muy agitados, y se temía una revuelta en cualquier momento. Los primos Médicis tenían que ir con cuidado. Aconsejado por Giuliano, Juan Médicis propuso al Consejo Grande que él y sus parientes se integrarían a la política florentina como ciudadanos particulares, respetando a los Consejos, y reservándose sólo determinadas elecciones de partidarios mediceos para algunas señorías. Harían reuniones con los diferentes representantes, revisarían las ordenanzas, y los funcionarios retomarían sus antiguos puestos, conservando la estructura asamblearia. Giuliano era partidario de respetar las instituciones populares tal como ya estaban, introduciendo fórmulas informativas a la nueva dirección de la ciudad. Pero Julio no pensaba igual.

-Tendrás que marchar a Roma rápidamente -le indicó Julio, a solas, al cardenal Juan, tal como pasaba en su compañía la mayor parte del día-; ¿no podemos tirar por la borda todo lo que hemos trabajado allí!

-Tampoco podemos dejar Florencia sin terminar de organizar las cosas -respondió Juan Médicis, el jefe de la familia.

-Es cierto, por eso hay que buscar una solución rápida y que permita concentrarse en Roma... ¡Julio II no puede tardar mucho en ser llamado por Dios; está a punto de cumplir setenta años!

Juan asintió. Con la aquiescencia de éste, su primo bastardo Julio remató la cuestión:

-Y por cierto, que los Médicis no regresan a Florencia para ser ciudadanos particulares. ¡No tenemos tiempo para contemplaciones!

Antes de cumplirse un mes de su regreso a Florencia, Julio Médicis había organizado la toma de La Signoría, lo cual le ahorraría tiempo y esfuerzos. Había citado a todos los partidarios de los Médicis de Florencia en la plaza, frente al *David*, y había enviado bandos a los arrabales y a las aldeas de la campiña exhortando al pueblo llano a que acudieran también para mostrar su amor a aquellos que venían a colmarles de beneficios, o que se atuvieran a las consecuencias. Una vez frente al palacio municipal, y flanqueados por las tropas pontificias, los más preparados exigieron la asamblea general del pueblo, coreados por todos los demás. Así constituido el cónclave popular, la plaza consintió en que se organizara una cámara de cincuenta ciudadanos delegados que renovarían las instituciones de la ciudad.

Los cincuenta escogidos eran servidores Médicis, llamados *palleschi*, que en pocos días comunicaron las decisiones de reforma por las que se decretaba la anulación de la milicia ciudadana y la disolución del Consejo Grande.

Giuliano convocó a su hermano Juan y a su primo Julio, mostrándoles su disconformidad. En realidad, Giuliano había vuelto a Florencia para retomar los placeres de la vida en su ciudad amada. Se había traído con él a muchos de los artistas que habían estado con él en Urbino, como Raffaello Sanzio; no tenía interés en el ejercicio de los cargos políticos. Les reprochó la supresión de las libertades para la ciudadanía que estaban aseguradas en el Consejo Grande; consideraba que no era conveniente provocar un malestar innecesario entre los ciudadanos, que podría volverse contra su familia otra vez.

-Sólo será un tiempo -le indicó su hermano Juan-; yo no puedo abandonar la carrera eclesiástica en Roma, y una vez quede asegurada,

podremos reorganizar aquí un gobierno que se abra de nuevo a ciertas posibilidades para el pueblo. Ahora no es posible, Giuliano.

-De acuerdo -contestó el hermano menor, tomándose pausas para reflexionar-, pero entonces hay que evitar la venganza: no habrá ejecuciones de adversarios de los Médicis, ninguna expropiación, ninguna víctima.

-Sea -concedió Juan-; la verdad es que yo tengo que volver rápidamente junto al Papa...

Giuliano nuevamente guardó silencio un momento, preparándose para desvelar su intención y sabiendo que provocaba así la exasperación de su hermano, impaciente por concluir la cita. El primo Julio, siempre a la sombra de Juan, tenía un año más que Giuliano, y también había hecho planes para Florencia.

-Según el orden familiar -dijo Giuliano al fin, mirándolos a los dos-, Juan, si tú te marchas a Roma me corresponde a mí la delegación de cabeza de familia para quedarme en Florencia al frente de su jefatura.

-Pero... -titubeó Julio.

-Tú no eres hijo de Lorenzo el Magnífico, Julio -le dijo a su primo con una sonrisa encantadora-, aunque seas como un hermano para nosotros.

-Vuestro hermano primogénito tuvo un heredero, Lorenzaccio, y ya es mayor de edad, con veinte años... -se quejó levemente Julio.

-Pero Giuliano tiene razón -atajó Juan-, y lo sabes, primo. Volvamos juntos a Roma; además, también sabes que eres muy valioso para mí en la corte papal.

El nuevo gobierno de Florencia se había organizado con el Consejo de los Setenta, el Consejo de los Cien y la elección de las Señorías, realizadas por los *Accoppiatori*, clientes y partidarios de los Médicis. Antes de dar por concluida la validez de la Comisión de cincuenta ciudadanos para la reforma, desde su administración todavía elevaron los correspondientes despidos y anulaciones de cargos, de manera que las nuevas instituciones partiesen de cero.

La destitución de Maquiavelo le fue comunicada por un oficio de dicha Cámara de los Cincuenta, e igual que a Biagio Buonaccorsi, un día de noviembre de 1512, que a Niccoló le había parecido especialmente frío e inhóspito.

Maquiavelo y el buen Biagio anduvieron toda la noche buscando bálsamos de diversas texturas en las tabernas, pero todo lo que habían bebido no logró nublarles la razón, y no podían desprenderse de la amargura por el trabajo perdido, por la esperanza ida. El único alivio al que intentaba aferrarse Nicolás Maquiavelo era pensar que el miembro Médicis que entraba en Florencia como nuevo jefe del gobierno de La Signoría era ese Giuliano di Lorenzo dei Medici, educado en el ambiente más elevado de la corte de su cultísimo padre, el mismo Giuliano que se había atrevido, con sólo quince años de edad, a rivalizar con él en sus versos, en su amor a Dante y en su conocimiento de Virgilio..., en fin, otro poeta, pensó Niccoló, como el propio Dante, como él mismo...

Recalaron junto al río, como recalaban la mayor parte de los amigos que en Florencia se veían atravesar las calles nocturnas. Pero aquella noche de noviembre hacía mucho frío, y sólo estaban ellos.

-¿Qué vas a hacer, Biagio? -le preguntó a su colaborador.

El viejo funcionario de la Segunda Cancillería, tal como Biagio se llamaba a sí mismo, se encogió de hombros y resopló.

-Volveré al campo -dijo, con un gesto más bonachón si cabe, que el que ya le conocía Maquiavelo-, igual que los soldados de carrera... Al fin, eso he sido: un soldado en una guerra que ya ha acabado para mí.

Niccoló miró a su compañero, dándose cuenta de que apenas se había fijado en él todo este tiempo atrás. Biagio Buonaccorsi exhibía pronunciadas arrugas alrededor de sus ojos, porque estaban viciados al esfuerzo del trabajo de papeles en los despachos sin luz natural de La Signoría. Vestía de negro riguroso, y por eso su envergadura quedaba disimulada; pronto tendría que procurarse otra capa, pues ésta ya estaba deshilachada por los ribetes. Tenía el pelo completamente blanco.

-¿Cuántos años tienes, Biagio? -le preguntó Niccoló.

-Tengo treinta y seis años, pero todos en mi familia han encanecido muy jóvenes -respondió, con la rapidez de una ardilla descubierta.

-¿Y de dónde viniste?

-De un lugar sin nombre entre Pianella y Montepulciano -contestó Biagio, como si fuera el muchacho que había llegado a Florencia veinte años atrás para aceptar el trabajo que le ofrecía su tío, bien situado en la capital-; en otoño todo el paisaje se vuelve de oro, y la gente sale a vendimiar inmensas extensiones de viñas. Algunos vinos se dejan fermentar y se crían hasta durante seis años, en barriles pequeños que se llaman barriques...

-¿Allí volverás?

-Sí..., y me casaré con Castellina... -Niccoló miró sorprendido a Biagio. Éste se encogió de hombros otra vez-; ya ves, secretario, yo siempre le había dicho que estaba loca porque creí que nunca volvería allí, y resulta que ella tenía razón, que un día u otro volvería y nos casaríamos.

Noviembre dejaba esa estela de niebla densa y azul sobre el Arno, paralizado, adormecido bajo el Ponte Vecchio en aquel amanecer. Maquiavelo estuvo un raro mirando el color indefinido del frío.

-¿Y tú, Niccoló? -preguntó, entonces, Biagio-. ¿Qué vas a hacer tu?

El antiguo secretario, *quondam segretario*, como ya se había nombrado a sí mismo Maquiavelo en algún brindis a lo largo de la noche, chasqueó la lengua sin dejar de mirar la oscuridad, ya herida de muerte por el alba.

-Le daré una alegría a Marietta -contestó por fin-, y languideceré en su dominio del Albergaccio.

Pero antes tendría que responder ante el nuevo órgano de las Señorías, que le habían pedido cuentas de las misiones que había realizado para el Consejo de los Diez. Francesco Vettori había sido nombrado flamante embajador de Florencia ante Roma; Filippo Casavecchia era ahora primer secretario de los Setenta, y Tommaso del Bene el segundo. Alamanno Salviati era el jefe del Consejo de los Cien y Cesare Sadoletto era consejero de Julio Médicis «para asuntos de Florencia». También Guiciardi había logrado asegurar un nuevo puesto de procurador de los *Accoppiatori*.

Nicolás Maquiavelo se había significado excesivamente en la defensa apasionada de su idea, y todos los del partido aristócrata sabían que, en realidad, había sido el inspirador de Soderini, su alma, su luz en la sombra. No podía permanecer en la nueva Florencia.

Estaba en el Albergaccio con Marietta y sus hijos, dedicado a asuntos de escaso interés para él, intentando paliar una inactividad a la que no estaba acostumbrado. Pero Marietta estaba contenta. De nuevo lucía embarazo, y

sabía que esta vez iba bien. Su esposo se había hecho cargo de algunos asuntos de administración de los campos que requerían una mente lúcida, pues los aldeanos que solía emplear para la explotación de las tierras de labranza no siempre le hacían bien las cuentas.

Giuliano di Lorenzo dei Medici se empezaba a ocupar de los asuntos de la familia en La Signoría. Juan y Julio habían marchado a Roma dejándole por fin en el gobierno de Florencia, mientras ellos se afanarían en la conquista del papado. Según había calculado Julio Médicis, de momento y mientras pudiera derivarlo a otros asuntos, era suficiente con tener a Giuliano entretenido en la dirección de un gobierno ya organizado para Florencia, pues, hedonista por naturaleza y con esas ganas de gozar de la vida como tenía, esperaba que el más joven de los Médicis vería la conveniencia de obedecer las instrucciones que le llegaran de Roma, dócilmente, sin complicarse más la existencia.

Pero Giuliano no iba a responder a sus planes. Era un hombre desprendido, llano e indulgente, que se ganaba el cariño de las gentes porque buscaba la concordia y no la revancha. Aunque algunas de las propiedades mediceas habían sido asaltadas en las revueltas de meses atrás, prefería la práctica de la paciencia, siguiendo el ejemplo de su bisabuelo *il pater patriae* y de su padre el Magnífico. Ya muy pronto los mediceos más acérrimos enemigos de la vieja República adivinaron que no era el tipo que convenía a los intereses de Julio Médicis.

Giuliano di Lorenzo tenía treinta y tres años, fortaleza y gallardía, unos principios hermosos. Se planteaba un régimen mediceo al estilo de Cosme II Vecchio, basado en los favores y el respeto a las formas cívicas, y crear para Florencia un nuevo sueño de esplendor como el que se había vivido con su padre el Magnífico; donó ingresos para la construcción de un nuevo hospital y una nueva biblioteca sobre la historia de Florencia, y llamó a los artistas a su corte para que sólo se ocuparan de crear... Encargó obras a Leonardo da Vinci, que tenía ya más de sesenta años pero una vitalidad asombrosa, y al joven Raffaello Sanzio, a quien había conocido en Urbino y quería otorgarle la oportunidad de convertirse en uno de los grandes, protegiéndolo con su mecenazgo. Campesinos, comerciantes y artesanos del pueblo empezaron a alabar a Giuliano, pues, añorantes de una personalidad como la de el Magnífico, soñaron que había regresado ese *pater* poderoso que les permitía crecer en libertad y seguridad, concediéndoles esplendor económico y cultural con su generosidad. Algunos confidentes de Julio Médicis le hacían llegar sus recomendaciones al joven Giuliano y le indicaban que sus actos no iban a ser del total agrado de su hermano mayor; el propio Cesare Sadoletto era uno de los comisarios puestos en la secretaría personal de Giuliano con el fin de hacerle cumplir las preferencias de su señor Julio, pero Giuliano tenía su propio estilo de gobierno y sabía bien lo que quería.

-Sabed que vuestro hermano, el cabeza de familia -le insistía Sadoletto-, ha adquirido serios compromisos con nobles de Roma, y que pretende seguir expandiendo los territorios pontificales. Florencia debe obedecer la política que marque Roma y, no tardando mucho, tendrá que marchar sobre Urbino.

-Messer Sadoletto, en Florencia el cabeza de la familia Médicis soy yo -le había contestado Giuliano-. Estáis de consejero y, por tanto, hablaréis cuando yo os pregunte. ¡Ni quiero aduladores ni quiero entrometidos! En cuanto a Urbino..., decidle a mi hermano Juan que yo no traicionaré al que me dio cobijo cuando estuve en el exilio, pues la lealtad a quien la merece es uno de los

preceptos que mejor aprendí de nuestro padre. El único duque de Urbino es Francesco Roverre, y Florencia no luchará para arrebatarse su título ni su territorio mientras yo sea su señor.

En Roma la situación no permitía que los primos Médicis se desviarán ni un ápice de su atención, pues el papa Julio II estaba enfermo en su lecho de muerte y las fuerzas políticas se movían vertiginosamente en torno a las varias conspiraciones que se habían desatado, previendo ya un pronto desenlace. No les había pasado desapercibido el informe en el que se les hacía saber que Giuliano había llamado a Niccoló Machiavelli, pero todavía no podían intervenir.

El antiguo secretario, en la esperanza de ser restituido para algún servicio en La Signoría, no había tardado en acudir a la cita con el jefe de la ciudad. Éste lo recibió en su salón privado del palazzo de la Vía Larga, donde se escuchaban de continuo los cinceles de los escultores y los acordes de los músicos, que en distintas estancias de la impresionante residencia ejercitaban sus artes para deleite de Giuliano.

-Sé muy bien que para gobernar un pueblo no es bastante la buena voluntad, aunque ya sea una buena parte -le dijo amigablemente, saludándolo-. Por eso necesito de vos, Messer Machiavelli.

-¿Qué puede necesitar de mí, un pobre desempleado, el hombre más poderoso de Florencia? -le contestó con ironía.

Giuliano respondió con suma rapidez:

-Que redactéis un proyecto para la reforma de los ordenamientos Políticos de Florencia.

-Pero... -se resistió Niccoló.

-¡Oh! -replicó con gracia el joven Giuliano-, sé que no hemos hablado de emolumentos, pero seguro que llegaremos a un acuerdo, amigo mío.

Maquiavelo guardó silencio, mirándolo fijamente. Sentía un pánico extraño al pensar que podía estar engañándole. Giuliano debió de adivinarlo y reformó su semblante jovial; estaba ante un hombre que había sufrido mucho, aunque fuese una de las inteligencias más preclaras de Florencia.

-Durante el régimen republicano de Florencia -pricipió a explicarle con mucho respeto-, vos le habéis prestado a nuestra patria quince años de enormes servicios como secretario de la Cancillería para la Paz, y todos lo saben, Messer secretario, aunque sean distintos los intereses sobre esa certeza. En una situación tan delicada para Florencia como la que ha vivido todo este tiempo, vos erais el que más sabía de las relaciones entre los Estados, el que más gobernantes conoció, el que más viajes hubo realizado para hablar con unos y con otros para convencerlos de los intereses comunes que tiene la concordia, salvaguardando así a su amada Florencia... Vos los conocisteis a todos, los estudiasteis a todos. Igual que antes, sin ninguna duda, a Savonarola, observasteis después uno a uno a los grandes gobernantes con los que Florencia tenía que negociar, desde César Borgia al papa Julio II, desde el alemán Maximiliano de Habsburgo a Luis XII de Francia y al viejo español príncipe de los zorros llamado Fernando el Católico...

Maquiavelo cumpliría cuarenta y cuatro años en el mes de mayo de ese 1513 que comenzaba sin expectativas para él. Guardó silencio todavía. Estos últimos días se había sentido viejo, un viejo en estado de duelo, y había creído que no volvería a experimentar la chispa de la ilusión. Pero la ilusión, sabía muy bien, es un ave preciosa con las alas frágiles, y temía verla de nuevo con

su plumaje tronchado contra la corriente del Arno. No podía decir nada, todavía no.

-Yo también amo mucho a Florencia -siguió diciendo Giuliano, captando el torbellino de emociones encontradas que estaría sintiendo el viejo secretario vulnerado-. Cada cual vivimos lo que nos toca vivir, Messer Machiavelli..., y a veces la actitud más prudente es esperar a que sea el momento de actuar. Bien, mi momento ha llegado, y quiero hacerlo. Quiero conocer qué cualidades debo alimentar en mí para llegar a ser el príncipe que requiere Florencia.

-Pero quizá no sea yo el más adecuado para decirlo, *signore* -respondió al fin Niccoló-. Yo creo firmemente que los principios tradicionales apoyados por la Iglesia de Roma no se ajustan ya a los cambios de esta época, a lo que el hombre de este tiempo requiere, que es participación y no sometimiento, libertad de decisión y no miedo, *signore*, madurez y no manipulación... No, ilustre Giuliano, yo no soy el adecuado, pues no tardaríais en arrepentiros de esta petición vuestra, que podría ponerlos frente a algo que en verdad no queréis hacer...

Maquiavelo iba a dar media vuelta para marcharse, pero el joven Médicis atajó rápidamente su gesto:

-Por qué os negáis a seguir ayudando a Florencia? -el destituido *oratore* se detuvo-. No es para mí lo que os pido, es para Florencia, Messer secretario... Creo, como vos, y como vos lo aprendí de Plutarco y Hesíodo, que el carácter de los hombres de Estado alcanza a sus actos políticos, y creo, como vos, que los gobernantes han de guiarse por el amor a su patria olvidando sus caprichos personales. ¿Por qué creéis que yo no puedo ser ese gobernante del tiempo nuevo, ese príncipe que necesitaría la unidad de los territorios italianos?

Nicolás Maquiavelo sonrió, mientras se giraba, dándose por vencido. Este Giuliano era audaz, un hábil poeta.

-¿Es una trampa que el poder Médicis quiere tenderme? -preguntó todavía.

-La comprensión del poder, o como tiranía sobre los súbditos o como responsabilidad con los gobernados, no depende de un apellido -contestó gravemente Giuliano, mostrando un empaque digno de respeto-, sino de quien personalmente opta por una u otra cosa. Yo no quiero ser un tirano, Messer Machiavelli; yo quiero ser el príncipe amante de su pueblo.

A modo de asentimiento, Niccoló puso la mano en su pecho e inclinó suavemente la cabeza hacia Giuliano.

-Es alta encomienda la que recibo de vos -le dijo por fin-, pero sabed que de mí sólo podréis recibir la verdad de las cosas y que no alabaré aquello que no sea digno de alabanza, aunque sea lo que vos esperéis encontrar...

-Quiero seguir el ejemplo de mi padre, el magnífico Lorenzo de Médicis, el príncipe que llevó a Florencia a un esplendor inmortal -le contestó Giuliano-, y por eso os pido ayuda, Messer secretario, porque necesito que entre verso y verso recordéis para mí esa larga experiencia en la observación de los gobiernos de los pueblos y me contéis los casos que habéis conocido, y sus formas y las conclusiones que habéis resuelto, sobre eso que llamáis «el arte del Estado», o la experiencia de gobernar.

-*Signore* -respondió Niccoló, abriendo su corazón como una flor de pétalos tendidos-, sabréis que amo por encima de todo a Florencia, que admiro por encima de todo la inteligencia de los hombres y que agradezco por encima

de todo que me pidan consejo para ejercer el poder, a mí, que no puedo llegar a poderoso porque no tengo linaje aunque tenga las cualidades... Sabed que volcaré para vos todo lo que me habéis pedido en la palabra escrita y en la palabra hablada cuando sea que lo preciséis.

Giuliano se levantó de su asiento y se lanzó sobre Niccoló en un abrazo entusiasmado.

-Os lo dije una vez, ¿recordáis, amigo Machiavelli? -dijo entonces, con su gesto risueño-: Que algún día se daría que dos poetas, vos y yo, reunieran sus poderes; pues bien, aquí estamos: el ímpetu nuevo de mi decisión y la ciencia experimentada de vuestro saber, la perfecta combinación.

Niccoló se había puesto a escribir desafortunadamente, con la misma generosidad proverbial que había derrochado en sus informes para La Signoría, con su entusiasmo de poeta, con su saber incuestionable. Tenía el deseo de realizar una gran obra sobre el arte de la política, que dedicaría a Giuliano di Lorenzo dei Medici, entregándose por entero a educar con su experiencia a este príncipe nuevo, tal como ya él mismo lo llamaba, quizá el príncipe cuyas virtudes llevaba mucho tiempo buscando Maquiavelo para su patria.

Giuliano di Lorenzo, como se hacía llamar, anteponiendo su orgullo de ser el hijo menor del gran Lorenzo el Magnífico al propio apellido familiar, se reconocía hermanado con la inteligencia del que había sido el político más brillante hasta la fecha en la historia de Florencia; ambos se miraban, comprendiéndose en ideales parecidos, y se habían reunido en un mismo amor a su patria.

Pero esa amistad era peligrosa para el primo bastardo Julio Médicis. No bastaba con que hubiera dejado en Florencia a su comisario para vigilar los actos de Giuliano; Cesare Sadoletto debía procurar que todos sus gustos tuvieran pronta y rápida satisfacción, consiguiendo para él los placeres más seductores, que le apartarían de la cabeza, según lo previsto, cualquier intención de intervenir en la política de la ciudad. Sin embargo, Giuliano estaba gobernando; no era perezoso, ni egoísta, ni tirano, no era una pieza de adorno, tomaba decisiones pensando en su pueblo y la gente lo amaba.

Los informes que Julio recibía periódicamente de Sadoletto le alarmaban cada vez más: que Giuliano contaba con la experiencia y el apoyo del experto Machiavelli, el mismo que había sido consejero y embajador del gobierno republicano de Florencia; que Florencia había vuelto rápidamente a recuperar su estima y su confianza en el futuro, que Florencia creía haber encontrado de nuevo su gloria en aquel Médicis que quería seguir las huellas de su padre...

Con Giuliano di Lorenzo al frente, Florencia podía hacer pronto sombra de nuevo a la propia Roma, en donde los primos Médicis estaban labrando su particular porvenir prometiendo a los poderosos que tenían que prestarles el apoyo suficiente para sus planes que el centro del poder Médicis se establecería en Roma ya para siempre, y que por tanto todas las inversiones de su inmensa fortuna serían para ellos. A nadie interesaba que Florencia se afianzase en su independencia ni siquiera con otro Médicis a la cabeza. Indudablemente Giuliano di Lorenzo había desbaratado las previsiones iniciales, pues Julio se había resignado a ponerlo al frente de Florencia pensando sin embargo que sería acomodaticio y manipulable y que simplemente se dedicaría a vivir, despreocupado de la ciudad. Giuliano era

brillante, pero ya no era el tiempo de Giuliano; no era él quien debía gobernar Florencia, y Julio nunca había dejado hilos sueltos. No sería ésta una excepción.

Michelangelo Buonarroti estaba en Roma, afanado en esculpir la tumba monumental para el agonizante papa Julio II. El día de los Santos de noviembre de 1512 se había inaugurado la bóveda con los frescos de Buonarroti en la capilla Sixtina. Al poco, el papa Julio había enfermado. Mientras tanto, la corte de Giuliano di Lorenzo se convertía en centro del nuevo *risurgimento* de Florencia, como si el mismo Giuliano hubiese querido mostrar ufano al mundo que él podía lograr para su ciudad lo que nunca debió serle arrebatado, que ese *David* orgulloso junto a la entrada de La Signoría podría llegar a ser él mismo. Albergaba un proyecto que culminaría esta idea: le encargaría al maestro Michelangelo Buonarroti una estatua de Hércules, gemela al *David*, para colocarla al otro lado de la puerta de acceso a La Signoría. Hércules, emblema de la voluntad, de la constancia, de la fortaleza; el de los doce trabajos del mundo para lograr su divinidad. Estaba seguro de que, en cuanto Buonarroti supiese de este proyecto, dejaría Roma rápidamente, en la que ya no se sentía el centro de atención, pues su implicación con el Papa anterior le había relegado ahora a un plano más discreto.

Leonardo da Vinci había creado una orquesta de músicos a sus órdenes, haciendo las delicias de los invitados en las veladas en la corte de Giuliano; el elegante Raffaello Sanzio, en la madurez joven de un artista de veintinueve años, acometía proyectos bajo el consejo del genial maestro Da Vinci, dedicado al disfrute de formar a los que iban a sucederle. Raffaello había trabajado en los aposentos privados del pontífice Julio II en Roma, mientras Michelangelo pintaba su bóveda Sixtina y lo miraba de reojo, incomodado por la presencia de otro más joven que él. Pero ahora, en Florencia, la ciudad a la que había considerado desde su infancia como el culmen del arte, Raffaello estaba feliz, gozando de la sensibilidad de un intelectual político como era Giuliano.

Las tertulias nocturnas, después de las obligaciones del día, eran especialmente hermosas escuchando a músicos, poetas y actores recreando escenografías del viejo teatro romano, y se aderezaban con alguna fiesta multitudinaria por algún motivo relevante, como aquella celebración del Año Nuevo de 1513. Los manjares típicos de las comarcas florentinas corrían en las bandejas de mano en mano de los invitados. Carne de ganado del valle de Chiana asada en fuego de ramas de roble, guisado de vaca y de cerdo con aliño de aceite excelente y setas, jabalí con salsa picante de liebre, conejos estofados con romero picado y pimienta, sopas, quesos, frutas, y, sobre todo, vino, el néctar de los dioses por excelencia de la tierra toscana. Mil personas se reunían en la fiesta del palazzo Médicis, igual nobles que comerciantes, funcionarios, artistas, financieros, *condottieros* del ejército pontifical, más artistas, intelectuales, nuevos cargos ascendidos en el gobierno de Giuliano, ciudadanos sin título, gente diversa de otros gremios de la ciudad que Giuliano había querido invitar para ser modelo del nuevo orden social que venía con el cambio, un nuevo tiempo que haría valer los méritos propios por encima de otra condición.

Maquiavelo volvía a residir en la capital por tres días a la semana, pues el jefe Médicis lo reclamaba a su presencia con cierta frecuencia; le había solicitado pautas de instrucción en los clásicos para su hijo Hipólito, nacido de una amante del pueblo llano que Giuliano había tenido en Urbino. Aunque el pequeño Hipólito no había cumplido todavía los cuatro años, Giuliano ya preveía una educación para él como heredero de la dinastía Médicis.

Maquiavelo recordó lo que se decía de su primo bastardo Julio, y de ese otro niño ilegítimo llamado Alessandro, que vivía en el palazzo de la Vía larga como si fuera hijo de Lorenzaccio. Curiosamente, la política matrimonial de los Médicis estaba organizada como la de las grandes dinastías reales, emparentando con la nobleza más rancia de Europa, pero los gustos particulares de sus príncipes seguían aferrados a la tierra y sus amantes eran escogidas entre los frutos más bellos de la campiña toscana.

Niccoló recordaba también a Casio di Fiore, al que todos parecían haber olvidado, el encima de Florencia. ¿Por qué parecía que su recuerdo no pudiera apagarse nunca de su mente?

Un limón azucarado a medias, «zumo de fruta con aceite». Así le había explicado Niccoló a Lucrezia Ricciardi su sensación en ese momento. Florencia propagaba a los cuatro vientos su resurgimiento, saboreaba el dulzor de la primera capa del limón. Él sentía el estómago revuelto, cada día más delicado, y «tomaba» ese zumo de fruta figurado con la prevención del que sabe que en el fondo de la copa se halla el aceite que va a descomponerle el vientre. Los viejos amantes conservaban el amor de los amigos cómplices en una relación exenta de roce físico, pues Lucrezia, después de que los médicos consideraran que estaba curada en «una parte muy alta de todo su organismo», había cambiado de gustos y le resultaba imposible, como decía, «amar con el cuerpo». Sin embargo, la Riccia le había acogido en su residencia, pues la vieja casa de Totto había quedado abandonada, permitiéndole alojarse por tres días a la semana en varios de los aposentos que a ella le sobraban en el palacete. El abuelo de Lucrezia, un avisado mercader que se había comprado un falso título de nobleza, había construido para su familia la lujosa mansión y un panteón funerario anejo a la catedral. Bromeando, Lucrezia también le había ofrecido a Niccoló un hueco en él. Se reía de su prevención y de su desilusión, a pesar de que disfrutaba de un reconocimiento que jamás antes había obtenido de un Médicis. Maquiavelo creía en las personas virtuosas por encima de todo porque conocía también las mediocridades de aquellas sin virtud; eso mismo le hacía más vigilante del sistema institucional, ese que podría superar los fallos humanos, ese que podría suplir las faltas y asegurar que la idea, que el objetivo del bien común, se cumplía.

-Giuliano es sólo un espejismo al que la ciudad se aferra, y se equivoca -le había comentado-. Giuliano sigue el modelo de su padre, un líder innato, y él también puede que lo sea..., pero no le van a dejar gobernar libremente.

-Quizá seas tú quien se equivoque, querido Niccoló -le protestó la Riccia-; quizá nadie creyó realmente en ese sueño de libertad y honestidad, y se dejaron seducir por la aventura de un cambio, o por la ilusión de su fantasía...

-¿Tú creíste en la República? -le preguntó directamente Niccoló.

-Yo creí en tu fuerza y en tu pasión -le contestó.

Lucrezia lo miraba con ternura, aunque ya no le tomaba tan en serio como antes. Maquiavelo la observaba sin poder evitar compararla con su Florencia; era como si sus palabras brotasen de la ciudad, contentas las dos por haber recobrado una salud que temieron haber perdido para siempre. Lucrezia sentía que resurgía del pozo en el que su infección la había arrojado, y volvía a estar bella; pero no había podido evitar las secuelas. Su edad se había hecho manifiesta y su piel había perdido prematuramente la textura de antaño, porque los muchos medicamentos a los que había estado sometida le habían dañado otras partes de su ser. Ya no podía amar con el cuerpo, según decía, porque su alma estaba dañada de resentimiento y de vergüenza. Sin embargo, aunque no hiciera el amor con él, se había entregado al desafortado deseo carnal, desprovisto de emoción y de grandeza, con muchachos y muchachas asiduos a sus fiestas constantes, a las que Niccoló ya no asistía por pudor. No quería verla malgastar su salud, recobrada en una empecinada mentira que pretendía exhibir como verdad: que ella era la de antes. Además, su dolor de estómago se agudizaba por las noches, y necesitaba tumbarse para sentirlo calmado.

No. Florencia tampoco era la de antes, y las secuelas se dejaban entrever. De vez en cuando, Lucrezia percibía esos destellos de lo irreparable, y arremetía contra Niccoló, haciéndose eco del propio desconcierto de Florencia:

-¿Y cómo es posible que tú -le reprochó una de aquellas veces desesperadas-, tú, convencido republicano, el que fue alma y voz de la República, haya accedido a escribir un tratado sobre el arte de gobernar para un príncipe absoluto? ¿Acaso no es ésa una incongruencia, mayor en ti, puesto que tan grande fue tu entrega a la República?

-Igual que dije que el príncipe de Florencia era su República, sería capaz de decir que la República de Florencia será su príncipe, si surge ese gobernador de su pueblo revestido de las virtudes que hagan de la política un servicio a los ciudadanos -le había contestado Niccoló-. Giuliano puede ser ese príncipe para mí, si defiende los principios de la República, que es gobernar a sus súbditos pensando en ellos y no en sí mismo, y seguramente lo sea, y por eso le prestaré mi apoyo y mi consejo, ya que éstos no se apartarán de mis principios y mis convicciones republicanas.

¿Serla bastante esta respuesta, sin embargo, para que Florencia comprendiese el nuevo reto de su madurez?

Tampoco las conversaciones con la Riccia tenían ya el mismo sabor de antes; una crispación latente y pertinaz. entre ellos que dejaba seca la boca hacía preferible el silencio.

CAPÍTULO 11

Y yo acudiré a vuestro llamado, signore. Empeñé mi palabra en vuestro encargo y no soy hombre que falte a sus compromisos.

Las decisiones tenían que tomarse rápidamente. Julio Médicis, el cerebro de la ascensión al poder papal de los Médicis, estaba a punto de conseguir que su primo Juan fuese nombrado el nuevo Papa de Roma como León X, y no podía permitirse dejar a Giuliano a su albedrío.

Recién iniciado el año 1513 y por una casualidad, Cesare Sadoletto hizo un descubrimiento que supo utilizar en provecho de su señor Julio; la suerte parecía ponerse de su parte. Después de Casio di Fiore, nuevos bellos de Florencia habían asistido a los banquetes privados que el comisario organizaba en un salón de su residencia; fiestas preparadas en el más riguroso secreto que congregaban a potentados y aristócratas cómplices de los mismos vicios, para cometer los más horrendos excesos con adolescentes perfectos que se ofrecían como objetos de placer para sus pecados inconfesables. En Florencia la belleza siempre fue verdad, pero la verdad no siempre había sido bella. Las apariencias tenían que conservar las formas plausibles aceptadas por todos, y se hacía el silencio sobre todo lo demás; lo vergonzoso, lo depravado, lo deshonesto se silenciaba, o quedaba para los desharrapados que no tenían apellidos o fortunas que proteger.

De boca de uno de los jóvenes invitados que se empleaba como modelo en los talleres de artistas que abundaban en la ciudad, Sadoletto escuchó al vuelo unas palabras que captaron su atención. Se acercó a él y al otro joven con el que departía y les ofreció lo que esperaban, una gran suma de florines por pasar la noche en sus aposentos. El comisario llevó a su encuentro a dos esbirros, que les torturaron violentamente, hasta que confesaron lo que sabían: que una conspiración contra los Médicis se estaba urdiendo en Florencia, organizada por Pietro Paolo Boscoli y un tal Agostino Capponi. Un par de días después, los vendedores de pescado del Ponte Vecchio encontraron al amanecer, entre los desechos y cajas y el detritus de su quehacer, dos cadáveres en mal estado, medio desnudos, casi irreconocibles, que mezclaban el olor nefando de su descomposición con el propio de los pescados podridos al sol junto al puente, en la misma ribera del Arno donde se arrojaba la carroña. Nadie dio importancia a esos dos cuerpos desconocidos, seguramente fruto de una reyerta entre ladrones o amantes despechados; no era la primera vez. Fueron cargados, junto con el resto de las basuras, en el carro que una vez a la semana servía para acumular los despojos de la faena de los mercaderes de pescados, frutas y verduras, que luego se quemaban en una de las laderas de un monte cercano, el vertedero de la ciudad.

Mientras tanto, un escuadrón del cuerpo de soldados de La Signoría encabezado por el comisario Cesare Sadoletto, como ministro del gobierno mediceo, había ido a buscar a Boscoli y a Capponi. Sometidos a tortura, confesaron la existencia de una conspiración sin cuajar todavía, en embrión al parecer, donde había implicados diez intelectuales más; desvelaron que habían celebrado tres reuniones para hablar de la situación de Florencia, preocupados por lo que todos sabían, la excesiva influencia de Roma. Sadoletto negoció con los dos conjurados: si incluían en su declaración jurada el nombre de Niccoló Machiavelli, no serían sancionados con la muerte y se condonaría su pena con una multa y el exilio sólo por un tiempo. Los inexpertos disidentes aceptaron y

firmaron una carta jurando que Nicolás Maquiavelo estaba complicado en un complot contra su amigo Médicis, Giuliano.

Ésa era la baza que Julio estaba esperando en Roma. La noticia dio la vuelta a Florencia, y Cesare Sadoleto no perdió un momento para presentar a Giuliano la denuncia de conspiración contra él, «urdida por el propio Machiavelli», tal como le indicó.

-No creo lo que dice la carta -sentenció directamente Giuliano cuando Sadoleto le tendió el pliego.

-Todos los incluidos en la lista confirman que Machiavelli es el cerebro de la conjura- contestó el comisario.

-Y no dudo que tú habrás sabido inspirarles muy bien las palabras que debían utilizar para acusarlo... -respondió con sarcasmo Giuliano, que conocía perfectamente los métodos de su ministro.

-Vuestros familiares de Roma están muy pendientes de este asunto, *signore* -se defendió Sadoleto-; sería un desaire contra ellos si despreciáis esta declaración.

-Yo conozco a Machiavelli, y sé que no es hombre de conspiraciones ni de secretos -contestó el joven Médicis-, aunque en esta Florencia eso quizá le hubiera sido más útil... Machiavelli habla a la luz, no se esconde, dice lo que piensa sin hipocresías, no necesita de velos que oculten su opinión, ¿entiendes, comisario? Ese hombre es honesto y antes se hubiera enfrentado a mí que criticarme a mis espaldas.

-Pero hay una declaración jurada, *signore* -insistió Sadoleto-. ¡Debéis ordenar el encarcelamiento de Niccoló Machiavelli!

-Yo mismo averiguaré la verdad de esto, comisario -resolvió entonces Giuliano, ante la exasperación de su ministro-. Antes de tres días te haré saber mis instrucciones, infórmalo así a mis parientes de Roma.

Giuliano estaba dispuesto a aclarar la situación y redactó una nota haciendo llamar a Nicolás Maquiavelo a su presencia; pero al mismo tiempo un correo de extrema urgencia desde el pontificado había llegado a Florencia para comunicar a Giuliano la imperiosa necesidad de que viajara hasta Roma, pues el papa Julio II estaba muriendo y se preparaban los funerales y la citación del cónclave para la designación del nuevo pontífice, en todas cuyas ceremonias, como jefe de la familia Médicis en Florencia, él tenía que estar presente. Giuliano no tenía otra opción, y partió esa misma noche.

Sin dudarle, Sadoleto aprovechó la ausencia de Giuliano para encarcelar a Maquiavelo. El viejo secretario había recibido por la mañana la misiva del joven Médicis y, como otras veces, se había puesto en camino sin perder tiempo, para llegar a Florencia al atardecer. Cesare Sadoleto conocía muy bien la puntualidad de Maquiavelo y tampoco se demoró en su plan: se apostó con veinte de sus soldados en la puerta de la muralla, esperándolo.

El 21 de febrero de 1513, al día siguiente de la llegada de Giuliano a la corte papal, falleció Julio II. Tras un cónclave en el que las promesas y los regalos a sus miembros se organizaron por cuenta de Julio Médicis sin rubor alguno, salió elegido nuevo pontífice su primo Juan, que tomó el nombre de León X. La noticia corrió más deprisa en el fuego que en los caballos, como dijeron luego los mensajeros, pues en cada ciudadela que se conocía la novedad encendían una hoguera jubilosa para indicar al oteador de la siguiente que el nuevo Papa era un Médicis. En Roma el júbilo no podía ser mayor, pues

todas las familias poderosas estaban seguras del esplendor y los negocios que este Médicis traería a su ciudad, a la que ya había prometido dotar con nuevas escuelas de artistas, una academia, una biblioteca de la humanidad, un restaurado templo en honor de san Pedro y otras muchas prebendas a favor de los que quisieran ganarse la gloria y la simpatía de Dios en el más allá.

En Florencia las celebraciones se prolongaron durante varios días; los partidarios de los Médicis aumentaron fulminantemente, ya nadie tenía reticencias sobre su gobierno y sobre los bienes que indudablemente aportarían a Florencia, pues el Papa de Roma era un Médicis y siempre trataría con privilegiado amor a su ciudad. La denuncia contra Maquiavelo pronto se quiso ignorar, acallada entre las exaltaciones y los festejos, incómodo asunto para esos ciudadanos ocupados en reorganizar sus vidas con la nueva perspectiva de enriquecimiento de sus intereses. Muy pocos prestaron verdadera atención al encarcelamiento del viejo secretario de la República, que debería esperar a las sesiones correspondientes de interrogatorios, juicios y deliberaciones cuando Giuliano regresara a la capital. Al fin y al cabo, era normal que con los cambios políticos cayesen en desgracia algunos.

También Giuliano tenía que esperar la conclusión de los actos y las disposiciones del nuevo Papa, su hermano Juan. Enterado de la acción de Cesare Sadoletto sin su consentimiento, elevó una protesta al nuevo papa, pero no recibió la pronta respuesta que esperaba porque eran muchos los asuntos que debía atender León X.

Asumido el cargo pontificio, dispuso el inmediato nombramiento de Julio Médicis como cardenal arzobispo de Florencia. Nuevamente, los florentinos aclamaron a los Médicis y a su Papa, y elevaron alabanzas a su arzobispo Julio, que aumentaba así la posición privilegiada de Florencia en la política romana. El viejo cardenal Soderini no se dio por ofendido con su destitución; ya había obtenido anteriores y varios privilegios de los primos Médicis a cambio de colaborar con ellos, atrayendo hacia su amistad a su hermano, el antiguo confaloniero de Florencia. Cuando el nuevo Papa realizara las diversas amnistías obligadas en cada nombramiento de un nuevo pontífice, Piero Soderini sería uno de los perdonados y quedaría redimido de su exilio, procurándose una existencia sin privaciones en Roma. El viejo cardenal Soderini se retiraría a una vida plácida en su villa de la campiña romana, disfrutando de los placeres puestos a su alcance, protegido por el silencio. León X elevó a continuación un edicto para que viniese a su corte el artista Raffaello Sanzio, por la mucha devoción que profesaba a su arte, y estipuló la pronta fundación de una universidad y la creación de una imprenta para la edición de los clásicos griegos. Michelangelo Buonarroti podría seguir trabajando en la tumba del Papa difunto, pero el artista, a quien el tiempo y la edad le habían aguzado la hosquedad de su carácter, decidió que quería marchar por un tiempo a Florencia, para ver a su familia, dijo, y luego iría a Carrara, para otear nuevos mármoles, y descansarían también, pues Julio II le había sometido a un ritmo frenético de trabajo. Esos esclavos, los *prigioni* que esculpía para su tumba, eran él mismo, en su agonía, en su cansancio, en su rebeldía reprimida; ahora, sin embargo, se sentía molesto porque León X prefería al suave y melifluo Raffaello. No había dado contestación al ofrecimiento de Giuliano para realizar el *Hércules* gemelo del *David*, y ahora ya no era el momento ni de contestar ni de acometerlo, pues los planes habían cambiado para Florencia.

En las varias reuniones a las que Giuliano tuvo que asistir mientras León X realizaba las nuevas disposiciones y los nuevos ordenamientos del Estado pontifical, no había tenido ocasión de hablar personalmente con su hermano, pero le preocupaba la situación de Florencia, huérfana de mando en esos momentos, en manos de una comisión de gobierno en la que él no confiaba. Redactó un pliego para que lo pudiese leer León X, al que no recibió respuesta; esperó a las puertas de sus aposentos, vigilado por guardias, sin que el hermano se dignara darle audiencia; lo llamó a voces en una de las recepciones, un grave desacato que provocó su enfado y por lo que Giuliano fue amonestado y casi expulsado de la sala, pero tampoco así lo atendió. Giuliano comprendió que estaba siendo retenido en Roma por algún motivo. Ordenó entonces a sus servidores los preparativos para su partida inmediata, sin querer aguardar más, pero al otro día los soldados acudieron a sus aposentos a notificarle que su santidad el papa León X no quería que abandonara Roma hasta no haber tenido la ocasión de considerar con él la propuesta que tenía que hacerle sobre su futuro. Giuliano esperó todavía un mes, custodiado a todas las horas del día por la guardia pontificia, hasta que la entrevista tuvo lugar. Mientras tanto, las recepciones y embajadas extranjeras se sucedían, honrando al papa Médicis, que iba a colmar de privilegios a sus amigos y clientes.

El cardenal Julio no podía permitirse malgastar sus energías con el rebelde Giuliano y se había decidido a conseguir definitivamente que Florencia no fuese un estorbo para sus manejos. Había convencido a su primo León X para que, como nuevo Papa, nombrase confaloniero del ejército papal a su hermano menor Giuliano, lo que le obligaría a residir definitivamente en Roma, donde estaría controlado de cerca.

Necesitaba a un mediocre en Florencia para que el verdadero centro del poder mediceo se afianzase en Roma, así que se aseguró de que la representación de la familia fuese encomendada al hijo varón de Pedro el Desafortunado, llamado Lorenzo en honor de su abuelo el Magnífico, un muchacho sin sentido ni inteligencia cuyos privilegios no le había costado ningún esfuerzo obtener, pero cuya estulticia interesaba sin duda a Julio Médicis. Lorenzaccio, como le empezó a llamar el pueblo en burla, para distinguirlo de su abuelo el Magnífico con el que se empeñaba en compararse, era un botarate como Pedro, estúpido y manejable, pero, sobre todo, tenía la ambición enfermiza del mediocre, y era eso lo que necesitaba Julio, accionando desde la sombra. El pueblo sin embargo no quería a este Médicis, por muy nieto del Magnífico que se titulase.

Giuliano di Lorenzo no podía negarse a la orden de León X y se marchó a Roma, aunque no abandonó su preocupación por Florencia, aplicándose sobre todo en demostrar a su hermano que Nicolás Maquiavelo no era culpable de nada. Consiguió una autorización especial del Papa para trasladarse a Florencia por un mes, para terminar los asuntos pendientes de su gobierno y hacer la entrega oficial de su cargo a su sobrino Lorenzaccio.

Una vez en Florencia, celebrándose el día de San Giovanni con especial boato ofrecido por el nuevo jefe Médicis para su encumbramiento en la ciudad, Giuliano acudió a la prisión del Bargello donde estaba cautivo Maquiavelo, sin el previo conocimiento de los jefes de la mazmorra, ni de Sadoletto, ni del

gobierno de La Signoría. Cuando lo vieron llegar los guardias, no se atrevieron a impedirle el paso.

Maquiavelo estaba encadenado de pies y manos, con muchos de sus huesos dislocados, porque le habían aplicado tortura. Sus recién cumplidos cuarenta y cuatro años daban apariencia de sesenta; había enflaquecido extraordinariamente. El hedor era insoportable. Giuliano encontró en su celda innumerables pliegos escritos febrilmente, pues Maquiavelo solía cambiar su derecho a comer por tinta para su pluma y papel, para escribir cartas interminables a Giuliano, donde declaraba su inocencia y solicitaba una audiencia con él. Los verdaderamente implicados, los infelices Pietro Paolo Boscoli y Agostino Capponi, habían sido ajusticiados dos meses atrás, clamando que se cumpliera el pacto prometido por Cesare Sadoletto. Les habían cortado la cabeza.

Cuando vieron a Giuliano, los ojos de Niccoló se anegaron en lágrimas.

-Amigo Machiavelli -se disculpó el joven Médicis-, todo esto ha ocurrido sin mi consentimiento...

-Y sin el mío, os lo aseguro -contestó el viejo secretario con dolorosa ironía-. La conspiración no era contra vos sino contra mí, por lo que veo, y al parecer van a conseguir quitarme de en medio, pues aun en minoría rotunda soy peligroso. Pero, aunque no es lo mío Dios, os juro por ese martirio suyo que besan los curas en las iglesias que soy inocente, *signore*, y que no pasó por mi mente ni el más leve asomo de conspirar contra vos.

-Lo sé, maestro Machiavelli, y sabed vos que yo nunca os hubiera tratado así.

-¿Va a ser el mío el mismo final que el de Boscoli y Capponi? -preguntó Niccoló, no sin angustia-. Tengo familia, *signore*, esposa e hijos que dependen de mí, y de nada me puede acusar La Signoría de Florencia, sino de haberle servido con más devoción que a los míos... Apelo a vuestra indulgencia, *signore*, no merezco estar aquí.

-Es cierto, y no dejaré las cosas así, os lo aseguro. Sé que os han aplicado tortura...

-La tortura de la cuerda, *signore*, y por eso está mi cuerpo desvencijado y encorvado por el dolor en mis articulaciones.

-Sé que además no pudieros forzaros a decir nada que os haya comprometido, ninguna confesión a pesar del tormento, y si eso es bastante para mí, ha de serlo para mi hermano el Papa. Saldréis de aquí, *signore*, os lo prometo... Aunque yo ya no sea el jefe de Florencia, emplearé todos mis recursos para compensaros de esta desgracia, pues más me temo que haya sido mi amistad lo que os ha llevado a esta mazmorra.

Maquiavelo no sabía que Giuliano había sido obligado a residir en Roma, como confaloniero del ejército papal. Allí en la celda sólo se escuchaban los gritos de los torturados y los ruidos de las cadenas al arrastrarse cuando conducían a un condenado a presencia del verdugo. Giuliano le hizo sabedor de su nombramiento. No podía enfrentarse a su hermano, pues hubiera supuesto casi una declaración de guerra civil.

-Estamos los dos cautivos, amigo Machiavelli... -se despidió Giuliano.

-Puede ser, *signore* -contestó dolorido el viejo secretario-, pero nunca podríamos comparar nuestros respectivos cautiverios.

Giuliano, a pesar del gesto aterrorizado de los guardias presentes en la conversación, se acercó a Maquiavelo y le tomó las manos, con afecto. Alguna

lágrima rodaba por sus mejillas. Niccoló reprimió la queja por el dolor que le producía el roce de la piel de sus miembros con cualquier cosa, llagada como estaba por los grilletes, la insalubridad y la falta de luz.

-Os hice un encargo, amigo poeta -le dijo entonces-, y lo mantengo, y os lo suplico, pues no quiero privar a Florencia del mejor obsequio que le puedo hacer, que es aplicar vuestra doctrina en el conocimiento de los Estados... Os sacaré de aquí, y os llamaré a Roma, amigo mío...

-Y yo acudiré a vuestro llamado, *signore* -contestó Maquiavelo-. Empeñé mi palabra en vuestro encargo y no soy hombre que falte a sus compromisos.

Giuliano di Lorenzo fue al encuentro del comisario Sadoletto. No había respondido a su petición de una cita a solas, e irrumpió en un Consejo que celebraba en una de las salas de La Signoría para información al nuevo jefe Médicis de los asuntos de la política interior de la ciudad. Giuliano estaba desencajado y entró desaforadamente, con los lanceros detrás de él, que no se atrevían a cerrarle el paso ni a sujetarlo, acobardados por la situación. A gritos llamó matón a Cesare Sadoletto.

-¡Que salgan todos, de inmediato, comisario -vociferó-, que salgan todos, o contaré delante de todos lo que hacéis en vuestras fiestas nocturnas!

Como un rayo, Cesare Sadoletto ordenó que se desalojara el Consejo. Sólo quedaron Lorenzaccio, Giuliano y él.

-Liberad de inmediato a Niccoló Machiavelli de su prisión -exigió tajantemente-. Sabéis que su implicación en esa conjura ha sido una farsa, y estoy seguro de que todo está ideado por vos. ¡Soltadlo inmediatamente!

-Pero, *signore*, hay un juicio pendiente, y hay un tribunal que debe decidir sobre su culpabilidad... -respondió Cesare Sadoletto con cinismo, intentando controlar el temblor de su miserable sonrisa indulgente.

-Tío Giuliano, también tenéis que contar conmigo -protestó Lorenzaccio, que a sus veintiún años iba ataviado con galas rimbombantes, dándole el aspecto de un viejo rey adocenado-; yo tendré que decidir si...

-¡Cállate, estúpido botarate! -atajó secamente Giuliano, girando el rostro hacia su sobrino-. Que seas útil para Julio no quiere decir que te merezcas el respeto de los que amamos a Florencia.

Lorenzaccio saltó de su silla regia, enrojecido de indignación, sin atinar a pronunciar palabra alguna, mirando a Sadoletto insistentemente, esperando a que el comisario hiciera algo. Pero Sadoletto estaba paralizado. Entonces Giuliano se dirigió a él:

-Si no sacáis a Machiavelli de esa inmunda prisión, contaré que estabais encaprichado con Casio di Fiore y que pagabais por sus servicios indecentes, como ahora lo hacéis con esos muchachos que vuestros amigos y vos habéis pervertido para vuestros vicios, y contaré que matasteis a vuestra hija cuando supisteis...

-¡No! -gritó aterrado el comisario-, ¡basta, basta, os lo ruego!... Os juro que haré todo lo que esté en mi mano.

-¡Giuliano! -arremetió con voz chillona Lorenzaccio, que miraba espantado a uno y otro, alternativamente-. Giuliano, no os perdonaré esta ofensa, tío, no podéis olvidar que el *signore* de Florencia soy yo; esto es un atropello...

-No te equivoques, sobrino -escupió Giuliano, mirando con desprecio a Lorenzaccio-; tú no eres *signore*, sino un títere, pues ni siquiera llegas a saltimbanqui..., pero ándate con ojo y cuida a quién le das la espalda.

Habían transcurrido ocho meses de cárcel cuando Maquiavelo fue liberado sin cargos; la acusación de conspiración quedaba anulada. Lo que no pudo conseguir Giuliano fue evitarle el exilio de la capital, ocasión que los más poderosos de Florencia, odiando ya sin tapujos a Maquiavelo, no querían desaprovechar para quitárselo de su vista. El ajado secretario tuvo que abandonar la ciudad jurando que no regresaría a la capital florentina durante varios años. Se trasladarla a su propiedad familiar en el Albergaccio; no viviría muy lejos de Florencia, pero sí lo bastante como para romper su contacto directo con los asuntos políticos de la ciudad.

Definitivamente instalado en el campo, Maquiavelo se concentró en acabar de escribir aquel compendio de observaciones sobre el arte de gobernar que le había pedido Giuliano, al que, además, deseaba agradecer su intervención. Confiaba en que, no tardando mucho, volvería a verlo y su tratado sería el mejor nexo entre ambos.

Giuliano hizo llegar a León X su más profundo malestar por las circunstancias en que se habían desarrollado su nombramiento y los asuntos de Florencia. Como confaloniero del ejército papal le había sido más fácil acceder a él.

León X se excusó, apelando al interés de la familia:

-No has de mirar por ti -le explicó forzando su tono apacible de siempre, para ignorar el enfado del hermano-, sino por los Médicis. La envidia ha perseguido a nuestra familia desde sus primeros tiempos; nuestros antecesores hicieron a los Médicis los más ricos y hoy nos corresponde a nosotros ser los más poderosos, y ello obliga a mantener un criterio firme y sin discusión, entre nosotros y de cara al mundo. Tú tienes un espíritu muy independiente, Giuliano, y no es eso lo que ahora necesita nuestra familia... En cambio, Lorenzaccio es dócil a las instituciones religiosas, no cuestiona la necesidad de enarbolar la bandera de Dios junto con la del Estado, como te has permitido cuestionar tú..., entiende que son primero los intereses de la familia antes que otra cosa...

-Hermano, yo amo a Florencia más que a nada -contestó Giuliano-, y si nuestros antecesores lograron que la familia Médicis sea lo que es, no fue dándole la espalda a Florencia, sino amándola y respetándola. El poder ha de conservarse con inteligencia y no con tiranía; es obligación de un jefe de Estado mirar por el bien común de sus gobernados antes que por el suyo propio y sólo así podrá verse libre del miedo de envidiosos o traidores... Somos hijos de Lorenzo el Magnífico, que amó su patria y la honró como jefe de Estado y como ciudadano. ¡Florencia no merece que los Médicis la pongan por detrás de Roma!

El gesto de León X se endureció:

-Tú no eres jefe de ningún Estado, Giuliano -le respondió secamente-, y no eres tampoco Lorenzo el Magnífico. Pero te recuerdo que yo soy tu papa León X, y que me debes obediencia como confaloniero de mi ejército mientras yo decida que ocupes ese cargo.

León X tenía treinta y siete años. Amante de la buena mesa y la música, su aspecto grueso le confería la consideración de un hombre bonachón;

gustaba del deporte de la caza, tenía un carácter pausado y poco abierto a los cambios, y gozaba de la vida palaciega con juglares, poetas e invitados alegres. También llevaba con orgullo ser hijo de Lorenzo el Magnífico, aunque lo plasmaba en la obsesión de que su nombre fuera inmortalizado para la historia como el mecenas más exquisito, el protector más generoso y entregado a las artes conocido nunca antes en Roma, y para lo cual utilizaría su cargo de Papa sin prestar atención al delicado momento que atravesaba la Iglesia cristiana. Aprobó la inversión de fuertes sumas de ducados en proyectos concedidos a Rafaello Sanzio y a Bramante, el artista rival de Michelangelo Buonarroti en la corte de Julio II, al que se lo habían comido los celos. Ahora, el celoso era Buonarroti. León X se había rodeado de varios cardenales e intelectuales de escasa valía, pero que le hacían la vida confortable: sus excéntricas decisiones y caprichos como mecenas y la exhibición ostentosa en la corte de su gran gusto educado para la belleza, lo estaba llevando a no controlar los gastos en las arcas, ya maltrechas, del Estado pontifical, y se empezaban a escuchar protestas que pedían la reforma de las actitudes eclesiásticas de los prelados de Roma, pero ellos le procuraban que no fuera perturbado en sus aficiones.

Consciente de que Giuliano bullía por dentro de rebeldía, León X intentó aplacar su disconformidad con regalos y le otorgó el título de señor de Parma, Piacenza y Módena, territorios adscritos al poder papal. También le ofreció el ducado de Urbino, pero Giuliano no accedió; insistía en recordarle a su hermano que la corte de Urbino le había acogido en muchos de los años que duró su exilio, y no quería ahora traicionar al duque que había sido su amigo. Por no empeorar la relación y sabiendo que Giuliano podría estallar de un momento a otro, el Papa dejó las cosas como estaban y le dijo a su primo el cardenal Julio que por el momento se olvidara de Urbino, que ya habría otra ocasión para apoderarse de ese ducado. Julio Médicis ordenó que Cesare Sadoletto se trasladara a Roma; nadie como él sabía manejar espías y confidentes, y, ya reconducida la situación en Florencia a través de Lorenzaccio, dócil a sus órdenes, tenía que reforzar la vigilancia sobre Giuliano en la corte de Roma. Sabía muy bien que Giuliano no se conformaría con ver languidecer a Florencia.

A principios de 1514 Cesare Sadoletto cerró su residencia junto a la piazza di Pesce, para trasladarse a Roma. Se llevó a sus servidores y secretarios y, apenas hubo salido de Florencia, un manto de espesura sucia pareció envolver la mansión; se alzaba como una mancha negra que apareciera de pronto en el paisaje del interior de las calles que desembocaban en el Ponte Vecchio. Nadie había vuelto a ver a la niña Sadoletto, desde que al parecer había cumplido diez años. Había sido llevada a Roma en 1511, a residir bajo la custodia de las monjas del convento de Santa Francesca Romana, para recibir la formación en costura, música y religión correspondiente a una niña de su abolengo, y ahora se rumoreaba que el viejo Sadoletto la llevaría de nuevo a su casa, para hacer con ella lo mismo que había hecho con su madre. Nadie sabía a ciencia cierta el nombre de la pequeña; unos decían que se llamaba Luciana, como la madre, otros Giovanna o quizá Anna, pero nadie lo había revelado. Las nodrizas habían sido o mujeres extranjeras que se habían marchado algún día, o sirvientas de otras ciudades de Italia, alguna de las cuales apareció muerta en brazos de un amante, o mujeres demasiado asustadas como para revelar ningún dato que le fuera

prohibido por el viejo comisario. Sólo se sabía que la muchacha estaría a punto ya de cumplir trece años. Florencia entera respiró aliviada cuando se marchó Sadoletto, aunque todos lo hicieran en secreto y sin dar muestras públicas de que el comisario había sido una presencia repulsiva para la mayor parte de los florentinos. Latía una recóndita lástima por la niña Sadoletto; sin duda, no podría escapar a la misma suerte que su madre.

Entre tanto, crecía el descontento entre los ciudadanos, decepcionados, sintiéndose abandonados. Esos Médicis que se habían nutrido del pueblo para crecer y que habían devuelto su favor a ese mismo pueblo en esplendor y en fama para Florencia, ya no estaban, y habían sido sustituidos por Lorenzaccio, títere de su tío Julio, que abusaba de Florencia, dilapidaba enormes recursos en vicios y exhibía sus lujos frente a la incertidumbre creciente de la población amenazada por la guerra.

Los ojos se habían vuelto hacia el injustamente olvidado Maquiavelo. Finalmente, el caso del viejo secretario había logrado conmover a una parte de la opinión pública. Odiado por los representantes de las familias poderosas de Florencia que sentían amenazada su exclusividad en los cargos políticos, y por el clero, que sabía descubiertas sus falsedades bajo su mirada implacable, Niccoló era apreciado sin embargo por las clases sociales más bajas y los pequeños burgueses, que habían visto en él un ejemplo de cómo un hombre podía adquirir importancia por sus propios méritos. Pareció al principio que su encarcelamiento podía pasar desapercibido, pero la prepotencia de Lorenzaccio y el apoyo de Giuliano, al que las clases populares de Florencia amaban sinceramente, había reavivado el debate social en torno a él, y Maquiavelo acabó por convertirse en un ejemplo vivo de víctima de una injusticia que todo el pueblo denostaba, en modelo de integridad personal, pues Maquiavelo no había cedido a denunciar a nadie siquiera con la tortura, y en un líder de honestidad y entereza para todos los que todavía necesitaban creer en una esperanza de cambio en las viejas estructuras de Florencia. Aunque no hubiera sido su intención, el nombre de Maquiavelo estaba en la calle, objeto de encendida polémica entre defensores y detractores de los Médicis, cada cual considerándolo símbolo de los valores que mejor le convenían a sus intereses.

Después de llegar a su casa en Sant'Andrea, ya por fin excarcelado, Marietta se había echado a sus brazos, llorando de alegría. Su esposo se había marchado en su primer mes de embarazo y ahora ya había nacido el quinto de sus hijos, llamado Ludovico. Su situación económica era precaria y se había visto obligada a vender unos campos anejos a la propiedad de la casa. El mayor de los hijos, Bernardo, que ya tenía once años, realizaba algún trabajo para los comerciantes del pueblo en San Casciano, y eso les ayudaba. Pero nada había sido comparable a la incertidumbre, sin noticias de Niccoló, sin saber qué habría sido de él. Marietta había ido a Florencia en alguna ocasión, sin que le permitieran verlo, remitiéndola al único oficio que había recibido de La Signoría. Le confesó a su esposo que lo único que había hecho cada día era rezar y rezar, en la total confianza de que Dios haría un milagro para él. Maquiavelo había sonreído con socarronería, ¿sería posible que ese Dios en el que no creía en absoluto le hubiera servido para algo! Pero también algunos de sus amigos, desheredados como él, habían estado pendientes, habían elevado cartas de clemencia y habían estado sin dormir a las puertas de La Signoría esperando la audiencia del nuevo jefe Lorenzaccio, hasta que

los soldados los habían expulsado violentamente amenazándoles con la cárcel también para ellos. Su amiga Lucrezia Ricciardi había contratado a un ilustre abogado, aunque inútil, para hacerse cargo del caso Machiavelli. ¡Todavía le habían quedado algunos amigos, después de los cambios radicales y los acontecimientos de los últimos meses!, pensó Maquiavelo, y ello le reconfortó. Ninguno había logrado nada; tampoco el abogado de la Riccia, que no se atrevía a enfrentarse a Sadoletto. Varios de esos amigos, desocupados como él, iban a su casa en Sant'Andrea, de vez en cuando, para alentarle y recitar poemas, y comer de lo poco caliente que Marietta podía ofrecerles.

En la primavera de 1514 Nicolás Maquiavelo había concluido el texto para Giuliano. Por toda Florencia se comentaba que el otrora secretario escribía un tratado de política para Giuliano porque éste se lo había pedido. Los amigos de Maquiavelo bien se habían ocupado en difundir por la capital detalles y frases y comentarios que el propio Maquiavelo les había referido sobre su obra, utilizándolo la mayor parte de las veces como emblema de su protesta social y bandera de los que, concentrados en el partido anti-mediceo, organizaban actos políticos de condena y de crítica contra el actual gobierno de Florencia. Sin que nadie hubiese todavía leído los pliegos, ya corrían de boca en boca opiniones diversas sobre sus contenidos y sus objetivos: ya había nacido una polémica que enfrentaba a los que, como republicanos, no podían entender cómo Maquiavelo accedía a colaborar con Giuliano (un Médicis, al fin y al cabo), contra los que, como mediceos, no podían entender cómo Giuliano había podido confiar y pedir colaboración a un ser polémico y revolucionario como Maquiavelo.

Messer Da Vinci le anunció su visita, para despedirse. Añorando su amistad, según le hizo saber a principios de 1514, Giuliano di Lorenzo había mandado llamar al viejo maestro a Roma, y el maestro Da Vinci había aceptado vivir un tiempo bajo su mecenazgo, alojándose en el palazzo di Belvedere, donde tenía todo el tiempo y todo el espacio precisos para investigar en sus experimentos científicos y técnicos. Lo cierto era que no aguantaba la petulancia sin sentido del joven Lorenzaccio, y prefería dejar atrás el terrible vaticinio que su presencia le señalaba para Florencia.

Durante los meses de invierno apenas había abandonado su casa en Sant'Andrea. Niccoló tenía demasiadas heridas en el alma y necesitaba la protección amorosa de Marietta y de esa casa que había forjado igual que ella misma, como un gran vientre acogedor y cálido. Se había entregado a la poesía y a su tratado para Giuliano; había escrito arrebatadamente como el mejor bálsamo para calmar su mente, y, a pesar de que el dolor de estómago era profundo y constante, con los cuidados de Marietta casi había recobrado su aspecto de antes, delgado como siempre, pero saludable. Incluso volvía a tener ganas de que lo viera su Lucrezia; ahora serían dos enfermos de libertad, dos quemados en el fuego de la inocencia que podrían volverse a mirar en un mismo espejo. Su pelo cano ya había cubierto la totalidad de su cabeza, y un cierto mal crónico en las muñecas le recordaba muchas veces a lo largo del día cuando lo habían alzado atado con las manos a la espalda intentando una confesión que nunca entregó. Entonces volvía a pensar que eso era en realidad lo que le había salvado la vida, pues de haber accedido a reconocer una culpa que no tenía para evitarse más sufrimiento, no hubiera sido posible

volver atrás; las declaraciones obtenidas mediante tortura eran consideradas válidas en Florencia.

También Messer Da Vinci había envejecido desde la última vez que lo viera. El pelo lacio le cala en hebras tan delgadas que parecían poder desaparecer; tapaba su calvicie de la parte alta de su cabeza con un bonete que no se quitaba ni siquiera en el interior de la estancia. Acababa de cumplir sesenta y dos años, y venía acompañado de dos sirvientes que se ocupaban de todo con solicitud; aunque ellos se trasladaban en caballos cargados, al maestro le gustaba viajar en mula, porque su cadencia se ajustaba mejor a sus necesidades de observación del entorno, como había dicho. Saludó a todos los de la casa, demorándose especialmente con los pequeños Guido y Baccina, que pasaban el día jugando. Por un momento, Messer Da Vinci había semejado transmutarse en otro niño.

-¿Cuánto tiempo permaneceréis con Giuliano? -le había preguntado Niccoló.

-Lo que me permita mi amistad con él -contestó el maestro-. No tengo ya grandes deseos de crear, sólo de investigar, aprendiendo de lo que se crea a sí mismo.

-Dadle a Giuliano esta carta de mi parte, os lo ruego, Messer Da Vinci.

El maestro cogió un pliego doblado en cuatro partes que le tendía Maquiavelo, con el nombre del destinatario escrito en una de ellas: «A Giuliano di Lorenzo dei Medici, Il Príncipe di Firenze.»

En la carta que Nicolás Maquiavelo enviaba a Giuliano le explicaba que había terminado su encargo y que quería dedicárselo; que habla llamado al opúsculo *De Principatibus*, o *Sobre los principados*, y que era el resultado de sus estudios sobre la historia antigua y sus grandes personajes y todo lo que había aprendido en sus años de secretario y en su contacto directo con la política; le pedía una audiencia para poder presentárselo en persona, en la creencia absoluta de que su ciencia sería beneficiosa para aquel que deseara de verdad gobernar un Estado.

Durante los breves días que Da Vinci permaneció al lado de Maquiavelo, departieron largamente sobre Florencia, la vida y sus respectivas artes, en el uno el de la creación y en el otro el del pensamiento.

Leonardo da Vinci se entregó a la lectura del escrito de Maquiavelo, una visión excepcional sobre el carácter de los hombres de Estado y las consecuencias de sus actos en política, un compendio de consejos sobre cómo el gobernante debe acomodar su personalidad a la exigencia del momento que vive, en vez de emplear inútilmente sus fuerzas en transformar la circunstancia para adaptarla a su temperamento. El texto consejero de un estadista, una visión desde el aire, como si pudiese hacerse con ojos de pájaro, sobre la historia de los gobiernos, la historia de los hombres y las conclusiones políticas que deberían aprehenderse. Da Vinci comprendió acertadamente que Maquiavelo habla logrado en esta obra lo mismo que él había pintado como fondo en el retrato de la que él llamaba su alma. Da Vinci había pintado la consumación de una creación que él sabía realizable, aunque nunca la fuera a ver realizada en esta vida. Maquiavelo había hecho lo mismo, había escrito la consumación de un pensamiento que él sabía imprescindible para asumir el inicio de un nuevo momento en la historia del mundo, aunque nunca lo fuera a ver llevado a cabo en ese momento.

-Le hablaré de esta obra a Giuliano -le dijo Da Vinci-. Si hay alguien únicamente capaz de aplicar sus enseñanzas para lo que ahora necesita Florencia, y aun el resto de los Estados italianos, es él, amigo Niccoló.

-El mundo ha cambiado -refrendó Maquiavelo-, vos lo sabéis mejor que nadie, y es preciso adaptar las formas de la política a la nueva mentalidad que impregna este momento.

-El príncipe del que habláis en vuestra obra es la propia encarnación del Estado... Un Estado que trasciende nuestra Florencia, amigo Machiavelli. Estáis hablando de una soberanía que pueda afrontar el reto de componer una nación de los viejos y egoístas Estados italianos.

-Ya lo han hecho en otros países europeos -se animó Maquiavelo, encontrando el eco de la comprensión en su amigo Da Vinci-, aprendamos de su experiencia! He deducido, después de mi observación sobre ellos, que en la situación de los territorios italianos, el príncipe necesitará una suma de poder, una forma absoluta del mismo, hasta que, libre la nación de amenazas extranjeras, ofrecerá al pueblo leyes justas, creando instituciones para consultarlo y que éste decida, en una forma de gobierno mancomunado con su jefe.

-Ambicionáis ver unidos los territorios italianos, Machiavelli... ¡Os admiro! Para mí es una idea perdida y ya olvidada.

-El hombre de este tiempo se mide con el mundo y actúa sobre él -insistió Maquiavelo-; el hombre debe sacar las enseñanzas necesarias para manejarse en sus cambios, y serán las propias necesidades las que ofrecerán las respuestas a las preguntas nuevas que el hombre se hace. La circunstancia concreta la conocemos, Messer Da Vinci: el territorio italiano es pasto de ambiciones extranjeras, y nuestra necesidad verdadera es la liberación de nuestra patria mediante la construcción de su unidad política. El gobernante que lo entienda así tiene que entregarse a la lucha por el poder, como camino inmediato, inspirando en sus gobernados el sentimiento común del amor a su tierra para crear su idea total, su forma, su identidad, y ese deseo de defenderla que hará falta para aceptar la guerra como la segunda parte de ese camino.

Da Vinci escuchaba atentamente al apasionado pensador. Sonrió, como lo hace un sabio viejo que acepta ya en la vida cualquier forma de amor.

-Vuestra ambición es pura, amigo mío..., y esa pureza es muy peligrosa para los corruptos...

-Ningún pueblo puede construir su libertad con la corrupción o la ambición desleal de poder. La historia nos enseña que un pueblo crece en riqueza cuando es libre.

-Ahora estáis hablando de una libertad que excede la de haberse independizado de los extranjeros...

-¡Sí, hablo de la libertad que se adquiere cuando se comprende como primordial el bien común del pueblo, por delante de otros intereses políticos, como los de las religiones!

Da Vinci movía levemente su cabeza, con indulgencia, asintiendo, cómplice del viejo secretario, que sólo hablando de sus conocimientos sobre política volvía a permitir que sus ojos brillaran.

-Os prometo que Giuliano sabrá por mi boca de este tesoro que le aguardáis -recalcó el maestro.

Estaba cercano el verano. En Florencia se estarían ya preparando los festejos de San Giovanni, y las piras para las hogueras de la noche más corta del año se estarían alzando, ritualmente, por todos los rincones de Florencia. Leonardo da Vinci no sentía apego por ningún ritual; cada día nuevo era un regalo, o quizá un castigo, ahora que el mundo podía llegar a molestarle tanto.

Los sirvientes del maestro Leonardo habían ultimado ya todos los preparativos para el viaje de su señor. Había llegado el momento de decirse adiós. Se abrazaron como viejos compañeros.

-Os deseo mucha suerte, amigo Machiavelli -se despidió Da Vinci.

-Y yo a vos también, maestro Da Vinci -contestó el secretario-. ¿Cuándo volveréis a Florencia?

El viejo maestro sonrió quedamente.

-A Florencia..., ¿para qué? Florencia se parece a vuestro tratado: es cosa de futuro, y yo ya pertenezco al pasado...

Giuliano era un hermoso imán al que cedían en su atracción las almas más afines a Maquiavelo, al parecer. También su amiga Lucrezia Ricciardi había decidido emprender viaje a Roma, donde se reuniría con el joven Médicis, en cuyo derredor nuevamente volvía a florecer un ambiente de pureza intelectual y artística diferenciado de cualquier otra corte, de cualquier otro mundo.

... Que Giuliano era muy amado en la corte romana, que acogía a sus conciudadanos florentinos con los brazos abiertos, que deseaba cambiar de aires y alejarse un poco de Florencia... La Riccia se había despedido de Maquiavelo en una carta perfumada con aromas ya perdidos para él.

Lucrezia parecía más sosegada desde su reciente desenfreno de cuando se había sabido curada. Aunque sus excesos seguían siendo famosos en Florencia, también se había destacado por apoyar a jóvenes actores y compositores, y por favorecer las expresiones artísticas en su casa y con su patrimonio. Ahora, en su madurez, ese cuidado por el arte parecía haberse agrandado, hasta el punto de querer residir en Roma. Maquiavelo había percibido un extraño vacío en su estómago, habitualmente lleno de un dolor sordo y pertinaz, porque sentía que su vida ya nada tenía que ver con la vida de la Riccia. Recibió sus noticias, no obstante, con el mismo amor que seguía sintiendo por ella, rubricada su carta con las expresiones voluptuosas y originales que siempre le dedicaba en sus misivas.

Entrado el otoño, Lucrezia Ricciardi se había marchado de Florencia.

CAPÍTULO 12

... que las palabras son las mejores armas que existen, y la belleza de sus formas, muchas veces, el revulsivo más afilado que puede esgrimirse.

Obligado a no pisar Florencia, y habiendo finalizado el compendio *De Principatibus*, tarea que había absorbido los primeros meses de su exilio, Nicolás Maquiavelo decidió que quería seguir escribiendo, afianzándose quizá en ese estado de dulce olvido que había alcanzado mientras redactaba con total concentración esa recopilación de experiencias que le quería entregar a Giuliano. Se había volcado en componer, copiar, escribir obsesivamente, como si quisiera ocultarse de cualquier otra realidad que no fueran sus emociones sobre el papel, o esperando quizá que cambiaran algo las cosas; mientras la nueva Florencia se afanaba en borrar los vestigios de aquella República antigua, él no quería olvidar que había sido su apasionado mentor, y vaciaba en versos, discursos escritos, relatos de últimos acontecimientos y piezas de teatro toda la furia por vivir y no callar nunca que había resurgido en él después de su cautiverio, cuando estuvo frente a frente con la muerte y confirmó que la vida era lo único que existía.

Diariamente, como una salvadora obligación, cabalgaba a San Casciano, donde había conseguido alumnos a los que instruía en el latín clásico y sus autores. Organizaba tertulias y funciones de teatro, había descubierto a una muchacha de belleza insólita, pretexto para hermosos sonetos rememorando a Petrarca, mantenía constante correspondencia con su sobrino Giovanni Vernacci, mercader en Oriente, y su amigo Vettori, bien situado en la corte de Roma y que se había ofrecido a hacer alguna gestión en su favor, aunque Niccoló nunca le había pedido nada, y departía con los paisanos de cuestiones innumerables, en un intento desesperado por sentir que su existencia no era algo inútil. Pero Maquiavelo añoraba Florencia y el ritmo de sus jornadas bulliciosas; el campo abrumaba sus sentidos, se sentía embrutecido de pronto y se encerraba nuevamente varios días, hablando sólo con aquellos que le comprendían, Dante, Ovidio, Tibulo, Boccaccio, Petrarca, buscando en sus escritos inmortales esa pasión que él necesitaba volcar en los propios.

En la nueva primavera de 1515, casi un año después de la partida de su amigo Da Vinci, le había llegado la carta que Giuliano se había decidido a cursar con su respuesta a la de él. Giuliano había sido enviado a Francia como legado pontificio de la corte del rey Francisco I, sucesor de Luis XII. Su hermano León X estaba a punto de firmar un concordato regulando las relaciones del papado con Francia, por lo que Francisco I le había otorgado a Giuliano, como rúbrica del acuerdo, el título de duque de Nemours además de una esposa pariente suya, Filiberta de Saboya. El hijo ilegítimo de Giuliano, Hipólito, que acababa de cumplir seis años, quedaría en Roma para recibir educación en la carrera eclesiástica, a la que ya su tío el cardenal Julio le había destinado apartándolo así sutilmente de cualquier intención sobre el mando de Florencia; de esta forma, quedaría libre de competencia el pequeño Alessandro, su hijo negado, educándose en el palazzo de la Vía Larga de la ciudad como hijo de Lorenzaccio y heredero de la familia Médicis.

Le habían acompañado a su delegación francesa algunos de los florentinos de su corte de eruditos y amantes de las artes, entre los que estaba Lucrezia Ricciardi, una de las cercanas a Giuliano, que quizá estaba

observando el paulatino decaimiento que había invadido el ánimo del hermoso Médicis.

El duque de Nemours le hacía saber a Maquiavelo su profunda incertidumbre hacia la vida, y la desazón que poco a poco iba haciendo mella en su ánimo. Le agradecía su misiva, y le agradecía que hubiese terminado esa obra pensando en él... Messer Da Vinci, apenas había acudido a su encuentro, le había referido sus impresiones hablándole de ella, y luego, siguiéndolo también a la corte de Francisco I, había continuado con sus observaciones, hablándole de sus capítulos, de la política como arte de conquistar el poder, de las virtudes que un príncipe ha de observar adaptándose a lo que le exige conservar el orden de un Estado..., pero *De Principatibus* ya no era para él, que había renunciado a luchar por Florencia y se había amoldado a las exigencias de un tirano como su hermano. Había pensado durante varios meses su decisión: «No, amigo Machiavelli -finalizaba su carta-, aunque yo os pedí esos consejos, ahora sé que no eran para mí, que no voy a poder llevarlos a la práctica, sino para los que en el futuro tengan el coraje de intentarlo».

Le hacía un humilde regalo, la comunicación de que su exilio quedaba ceñido al ejercicio de cargos políticos. Según había consentido en autorizar su hermano el papa León X, Maquiavelo podría volver a Florencia y no le serían vetados sus movimientos por la ciudad, aunque no le era permitido trabajar como político.

Nicolás Maquiavelo había esperado sólo algunos días para contestar, los suficientes para elaborar una copia de la obra. No se había conformado con la renuncia de Giuliano, no era propio de él, y así se lo hacía saber en su nueva carta. Le envió con un correo especial (que le había costado un mes del sueldo que ganaba como profesor, y el enfado de Marietta) la obra *De Principatibus* perfectamente encuadernada, con un cosido de cuerda hecho a mano, acompañada de una dedicatoria dirigida a él, donde le expresaba que sólo conocía un príncipe digno de comprender la idea de Estado como la fuerza organizada dentro de un territorio, y era él; un príncipe capaz de entender la necesidad de que los hombres vivan en libertad, un legislador que pueda mantener unida a la sociedad asumiendo las obligaciones morales que existen en ella, un príncipe que aproveche la astucia y la observación, los vicios y las virtudes, que deseche la corrupción individual y colectiva y condene la servidumbre religiosa:

De Principatibus, o Sobre los principados, para Giuliano di Lorenzo dei Medici, Il Principe di Firenze. Obra de Niccoló Machiavelli que compendia las observaciones sobre el arte de gobernar y los estudios sobre la historia antigua y sus grandes personajes y todo lo aprendido en los muchos años de secretario en contacto directo con la política.

No había llegado a obtener respuesta a este envío. El 17 de marzo de 1511 Giuliano di Lorenzo dei Medici, duque de Nemours, había muerto en la abadía de Fiésolle, a la edad de treinta y siete años, al parecer en un alto previo que decidió realizar antes de su entrada en Florencia. Nadie alcanzó a explicar con claridad las causas de su muerte, pues no padecía gota, como ya daba muestras de sufrir su hermano León X, ni tenía otros síntomas que hicieran

vaticinar su fin inexorable tras sólo dos días de enfermedad. Su esposa había quedado en Francia, igual que su amigo Da Vinci, cuyos planes eran reunirse con él después, según se había dicho.

En Florencia fue inmenso el duelo por su fallecimiento, pues la ciudad entera recordaba con sentido amor al Médicis que había creado para los florentinos el sueño de un nuevo esplendor inspirado en su padre el gran Lorenzo el Magnífico, atrayendo a su mecenazgo a los artistas e intelectuales más disputados en el mundo, decidido a lograr que Florencia recuperara su gloria, incluso enfrentándose a la envidia de Roma, que se afanaba en aplastar con su manaza poderosa el genio que de natura no poseía y que quizá tampoco podría robar a Florencia. Aunque se había marchado dos años atrás, los florentinos nunca habían abandonado el sueño de que algún día retornaría a tomar las riendas de la ciudad, que recapacitaría y se daría cuenta él mismo de que no podía abandonar Florencia a una suerte indigna para ella. En los funerales que tuvieron lugar llorando la muerte de Giuliano, incluso se había rumoreado que éste había salido de Francia con la rotunda decisión de expulsar a su sobrino Lorenzaecio, un perfecto necio cuya desenfrenada sed de poder no se correspondía a ninguna capacidad política. ¿Qué había ocurrido para que Giuliano, al frente de sus tropas como *condottiero*, hiciese un alto en la abadía fiesolana y hubiera enfermado repentinamente?

Lucrezia Ricciardi había estado junto a Giuliano hasta el último momento; regresó a Florencia a los pocos días, apenada, vestida de negro riguroso, guardando el luto en su cuerpo igual que lo sentía su alma, según había dicho. La Riccia había compartido un tiempo de privilegiada relación con Giuliano, con quien al parecer hablaba de poesía, de la pintura de los jóvenes artistas franceses, de Maquiavelo. Aunque también se conocían de su vida en Amboise casi los mismos desenfrenos nocturnos que habían hecho de la Riccia una cortesana especial en Florencia, ahora sin embargo, reincorporada a la ciudad, se había recluido en su residencia sintiéndose decaída y había clausurado definitivamente sus veladas con artistas; pasaba los días sola, sollozando con frecuencia.

Pero toda Florencia lloraba por su esperanza perdida y por su terrible realidad, que estaba en manos de Lorenzaccio, un individuo antipático, egoísta, petulante y colérico, al que nada le importaba Florencia, sino solamente su interés particular. La muerte de Giuliano había dado al traste con la lucha de quienes todavía soñaban con reconciliar en Florencia un gobierno republicano con la presencia Médicis en ella, pues si algún príncipe republicano podía existir, ése era Giuliano di Lorenzo. Los partidarios y beneficiarios del capricho de Lorenzaccio callaban por conveniencia o aprovechaban para agitar el ambiente contra los viejos republicanos, haciéndolos responsables políticos de la muerte de un Médicis, mientras los seguidores del difunto Giuliano gritaban enfurecidos que una conspiración de oscuros fines había acabado con su vida, y entre todos ellos, se encontraban los que culpaban a Maquiavelo de haber sido un causante indirecto, pues habiéndose infectado el amable Giuliano de las ideas revolucionarias de Maquiavelo, se había convertido en peligroso para los propios Médicis. Mezclado el dolor y el desconcierto, se habían unido también a las algaradas y discursos improvisados en la Ringheria de la piazza central de Florencia todos los enemigos de Lorenzaccio, con sus voces alzadas llamando a expulsarlo de la ciudad, hartos de su desprecio, y organizados en el partido anti-mediceo. La mayor parte de los ciudadanos temblaban de pensar

que Lorenzaccio fuera la única alternativa Médicis para Florencia; la situación recordaba vagamente al descontento vivido en tiempo de Pedro el Desafortunado, y del mismo modo que entonces había ocurrido, también ahora muchos de los comerciantes, médicos y banqueros de importancia empezaron a considerar un nuevo gobierno republicano bajo la dirección de un consejo mancomunado que representara los intereses financieros de los gremios más fuertes. La opción se debatía acaloradamente en los mentideros políticos e intelectuales, y el nombre de Niccoló Machiavelli volvió a palpar rusiente: muchos jóvenes intelectuales consideraban que debía llamarse al otrora secretario para contar con su experiencia.

Accediendo a la solicitud, Nicolás Maquiavelo había viajado con mucha frecuencia desde su casa en el Albergaccio hasta Florencia, donde los nuevos pensadores recibían ávidos sus lecciones, y había entrado en contacto con políticos jóvenes, que surgían apasionados para salvar a Florencia del injusto Lorenzaccio y de los prepotentes caudillos que también la amenazaban desde el exterior, aprovechando la ineptitud y la negligencia de éste.

Se hacía llamar a sí mismo Magnífico, en remembranza de su inigualable abuelo, pero nada tenía que ver con él. Ávido de encumbramiento personal a cualquier precio, Lorenzaccio se hizo nombrar capitán general de los florentinos, cargo prohibido a un ciudadano desde los estatutos para Florencia creados por los primeros Médicis, despreciando así una de las tradiciones más arraigadas de la ciudad. Por favorecer a otros miembros que a él le convenían más para sus intrigas, suprimió del Consejo de los Setenta a varias de las familias importantes de Florencia, clientes de los Médicis que habían intervenido significándose activamente para la restauración de la familia en La Signoría, provocando su enorme enfado; manipuló a su conveniencia -e incluso a espaldas de su tío Julio Médicis- varias elecciones de los *Accoppiatori*, y eliminó diversas dádivas y aportaciones pecuniarias que su antecesor Giuliano había estipulado para la ciudad, las cuales se empleaban en el mantenimiento de varias academias de artistas y la biblioteca de la ciudad, y en la atención de necesidades de enfermos sin recursos y obras benéficas para huérfanos e indigentes. El malestar crecía entre los ciudadanos de todos los estratos sociales.

Apenas había muerto Giuliano, Lorenzaccio se había enrolado en la guerra contra Urbino para arrebatarse a Francesco Roverre el título que no había querido usurpar por gratitud su tío. La batalla se alargó por varios meses, pues Francesco Roverre se resistió cuanto pudo al capricho del incompetente Lorenzaccio, pero los gastos de la guerra recayeron directamente sobre los florentinos, que tuvieron que soportar fuertes y continuos impuestos (sabiendo que simplemente estaban pagando la prepotencia inconmensurable de su señor). Los miembros de la familia Pitti, rival de los Médicis desde tiempos inmemoriales, atisbaron una forma de ganar posiciones en la ciudad y se emplearon a fondo en adelantar las obras de su gran palacio, que habían diseñado para hacer sombra al de la Vía Larga de los Médicis; aprovechando la hostilidad que Lorenzaccio había logrado despertar en Florencia, sin duda que los miembros Pitti podrían presentarse en la capital como una deseable alternativa al poder prepotente de este Médicis. En dos años, Lorenzaccio se había granjeado el odio y la oposición del pueblo llano, los gremios, los intelectuales y la baja nobleza por igual, convirtiéndose en el odiado objetivo común que aglutinaría a todas las clases sociales para derrocarlo, por lo que

podría estallar de nuevo una revuelta ciudadana contra los Médicis, sin tardar mucho.

Nicolás Maquiavelo visitaba la ciudad dos veces por semana, retomando el pulso de sus acontecimientos, como un observador, como un amante en la distancia que no renuncia a ver a su amada aunque no pueda ya hacerle el amor. Sin formación para los negocios, ni para el comercio, ni para otros de los oficios que en Florencia habían hecho boyantes a familias surgidas de los linajes más pobres, Maquiavelo tenía que adaptarse a seguir llevando sus asuntos en el campo, haciéndose un hueco en la sociedad de Florencia con el único recurso que poseía y que sí había adquirido sobradamente: la cultura, la retórica, el poder aleccionador de su opinión. Maquiavelo encontró la forma de crear un auditorio de jóvenes pensadores, futuros políticos, nuevos intelectuales que escuchaban y aprendían de su experiencia y de su observación, mientras él aleccionaba sus conciencias en las sesiones organizadas por Bernardo Rucellai, llamadas las veladas de los *Orti Oricellari* o «Amigos del Mediodía», como se nombraban, y que procuraban al viejo secretario algún emolumento extra. El palazzo del primer Rucellai, un comerciante avisado que se había enriquecido con ayuda de los viejos Médicis, había sido construido algo menos de cien años atrás con elementos inspirados en los tres órdenes clásicos, como homenaje a esa recuperación de las ideas griegas y romanas que se respiraba en la Florencia de aquella época, y su entorno incluía una *loggia*, cuya galería había albergado las representaciones musicales de pequeñas orquestas, las veladas teatrales de poetas y comediantes y los discursos sobre la libertad de Nicolás Maquiavelo, que tanta fama le habían otorgado. Sus asistentes se reunían soñando que Florencia era una nueva Atenas, y ellos sus pensadores inmortales.

Nadie había leído la obra *De Principatibus* que había escrito Maquiavelo para el amado Giuliano, pero como un reguero de pólvora encendida, su existencia había recorrido ya toda Florencia y todos hablaban del tratado del arte de la política, como dieron en llamar a la obra.

Niccoló había quedado muy afectado por la muerte de Giuliano. Con él, en efecto, se había marchado la última esperanza de Florencia. ¿Qué importaba que él hubiera escrito un compendio de consejos y virtudes sólo entendibles por los inteligentes, sólo apreciables por los que consideraban el amor a la patria como un fin primordial al que adaptar las acciones que debían emprenderse desde el gobierno?

También había llegado a oídos del jefe Médicis. Lorenzaccio, celoso de su tío Giuliano hasta lo increíble, y odiando a los florentinos del mismo modo, mandó llamar a Maquiavelo, para interrogarle por ese escrito del que todos hablaban:

-Hacédmelo llegar, Messer Machiavelli -le dijo, con soberbia-, y si me place, contemplaré vuestra rehabilitación en un cargo administrativo dentro de La Signoría.

Maquiavelo había estado parco en palabras; con él, le resultaba de más provecho callar. No quiso contestar a la oferta de Lorenzaccio, guardándose el derecho de considerar qué decisión tomaría. Daba por concluida la entrevista y se preparaba para salir de la estancia cuando fue interrumpido:

-Una última cosa, Machiavelli -le detuvo Lorenzaccio-: El príncipe de Florencia soy yo, así que haced constar que me lo dedicáis a mí.

Marietta tenía treinta y seis años y no quería más hijos. Cuidaba en lo esencial a su esposo, pero ya no cohabitaba maritalmente con él, pues un nuevo embarazo hubiera puesto en peligro su salud. Ella aceptaba la presencia de Niccoló en su vida cotidiana; simplemente le dejaba estar en su mundo, buscando en qué ocupar ese tiempo libre que la mayor parte del día le angustiaba, empezando a vender unas tierras que luego se arrepentía de negociar, o reuniéndose con los campesinos de Sant'Andrea al caer de la tarde para jugar una partida de cartas, y volver malhumorado porque tenía que aguantar las trampas y malicias de los aldeanos. Marietta no era feliz, sin embargo, viéndolo deambular por la casa, marchándose con un libro a buscar una sombra para leer, sabiendo que en realidad se ponía a dormir (como forma de olvidar su desazón). Por eso, Marietta había visto en la oferta de Lorenzaccio un modo de salvarlo del tedio, de apartarlo de la trampa de amargura en la que poco a poco estaba cayendo. Quería volver al tiempo anterior: él feliz y activo en su pasión cotidiana de entregarse a la política, y ella dichosa en su reino particular, ocupándose de la familia, de sus hijos, de su casa, viéndolo de vez en cuando sumiso y cariñoso porque en el fondo de sí mismo pensaba que le prestaba a ella poca atención.

-No puedo dedicárselo a Lorenzaccio -le había contestado resueltamente a su esposa-; no lo escribí pensando en él, no es él quien puede apreciar esta obra. Además, ya se lo envié a Giuliano...

-Ese envío seguro que se perdió -le recriminó Marietta-; te fiaste en exceso del mercader, que te prometió el máximo de los secretos, se quedaría el dinero y arrojaría el paquete a un pozo... ¡Dáselo a Lorenzaccio! ¡Pídele un puesto, Niccoló, no puedes seguir así, vas a enfermar de ocio, dedícale la obra, acepta su oferta!

-Mucho me temo que su oferta sea sólo una estratagema para tenerme vigilado -consideró Maquiavelo-; Lorenzaccio alberga hacia mi persona una profunda desconfianza..., y tiene razón en eso.

-Francesco Vettori es tu amigo -insistió Marietta-; que sea él tu intermediario...

Vettori se había afianzado indiscutiblemente en el gobierno de Lorenzaccio; como embajador de Florencia ante Roma gozaba de relación personal con el jefe Médicis de la ciudad y lo había nombrado consejero de su mandato.

Maquiavelo determinó hacer caso a su esposa por fin; después de todo, quizá tenía razón. No sabía qué había pasado con el envío anterior, y era ésta una oportunidad de recuperar un trabajo en La Signaría que no podía permitirse el lujo de dejar pasar. Vettori no era dado a ayudar a nadie, pero quizá en esta ocasión echarle una mano sería la forma de agradecerle las muchas veces que Maquiavelo lo había ayudado a él, enseñándole el oficio de embajador.

Escribió por tanto esa dedicatoria que esperaba Lorenzaccio. En su interior, Maquiavelo sólo tenía un deseo: que no tuviera que llegar a arrepentirse de haberlo hecho.

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le

son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.

Lorenzaccio fanfarroneó un tiempo con el regalo de Maquiavelo, haciéndose llamar desde entonces *Il Príncipe di Firenze*, haciendo saber a todos que el pensador rebelde Machiavelli le había dedicado una obra que lo alababa como príncipe, poniéndolo de ejemplo para los tiempos venideros. Nada más lejos de la verdad. Hubiera preferido arrojarlo al Arno; pero, aun renegando de su decisión, Maquiavelo tuvo que tragarse la rabia de que el estúpido Médicis presumiera a su costa, incluso mandando a decir a Roma, a su tío el cardenal Julio, que sólo él había sido capaz de doblegar al díscolo viejo secretario. Lorenzaccio no cumplió lo prometido en su entrevista y ni siquiera lo había considerado para un cargo; sólo encomendó a Vettori que le hiciera saber que al regreso de su boda ya le volverla a llamar.

Lorenzaccio, que contaba veintiséis años, iba a casarse en Amboise con Maddalena de la Tour d'Auvergne, pariente del rey Francisco I de Francia, y entre el viaje, la ceremonia y las celebraciones invertiría desde marzo hasta octubre de 1518.

Mientras tanto, Nicolás Maquiavelo conocía someramente las noticias que llegaban del exterior a través de su amigo Vettori, porque éste aprovechaba para pedirle su opinión en algunos asuntos para los que él luego debía emitir consejo al cardenal Julio en Roma. Pero los consejos de Niccoló seguían siendo inútiles y él sentía cómo desgastaba su ciencia en un mundo cada vez más alejado de sí. Las potencias extranjeras seguían en sus luchas, intentando repartirse los Estados italianos. La política florentina seguía empeñada en los dobles juegos llamando neutralidad a su actitud artificiosa y poco clara, en vez de analizar la situación con inteligencia y optar por el bando mejor situado, apoyando la victoria y beneficiándose luego de ella, con las miras puestas en los verdaderos objetivos: unificar todo el territorio italiano para conseguir su identidad y su libertad. «Mantenerse neutral entre dos que se enfrentan muchas veces lleva a ser el odiado y despreciado por los dos», le aleccionó en más de una ocasión a su amigo Vettori.

Pero las astucias personales y los intereses solapados eran por fin los recursos preferidos por los políticos, y Maquiavelo además ya lo había dicho todo, y no podía más que repetir las consideraciones que su experiencia le había confirmado, esa experiencia que ya había volcado en los pliegos enviados a Lorenzaccio. Con amabilidad, y para finalizar esas consultas que no le reportaban ningún beneficio y sí mucho sinsabor, Maquiavelo acabó por negarse a las consultas de su amigo Vettori remitiéndolo a esa obra perdida entre los caprichos abandonados de Lorenzaccio, recomendándole que si no la había leído el jefe de Florencia, que al menos la leyera su consejero, que él

tenía otras cosas que escribir. Vettori no se atrevió a confesar que ni siquiera sabía dónde podía encontrarse el manuscrito.

Ya sólo quería ser nombrado o reconocido como poeta y literato. La escritura adquiriría para él la dimensión apasionada que había tenido en otro tiempo la política. A ella, diosa pagana más loable y magna que ese Dios de los poderosos, justificador de abusos e hipocresías, le entregaría esa autenticidad que el mundo le había rechazado. A la escritura consagraría su propia búsqueda de la perfección, como su amigo Dante Alighieri. Nicolás Maquiavelo acababa de terminar *Belfagor* o *La fábula del diablo que tomó esposa*, muy celebrada en las reuniones de los *Orti Oricellari*, foro donde sus poemas, sus escritos y sus comedias encontraban rápido y orgulloso eco. Empezando 1519, a punto de cumplir cincuenta años, Maquiavelo se había entregado a una reflexión sobre la condición humana que había titulado *El asno*, donde volcaba el desconsuelo que le producía la visión de lo humano, una condición, la mortal, miserable e infeliz.

Marietta protestaba de nuevo, pues su esposo ya no salía de la casa y estaba poseído por una fiebre de versos y escritura que a ella le incomodaba y le hacía temer por su salud. Sin embargo, vaciar su amargura en poemas, cuentos, fábulas y tragedias había de serle más placentero que seguir entretenido a la espera de que se cumplieran las promesas vanas de los que habían sido sus amigos o de los que podían considerar su ciencia, ya que éstas no iban a cumplirse.

-Quizá no sea la literatura -le contestaba a su esposa en sus recriminaciones- la materia más digna para alguien que, como yo, quiere demostrar sabiduría y cordura, pero sólo a ella me es dado ahora volver los ojos, pues ya sabes, Marietta, que me ha sido vedado mostrar la virtud de que soy capaz en otro tipo de empresas y mucho menos en la política. No fui premiado de mis fatigas cuando ejercí mi cargo, y, muy lejos de ello, me apartaron por incómodo espejo donde mis poderosos enemigos ven reflejada su hipocresía y su propia incapacidad. Si no escribo puedo sucumbir a la pena, y si preciso hacer reír a otros con mis obras es para reírme yo mismo de las cosas que me pasan, pues si pienso que le pasan a Florencia, todavía es más honda mi amargura. No podrán conmigo, Monna Marietta mía, y pienso seguir exhortando a los que quieran escucharme a favor de aquello en lo que creo a fuerza de desear lo mejor para mi patria, y emplearé las piezas de teatro que me encargan y las otras que se me ocurren, para atizar conciencias y lanzar las lecciones que tanta falta les hacen a las gentes, y para luchar por la libertad, que las palabras son las mejores armas que existen, y la belleza de sus formas, muchas veces, el revulsivo más afilado que puede esgrimirse.

Pero Maquiavelo también intentaba paliar su tristeza, y aunque sus análisis sobre su amada Florencia y sus reflexiones sobre la condición de los hombres, expresados con lenguaje literario, le granjeasen admiración y aplausos, sabía que su profesión política estaba concluida, y la añoraba. Si su destreza con la palabra y su firmeza de principios le hacían admirable para unos, para otros sin embargo la figura de Maquiavelo resultaba cada día más amenazadora y detestable, pues aunque había perdido su influencia en el gobierno, por lo que ya no podía resultar peligroso en lo político, su dialéctica se había vuelto más afilada y más certera todavía y habla ganado nuevos adeptos entre las clases populares y los intelectuales de nuevo cuño, por lo que su presencia se hacía muy molesta e incómoda. Además de estar vigilado

por los secuaces del gobierno mediceo de Florencia, que le prohibían asistir a determinados acontecimientos sociales, sus enemigos también habían aumentado sobre todo entre los prelados y los acólitos del Papa. El afán de riqueza y propiedades de frailes y monjes, el deseo carnal exacerbado de curas y obispos, el descontrol de las más bajas pasiones al que se abandonaban los representantes de Dios en la tierra, tal como todo ello era expuesto en las crónicas y las sátiras más mordaces escritas por Maquiavelo, le habían convertido en el más odiado por el clero. Era acusado de ateo desde los púlpitos, de que sus obras estaban escritas por el diablo, que mantenía pactos demoníacos con fuerzas del mal. Y no sólo no le importaba a Maquiavelo, sino que parecía disfrutar de alguna manera provocando su exasperación. Había interpuestas varias denuncias contra él, de las cuales no había llegado a enterarse Marietta, que le permitían ahondar en sus críticas cuando era citado en el tribunal de La Signoría para dar cuenta de sus insolencias, haciendo gala de su retórica inconmensurable, paliando de alguna manera la amargura que crecía dentro de él sin poderlo evitar.

Sus visitas a Florencia se habían reducido a una vez por semana, la que le exigía su participación en las sesiones del palazzo Rucellai, en donde sentía que su inteligencia encontraba otras inteligencias ávidas de un conocimiento que él podía y ansiaba entregar, aunque no confiaba en las verdaderas posibilidades del cambio que necesitaba el gobierno de la capital. Lorenzaccio había aumentado el carácter despótico de su mandato y se conducía con formas cada vez más tiránicas, mientras desatendía la ciudad escandalosamente ocupado en sus caprichos personales, sin comprometerse con la ansiada seguridad que los ciudadanos demandaban. Así día a día, crecían en número los que, ofendidos por el jefe Médicis, empezaban a pensar en organizarse contra él.

Pero aunque se creyera que Maquiavelo arremetía contra las formas de Lorenzaccio, el secretario utilizaba otra táctica, y no tenía más que disertar sobre análisis históricos: aportar su revisión sobre la historia de Roma, exponer las enseñanzas de Tito Livio o Plutarco, para que los nuevos pensadores comprendiesen por sí mismos los errores tremendos en que estaba sumida su patria en manos de Lorenzaccio. A ello se sumaba el nuevo riesgo que corría Florencia, arrastrada en el papel extraño y confuso que el papa León X jugaba entre las desavenencias peligrosísimas que mantenían los nuevos monarcas de Francia y España. La actitud escabrosa del Papa, pretendiendo manipular a uno y otro, sólo podía traer consecuencias funestas para Florencia, de todo lo cual los jóvenes filósofos y futuros políticos que se reunían en las veladas cultas de los *Orti* se mantenían atentos, sin ocultar su espanto, pues se iba a cumplir la máxima de su maestro Maquiavelo de que «tarde o temprano, al que juega a dos barajas le saltan los naipes a la cara».

En efecto, las últimas decisiones del Papa podrían suponer un descalabro aun mayor para el urgente equilibrio que necesitaban las relaciones políticas con las potencias extranjeras, pues León X vivía absorto en sus intereses personales, no reparaba en gastos para mantener contentos a sus acólitos y no se paraba a medir las consecuencias de su ambición estética para Roma.

Los lujos que había aportado León X a la corte papal eran inconmensurables. Además de la continuación de las batallas por la expansión

del poder papal, que consumían elevadas sumas de dinero de las arcas pontificias, León X dispendiaba sin tasa en sus propios vicios personales; banquetes interminables en compañía de otros prelados tan alegres como él y jóvenes tan bellos como el recordado Casio di Fiore, y semanas enteras y frecuentes invertidas en practicar la caza, su deporte favorito, trasladando a su séquito, sus tropas personales y su corte de aquí para allá, agotaban inevitablemente la ya maltrecha economía del papado, ya heredada del pontífice anterior con grandes deudas. Pero León X tenía la mejor baza para que Roma callara, y era su innegable afán por el arte, lo cual estaba convirtiendo a la capital en un crisol cultural esplendoroso, reuniendo a exquisitos artistas e importantes intelectuales bajo su mecenazgo. La nobleza le podía perdonar todo lo demás. Aunque así fuera no obstante, León X tenía que mantener el nivel de gasto desaforado para seguir recibiendo sus simpatías; además, se había propuesto terminar la nueva catedral de San Pedro.

Decidido a encontrar nuevos fondos para las obras, se le ocurrió comerciar con ciertas prerrogativas sólo accesibles a él: utilizaría su poder de influencia directa con su Dios para incluir privilegios de perdón de los pecados para sus fieles más ansiosos de pronta divinidad, esos que, sabiendo su conciencia perturbada en esta vida, no podían dormir por la noche pensando en el castigo divino que les esperaba en el más allá. Aquel que pudiese pagarlo, podría empezar a dormir mejor, aunque siguiese pecando.

Promulgó una bula sobre las indulgencias, la llamada *Sacrosancti Salvatoris et Redemptoris*, que le permitió grandes y cuantiosos ingresos de nobles que querían ganarse el cielo a cambio de dinero. La bula suponía, en realidad, evitarse la expiación de la culpa por los pecados, tal como es preceptiva en la confesión de los mismos; es decir, ahorrarse años de pena en el purgatorio, pagando por ello diversas cantidades a la Iglesia. La redacción de la bula también permitía el pago para la exención de culpa por cuenta de los muertos y diferentes fórmulas de indulgencias, como la parcial o la plenaria.

Lo cierto fue que, con su bula para evitarse el purgatorio, León X consiguió muchos beneficios para el erario vaticano logrando inaugurar su templo de San Pedro, y se granjeó enormes simpatías entre quienes más podían temer los castigos en la otra vida.

Sin embargo, los cristianos del norte de Europa, además de estar cansados de los lujos derrochados en la corte pontificia y de la corrupción sin pudor de sus costumbres (de lo cual ya anteriormente habían hecho llegar sus quejas a Roma), criticaron duramente a León X porque estaba comerciando con un poder que, según su doctrina católica, sólo pertenecía a Cristo, su Dios, y no a la institución terrenal de su Iglesia. Acérrimos defensores de su ortodoxia, como el monje agustino alemán Martín Lutero, arremetieron airadamente contra la Iglesia de Roma, declarándose en rebeldía y provocando encendidas disputas en Roma.

La polémica también llegó a las calles y a los foros intelectuales de Florencia, los pocos que todavía se mantenían vivos tras las sucesivas prohibiciones de opinión pública establecidas por el régimen de Lorenzaccio. Restringidas también las sesiones de los *Orti Oricellari*, Nicolás Maquiavelo no renunciaba a analizar, en las conversaciones de taberna con sus compadres de San Casciano, el papel político de la Iglesia de Roma y las consecuencias que arrastraría la disidencia del alemán Lutero. Maquiavelo consideraba a la política

de la Iglesia de Roma como la gran culpable de haber aniquilado la esperanza de unidad de los territorios italianos.

-La Iglesia no ha sido tan fuerte ni ha observado virtud suficiente como para convertirse en el príncipe adalid de la unidad italiana, y sólo ha actuado según le dictaba el miedo a perder su poder terrenal. Debería haber sido modelo de honradez ciudadana y, sin embargo, es modelo para la corrupción de los valores morales.

La propia Marietta se santiguaba tres veces seguidas oyéndolo comentar con los parroquianos de la aldea y explicar su idea sobre la religión, a la que acusaba de suscitar su propia irreligiosidad, contemplando la corrupción del papado. Marietta Corsini temía, una vez más, la reacción de los eclesiásticos poderosos, emparentados o relacionados por fuertes lazos con las grandes familias italianas, a cuyos oídos no tardarían en llegar sus palabras, y le rogaba que dejase correr las cosas, que se congraciase con los curas y los cardenales, que nunca conseguiría de ese modo el trabajo a su altura que esperaba, y aun podría perder, no tardando mucho, los pocos recursos de clases y encargos que recibía.

-Si tuviera dinero para comprar sus favores, poco les importaría mi opinión... -contestaba Maquiavelo a sus lamentos, incitando nuevamente el enfado de Marietta.

Se decía en Florencia que Lucrezia Ricciardi sólo vivía por la noche. Nicolás Maquiavelo no había visto a su antigua amante en más de un año; ella no había respondido a sus misivas. Niccoló, siempre respetuoso con la enorme personalidad genial de la Riccia, sabía que sólo de ella dependía el verla o no, pues era ella la que aceptaba o rechazaba, la que se acercaba o se alejaba. Había esperado que algún día volvería a enviarle señales, y ese día había llegado: Lucrezia quería ver a su amigo del alma Niccoló Machiavelli, y le había enviado a la residencia de los Rucellai una nota escrita de su puño y letra, perfumada y acompañada con una rosa de las primeras que habían nacido en el parterre de su residencia. Niccoló había tardado más de una semana en celebrar una nueva sesión de los *Orti Oricellari*, y, cuando le pudieron entregar la nota, ya se había extinguido su perfume y la rosa se había marchitado por completo. Aun así, sintió que su viejo espíritu se conmovía por su nueva cita.

Lucrezia había recaído en su enfermedad; todo en ella ahora tenía sabor de despedida.

-Me marcho definitivamente a Roma -le dijo a Maquiavelo.

Allí estaban ahora los mejores médicos que podían ofrecerle un tratamiento más eficaz para retrasar los efectos irreversibles de su reincidencia.

-Seguramente no nos volveremos a ver, querido mío...

Niccoló sintió que su alma ya no se resistía a lo que presentía que estaba ocurriendo. Su Florencia había sido derrotada, había malgastado sus oportunidades, llegaba al final de un camino sin vuelta atrás. Lloró con ella, abrazados todavía, por el tiempo dichoso vivido juntos.

Ahora, la Riccia emplearía los restos de su fortuna en alargar su final con médicos que sabrían darle buenos motivos para que siguiera pagando, y en entregar al Papa cuantiosas sumas de dinero para asegurarse una más pronta redención de sus pecados.

-Nunca creíste en la idea del Dios de esta Iglesia -le reprochó Niccoló, incrédulo de que ella pudiese acceder a esa manipulación-. Adorabas a los

dioses paganos porque representaban las miserias humanas, recuérdalo, Lucrezia, y criticabas los manejos hipócritas de un Dios que sólo favorece a los elegidos por su Iglesia...

-La cercanía de la muerte me hace ver las cosas de otro modo, Niccoló -se excusó trémulamente-; necesito creer que existe un Dios al que puedo rogarle el perdón de mis pecados.

-¡Y pagárselo con una considerable fortuna!... -soltó con sarcasmo Maquiavelo, incapaz de soportar que también ella, su Lucrezia Ricciardi, la mujer que había amado tanto tiempo, concediera por fin en las prácticas hipócritas de los corrompidos-. Eso que llaman deseo cristiano de verse libre de la culpa de las faltas es el mejor negocio de León X, ¡ha sido más hábil que el propio Savonarola! Esa bula de indulgencias beneficia indudablemente a los ricos, pero, sobre todo, ampara impunemente a los malvados... ¡Sabiedo que pueden pagar con dinero sus malos actos, están libres de manos para seguir cometiendo más maldades, y más mentiras, y más perversiones!, ¿no lo ves, querida mía? ¡No seas una de ellos, tú eres honesta, tu alma es limpia, y tu gusto por la vida y por la carne no debe ser pecado, no tienes que pagar por ello!

Lucrezia Ricciardi casi no podía articular palabra; no dejaba de llorar.

-Niccoló, amado mío -sollozó sin contenerse-, no soy honesta, no tengo mi alma limpia... Mentí y falseé, y traicioné. ¡Es esa culpa la que ya no puedo soportar y me come por dentro, es esa culpa la que yo no puedo perdonarme, la que necesito aliviar de cualquier forma!

-Pero ¿qué dices, Riccia?

-Te traicioné a ti, querido Niccoló, y a todo aquello en lo que tú creías... -Maquiavelo la miraba espantado, sin comprender nada-. Cedí al chantaje de Julio Médicis, yo estaba arruinada y enferma, y él me compró, a cambio de acompañar a Giuliano di Lorenzo a Francia, y de favorecer su derrota, y de conseguir que no regresara a Florencia...

-No puedo creerte...

-Ya lo sé, pero es ahora cuando digo la verdad, Niccoló, porque los remordimientos son mi verdadera enfermedad, una carcoma que ha infectado mi cuerpo para siempre. ¡Perdóname, por favor, perdóname! Giuliano di Lorenzo leyó tu obra, sintió enardecido su espíritu, quería regresar a Florencia y expulsar al indigno Lorenzaccio; hubiera sido una guerra civil, y Julio Médicis no podía consentirlo... Cesare Sadoletto...

-¡Te aliaste con Sadoletto! -exclamó, espantado, Maquiavelo.

No podía ser cierto lo que estaba pasando: su vida se había convertido en el sueño que le había perseguido durante años; la podredumbre, la suciedad, la miseria guardada en la oscuridad de Florencia regurgitaba abriendo las entrañas de la tierra, expulsaba su gangrena y le atrapaba a él.

-¡Giuliano quería volver! -repitió la Riccia, retorciéndose de dolor-, ¡pero Giuliano no era el que debía gobernar Florencia, no era ya su tiempo, y no era tampoco el tuyo, Niccoló!...

-Compartiste conmigo la esperanza de hallar un político íntegro que amara de verdad a su patria y a sus ciudadanos, un político inteligente y honesto, un príncipe republicano, como llamábamos a Giuliano... -atinó a recordarle Maquiavelo, con amargura-, ¡y lo habíamos encontrado, Lucrezia, lo habíamos encontrado!

La Riccia hubiera deseado la muerte más fulminante antes que seguir soportando la mirada terrible de su amante, el peso de su agrio desencanto cayendo sobre ella como cae un árbol centenario que acaba de ser cercenado.

-No te van a permitir que sigas empeñándote en cambiar las cosas -alegó débilmente, tras unos instantes-; no te lo van a permitir, Niccoló..., eres demasiado peligroso, estás solo contra todos los que quieren hacerte callar, temen tu poder, porque no eres uno de ellos, no pueden sobornarte, no pueden dominarte, ni entenderte, no pueden aceptarte...

Maquiavelo sentía que la boca de su estómago ardía retorciéndose. Sus sienes podrían estallar ahí mismo en el dolor ya conocido que bajaba desde la parte alta de su cabeza. Su rostro desencajado no mostraba expresión alguna, pero no podía dejar de mirarla a ella.

-Te has convertido en bandera de un nuevo tiempo -insistió Lucrezia, intentando descargar su culpa insoportable-; sin habértelo propuesto, y sin haberlo buscado, simplemente por tu fuerza y por tu valor y por ti mismo..., eres emblema de la verdad, y no van a dejarte continuar. Por favor, no me mires así, por favor...

Maquiavelo apartó sus ojos de la penosa visión de su amante desvencijada.

-Inútil muerte la de Giuliano -murmuró, ahogado en un despertar más sombrío que su propia pesadilla. Inició su marcha para salir de allí.

-¡Ahora estarías muerto tú también! -se desahogó Lucrezia, desesperada.

-Ten por seguro que lo habría preferido antes que vivir este momento -contestó Maquiavelo, con un hálito de voz.

Se había girado para mirarla por última vez, y ella le correspondió con sus ojos suplicantes inundados de lágrimas.

-¡Pobre Lucrezia! -exclamó el secretario, sinceramente.

De pronto Maquiavelo había comprendido lo que el espectro en que se había convertido la Riccia le mostraba: Lucrezia era esa Florencia que un día también llegaría a traicionarle, por angustia de pensar que no pudiera sobrevivir por sí misma, y que se vendería, por miedo, a los mismos que la despreciaron ayer porque no pudieron poseerla y la despreciaban hoy porque ya podían pagarla.

Maquiavelo se había marchado, consternado. Deambuló toda la noche. Sólo muchas horas después volvió a montar su caballo y cabalgó hasta Sant'Andrea. Había llegado en un estado lamentable, cerca del mediodía de la jornada siguiente; los aldeanos creyeron que le habían apaleado; Niccoló no podía pronunciar palabra, y lo llevaron hasta su casa. Durante varios días no había sido capaz de levantarse del lecho, aquejado del más espantoso dolor de cabeza; sólo la inconsciencia le permitía descansar un poco. Cuando se recuperó, Maquiavelo estaba herido por un amargor imposible de sanar. Ya nunca iba a desaparecer ese angustioso dolor de cabeza, pero en el fondo estaba agradecido, pues el dolor le permitía no oír las terribles voces que le atronaban por dentro.

Desde la muerte de Giuliano, Leonardo da Vinci residía por su cuenta en el castillo de Cloux, cerca de Amboise, en la corte francesa de Francisco I. No le quedaban pretextos para regresar a Florencia. Él había sido uno de los invitados a los fastos por la celebración del matrimonio del jefe Médicis con la

joven aristócrata de la casa real francesa, en el mes de mayo de 1518. Había tenido ocasión de ver personalmente a Lorenzaccio y de comprobar que había ganado en estupidez.

Lorenzaccio esperaba vencer nuevamente en el capricho que tenía ahora: le había realizado una oferta a Leonardo da Vinci para que volviera con él a Florencia. El maestro la había rechazado en varias ocasiones.

-Florencia no es ya mi Florencia -le contestó una vez más-, y a mis sesenta y seis años ya estoy viejo para amoldarme.

Pero Lorenzaccio le había vuelto a insistir, y Messer Da Vinci se negó nuevamente, esta vez con cajas destempladas y a la vista de todos. El enfado del jefe Médicis, humillado ante sus cortesanos, fue descomunal, y vociferó contra el artista declarándole exiliado, jurándole que nunca regresaría a su ciudad.

-Llegáis tarde para vaticinar eso, Lorenzaccio -le contestó, con displicencia, el maestro-; nunca estuvo en vuestra mano que yo volviera ni que no.

Cuando por fin Lorenzaccio se halló de nuevo en la capital, de regreso de su largo viaje de novios, Florencia estaba a punto de estallar contra él. En Roma se contemplaba con inquietud el peligroso descontento de los florentinos, por lo que Julio Médicis regresó a Florencia, junto con su comisario Sadoletto, para poner las cosas en orden lo más rápidamente posible. Los daños causados por Lorenzaccio habían de repararse sin mucha inversión de tiempo, ya que Julio tenía que regresar cuanto antes a Roma: disminuyó los impuestos, reorganizó las finanzas de La Signoría, reformó la administración de la justicia y restituyó derechos de elección y subvenciones especiales para atenciones sociales que Lorenzaccio había eliminado. En un par de meses, celebrándose el Año Nuevo de 1519, ya podían escucharse nuevos vítores en honor de los Médicis. Era fácil contentar a los florentinos. Julio Médicis derrochaba simpatía y regalos. Había sustituido a su sobrino Lorenzaccio en las reuniones del Consejo de los Setenta, y éste, aunque había protestado al principio, le había visto después el lado bueno, y ya no le importaba: su esposa Maddalena daría a luz, en el próximo mes de marzo, y esperaba ansiosamente un heredero varón para reconocerlo legítimamente, y entonces se vengaría de su tío Julio. Se guardaba un naípe marcado en la manga: haría saber a los cuatro vientos que Alessandro era el hijo ilegítimo de Julio Médicis, un hijo vergonzante habido de sus amores con una servidora cuando ya había jurado votos de castidad como iniciado en la carrera eclesiástica; conseguiría que estallara el escándalo, mostraría a la luz la vergüenza de su tío, y lograría desacreditarlo y truncar su carrera hacia el papado; no le costaría convencer a León X de que él, el magnífico Lorenzaccio, tenía que ser el verdadero jefe de la familia.

Seguramente Julio Médicis tenía en cuenta que su inepto sobrino prepararía algo así, con su ambición y su estulticia combinadas, pero él se le adelantaría, una vez más.

Aunque, sin embargo, habla otros asuntos que también tenía que abordar antes de eso, con el objetivo clarísimo de eliminar riesgos. La fama de Nicolás Maquiavelo había crecido en Florencia y, por igual intelectuales que nuevos políticos y gente del pueblo, empleaban frases y principios de Maquiavelo como símbolo para expresar su disidencia contra el gobierno

tiránico del Médicis Lorenzaccio. Su amistad con el desaparecido Giuliano le había dotado además de simpatía entre una parte de los pro-mediceos. Era cierto que Maquiavelo no había hecho nada para hacerse querido por la ciudadanía, pero su desapego respecto al poder y su libertad para hablar como le parecía, y esa virtud de expresarse con sentido común en cualquier juicio político, era bastante para que el pueblo lo considerara un líder al que podría seguir sin pensárselo dos veces. El cardenal Julio tenía que dejarle sin fuerza; convocó a Messer Niccoló Machiavelli a una audiencia cortesana. El viejo secretario, que cumpliría cincuenta años el próximo mes de mayo de ese 1519, acudió, odiándose a sí mismo; pero su expediente policial no le permitía ignorar esa llamada.

-Messer Machiavelli, ni un solo día de los que mi primo Giuliano estuvo en Roma dejó de hablar de vos -principió a halagarle, saludándole-. Sé que tenéis proyectos juntos.

-Creo que os equivocáis, *signore* -le contestó secamente Niccoló. No quería caer en ninguna trampa-. Lamentablemente, no había entre nosotros más que una sincera admiración mutua.

Julio Médicis sonrió sin más. Tenía treinta y un años solamente, pero con la apariencia grave de un hombre de los mismos cincuenta de Maquiavelo.

-Leí la obra que hicisteis para él... -fingió entonces el arzobispo.

De pronto, el opúsculo sobre los principados y el arte de gobernarlos era objeto de la oscura consideración de Julio. Aunque estaba casi seguro de que el cardenal mentía, Maquiavelo pensó rápidamente: ¿cómo podría haber llegado a sus manos? Giuliano había recibido su escrito, de eso ya estaba seguro, pero Giuliano había muerto en Fiésolle, y no se había sabido que Julio hubiera rescatado las cosas de Giuliano, pues su viuda era la que legalmente debía considerarlas suyas... ¿Qué misterio encerraba *De Principatibus*, si Julio Médicis se tomaba la molestia de insinuar a Maquiavelo que ahora tenía él la obra?

Nicolás Maquiavelo no contestó al comentario del arzobispo.

-Giuliano quería que hicieseis otra obra para él -siguió el Médicis-. Había hablado conmigo de que os consideraba a vos la persona idónea para redactar una *Historia de Florencia*.

Maquiavelo tampoco dijo nada. En efecto, en alguna conversación con Giuliano habían albergado juntos la idea de redactar una Historia de Florencia, como forma de apoyar entre los florentinos ese reconocimiento en su propia identidad que podría hacer crecer el amor por su patria; Giuliano había contado con ello, y Maquiavelo también. Pero no sabía qué pensar sobre la propuesta de Julio, porque no se fiaba de él.

-Meditad la oferta -resolvió el arzobispo-, y pensad el precio que queréis por ella...

Julio Médicis conocía, sin duda, la situación precaria de Maquiavelo. Si Marietta se enteraba de la proposición, se empecinaría rápidamente en convencer a su esposo para que aceptara. Pero, de momento, él no se había comprometido. Adujo que trabajaba en varios proyectos y que le daría una contestación antes del verano. Era suficiente para Julio. Sabía que ese estúpido amor por lo inútil que caracterizaba a Maquiavelo le impediría negarse a escribir una obra que él sentía que podría ayudar a los florentinos. Jugaba, además, con la ventaja de saber que en Maquiavelo era más fuerte su sentido del honor, de la palabra dada, y que no podría evitar cumplir con ese deseo que

su amigo Giuliano le había expresado, aunque supiera que le sería difícil explicarlo a los otros.

Julio sólo necesitaba tenerlo controlado, que toda Florencia supiera que nuevamente había sido requerido para un trabajo por cuenta de los Médicis. Quería invalidarlo ante sus seguidores, que pudieran echarle en cara que esta vez no era Giuliano el Médicis quien le pedía un trabajo de erudición, y aun así lo aceptaba igual; que quedase neutralizado el mensaje contra la corrupción y los privilegios que esgrimía en esos discursos que en los *Orti Oricellari* le habían creado la fama de gran pensador, sabio teórico de la alta política, el nuevo Sócrates de Florencia, el gran Tito Livio renacido. Los nuevos intelectuales presentes en los *Orti Oricellari* eran declaradamente contrarios a Lorenzaccio, y por ende a los Médicis, simplemente por cotejar las lecciones de historia política que les ofrecía Maquiavelo en comparación con lo que estaba haciendo Lorenzaccio en Florencia, y que ellos mismos podían comprobar cada día. Pero Julio sabría desmontar esa fama de honradez del viejo Maquiavelo, y sabría crear su oportuno desprestigio, una idea en torno a él de que en secreto se podría estar beneficiando de algún trato de favor directo, demostrando que trabajaba para Julio, aunque fuera en un nuevo libro.

El cristianismo se fragmentaba en dos grandes facciones: una, la llamada «oficial», estaba representada por Roma y el Estado papal; y la otra estaba formada por los seguidores del monje alemán Lutero, que se negaron a aceptar el cambio de León X. Lutero se declaró en rebeldía y León X lo había acusado de hereje, amenazándolo con la excomunión.

Julio Médicis tendría que marcharse a Roma ya pronto; Lorenzaccio simplemente esperaba a que ese momento llegara, seguro de volver a manipular a su capricho las instituciones de Florencia. Pero no contaba con su propia muerte.

Lorenzaccio cayó afectado de una enfermedad que le dañó a los pulmones y que se agravó en pocos días. Dijeron que era una tuberculosis. Su esposa Maddalena dio a luz a una niña el 10 de marzo, en un parto difícil, mientras su esposo agonizaba sin consciencia del mundo a su alrededor. «La niña se llamará Caterina», fue la última recomendación de la joven madre antes de morir, a los tres días del nacimiento de Caterina, de unas fiebres puerperales. El día 19 de marzo murió Lorenzaccio.

Su muerte no suscitó dolor entre los florentinos, que no ocultaron su alivio ni dejaron de festejar la entrada de la primavera con grandes fuegos de artificio, como si más bien celebraran la liberación del tirano. No les importaba cómo hubiera muerto Lorenzaccio; daba igual que hubiera sido ordenada por la propia diosa de la vida o provocada por cualquier otra mano. La cuestión era que su muerte había ayudado a los florentinos, y muy pronto dejaron de hacerse más comentarios sobre su final o sobre él.

Tampoco se le había visto excesivamente afectado a Julio Médicis. Ofició su entierro maquinalmente, ante la presencia escueta de los representantes de las pocas familias nobles con las que no se había enemistado todavía. Seguramente, Julio Médicis hacía sus cálculos sobre la sucesión de la casa Médicis. La única heredera legítima era Caterina, que acababa de nacer. Giuliano había muerto sin descendencia legal. Quedaban Hipólito, nacido en 1509, y Alessandro, su propio hijo vergonzante, nacido en 1511, ambos ilegítimos y menores todavía. Pero Julio tenía su estrategia

perfectamente estructurada, pues mantenía ante todos que Alessandro era hijo de Lorenzaccio, no sólo para evitar la vergüenza de su deshonra reconociendo que había traicionado los votos eclesiásticos, sino también para, llegado el momento, hacer prevalecer los derechos de Alessandro sobre los de su sobrino Hipólito.

Fue Sadoletto quien le hizo llegar la misiva de su primo León X, donde le requería para que regresara a Roma con urgencia, cuanto antes. León X lo esperaba ansiosamente en la corte papal, desencadenado ya el cisma en el seno de la Iglesia con la rebeldía de Lutero. El arzobispo Julio determinó que la solución más rápida sería otorgar poderes al cardenal Passerini, auxiliado por otros dos representantes del papa Médicis en Roma, para que se quedase en Florencia manteniendo el gobierno en nombre de la familia.

La noticia recorrió Florencia y toda Europa. Leonardo da Vinci había muerto el 2 de mayo de aquel 1519, en el castillo de Cloux, consumando su promesa de no regresar a Florencia. Al día siguiente, Maquiavelo cumplía cincuenta años. La familia de hermanastros numerosos de Messer Da Vinci había reclamado el cuerpo del artista, pero en Francia no querían dejarlo salir, y demandaban su parte del reconocimiento en relación a él. En Francia había terminado con éxito varios experimentos sobre sus teorías hidráulicas, había ideado una suerte de espejo curvo que modificaba la visión de las cosas a su través y había logrado crear una maquinaria con la forma de un «pájaro gigantesco» que decía que podía volar. Escarbando entre sus papeles y sus propiedades y sus innumerables objetos de cada día, se habían encontrado tesoros memorables, diseños de otras máquinas imposibles, bocetos de retratos y artilugios diversos que no necesitaban más culminación que ser presentados al mundo tal como aguardaban allí.

Nicolás Maquiavelo brindó con vino toscano por el inolvidable amigo, hasta caer derribado por la nostalgia que le reavivaba su néctar. Pero también había recobrado su orgullo y su obstinación, empleándose en triunfar como hombre de letras. La muerte del maestro Da Vinci le había regalado una curiosa paz interior, y durante varias horas no se vio asaltado por el dolor de cabeza, pertinaz compañero de viaje desde hacía ya muchos meses.

Había terminado de escribir su obra de teatro *La mandrágora*, una sátira que descarnaba la terrible realidad de la corrupción de la sociedad florentina, y que se había representado con éxito impresionante en las fiestas de celebración de la entrada del verano de aquel mismo año, escapando todavía al sistema de censura sobre los libros que en Roma había establecido el papa León X, ya que sólo se habían editado las copias necesarias para los cómicos. El pueblo había acogido la pieza y su crítica soterrada con extraordinaria repercusión, pero igual que la osadía de su trama había provocado la hilaridad y el desahogo de la gente, también disgustó enormemente al clero, y Maquiavelo fue nuevamente denunciado. Ya nada se podía hacer, sin embargo, contra el éxito de la obra, y a pesar de los intentos por prohibirla, se siguió representando fuera de Florencia. Sólo por sellar la redacción, ya empezada años atrás, de varios de los discursos que había pronunciado durante su oficio de secretario, Maquiavelo concluyó su volumen *El arte de la guerra*, que defendía las ventajas de la milicia popular sobre las tropas mercenarias, y que todavía hizo llegar a Vettori, sin mucha confianza. Él, no obstante, le aseguró que había un editor florentino interesado en publicarlo en su imprenta.

En octubre de 1519 Julio Médicis había regresado al lado de su primo el Papa, junto con el comisario Sadoletto, para hacer frente al problema creado por Lutero, que había enviado su documento sobre las *Resoluciones a las tesis sobre las indulgencias*, proclamándolo, con su desafío, en definitiva insurrección. Una vez en Roma, el cardenal Julio aconsejó a su primo que tomara la única determinación posible: que se abriera contra el monje un proceso de herejía, y que dictara excomunión tajante contra él. León X así lo hizo. Se selló la completa división del cristianismo.

Alborando 1520, y cuando más lo necesitaba su jefe el cardenal Julio, Cesare Sadoletto había aparecido muerto en su residencia de Roma. Estaba medio desnudo, tirado en uno de los salones de la mansión, que se abría a un jardín con estatuas voluptuosas que surgían entre el follaje. Varios servidores lo habían descubierto por la mañana, después de una noche de orgía; había restos de copas y ropajes y despojos de vicios a su alrededor, inmundicias, restos de comida, vomitonas, líquidos derramados. El reguero pegajoso por el suelo de la estancia había dejado un fuerte olor dulzón y ayudaba a descubrir los pasos de Sadoletto en los momentos finales de su vida; todo parecía indicar que había sido envenenado: él mismo se habría dado cuenta, se habría arrastrado hacia la terraza que daba al jardín, quizá buscando el aire, se estaría asfixiando con sus propios vómitos incontrolados y las convulsiones de sus vísceras; no le habría dado tiempo de llamar a su mayordomo; sus acompañantes, ebrios por el alcohol o aletargados por fármacos inconfesables, no habrían podido hacer nada, o quizá ni se habían enterado, o quizá sí que lo habían visto todo y habían huido sin dejar rastro.

El escándalo había hecho estallar las murmuraciones entre las altas clases sociales de Roma. Nadie sabía quiénes habían sido los asistentes a su fiesta privada, o todos lo silenciaban; no había nombres, no había rostros, sólo apodos, máscaras, y un pacto de silencio. Los secretos del viejo ejecutor, ocultados convenientemente y tantos años por su jefe Julio Médicis, corrían peligro de salir a la luz desvelando las mentiras de otros grandes hombres, revelando prácticas indecentes, descubriéndolo a él mismo. No podía ordenar una investigación, y quien hubiera envenenado a Sadoletto, lo sabía. Si el asesinato trascendía y la ciudadanía se enteraba, se sabrían otras cosas; los otros invitados hablarían para protegerse; los Médicis de Roma perderían su prestigio y su credibilidad. El cardenal Julio empleó la misma táctica, rápidamente organizada, que tan buenos resultados le había dado en muchas ocasiones: mimó con regalos y aportaciones extraordinarias a todo aquel que podría tener interés en investigar, calló la boca a algunos que él sí que sabía que habían compartido la fiesta, calló otras bocas más, de intermediarios y comerciantes de deseos carnales de poderosos, y logró evitar preguntas, comentarios o dudas incómodas. Una cosa era que fuese ya imposible de ocultar durante los últimos tiempos que Sadoletto era un vicioso, inmoral y corruptor de cuerpos jóvenes, y otra cosa muy distinta que públicamente se reconociera que había muerto indignamente en lo que podía ser una reyerta de viciosos que incluía a personas de alto rango. Había que eliminar todo vestigio. El servidor de confianza de Julio Médicis enterró a Sadoletto en su propio jardín, tal como estaba, sin honor y descompuesto, y el pacto de silencio de toda la corte papal directamente olvidó que había existido. Sadoletto se había marchado de viaje definitivamente. Papeles, documentos, pruebas, todo había desaparecido de los aposentos personales del comisario y le había sido llevado

al cardenal Julio Médicis. Todo menos el manuscrito encuadernado del escrito *De Principatibus* que había pertenecido a Giuliano y que Sadoletto guardaba por encargo de Julio Médicis. El cardenal Julio habría conseguido la obra de algún modo, arrebatándosela a Giuliano quizá, y Cesare Sadoletto la guardaba secretamente. Julio Médicis lo sabía y cuando se presentaron a él todas las pertenencias comprometedoras de Sadoletto para idear un nuevo escondite seguro, echó a faltar el opúsculo de Maquiavelo. Pero nadie sabía dónde podía estar, ni qué había sido de ello, ni siquiera conocían la obra. El cardenal Julio, arrebatado, ordenó el registro riguroso de toda la residencia; desquiciado inexplicablemente, bramaba profiriendo terribles amenazas contra los descompuestos ayudantes. Todo fue inútil, porque el ejemplar manuscrito del compendio que Nicolás Maquiavelo le había dedicado a Giuliano di Lorenzo dei Medici no apareció.

Empeñado en considerar todas las posibilidades para encontrarlo, el cardenal había convocado a su presencia también a esa joven oscura y tétrica que Sadoletto había presentado en Roma como su hija. La joven, a la que llamaban Anna, había acabado los estudios conventuales de varios años y el viejo comisario la había llevado a su residencia seguidamente. Nadie conocía apenas a la joven Sadoletto; sólo hacía dos meses que vivía otra vez con el viejo comisario, y no había traspasado los muros de la mansión. La escasa memoria que podía conservarse de ella indicaba que cumpliría diecinueve años en aquel 1520; nadie tampoco podía saber si era hermosa, pues vestía los hábitos rigurosos de las monjas, con velo oscuro cubriéndole la cabeza.

No hubo forma de conseguir información sobre el escrito; ella no sabía nada y no cesaba de llorar, replegada sobre sí misma, rezando y clamando a su padre muerto. Julio Médicis se dio por vencido. Al cabo de unos días le hizo llegar un oficio que le otorgaba mayoría de edad y la reconocía heredera única de las propiedades y la fortuna de Sadoletto, excepto lo que él había decidido que era suyo. Le rogaba que elevara preces y misas por la muerte del comisario y que rechazase cualquier oferta de investigación sobre la misma, ofreciéndole a cambio un título nobiliario propio y una fuerte suma de dinero. La determinación con la que había contestado al emisario de Julio Médicis les había sorprendido: no aceptaba el título, pero triplicaba en ducados de oro el importe que aceptaría del cardenal por la venta de su silencio. Quería regresar con las monjas que ella amaba, y los fondos serían para ellas; ya para siempre se marcharía de Roma. En poco tiempo se habrían borrado todos los vestigios de Cesare Sadoletto.

Lutero quemó en público el *Código de Derecho Canónico* de la Iglesia católica, junto con el documento de León X que lo amenazaba de excomunión, que antes había rasgado con sus propias manos, haciéndolo pedazos. El Papa no tenía más salida que iniciar, por tanto, el proceso contra el monje agustino, que en Roma se sabía habría de provocar diferentes reacciones políticas entre los Estados europeos. El papa León X, cada día más carnoso y mofletudo por las constantes comilonas a las que se entregaba, cayó enfermo apenas iniciados los trámites eclesiásticos, haciendo presa de él una pulmonía que logró acabar con su vida.

Mientras tanto, Florencia había aceptado su decadencia mansamente. Ahora sus conspiraciones internas trataban de dirimir en manos de qué potentados se concentraban tales o cuales grandes negocios de la ciudad. Las

familias rivales de los Médicis estaban tranquilas, pues también parecía que los poderosísimos Médicis habían alcanzado su propio declive, con sus asuntos en manos de comisarios de los patriarcas de Roma. Con la muerte de León X, no quedaban varones herederos del apellido por la vía legítima y directa. Mientras tanto, los segundones de los Médicis, llamados habitualmente *dei popolani*, o «los del pueblo», empezaban a adquirir una presencia que llevaban muchos años esperando. En la plena conmoción de los nuevos cambios augurados con la muerte del papa Médicis, Florencia vivía replegada en su sombra, alimentando sus propios secretos ocultos, que de vez en cuando emergían, como si se abrieran las entrañas de la ciudad, sin poder ser por más tiempo guardados, y alcanzaban a algún apellido notable.

Messer Niccoló Machiavelli, literato, poeta *comico e tragico*, como habitualmente se llamaba a sí mismo, había adquirido una peculiar relevancia entre la ciudadanía y entre las nuevas generaciones de poetas, que él se tomaba con calma, aceptando, sin que llegase a calarle, esa brisa mojada que era para él la fama. Sus piezas teatrales, escritas con insumisa y pertinaz mordacidad, conseguían desnudar la realidad social de Florencia con más tino y afinamiento que cualquier tratado político, haciendo las delicias de las clases populares, que, obligadas a aceptar su dura realidad, encontraban en el teatro satírico de Maquiavelo esa fina venganza contra la hipocresía de sus dominadores. El viejo secretario halló en las formas teatrales el procedimiento más rápido y eficaz de denuncia contra la corrupción de los poderosos y las falsas virtudes del clero.

Las sesiones cada vez más distanciadas de los *Orti Oricellari* seguían acogiendo sin embargo, para las clases ilustradas y nuevos políticos cultos, las charlas de Maquiavelo, que derivaban hacia la filosofía, la historia de los clásicos, la memoria poética de Dante, de Petrarca, de Boccaccio, aunque ya alejado del espíritu de transformación y esperanza que le había animado en sus años como político. El reconocimiento que recibía ahora Maquiavelo sólo era un acoplamiento con el entorno; sus piezas de teatro respondían a la necesidad de evasión y de humor que latía en la sociedad florentina; sus versos se ajustaban a la melancolía estética de los intelectuales florentinos, aferrados a un esplendor que creían suyo por derecho; sus fabulaciones e historietas se complementaban con el conformismo de Florencia, que no quería cuestionarse qué había hecho de sí misma. Y Nicolás Maquiavelo lo sabía, y se comprendía derrotado y ajeno a su propia existencia. Derrotado por el miedo de los que se habían empeñado en negarlo, en callarlo, en apagar su verdadero brillo; derrotado por la propia condición humana, que aniquila todo aquello que envidia, que destroza todo aquello que no puede poseer, que emborriona y ensucia todo aquello que no puede alcanzar.

Abandonadas sus ansias de nuevos tiempos para Florencia y sus esperanzas de unificación de los territorios italianos, no se prodigaba en discursos de análisis políticos, tal como en esos momentos de cónclaves pontificales para la búsqueda de un nuevo Papa, y conspiraciones para atrapar el poder de Dios en la tierra, los asistentes a las veladas de los *Orti Oricellari* le solicitaban con frecuencia. No haría teoría de la política para caer en la queja, ni en la crítica sucia, ni en el cotilleo de dimes y diretes en que se habían convertido los gobiernos. Nuevos oradores ascendían queriéndose medir con él en su retórica, pero Maquiavelo simplemente sonreía, dejándolos hacer, sin afán de competencia, sin afán de brillo, cada vez más lúcido del placer

inmediato que guardaba cada momento del presente, cada vez más reconciliado consigo mismo, cada vez más maestro, cada vez más semejante a Leonardo da Vinci en su estar en el mundo. Había encontrado en los placeres literarios su mejor forma para la revelación de la verdad. Seguramente ya no podría transformar nada, pero su condena de la mentira y de la falsedad le hacían poseedor de una de las voces más respetadas y más temibles de Florencia.

Ya retornaba al encuentro de su hijo Bernardo, que pronto cumpliría diecisiete años y se había convertido en un hombre de bien. Regresarían juntos a Sant'Andrea, después de una sesión de los *Orti* en la que Maquiavelo había leído su obra *Vida de Castruccio Castracani*, un romance histórico, recibiendo grandes aplausos, seguido de un encendido debate sobre cómo los eventos históricos fluían siguiendo ciertas leyes universales.

Un hombre casi embozado por completo en su capa negra, que había esperado varias horas, medio oculto en el pliegue de una esquina de la plazuela desde donde se atisbaba claramente el acceso al palazzo Rucellai, salió a su encuentro, cortándole el paso.

-Messer Machiavelli... -le dijo, sin destapar la parte baja de su rostro-, soy el notario Donato da Fabriano. Tenemos que hablar.

-¿De qué? -preguntó Maquiavelo, sin mucho énfasis.

-De Casio di Fiore.

Niccoló se quedó sin habla. Indicó a su hijo Bernardo que se marchase solo a casa y que le dijese a su madre Monna Marietta que había surgido un imprevisto que debía atender, que regresaría al día siguiente. Volvió a entrar en la residencia Rucellai con el desconocido, y le pidió a su amigo Bernardo que le permitiese pernoctar allí, como había hecho en alguna otra ocasión. Bernardo Rucellai recordó cariñosamente a Niccoló que su mansión estaba disponible para él en todo lo que precisase, como ya sabía, y le ofreció una de las alcobas de la planta superior del patio, en donde Maquiavelo pudo encontrar la intimidad que requería la circunstancia. Sentados él y el notario junto a la chimenea de la estancia, Maquiavelo miró de frente al individuo, ya viejo, que, una vez descubierto, dejaba a la vista un rostro inmensamente arrugado, anguloso e inquietante. Los ojillos, emergidos entre los pliegues de sus párpados, miraban también a Maquiavelo. No hizo falta más preámbulo entre ellos para que Donato da Fabriano le dijera por qué había ido a buscarlo:

-Casio di Fiore vino a verme, en 1510.... se marchaba a Roma, y no sabía si regresaría de ese viaje... Al parecer, tenía miedo por su vida. Deseaba hacer testamento legal y dejar escritas unas disposiciones que podrían revelarse a las personas oportunas tan sólo diez años después de su muerte... Messer Di Fiore poseía una cierta fortuna, *signore*, y un objeto muy valioso que me aseguró que podría cambiar el destino de muchos poderosos. Yo testifiqué como notario las medidas que Casio di Fiore estipuló y deposité el objeto mencionado en las arcas garantizadas del Banco di Firenze, donde sigue, hasta que su verdadero propietario se haga cargo de su rescate. Él me pagó con creces estos diez años de mi custodia y de mi silencio, y otros diez años más.

-¿Y qué tendría que ver conmigo ese negocio entre Casio di Fiore y vos? -preguntó Maquiavelo, extrañado.

-Él os hizo beneficiario de una cierta suma de dinero, *signore*, y destinatario de una encomienda muy delicada.

-¿Cómo?

El notario sacó un pliego del bolsillo interior de su capa. Se levantó, acomodándose la camisa y el faldoncillo, y leyó con cierto engolamiento surgido de pronto en su voz:

-«Es mi nombre Casio di Fiore dei Medici, y en prevención de que no regrese del viaje adonde me lleva el requerimiento de mis apellidos, dispongo que se haga constar al maestro Messer Niccoló Machiavelli lo que sigue, de todo lo cual Messer Donato da Fabriano como notario así atestigua que es mi voluntad y mi permiso:

»*Prima disposizione*: Casio di Fiore os hace donación de quinientos ducados, en pago por las lecciones magistrales recibidas de vos en el transcurso de vuestra amistad, *signore* Machiavelli, y en agradecimiento a ella. *Secunda disposizione*: Casio di Fiore os hace custodio del documento para el rescate de la caja depositada en el Banco di Firenze. *Tercia disposizione*: Casio di Fiore os hace el encargo de buscar a su hija para entregarle el contenido de la caja, consistente en el objeto mencionado en la previa, una carta y una bolsa con quinientos ducados de oro. *Quarta disposizione*: Casio di Fiore os nombra testigo del encargo realizado a este notario que os habla, para entregar el resto de su pecunio en depósito al Ospedale dei bambini di Santa María di Firenze, donde él mismo se crió hasta los siete años, que asciende a la cantidad de quinientos ducados más. Queda así firmado y sellado que al notario testigo de mi firma se le entreguen cien ducados en pago a su servicio y como garantía de su silencio, pues sólo a Messer Niccoló Machiavelli y llegado el momento habrá de desvelar esta carta y lo que la acompaña... »

Terminada la lectura, Donato da Fabriano dobló el pliego tal como estaba, sacó un bolsón cerrado con las iniciales N. M. bordadas en un pliegue, se lo tendió a Maquiavelo y se sentó de nuevo.

Aunque había cogido la bolsa, Maquiavelo no había reaccionado todavía. No acertaba a enlazar los detalles que salían ahora a su paso con los recuerdos y las circunstancias vividas con Casio. Pero tenía la certeza de que el hermoso *David* viviente, en efecto, podría alterar los destinos de muchos poderosos, aun después de muerto.

-¿Sabéis, Messer Da Fabriano -acertó a preguntar Maquiavelo-, qué tipo de «objeto» es ese al que se refieren las disposiciones de Casio di Fiore?

-Simplemente me dijo que es un medallón de oro macizo con la firma de Lorenzo de Médicis el Magnífico.

-¿Cuántos son vuestros honorarios, Messer notario? -le preguntó Maquiavelo, para conocer qué precio debería proponerle para su silencio.

-Ya Casio di Fiore me pagó con creces...

-Y yo mismo os pagaré con otras creces más grandes para que calléis lo que aquí me habéis desvelado... Redactad un pliego en el que aceptaréis el castigo de Casio di Fiore: que desde la otra vida os envíe a reclamar si traicionáis en algún momento su voluntad.

El notario tragó saliva, pero asintió. Maquiavelo abrió el bolsón y le entregó cincuenta florines.

Florenia celebraba nuevos fastos en aquel noviembre de 1523. Julio Médicis, el hacedor en la sombra del ascenso del poder mediceo en Roma, el

huraño bastardo sobrino de Lorenzo el Magnífico, siempre añorante de un verdadero linaje legítimo, había logrado por fin su objetivo en Roma. Aún envuelto en circunstancias poco precisas, la designación decidida por el cónclave había recaído en él.

Julio Médicis había alcanzado el gran logro ansiado que le permitiría consumir el resto de todo su plan, y al que había destinado sus esfuerzos más sutiles: había sido nombrado Papa de Roma como Clemente VII.

PARTE CUARTA

*La virtud tomará las armas
contra el atropello;
el combate será breve,
puesto que el antiguo valor
en los corazones (italianos)
todavía no ha muerto.*

FRANCESCO PETRARCA, *Canzoniere*,
versos citados al final de *El Príncipe* de Maquiavelo

CAPÍTULO 13

Creedme si os digo que toda mi ansia ha sido la pasión de vivir libre, y no he concebido por ello otro modo de existencia ni de gobierno.

En Sant'Andrea in Percussina, el Albergaccio, en el mes de junio de 1527 y su día 17, a Madonna Bárbera Salutati Raffacani, cantante y poetisa, de su adorador Niccoló Machiavelli.

*¿Qué debo hacer, Amor, o qué conviene?
Tiempo es ya de morir
y estoy tardando más de lo que quiero...*

Bellísima y joven Madonna Bárbera, añorada amiga mía, cuando leáis esta carta quién sabe dónde estaré yo, aunque quisiera haberme ido ya, junto a aquellos que me esperan, y recibir en el más allá el destello de calor que debe ser la certeza de que alguien amado te recuerda, y que ese fulgor proviniese de vuestro corazón.

Tengo poco tiempo, lo sé. Es fácil para mí saberlo, pues ya palpo en la madrugada la frialdad de un aliento que no es el mío, un vaho que tampoco pertenece a las almas compañeras que velan este exilio ya eterno de mi soledad. Hubiera querido ver vuestro rostro de nuevo, sentir ese halo de vuestra sonrisa llena de vida, que todavía empieza a la vez que esta mía se acaba, esta vida mía que se despide sigilosamente, como es sigiloso el final de un trazo, como es sigiloso el eco de la tinta en el final de cada palabra. Yo gustaba de mirar al rostro de las gentes; el rostro de una persona habla de lo que guarda, aunque calle, aunque no quiera mostrarlo, y yo miraba al rostro de las personas, y aprendía de lo que sus gestos desvelaban, de lo que sus ojos me contaban de sus almas. Aprendí a saber tanto de las personas observando sus rasgos, sus arrugas, sus silencios..., observando su estremecimiento al sentir mi mirada, su pánico a que descubriera lo que tan celosamente necesitaban ocultar... Y aunque quizá hubiera querido otra cosa, lo cierto es que sólo tenían miedo de mí por una cosa, porque yo no guardaba secretos y, por tanto, nada podía convertirme en un traidor.

Mas no ha de ser ésta la epístola justificatoria de nada, el discurso garante de un vicio prematuro, un alma cansada, no, puesto que yo, Niccoló Machiavelli, hijo de Messer Bernardo y Madonna Bartolomea, autor de la famosísima obra *La mandrágora*, aclamada en Florencia entera, y en Roma, y en Venecia dos veces, y sobre todo, a la que debo vuestra amistad, *signora*, yo, Niccoló Machiavelli, poeta, errante de la existencia, amante, poeta otra vez, no me arrepiento de nada; aunque imaginara para mí otra vida, otra muerte, otra memoria..., es cierto, pero no me arrepiento de nada.

*Así, del cerco primo fui al segundo
de más corta región, pero más llena
de horrible grito de dolor profundo.
Allí Minas está con faz de hiena.
A la entrada examina al que ha llegado,
y según lo que oyó, juzga y ordena.*

*Siempre hay en torno suyo ánimas sueltas,
yendo o viniendo del funesto juicio,
o sus causas oyendo ya resueltas...*

Sí, amigo Alighieri, sí, también Minos ha de juzgarme a mí ... Mas no antes de entregar mi legado, estas pobres palabras que mi alma arroja en el pliego postrero, abandonada ya de futuro. Ya no me asiste el ángel del sueño; debe de haber sabido que opté hace ya mucho por acabar en el infierno, donde me esperan los grandes hombres de la historia, rechazados porque no quisieron ocultar su voz. Pues bien, allí los encontraré, no quiero el cielo de los santos por callar, de los beatos hipócritas que con una mano se santiguan y con la otra te han robado la bolsa. El auténtico Platón, el inconmensurable Ovidio, mi amado Plutarco, todos ellos transgresores, a todos ellos quiero para compañía de mi eternidad. Mi peña, mi camarilla, mi grupo son ellos; cada tarde converso con Virgilio en la métrica por él elegida, con Tíbulo y Plauto, con mi Petrarca lúcido y con Dante, mi buen Alighieri burlón, ellos, los grandes hombres que han engrandecido la existencia con sus obras, ellos son mis dioses y sólo su conversación ansío. Uno a uno despreciaron los de este mundo mis consejos, ¿por qué entonces habría de considerarlos en el más allá..., si en el más acá los repudio?

Al fin sólo hablo de la naturaleza humana, sólo de hombres, que por condición mortal son ingratos, volubles, limitados, simulan lo que no pueden ser y disimulan lo que no pueden evitar, y prefieren la cómoda estupidez de apartar de sí al que sabe antes que enfrentarse al coraje de aprender y cambiar. No..., también hablo de Florencia, de mi Florencia amada, a cuya idea entregué mi pasión y mis sueños...

*Si el aura de repente
mueve las blancas y amarillas flores
del campo, suavemente,
contemplo el primer día en el que suelto
vi su cabello, y vime en fuego envuelto...*

Mi buen amigo Petrarca me escupe nuevos versos y me hace gestos de hastío, él me ha escuchado tantas veces ya la historia de haberos elegido para este momento, Madonna Bárbera; pues no existe la casualidad y todo está escrito en la ley inexorable que marcan el antes y el después, la causa y su efecto, y todo responde a un motivo, apenas contemplé vuestro rostro de luz, como es el horizonte de Florencia en mayo, lo comprendí todo, que ibais a ser el nombre que pronunciaría mi despedida.

Pero no debo apartarme de mi relato..., mi gran Alighieri corrige mi tendencia, sí, amigo mío, sí, continuó mi propio descenso al infierno...

*Ora a sonar empiezan en mi oído
los ecos de dolor: ora he llegado,
do inmenso llanto el alma ha suspendido.
Y entré al lugar de toda luz privado,
que mugía cual mar que se atempesta,*

si es de vientos contrarios azotado.

Así había comenzado todo. Las manos de Madonna Bárbera temblaban; sus dedos parecieron aferrarse a la carta, arrugando su papel envejecido, como si tuvieran miedo a que la palpitación hiciera caer todos sus pliegos. Reparó en que había muy poca luz en la alcoba; las nubes no habían cedido en toda la tarde y el sol ya declinaba, sin haber llegado a verse. Miró por el cristal del balconcito junto al que estaba apostado el sillón y la mesita, sin dejar de sujetarse a esa carta que era el presagio del resto de su vida. Encendió una lamparita de aceite y pensó en llamar a su sirvienta Mattea, pero en lugar de eso cerró la puerta. Sin duda, Mattea estaría ocupada en los muchos detalles que quedaban por poner en orden en la casa. Aunque ya contaba en tres los meses que llevaba habitando su nueva residencia en Florencia, sin embargo parecía que nunca iban a llegar a concluirse sus obras, después de tanto tiempo cerrada. La prueba misma era esa carta que descubría ahora, oculta entre otras cartas y objetos pequeños, restos de momentos sin interés, en el fondo de un arcón que esa misma tarde había decidido que quería rehabilitar, un arcón con viejas pertenencias, recuperado de los meses en que se hospedó en la residencia de sus amigos de Mantua.

Cumplí cincuenta y ocho años el pasado 3 de mayo, y estoy enfermo; en verdad, también mi alma se siente enferma. He fracasado con Florencia, la única a la que entregué mi amor verdadero, y desde el comienzo de este año de 1527, el más aciago, pleno de acontecimientos inauditos y definitivos, he sentido que mi vida, mi verdadera vida, está acabando. Hoy me lo confirma todo en mi entorno. Las miradas de mis paisanos en la aldea rehuyen la mía, mi esposa Marietta calla empecinadamente, mi hijo Guido, que ahora tiene quince años, solloza extrañamente a mis espaldas y finge que todavía está enfermo para seguir refugiándose del mundo en el interior de su alcoba; mis amigos, los pocos que aún vienen a visitarme, no quieren contarme los acontecimientos que ensombrecen el destino de Florencia... y el mío. Debería poder descansar más tranquilo, ahora que ya no tengo nada que perder porque lo he perdido todo, pero desde que regresé a esta casa siento que se cierne alguna desdicha inescrutable. Ya no escribo más a mi amigo Francisco Vettori, pues siento que ya no tengo nada más que decirle.

Amada Bárbera, disculpad las líneas que se escapan de mi pluma dictadas por este espíritu mío ya viejo, disculpadme, pues quiero escribiros como quien recoge en un cofre los tesoros más escogidos para ser recordado con amor por aquel que lo reciba. Quiero ocupar un lugar en vuestro corazón, madonna, pues sé que la inmortalidad sólo está en el recuerdo de aquellos que nos apreciaron, y yo deseo la inmortalidad de vuestro recuerdo.

Después de casi tres meses de ausencia, regresé el pasado 22 de abril de este 1527 a una Florencia al borde de la guerra civil. Las luchas entre el rey francés Francisco I y el emperador español Carlos V derivaron en una situación insostenible, acrecentada por la actitud confusa del papa Clemente VII, tan débil y vacilante en su por fin alcanzado trono pontifical

como eficaz y decidido habla sido anteriormente en sus maniobras en la sombra, luchando por su ambición, ¡paradojas de la condición humana! Mediante una serie de tratados, traiciones y tergiversaciones, Clemente VII ha conseguido agotar a los que conservaba como amigos y ha exasperado hasta el límite a todos sus enemigos, ha arruinado Roma con una guerra tras otra y lo peor, *signora*, ha arrastrado a Florencia a su final. Habréis sabido, desde vuestro refugio de Módena, que el español Carlos V decidió arremeter contra los territorios italianos, enfurecido hasta el límite por la formación del ejército aliado de la Liga Santa renovada por el Papa. En Florencia se vivieron momentos terribles, pues los ciudadanos estaban nuevamente a punto de estallar contra los Médicis, crispados porque Clemente VII desde Roma los habla llevado a un nuevo peligro inminente, pero también porque el cardenal Passerini, asalariado del papa Clemente que mantiene en su nombre el control sobre la ciudad, es un botarate sin inteligencia que ha estado gobernando en su nombre cada vez con mayor soberbia y despotismo un pueblo inseguro y atemorizado..., la propia soberbia de un apellido que no ha logrado conservar el amor de aquellos a quienes debe tanto.

La intermediación de mi amigo Francesco Guicciardini, armado con el mismo amor a nuestra patria que el mío, logró proteger a Florencia del ataque de las tropas imperiales españolas con una hábil negociación, motivo de mi orgullo, *signora*, pues yo fui su maestro. Al no poder saquear Florencia, una tropa de mercenarios luteranos (reunidos con la expresa intención de castigar a Roma), reforzada con soldados sin escrúpulos de diferentes orígenes y al mando del duque de Borbón, llevó sus tropas a las puertas de Roma, y el día 6 de mayo ocuparon la ciudad, la saquearon, la destrozaron... Sin duda que conoceréis referencias del terrible *Sacco di Roma*, y que, aun en ese paraíso de Módena, se habrán sabido detalles terribles de las atrocidades que sus ciudadanos vivieron durante varias semanas. Un terrible olor a cadáveres lo cubrió todo...

Florencia podía haber sido esa Roma arrasada pero se habla salvado, y los ciudadanos, decididos, quizá, a tomar por fin las riendas de su futuro, se levantaron contra el cardenal Passerini; dispuestos con rabia inconmensurable y toda clase de pertrechos acudieron al palazzo de la Vía Larga a clamar contra los Médicis, expresando su odio contra el papa Clemente VII, enemigo de Florencia. El cardenal Passerini no tardó en huir, y luego lo hizo Alessandro, el heredero Médicis que quedaba en la ciudad, atemorizado porque el pueblo no lo quiere, y porque, además, su mentor Clemente VII está refugiado en el Castel Sant'Angelo y no puede socorrerle.

Igual que había sucedido en 1494 después de la expulsión de Pedro el Desafortunado, el pueblo de Florencia reclamó de nuevo una República; treinta y tres años después, Florencia revivía su logro, la independencia de un tirano que no la ama y sólo la quiere poseer..., y yo, que creía mis afanes ya perdidos para la política, soñé sin embargo que mis días de espera y de ocio obligado habían quedado atrás..., soñé que mi estima quedaría restaurada por fin y que el nuevo gobierno me renovar la confianza que imaginaba ganada tras tantos años de servicio a Florencia..., ¡ah, fueron varios días de renacida esperanza, os lo aseguro!

*¡Triste; que deseando
voy lo que es imposible que suceda,
y vivo de querer sin esperanza...*

Mas era vana esa ilusión. Creedme si os digo que toda mi ansia ha sido la pasión de vivir libre, y no he concebido, por ello, otro modo de existencia ni de gobierno; y así entiendo la República, como el gobierno de los hombres libres, el gobierno que reconoce el derecho de los hombres a vivir gobernados por la ley de la libertad. Pero esta nueva República de Florencia es sólo una farsa..., ¿qué pasará con mi patria amada? Antaño fui acusado de conspiración contra los Médicis y hoy no se confía en mí porque quizá les sea propicio..., antaño la República de Florencia me nombró su voz y su rostro, en mi trabajo como diplomático durante quince años, y hoy me mira con recelo porque sé demasiado de sus secretos... Acaso todo en mí haya sido error.

Dante, socarrón, se carcajea en mi cara, me llama «exiliado grotesco», exiliado igual que lo fue él, y dice que ningún exiliado es repuesto nunca, pues hasta aquellos que en su destierro lo reivindicaron atizando la bandera de su regreso, con el tiempo le toman desconfianza y sólo ven en su vuelta un peligro..., y tiene razón. Eso me ha ocurrido a mí. Sí, no puedo negarlo; soñé que regresaba de nuevo a mi despacho de la Cancillería, en el palazzo de La Signoría, a mi cargo de secretario del Consejo.

Mi buen Boccaccio me escupe la verdad, que Florencia entera se ríe en mi cara..., y yo también, pues si no es otra cosa la vida que una inmensa burla, ¿cómo no había yo de ser el más burlado de todos, si tomé en serio vivirla?

*Mientras que con Virgilio iba yo junto,
subiendo por do el ánima se cura,
o descendiendo al ámbito difunto,
de mi vida dijéronme futura
palabras graves; aunque a fe me siento
roca contra los golpes de ventura...*

Pero es mejor obrar y arrepentirse que no obrar y arrepentirse, no tengáis duda, Madonna Bárbera, y yo he obrado y no me arrepiento. No me arrepiento de haber amado a mi República de Florencia por encima de mi propia familia, y no me arrepiento de haberla servido con toda la pasión de mi alma, de mi esperanza entera; ni me arrepiento de haber educado en mis mismos ideales a los que hoy me rechazan..., sí, fui maestro de esta generación de jóvenes políticos florentinos que aprendieron a odiar a los tiranos enemigos de la libertad de Florencia, aunque ahora me niegan como jefe, es cierto, me niegan a mí y se niegan a sí mismos la oportunidad de hacer realidad los sueños que se forjaron en aquellas veladas de los *Orti Oricellari*.

Me duelen la cabeza y el estómago. No quiero pensar más, ¿para qué tanta inutilidad de ideas? Y tampoco quiero digerir más, ni con mis vísceras ni con mi entendimiento, ya he soportado bastante porque nací sin el linaje adecuado. Pero en mi Florencia adorada la nobleza de

nacimiento lo es todo, ya lo sabéis, *signora*, y a vos os debo que aún noble hayáis aceptado mis versos y hayáis gozado representando a mi Clizia, esa que creé para vos. Yo sólo nací con inteligencia, con coraje, con pasión desbordada por una existencia que no tenía que ser la mía. He necesitado toda mi vida para comprenderlo, pero no reniego de nada, de nada, lo juro, pues el nacimiento viene marcado por las estrellas, y son ellas las que saben en la distancia el rumbo de lo humano, y me enseñaron que en la vida existen dos clases de hombres: los maestros y los ambiciosos, y os digo que sólo son loables los primeros, aunque sólo sean los segundos los inmortales para la historia. No existe la política sin ciencia, y por más que sean los más incultos aquellos que buscan el poder en la política, sólo tienen el poder verdadero los que saben, aquellos que son buscados de todos para aprender. Pero habéis de saber que yo no quise ser lo segundo y no pude ser lo primero; sólo he sido un hombre de mente capaz, al que los poderosos temen porque sé y los pobres infelices desprecian porque no tengo poder.

Pero cuento con la amistad de los grandes, y converso con ellos de igual a iguales, y ellos me conocen y me admiten en su olimpo de inmortales. Cada noche rescato mi toga más rica, la de mejor brocado y más pulcramente guardada y, desprendido de mis pobres ropas de campesino resignado a su exilio, me atavío con ella y mi camisa de ceremonias y acudo a su cita. Converso con mis amigos, Cicerón, Tíbulo, Ovidio, Lucrecio, Plutarco, Dante Alighieri, socarrón Boccaccio, Virgilio divino, Tito Livio, mi buen Petrarca..., y por unas horas, esas horas donde los mortales duermen, hasta el alba, me olvido de la vida, no temo a la pobreza de mi familia, ni me da miedo mi muerte, esa que sé que se acerca...

Nací pobre, bellísima *signora* Bárbera, porque el amor al saber sólo es pobreza sin un apellido noble, y mi padre sólo me entregó como legado el amor a los clásicos, amor a los grandes, esos dotados de grandeza para la eternidad, uno de los cuales hubiera querido ser yo mismo; y ahora sé que, aunque tengo un sitio reservado entre ellos después de mi muerte, también sé que muy pocos en el futuro han de aceptarme como uno de ellos, porque he cometido el peor pecado: demostrar que lo soy de natura. Aprendí pronto las dificultades de la existencia, quizá por ello no me fueron ya ajenas nunca en mi vida, y quizá por ello he buscado el goce en todo lo que he hecho en ella, en igual medida que sabía que encontraría, sin hacer nada, la desdicha. En Florencia el poder se hereda, no se conquista..., y yo he empeñado mi vida en demostrar que el verdadero poder ha de ganarse con la inteligencia, con la voluntad en pos del bien, con la fe..., craso error que ya cometiera mi excelso maestro, mi gran Dante.

De alguna manera, quizá tomé yo mismo su misma ilusión, pero sabíamos cómo debe hacerse una República grande y libre, el destino que soñábamos para Florencia. No creáis que estábamos solos, no; el sueño de un gobierno de sabios conduciendo los destinos del pueblo dueño de su trabajo ya existía desde atrás, ya había sido descrito por filósofos griegos y estadistas romanos; sólo era una idea que renacía en nosotros, herederos de un conocimiento anterior del mundo, que estábamos en el deber y en la pasión de reconstruir en el presente. Ya

todo está dicho y ya todo está descrito, y era ésta la oportunidad de ver renacido el espíritu de los sabios, de vivir el resurgir de todo el saber que ya existe; pero esa oportunidad ha pasado ya. Os escribo desde la certeza de que el renacimiento de las grandes ideas clásicas ya no se producirá, y pronto será sólo una ilusión de esplendor de la que el mundo está llamado a despertar.

No tengo más bienes que el amor a la vida y la libertad de pensamiento y, aunque no me hayan servido de mucho, como ríe socarrón mi amigo Boccaccio, sí me han otorgado orgullo, el orgullo que me permite mirar de frente a todos, incluso a esos que me odian; habéis de saber que el odio sólo es una forma de temor o de envidia, sentimientos que van de la mano y describen fielmente al mediocre. Cuidaos de los mediocres, sin embargo, preciosa Bárbera, yo no lo hice. Es cierto, amigo Petrarca, mirar la vida con ojos de poeta duele en cada una de las vísceras, como tú mismo dirías alguna vez, pero la poesía no se elige, es ella la que te elige a ti... Sí, también supe de la perfidia y de la maldad de los hombres, fruto de su debilidad mortal, y supe de la dureza de la vida en la calle, de lo que guardan las tabernas como vientres acogedores del miedo a estar vivo, y de la mezquindad escondida entre ropajes abultados y manos enjoradas, y sobre tanta sombra elevé las miras de mi pensamiento para demostrar que todo ello podría redimirse en una República de iguales oportunidades para todos.

«La misma lengua que mi frente inclina y la sangre a mis pómulos avanza, fue la que me aplicó la medicina...» Si Plutarco me mostró las vidas de los grandes hombres que rigieron los destinos de los imperios para comprender los secretos de sus almas y cómo se repiten sus miserias en las almas, mi maestro Dante Alighieri me llevó como poeta al centro del cerco octavo donde está el gran pozo de los gigantes que emergen hasta la cintura de sus cuerpos, y allí tuve que haber aprendido, en el último abismo del infierno, el mensaje que sus palabras me trajeron, mas, aun así, tuve que repetir yo también su misma historia, y como él he vivido esta vida como un perpetuo exilio, desde donde he visto pasar el sueño de ver florecer la primavera de las ideas para nuestra Florencia, y al cual me relegaron todos los que vieron en el renacer del espíritu antiguo una amenaza para sí mismos. Mas, como él también, me llevaré el inmenso amor que sentí por las cosas y hacia los míos, pues he amado sin barreras y sin resquemor de ser herido, y he reído con indulgencia ante mis debilidades, que son y han sido muchas, porque no he podido cambiarlas. Me miro a mí mismo ya desde el sitio que me aguarda junto a los grandes burlones de la existencia; con ellos quiero sólo ya estar, para siempre, en el infierno de los elegidos; con esos que comprendieron antes que yo la miseria de lo humano y se divertieron estudiándola, como yo, viviéndola con todos sus sentidos.

No creáis a los que ya dicen de mí que he sido malvado, herético, consejero de tiranos o desleal, pues nada aprendieron de mi entrega, de este olvidarme de mí mismo para darme por entero a la idea, y pensad que ya les he perdonado, a los de ahora y a los del futuro, pues no han entendido nada y sólo su miedo les conduce hacia la sombra en la que yo seré luz cegadora sólo para darles más miedo. Quedaré relegado al olvido salvador para sus conciencias, quedaré ya para siempre tachado por

epítetos que me exilian de su mundo, de sus permisos, de sus panteones de hombres beatos y tontos; yo seré excluido porque no tragué con lo que pretendían de mí: que callara, que fuera sumiso, que fuera hipócrita como ellos, que no pensara por mí mismo. Me marchó con los míos, me voy con los espíritus libres, con los que, igual que yo, indagaron en las razones de la naturaleza humana, en las razones del poder y en la pasión. Yo sí soy uno de ellos y ellos me esperan para engrosar el panteón de los grandes exiliados de este mundo, Boccaccio, Dante, Petrarca, Platón, Lucrecio, Virgilio, y yo, Niccoló «Il Machia». Seguiremos riéndonos de nosotros mismos, única sabiduría posible, seguiremos observando la historia desde la indulgencia de la risa, ya para siempre nuestra palabra en los pliegos inútiles vulnerables al fuego y al olvido, sólo traslúcidos a otros espíritus libres y grandiosos como el vuestro, excelsa Madonna Bárbera.

Ya me despido, dulcísima Bárbera, con una última cosa, que quizá será ya la primera: os adjunto el documento por el cual fui depositario durante todos estos años del secreto mejor guardado de Florencia y que os pertenece. Aunque fue un oculto honor para mí, fue también una carga de la que hoy me libero, y a cambio de cuya entrega solicito vuestra compensación, *signora* mía: os hago depositaria moral de los pliegos que redacté con la desnudez de una devoción honrada, que llamé *De Principatibus*, y que consiguieron rubricar mi fracaso, pues perdí el volumen por dos veces.

La vida es una burla, amiga mía, y tiene estas cosas, que pueden vivirse algunas circunstancias desde ambos lados del péndulo. Si me fue entregado a mí como carga lo que hoy os retribuyo, ahora me toca vivir la liberación de aquel que deposita su alma en lo que le da a otro para que guarde. Yo, que espero encontrarme en el infierno con mis amigos los verdaderamente grandes y que nunca he considerado la vida como algo verdaderamente importante, me veo obligado a confiar en su curso, que sabrá, de vuestra mano, encontrar aquello que lleva tanto tiempo perdido, y entregarlo al mundo.

Vuestro, vero y amantísimo, Niccoló Machiavelli.

Madonna Bárbera Salutati Raffacani había conseguido celebridad indiscutible como cantante y actriz y consideración incluso como poetisa, a pesar de que no había cumplido todavía los treinta, edad mínima a partir de la cual una mujer soltera o artista podía acceder a algo de respeto en aquella su Florencia natal, ciudad hermosa y difícil por igual. Bárbera era ambas cosas, soltera y artista, y se preciaba de haber conseguido ese respeto a fuerza de valentía, de coraje, de enfrentarse a las mentes estrechas de muchos, a fuerza de amar la música y la poesía con toda su fe. Ahora, en ese mes de noviembre de 1531, justo cuando ya alcanzaba esa frontera de los treinta, cuando ya podría descansar en su inefable lucha contra los prejuicios, parapetada detrás de esa vejez prematura que suponía abandonar la edad casadera de una mujer, aparecía llovida del infierno aquella carta de Nicolás Maquiavelo, acompañando un pliego lacrado. ¿Por qué el proscrito de todos, Niccoló Machiavelli, la había elegido a ella?

El nuevo gobierno republicano de Florencia instaurado en 1527, después del *Sacco di Roma*, había rechazado a Nicolás Maquiavelo, negándole la restauración que habla ansiado el viejo secretario. Esta nueva República sólo

había durado hasta 1530, escasamente tres años, durante los cuales la memoria del ya fallecido Maquiavelo se había silenciado por parte de los propios políticos que tanto habían bebido de sus discursos por la libertad de Florencia.

Francesco Vettori, aun llamándose amigo y aunque el viejo secretario nunca se lo había tenido en cuenta, no había ayudado a Maquiavelo para que León X conociese *El Príncipe*, ni se había esforzado para que el petulante Lorenzaccio cumpliera la promesa que le hizo a Niccoló a cambio de conseguir su dedicatoria; la obra escrita como guía del arte de gobernar, creada en la honestidad más profunda de un observador que no puede engañar a quien ama y desnuda la verdad de edulcorantes para hacerla más directa y clara y rotunda, había sido olvidada y arrinconada entre los muchos obsequios que Lorenzaccio solía recibir de ciudadanos que necesitaban alguna consideración de él, que nunca llegaría. Cuando Maquiavelo le pidió a su amigo Francesco Vettori que le retornase el volumen, le dio largas primero, pues no sabía dónde podría estar. Tiempo después, enterado de la obsesión que Julio Médicis tenía sobre la dichosa obra, Vettori se había empeñado en encontrarla, y la había leído. Pero entonces no le había interesado devolvérsela ya a Maquiavelo.

-¡Es un compendio de consejos para los tiranos!

Vettori había comentado escandalizado sus capítulos, propagando a los cuatro vientos su extrañeza por la doctrina absolutista que su amigo Niccoló justificaba como táctica de gobierno en sus pliegos. Francesco Vettori debatió en público a su amigo Niccoló sobre una obra que nadie había leído pero sobre la que todos ya opinaban, y que aunque Maquiavelo se había esforzado en explicar en nuevos discursos brillantes glosando sus contenidos siempre en relación al objetivo de unidad de los territorios italianos que podría evitar las invasiones extranjeras, parecía que muchos de los envidiosos soterrados de la valía inocente de Maquiavelo habían encontrado por fin un fallo al que aferrarse, un punto débil, un asidero para despreciar definitivamente a Maquiavelo, que antes había sido arengador de conciencias contra la tiranía y ahora parecía enseñar a los tiranos a tratar y manejar a un pueblo.

El político reveló a su amigo que ya no estaba perdido su precioso manuscrito, pues había aparecido en los almacenes de La Signoría, y mientras tanto, seguía elaborando informes y discursos sobre la obra, y había protagonizado algún debate público con el viejo secretario, que había sido su maestro y su principal adalid en muchas de las embajadas en las que él había actuado como titular:

Amigo mío Vettori -le había respondido Maquiavelo en algunas de estas imprecaciones-, yo no he cambiado mis principios, pero observo que hay muchos en Florencia que ahora necesitan encontrar un pretexto para cambiar los suyos. Pues bien, obrad según vuestra conciencia os guíe si no queréis entender la profundidad de lo que se enseña en mi obra, mas no tergiverséis su mensaje, cuando sois vosotros los que deseáis otros fines para nuestra patria. No seré yo quien me oponga a vuestras opiniones, si sólo es el bien de Florencia lo que de veras buscáis, y no eliminar un estorbo de vuestras conciencias para entrar en la rueda de privilegios fáciles y excusas para enriqueceros a costa de ella.

Vettori no rompería nunca su amistad con Maquiavelo, porque todavía tenía mucho que aprender de él, pero lo cierto fue que sus prevenciones sobre *El Príncipe* alejaron a muchos seguidores de Maquiavelo y los indispusieron de

antemano contra el texto de su tratado, sobre todo a muchos partícipes del nuevo gobierno republicano, del cual ya se había quedado fuera. Aun así, la obra no había vuelto a manos de Maquiavelo, porque Francesco Vettori le prometió empezar unas gestiones para publicarla, ya que el papa Clemente VII estaba muy interesado en ello.

No era ése el manuscrito que Clemente VII buscaba, pero el Papa tampoco permitió que Vettori continuase con el proyecto de entregarlo para su edición en una de las imprentas de Roma, ni en Florencia. Muy al contrario, esperaba con ansiedad que el nombre y los escritos de Niccoló Machiavelli cayeran en el olvido. Encontraría la forma de prohibir la lectura de sus obras.

Fracasado este intento de República a cargo de varias familias pudientes de Florencia, en el mes de julio de aquel 1531, el recién instaurado nuevo gobierno mediceo a cargo de Alessandro, hijo secreto y negado de Clemente VII, había resuelto declarar como no recomendables las obras de Niccoló Machiavelli, como primer paso para su prohibición, y acabar poco a poco con su memoria. Obras en las que Maquiavelo contaba con pelos y señales las estafas a las que el pueblo de Florencia se veía sometido por sus jefes; detalles de las mentiras y las hipocresías y las falsedades con que los altos señores manejaban el poder sobre los pobres; pormenores y evidencias de la doble moral con que los cristianos más acérrimos utilizaban distintas varas de medir con sus propios vicios. Obras en las que se hablaba sin tapujos de todo lo que Clemente VII tenía que callar por vergüenza. Y lo peor era que utilizaba el humor más rotundo para hacer llegar al pueblo sus mensajes de rebeldía, de resistencia al engaño, de exigencia de dignidad, y la gente aplaudía a rabiar, divertida, aclamando al autor de la verdad desvelada en ese escenario que, al menos, reconocía al pueblo como digno de respeto.

Maquiavelo era un proscrito en la Florencia a la que Madonna Bárbera había regresado después de veinte años, y le hacía depositaria del volumen que el papa Clemente VII había buscado en secreto todos estos años, sin renunciar a encontrarlo de alguna forma. Había puesto Roma patas arriba, había interrogado ocultamente a cuantos fueron amigos de su comisario Sadoletto, maldecía sin venir a cuento contra el maldito Machiavelli, le había preguntado a él mismo varias veces, incluso había intentado congraciarse de algún modo con él para sonsacarle si había recuperado aquel original de Giuliano..., pero sus pesquisas de años no habían dado resultado.

Después de muerto el secretario, el papa Clemente VII había enviado varios emisarios suyos a la casa de Maquiavelo, donde su esposa desconsolada y aturdida había permitido el registro de sus libros, de sus pliegos de versos interminables, de ese santuario del esposo donde cada tarde ella lo sabía en compañía de sus amigos Dante, Virgilio, Boccaccio, Ovidio, Petrarca y otros locos, verdaderos amigos, como él.

¿Qué podía existir en esa obra, al fin, un tratado de pensamientos políticos de un hombre del pueblo, un pobretón fantasioso que entendía el poder como un medio para los grandes objetivos del bien común y no para su beneficio personal?

Alessandro Médicis había suprimido el gobierno republicano a continuación de asumir el mando de Florencia, dejando sin capacidad política a La Signoría. Sustituyó todas las instituciones por una Suprema Magistratura de cuatro consejeros, elegidos cada tres meses, a cuyo frente él detentaba el

cargo de jefe máximo. Clemente VII le había pedido perdón al emperador español Carlos V por su provocación de tiempo atrás y juntos habían sellado la supremacía española sobre Roma y Florencia, nombrando a Alessandro duque de Florencia, el primero de una dinastía de príncipes de sucesión hereditaria.

Aunque en la corte papal se negaba que el duque Alessandro fuera hijo de Clemente VII, porque hubiera supuesto un escándalo de traición a sus votos cristianos como cardenal, en las calles de Florencia y en las fiestas del pueblo llano se cantaban coplillas burlescas y mordaces describiendo cómo el papa Clemente VII había consumado el deseo que ya intentara el papa Borgia Alejandro VI, que había soñado para su hijo César Borgia lo que el Médicis bastardo Clemente VII lograba para su hijo negado Alessandro: «Pues que si son bravos italianos y españoles en el lecho, por el barro quedan los Borgia si se comparan con los mediceos en astucia...»

El sarcasmo era, después de todo, la única posibilidad de denuncia que el pueblo tenía hacia sus poderosos: Florencia se había sometido, definitivamente humillada en su decadencia de adiós a sí misma; una tierra orgullosa que había rechazado a los tiranos bajo cualquier aspecto que se presentasen, sucumbía a la peor tiranía para su amor propio y su estima: un linaje de ilegítimos en su trono. Como rúbrica irónica del destino, el emperador Carlos V otorgaba a Alessandro la mano de Margherita de Austria, también hija bastarda suya.

Bárbera y Nicolás Maquiavelo se habían encontrado en febrero de 1524. Recordaba bien la fecha porque había sido en la memorable fiesta del «Resurgimiento de la tierra» que el rico Iacopo Falconetti, apodado Fornaciaio, había organizado en su villa de Módena, y en la que ella había brillado con luz propia representando a la bella Perséfone que emergía de la oscuridad del invierno. Fornaciaio solía reunir a artistas y nobles en sus innumerables fiestas, ya que su inmensa fortuna y su libertad de prejuicios se lo permitían, prolongándose por varios días las celebraciones más insólitas que se le ocurrían. Pero esas fiestas habían sido de enorme beneficio para Bárbera, que se había dado a conocer como mujer de indiscutible talento y belleza extraordinaria, haciendo suspirar de amor loco a muchos intelectuales. Entre ellos, Nicolás Maquiavelo había dado mucho que hablar, pues a sus ya cincuenta y cinco años de edad no tenía pudor en mostrar públicamente el hechizo que sentía por ella. Había insistido en ver a Madonna Bárbera personalmente, «para conversar como dos poetas sobre las delicias de los versos», y porque quería proponerle que actuase en una obra suya, llamada *La mandrágora*.

Bárbera lo recordaba un hombre delgado y elegante de ojos oscuros muy expresivos y una sonrisa impenitente que, sin duda, explicaba la cierta atracción sobre las mujeres que precedía a su fama. Pero le hablaba con verdadero respeto, el respeto de un poeta ante otro, y eso fue lo que le abrió las puertas de su amistad. Bárbera, que entonces tenía apenas veintitrés años y que luchaba por ejercer una independencia de diosa clásica en un mundo de hombres confusos, comprendió a su amigo Niccoló, como ya en la segunda frase él le pidió que lo llamase, «un inmenso cauce desbordado de palabras y pasión vital».

-Tenéis, *signora* -le había dicho Maquiavelo hablando de su pieza, con ese gesto suyo eternamente sonriente-, la aureola de los elegidos por la

Fortuna para ser luminaria, y aunque ya habéis prendido en mi ánimo la idea de una pieza nueva dedicada a vuestra hermosura, os ofrezco mi deseo en una bandeja como si fuera la propia cabeza de Juan el Bautista, para rogar de vuestra cortesía que queráis leer mi obra *La mandrágora* para protagonizarla aquí, en Módena.

Bárbera Salutati había aceptado la amistad de hombre sabio que le ofrecía aquel hombre, *Niccoló Machiavelli, historico, comico e tragico*, tal como él se llamaba, protegida como se sentía detrás de su belleza, pues nunca hubiera desvelado que, ante la inteligencia verdadera, ella se sabía una estudiante, una oyente admirada de la erudición incansable de un ser que no sabía todavía su sitio en la vida. (Lo que Bárbera tampoco le confesaría nunca era que ya le había conocido cuando era tan sólo una niña, en 1510, y él ocupaba un cargo diplomático en el gobierno florentino a las órdenes de Piero Soderini, el confaloniero vitalicio de la República.)

La mandrágora había sido un rotundo éxito en Florencia, dos años atrás, y aunque en Venecia ya había sido vista con anterioridad, sus artistas habían nuevamente solicitado la pieza para representarla en el próximo invierno.

-Escribí *La mandrágora* -le confesó cuando le mostraba la obra- para que el público se disloque de risa, y así me precio de haberlo conseguido. Es una burla irredenta de la miseria humana, una sátira sin compasión de las pasiones y fantasías de los hombres, de sus mezquindades y de sus esperanzas equivocadas, en fin, *signora*, que en ella he descrito *la commedia humana*.

Madonna Salutati había consentido en hablar con músicos y comediantes para poner fecha a la representación, pero el espíritu inconforme y caprichoso de Maquiavelo, otro artista, al fin y al cabo, sólo que, además, exultante de alegría por la buena fortuna de gozar de la consideración de una mujer como ella, había creado una nueva obra para la escena, esa que ya le anunciara en su primera visita, y que le había hecho llegar como homenaje a ella: Clizia.

-«Tanto en joven corazón es bello amor, como inconveniente en quien ha pasado de sus años la flor» -recitó en voz alta Bárbera, recordando una de las estrofas que ella misma había representado en la ocasión del estreno de la pieza, cómo no, en la villa del juerguista Fornaciaio, en enero de 1525.

La pieza fue un rotundo triunfo, y los asistentes reían como locos ante las peripecias del protagonista, un viejo enamorado de una muchacha muy bella. Sin duda, Maquiavelo describía en el viejo su propio caso, y se veía a sí mismo tan patético como hizo que los espectadores vieran a su protagonista. Clizia era ella misma, por lo que podía entender qué amor apasionado había despertado en el que ella veía como su maestro.

Mientras los intelectuales florentinos ensayaban estos y otros entretenimientos en los palacios de algunos de los nobles toscanos que querían imitar el sueño de esplendor que se había vivido en torno a los primeros Médicis, las guerras políticas en el seno pontificio de Roma ponían en peligro a Florencia, sin un gobierno sólido y sin verdaderos gobernantes, a merced del incompetente Passerini, sólo ocupado en vivir desocupado. Supo, a través de cartas suyas a las que nunca había contestado, que Nicolás Maquiavelo había viajado a Roma porque el papa Clemente VII le había citado

a una audiencia y que luego había sido enviado a Faenza y a Venecia, en legación de algunas misiones para el ejército papal, pero que estos trabajos no habían sido más que excusas; Maquiavelo sabía que el Papa desconfiaba profundamente de él y que por eso prefería tenerlo controlado de cerca, y sabía que los trabajos que le encargaba eran de compromiso, pequeñas gestiones supervisadas por sus verdaderos enviados, sus consejeros y espías, y que él no tenía más remedio que aceptar, para sobrevivir. Maquiavelo veía cada vez más lejos una restitución de su crédito y de algún posible cargo que salvara su honra ante la familia, ante los amigos, ante Florencia, o ante la historia. Pero sabía que el Papa sólo buscaba algo que él mismo no sabía dónde se hallaba, y por más que Clemente VII insistiera en interrogar a Niccoló por el paradero de la pieza *De Principatibus* dedicada a Giuliano, como si verdaderamente tuviera algún interés real en su contenido, intentando seducirlo con palabras mínimamente amables, el viejo secretario no podía darle una información que no tenía, y el Papa había trocado su falsa cordialidad del principio por verdadera rabia después, convenciéndose poco a poco de que ese cabo estaba todavía suelto y que, por tanto, no podía quedarse desprevenido.

Después de la primavera de 1526, Maquiavelo había interrumpido el envío de sus cartas, y Bárbera ya no había sabido más de él, hasta que había recibido la noticia de su muerte, un año más tarde.

Al tiempo que había ocurrido el lamentable deterioro de la política florentina en manos de los intereses particulares del papa Clemente VII en Roma, la fama de Bárbera Salutati Raffacani había crecido sobremanera, y el placer de su presencia y de sus versos se disputaba entre los nobles dueños de los palacios más suntuosos de la provincia florentina, pero también en las cortes más prestigiosas de Venecia y del ducado de Milán, por lo que, aprovechando la protección que su condición de artista y de mujer bellísima y libre le otorgaba, Bárbera Salutati había abandonado Módena al tiempo que se agudizaba la guerra entre Francia y España, poniendo en peligro sin duda la estabilidad de su vida. Pisa, Pistoia, Livorno, Siena, Arezzo, habían sido etapas de un viaje que creyó sin retorno, pues soñaba que Roma, donde ya se concentraba el verdadero poder y los artistas se reunían en torno al nuevo papa Médicis, sería también su propia ciudad para la eternidad, pero los asuntos de la guerra la alcanzaron antes que ella. Los aliados del emperador español Carlos, trece mil mercenarios lansquenets, atacaron Roma para castigar la deslealtad del papa Clemente VII, que había jugado con doble baraja, y produjeron el terrible *Sacco di Roma*, prolongado durante varios meses de atrocidades inmensas. Sólo la peste pudo echar a los mercenarios de Roma. Surgidas de repente entre la escasez, la miseria, las aguas infectas y los innumerables cadáveres, las epidemias mortíferas hacían víctimas entre los propios invasores, por lo que éstos acabaron por huir, y los romanos pudieron empezar a reconstruir su futuro.

Bárbera había conocido la desgracia de Roma desde su refugio en Módena, adonde había regresado junto a su amigo Fornaciaio hasta que la situación hiciese posible viajar de nuevo. No había vuelto a preguntar por Nicolás Maquiavelo, ese viejo loco enamorado de ella, de la poesía, de la vida, que decían que había llorado la muerte del *condottiero* Juan de las Bandas Negras, el Médicis de la rama secundaria que se había revelado heredero de las virtudes de su tío segundo Lorenzo el Magnífico. Nicolás Maquiavelo había glosado su condición humana y su gloria perdida ya para siempre con

hermosísimos poemas sinceros, lamentando el destino de los Médicis, ya enterrado con él, como decía. Juan de las Bandas Negras había muerto en una campaña militar pontificia de 1526, en la guerra contra Carlos V, por una gangrena mal curada, a la edad de sólo veintiocho años. Admirador de sus cualidades, Nicolás Maquiavelo lo había comparado con el amado Giuliano di Lorenzo, duque de Nemours, situando en él la última esperanza de encontrar un conductor de masas amante del pueblo y amado por él que pudiese reunir las virtudes de ese príncipe republicano que él soñaba para Florencia y el resto de los Estados italianos, pero también Clemente VII conocía, al parecer, la excelente disposición de natura de su primo Juan de las Bandas Negras. Durante varios años lo había mantenido alejado de la política y de la corte, enrolándolo en campañas continuas, esperando, según señalaron algunos, que una herida acabara con su vida. Sin poder asegurar que Juan de las Bandas Negras recibiera o no la ayuda precisa en su trance que le habría salvado la vida, lo cierto era que con su muerte había quedado eliminado otro posible competidor de los planes que Clemente VII había previsto para Alessandro.

Bárbera Salutati tampoco había enviado misiva alguna de condolencias a la familia Machiavelli cuando supo, sin apenas ver perturbado su edén privilegiado en Módena, que Nicolás Maquiavelo había muerto en 1527 en su casa cerca de San Casciano, abandonado de todos.

Dijeron unos que no era tanta su enfermedad como para morir; otros contaban que su frasco de pastillas de áloe, con las que trataba sus dolores de estómago y de cabeza, se había encontrado vacío a la cabecera de su lecho. Pero muchos convenían en asegurar que su interés por la vida se había acabado. En los últimos tres años de su vida, Nicolás Maquiavelo había sido objeto de las críticas más ácidas por parte de todos, e incluso por parte de algunos que se habían llamado amigos suyos, otorgándole la celebridad indeseable del desprestigio y de la censura; caído en desgracia, políticos de los dos bandos que seguían enfrentándose en Florencia lo criticaban de la misma manera, al parecer, por algo que había escrito que ofendía por igual a pobres y poderosos.

Cómo podía existir una mente tan retorcida y peligrosa, se preguntaba la mayoría, incluidos los pocos que, al parecer, acompañaron a su familia en el cortejo fúnebre hasta la iglesia de la Santa Croce, a depositar sus restos en el foso sin lápida, abierto en el vientre del suelo, que servía para albergar a los hijos sin fortuna de Florencia.

Bárbera se sentía incómoda, concentrada en estos pensamientos sobre Maquiavelo, recuperando sin quererlo, sin tenerlo previsto, esos viejos recuerdos que creía muertos, como él, esos recuerdos sobre su propio padre proscrito, ese padre negado en el seno de su familia materna de abolengo florentino, que se había visto empañado por el desliz amoroso de su madre, una muchacha Sadoletto que había sido recluida todo el tiempo que duró su embarazo en una de las dependencias de su casa en el entorno de la piazza di Pesce, desde donde había pasaje directo a la iglesia de Santo Stefano al Ponte, por donde cruzaban los miembros de las familias adineradas que no querían mezclarse con los mercaderes malolientes del Ponte Vecchio.

Cuando Bárbera nació, se mandó decir que era hija natural de su propio abuelo, mientras su madre purgaba la vergüenza de su deshonor ingresando en uno de los conventos extramuros de Florencia. Todavía niña, había conocido su pecaminoso origen y había contemplado la triste comitiva

mortuoria de poetas anónimos, artistas de teatro y pintores conduciendo el cadáver del que ella sabía el amante -sin nombre ni lápida- de su madre; el cortejo fúnebre atravesó el corso dei Tintori hasta la piazza de la Santa Croce, hacia donde la multitud se dirigía para celebrar uno de los juegos de pelota que tanto entretenían a la plebe. Era el año 1510, en el apogeo de aquella República que Nicolás Maquiavelo añoraría tiempo después, porque habían sido años muy felices para él.

Este nuevo gobierno al que Maquiavelo hacía referencia en la carta que Bárbera acababa de leer no había tenido nada en común con aquél. Sólo había sido una tregua en las maquinaciones del papa Clemente VII, mientras negociaba con el vencedor, el emperador español Carlos, la vuelta de los Médicis a Florencia, asegurándose un futuro regno para su hijo ilegítimo Alessandro. El día 5 de julio de ese 1531, Alessandro, al que llamaban mulato por su tez curtida y su cabello negro, había tomado posesión del palazzo Médicis, en la Vía Larga, símbolo del poderío mediceo.

Al rebufo de los potentados Médicis, habían regresado a Florencia otras familias nobles, clientes y partidarios mediceos que, contrarios a la República, se habían visto obligados a exiliarse después de la huida de aquéllos en 1527.

Bárbera Salutati Raffacani había vuelto también, decidida a llevar una vida regalada y cómoda como artista beneficiaria de los lujos que preferían los Médicis, sobre todo ese Alessandro, nombrado duque de Florencia por el emperador Carlos, y a quien su padre secreto el papa Clemente VII había malcriado en las mismas obsesiones de grandeza que él mismo tenía, también como bastardo.

La mansión llamada Dei Raffacani, cercana al Ponte de Santa Trinitá y en el entorno de las propiedades Strozzi, había estado cerrada todo este tiempo, pero Bárbera había regresado con fortuna suficiente como para ponerla en marcha de inmediato, con planes de fiestas y celebraciones de concursos y juegos florales, ganada su independencia como mujer, indiscutible su prestigio como cantante y actriz, y por fin libre de su abuelo odioso y de otros recuerdos ingratos. Sin duda que el carácter apasionado de su madre había truncado los planes del terrible abuelo, aunque todavía habría sido para él un mayor revés que el fruto de esa pasión ilícita fuese una hembra, y no un varón, como a él le hacía falta, para asegurarse la perpetuidad de su apellido. Lejos de eso, Bárbera había enterrado el último vestigio del viejo Cesare Sadoletto, cambiando su apellido por el de una antigua poetisa y cortesana de Rávena que había frecuentado la compañía de Dante, y adoptando también el de Raffacani, perteneciente al palacete que había comprado a través de un apoderado financiero, al poco de hacerse cargo de su patrimonio. La casa en la que su madre había pasado su adolescencia recluida por la vergüenza del abuelo, heredada ya por Bárbera como única descendiente de toda la rama Sadoletto, había sido demolida por orden de la joven, y su parcela entregada al gobierno de La Signoría para la ampliación de la iglesia de Santo Stefano, a cambio de una rebaja muy considerable en la compra del palazzo Raffacani, ya abandonado y que amenazaba ruina. La inteligente joven se había asegurado de encargar las gestiones a un abogado desconocido en Florencia, al que no podrían forzar a desvelar la secreta personalidad de su ordenante bajo el nombre de su nueva identidad, condición indispensable para garantizar el regreso a su ciudad, partiendo desde un origen dichoso para ella.

Desvanecido en su mente y en su piel el maldito recuerdo del abuelo, había sido el tiempo, prodigioso hacedor de olvido, el que había reconstruido la identidad de Bárbera, a la vez que los obreros, albañiles, carpinteros, jardineros y herreros reconstruían la residencia que toda Florencia relacionaba con la joven poetisa Bárbera Salutati, descendiente de una rama perdida de los Raffacani, regida en el jardín de entrada con una réplica magistral de la estatua de Judith de Donatello, con Holofernes muerto bajo su mirada fiera.

Con todos sus planes de vida entregados al ejercicio del arte de la poesía y las fiestas, su rabia a causa de la carta recibida con la firma de Niccoló Machiavelli era inconmensurable, en aquella noche de noviembre de 1531. ¿Qué le impedía arrojar al fuego de la chimenea la carta y el pliego lacrado que llamaba a su conciencia, con la firma de aquel loco escritor que se había enamorado de ella?

Mattea entró en la estancia, y le ofreció algo de comida a Madonna Bárbera, que había perdido la noción del tiempo. Pero no sentía hambre, a pesar del vacío enorme en su estómago. La servidora depositó una bandeja con un cuenco de caldo de verduras, pan y miel, aunque Bárbera no había mostrado interés en el alimento y se marchó, recomendando a su señora que se acostase, que ya se había echado a la calle el imperio de las estrellas y que mañana sería otro día.

-Sí, mañana será otro día -se dijo a sí misma Bárbera, una vez Mattea había cerrado la puerta tras de sí-, ... otro día muy distinto al que yo había planeado.

En efecto, la joven no tenía previsto enfrentarse con su propio destino. Desde niña había aprendido a no guardar huellas de un tiempo anterior, a no conservar testigo alguno que desvelase que había tenido otro nombre, que había vivido otra existencia. Pasó por su mente abandonar la carta de Maquiavelo, olvidarla, como había olvidado lo demás. Pero ya no iba a ser posible.

Bárbera tenía que enfrentarse al hecho de que estaba en su poder aquello que el papa Clemente VII había buscado hasta la obsesión. Nadie lo sabía, sólo ella, y había conseguido relegarlo al olvido salvador, entregada a su vida de desenfrenos poéticos y artísticos, buscando esas evasiones cortesanas que conseguían que la vida no fuera tan amarga. Tarde o temprano aquello vendría a buscarla, tarde o temprano las sombras se abrirían y sus monstruos agazapados le saldrían al paso. El momento había llegado.

Bárbera Salutati guardaba desde hacía siete años lo que el papa Clemente VII le había arrebatado a Giuliano di Lorenzo, la obra que Maquiavelo había titulado *De Principatibus*, dedicada a él con palabras inconfundibles: *De Principatibus*, o *Sobre los principados*, para Giuliano di Lorenzo dei Medici, Il Principe di Firenze.

El papa Clemente había declarado maldito el escrito, y hablaba de él como la obra de un maligno al servicio del maligno; en ese tiempo de hechicería y aquelarres celebrados en cuevas lúgubres en honor del diablo, que los inquisidores de Europa se afanaban en descubrir, Florencia vivía su particular quema de brujas declarando poseído por el demonio a ese compendio de sensatez; ésos eran los pliegos que quería ver destruidos Julio Médicis en una hoguera que él mismo encendería; ésa era la obra que la familia de Maquiavelo había jurado no haber encontrado entre sus papeles y sus cosas, ganándose la desconfianza de los poderosos de Florencia y el

definitivo aislamiento de sus miembros en el Albergaccio. ¿Qué podían tener esos escritos que perturbaban de tal manera al hombre que había conseguido emparentar con el mismísimo emperador Carlos de España?

Sí, Niccoló Machiavelli había calculado bien, aunque no supiera por qué la había elegido a ella. Por un momento, una sospecha cruzó su mente. Quizá Maquiavelo había descubierto el secreto de Bárbera, que ella lo había conocido de niña; quizá había llegado a saber que su abuelo había sido Cesare Sadoletto, el odiado secretario de los pontífices Médicis y su enemigo más acérrimo, muerto de excesos inconfesables, según se dijo, en su residencia de Roma, en 1520. Quizá Nicolás Maquiavelo había sabido de sus esfuerzos por negar su apellido Sadoletto hasta llegar a cambiarlo por el de Salutati, o quizá había llegado a comprender que su abuelo Cesare Sadoletto había organizado la muerte de Giuliano di Lorenzo, su amigo, su príncipe.

*Espantable dolor es el que mandas,
oh reina, renovar con esta historia
del ocaso de Ilión, de cómo el reino,
que es imposible recordar sin llanto,
el Griego derribó: ruina misérrima
que vi y en que arrojé parte tan grande...*

Sólo la poesía era bálsamo suficiente para aplacar la angustia que a Bárbera le producía la remembranza del poderoso abuelo. Había buscado en su memoria prodigiosa para los versos algunos del amado Virgilio queriendo apartar su mente de la oscuridad, pero indefectiblemente regresó a ella la figura del potente abuelo, con su implacable grito, con su aterradora presencia, con su aliento execrable.

Los Médicis de Florencia habían estado omnipresentes en la vida de Bárbera desde que tenía recuerdos, pues el abuelo incluía en sus oraciones a todos sus miembros desde aquel primero llamado Cosme, *pater patriae*, creador del más grande linaje de hombres poderosos, generosos y señalados por lo divino, tal como los describía en sus plegarias. Cada día Messer Sadoletto glosaba la estirpe medicea, llamando benefactores y grandes señores a quienes ella debía sus privilegios. Los boyantes negocios de los Médicis se habían extendido desde aquella Florencia natal hasta Roma, la República de Venecia y Nápoles; eran ingentes fortunas, amasadas sobre las necesidades de los comerciantes, de los tejedores y de los emprendedores del pueblo llano, que buscaban escalar puestos sociales estableciéndose por su cuenta. Cesare Sadoletto era cambista, comisario y recaudador -por cuenta de aquéllos-, en el despacho que se mantenía abierto desde el principio de su imperio, en la calle Calimala, donde los pañeros, artífices de la industria más consolidada de Florencia, tenían sus negocios de acabado, tinte y venta de los paños importados desde Francia; había permanecido en Florencia durante el exilio de los Médicis, desde 1499 hasta 1512, como uno de los secretos vigilantes de los asuntos de la poderosa familia en la ciudad, entonces bajo gobierno de la República.

Antes de cumplir sus diez años, Bárbera había sido llevada a Roma para formarse con las monjas del convento de Santa Francesca Romana, hasta poco después de los doce. Habían sido años sosegados, lejos de la presencia

inquietante del abuelo, que planeaba sobre su adolescencia como un buitre que espera el último aliento de un moribundo. Fueron años de insomnio, recordando el suplicio de su madre cautiva, de las heridas incurables en su alma, al escuchar sus gritos, cuando Sadoleto la buscaba ignominiosamente para el lecho. Cuando el comisario fue reclamado por Julio Médicis para su séquito de Roma, Sadoleto había abandonado Florencia, instalándose en la corte pontifical, y había adquirido el palacio al que había llevado a Bárbera.

El viejo Messer Sadoleto conocía muy bien a Nicolás Maquiavelo y ella lo había reconocido a través de los ojos de él, por azar, una tarde en que la niña escuchaba la conversación de su abuelo con otro de los confidentes mediceos, en uno de los días de aquella infancia anónima y sometida, antes de que el apenado secretario Machiavelli fuese acusado de conspiración. Cesare Sadoleto hablaba -sin preocuparse de la presencia de la muchacha, ocupada en su costura silenciosa, invisible al dueño de la casa, como correspondía a su educación- de la próxima denuncia que recaería sobre Maquiavelo.

-Niccoló Machiavelli siempre será sospechoso de buscar demasiado...
-Messer Sadoleto utilizaba un tono sarcástico. Miró displicentemente a la nieta, entregada a su labor, corroborando que todo estaba en orden-. Curiosa familia de pensadores, los Machiavelli, enamorados de la palabra, del conocimiento, y despreciando lo que otros ansían, el poder fácil y el dinero... Estúpidos ilusos que creen que puede otorgarse la soberanía a las masas... Las masas sólo están del lado del poderoso, y cuanto más sometidas se sienten, más fieles son. ¡Ah, ese Maquiavelo..., ese poetaastro que se dice heredero de Dante..., siempre ha tenido algo perturbador, es fácil sospechar de él! A nadie extrañará que sea acusado de conspiración...

Bárbera supo que se trataba de aquel que habla visto acompañando el féretro del que ella sabía su padre, años atrás, en la esquina del corso dei Tintori, en medio de un grupo de hombres jóvenes a los que él llamaba «peña», y ellos le llamaban «maestro» y «Messer secretario». En aquel 1510 que ella recordaba, Maquiavelo estaba en el apogeo de su influencia, en lo más alto de una fama que le había procurado muchas envidias; luego, habla caldo en desgracia. Acusado de conspiración, con esa jugarreta en la que ella sabía involucrado a su abuelo, fue encarcelado, luego liberado y por fin exiliado a una casa de campo en el Albergaccio, donde habla vivido junto con su familia, en un lugar llamado Sant'Andrea.

Durante los dos años siguientes a 1513, la muchacha Bárbera apenas había salido de la residencia, siempre custodiada por un ama de llaves y dos servidoras, que eran como carceleras. Únicamente el tutor la liberaba cada día del yugo insoportable de sus centinelas, para dejarla volar en brazos de los versos y los cantos, amando los libros y la historia de los poetas, abandonada en los propios besos y abrazos del profesor, con el que iniciaría un ardiente romance que había durado todo un año, el tiempo que Bárbera había necesitado para aprender todo lo que una muchacha debe conocer sobre el amor de un hombre. Sintiendo cercana la lujuria de su propio abuelo, había manifestado su deseo de marchar de nuevo con las monjas, en cuya compañía ella sabría organizar su tiempo de espera, mientras alcanzaba su mayoría de edad, pero el comisario ya tenía planes para ella.

Cesare Sadoleto era el vergonzante organizador de fiestas secretas, que reunían a nobles de las más aristocráticas castas de Roma, ricos financieros y inconfesables a la luz de la moral.

El comisario había presentado a su nieta bellísima como una cortesana de Sicilia, comerciando a alto precio de favores y conspiraciones con el deseo que suscitaba la joven entre los viciados caballeros. Bárbera entró así en contacto con el mundo oscuro de los desenfrenos, los excesos y extravíos de los poderosos, colaboradores de la doble moral consentida y practicada por la Iglesia de Roma, pues se tapaban unos a otros sus vergonzosos secretos. Fueron meses de indecible angustia para la muchacha, que había intentado huir varias veces, sin éxito. Cesare Sadoletto le hacía pagar el horrible pecado de su propia existencia, pecado de amor cometido por su madre, muerta de desesperación cuando no había podido soportar por más tiempo las vejaciones. También Bárbera había intentado morir, pero existían médicos poderosos que le debían favores a Sadoletto, y nunca permitieron que eso ocurriera. Barbera aprendió a sobrevivir memorizando versos, ejercitando el férreo control sobre su pensamiento y acostumbrando a su ser entero a una disciplina de resistencia que le había salvado de la locura.

Cuando Giuliano di Lorenzo fue enviado a Francia en 1515 como legado pontificio a la corte del rey Francisco I, Bárbera se trasladó a la corte francesa, incluida como cortesana en la delegación de Roma que, a cargo del comisario Cesare Sadoletto, viajaría a las bodas de Giuliano con Filiberta de Saboya. En aquel viaje, su cautiverio se vio aliviado por las experiencias vividas en Francia, que cambiarían el resto de su vida, aunque entonces no lo hubiera sabido todavía. En la corte francesa de Giuliano se habían reunido algunos de sus pintores y poetas escénicos predilectos, y, aunque independizado del total de aduladores, advenedizos y nobles moscones que, como un enjambre de avispa, se afanaban en formar parte de la representación italiana de Giuliano, se había instalado también el artista Leonardo da Vinci, con quien Bárbera había compartido varias recepciones con motivo de los fastos por el nombramiento de Giuliano como duque de Nemours.

Fue Messer Da Vinci quien se había dirigido a ella, preguntándole su nombre. Pero Bárbera, en aquella primera ocasión, no le había contestado. Sólo era capaz de mirarle fijamente con sus bellísimos ojos, abiertos como los de un naufrago a punto de ahogarse en el pánico. Bárbera había decidido que nunca sería conocida por su nombre real. Había aprendido a simular otras identidades, había aprendido a olvidar quién era para no caer presa de la desesperación, ignorando su nombre, falseando el apellido que su abuelo había ideado para ella, utilizando otros muchos nombres que en fiestas de máscaras y rostros ocultos había ideado para sí misma. Ahora, cuando ese anciano de mirada lúcida le había preguntado por su identidad, Bárbera no había sabido qué contestar, porque nunca se había encontrado cara a cara con su verdad.

-Sois bellísima, *signora* -le había dicho después Da Vinci, respetando su boca sellada-, y os parecéis a alguien que yo conocí, y que amé mucho. Mi *signore* Giuliano me ha pedido unos dibujos para su esposa la dama Filiberta... y había pensado en dibujar varios momentos de la historia de María de Nazaret en su juventud..., pero no había encontrado el rostro que preciso, pues buscaba a alguien muy especial, *signora*, a alguien como vos..., ¿querríais ser para mí esa María que ya mis dedos están deseando trazar?

-Sí, Messer Da Vinci -le había contestado Bárbera--; ya soy esa María vuestra...

La amistad con Messer Da Vinci habla durado hasta la muerte del artista, en 1519. Bárbera recordaba aquellos años con un amor especial. El que Da Vinci la eligiera para ser modelo de sus dibujos sobre María de Nazaret le otorgó prerrogativas impensables para ella, que el propio Giuliano impuso al comisario Sadoletto, eximiéndola de otras obligaciones y rescatándola de su dominio. Se vio libre de las imposiciones nocturnas de Sadoletto, pudo residir en el castillo de Cloux, junto a Da Vinci, en su mundo particular construido para el espíritu, y conoció de cerca a Giuliano di Lorenzo. Éste pasaba días enteros en compañía de su amigo Da Vinci, conversando sobre Florencia, la ciudad presente en sus corazones, de sus cambios y sus esperanzas, del inmenso amor que guardaban por esa Florencia a la que Niccoló Machiavelli quería entender como el motor del futuro ansiado para todo el territorio italiano, el corazón de un proyecto que sólo algunos entendían; Florencia podía ser ese impulso que necesitaban los Estados italianos para unirse, consumir esa aspiración de unidad que garantizaría que las potencias extranjeras la dejaran en paz. El territorio italiano estaba cayendo en las fauces depredadoras que esquilmarían sus ciudades; era hora de crear un proyecto común: que cada uno de los territorios divididos y el Papa dejaran de mirar sólo por sus propios intereses y que entendiesen la necesidad de defender juntos una patria común; Florencia a la cabeza del sueño de constitución de un Estado italiano unificado, fuerte y libre. Renacía el espíritu que había animado el *David*, trasladándolo a toda la unidad italiana; ella misma era ese *David* frente al gigante, el gigante de los intereses particulares que la podían aniquilar, el gigante del desmembramiento definitivo de sus territorios, el gigante de la pérdida de su identidad colectiva. El *David*, aquel símbolo de belleza, de pureza, de grandeza, al que Casio di Fiore había entregado su inmortalidad. Recordaron a Casio, cómo no..., Florencia no podría olvidar nunca a quien había encarnado su propia esencia, aunque el silencio más pertinaz hubiese caído sobre su memoria.

La joven María de Cloux era una modelo dócil y fascinante, como había sido el propio Casio di Fiore, igual de hermosa, igual de misteriosa. En Cloux, Bárbera aprendió toda la poesía, toda la música, todo el arte de los sentidos que Da Vinci le brindó generosamente, cuidando su espíritu maltrecho de toda una vida de sometimiento a la vergüenza de su origen. Pero nunca le dijo su verdadero nombre. Para él siempre fue María de Cloux, y el maestro así respetó su dolor. En realidad, Da Vinci había sabido desde el principio que ella era la hija de Casio, pero era ella quien no lo había descubierto todavía.

En el ambiente de fatuidad y lujos vacíos pagados con los estipendios del papado de Roma, la muchacha Bárbera también había conocido a Lucrezia Ricciardi, cortesana de Florencia, que, con un impresionante séquito de artistas y músicos de segunda fila, se había encargado de organizar multitud de entretenimientos cortesanos y veladas artísticas chillonas y pomposas y fiestas desenfundadas en la corte de Amboise, tapaderas muchas de ellas de intrigas y tratos políticos. Lucrezia Ricciardi tenía negocios secretos con Cesare Sadoletto. Era una mujer ajada que exhibía los restos de la que otrora debió de haber sido una gran hermosura; teñía con un colorante rojizo los bucles que le habían dado fama en su juventud, que habían ido adquiriendo un tono ferroso y resequido, obstinándose en no cortarlos a pesar de lo áspero que parecía ya. Bárbera se miró en su espejo de vejez, inevitable para las mujeres como ella, cortesanas arruinadas que terminaban aceptando cualquier traición para

mantener un nivel de vida de falsos lujos imprescindibles. Pero sólo Lucrezia era la única que parecía no darse cuenta de lo que todos los demás sabían: que sus posibilidades estaban acabadas, que la conspiración mejor pagada no podría compensar el final de su belleza y su precaria salud, ni podría tampoco costear la horrenda venta de su alma.

Giuliano di Lorenzo conversó en varias sesiones con Messer Da Vinci y un escogido grupo de intelectuales amigos del duque sobre el manuscrito recibido de Niccoló Machiavelli, ese literato florentino que había sido secretario en la República de Florencia. Giuliano había caído tiempo atrás en el desánimo y aceptó su impotencia ante el poder de su hermano León X y su primo Julio Médicis, que controlaban hasta el más mínimo movimiento de los intereses del apellido Médicis, aun en contra de alguno de sus miembros que, como él, habían heredado una visión distinta de las cosas, una visión de amor a Florencia que en León X y en Julio parecía haber desaparecido con el tiempo y con la ambición desmedida de poder. Giuliano había sucumbido, se había sometido a los manejos de Julio Médicis sin saber cómo luchar contra ellos, incapaz de concebir un modo para evitar que Florencia desapareciera aniquilada en las fauces de Roma. Pero había encontrado en el opúsculo de Maquiavelo una pauta imprescindible para enfrentarse a lo que parecía inevitable, una guía para el arte de gobernar un Estado que a él le permitiría alzarse como el príncipe que necesitaba Florencia para unificar los territorios italianos bajo una idea común con el pueblo de amor a su patria.

Giuliano ya había decidido que quería volver a Florencia. Desde allí organizaría su nuevo mandato, reclamando su derecho sobre Lorenzaccio, contra el que clamaban por igual los nobles y los pobres de Florencia. Todo ello había llegado a oídos de Julio Médicis, y éste había dispuesto ya diversas visitas y entrevistas con sus consejeros personales para que Giuliano lo dejase todo como estaba, pero él se había negado. Julio no consiguió que su primo le obedeciera, ni siquiera presentándole sus órdenes como del Papa, y había tenido que soportar además que Giuliano le escupiera a la cara que era un ambicioso acomplejado que sólo pretendía llegar a ser como Alejandro VI, el Borgia, dirigiendo a su hijo bastardo hacia un trono ilegítimo sobre los esquilados Estados italianos, ese Borgia que él mismo se había ocupado convenientemente de eliminar.. Discutieron violentamente y Giuliano lo despachó diciéndole que corriera a contarle a su hermano León X que él sería el príncipe que lograría la paz para los territorios italianos enfrentados, el único tesoro que podía justificar que él entrase en política, aun enfrentándose a su familia.

Todo había sido una terrible conspiración y ella lo sabía. Julio se había movido con rapidez, sin dejar cabos sueltos, sobre todo sin perder de vista ese manuscrito del viejo y díscolo secretario entregado a Giuliano; éste no se desprendía del tratado, que le había acompañado en su viaje hacia Florencia, y sin embargo no había aparecido entre sus enseres. Bárbera sabía que su abuelo Cesare Sadoletto había robado el manuscrito el día anterior a la muerte de Giuliano di Lorenzo en la abadía de Fiésole, cuando ya regresaba a su Florencia amada. Sabía que Sadoletto se lo había llevado a Julio envuelto en una bolsa de tela, como se lleva la cabeza cortada de un enemigo. Pero Julio no había abierto la bolsa, no había querido enfrentarse al rostro del caballero muerto, aunque tampoco había ordenado su quema en ese mismo momento.

Inexplicablemente, Julio Médicis palpó el bulto y apartó sus manos, como de un cadáver descompuesto. «Guárdalo como a tu vida», le dijo a Sadoleto. «El Papa lo verá en su momento y luego lo destruirás.»

Pero nunca más volvió a pedirle que lo trajera. El manuscrito de Maquiavelo se olvidó, como se quiso olvidar el pecado vergonzante de la muerte de Giuliano, el duque de Nemours.

Bárbera no conocía el motivo de la obsesión que había perseguido a Julio Médicis para hacerse con el volumen de Giuliano, pero ella sabía que se lo habían robado. Gracias a ese secreto, Bárbera pudo elegir no regresar a Roma con su abuelo. Permaneció en Cloux, curándose las heridas de una vida anterior y reconstruyendo poco a poco sus deseos de seguir viviendo. Fue una época hermosa para Bárbera, libre para forjarse en lo que más deseaba: la poesía, la música, la escena, la libertad. Mientras tanto, ella no existía para Roma. Sólo corrían rumores, se sabía de oídas, de una nieta de Cesare Sadoleto que vivía recluida en un convento de monjas.

Bárbera había regresado a Roma en 1520, después del último adiós de Leonardo da Vinci añorando todavía a Giuliano, y dos meses después de la muerte de su abuelo. Volvía para reclamar su herencia, pues ya estaba decidida a rehacer su vida con una nueva personalidad.

Había descubierto el manuscrito de Nicolás Maquiavelo, registrando, entre otros, los documentos secretos de Sadoleto; allí estaba, silenciado, oscurecido, guardado en lo más recóndito de las conciencias de los actores del complot contra el Príncipe. Leyó su portada, inconfundiblemente dirigida a Giuliano; inconfundiblemente, tenía relación con la conspiración para su muerte. Sin pensárselo dos veces y como si fuera su propio homenaje a Giuliano, se lo había llevado.

Después de morir Sadoleto, y salvaguardada su verdadera identidad en la tumba última y eterna de un convento (al que la nieta del comisario volvería para siempre), la recién nacida Bárbera Salutati Raffacani, artista, poetisa y cantante, se había dedicado a recorrer los caminos de los versos, los placeres y la vida sin ataduras, dando rienda suelta a la rebeldía de su vida recién estrenada, una rebeldía que ardía en su pecho como un incendio, mientras el resto de ella sentía el deseo irrefrenable de hacerse eco de su fuego para siempre.

Cuando Bárbera se había encontrado con Nicolás Maquiavelo en 1524, en la corte del Fornaciaio, siendo gobernador de Módena Francesco Guicciardini, sólo ella lo había reconocido. Nunca revelaría sus secretos, hondos como heridas que no hubieran cicatrizado. La verdad le hubiera hecho todavía más daño; la verdad hubiera sido como desnudarse ante todos los jueces del mundo, enfrentarla a su propia realidad oculta, y eso no deseaba hacerlo. No quería evocar la verdad que conocía sobre la muerte de Giuliano, nunca confesaría que guardaba el tesoro por el que Clemente VII había matado y por el que seguiría matando. Ella sólo quería vivir el mismo sueño de fantasía en el que la mayor parte de los nobles adinerados exquisitos y educados querían vivir en Florencia, forjado gracias a sus fortunas y a la idea de lo efímero de la vida instalada en sus costumbres intelectuales de moda: era preciso vivir el momento, era preciso saborearlo todo de golpe, no preocuparse del mañana, pues la muerte podía arrebatarlo todo en un instante. Ello justificaría la ambición desmedida, la inconsciencia desmedida, la inmoralidad desmedida de cualquier persona en esa Florencia caída del sueño, de

cualquier aventurero sin escrúpulos dispuesto a la fortuna fácil, de cualquier político ansioso de poder rápido.

No le diría nunca a Nicolás Maquiavelo que en una vida anterior ella lo había conocido y que en esta vida presente no iba a hacer nada por contestar a las muchas preguntas que Maquiavelo llevaba guardadas en su alma, preguntas sin respuesta en las que él se había visto involucrado Y que le habían costado su destino. Lo obvió todo, presentándose a él como lo que era en su idea lograda: Bárbera Salutati Raffacani, cantante y poetisa, heredera de una fortuna que le permitía no depender de marido alguno. Igual que había olvidado el sufrimiento de sus años anteriores, olvidaría también el sufrimiento de Maquiavelo.

CAPÍTULO 14

En cuanto a mi sonrisa, en mucho agradecerla que la borrarseis de mi faz, monsignore, pues es la mueca del inmenso dolor que estruja la boca de mi estómago casi de continuo, y que me obliga a estirar los labios para contener el grito.

Reconciliado en 1530 el papa Clemente VII con el emperador español, su ejército aliado había sometido a la ciudad de Florencia a un asedio brutal a lo largo de diez meses, en los que la peste y el hambre consiguieron acabar con la resistencia de la segunda República, cumplidos apenas tres años de gobierno.

Restaurados de nuevo los Médicis en el mando de Florencia y según su orden de nacimiento, hubiera correspondido la jefatura a Hipólito, el hijo natural de Giuliano di Lorenzo, duque de Nemours, pero el papa Clemente VII antepuso en el trono a Alessandro, que no había cumplido todavía los veinte años de edad, alegando hipócritamente que, aunque natural, al ser hijo de Lorenzaccio, descendiente directo de Lorenzo el Magnífico, Alessandro tenía potestad para adelantarse a los intereses de Hipólito, el cual además vestía hábito de cardenal. A continuación negoció en secreto con el emperador Carlos la constitución de un ducado que instituiría a Alessandro como el primero de una dinastía monárquica para Florencia. Enterado Hipólito cuando todo había sido concluido y firmado, quiso reaccionar y pidió la renuncia a las vestiduras cardenalicias, pero ya era demasiado tarde: Clemente VII había situado a su propio hijo secreto al mando de la dinastía más importante de Florencia y de Roma. La alta sociedad florentina calló sumisa, tragando el bochornoso engaño del Papa y el escándalo de su hipocresía indecible, pero esperaban poderse afianzar en los nuevos favores que los Médicis restaurados podrían conceder a sus acólitos. Al fin y al cabo, toda la verdad de Florencia había transcurrido siempre en secreto.

Alessandro era frívolo, cínico, astuto e informal, pero había asumido su poder con total impunidad; impuso un régimen autoritario que torturó y asesinó a muchos adversarios de los Médicis, sembrando un terror que le garantizaría que todos comprendían que sólo existía un soberano y que los demás eran sus súbditos. Hipólito rabiaba y protestaba ácidamente por la desfachatez de sus parientes, y atizó las brasas dormidas de una disidencia anti-medicea que no llegó a prosperar definitivamente, sin embargo, pues la mitad de los prohombres florentinos estaban intentando congraciarse con Alessandro y la otra mitad intentaban protegerse de su tiranía, conduciéndose discretamente, pasando de puntillas por los asuntos de la ciudad, o incluso exiliándose de ella.

Mientras tanto, la ciudadanía de Florencia se esforzaba por recuperar el equilibrio añorado de años atrás; había aprendido a no exigir demasiado de una situación política que seguía complicada en el exterior de sus fronteras. Finalizando 1531, los florentinos simplemente se conformaban con que el mundo cerrado que había sido su ciudad se mantuviese para ellos, y por eso el pulso de los negocios, de los mercados, de los puestos de carnes, pescados, frutas y pan, de las casas de joyeros y librerías, se había recuperado cuanto antes, como si no hubiesen existido los durísimos meses sufridos con el asedio de los ejércitos papales, aliados con el emperador Carlos, contra su segunda República. Esa fisonomía del negociante cordial pero de pocas palabras, que era tan común en toda Florencia, era el sello propio de aquel primer Médicis

que muchos habían intentado emular, Cosme il Vecchio, el viejo lince que, abriendo sus repletas arcas cien años atrás, había convertido a los Médicis en banqueros de la institución papal por un favor que en su día supo hacerle al que luego sería papa Nicolás V. Cosme il Vecchio se había aliado con el pueblo de Florencia en contra de las clases más poderosas, familias aristocráticas que no aceptaban el apogeo de un apellido sin abolengo y que, además, explotaban y maltrataban a los trabajadores; aunque nominalmente seguía siendo un ciudadano más, en realidad se convirtió en un gobernador del pueblo, respetado y querido, un «padre de la patria». Su sucesor Piero il Gottoso, que no tenía la osadía de su padre pero sí una gran astucia política, amplió el círculo de sus simpatizantes y perdonó a aquellos opositores que hablan conspirado contra él, reduciendo así a sus rivales, que se concentraron alrededor de la familia Pazzi, banqueros sin la genialidad de los Médicis, pero que ambicionaban las cuentas de la Iglesia de Roma. Piero il Gottoso había muerto joven y dejaba a sus hijos Lorenzo y Julián una enorme fortuna familiar con negocios en las cortes de Europa a las que vendían tejidos y orfebrería, concediéndoles créditos a altos intereses, con casas comerciales en diferentes capitales italianas, inversiones en construcciones que embellecían Florencia y admiraban a sus ciudadanos, inversiones en artistas cuyas obras maravillosas pregonaban la inteligencia, la sensibilidad y el poder de los Médicis, ganancias derivadas de los préstamos de los negocios florentinos, consideración social por las escuelas, hospitales y casas de pobres que había construido para la ciudad con su pecunio, y autoridad indiscutible consolidada en los cargos públicos, controlados por personas a su servicio.

Florencia seguía añorando a Lorenzo el Magnífico, aunque, casi cuarenta años después de su muerte, ya nadie confiaba en que alguno de sus sucesores pudiera igualarlo.

«Ah.... Lorenzo el Magnífico -cantaba una canción popular-... el final de un mundo..., el Médicis llamado *signore* por su pueblo porque todos lo respetaban, y lo admiraban».

También Nicolás Maquiavelo había ilustrado a sus oyentes sobre su figura en las veladas intelectuales entre aristócratas progresistas y artistas de moda, en casa del Fornaciaio en Módena, en presencia de Bárbera.

-*Chi vuol esser lieto, sia, di doman non v'è certezza...* («Quien quiera ser feliz, séalo; del mañana no hay certidumbre») -repetía, glosando a Lorenzo, irónico, grave y sonriente-. ¡... Ah, señores, un poeta al fin y al cabo, un poeta, ni más ni menos, pero su habilidad y su inteligencia consiguieron impedir que uno u otro de los grandes imperios que acechaban desde el exterior perturbase la paz interior y la independencia de Florencia, tan preciada!

Desaparecido Lorenzo, nadie más fue capaz de continuar su gran obra, y «empezaron a brotar aquellas malas simientes que, no mucho tiempo después y no estando con vida quien supiese apagarlas, arruinaron y todavía arruinan esta tierra», tal como ya había expresado Maquiavelo en sus discursos de los *Orti Oricellari*. Era ya inevitable en Florencia comparar aquella grandeza de los primeros Médicis con la decadencia flagrante a la que se veía llegada la potentada familia, con el futuro en manos de dos primos bastardos que se odiaban mutuamente, pues desde su más tierna infancia habían aprendido a verse como rivales por el privilegio de ocupar un trono en Florencia. Pero muy pocas voces estaban dispuestas a contrastar la realidad de la situación de Florencia, pues era más urgente hacerse un sitio entre los

privilegiados, aprovechar la ocasión en beneficio propio, tomar esa inmediatez de las oportunidades para ascender, en lo posible, sin importar a quién hubiera que dejar atrás.

El carácter de Maquiavelo se había agriado evidentemente; además de hacersele crónico un dolor de estómago y de cabeza que a veces le hería el rictus sin poderlo contener, su ironía natural, que le había permitido desprenderse de emociones perniciosas en muchos de los avatares que había pasado en su vida, se había convertido en sarcasmo, muchas veces extremadamente afilado y sin piedad. Su inteligencia prodigiosa, ahora que se aderezaba de experiencia a raudales, no tenía rival en rapidez y recursos dialécticos que desarmaban a sus oponentes y hacían las delicias de los grupos de intelectuales reunidos en Módena que ansiaban huir de una realidad opacada, fingiendo que construían un esplendor escogido y exquisito en un nuevo concepto de vida cortesana. Pero Maquiavelo no se engañaba, aunque aceptara la invitación de Iacopo Falconetti, Fornaciaio, porque no tenía otro foro en donde disertar incansablemente sobre lo conveniente para Florencia en el peor momento de su historia de los cien últimos años. Ya se habían clausurado aquellas sesiones en los *Orti Oricellari* donde tan magistrales lecciones sobre política, arte y sentido común había ofrecido; una vez fallecido su amigo Bernardo Rucellai, había tomado las riendas de la familia su sobrino Cosimo Rucellai, que sucumbió por fin a las presiones del poder Médicis en Roma, para que se suspendieran aquellas veladas que cuestionaban con demasiada libertad la valía política de los Médicis actuales.

En 1522 había muerto su hermano Totto, a los cuarenta y siete años de edad y en santidad, como había rezado el artista Michelangelo Buonarroti, que había acudido al funeral humilde por su alma. Michelangelo volvía a respirar conforme, sintiéndose de nuevo el mimado de los deseos de inmortalidad del papa León X y su primo Julio Médicis; Bramante había muerto hacía tiempo y Raffaello Sanzio hacía dos años que también, prematuramente y dejando algunos ánimos muy entristecidos, pero en Roma, a Buonarroti se le habían multiplicado los encargos repentinamente, como si ahora temieran que pudiera irse él también. Cuando había ascendido a Papa el cardenal Julio adoptando el nombre de Clemente VII, le había renovado los encargos de las tumbas de sus parientes Médicis y le había ya indicado nuevas posibilidades de esculturas para la eternidad.

En poco había variado, sin embargo, la situación económica de Maquiavelo en todo este tiempo. Cuando conoció a la hermosísima Bárbara Salutati Raffacani, el viejo secretario contaba cincuenta y cinco años de edad y ella veintitrés, aunque no había sido obstáculo para que su alma cayera presa de un arrebatado enamoramiento platónico por la cantante. Su hijo Bernardo había cumplido veintiún años y se había enrolado en el negocio mercante con Oriente de su primo Giovanni Vernacci, que lo había adiestrado en las finanzas y en saberes más prácticos para la vida que las letras, con el consentimiento de Maquiavelo; el viejo secretario incluso estaba contento de que su primogénito rompiera esa tradición familiar de hombres de letras con que se reconocía a los Machiavelli en Florencia. El muchacho Guido, sin embargo, apegado a la madre, seguía debatiéndose a sus diecisiete años entre su inclinación hacia la pintura o su afición a la poesía. Niccoló sólo le solía recomendar que «fuese un hombre de bien», ante todo, pero que encaminase sus pasos en alguna dirección dotada de más seguridad. Incluso en el arte

había ya en Florencia un exceso de jóvenes deseando pasar a formar parte del mecenazgo de los grandes señores (que competían mostrando esplendor según los artistas que mantenían). Ahora, además de tener sensibilidad y talento, había que estar también suficiente y convenientemente relacionado, o tener un apellido ya de por sí solvente o provenir de familia influyente. De todo eso, Guido sólo tenía sensibilidad, y de vez en cuando Maquiavelo le recomendaba unos buenos estudios de contabilidad para procurarse un oficio de administrador de los negocios de los campesinos terratenientes en el Albergaccio. Pero Guido no tenía espíritu práctico, como él mismo, y adoraba los libros, como él mismo, y no podía reprocharle lo que era de su propia naturaleza. Ludovico acababa de cumplir doce años, y mostraba el mismo desenfado hacia la vida que el propio Maquiavelo había tenido en su juventud, pensando sólo en divertirse con su camarilla de amigos en la plena libertad cotidiana del campo. «¡Ah! -solía reprocharle Marietta-, estos muchachos son como tú: creen que la vida es para gozarla, o con la mente, como Guido, o con el cuerpo, como Ludovico.» Baccina, de dieciséis años, ya hacía planes de boda con una dote que Maquiavelo no sabía cómo podría abordar, aunque más le preocupaba su hija Primavera, de casi veinte de edad, que había caído enferma y llevaba postrada varios meses.

Marietta Corsini no había dejado de trabajar en la casa y en el campo ni un solo día, golpeando la tierra como la vida parecía haberla golpeado a ella, unas veces con furia y otras veces buscando la grieta, para abrirla más profundamente. La familia Machiavelli había respirado algo más holgadamente con trabajos eventuales de Niccoló o del hijo mayor Bernardo, pero nunca había tenido nada de sobra. Niccoló nunca le reveló a su esposa Marietta que había rechazado el regalo de Casio di Fiore, que le había donado quinientos ducados. En el mismo acto en que el notario Donato da Fabriano, en aquel encuentro tiempo atrás, le había hablado de la existencia de las disposiciones de Casio, Maquiavelo había dispuesto, también él, lo que tenía que hacer con el dinero que estaba a su nombre: ordenó al notario que administrase cuatrocientos cincuenta ducados para contratar los servicios de varios artistas, de modo que trescientos ducados serían para esculpir una lápida con el nombre de Casio y comprar un sitio donde colocarla en el suelo de la iglesia de la Santa Croce, además de los correspondientes servicios de traslado y protocolo en restauración de su nombre, y los ciento cincuenta restantes para que acudiese al taller de pintores de Messer Botticelli, fallecido en 1510 al mismo tiempo que el propio Casio, y que sus oficiales pintasen, con los materiales mejores y más duraderos, un retrato de Casio di Fiore exhibiendo un medallón entre sus manos. Los cincuenta ducados que quedaban se los regaló al notario, como generoso pago para que se llevase toda esta información a la tumba. Nunca había sido el dinero lo que moviera el ánimo de Nicolás Maquiavelo, y no había de ser ésta la primera vez; en cambio, pasó muchos días riéndose por dentro, sólo de pensar la cara que pondría Julio Médicis cuando llegara a ver el retrato. Merecería la pena esperar lo que hiciera falta; su rostro, al contemplar la pintura, lo delataría a él y su secreto.

Había pasado los años igual que antes, pues, en diversas y continuadas privaciones, asumiendo algún trabajo de intermediación que amigos o vendedores de paso le ofrecieran, pliegos jurídicos que requerían formalismos, viajes de negociación por cuenta de comerciantes, asuntos varios ante los

curas de algún convento que disputaban propiedades o impuestos a los que no querían renunciar por la venta de una hacienda. En el transcurso de una de estas delegaciones en las que sus inmensas capacidades retóricas y de elocuencia se empleaban para la consecución de asuntos triviales que hacían reír a Maquiavelo por no llorar, se había desviado a Módena, donde, recibiendo la invitación de su amigo Guicciardini, había accedido al selecto grupo del Fornaciaio.

En realidad, Maquiavelo tenía la intención de pedir a Guicciardini, gobernador de Módena por cuenta de Roma, que intermediara por él con el papa Clemente, reclamando el derecho a optar a los trabajos diplomáticos al servicio de Florencia dignos de su experiencia, pues Marietta, si no, iba a echarle de casa, o incluso él mismo podría echarse a sí mismo... Clemente VII ya llevaba varios meses en su trono papal, y conocía de sobra las capacidades del viejo secretario. Pero una vez más no pidió nada, pues sabía que los amigos dejan de ser amigos «cuando tienen el compromiso de tener que hacer algo por ti».

Pero, y aunque fuera lo que menos preocupaba a Maquiavelo, Clemente VII no le perdonaba sus constantes discrepancias públicas en los asuntos religiosos y que no se cansara de denunciar la corrupción de Roma. Aunque Maquiavelo quisiera confiar en el sentido común del Papa por mirar el bien de Florencia, no debía engañarse, en realidad, pues su fama de incómodo crecía cada día, y los curas lo odiaban, achacando sus escritos al diablo y a una mente retorcida y maligna que intentaba borrar a Dios del corazón de los hombres.

No le importaba nada; había conocido a la criatura más hermosa que nunca antes hubo aparecido ante sus ojos, esa cantante y actriz de cierta luminaria muy celebrada en Módena y que había recorrido diversas cortes francesas e italianas, la bellísima Bárbera Salutati Raffacani, y para la que había empezado a escribir desafortunadamente una nueva obra de teatro.

Sin embargo, había sido el propio Clemente VII quien había mandado llamar a Nicolás Maquiavelo a su presencia. A estas alturas, Maquiavelo se resistía a creer que el Papa le llamase para contar con él; si algo debía esperar, era alguna otra conspiración en su contra.

-He sabido que habéis finalizado esa obra sobre la historia de Florencia... -comenzó a decirle el Papa, rodeado de su séquito de obispos orondos, que miraban extrañamente a Maquiavelo, como se miraría a un ángel del demonio que tuvieran delante.

Era final de 1525; Maquiavelo sobrellevaba sus cincuenta y seis años con un crónico dolor de estómago que se había agudizado en presencia del Papa.

-Me habéis mandado llamar... -contestó Niccoló, evitando responder al comentario del Papa.

-He de pagaros esa obra sobre Florencia -insistió cínicamente Clemente VII.

-También he acabado de publicar una obra que quizá os gustaría, *monsignore* -dijo, con insolencia elegante, conteniendo en su rictus un tirón en el dolor de estómago-; se llama *Commedia in prosa*, y habla de los frailes confesores cómplices de políticos adúlteros y viciosos, y de otras costumbres corrompidas de Florencia.

-Sois un insolente, Machiavelli, pero tened cuidado conmigo...

-Lo tengo, lo tengo, Sumo Pontífice -respondió, con una leve inclinación de su cabeza, el otrora secretario-; mas, ¿qué podéis esperar de un literato, un poeta al fin y al cabo, que considera que todas sus obras son por igual merecedoras de un pago!

-Yo os encargué la *Historia de Florencia*, Messer Machiavelli, y ahora quiero que me entreguéis el trabajo terminado.

-En realidad -se disculpó Maquiavelo osadamente-, creí que vos simplemente os hacíais eco del encargo que ya en su día me había efectuado vuestro primo, loado sea, Giuliano di Lorenzo... Habréis de perdonarme, si, una vez más, es a él a quien le dedico la obra y a quien he creído complacer todo este tiempo, redactándola.

-Pero él ya no está, poeta secretario -respondió Clemente VII, con rabia, que pretendió mostrar como ironía-, y por tanto, soy yo quien os pagará el trabajo.

-No hace falta, Sumo Pontífice -dijo Maquiavelo, inclinándose nuevamente ante el Papa, en una reverencia que a Clemente VII le parecía más bien desprecio-; como decís muy bien, ya no está Giuliano, y por tanto, no he de esperar compensación por algo que hice atendiendo al deseo de un amigo difunto, sin esperar más que su consideración desde el más allá.

La presencia de Maquiavelo ante el Papa sólo tenía un objeto: desprestigiar al viejo secretario ante los que admiraban en él su orgullo, sus principios, su inteligencia. Clemente VII había hecho redactar entre sus disposiciones el encargo de una obra a Niccoló Machiavelli, y ahora quería sellar el documento con una nota que expresara cuánto le había pagado. Sería una mancha en el prestigio irrefutable del literato que hablaba de libertad y de principios. Pero Niccoló quería otra cosa:

-Sin embargo -continuó-, trabajaría por Florencia con todas mis fuerzas si así vuestro amor por ella me lo indicase, pues la experiencia que adquirí como representante de los florentinos en las embajadas extranjeras bien puede servir para seguir intentando su bienestar en el presente, sea cual sea la forma de gobierno que haya elegido la ciudad.

El pontífice se esforzó por simular una sonrisa. Maquiavelo era un iluso que seguía hablando de bien común y de unir las diferencias internas para fortalecer Florencia. Podría ofrecerle algún trabajo entonces, tal como le sugería, de delegado o asesor de algo, para tenerlo en su poder, pero aun así Maquiavelo era muy peligroso, no podía arriesgarse a permitirle tener voz, aunque fuera para negarla después; ese viejo secretario era fuerte, capaz de convencer a cualquiera, y sin duda le podría traer problemas. ¡Pero algo tenía que haber para tentar su suerte! El Papa sabía que los Machiavelli tenían que arreglárselas con los pocos ingresos que Niccoló lograba obtener de la publicación de alguna de sus obras, y de los escasos encargos que podía recibir como profesor o consejero de altos comerciantes en sus transacciones con el extranjero. Debería haber sido fácil corromper a Maquiavelo, pero su orgullo ante las provocaciones era tan fuerte como su entrega a una amante, y entonces su pasión le hacía invulnerable. El Papa tenía que afinar más:

-Os ofrezco la edición al público de la obra sobre los príncipes que también hicisteis para Giuliano -le dijo entonces, a bocajarro.

Maquiavelo estaba pendiente de una nueva punzada de su estómago, por lo que tampoco acusó en su rostro la sorpresa que le había producido la respuesta de Clemente VII. Podía adivinar que parte del motivo de su

presencia ante el Papa era, por tanto, que éste seguía interesado en el manuscrito dedicado a Giuliano.

-Agradezco de corazón la propuesta, Sumo Pontífice -contestó-; ¡qué lástima que no esté en mi poder ese manuscrito, como creo que ya sabéis!

-Pero no puedo creerlo, Messer secretario... -replicó con una sonrisilla-, ¿cómo es posible que no conservéis una copia?

-Yo tampoco lo entiendo, os lo aseguro..., pero así es, *monsignore*... Aunque yo tampoco puedo creer que sintáis verdaderamente tanto interés por una obra que intenta enseñar cómo ganar, conservar y mantener la independencia de un Estado, cuando ya vuestra excelencia ha decidido que Florencia sea un juguete en las manos de Roma y que el resto de los territorios italianos sea la moneda con que negociar en vuestras relaciones entre españoles y franceses.

Clemente VII se levantó de un salto, furibundo contra Maquiavelo e irritado por la nube de murmullos que la última impertinencia del secretario había provocado entre sus prelados.

-Os veré acabado, Machiavelli... -escupió, con el mentón contraído-; os veré arrastrado y abandonado de todos, y será por mí. Sabed que no consentiré que sigáis representando vuestra farsa de hombre sin mácula, que conseguiré quitar esa máscara de vuestro rostro, y que haré desaparecer esa sonrisa aborrecible de vuestra boca.

-Puede ser, Sumo Pontífice -contestó Maquiavelo, sin inmutarse-; pero deberéis afanaros mucho, pues soy pobre, y cuanto más pobre es alguien, menos secretos tiene..., y os aseguro que si alguna farsa represento, no es la de negar que es mi hijo bastardo aquel al que colmo de favores inmerecidos, y que si alguna vergüenza oculto, no es la de silenciar que maté a mi propio sobrino por celos... En cuanto a mi sonrisa, en mucho agradecería que la borrasedis de mi faz, *monsignore*, pues es la mueca del inmenso dolor que estruja la boca de mi estómago casi de continuo, y que me obliga a estirar los labios para contener el grito.

-De buena gana os metería de nuevo en la cárcel -respondió, exasperado, Clemente VII, dejando escapar toda la rabia de su voz entre los dientes apretados-, pero sólo conseguirla que el pueblo os alzase como mártir alabando vuestro suplicio... No caeré en esa trampa, Messer Machiavelli, rebelaos cuanto queráis, yo no soy Lorenzaccio.

Y además, se dijo el Papa a sí mismo, era Maquiavelo quien tenía que caer en la trampa de él.

Bárbera Salutati había esperado hasta la mañana del día siguiente para deslazar el pliego doblado que acompañaba a la carta de Messer Machiavelli. Un escueto mensaje la hacía propietaria de un depósito guardado por el administrador general del Banco di Firenze, firmado como primer consignatario por el notario Donato da Fabriano y como segundo legatario por Niccolò Machiavelli, «*Literato Segretario di la Antica Reppublica di Firenze*».

El Banco di Firenze se había constituido como edificio independiente en las cercanías del palazzo Médicis, dedicado a transacciones más delicadas y secretas que no podían efectuarse en los bancos, a la luz que lo rodeaba, construido por Cosme il Vecchio. Aunque sus dimensiones sobrepasaban referencias anteriores en Florencia, Cosme il Vecchio no había pretendido hacer una construcción alejada del pueblo sino todo lo contrario, y había

ordenado rodearlo en sus fachadas principales por unos bancos corridos en los que cambistas, financieros, mayoristas, mercaderes con dinero y documentistas realizaban sus transacciones comerciales como empleados mediceos, y a los cuales acudían los negociantes, artesanos y gentes del pueblo para emitir y cambiar documentos, realizar sus depósitos o sus ventas con testigos.

Bárbera atravesó el porche por el que se accedía al edificio. Ya en el interior de una gran sala, observó la estancia. Un rico tapiz de gran tamaño sobre la pared a su espalda, con una escena de caza, se miraba de frente con un gemelo en confección y medidas que completaba su alegoría bordada. Una cúpula adornada con cristales plúmbeos de azul, como una gran claraboya, procuraba luz a toda la sala, sostenida por columnas de mármol pulido, igual que el suelo. Al fondo, varias mesas eran atendidas por escribientes, oficiales, cambistas, fiduciarios, administradores, en un zumbido constante de voces multiplicadas por el eco en las arcadas del techo; innumerables negociantes iban y venían con documentos y bolsas, o esperaban en otros asientos. Al fondo, varias puertas cerradas presagiaban que el verdadero poder estaba detrás de ellas. Bárbera Salutati había presentado su documento al oficial que le habla parecido de más edad, y éste había leído el pliego; luego, la había mirado a ella.

-¿Sois vos, *signora*, Madonna Bárbera Salutati Raffacani? -le preguntó solemnemente.

-Así es, traigo la firma de dos avales que así lo confirman -contestó Bárbera, extendiendo un documento privado que la describía, firmado por dos testigos. El empleado asintió gravemente y se lo devolvió a la joven. Luego, le indicó con una seña que lo siguiera.

Atravesaron una de las puertas del fondo; accedieron luego a un despacho de dos alturas. En la plataforma elevada, detrás de una mesa y en penumbra, se hallaba el «oficial primero», un hombre maduro vestido con levita negra y cuello de un color que en otro tiempo debió de ser blanco, llamado Domenico Careggi, que escuchó atentamente los bisbiseos de su empleado.

-Madonna Salutati... -dijo, al fin, dirigiéndose a Bárbera-, sois vos, ¿no es cierto? -se levantó y se acercó a la joven, dedicándole una larga reverencia-. Sabréis que los dos firmantes consignatarios del depósito están difuntos..., y que, por tanto, soy yo mismo quien debe actuar como testigo y aval en esta transacción.

Bárbera asintió con el gesto.

-Habéis de saber -continuó Domenico Careggi- que las obligaciones de este depósito caducan... -miró una plantilla que llevaba en su mano con un croquis de los días correspondientes a ese mes de noviembre de 1531; sonrió sin sonreír, sólo mostrando unos dientes amarillentos que fingían cortesía- ... caducan dentro de una semana. Eso significa que si no lo retiráis antes de su fecha final, el contenido del depósito pasará a ser propiedad del Banco di Firenze.

-He venido a hacerme cargo yo -contestó Bárbera-, ahora mismo.

Careggi ladeó la cabeza como si asintiera y lanzó una mirada al empleado, ladeando todavía más su gesto, por lo que el otro comprendió que debía traer la tenencia. No quiso abrir el cajón sellado que le presentaron como suyo. Firmó varios documentos con su nombre, dando por recibida su propiedad, y salió de allí, después de entregar una bolsa cerrada a cada uno de

los dos personajes testigos de la transacción, que agitó suavemente haciendo sonar el metal de su interior:

-Sé que olvidarán de inmediato que este envío se ha consumado -dijo, con una sonrisa elegante, dando por pagado el precio de su silencio.

Un silencio cifrado en doscientos florines, que Bárbera había costado gustosamente para garantizar su tranquilidad. Esas transacciones eran muy respetadas por los cambistas, que sabían que con el paso del tiempo siempre podrían «recordar» a sus «benefactores» que podían seguir guardando silencio. Un servidor cargó con la caja al hombro y siguió a su señora; Bárbera salió deprisa, aunque sin mostrar turbación, y montó en el carro donde el segundo de sus sirvientes ya estaba preparado para poner en marcha al caballo.

Ya en su residencia, y sin poder hacer nada para calmar los golpes de su corazón emocionado, Bárbera destrozó el sello que hubiera hecho imposible abrir la arqueta de ningún otro modo: una bolsa de piel negra del tamaño de una de sus manos, un bolsón de terciopelo rojo abultado y dos cartas descansaban en el fondo acolchado de la caja. Desenrolló la lazada de la primera bolsa y sacó de su interior un medallón de oro macizo con la efigie de Cosme il Vecchio en su anverso y el emblema de las bolas propio de la familia Médicis. En su dorso habla una inscripción grabada: «Al hijo del amor que sentí por su madre. Casio di Fiore dei Medici fue nacido en el mes de octubre y su día primero, en el año de gracia de 1482, en Firenze. Lorenzo de Médicis el Magnífico, su padre.» En el bolsón de terciopelo rojo había mil ducados de oro, una fortuna, según pensó Bárbera, pero menos valiosa sin duda que esas cartas cerradas todavía. Una de ellas era un pliego doblado y sellado dirigido a Madonna Bárbera Salutati; la otra eran varias hojas recogidas y atadas con una lazada roja, con un nombre que apenas se distinguía sobre la cinta: Laura di Casio di Fiore dei Medici. Instintivamente sus dedos comenzaron a desatar el lazo de esta última.

A mi hija llamada Laura di Casio di Fiore de Casa Médicis, en Firenze, en el mes de enero y su día primero, de 1510.

Amada Laura, yo soy vuestro padre, Casio di Fiore, del linaje puro aunque ilegítimo de los Médicis. Fue mi padre Lorenzo el Magnífico, y mi madre, Giovanna, una mujer muy bella y sabia, igual que sin duda debéis de serlo vos. Nunca procuré herencia alguna de mi padre y tal como me mostrara mi madre, viví sin exigencias mi condición pobre, hasta que conocí a vuestra madre, mi adorada Luciana Sadoletto, y entonces quise ser digno de ella y de vos. Por ello me dirigí en una misiva al hijo de superior rango de mi padre, llamado Juan Médicis, quien me contestó que debería demostrar mi origen, y así convine en hacerlo. Sin embargo, mi existencia era incómoda para el poderoso Julio Médicis, pues mi reconocimiento legítimo como bastardo de su tío Lorenzo el Magnífico supondría un retraso para sus ambiciones, y no estaba dispuesto a consentirlo. Después de que me engañara incumpliendo sus promesas, quise hacer valer mis derechos ante él y le desvelé que poseo como prueba el medallón que me acredita por la firma de Lorenzo de Médicis, pero enfureció, y lo negó, y me exigió que le entregara el medallón, amenazándome de muerte si no lo hacía. No se lo entregué, querida mía, y ahora está mi vida en peligro, lo tengo por seguro, e intenta deshacerse

de mí, por lo que debo esconderme de él. Julio Médicis me busca y me encontrará, y sólo una esperanza ya me queda: Giuliano di Lorenzo, mi otro hermano. Le escribí una carta en secreto a su corte de Urbino y él ha querido verme y escucharme, y por eso he decidido viajar hasta allí, pues tengo la intención de que él sea mi adalid en mi demanda, para poder legitimar mi amor por vuestra madre, y legitimar vuestro nacimiento a la luz de todos, Laura de mi corazón. Os ruego que me disculpéis porque nada he podido daros como padre, y por eso me afano en intentar entregaros lo que podrá dignificar vuestro destino y vuestra vida en Florencia: un noble apellido, el que os corresponde.

Amé a vuestra madre con toda mi alma, pero ya ha muerto y todo mi afán se ha convertido en odio contra Julio, contra el que clamo venganza, y no sé dónde podrá llevarme tanta amargura.

He sido honesto en lo que pude y de nada me arrepiento, excepto de un pecado que cometí contra un amigo. Hice daño al hombre que os hace llegar esta pobre herencia que os lego, Laura mía, y peno por ello, pues Niccoló Machiavelli no merecía mi traición, aunque hubiera sido por creer las esperanzas que Julio Médicis me había prometido, y que resultaron falsedades. A través de vuestra persona deseo que me perdone, pues sólo cosas buenas recibí de él, y a través de vos ruego a los cielos que le pueda llegar todo el respeto, la admiración y la gratitud que le guardo. A vos, Laura, hija mía, todo el amor limpio que una vez fui capaz de sentir por la vida.

Vuestro, amantísimo, Casio di Fiore.

¿De dónde había surgido esa luz cegadora, deslumbradora como un relámpago que abre los cielos, esa espantosa, perturbadora verdad rotunda? Bárbera Salutati Raffacani estaba desplomada en su sillón, con la vida partida en dos. ¿Para qué saber ahora todo eso? Ella había construido su propia identidad, se había instalado en su mentira particular, y ahora, la verdad que nunca le hizo falta, la verdad que había sido causa de tanto dolor, se manifestaba para ella como si hubiera sido una maraña de zarzas puntiagudas, una maleza espesa que la prendiese con la violencia de sus ramas quebradas y espinas como agujijones. El camino de su vida tenía que atravesarlas y no podría evitar los arañazos y las heridas. Pero ¿qué le importaba ahora su origen Médicis? En nada envidiaba a las hembras nacidas de ese linaje, en nada quería relacionarse con el papa Clemente VII, el que había consentido que Cesare Sadoletto matase de amargura a su propia hija y luego ordenara cavar una tumba en su jardín para ella, el que había tolerado los vicios y los desmanes de sus confidentes, el que había asistido personalmente a las fiestas oscuras del terrible Sadoletto mancillándola a ella, asesinando su inocencia y manchando su vida de recuerdos espantosos.

La joven lloró de rabia, pero ya no podía volver atrás. El pliego doblado a su nombre, el nombre creado por ella y que la había protegido hasta ese momento del dolor ignorado de su pasado, estaba firmado por Niccoló Machiavelli. Bárbera ahogó un grito.

En Venecia, en el mes de abril de 1526 y su día undécimo, a Madonna María de Cloux, llamada hoy Madonna Bárbera Salutati Raffacani, de su amigo Niccoló Machiavelli.

Amica Bárbera, os escribo en Venecia, deslumbrado por la lucidez e hincado de rodillas ante los prodigios de la vida, aunque no conoceréis de inmediato el motivo de ello y de esta carta, sino cuando el momento haya de ser llegado, y eso no soy yo quien puede decidirlo. Quizá, cuando ello ocurra, maldeciréis mi nombre y la estela de puertas abiertas que os deje mi misiva, pero habéis de saber que en mi mano sólo está relatar cómo he llegado hasta estas palabras, pues que todo lo demás no fue sino la vida, la cual me utilizó para llegar hasta vos. Pero yo accedí, es cierto, pues mis principios no podían negarse, *amica* Bárbera, pues si todo en mi existencia ha sido la lucha por la libertad y la fe absoluta en el derecho a ella, no hubiera podido hacer otra cosa que desvelaros la verdad que os conduciría a ella.

Fui amigo admirador y agradecido del maestro Messer Leonardo da Vinci, con quien vos compartisteis algunos meses de estancia en Cloux y en Amboise. Él descubrió muy pronto, pues pocas cosas le negaron su luz a este gran maestro, que vos erais la hija de su estimado Casio di Fiore, el más hermoso de Florencia, y el más triste, el *David* viviente, el amado complaciente, aquel a quien Florencia entera nombró corazón de su República. Pero no podía revelaros un origen que os traería, sin duda, desconcierto y dolor, pues según me hizo saber, aquél sólo era para vos momento de curar heridas y descansar. Antes de morir, me hizo llegar una carta con su encargo: que yo os debería revelar vuestra verdad. Pues como yo, también Messer Da Vinci creyó siempre que sólo la verdad hace libre al ser humano, y que sólo la libertad tiene razón de ser en su existencia en este mundo.

Este encargo se unía al que en su día el propio Casio di Fiore me había encomendado, que era haceros llegar su herencia y la prueba de su propio origen, que es el vuestro, el medallón Médicis con su inscripción grabada. Pero María de Cloux desapareció, porque nunca había existido, y de nada sirvieron las pocas pesquisas que pude hacer en alguna de mis misiones por capitales francesas e italianas. Casi temí que no pudiera consumir ninguno de los dos compromisos..., pero la vida, *signora*, es quien conduce los hilos, y no había de permitirme dejarlos sin cumplir, y ha sido en esta Venecia, ciudad sin igual adonde una misión escueta y sin mucho cometido me ha traído por cuenta del papa Clemente VII, que me odia y me teme, en la que he podido encontraros; él ignora que gracias a su prevención contra mí he descubierto que sois vos, Bárbera, la destinataria de mis dos encargos.

Pues habéis de saber que ahora todas las cortes de Europa por las que anduvo Messer Da Vinci se disputan las huellas de su paso, e intercambian tesoros por sus pinturas y sus inventos y sus dibujos, y otros muchos recuerdos que el gran maestro prodigó a su alrededor, y ha ocurrido que entre los restos del botín confiscado a los milaneses, del cual se dirime su destino aquí en Venecia, se han hallado piezas valiosísimas de las que Messer Da Vinci realizó en su última estancia en la corte francesa. Entre ellas estáis vos, María de Cloux, Madonna Bárbera, Laura di Casio di Fiore, inmortalmente bella en las pinturas que Messer Da Vinci bocetó sobre María de Nazaret para Madonna Filiberta de Saboya, en aquel tiempo dulce junto a Giuliano di Lorenzo. Esa María sois vos, *signora*, pues es imposible que vuestra belleza pueda confundirse con

ninguna otra, de la misma forma que fue sin par la belleza del *David* de Florencia.

Aquí acaba mi misión, vera amica amantísima Bárbera, pues mantendré juntas y guardadas esta carta con la propia carta de vuestro padre Casio di Fiore y la prueba de todo ello, para que, una vez en vuestras manos toda esta verdad, os sepáis libre de hacer lo que gustéis con ella. En esa certeza de que vuestra inteligencia decidirá lo que mejor queráis, os pido disculpas por el dolor que haya de causaros su descubrimiento, pero nunca apoyaré la ignorancia como forma de felicidad, pues creo que la libertad, el mayor de los bienes, está en la consciencia, y que la felicidad ha de ser siempre responsable.

Deseo con todo mi corazón que llegue el día en que estéis leyendo esta carta, que lleva todo el amor de tres hombres que os amaron con el alma: Casio di Fiore, Leonardo da Vinci y Niccoló Machiavelli, vuestro amigo, el poeta *comico e tragico* que había de enamorarse de vuestra hermosura para que pudiera cumplir con sus compromisos de amistad.

Leyó, una y otra vez, una y otra misiva, buscando alguna palabra, alguna muestra, alguna certeza de que había leído mal, que no era eso lo que decían, que no le habían soltado la verdad como si fueran perros buscándola sin ningún lugar donde esconderse, que había vivido una pesadilla. Pero ya no había mentiras que pudieran salvarla. Un último párrafo la sorprendió al girar el papel, agazapado en un margen apresurado:

Hay una última cosa, *amica mia*: he llegado a una certeza que conforta mi espíritu, aun con la ignorancia de detalles que sólo vos conocéis. Sé que el manuscrito que dediqué a Giuliano di Lorenzo está con vos, de algún modo, por alguna burla generosa de la vida conmigo; se que la única prueba que atestigua que escribí mi obra pensando en Giuliano, el verdadero Príncipe di Firenze, lo guardáis vos, y ello me basta para estar seguro de que así lo sabrán en su momento Florencia, Roma y la Historia.

Vuestro vero amantísimo amigo proscrito Niccoló Machiavelli.

Cerró, agitada, puertas y ventanas de sus estancias privadas; abrió la trampilla secreta que se ocultaba en el cuarto de las inmundicias íntimas y extrajo, mientras sentía su respiración jadeante y conmocionada, la bolsa que Sadoletto le había llevado a su amo Julio Médicis con la cabeza de su enemigo: el manuscrito de Niccoló Machiavelli dedicado a Giuliano di Lorenzo yacía en su interior. Bárbera había llegado a pensar que habría acabado carcomido por ratas y todos esos animales ciegos que recorren los laberintos interiores de lo oscuro de las casas, ratas que socavan los cimientos de madera de techos y columnas y adornos bellísimos, igual que los secretos llegan a corroer la verdad de los hombres hasta que apariencias y fachadas y arcos y zócalos caen a pedazos.

Pero allí estaba, incólume, intacto. Lo llevó a su alcoba, sentía cómo su garganta palpitaba como un segundo corazón. A la luz de su lámpara de mano de aceite, pasó una a una sus hojas, leyó sus capítulos manuscritos por Maquiavelo... Bárbera buscaba, arrebatada, algo sin saber que lo hacía, y sin saber qué buscaba. El amasijo de emociones sacudidas con la lectura de las cartas, despertadas de un letargo que hubiera podido ser eterno, le habían

urgido a rescatar el manuscrito para el Príncipe, a pasar sus hojas, a tocarlo con las yemas de sus dedos, como un recién nacido palpa la piel recién descubierta de alguien que está junto a él. No descubrió nada a primera vista, pero tenía que persistir...

La luz del mediodía se filtró por una rendija de la contraventana, formando destellos al atravesar el vidrio macizo de la ventana. Bárbera no podía calcular cuánto tiempo había pasado, pero percibía cómo las luces del pleno día se iban trasladando de ángulo en el reflejo que desde el cristal hacía un recorrido directo hasta el manuscrito, hasta que llegó a posarse sobre uno de los dobleces de una página. La joven creyó vislumbrar unos trazos lechosos, palabras, nombres, signos escritos al dorso de las hojas que a la simple vista de su lámpara de aceite no podían manifestarse. Vino a su mente un fulgor, un recuerdo concentrado en una sola imagen, Messer Leonardo da Vinci conversando con Giuliano de Médicis... unos pliegos, unos cálamos de los que usaba el artista, exclamaciones, risas, ¿de qué hablaban?... Un líquido especial, una tinta de limón, mercurio y azufre sólo visible a través de la llama iluminando un cristal, la escritura, invisible al ojo humano, pero indeleble y permanente a la espera de que el entendimiento pueda vislumbrarla. Ya, sin duda alguna, aturdida y turbada, comprendió que el dorso de los pliegos encuadernados de Maquiavelo contenían otros escritos: los de Giuliano.

Cogió velas y las prendió, buscó febril vasos de diversa textura de vidrio y objetos de cristal coloreado, los rompió sin precaución para sus dedos por los arañazos o heridas, en trozos suficientes para que le sirvieran como una luneta, una lente mágica, y fue probando según grosores, medidas, colores, mirando a través de ellos las páginas falsamente en blanco del manuscrito, iluminadas por la luz del fuego de las velas. Allí estaba, el diario de Giuliano di Lorenzo, sus sospechas y sus certezas relatadas, día a día, de su estancia en Urbino:

Julio prohíbe que yo regrese a Roma, no quiere que hable con el Papa... Tuvo un hijo en secreto y la madre, una servidora, le reclamó dinero. No puedo hablar con el Papa, no responde a mis cartas, estoy preso en Urbino. [...] Julio envió a matarla, de noche, tal día, a manos de tales esbirros, y tomaron al niño, todavía de pecho, y lo llevaron a Roma...

Bárbera leía dificultosamente, frases precipitadas, saltaba de una página a otra, leía en voz alta, imposible que tanta ansiedad, tanta turbación, tantos secretos, pudiesen aceptar más silencio.

Julio llegó a un acuerdo con Lorenzaccio: éste dirá al mundo que Alessandro es hijo suyo y, a cambio, Julio le dará el poder de la familia. Temo por mi vida... Julio quiere ser Papa, maneja a León X a su conveniencia, éste sólo quiere comer y organizar cacerías... Tengo un hermano bastardo.

La joven gimió por un punzante dolor que le oprimía el pecho. Giuliano había llegado a saber, entonces, de la existencia de Casio...

Julio se puso como un loco, no quiere saber nada..., me prohíbe que reciba en audiencia al joven que dice ser mi hermano. ¡Tiene el mismo

medallón que Lorenzo el Magnífico regaló a cada uno de sus hijos! [...] Quiero verlo, y le he pedido que venga. El Papa me ha recriminado mi rebeldía... Lorenzaccio se burla de Florencia, mi amada ciudad, y yo estoy aquí aprisionado en la falsedad de un cargo, quiero marcharme. [...] Temo por mi vida, estoy debilitado y sin ganas. Le escribo a Niccoló Machiavelli, mas no contesta a mis cartas...

Seguramente, Julio había interceptado los correos de Giuliano en los que le habría hablado de la lectura entusiasmada de su volumen, la obra que le habría devuelto el empuje que necesitaba para tomar una decisión.

¡Conspiran contra mí, no quieren que vuelva jamás a Florencia! [...] Vino el joven ultimogénito de mi padre el Magnífico, llegó hasta Urbino y no pude verlo. Se llama Casio di Fiore, y es bello como fue mi tío Julián, y tiene rasgos, según me han dicho, semejantes a mí. [...] Estoy enfermo, no tenía fuerzas para abandonar el lecho, temo por mi vida...

¡Julio mandó asesinar a Casio di Fiore! Lo confirman mis confidentes, se lo llevaron a Roma engañado, él no sabía que se iba preso, ¡lo han matado!

Ahora entendía la obsesión de Julio por recuperar este volumen. Él sabría sin duda que Giuliano había vertido graves acusaciones contra él en sus pliegos, y que eso constituiría la prueba de su traición.

[...] Parto hacia Florencia. Seré el Príncipe que reúna a los bandos divididos de Florencia, expulsaré a Lorenzaccio, desenmascararé a Julio, ambicioso y corrupto bastardo que planea aniquilar la rama legítima de los Médicis... ¡Quiere colocar a Alessandro, su hijo vergonzante, al frente de la familia! Pero yo le quitaré la máscara, y desvelaré ante todos la inmundicia que guarda hipócritamente al amparo de su Dios.

De pronto, la escritura se interrumpía. Varias páginas sin palabras, o quizá definitivamente borradas, y por fin la última frase:

Muero. Mi primo Julio ha ordenado mi muerte. Aquí le digo adiós a Firenze...

Estalló en un gemido desgarrado. Había caído la noche. Bárbera estaba exhausta y sin aliento, con todo su cuerpo agolpado en la garganta, con un solo sabor pertinaz en su boca, el sabor de la desesperación, ese sabor que ya había conseguido olvidar. Se recluyó en su casa, le dijo a Mattea que la dejara sola, un día y otro, y otro, con los cortinajes echados, sin comer, sin querer ver la luz, sin querer saberse todavía viva. Se agotó de llanto y de rabia, y de recuerdos perdidos que habían vuelto a buscarla, se vació de tristeza por la madre indefensa en su desastre, se secó de amargura y de gritos, retorcida de dolor, deseó morir de venganza, que no podría ya nunca consumir, vomitó toda la tierra con que había cubierto esa verdad que la hubiera matado, vomitó la huida, más dolor adormecido que ahora despertaba, dolor viejo que ella creyó poder vencer ignorándolo y que no debía ya evitar a pesar de las cicatrices que

su paso le dejara en la piel. Vomitó los demonios que se hacían fuertes en la oscuridad, aunque ella no lo percibiese, y se agitaron furiosos porque no querían dejar su reino de sombras, vomitó las renunciaciones y las pérdidas inexorables y las mentiras que tan placenteras la habían acogido como si fuera posible la ignorancia. Y sobrevivió.

Al cabo de varios días y sus noches, Bárbera Salutati abrió ventanas y cortinas y dejó que el helador diciembre entrase justiciero a la alcoba que la había parido de nuevo, inundando todos sus sentidos de luz. Estaba extremadamente delgada, pero Mattea supo cuidar convenientemente el renacimiento de Bárbera, más hermosa, más viva, más sola y potente que nunca.

Quería encontrarse con él, a solas. Acudió a la piazza de La Signoría, envuelta en un manto, temblando de frío. Era noche cerrada; de vez en cuando se escuchaba un eco apagado de cascos de caballo, como resonancias del fondo de la tierra. Pero no había nadie más. Sólo ella y el *David*. Su presencia atronadora en otro tiempo ya no necesitaba escolta ahora, en que Florencia empezaba a acomodarse a sus nuevos dueños, que habían impuesto sus propios símbolos y sus propios emblemas. El *David* apagaba poco a poco su significado en las mentes de los florentinos, y pronto sería sólo uno de los trabajos de Buonarroti tomados como estudio de pintores principiantes. Aunque, en ese momento, el *David* adquiría toda la grandiosidad de su herencia mítica a los ojos de Bárbera. Las antorchas crepitantes, ancladas en las paredes del edificio a la espalda del coloso, le otorgaban una dimensión más extraordinaria todavía, elevando al infinito las sombras desprendidas de sus rasgos, de su gesto inenarrable. Solos, ella y él, sumidos en el silencio espeso de la noche. Una niebla llegada imperceptiblemente consiguió inundarlo todo en un momento, tragándose el mundo circundante como si Bárbera hubiese entrado en un sueño; sólo el *David* desafiante mereció ser salvado de sus fauces, sólo la blancura de su mármol logró desprenderse de su abrazo lóbrego imponiéndose con mayor rotundidad todavía a la densidad onírica del frío. Bárbera miraba a ese *David* corazón de Florencia, ese David símbolo de los secretos de Florencia, Casio di Fiore, emblema de la belleza redimida sobre la mentira y la muerte. Ahora poseía el secreto que había llevado a su padre a la muerte, pero ella no se sentía la hija de Casio di Fiore.

Podría reclamar el linaje Médicis, pero ya había conquistado su libertad y nunca la entregaría, nunca renunciaría a ella, ni se aferraría al sueño imposible que había matado al *David* en la mente de los florentinos. Su dignidad se la había construido por sí misma, y no podría dársela ni quitársela un apellido. No. La hija de Casio di Fiore sólo podría llegar a ser una víctima propiciatoria de todos los secretos que guardaba Florencia y que no querían ser sacados a la luz; sería una bastarda, hija de otra víctima, nieta de la parte oscura del que fue el más espléndido, mancillada por la mezquindad sacada a la luz de Cesare Sadoletto, rehuida, confinada al silencio y al fondo de la tierra. Y Bárbera quería ser albor, esa luz de Florencia que había refulgido libre, antes de que ganaran las sombras y los secretos como zarpas sobre los hombres.

Ella era Bárbera Salutati Raffacani, artista, cantante y poetisa; ella había construido su propia verdad, aunque ya no iba a callar más los secretos vergonzantes de aquellos que habían hecho de Florencia una mentira.

CAPÍTULO 15

Ya no hay más remedio que aceptar la realidad...

El sol ya estaba alto y brillaba con fuerza, a pesar de que aquel diciembre ya rizaba la superficie del Arno con un vientecillo denso y húmedo que presagiaba lo más duro del invierno. El penetrante olor que se desprendía de los puestos de pescado situados a lo largo de todo el Ponte Vecchio se mitigaba en esos meses más fríos, y permitía elegir mejor las piezas. Bárbera compró también frutas y tortas dulces, y cargó con todo ello a la servidora, ordenándole que volviera a casa. Le indicó que ella debía hacerse cargo de algunos asuntos que, sin duda, la iban a mantener algún tiempo ocupada.

La ciudad bullía en las calles. Los pañeros, ruidosos en sus negocios y cambalaches, creaban un coro de sonidos indiscutibles una vez el entorno del Ponte Vecchio se superaba hacia la lonja del mercado, al que el nuevo gobierno estaba pensando en dotar de una techumbre que sosegara a los vendedores, quejosos de que la intemperie les estropeaba la mercancía en invierno. El color escarlata de los tintes, tan afamado fuera de las fronteras de Florencia, brillaba en los puestos de paños, apostados a uno y otro lado de las esquinas, mientras las voces de los conductores de los carros llevando la lana recién teñida alertaba de su paso para que animales y transeúntes dejaran libre la vía. Los médicos y boticarios habían hecho traer de Oriente, desde más de doscientos años atrás, los productos preciosos llamados «especias», para su ciencia tan cercana a la alquimia, y aprovechando esta demanda, los comerciantes habían sabido ampliar su clientela, de manera que sus puestos eran los más numerosos y los más visitados, igual por ricos que villanos, negociando con perfumes, hierbas exóticas, sedas importadas y objetos variopintos que excitaban la imaginación de quienes los contemplaban, por considerarlos mágicos. Habitualmente, Bárbera Salutati se demoraba placenteramente entre los vendedores de aromas orientales y otros encantadores de entendimientos con sus remedios extraordinarios, venidos de lejanos rincones del otro lado del mundo, pues en su regreso a Florencia, su ciudad natal se había mostrado a sus ojos empeñada en renacer de sus propias cenizas, tal como ella misma se sentía, y gustaba de pasear descubriendo sus rincones, siguiendo las nuevas edificaciones que se alzaban por cuenta de las familias enriquecidas, como muestra de la rápida recuperación económica de la sociedad florentina, nuevamente alentada por la presencia de grandes fortunas en la ciudad, y, sobre todo, disfrutando de sus aromas propios, del color miel de sus paredes, del calor desprendido de sus calles estrechas como obligando a la cercanía física de sus gentes, ya que sus espíritus libres les impelen a la independencia y al silencio entre sí. Pero en esta ocasión sus pasos llevaban una dirección concreta y decidida: Bárbera se dirigía a la residencia de Francesco Guicciardini, el cauteloso lince que había sido amigo de Nicolás Maquiavelo.

Guicciardini tenía cuarenta y ocho años, calculó Bárbera, recordando que en el tiempo en que habían compartido la amistad de Maquiavelo, aquél siempre bromeaba con la edad de la poetisa:

-Cuando vos nacisteis, Madonna Bárbera -decía-, mi padre no soportaba mis dieciocho años y me dio un bolsón de florines para que estudiara Leyes en Ferrara..., y luego en Padua, y luego en Pisa..., yo sólo tenía que enviarle las

pruebas que le demostraran que seguía intacto el bolsón. ¡Ah, su verdadero orgullo eran sus negocios!

En efecto, Francesco Guicciardini pertenecía a una célebre familia de abolengo en Florencia, cuya boyante situación financiera no había dejado de crecer desde cinco generaciones atrás. El padre de Francesco era ambicioso, calculador y desconfiado, y siguiendo la misma pauta de adiestramiento en cargos políticos que habían detentado los miembros más considerados de su familia, había encauzado al hijo en la carrera diplomática, a imagen de su antecesor, que había sido embajador y hombre de confianza de Lorenzo el Magnífico. Guicciardini había culminado sus estudios como abogado y había actuado como embajador en el gobierno republicano de Florencia, pero era de todos sabida su proclividad hacia los Médicis, y cuando éstos regresaron a Florencia en 1512, fue uno de los hombres de confianza que el recién nombrado papa León X puso al cargo de vigilar los asuntos de la familia. Lo nombró gobernador de Módena, en donde había conocido a Maquiavelo, y había sido confirmado en su cargo por el luego papa Clemente VII en 1523. Por esa misma fidelidad a los Médicis, había sido expulsado de Florencia después del *Sacco di Roma*, en 1527, y ahora, como muchos otros, había regresado a recuperar su posición, al lado del nuevo gobierno mediceo. Bárbera sabía que Francesco Guicciardini acababa de ser nombrado consejero de Alessandro Médicis, que desde su residencia en Vía Larga desafiaba a la ciudad mostrando la aplastante verdad: que él era el jefe, el señor, el dueño de Florencia. ¿Cómo alguien como Guicciardini, destinado a la política de alta sociedad, había sido amigo del alma de Maquiavelo, un hombre del pueblo, tan alejado de los intereses de los altos políticos, y cómo ahora podía soportar la tiranía vacía de inteligencia de Alessandro?

A pesar, sin embargo, de la certeza de que habían compartido sincera amistad entre ellos, Bárbera sentía la necesidad de ser precavida con Guicciardini.

Francesco Guicciardini residía en una de las villas del entorno de Santa María del Fiore, cerca del palazzo Médicis. Había heredado de su padre un extenso patrimonio, incluido un palacete familiar al otro lado del Arno, junto al Ponte de Santa Trinitá, el cual mantenía cerrado como depósito de sus abundantes propiedades artísticas, en cuya conservación no podía emplear tiempo, pues se lo absorbía su dedicación a la política. Decoraba su residencia actual con varios extraordinarios tapices, aunque en el patio central y las paredes principales se habían incorporado ya las obras al fresco de los pintores de moda, siguiendo la tendencia de la época, no porque su economía no pudiese sobrellevar el coste elevadísimo que suponía el encargo de manufactura de nuevos tapices para adornar las estancias de la casa, sino porque las pinturas aplicadas directamente sobre las paredes y los arcos y los espacios libres de los techos, que habían representado cincuenta años atrás el espíritu de ruptura con la estética de tiempos pasados, eran hoy la moda preferida por las clases adineradas de Florencia, que competían entre sí contratando a los artistas más selectos. Guicciardini se preciaba de poseer uno de los frescos más grandes, y además terminado en su totalidad, del maestro Leonardo da Vinci, que, próximos a cumplirse los trece años de su muerte en 1519, había adquirido una celebridad insólita por todos los documentos, obras

inconclusas, reflexiones y artilugios que se habían descubierto en su residencia, acumulados a lo largo de toda su vida.

El servidor al que se había anunciado Madonna Bárbera la había conducido a la pieza donde, precisamente, se exhibía en su total esplendor la pared completa pintada por Messer Leonardo, un salón destinado a la atención de visitas que era la única estancia de carácter público que se disponía en la planta baja de la mansión, antiguamente un salón de audiencias y negocios financieros para la gente de los gremios. Frente a la pared y en su lado opuesto, se abría un ventanal circular que despedía luz directa sobre la pintura, resaltando los matices y el misterio de la obra. Madonna Bárbera se encontraba atrapada en su visión, mirando la escena de una fiesta de ninfas en un bosque, revivida en la magna pintura, cuando llegó Francesco Guicciardini, vestido informalmente con toga corta, pues se hallaba trabajando en su despacho personal del piso superior.

-¡Ah, Madonna Salutati, amiga mía -exclamó elegantemente-, es cautivador para un hombre contemplaros cautivada, aunque sea por una pintura!

Mientras Bárbera se giraba sonriente, utilizando un ademán de estudiada teatralidad, Francesco Guicciardini le hizo una reverencia a la que ella respondió tendiendo su mano. Guicciardini la estrechó y la besó.

-Madonna Bárbera, estáis más hermosa que nunca -le expresó con entusiasmo-. Supe que os habíais instalado en Florencia, y entonces comprendí por qué esta ciudad brillaba de nuevo en toda su luz...

-¡Eso era por el verano! -contestó, sonriendo exquisitamente al cumplido de Guicciardini, mientras tomaban asiento en los sillones dispuestos junto a la chimenea.

Unas brasas mantenían el ambiente caldeado; el servidor entró dispuesto a atizar el fuego, pero Messer Guicciardini le hizo una seña de que no hacía falta y salió de nuevo. El consejero miró, complaciéndose, a la poetisa:

-«De Ti provienen todas las cosas, a través de Ti existen todas las cosas...» -murmuró finalmente.

-Guardáis memoria de los buenos tiempos -contestó Barbera, reconociendo en la voz de Guicciardini uno de los cantos herméticos que los eruditos del círculo del Fornaciaio se preciaban de cantar, en las veladas de Módena, en el año 1524, en las que Maquiavelo había deslumbrado a propios y extraños con su desaforada capacidad poética y su pasión por la palabra, igual escrita que hablada.

-Inolvidable aquella época, *signora* -contestó Guicciardini-. ¿Cuántos años...? Sí, nada menos que siete años han pasado, Madonna Barbera, siete años, que os han otorgado una belleza todavía mayor a la que de natura ya poseáis. ¿Cómo no he sabido nada de vos antes de ahora?

-En realidad, me establecí en Florencia hace algo más de tres meses -se disculpó Barbera-, ¡y lo cierto es que me sorprendió su aplastante calor en verano! Los primeros días se me fueron en acomodarme en la casa buscando las habitaciones más templadas, y aunque toda la restauración de la finca estaba prácticamente ultimada, sabéis que los detalles finales son los de más arduo trabajo, y por eso no ha sido antes de ahora cuando he podido considerar ya concluido el proceso de mi llegada.

-Florencia os necesitaba, *madonna*... -asintió amablemente el abogado.

-Pero la imaginaba de otro modo... -fingió elegantemente Bárbera.

Guicciardini esbozó una sonrisa condescendiente, propia del hombre de mundo que ve acomodado el entorno a sus conveniencias.

-La adolescencia de Florencia se ha trocado en madurez, y como a vos, *signora*, el tiempo la ha embellecido magníficamente, otorgándole un misterio y una elegancia sin igual.

Sonrió Bárbera cortésmente, dando muestra de aceptar el cumplido que permitía escapar a Guicciardini de entrar en consideraciones de índole política, pues, como asalariado de los Médicis, no podía reconocer que lo que él llamaba adolescencia era la fresca esperanzada que se había respirado en los tiempos en que Michelangelo Buonarroti entregó su colosal *David*, como símbolo de aquella independencia ansiada por toda Florencia y su República, y que había desaparecido en brazos de ese sentimiento de mansedumbre y resignación que ahora invadía el aire de la ciudad, como un inmenso atardecer, en lo que él llamaba madurez. Pero Bárbera tenía otro objetivo.

-Quiero abrir las puertas de mi casa a las celebraciones que siempre alegraron mi ánimo allá donde estuve -principió a decirle, calculando el impacto que sabía que causaría en Guicciardini su proyecto-; he pensado en promover una gran fiesta para la próxima entrada de la primavera, en el pabellón acristalado que acabo de construir en el jardín posterior de mi residencia.

-¡Maravillosa idea! -contestó el político-. Madonna Bárbera, seréis la anfitriona mejor, ¡vos traéis el esplendor natural de Florencia!

-Pero quiero también obsequiar a la ciudad con una representación teatral a mi cargo, para que el pueblo me conozca, y entienda en mí a una benefactora...

-Estupenda idea, *madonna*, contad con mi colaboración -se apresuró a contestar el embajador.

-Os agradezco mucho la oferta, Messer Guicciardini; será inestimable vuestra ayuda, pues quiero que toda Florencia acuda; quiero que se organicen estrados y gradas en la piazza de la Santa Croce, para que todo el pueblo pueda acudir, en el segundo día de la primavera, y que Florencia entera ría y disfrute y alabe mi nombre...

-Seguro que lo conseguiréis... ¿Habéis pensado ya qué pieza de vuestro repertorio vais a elegir?

-No es de mi repertorio; quiero montar un espectáculo nuevo, amigo mío. Recordaréis quizá al poeta Niccoló Machiavelli, que fue vuestro amigo -dijo entonces Bárbera, siguiendo en su tono desenfadado, sin inmutarse ante el respingo sutil que percibió en su anfitrión-; y recordaréis, sin duda, que era autor de una pieza muy celebrada, llamada *La mandrágora*, que estaba deseoso de ver interpretada por mí...

-Sí, por supuesto -musitó Guicciardini, con el gesto quebrado-, *La mandrágora*, cómo voy a olvidar a Niccoló, en efecto...

-Era una pieza magnífica, muy celebrada en Venecia; la gente no podía dejar de reír, y quiero contratar a artistas y músicos para ponerla en pie. Primero en mi residencia, para un estreno privado, y al día siguiente para toda la ciudad. Yo misma haré el papel de Lucrezia, el principal, y quiero que me ayudéis, vos que conocéis la obra a la perfección, a pensar en alguien para la interpretación de Calimaco.

Francesco Guicciardini esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa cortés, pero no podía disimular su desconcierto. Tras un breve silencio, el diplomático miró directamente a la joven.

-Sois demasiado inteligente, *signora* -le dijo serenamente-, para haber elegido por azar a Niccoló Machiavelli para presentar vuestro mecenazgo a la sociedad de Florencia. Pero ¿por qué él?

-Decídmelo vos, Messer Francesco -contestó Bárbera en el mismo tono sincero-; fuisteis uno de sus mejores amigos, y concedéis ahora con el descrédito que se ha vertido sobre su recuerdo.

Nicolás Maquiavelo era un proscrito en Florencia, al que los curas desde los púlpitos habían condenado a arder en el fuego del infierno, complaciendo igualmente los deseos de Alessandro. Sin llegar a cumplirse cinco años de su muerte, la memoria de Maquiavelo había sido maldecida por la Iglesia y penada con el total silencio, como castigo por sus críticas y sus sátiras y su voraz denuncia contra la hipocresía de sus clérigos, y bajo la total aquiescencia de políticos y nobles. Ni siquiera muchos de los que habían sido sus amigos se atrevían a mentarlo.

-Hay otros poetas, Madonna Bárbera -se escudó Guicciardini-; hay otros autores florentinos que sin duda lucirán en vuestra voz con la misma grandeza..., seguro que sabéis que Machiavelli no es del gusto del *signore* Alessandro, y que ha prohibido la publicación de sus obras.

-¿Y qué le ha decidido a ello, Messer Guicciardini?

-Yo os presentaré al autor favorito de Alessandro -contestó, evitando la pregunta comprometedor de Bárbera-, y sin duda que poner en pie una de sus obras os abrirá las puertas de la corte alejandrina del palazzo de la Vía Larga; sabéis que el *signore* Alessandro no prodiga su presencia en festejos fuera de su residencia.

Alessandro Médicis había ido más allá: no sólo no se mezclaba con la gente, sino que también había suprimido las costumbres que sus antecesores Lorenzo el Magnífico y Giuliano di Lorenzo habían instaurado en Florencia para granjearse la simpatía del pueblo. Estos mandatarios Médicis habían obsequiado a la ciudad con un festejo abierto para el pueblo en cada cambio de estación, para el que se contrataban juegos, torneos y desfiles que se desarrollaban a lo largo de toda la jornada en la piazza de la Santa Croce, o concursos de barcas y juegos de agua que en el verano se celebraban en el Arno, con la gente apostada en los tres puentes principales de la ciudad, vitoreando a los Médicis. Lorenzaccio había suprimido alguno de estos regalos y Alessandro se había negado definitivamente a seguir con la costumbre, eliminando su consideración a un pueblo del que quería distanciarse a toda costa llamándose a sí mismo «señor absoluto del Estado», en lo que todos reconocían la declaración inconfundible de su bajeza.

-Sé de las fiestas exclusivas que se organizan en el palazzo de la Vía Larga -respondió Bárbera a la sugerencia de Guicciardini-, y agradezco sobremanera vuestra oferta, amigo mío, mas quiero recuperar el espíritu que todavía recuerdo de Machiavelli recitando a Petrarca y a Dante, manteniendo viva la llama de la esencia de Florencia, como él decía...

-*Madonna* mía -atajó Guicciardini, en tono de ruego-, no sabéis todavía nada de Florencia..., y no debéis provocar la ira de Alessandro; él ha declarado a Machiavelli *persona non grata*, y no permitirá vuestra osadía.

-Decidme por qué -dijo resueltamente Bárbera, con la voz tan rotunda y cristalina que los ojos de Guicciardini, huidizos de los de ella desde hacía un rato, se clavaron sin quererlo en el rostro de la cantante, mirándola por fin de frente-. Fuisteis su amigo; éramos todos amigos: vos, Filippo de Nerli, Francesco Vettori, Nicolás Maquiavelo, Iacopo Falconetti, Renzo Ridolfi y yo..., decidme qué hizo nuestro amigo Niccoló para que su tumba anónima no le rinda honor en la memoria de su ciudad.

Francesco Guicciardini pareció desplomarse en el sillón bajo, que tenía los brazos forrados en terciopelo carmesí.

-Nadie como él podría comprender la naturaleza de los hombres -respondió Guicciardini, abandonado a la remembranza del amigo-; nunca salió reproche alguno de su boca, pues entendía las miserias del carácter, justificaba las traiciones, disculpaba las renunciadas, aceptaba a los amigos en sus debilidades... Se reía de los asuntos humanos, porque no podía remediarlos, y simplemente, eso sí, intentaba paliar la amargura que le producía la propia vida con poesía y con felicidad inmediata.

-Sin embargo, Florencia quiere negarlo, igual que en otro tiempo negó a Dante...

-Maquiavelo era un hombre del pueblo, nacido con el único linaje de una inteligencia prodigiosa, Madonna Bárbera, algo difícil de perdonar por los poderosos... Su incapacidad, no obstante, para aprovecharse de su brillantez y gran perspicacia mental no le hizo más agradable, pues lo segundo que no se perdona en un hombre es la inocencia, y Maquiavelo era inocente, inocente y libre, *madonna* mía, era exuberante, lo sabéis ya, Madonna Bárbera, y, sin nada que perder, como él decía, estaba dispuesto a darlo todo, buscando sencillamente la forma de pasarlo bien en esta vida corta, alegrarse con las cosas inmediatas de la vida, porque nunca se sabía cuánto podía durar el día o la noche... Yo no había conocido a nadie como él; fue mi maestro, aunque yo titulaba el cargo y él estaba relegado a tareas secundarias..., pero por primera vez mi alma no necesitaba cubrirse, pues él no era una amenaza. Desde nuestro primer encuentro fuimos ya para siempre amigos, amigos tal como concebía Maquiavelo la amistad, amigos para compartir buenos momentos, amigos de hacernos favores y no de pedirlos..., y, en efecto, Maquiavelo nunca me pidió favores, aunque él me hiciera algunos.

La joven escuchó el último comentario de Guicciardini, con cierta sorpresa, pues no esperaba ese atisbo de confidencia con respecto a la forma de amistad que practicó Maquiavelo. Ella sabía muy bien, igual que el propio Maquiavelo lo sabía, que amigos como Guicciardini, o como Vettori, no hacen favores, pues su educación de familia noble y su ambición de poder impide el desgaste que supone interceder por alguien ajeno a ellos mismos o a su círculo social, y, por eso mismo, Nicolás Maquiavelo nunca hubiera caído en violentarles solicitándoles su ayuda, ni hubiera desvirtuado de tal modo lo que él llamaba la pureza de la amistad; sin duda, sabía que personas como Francesco Guicciardini sólo son amigos de quienes no esperan recibir nada...

Florencia habla amado a Maquiavelo por su incuestionable honestidad, y porque rechazaba la hipocresía y sabía llamar a las cosas por su nombre. Llevaba su independencia hasta el límite de la libertad, pero eso había hecho que el mismo pueblo y los mismos seguidores que habían alabado antes su integridad luego se volvieran desconfiados ante esa misma libertad de opinión

y de decisión que hacía único y autónomo a Maquiavelo. Nicolás Maquiavelo, al no pertenecer a un partido declarado, se movía por el único impulso de la verdad, y se sentía libre de actuar sólo si seguía los dictados de lo que consideraba más conveniente para Florencia. Así había actuado alabando las virtudes de Lorenzo el Magnífico o colaborando con el gran Giuliano di Lorenzo; así había actuado oponiéndose a los manejos de Clemente VII o criticando a Lorenzaccio; así había actuado entendiendo las virtudes a tener en cuenta de César Borgia o los defectos de Piero Soderini, comentando los ejemplos a seguir en los tratados de historia antigua o criticando los vicios y la hipocresía de las costumbres sociales de su ciudad. Nicolás Maquiavelo era libre de opinión y de juicio, y nunca actuaría movido por intereses exclusivos hacia un partido, pues era capaz de discernir en una persona los valores adecuados para defender y potenciar a su amada Florencia y por ello defender su ejercicio con pasión, sin importarle que perteneciera a tal o cual facción. Pero si bien Maquiavelo no sucumbió a las trampas que le había tendido su enemigo Clemente VII, los florentinos, en cambio, sí que habían caído en ellas.

Cuando Clemente VII le había declarado la guerra al emperador español, Carlos V se había enfurecido y había lanzado sus ejércitos contra la Liga Santa del Papa. Clemente VII, aterrizado, había convocado a Francesco Vettori con una sola intención: que convenciera a Niccoló Machiavelli para que acudiera como asesor para la dirección de los ejércitos papales. Clemente VII sabía que hubiera sido una humillación ante Maquiavelo presentarse a suplicarle su ayuda, pero había encontrado el pretexto perfecto: Vettori le pediría ayuda como amigo, y Maquiavelo, un estúpido honrado, no podría negarle su colaboración, aunque en el final de la cuerda se hallara Clemente VII, pues el beneficio, tal como había de enfocárselo Vettori, sólo sería para Florencia.

Maquiavelo se había resistido en un principio:

-Ya no hay más remedio que aceptar la realidad, Vettori -le habla dicho a su amigo en su cita-; el ducado de Milán ya ha caído en manos enemigas y otro tanto les ocurrirá a los demás príncipes italianos...

-¿Cómo puedes decir eso... tú? -se había escandalizado el embajador del Papa.

-Desarmados, divididos y gobernados por príncipes sin fuerza ni sabiduría, y con ese nido de corrupción que es la corte papal, los territorios italianos no tienen otro destino que caer en manos de los imperios extranjeros.

-¡También caerá Florencia, entonces, y lo aceptas, y la abandonas a su suerte!

-Ya he disertado muchas veces sobre la importancia de Florencia con respecto a las relaciones de los territorios italianos, y ya he explicado otras tantas que, a causa de las divisiones y de los odios que carcomen su espíritu, los florentinos no han conseguido grandeza ni para sí ni para su patria... ¡Florencia podría, debería haber sido la fuerza decisiva para la creación de un Estado italiano! Tuvimos al príncipe idóneo..., no, amigo Vettori, no hay suficiente sabiduría para que Florencia aprenda todavía las nefandas consecuencias de sus luchas internas, endémicas, instaladas en su historia y en su forma de ser... Quizá habrá de cumplir con su destino y vivir su total decadencia.

-Hay pocos como tú, Niccoló -le habla contestado Vettori-; pocos tan exigentes y estrictos, pocos tan buenos y sabios a un tiempo..., pocos tan

lúcidos y tan honrados. ¡Por eso mismo tienes que ser indulgente y comprender las miserias de los que no pueden ser iguales a ti, al menos no todavía! ¡Puede ser que Florencia tenga todavía que vivir un ocaso, pero caería sobre tu conciencia si, habiendo podido ayudarla, le hubieras dado la espalda, dejándola morir!

Ése era el lenguaje que hablaba Maquiavelo, y Vettori conocía muy bien a su amigo; sabía que él amaba a su ciudad y amaba al pueblo y no lo abandonaría, porque Maquiavelo era del pueblo y conocía su indefensión por el único deseo de sus gentes: sobrevivir el día a día. Por eso Nicolás Maquiavelo aceptaría trasladarse hasta el campamento donde Clemente VII aguardaba con sus tropas una dirección militar que pudiera sacarlas del atolladero en que se hallaban.

Pero no era el lenguaje que podían entender los que miraban en Maquiavelo sus propios rencores contra los Médicis tiranos, y así muchos de los republicanos que habían seguido a Maquiavelo y lo habían admirado por mantenerse firme ante las presiones de Clemente VII, se sentían ahora decepcionados porque Maquiavelo había acudido a intentar salvar Florencia de una guerra a la que Clemente VII estaba a punto de conducirla, pero que, de evitarse, beneficiaría al propio Papa antes que a nadie. Así las cosas, Clemente VII había conseguido su deseo: Maquiavelo no saldría indemne de esta colaboración. Exhibió la ayuda de Maquiavelo como desprestigio para el viejo secretario, sembrando entre los ciudadanos la desconfianza sobre él y sus intenciones, lo que llevó, en efecto, a que, cuando en 1527 cambiara el gobierno de Florencia y se instaurara de nuevo una República, Nicolás Maquiavelo no pudiera recuperarse de la prevención que contra él sentían muchos, pues ahora lo consideraban proclive a esos Médicis que habían sido expulsados otra vez de Florencia.

Muy pocos eran capaces de comprender que en la suprema libertad íntima de Maquiavelo estaba seleccionar en su consideración a aquellos que podían ser fieles a esos objetivos de grandeza que ansiaba para Florencia, trascendiendo la propia política. Francesco Guicciardini era uno de ellos, pero él sí que tenía muy presente que el mundo no se movía por altos objetivos, sino por bajos intereses, y no cometería los errores que su amigo Niccoló había cometido luchando por sí solo para intentar aunar las fuerzas dispersas de su ciudad en aras de un sueño imposible.

Aunque hubiera sido su amigo, aunque hubiera admirado su alma, no consentiría, sin embargo, en tirar ahora mismo su reputación por la borda. Maquiavelo tenía que seguir enterrado.

-Olvidad a Machiavelli... -insistió Guicciardini.

-No. Muy al contrario, quiero restaurar la memoria de nuestro amigo Niccoló -dijo Bárbera.

-Sería loable vuestra intención, *madonna*, si Niccoló... ¡pero no es el momento adecuado!

-¿Cuándo, en vuestra opinión, será ese momento?

-¡Niccoló Machiavelli se ganó a pulso el odio de la Iglesia, habéis de saberlo -respondió incómodo Guicciardini, como si se defendiera de algo invisible-; no desaprovechó oportunidad alguna para criticar al clero, y utilizó sus obras de teatro para ridiculizar a los representantes de Dios en la tierra!

-Él criticó, es cierto, la hipocresía, Messer Guicciardini. Y vos mismo aplaudíais sus discursos reprobando la corrupción del papado, censurando a los que no tienen reparos en perjudicar a otros para lograr sus intenciones, o a quienes anteponen su enriquecimiento personal a cualquier fin loable. Vos también hablabais de buscar la virtud y denostabais el engaño...

-Machiavelli se pasó de la raya, Madonna Bárbera -se apresuró a decir el diplomático-. Criticó en exceso la política del Papa y de la Iglesia, y sólo consiguió que dijeran de él que era un resentido, que al no tener sitio en la nueva política de Florencia escupía su inquina con las obras que escribía para que el pueblo se mofase de los curas... ¡Sólo consiguió que le llamaran diabólico y renegado de Dios, y malvado, y herético!

-¡Y, sin embargo, sabéis que nuestro amigo Niccoló no fue malvado, Guicciardini, que sólo actuó guiado por su corazón y por su brillante inteligencia, y que en realidad Clemente VII fue más astuto y más demoníaco que él, pues supo crear la mala opinión que ahora acompaña a Machiavelli!

-Sí, es cierto, *madonna* amiga mía, es cierto pero el Papa no podía permitir que Machiavelli se saliese con la suya, el pueblo necesita seguir viendo a Dios en la Iglesia, y no debe contemplar a sus representantes como los hombres viciosos que...

-... que Niccoló demostró que eran -atajé Bárbera.

-¡No!, no debemos seguir hablando de esto, amiga mía -se impacientó por fin Guicciardini-. Niccoló Machiavelli está ya muerto, y nuestros señores Clemente y Alessandro no van a permitir que se cuestione su poder. Os recomiendo que lo olvidéis, Bárbera.

Guicciardini se levantó y se quedó de pie frente a ella, con una actitud rígida que ella comprendió. Se levantó también.

-No existe todavía una ley que prohíba la celebración privada de un espectáculo teatral. Me encantará que asistáis a la representación de *La mandrágora*, amigo Francesco -se despidió con su encantadora sonrisa-; os haré llegar noticia de su estreno.

Bárbera Salutati cubrió su cabeza con el capuchón del manto, pues el viento ligero del mediodía se había trocado en amenaza de tormenta. Sobre el aroma perenne al aceite de los hornos en el entorno de la piazza de la Trinitá, se remontaba el inconfundible olor a frío que las noches del invierno dejaban incandescente sobre Florencia. Era un olor que Bárbera llevaba grabado en la memoria de sus sentidos desde la infancia. Aquella noche de diciembre exhibía un invierno brusco traído del atardecer. Regresaba cansada, pero había conseguido lo que buscaba. Había pasado toda la tarde buscando entre los talleres de copistas de la Vía di Roma una copia de la pieza que Guicciardini le había desaconsejado representar. Aquella zona resultaba muy alejada para que una mujer sola anduviese buscando cualquier cosa, y había tenido que soportar comentarios y groserías de más de un desaprensivo, miradas reprobatorias de personajes insólitos y otras reacciones a su presencia entre indigentes, caminantes o monjes. Toda la vía hasta la Porta di Roma estaba repleta de hospederías de dudosa reputación, donde igual se acomodaban viajeros sin recursos que hombres embozados dispuestos a cualquier extravío. Uno de los hospitales para pobres, cercano a la muralla exterior, junto al hospicio de niños abandonados y una iglesia de peregrinos, completaban la visión de la realidad más abrumadora con la que se encontraban las carretas de comerciantes que llegaban desde Roma por ese camino, la antigua vía

romana. Mezclados con las tabernas, se abrían en algunos bajos los talleres de coleccionistas, comerciantes y copistas de documentos, planos de toda índole, cédulas secretas, libros, manuscritos; antiguallas, en fin, que no necesitaban exponer en los mercados a la luz de la ciudad, pues quien necesitase algo de ellos sabía muy bien que tenía que conseguirlo en la discreción de lo oscuro y a cambio de un alto precio. Y en efecto, Bárbera Salutati había pagado con creces una copia todavía manuscrita de la obra *La mandrágora*. Aunque la obra había sido ya reproducida en Roma, años antes, a través del método de la imprenta (y el mercachifle le habla asegurado que podía conseguirle algún ejemplar aguardando unos días), la joven no quiso arriesgarse a ser víctima de un aumento de precio ni de otros inconvenientes aparejados con la espera y aceptó el libreto encuadernado con un cosido de cordón de cuero que, al decir de su vendedor, había pertenecido a uno de los cómicos que llegó a representar la obra en Venecia. Tenía, incluso, anotaciones al margen sobre diversos aspectos de la puesta en escena, por lo que Bárbera pensó que decía la verdad. En Florencia no se podían ya conseguir ejemplares de esta pieza; el falsificador, que se llamaba copista, sabía muy bien que comerciaban con un material prohibido, y, como tal, bien se lo cobró a la cantante.

La obra era una sátira impenitente y mordaz que ponía al descubierto la hipocresía de las costumbres de la alta sociedad florentina. En *La mandrágora*, Maquiavelo no ocultaba su intención de exponer la cruda realidad: allí se reflejaba la decepción que sentía observando las relaciones sociales y el mundo del clero. Su argumento, desarrollado en hilarantes diálogos y escenas trepidantes de personajes sin escrúpulos, denunciaba sin ambages la corrupción y las mentiras que nutrían la forma de vida en Florencia, la hipocresía de las apariencias, la inmoralidad consentida entre los poderosos, la deificación del dinero, como el principal objetivo por encima de los principios morales, y la ambición de poder personal, por encima de los principios del bien común. En el argumento, construido como comedia irónica, un mancebo enamorado llamado Calimaco, quería conseguir a Lucrezia, la joven esposa de un viejo y estúpido marido llamado Nicias. Calimaco contaba con la ayuda de Ligurio, su astuto amigo, que obtendría la complicidad de fray Timoteo, un cura corrupto que participaba en los engaños y en los sobornos, y de Sóstrata, la propia madre de la muchacha. La pieza, un hilarante escaparate de mentiras, disimulos, artimañas y juegos de equívocos, había sido un éxito en todas las ciudades donde se había representado; la gente del pueblo se desternillaba de risa y aplaudía con delirio la viva representación de lo que todos sabían y habían experimentado en algún momento de sus existencias, haciéndose eco de las estafas, las parodias, escenas y personajes reales como la vida misma. Pero había levantado también un impresionante revuelo entre los clérigos, que, escandalizados, tachaban su texto de indecente, perverso, irreverente, antirreligioso y aun satánico, hasta que, apoyados por el duque Alessandro, y después de que la pieza siguiera reclamándose para ser interpretada tras varios años todavía, los más poderosos de Florencia consiguieron evitar que se siguiera representando. Nicolás Maquiavelo se había granjeado la enemistad más profunda de todos aquellos a los que había retratado en sus obras, en las que siempre había exhibido una penetrante comprensión de las conductas humanas (además, aderezaba sus diálogos con reflexiones sobre la condición mortal de los hombres), aunque escondiera la triste decepción que latía en su ánimo en torno a la política, y su desconsuelo y desconfianza por el hombre.

Bárbera Salutati había preguntado entre algunos de los artistas que conocía de otras cortes y que intentaban hacerse un hueco como protegidos de las familias notables de Florencia, esperando que la restauración de los Médicis traería de nuevo una época de bonanza para los artistas asalariados, que en realidad eran buscadores de fortuna semejantes a los vendedores ambulantes, mercadeando con sus versos o con sus pinceles. Bastaba que uno de los Médicis alabase en público una de sus obras, para que rápidamente cundiese el comentario por toda Florencia y se pusiese de moda su nombre y su estilo artístico.

A la hora de exponer su intención de poner en pie una pieza basada en la obra de Nicolás Maquiavelo, no importaba qué hubiera hecho o no el literato Maquiavelo en Florencia; simplemente no era del gusto de Alessandro de Médicis ni del papa Clemente VII, y sus obras tenían que ser olvidadas. Le costó mucho encontrar cantores y actores que quisieran embarcarse con ella en la aventura de desafiar así al *signore* Alessandro; sólo aceptaron los que no tenían nada que perder porque ya sabían que nunca podrían entrar en el círculo de los elegidos.

Mientras tanto, había escrito a Francesco Vettori, que le contestó rogándole que lo visitara, para recordar tiempos pasados de música y alegrías. Se había decidido a hacerlo rápidamente y le había enviado una nota anunciándose para un miércoles a primera hora de la tarde.

-¡Ah, *signora*! -exclamó Vettori al ver aparecer a Bárbera, elegantemente ataviada como para una fiesta, decidida a una exuberancia que transgredía sin duda las normas de aquella Florencia a la que había regresado, pacata, puritana, distinta a la que en otro tiempo había sido.

-Yo admiré mucho a nuestro amigo Nicolás Maquiavelo -dijo Francesco Vettori-. Él luchó contra los políticos hipócritas y contra los que, sin merecerlo, dirigen las vidas ajenas; él fue un hombre libre y luchó por la libertad... Pero las cosas han cambiado mucho, *madonna*, desde que Niccoló daba clases a los jóvenes pensadores de Florencia en las veladas de los *Orti Oricellari*, arengando contra el despotismo de los advenedizos que querían adueñarse de nuestra patria y proclamando la libertad de acción según la conciencia de cada cual...

-Y muchos de los que entonces escuchaban a Maquiavelo son los que hoy..

Pero Vettori no la dejó continuar:

-En las sesiones de los *Orti Oricellari* nuestro amigo Niccoló disfrutaba con la juventud de sus escuchantes y con la esperanza de que ellos nunca olvidarían sus lecciones magistrales y esa historia del pasado tal como él la narraba, entresacando los hechos, los nombres y las palabras que habían de aprenderse para modelar y hacer que el legado de los clásicos renaciera en este tiempo. Sí, doy fe de aquel entusiasmo, y os juro, *Madonna* Salutati, que Messer Maquiavelo desplegaba saber, emoción y talento por igual, y que toda una generación de jóvenes florentinos absorbió sus enseñanzas como la tierra en febrero agradece el sol. Aquella Florencia estaba plena de vigor, y Niccoló todavía soñaba con un gobierno de hombres sabios, contagiaba con su entusiasmo..., pero las cosas han cambiado, *signora*, han cambiado... Los ánimos están doblegados, ha sido muy duro el asedio del emperador Carlos; estos tres últimos años han hecho una mella indeleble en Florencia. Los nuevos Médicis han entrado en Florencia con ansias de castigo, y ya no está

Nicolás Maquiavelo para poner palabras maravillosas a la lucha por su independencia.

Su anfitrión tenía el pelo cano y escaso. Bárbera calculó que estaría cercano a los sesenta años; vislumbró una cierta pesadumbre que afloraba de vez en cuando a la expresión de su rostro.

-¿Todavía conserváis el volumen sobre el arte de gobernar de vuestro amigo Niccoló Machiavelli? -le preguntó entonces, a bocajarro.

Vettori sólo miró con bondad a Bárbera, entendiendo en su pregunta demasiado directa la huella de una osadía todavía joven e inocente.

-Tened cuidado, Madonna Salutati -contestó suavemente-. Aquellos Médicis que fueron Giuliano di Lorenzo y Juan de las Bandas Negras, que admiraron y leyeron la obra de Niccoló Maquiavelo, no son estos de hoy, y no os permitirán...

-Os propongo un trato, Messer Vettori...

-Yo ya no tengo tanta influencia con el papa Clemente VII; estoy retirado, *signora*... -Vettori se puso a la defensiva-; si habéis pensado que yo pueda hacer algo por vos ante él, lo siento, pero no...

-Al contrario, amigo mío. En mi propuesta será el Papa quien recibirá una alegría, y os propongo que sea por vuestra mano -Vettori la miraba atentamente, y Bárbera continuó sin trabas-. Yo puedo conseguir el manuscrito que Niccoló Machiavelli dedicó a Giuliano di Lorenzo y que el papa Clemente VII lleva años buscando.

Su anfitrión dio un bote en su asiento. Su cuerpecillo enjuto pareció presa de un descontrolado temblor.

-Pero... ¿qué estáis diciendo?

-Lo que habéis oído, Messer Vettori. Os ofrezco que el papa Clemente VII reciba el volumen de Giuliano a cambio de que vos me entreguéis el que está en vuestro poder.

-Pero...

Bárbera se levantó, disponiéndose a marchar.

-El próximo día veintiuno de marzo, en un acto público con toda la ciudadanía de Florencia, desde la alta sociedad hasta el *popolo minuto*, asistiendo a la representación de *La mandrágora*.

-¡El Papa no lo consentirá!

-Vos le convenceréis, amigo mío, porque allí mismo le entregaréis a Clemente VII ese libro ansiado, a cambio de que me deis ahora mismo el vuestro -insistió Bárbera.

Vettori titubeaba, temblaba terriblemente. La joven se dirigió hacia la puerta, y el servidor de Vettori, presente en un rincón, ya se disponía a abrirla.

-¡De acuerdo! -gritó Vettori-. ¡No lo entiendo, *madonna*, no puedo entenderlo, qué ganáis vos con esto, decídmelo!

-Restituir a su familia algunas de las cosas que Niccoló Machiavelli dejó dispersas y que pertenecen a sus herederos.

-Pero esta obra...

-¡Es sólo el escrito de un momento de furibundo delirio!... -exclamó con irónica displicencia Bárbera, y añadió, fingiendo extrañeza-: ¿O acaso vos pensasteis en algún momento que tenía peligro?

-¿Cómo puedo estar seguro de que cumpliréis vuestra palabra?

-Si no la cumplo, estaréis delante de toda Florencia para acusarme.

Vettori dudó todavía un poco, y Bárbera dio de nuevo unos pasos hacia la puerta, sin más contemplaciones.

-¡Está bien, está bien!... -se apresuró a decir Vettori-. Esperad un momento, os lo ruego.

Al cabo de un rato, un mayordomo le trajo un estuche forrado en piel. En su interior estaba el manuscrito *De Principatibus* dedicado a Lorenzaccio, y un hatillo de cartas, la correspondencia que Maquiavelo había mantenido con él durante varios años.

-Il *signore* se disculpa, *madonna* -musitó el sirviente, sin levantar los ojos de su reverencia-; está momentáneamente indispuesto, pero os pide que recojáis esta documentación, tal como habíais convenido, solicitando vuestras disculpas...

-Decidle a vuestro amo que recibirá la oportuna comunicación para la otra parte de nuestro acuerdo -contestó Bárbera.

Había amanecido sólo dos horas antes, pero no podía perder mucho tiempo. Se hizo acompañar por el sirviente que cuidaba a los caballos, grande y oscuro, cargando el estuche con el manuscrito de Vettori en un brazo y la bolsa con el manuscrito de Giuliano en el otro. Bárbera fue directamente a la tienda del copista de la Vía di Roma que le había vendido la obra de teatro de Maquiavelo. Había comprendido que él era lo suficientemente pobre y negociante como para aceptar un trabajo secreto y comprometido muy bien pagado. Pero también lo suficientemente viejo y rebelde como para atreverse, aunque lo entendiese peligroso. Además, también había conocido a Niccoló Machiavelli. Bárbera le entregó primero el estuche que contenía el volumen recuperado de Francesco Vettori. Le encargó la publicación del manuscrito; quería cien copias encuadernadas con sus detalles íntegros.

-Sabéis que las obras de Niccoló Machiavelli están prohibidas por el duque Alessandro... -le dijo Bárbera.

-Yo soy del pueblo, *signora* -le contestó con una sonrisilla el copista-, yo soy inculto..., sólo sé que hay mucha competencia en Florencia, y que habéis venido a mí para encargarme un trabajo..., y eso es algo que a nadie más que a vos y yo importa.

-Eso espero, pues nadie más que vos y yo lo sabe -contestó Barbera-. En cuanto al precio...

-Cuarenta florines por copia, *signora* -se apresuró a responder el negociante.

-Que sean sesenta, *signore*... -replicó la joven-, si quedo satisfecha de ellas.

El copista asintió inclinando su cabeza hacia Bárbera mientras unía sus manos sobre su pecho. Bárbera comprendió que el comerciante era judío, uno de esos expulsados de España que vivía al abrigo de las grandes ciudades, apartado de las furias cristianizadoras. Le pareció muy oportuno que él también tuviese secretos que mantener ocultos.

-No habrá documentos firmados, por supuesto, pero os pagaré ahora una parte, y al final del trabajo, el resto -concluyó Bárbera, y así convino su socio.

Luego le pidió que cerrase las contraventanas y que encendiese las velas que ella traía. Por un instante, el gesto del viejo judío se descompuso, pero Bárbera, oportunamente, hizo señal a su servidor para que sacase de su

chaleco burdo un bolsón de monedas sonoras, que desterró cualquier duda del hombre. A la luz de las velas, le mostró la bolsa de tela con el manuscrito de Giuliano, desvelándole el modo de hacer legible su escritura invisible. El viejo mercachifle, admirado por el prodigio, emitía exclamaciones continuas, alargando las manos para apoderarse de los artilugios que Bárbera le mostraba, elementos cotidianos e inofensivos que, combinados con la oscuridad de la trastienda, cobraban dimensiones extraordinarias y mágicas. Su cometido sería volver visible la escritura de Giuliano pasando tinta por los trazos ya existentes en los pliegos: uno a uno, sin modificar nada; sólo sacar a la luz la conjura que Giuliano había descubierto y que esperaba en sus escritos a que fuera desvelada. Bárbera le pagaría el precio suculento de seiscientos florines por el trabajo y por su silencio.

-Trescientos ahora -dijo la artista-, y trescientos cuando mi sirviente venga a recoger el volumen acabado.

Bárbera señaló al hombretón musculoso como un animal:

-Es mi sirviente más fiel -le dijo al copista-, os lo aseguro, y el que menos soporta verme enfadada o decepcionada... Os juro que haría cualquier cosa por mí. Miradlo bien, *signore*, pues él vendrá a pagaros el resto y a recoger los dos trabajos, o vendrá a mataros, si yo entiendo que me habéis engañado...

El viejo artesano se rascó la barbilla y luego la frente con los dedos grasientos de tinta, perenne ya para siempre en sus uñas, y esbozó una risilla, asintiendo con el gesto y la cabeza.

-No hará falta mi muerte, *signora*..., y os aseguro que quedaréis satisfecha de todo cuanto aquí se ha acordado.

-El día 20 de marzo, tenedlo listo para entregarlo.

CAPÍTULO 16

y una voz sin rostro, que sería Niccoló Machiavelli, el sacrificado.

La noticia había cundido como el fuego de una antorcha derramada. Toda Florencia hablaba del plan de Madonna Bárbera Salutati, un verdadero desafío para el duque Alessandro: el primer día de la primavera de aquel recién estrenado 1532 se representaría en la residencia de la artista la obra más celebrada y proscrita del anatemizado Niccoló Machiavelli, y tres días después se organizaría el montaje en la piazza de la Santa Croce, para todo el pueblo. Los actores, contratados a sueldo (que cobraban escrupulosamente por su entrega exclusiva al proyecto), trabajaban sin descanso en los ensayos dirigidos personalmente por Bárbera, decidida a invertir su tiempo y su pecunio en lo que sería su total consagración a la inmortalidad en Florencia; lo sabía muy bien, y, por ello, los pocos amigos que había podido hacer desde su llegada a la capital le habían desaconsejado seguir adelante. Toda Florencia temía al duque, y todos sabían que no le pasaría inadvertida la osadía de Bárbera. También ella sospechaba que, de algún modo, le haría llegar su disconformidad, porque era parte de su plan, pero, mientras tanto, seguía afanándose en los preparativos de la obra, eligiendo vestuario, decidiendo la utillería conveniente y diseñando el escenario dentro del pabellón acristalado de su residencia. Calculó que, acomodadas, cabrían hasta cuatrocientas personas en el recinto, y en relación a esa capacidad había seleccionado la lista de invitados para enviar los tarjetones que darían derecho al acceso privilegiado para ese primer estreno.

El viaje a Sant'Andrea in Percussina supuso sólo un leve descanso en los ensayos, que actores y operarios aprovecharían en la elaboración de los detalles para la escenografía, mientras Bárbera Salutati veía a Marietta Corsini, la viuda de Nicolás Maquiavelo. La campaña despertaba del invierno en aquel febrero luminoso. El carro que transportaba a Bárbera le permitía acomodo en el pescante exterior, junto al conductor, un hombre maduro discreto y silencioso, y podía contemplar a su gusto los campos, que habían empezado a reverdecer, y las orillas del camino, plagadas de florecillas tempranas, con prisa de exaltación primaveral. Tenían que atravesar un bosque de pinos, oscuros y misteriosos como los propios recuerdos de Florencia, que se abría en el camino de acceso a la villa, flanqueado por cipreses hospitalarios y gravemente alzados hacia el cielo. Más allá, se extendían campos de olivos, viñedos y girasoles sin despertar todavía.

Se alojaría en San Casciano, en el único albergue donde su secretario había conseguido posada para ella, y la precedía la gran expectación que su visita a la hacienda de Monna Marietta había causado desde que su emisario había comunicado su intención días atrás. Bárbera Salutati era el más reciente personaje de moda en Florencia; los preparativos de su celebración de la primavera habían revolucionado a los talleres teatrales de la capital, pero también habían promovido una encendida polémica sobre su osadía al seguir adelante con la representación de *La mandrágora* después de que varios de los cargos más importantes del Consejo de la Suprema Magistratura dirigida por Alessandro expresaran públicamente la inconveniencia de provocar al papado de Roma con el recuerdo del problemático autor. También la familia de Maquiavelo se veía sacudida por la circunstancia, cinco años después de su muerte y cuando podía llegar a cumplirse ese deseo recóndito de anonimato

que parecía haberles invadido a ellos igualmente. En la localidad principal de San Casciano el revuelo era importante, arremolinados multitud de aldeanos para ver llegar el carro que transportaba a Madonna Bárbera, elegantemente ataviada, bellísima y simpática. Aunque era su deseo proseguir la ruta hasta la cercana aldea de Sant'Andrea, el día había ennegrecido de pronto, presagiando lluvia, y el conductor del carro aconsejó a la cantante que esperara al día siguiente, pues a sus caballos no les gustaba el mal tiempo excesivo.

La obligada espera hasta la mañana siguiente le permitió departir con varios de los aldeanos que habían conocido a Niccoló Machiavelli personalmente. Niccoló había sido profesor para el latín, la lengua culta de letrados y oficios jurídicos, de dos jóvenes que habían terminado recientemente sus estudios de Leyes; el médico del lugar, un hombre entrado en años y en barriga, y barba cana, se permitió sentarse al otro lado de la mesa en que Bárbera tomaba un refrigerio con queso y vino blanco, en el salón comedor de la parte baja de la posada, para contarle que él había sido uno de sus compañeros en las interminables veladas de naipes que habían compartido con el cabrero y el cura, cuando no con el herrero (pocas veces con éste, según dijo, porque era muy tacaño) o con el tahonero.

-¿Machiavelli jugaba a las cartas con el cura? -preguntó sorprendida Bárbera.

El médico la miró sin comprender su asombro. Se encogió de hombros:

-No siempre -contestó-, porque el cura es tramposo y a veces escarmentaba a Machiavelli durante varios días.

Se había puesto a llover; al rato ya se habían sentado, al otro lado de la mesa de maderos toscamente alisada, la posadera y el oficial que realizaba el correo hacia Siena, que repostaba en el establecimiento y se había interesado en la conversación; mientras siguiera lloviendo, se quedaría un rato más allí. Se añadieron después el maderero que había hecho negocios con Maquiavelo (había comprado la madera talada de un bosquecillo anejo a su propiedad, «hasta que *il segretario* se cansó de discutir con los leñadores y prefirió dejar los árboles quietos, para pasear entre ellos», explicó el comerciante) y el mismo posadero, que atendía con su mujer el hospedaje, prodigador de frascas de vino en abundancia bajo la mirada inquieta de la esposa.

La memoria conservada del viejo Maquiavelo entre sus parroquianos en nada tenía que ver con la idea que los prelados y políticos de Florencia habían extendido sobre él, amargados por las sátiras que contra sus prédicas hipócritas y negocios secretos y sus vicios había escrito durante diez años, y que habían divertido y terminado de desengañar al pueblo durante otros diez más. Maquiavelo había dejado un recuerdo amable y amistoso entre la gente sencilla, anécdotas de vivencias cotidianas plenas de simplicidad y evocaciones entrañables. Maquiavelo había sido el parroquiano que pagaba las rondas de todos cuando ganaba a los naipes, y discutía como uno más sobre la forma de recolectar las vides para dejar una mejor cepa; era el ingenuo enfadado por las trampas del compañero que volvía a caer en la siguiente patraña del otro, y era el alegre bebedor hasta las tantas en las noches de verano, o el complaciente amigo que redactaba el documento que precisaba el cabrero para hacer valer sus derechos como propietario del rebaño. Pocos le llamaban Niccoló; era más fácil referirse a él como *il segretario*, aunque nadie recordara a ciencia cierta cuál había sido su función en el gobierno de la

República de Florencia durante casi quince años, ni conociera detalles de sus escritos sobre política y sobre los Estados, ni tuviera constancia de que había departido con los hombres más importantes de su tiempo, tanto reyes como artistas. Maquiavelo era el socarrón que a veces contaba una anécdota hilarante como si fuera de otro, y el maestro que daba un consejo aunque supiera que no iban a hacerle caso, o el poeta que recitaba a Petrarca y de pronto se quedaba mirando la lluvia, como la de esa tarde.

Bárbera comprendió que la memoria de Maquiavelo estaba tan integrada en el corazón de esas gentes y era tan natural su remembranza, que después de un buen rato durante el que todos los presentes habían recordado una u otra cosa de Maquiavelo, la conversación se había desviado espontáneamente hacia ella misma y sus actividades artísticas en Florencia, como si mentar a Maquiavelo no fuera nada extraordinario, como si, en realidad, él estuviese todavía allí. Bárbera pensó que en San Casciano, apenas a cuatro horas de distancia de Florencia, la influencia del cínico Alessandro no había maleado todavía la cotidianeidad sumamente sencilla de aquel lugar.

Amaneció despejado el día siguiente y Bárbera no perdió más tiempo del necesario para salir cuanto antes hacia Sant'Andrea, a menos de media hora (en carro) de San Casciano.

Marietta Corsini tenía cincuenta años. Era menuda y delgada, de mirada fiera y expresión serena. Llevaba una sencilla vestimenta de campo, con blusa abotonada hasta el cuello y delantal a la cintura; se recogía la cabeza con un gorro de tela blanca abrochado con cinta por delante de la garganta y apenas dejaba escapar algún cabello gris por entre el tocado. Bárbera Salutati había atravesado un jardín amplio y boscoso hasta alcanzar la puerta principal de la casa, tropezándose con animales sueltos por doquier; vio los huertos un poco más allá de sus ojos y la cresta de varios cipreses indicando el confín de la propiedad. Un niño de cinco años salió al paso de Bárbera, y ésta se detuvo. Era el nieto de Maquiavelo, nacido al mismo tiempo que él moría, en 1527. El pequeño guardaba con su abuelo un parecido asombroso y Bárbera se estremeció; sus ojos tenían el mismo destello de viveza, y el rictus de sus labios era inconfundible. Unos rizos oscuros le caían sobre la frente, que apartó con su manita con el mismo gesto de un Maquiavelo muchacho, cuando Bárbera se puso en cuclillas para mirarlo a su misma altura.

-¿Niccolò...? -le dijo sonriendo.

-Se llama Giuliano -contestó una voz desde el marco de la puerta.

Era Baccina, la hija que Maquiavelo nombraba en alguna de sus cartas. El niño echó a correr sin dejarse acariciar por Bárbera.

-Giuliano, como... -insinuó la joven queriendo averiguar si el nombre del niño respondía a la evocación del amigo Médicis de Maquiavelo.

-Sí -atajó rápidamente Baccina-; mi propio padre eligió el nombre. Mi hijo Giuliano nació sólo tres días antes de su muerte.

Bárbera se había acercado a ella y se saludaron. Baccina, o Bartolommea, como gustaba llamarse ahora, tenía alrededor de veinticinco años, adivinó Bárbera; estaba casada con Giovanni de Ricci, comerciante que viajaba casi de continuo, igual que Maquiavelo en los años de secretario. Ella y su hijo vivían junto a la madre, Marietta, y dos más de los hijos de Maquiavelo. Uno de ellos, el primogénito Bernardo, enfermo desde que sufriera un accidente con una embarcación, arrastraba una existencia mansa y anónima, añorante del olor de ultramar, como decía él. Bernardo cumplía en aquel 1532

los veintinueve años que una vez había calculado su padre Nicolás Maquiavelo, pensando en el futuro de Florencia. Tenía los mismos veintinueve años que él tenía cuando fue nombrado secretario de la República, los mismos que Buonarroti cuando esculpió el *David*... Bernardo podría muy bien haber respondido a aquella pregunta que Maquiavelo se formulaba con su pequeño hijo recién nacido en los brazos: ¿cómo había llegado a ser Florencia transcurrido este tiempo que, sin pensar, calculó Maquiavelo?

El otro era el joven Guido, que compartía con ellos el discreto día a día, pendiente de la madre y cómplice en los juegos con el pequeño Giuliano. Había optado por profundizar en sus dotes pictóricas; había estudiado en el taller de los oficiales de Messer Botticelli, lo cual le había procurado cierto prestigio, aunque sólo realizaba encargos para los aldeanos de los alrededores. La familia todavía encendía velas en honor a la otra hija, Primavera, que había muerto unos meses antes que Maquiavelo. Bárbera Salutati tuvo la impresión de que Marietta Corsini era la reina de un pequeño mundo de seres vulnerables que ella protegía con su fuerza invisible y firme. Algunos empleados temporales, contratados para momentos de siembra y de cosecha, salieron con mulos de la parte posterior de la casona, donde estaban los graneros y las parideras de los animales. Ella entró al interior de la casa, destartalada pero cálida, y fue conducida hasta una sala en la parte baja, abierta hacia un pequeño patio interior con enredaderas dormidas todavía por el invierno. Marietta Corsini se sentó frente a ella, con la espalda rígida y las manos enlazadas sobre su falda. El pequeño Giuliano correteaba entrando y saliendo, y Monna Marietta le hizo un gesto a su hija Baccina; rápidamente, ella lo instruyó para que acudiese a la cocina junto a las viejas amas, desapareciendo del entorno inmediato de la abuela.

Bárbera observaba a la mujer; Marietta le pareció inmutable. Pensó que nadie había penetrado tan hondo en la vida de Maquiavelo como ella en ese día, en ese momento, frente a la que había sido su esposa. Marietta Corsini no había tenido nada que ver con la vida pública del esposo y, del mismo modo, nada tenía que ver tampoco con la memoria que unos y otros pudieran tener o haberse creado sobre él.

-Soy Bárbera Salutati Raffacani -dijo la cantante, mirando a su anfitriona.

-Sé quién sois, *signora* -le respondió Monna Marietta, con el gesto invariable.

-Conocí a vuestro esposo -continuó Bárbera-, y representé alguna de sus piezas teatrales, pues soy artista, *signora*, cantante y escénica...

No creyó necesario descender a detalles que las mujeres reconocen entre ellas en un primer instante sobre la relación con un hombre. Aunque le hubiera dicho que ella nunca fue amante de su esposo Niccoló, tenía la certeza de que Monna Marietta no sólo lo sabía ya, sino que además no era para ella un detalle relevante, pues conocía muy bien cuál había sido su sitio, su papel y su reinado en la vida de su marido.

-¿Qué os ha traído hasta mi casa, Madonna Salutati? -preguntó directamente Marietta.

-Niccoló Machiavelli escribió una comedia que yo voy a poner en pie en la ciudad de Florencia.

-¿Para qué? -atajó la viuda-; sin duda ya sabéis que su nombre y su recuerdo han sido eliminados de las listas de prohombres de Florencia...

-Injustamente, *signora*. Quiero restaurar la memoria de vuestro esposo.

-Pero ¿para qué? -preguntó de nuevo Marietta-. ¿Para qué os exponéis a ser vos misma, cuando menos, criticada, o incluso encarcelada?

-Vuestro esposo me hizo llegar una información muy importante... -pricipió a explicar Bárbera-. Es una forma de gratitud, pero también de justicia, Monna Marietta... Florencia ha de reconocer a una de las personas que más hizo por su pueblo, la mente más brillante desde Lorenzo el Magnífico.

-Sé muy bien lo que era mi esposo, *madonna*. Pero, escuchadme bien, Florencia es desagradecida de natura, y bajo su belleza esconde la mezquindad de la envidia y un terrible miedo al futuro. ¡Eso no lo quiso ver a tiempo mi esposo Niccoló, y le costó la vida!

-¿Así lo creéis, Monna Marietta? -preguntó suavemente Bárbera, afectada por las palabras de su anfitriona.

-Niccoló no quería conformarse con la realidad -continuó Marietta-. Quería cambiarla, quería doblegarla a sus ilusiones, y eso es imposible, Madonna Bárbera. Él no podía ser hipócrita, pero tampoco quería ser paciente y dejar que las cosas cambiaran despacio; no podía ser corrupto, pero tampoco quería renunciar a la denuncia de los corrompidos; no toleraba la mentira, pero tampoco podía callar la verdad; tenía que beberse la vida y contarla, y hacerla perfecta y limpiarla, y eso le costó la salud... Niccoló sufría de decepción y desengaño, amiga mía, y la renuncia pertinaz a seguir contemplando el desastre de Florencia se introdujo en su cuerpo, en su dolor de cabeza perpetuo y en su estómago agarrotado... No me importa lo que digan sobre las pastillas de áloe, da igual qué mano vaciara todo el cristal, Bárbera, si mi mano, o la suya, o la de algún amigo, traidor o no; da igual que las tomara ese día o que se hubiera alargado su dolor incurable por varios meses más, porque mi esposo había decidido que no quería seguir asistiendo a la fatalidad de un destino que él había soñado distinto para su Florencia.

Bárbera vio rodar unas lágrimas por la mejilla de Marietta, que ni siquiera intentó quitárselas, para no desvelar con el gesto de su mano que estaba llorando.

-Monna Marietta, nadie comprende hoy a Niccoló Machiavelli, y su memoria está mancillada por las críticas de los mismos curas a los que él descubrió en sus engaños y en sus mentiras, ¡pero es el propio pueblo de Florencia, al que él amó con su corazón, el que corre también el peligro de olvidarlo tal como fue y aceptar como buenos los comentarios de los envidiosos que quieren silenciar el legado de vuestro esposo!

-¿Y qué, Bárbera? -dijo contundente Marietta-. Yo no soy como fue él. Yo no lucharé contra un destino que él creía manejable al albedrío del nuevo hombre, como decía. Si hubiese sido así, él hubiera vivido otra cosa, y habría salvado los escollos que impidieron que realizara su deseo. Yo sé muy bien quién era mi esposo, amiga mía. Niccoló era un soñador, una mente brillante que no sabía seducir, sólo convencer, un ser excepcionalmente inteligente y verdadero que sólo podía inspirar en los otros envidia, y yo lo acepté así, y supe que no iba a cambiar, y lo acepté así. ¿Para qué queréis ahora restaurar su memoria, Monna Bárbera, para qué? Sólo os pondréis en peligro vos misma, pues no son los hombres de ahora los que están todavía preparados para comprenderle.

Bárbera calló un momento. La lucidez de Marietta era abrumadora para ella; le resultaba cruel e implacable. Se hizo un silencio en la estancia, un silencio con el que Marietta estaba muy familiarizada, sin duda. Bárbera podía

percibir cómo el amor de Marietta por Niccoló iba más allá de las formas y de lo puramente emocional; ella sí había comprendido al hombre con el que compartía algún que otro pedazo de su vida, igual que había comprendido todo lo demás. Cogió una bolsa de tela forrada que traía consigo y desabrochó su lazada, ante la mirada inalterable de Marietta. Sacó un paquete de documentos de su interior, las cartas que Francesco Vettori guardaba de Maquiavelo y que le había entregado a ella.

-Esto es la correspondencia que vuestro esposo mantuvo con el que fue su amigo... -comenzó a decir Bárbera.

En ese momento, el pequeño Giuliano entró como un ciervo en la estancia y fue directamente hasta la falda acolchada de Bárbera Salutati, donde ya descansaban las cartas y los pliegos, y comenzó a mirarlas curioso y fascinado. Podría ser que Giuliano de Ricci, el nieto de Maquiavelo cuyo nombre evocaba a aquel Giuliano di Lorenzo que Niccoló había soñado como el príncipe que hubiera necesitado Florencia, podría ser que él si que pudiera reconstruir las huellas de una vida que hoy muchos querían olvidar...

-Gracias, Madonna Bárbera -dijo Marietta al ver los documentos-. Será una hermosa herencia para mi nieto Giuliano: las palabras de su abuelo, escritas de su propia mano.

Las manitas de Giuliano se habían unido con las de Bárbera al tocar los papeles y las cintas de las cartas, y por un instante pareció evadirse de la circunstancia, llevada por la hechizante sutileza del niño. De pronto también, Giuliano volvió a dejar las cartas sobre su falda y Bárbera regresó al momento presente.

-Seguiré adelante con mi empresa -le dijo Bárbera, mirando de frente a Marietta-. Debéis saber que llevé una de las obras de vuestro esposo a un taller de la nueva técnica de impresión, para la publicación de cien ejemplares de ella -Marietta no dijo nada-. Os haré llegar uno.

-Como gustéis, *signora*, muchas gracias.

-Os hago entrega también de un pago por los derechos de publicación de ese manuscrito que yo adquirí, y al que, como viuda de Niccoló Machiavelli, tenéis derecho. Son quinientos ducados de oro, Monna Marietta.

Aunque el resto de su cuerpo no sufrió conmoción, el gesto de Marietta sí acusó cierta sorpresa, y sus ojos miraron fijamente a Bárbera, interrogantes.

-Eso es mucho dinero, *signora*... -dijo serenamente-; ¿qué derechos son esos sobre lo que mi esposo escribía sólo por calmar su ánimo, por placer o por venganza?

-Es la satisfacción de una vieja deuda que mi padre me encomendó a mí y que yo deseo cumplimentar en vos, *signora*.

Bárbera hizo una seña para que el servidor silencioso, apostado al otro lado de la puerta, entrase en la sala portando la bolsa de terciopelo rojo con las monedas. También con un gesto, la joven le indicó al hombre que la depositase sobre una mesa baja, junto a la silla que ocupaba Marietta Corsini. Luego salió otra vez. La viuda miró la bolsa sin separar sus manos, tal como reposaban sobre su delantal; se demoró unos momentos sin decir nada, sólo respirando quedamente. Por fin, giró su rostro para mirar de nuevo a Bárbera:

-Sabéis, *signora*, que los recursos de esta familia son escasos, pues entre todo el legado que mi esposo dejó a los suyos hay muchas vivencias y libros y epístolas varias, y muchas palabras y sonrisas, y memoria de presencias importantes y de ausencias aún de mucha más importancia, pero

no dinero, *madonna*, ni más propiedades que la que aquí os recibe..., pero tampoco fueron precisas más herencias para guardar su recuerdo y su apellido con la honra que merece, y para sobrevivir igualmente... Este dinero es una fortuna para nosotros, Madonna Bárbera, y no deseo...

-No encierra ninguna servidumbre, os lo aseguro -se adelantó Bárbera.

Monna Marietta pareció pensar rápidamente:

-Considerad entonces que es una compra que efectuáis -sin dar tiempo a que Bárbera comprendiera a qué se referían sus palabras, Marietta miró a Baccina, discretamente presente en una esquina de la estancia, y le dijo escuetamente:- Tráelo, Bartolommea.

La madre del pequeño Giuliano salió de la sala, y regresó al cabo de un momento con un estuche cilíndrico de medio metro de largo. Se acercó a Marietta y dejó que ella misma desanudara el lazo de la tapa. Luego extrajo un lienzo enrollado que Baccina extendió a la vista de Bárbera. Era el retrato de un joven florentino de mirada clara y rasgos bellos y serenos, que tocaba su cabellera con bonete rojo y exhibía entre sus manos una gran medalla de oro con la efigie del primer Médicis, Cosme, *pater patriae*. Bárbera Salutati se incorporó de un salto y se acercó al lienzo, que necesitaba ver de cerca, tocar con sus dedos, palpar con todo su asombro. Su alma reconoció a Casio di Fiore en el retrato (la miraba de frente y con sus ojos firmes) y descubrió el medallón que todos los hijos de Lorenzo el Magnífico poseían, el mismo que Casio di Fiore le había legado a ella. Bárbera no podía articular palabra; sólo miró nuevamente a Marietta:

-El oficial que adiestró en las técnicas de la pintura a mi hijo Guido -le contó entonces-, en el taller del artista Botticelli, al parecer... le entregó esta tela, que, según dijo, le habían encargado por cuenta de Niccoló. Le dijo que el trabajo ya estaba pagado; entonces mi esposo acababa de morir. Guido trajo aquí la pintura, tal como está, *signora*, sin duda a la espera de que viniera a buscarla su verdadero dueño..., y sois vos...

-Este hombre fue mi padre, Monna Marietta.

-Estoy segura de ello, *signora*, tenéis sus mismos ojos y su misma belleza... -contestó Marietta, dejando tras de su frase un eco impreciso, que estremeció la piel de Bárbera.

Creía haber escuchado en su interior las palabras difuminadas en el eco de la voz de Marietta: «... y también su mismo destino...»

La joven aguardó hasta el final de la tarde antes de emprender el regreso a San Casciano. Monna Marietta se abrió para ella como un tulipán que hubiese aceptado la luz del día, y conversaron todavía mucho tiempo sobre los recuerdos de ambas, que, sin saberlo, habían sido comunes en los seres de sus vidas. Bárbera pudo reconstruir momentos de una historia anterior de Florencia que había unido a su madre desgraciada, Luciana, con el que había sido su amante apasionado, Casio di Fiore, en el relato de muchas de las vivencias que Marietta guardaba de los primeros años de su matrimonio con Niccoló, transcurridos en Florencia. Compartió el resto del día con Bartolommea, comedidamente alegre una vez que su expresividad ya había tenido permiso para soltarse, y con Guido, quien le desveló que guardaban cartas y documentos y escritos incontables de su padre Machiavelli, y que deseaba que algún día, cuando su sobrino Giuliano fuese un hombre, pudieran ser desvelados a una Florencia distinta, preparada ya para comprender quién había sido de verdad Niccoló Machiavelli. Él le adiestraría poco a poco, sin

estridencias, pero con la idea fija de recuperar esa voz de Maquiavelo para el mundo.

Cuando regresó a San Casciano, tenía la impresión de que habían pasado varios meses, pero sobre todo le embargaba la sensación de haber recuperado su propia existencia. Todavía aguardaría otro día más antes de enfrentarse a esa Florencia que esperaba el desenlace de su osadía, la osadía de nombrar lo innombrable.

Febrero había terminado anunciando una primavera radiante, como si pudiese haber tenido prisa en que llegase marzo. Bárbera Salutati había organizado en su pabellón un fantástico escenario con efectos visuales complejos y muy suntuosos; había articulado, incluso, un telón que mantenía ocultos los últimos preparativos y que se descorrería en el momento de iniciarse la actuación. Había organizado una procesión previa que recorrería las calles de Florencia con los personajes de la comedia que, en una espectacular carroza, mostrarían sus atavíos y ademanes, en escenas preparadas, y cuyo recorrido acabaría entrando en la residencia al son de músicos y cantantes bulliciosos, dando comienzo a la función. Después de la representación, habría un baile y un banquete. Contraviniendo la costumbre de la alta sociedad, que solía efectuar sus actuaciones escénicas dentro de los palacios empleando el idioma de la Roma de los césares, Bárbera Salutati decidió que la pieza sería representada tal como la había concebido Maquiavelo, sin desdeñar su lengua natal como expresión artística, en el idioma que hablaba el pueblo de Florencia. Los eclesiásticos, príncipes, viajeros eruditos y banqueros, y los expertos en leyes y hombres cultos, leían y hablaban latín, pero el resto de las gentes se expresaban en los dialectos y lenguas nativas de sus territorios, y así sucedía en Florencia. Ya Dante había alentado la expresión escrita de la lengua popular de Florencia, y lo mismo había llevado a la práctica Nicolás Maquiavelo en muchas de sus obras populares; por ello, Bárbera Salutati exigió a sus actores que empleasen en escena la lengua de los artesanos, campesinos y comerciantes de la capital, lo cual ya partía como una osadía, quizá un escándalo para muchos, porque obligaba a las clases altas de Florencia a escuchar un texto en lengua vulgar. Aun así, la mayor parte de las invitaciones cursadas a la nobleza y la aristocracia ya habían obtenido respuesta confirmando su asistencia a la mayor fiesta nunca antes preparada en una residencia particular de Florencia.

Pero también el pueblo esperaba con fascinación la posterior representación en la piazza de la Santa Croce, en relación a la cual se propagaban informaciones de boca en boca contando los detalles y los decorados y las maquinarias que formaban la escenografía de la comedia, y que se iban a articular también en la plaza al aire libre, para la representación ante el pueblo. Sin duda, la expectación era formidable, pues además de la natural afición de las gentes por las celebraciones y actuaciones públicas, para esta ocasión Bárbera Salutati introduciría novedades que ella había conocido ya en otras cortes. En el estrado de tablas ya preparado en la piazza de la Santa Croce, con armazones habitualmente soportados en precario, la cantante había organizado diferentes ingenios metálicos que permitirían que se cambiase de escena con rapidez, y decorados con la técnica empleada según era última moda para dar sensación de profundidad: la perspectiva. Aunque la costumbre era que los artistas pasaran entre la concurrencia una bolsa para

recaudar lo que buenamente quisieran darles los espectadores después de deleitarles con su comedia improvisada, para la representación de *La mandrágora* los actores no tendrían que recurrir a ello, pues Bárbera ya les había pagado previamente (por eso se llamaban «escénicos profesionales»). La fama de Bárbera Salutati había comenzado.

Pronto cundió entre los artistas la especie de que su siguiente proyecto era crear una academia teatral en su propia residencia, una vez que se terminara de representar la comedia de Maquiavelo, para formar una compañía estable de actores que cada trimestre pondría en pie diferentes piezas de teatro conocidas hasta entonces. Frente a la provisionalidad de las compañías ambulantes de cómicos y saltimbanquis que recorrían las ciudades improvisando comedias o poniendo en pie diversos textos de autores (textos que ellos mismos acababan reinventándose), ella ansiaba la creación de una institución poderosa consagrada al estudio de los clásicos del teatro, como Terencio, Sófocles y Plauto, y a ella tendría acceso cualquier joven con inquietudes artísticas, aunque no procediera de familia pudiente. Llamaría para formar a los jóvenes escritores a Ludovico Ariosto, el gran autor que había maravillado a Maquiavelo con su obra *Orlando furioso*, y ella misma instruiría sobre las comedias en prosa de su amigo Niccoló, y sobre la poesía que se representaba por mujeres en la Grecia antigua, y sobre muchas técnicas de arquitectura y música que se podrían incorporar a formas teatrales muy ambiciosas. En Florencia no se hablaba de otra cosa.

Sólo faltaban seis días de ese luminoso y deseado mes de marzo para el momento esperado, cuando llegó a la residencia Salutati un oficio procedente del gobierno florentino, firmado por el duque Alessandro, y portado en persona por el oficial secretario del Consejo de los Magistrados de la ciudad. Madonna Bárbera Salutati Raffacani tenía que recoger la misiva personalmente y firmar de su puño y letra un documento confirmando que era conocedora del contenido. El oficial secretario iba escoltado por cuatro guardias y dos empleados de La Signoría, y no se movió mientras Bárbera cumplía los requisitos, rodeada por varios de los artistas actores que instalados en su casa ensayaban la mayor parte del día los trucos y las escenas previstas para la representación, sus primeros estudiantes residentes de esa academia de artistas que pretendía crear para alabanza del teatro.

El pliego estirado fue leído en voz alta por la cantante, y media hora después lo sabía toda Florencia: el duque Alessandro había prohibido la representación de *La mandrágora* de Niccoló Machiavelli en el acto privado preparado para la noche del 21 de marzo en la residencia Salutati. También quedaba prohibido el acto público previsto para el 25 de marzo ante la ciudadanía y en la piazza de la Santa Croce. Bárbera había pedido explicaciones al oficial, pero éste «no sabía nada», tembloroso, «no sabía más», desencajado de pánico, «no sabía, no sabía», gritando mientras se refugiaba entre los cuatro soldados, aterrorizado ante «esos escénicos que avanzaban hacia él con gestos de fieras sueltas». De nada sirvieron las protestas de Madonna Salutati ante los enviados, ni después, personada esa misma tarde en las dependencias administrativas del gobierno municipal. De nada sirvió que solicitara formalmente audiencia al duque Alessandro, pues no sólo se la habían negado sino que, ante su insistencia, se le comunicó que quedaban prohibidas tajantemente, también para su recitación oral o

representación, «todas» las obras de Niccoló Machiavelli, por orden del duque para ella y para todos, bajo pena de cárcel y desde ese mismo momento, según le transmitía el encargo uno de los soldados custodios de Alessandro.

Acompañaban a Bárbera los actores y empleados contratados para el desarrollo del evento suspendido; apostados a las puertas del palazzo de la Vía Larga, comenzaron a blandir gorros, cintos, libretos, martillos y utensilios teatrales diversos, exigiendo con grandes voces, y haciendo sonar diferentes instrumentos estridentes, una explicación a semejante despotismo. Mucha gente de la calle se les había unido y habían formado un tropel insólito de voces diversas que, a las puertas del palazzo Médicis, reclamaban que el duque Alessandro saliera a dar la cara, que les explicara personalmente el motivo de invalidar una diversión para el pueblo, después de tanta inversión ya realizada, en tiempo, ilusión, dinero y esfuerzo. Hubo más que palabras con la tropa militar, que no tardó en personarse a las puertas del edificio por orden del duque, y por fin acabó todo en una algarabía descomunal donde golpes, trompazos, insultos y gritos se repartieron desaforadamente entre los de uno y otro bando. Todavía por toda la tarde se prolongaron las voces y las idas y venidas, pero por fin y obligados por la fuerza y por la amenaza seria de encarcelamiento bajo la acusación de conspiración contra el duque, Bárbera Salutati convenció a sus seguidores para marcharse, pues había decidido que harían otra cosa. Sus actores y ayudantes incondicionales la siguieron hasta su residencia; Bárbera se lo iba a jugar todo y por entero. Planearon durante toda la noche el final del desafío.

-Olvidad, amigos míos, lo que habéis aprendido sobre *La mandrágora* -les pidió a los actores, desencantados, que exclamaban lamentándose, incrédulos por lo que estaban oyendo-. Vamos a representar otra pieza, escuchadme, una tragedia, que deberéis aprender esta misma noche, para que ejecutéis a la perfección vuestro papel dentro de seis días... Nadie deberá saberlo, ¡nadie!

-¿Qué tragedia es ésa, Madonna Bárbera? -preguntó uno de los comediantes.

-Se llama *La conjura Julia*, y escuchadme, pues os juro que el propio Alessandro y el papa Clemente VII han de estar presentes en vuestra función.

Los actores y tramoyistas se unieron en un zumbido de murmullos.

-No conocéis todavía la pieza, es cierto -siguió hablando Bárbera-, pero yo os la voy a enseñar rápidamente, porque no podemos perder tiempo.

-Pero el duque Alessandro os ha prohibido hacer teatro en vuestra casa..., ¿dónde entonces podremos ejecutarla, maestra? -le preguntó otro de los aprendices.

-En la Ringheria, el estrado en la plaza central de Florencia frente a la puerta de La Signoría, presidido por el *David* -contestó con firmeza radiante Bárbera-. El mismo día veintiuno; será la misma noche del día veintiuno, pero hemos de guardar el secreto, escuchadme todos, es preciso que guardemos este secreto durante estos seis días...

Los actores estaban desconcertados, atemorizados, extrañados. Una nube de preguntas había inundado a Bárbera, y ella iba respondiendo a todas, para calmar ese corazón fácil de inquietar que tienen los artistas, y esperó el momento adecuado para comunicar el resto de los detalles de su plan. Ordenó al servicio de su casa que trajese cuanto antes platos con comida, bebidas, perfumes, y se acomodaron en el gran salón de bailes de la residencia, que

había servido durante estos tres últimos meses para los ensayos y las sesiones interminables de trabajo con los actores. Con la calma de la noche y los placeres inmediatos, los artistas estaban más reconfortados y descansaban sobre las alfombras, recostados unos sobre otros, sin barreras para el contacto de sus cuerpos ni para su amistad. Bárbera necesitaba sentirlos así, entregados a su voz, para que comprendieran la envergadura de su plan.

-El miércoles día 21 de marzo por la mañana saldréis todos a la calle y convocaréis a las gentes a una gran función al atardecer, y será entonces cuando acudiremos todos a la piazza de La Signoría. Cada cual llevará su utillaje, y sus aparejos y su papel y diálogos asimilados, y escuchadme, amigos míos: a partir de ahora mismo duplico vuestra soldada y os juro protección bajo mi fortuna y mi amadrinamiento, pero no puedo engañaros; será peligroso, y acudirán los guardias y procurarán callar nuestras voces. Pensadlo, por favor, pensadlo antes de empezar a preparar la tragedia que os propongo, por favor, sabed que no puedo calibrar las consecuencias, que yo misma temo por mi futuro aunque no puedo ya retroceder en el camino que he emprendido. Por eso, amigos míos, igual que os hago la propuesta, también aceptaré que alguno no quiera seguir. Que lo diga ahora y que se marche con el sueldo que ha conseguido hasta hoy; pero si os quedáis, hacedlo con los ojos abiertos.

Nadie del grupo de los treinta actores se movió. La miraban fija, resuelta, serenamente. Bárbera correspondió a cada una de sus miradas con la suya propia, fija, resuelta, serena. Entonces continuó con el resto de los detalles.

-El mismo día al alba partirá un correo hasta Roma para entregarle al papa Clemente una comunicación participándole de nuestro evento..., y os aseguro que estará aquí, en su propia cabalgadura, al atardecer.

-¿Qué es *La conjura Julia, madonna*?

-Es la tragedia de Florencia -respondió Barbera-; es el complot que cambió la historia. Escuchadme ahora, pues volvéis a vuestros orígenes: no hay texto escrito. Yo os voy a contar todo, y os diré qué personajes sois cada uno de vosotros, y tendréis que comprender y ejecutar vuestro papel dentro de la tragedia utilizando vuestras propias palabras y utilizando vuestro corazón transmutado en cada uno de los nombres que os diré. Improvisaréis tal como sabéis hacer en una comedia, pero debéis saber que esto es una tragedia, cuyo final empieza hoy mismo.

Estaban todos en silencio, sentados en las almohadas sobre el suelo, arremolinados en torno a ella, escuchando con la misma gravedad que inspiraba la joven. Bárbera se incorporó y empezó a caminar entre ellos, como si buscara:

-Tú serás Lorenzo el Magnífico. Tú serás el papa Della Rovere, el ávido de gloria inmortal; tú, Juan Médicis, el sediento de lujos; y tú, Cesare Sadoletto, el oscuro malvado; tú eres Giuliano di Lorenzo, il Príncipe; tú serás Lorenzaccio, el mezquino; y tú serás Lucrezia Ricciardi, la penitente -dio otra vuelta-: Tú..., tú serás Casio di Fiore, el *David*, la víctima...; tú eres Alessandro, el bastardo incompetente; y tú, Julio Médicis, su padre...

Una exclamación de sorpresa inundó la sala. Iban a desvelar el gran escándalo de la inmensa falsedad de Julio Médicis, el papa Clemente VII, capaz de sacrificar Florencia por encumbrar a su propio hijo en la sombra.

Habría, además, un anciano con cara de niño descendiendo desde lo alto con una de las máquinas que ella había hecho construir, representando a

Leonardo da Vinci, el testigo, y una voz sin rostro, que sería Niccoló Machiavelli, el sacrificado.

-Yo seré Florencia, la que dice adiós -concluyó Bárbera.

Bárbera Salutati desveló a sus actores, desahuciados de las nuevas cortes de Florencia y las nuevas modas al abrigo de Alessandro Médicis, toda la verdad que Florencia habla ocultado todos estos años: la existencia del hijo bastardo de Lorenzo el Magnífico, la ambición de Lorenzaccio, quitado de en medio, el asesinato de Casio di Fiore, el que hubiera cambiado el destino de Alessandro, la traición a Giuliano di Lorenzo, el príncipe que hubiera cambiado el destino de Florencia. Narró la siembra funesta del monje Savonarola, la estulticia de Pedro el Desafortunado, la rabia de Alamanno Salviati, muerto tras una terrible infección de garganta, la debilidad de Piero Soderini, la lucidez del testigo en la despedida de Da Vinci, y su propia historia, sus nombres completos como María Cloux, Bárbera Salutati, Laura di Casio di Fiore, su origen y su pecado. Pronto Florencia lo sabría todo, y Julio Médicis vería expuesto a la luz su pecado, su engaño. Las mentiras de Florencia serían vomitadas en la tragedia de Barbera Salutati.

El día 20 de marzo la cantante envió al hombretón fiel que era su servidor a buscar su encargo a la tienducha del copista. Volvió con el carro cargado y armado con la obra publicada de Nicolás Maquiavelo, y con el manuscrito de Giuliano y sus escritos desvelados al ojo humano.

La escritura de Giuliano, apresurada, temblorosa, irregular, impresionaba en sus trazos igual que en sus expresiones, transmitiendo un dolor inexplicable a través de las hojas.

Le encomendó después al mismo servidor una lista con nombres y apellidos para que les entregara, uno por uno, los ejemplares del tratado de Maquiavelo: viejos políticos, literatos, comerciantes, viejos amigos, otros copistas, legisladores, nobles, libreros, gente del pueblo llano, maestros, artesanos y artistas. El ejemplar para Monna Marietta Corsini y otro para el niño Giuliano, su nieto, y los ejemplares reservados para esa biblioteca que inauguraba Bárbera para su academia de actores. Y, por supuesto, no había olvidado el que había de recibir Alessandro.

Al amanecer del día 21, el leal servidor salió veloz sobre su montura con una misiva urgente al papa Clemente VII, donde le ofrecía el manuscrito que Maquiavelo había escrito para Giuliano di Lorenzo, con todo lo que guardaba traído a la luz, según le decía, para que lo recogiera él mismo, tomándolo con su propia mano, ese mismo día, al atardecer, en Florencia. El sirviente no regresó, y en la certeza de su muerte presentida en el corazón de Bárbera, comprendió el mensaje que le enviaba Clemente VII. Pero ella ya había aceptado el desenlace y no se echaría atrás.

La belleza de Bárbera, contemplada junto al *David*, era la de una diosa griega que hubiera renacido de la historia del mundo. Ella encarnaba a la perfección el nuevo modelo de mujer luminosa y carnal que las nuevas tendencias del arte enfrentaban a las viejas pautas de la época anterior, donde la hembra se mantenía oculta entre las tinieblas. Bárbera era luz, y su rabia parecía encenderla todavía más, dotando a su rostro y a sus palabras de una hermosura aún más grandiosa. Bárbera relató sin omitir detalles la memoria de su nacimiento mancillado, de su vida vulnerada, de las víctimas sacrificadas,

como ella, a los vergonzosos secretos del más ambicioso de los mortales. El pueblo estaba agolpado; la ciudadanía entera, como en una asamblea que reclamara la verdad, atendía en escrupuloso silencio a las palabras de Bárbera, descubriendo en la historia de su vida la propia historia de los engaños y traiciones que habían inmolado por fin a Florencia. Destapó entonces el lienzo preparado que exhibía el retrato de Casio di Fiore, mostrándolo a la multitud, que se unió en un solo suspiro al contemplar a la luz de las antorchas, que mezclaban sus destellos con el crepúsculo, la imagen del bello Casio con su prueba. Luego anunció, con su voz elevándose como el trueno que proclama la tormenta:

-¡Desafío a la verdad de Florencia, escuchadme todos: yo os juro que Julio Médicis vendrá esta misma noche a Florencia, y veréis por fin su culpa al descubierto! ¡Su presencia aquí, enfrentándose conmigo, delatará su pecado, ya no podrá ocultar por más tiempo su ignominiosa traición!

Sin dar tregua para la reacción del público, se inició rápidamente la representación ensayada. El preámbulo de Bárbera Salutati no había sido un golpe de efecto escénico, tal como algunos indecisos podrían interpretar, y poco a poco el gentío fue asumiendo que asistía a la noche más importante, pero también la más peligrosa, de Florencia. Los actores ejecutaban la pieza creada entre todos, con los papeles aprendidos de cada uno de los personajes cuya historia reconocían claramente los ciudadanos, desvelados los asesinatos tramados, revivido el dolor de los inocentes, contemplando los secretos a la luz de sus poderosos, las conjuras urdidas para consumir la codicia y la sed más oscuras, sin importar a quiénes se tuviera que eliminar.

A continuación, como en una ceremonia final inesperada, Bárbera tomó el libro donde Giuliano había relatado sus descubrimientos terribles y comenzó a leer una a una las certezas del Médicis amado por Florencia guardadas en ese volumen que Nicolás Maquiavelo le habla hecho llegar. Como si hubieran sido todos ellos un solo testigo que recorriera un cementerio recitando los epitafios de las tumbas, el resto de los artistas de Bárbera continuaron después de ella leyendo los pensamientos de Giuliano, sus miedos, su despedida, mezclados el tono de sus gargantas con los sollozos ahogados de los presentes. La noche ya echada quedó un instante en silencio.

De pronto, un estruendo enloquecedor invadió la plaza, y miles de gritos despavoridos rompieron la solemnidad de las verdades reveladas. Era el ejército de Alessandro con él a la cabeza y junto al papa Clemente VII, furibundo, blandiendo una espada, llegando hasta el estrado, buscando frenético a Bárbera. Pero ella continuaba allí, al lado del *David*, junto al lienzo de su joven padre con la medalla, sujetando el volumen de Giuliano entre las manos, y lo miraba acercarse agitándose sobre su montura como una bestia rabiosa.

Desencajado, Julio Médicis obligó a su caballo a patear todo cuanto en el estrado estaba a su alcance, hasta que llegó junto a Bárbera, que, enhiesta, no se inmutó ante la amenaza del requiebro del animal, que, excitado, batía al aire sus patas delanteras.

-¡Maldita, maldita! -bramó Julio, clavando su mirada terrible en ella.

-¡Paga tu culpa, Julio! -le contestó Bárbera-. ¡Mírame bien: yo soy tu castigo!

Muchos habían salido corriendo, pero todavía otros se habían quedado de pie frente al estrado de La Signoría, desafiando el cerco militar que había impuesto Alessandro, listo a recibir su orden de ataque.

Bárbera se giró y miró de frente al auditorio. Sin mediar más palabra con Julio, abrió el manuscrito y siguió leyendo en las de Giuliano los detalles que acusaban a Julio Médicis de su asesinato.

-¡Son mentiras! -gritó éste-. ¡El indigno Machiavelli envenenó el ánimo de Giuliano, fue él quien lo sedujo para sus fines, fue él quien lo volvió contra mí!

También Alessandro había llegado hasta la Ringheria, enloquecido y vociferando, con una antorcha en una mano y la espada en la otra; varios soldados prendieron a Bárbera y el volumen cayó al suelo. Alessandro acercó la antorcha al libro y sujetó contra las hojas la llama, hasta que el fuego lo envolvió por completo, elevándose hacia lo alto, entre las lágrimas de Bárbera y los gritos de sus actores. Fuera de sí, Alessandro aulló que esa noche sería recordada en Florencia para siempre, porque morirían todos aquellos que habían escuchado a Bárbera Salutati, amante de Niccoló Machiavelli, maligna como él, diabólica y perversa, como él. Rugió que todo formaba parte de una conspiración que él había descubierto, y que rodarían las cabezas de todos sus traidores implicados, que Florencia sabría, para siempre, quién era su único príncipe.

Las gentes corrían despavoridas mientras los soldados, obedientes a su orden, cargaban contra todos los presentes con sus lanzas y cuchillos, asesinando a cuantos se ponían a su alcance. Uno de los curas, soldado de Julio Médicis, tomó el lienzo, desasiéndolo de la tabla que lo mantenía erguido, y guió el caballo de su señor para marcharse cuanto antes de allí. Los esbirros que mantenían sujeta a Bárbera atendieron a su seña y se la llevaron. La noche se cubrió de cadáveres y de llanto en las calles de Florencia.

Al alba del día siguiente, el color de la primavera otorgaba al horizonte sobre el río un brillo especial. Sacudido por la corriente leve del agua a su paso por la ciudad, un cuerpo desmadejado yacía encallado en la ribera del Arno, junto al Ponte Vecchio. Era el cadáver de Bárbera Salutati.

El silencio extendió un definitivo manto de sombra sobre la capital, que pronto olvidaría que había tocado la verdad con los dedos. Se dijo que ella nunca había vivido en Florencia. Se dijo que Bárbera nunca había existido.

REALIDADES E INVENCIONES EN MAQUIAVELO: EL COMPLOT

1. Todos los personajes mencionados en la obra son reales, excepto Casio di Fiore, con las siguientes observaciones:

- El personaje de Casio di Fiore está inspirado en el oficio de modelo para artistas que históricamente ha existido y que, en muchas ocasiones, fue ejercido por jóvenes de gran belleza. También era costumbre de la época retratar en las pinturas a determinados personajes de la aristocracia local. Es invención que él fuera un hijo secreto o bastardo de Lorenzo el Magnífico, aunque pueda entrar dentro de las posibilidades reales que el Magnífico tuviera otros hijos aparte de los legítimos ya conocidos.

- El personaje de Cesare Sadoletto está inspirado en el secretario del papa Clemente VII, llamado Iacopo Sadoletto, que vivió en la corte papal de Roma como asistente de dicho Papa. La figura de su hija Luciana Sadoletto es invención.

- El personaje de Bárbera Salutati Raffacani es real. Es invención que fuera hija de Cesare Sadoletto y que su nombre anterior fuera Laura di Casio di Fiore. Es cierto que Bárbera Salutati Raffacani fue poetisa y cantante de la alta sociedad de Florencia. Conoció a Maquiavelo en 1524 en la casa de Iacopo Falconetti, apodado Fornaciaio. Bárbera era mucho más joven que Maquiavelo, pero éste se enamoró de ella y le dedicó la obra de teatro *Clizia*, donde se retratan las peripecias de un viejo enamorado de una muchacha, con evidentes similitudes con su propia historia personal. En 1544 aparece Bárbera Salutati en las crónicas florentinas relacionada socialmente con Lorenzo Ridolfi.

- La Riccia era el apodo que tenía una cortesana florentina llamada Lucrezia, que fue una de las amantes de Nicolás Maquiavelo. El apodo la Riccia hacía referencia a sus rizos, que le caían sobre los hombros haciendo bucles. El apellido Ricciardi que se le atribuye en este texto es una licencia literaria para redundar en el apodo. Otra de las amantes de Maquiavelo, a la que frecuentó durante sus estancias en Faenza, era llamada la Maliscotta, a la cual no se hace referencia en este texto.

- Giuliano de Ricci, el nieto de Maquiavelo que aparece niño al final de este texto, es en efecto hijo de Bartolommea, llamada familiarmente Baccina, casada con Giovanni de Ricci. Este nieto es quien, ya adulto, ocupó su vida en reunir cartas, documentos, escritos y obras de Nicolás Maquiavelo, formando así el gran legado escrito de Nicolás Maquiavelo, en el que la historia ha podido conocer y estudiar el momento político que le tocó vivir.

2. Giuliano di Lorenzo, duque de Nemours, era el verdadero destinatario de la obra *De Principatibus*, escrita por Maquiavelo al principio de su exilio como forma de hacer valer su experiencia política ante él y su hermano el papa León X. Una vez terminada su redacción, Maquiavelo hizo llegar el texto a su amigo Francesco Vettori, instalado en la corte de Roma, para que se lo diera a leer a Giuliano (que ya residía allí) o al Papa, cosa que Vettori jamás haría. Al morir tempranamente Giuliano, y dándose cuenta de que su intento a través de Vettori había sido inútil, Maquiavelo escribió una carta dedicándole *El Príncipe* al nuevo señor de Florencia, Lorenzaccio Médicis, que no lo apreció en absoluto.

Debido a que Giuliano de Nemours vivió poco (treinta y siete años) y no tuvo tiempo real de aportar un verdadero legado político ni a la dinastía Médicis ni a Florencia, ha sido uno de los miembros Médicis que menos relevancia ha tenido en el discurso histórico, pero muchos estudiosos sobre esta familia coinciden en resaltar en Giuliano sus virtudes humanistas, su gran cultura y amor a las artes y su carácter conciliador, lo que le convirtió en uno de los personajes más interesantes de ese momento. Abundando en ello, el escritor Giovanni Papini lo describió (en 1939) como «casi el símbolo de los protectores del genio italiano en el triunfal mediodía del renacimiento florentino y europeo». Es en sintonía con esta apreciación sobre Giuliano de Nemours que este texto reconstruye su personalidad, sus contactos con Maquiavelo y algunos acontecimientos de su corta vida pública.

3. La amistad novelada en este texto entre Nicolás Maquiavelo y Leonardo da Vinci está basada en los estudios realizados por el profesor norteamericano Richard D. Masters en su libro *Fortune is a River*, que se ocupó en desarrollar una evidencia aceptada por varios historiadores: que Maquiavelo y da Vinci coincidieron en diversas ocasiones entre 1502 y 1505, por diversos motivos. Aunque la historiografía tradicional no suele detenerse en la relación entre Maquiavelo y Da Vinci, estudios y cronologías más modernos ya incluyen la colaboración entre ambos para desviar el río Arno con el objetivo de aislar a Pisa. Giorgio Vasari ya había hablado del proyecto de Leonardo da Vinci de modificar el curso del río Arno, igual que había concebido en 1490 el plan de canalizar el río Adda, al norte de Milán, según está recogido en sus cuadernos. La posible colaboración entre ambos intelectuales en la corte de César Borgia y los diversos encuentros y conversaciones entre ellos son recreación novelística de la que se deduce sería una relación de gran respeto y admiración mutua.

4. Tradicionalmente se ha mantenido la duda sobre el origen de Alessandro Médicis, pues las apariencias obligaban a defender la teoría de que había sido hijo natural de Lorenzaccio, lo cual además de preservar la imagen del papa Clemente VII, habría justificado la sucesión dinástica al frente de Florencia, pues, de otro modo, se apoyaría la teoría de que había usurpado el derecho de sucesión de Hipólito, el hijo natural de Giuliano de Nemours, a quien hubiera correspondido la jefatura familiar una vez muerto Lorenzaccio. Pero la historiografía moderna ya reconoce abiertamente que Alessandro era hijo natural de Julio Médicis, habido antes de su nombramiento papal aunque ya realizados sus votos eclesiásticos. Alessandro fue impuesto en el mando de Florencia por Carlos V, concediéndole el título de duque y la mano de su hija natural, lo cual habría sido la consumación de las aspiraciones de su padre secreto Julio Médicis, bastardo él mismo de Julián Médicis. Alessandro murió asesinado por su primo Lorenzino, de la rama secundogénita de los Médicis, en 1537, porque ambicionaba su puesto.

5. Es invención que la pintura conocida como *Retrato de hombre joven con una medalla* represente a alguien conocido históricamente. Esta pintura constaba como propiedad del cardenal Carlo de Médicis cuando pasó a engrosar el fondo de la Galería de los Uffizi en 1666, tras la muerte de éste. La pintura está realizada antes de 1480 por Sandro Botticelli y no consta destinatario ni el motivo por el que fuera encargada; la medalla, acuñada en

1464 con el perfil de Cosme el Viejo, hace pensar que el modelo estuviera vinculado con el entorno mediceo del momento. Es licencia literaria aprovechar la existencia de este retrato de objetivo real desconocido para introducirlo como pieza de la trama novelesca, atribuyendo su realización al taller de pintores de dicho artista en una fecha posterior (1511) a la verdadera.



BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ADDINGTON SYMONDS, JOHN, *El Renacimiento en Italia*, FCE, 1999.
Los Papas del Renacimiento, FCE, México, 2000.
- ALIGHIERI, DANTE, *La Divina Comedia*, EDAF Madrid, 1963.
- BARON, HANS, *La crisi del primo Rinascimento italiano*, Sansoni E., Firenze, 1970.
- BARTOLINI, ROBERTO, *Florenzia y sus colinas*, Ediciones Becocci, Florenzia, 1977.
- BELL, BRIAN Y CARLOS GISPERT, *Toscana*, Océano Grupo Editorial, Singapur/Barcelona, 1999.
- BLADÉ, RAMÓN, «*La batalla del arte*», Rev. Historia y Vida, num. 434, Barcelona, 2005.
- BURCKHARDT, JAMES, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Akal, Madrid, 1992.
- CESATI, FRANCO, *Los Médicis. Historia de una dinastía europea*, Editorial La Mandrágora, Florenzia, 1999.
- FIORENTINI CAPITANI, AURORA Y STEFANIA RICCI, *Il costume al tempo di Lorenzo il Magnífico*, Edizioni Charta, Milano, 1996.
- FOSSI, GLORIA, Los Uffizi. *Guía de todas las obras*, Giunti Ed. Firenze, 2004.
- HAIEK, EDUARDO L, *El príncipe de Nicolás Maquiavelo*, Universidad Nacional de la Rioja, www.monografias.com, 2002.
- GRAMSCI, ANTONIO, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.
- LABOA GALLEGO, JUAN MARÍA, *La historia de los Papas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS, *El Príncipe*, Alianza, Madrid, 1982.
Del Arte de la Guerra, Tecnos, Madrid, 1988.
La Mandrágora, Cátedra, Madrid, 1999.
- MARGARIT, ISABEL, «*La República de Florenzia*», Rev. Historia y Vida, núm. 434, Barcelona, 2005.
- MASTERS, RICHARD D., *Fortune is a River. Leonardo da Vinci & Niccoló Machiavelli's magnificent dream to change the course of Florentine History*, The Free Press, New York, 1988.
- MEDICI, LORENZO, *Florenzia y Toscana*, Carroggio-Belacqua, Barcelona-Florenzia, 2004.
- NARDINI, BRUNO, *Michelangelo. Biografía de un genio*, Giunti Grupo Editoriale, Florenzia, 2001.
- PAPINI, GIOVANNI, *Obras*, varios volúmenes, Aguilar, Madrid, 1957.
«*La grandeza de los Médici*», Descubrimientos espirituales, Emecé, Buenos Aires, 1951.
- PETRARCA, FRANCESCO, *Cancionero, sonetos y canciones*, coord. Ángel Crespo, Col. Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1988.
- PIRENNE, JACQUES, *Historia Universal. Grandes Corrientes de la Historia*, Cumbre Editorial, Madrid 1980.
- QUERALT DEL HIERRO, M. PILAR, «*Los Médicis, el apogeo de la dinastía*», Rev. Historia y Vida, núm. 434, Barcelona, 2005.
- RIDOLFI, ROBERTO, *Vita di Niccoló Machiavelli*, Sansoni Ed., Firenze, 1969.

- VIROLI, MAURICIO, *La sonrisa de Maquiavelo*, Tusquets, Barcelona, 2002.
- VV AA., *Donne di casa Medici*, coord. Franco Cardini, Arnaud Ed., Firenze, 2003.
Historia de la Humanidad vols. 5 y 6, Planeta Sudamericana, Barcelona, 1979.
Historia de los Papas, Enciclopedia Católica, ACI-Prensa, edición online, Nueva York, 1999.
Nueva Enciclopedia Larousse, Planeta, Madrid-Barcelona, 1983.
Enciclopedia Encarta, Microsoft Corporation, 1993-2000.
- WINSPEARE, MASSIMO, *Los Médici, edad de oro del coleccionismo*, Ministero per i Beni e le Attività Culturali, Firenze, Pistoia e Prato, 2000.

